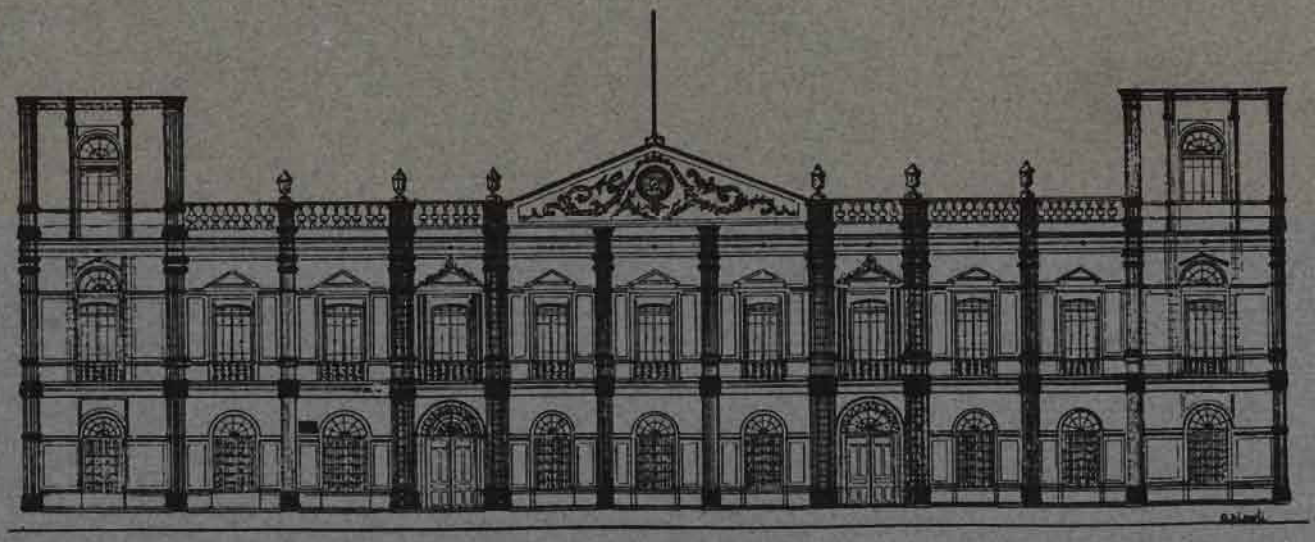
Universidad: Génesis y Evolución

Tomo IV

Primera reimpresión



José Antonio Padilla Segura

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 1998

José Antonio Padilla Segura

Universidad: Génesis y Evolución

Tomo IV
Primera Reimpresión

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 1998

Primera edición — abril de 1998.
Primera reimpresión — diciembre de 1998.

© Derechos reservados *by* José Antonio Padilla Segura.

© 1998, Secretaría de Educación, Cultura y Deporte
Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología
zaragoza 526 Sur, 2do. Piso
34000, Durango, México.

© Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
primera reimpresión

ISBN-968-6194-69-x. Colección completa
ISBN-968-6194-70-3. Tomo I
ISBN-968-29-8119-0. Tomo II
ISBN-970-9046-02-0. Tomo IV

Editorial Universitaria Potosina

A mi esposa y a mis hijos

Al Instituto Politécnico Nacional

A la Secretaría de Educación, Cultura y Deporte del Estado de Durango

A la Universidad Autónoma de San Luis Potosí

A la Universidad Nacional Autónoma de México

Agradecimientos

Con la aparición del primer tomo de esta obra en el año de 1994, dimos inicio a la publicación de Universidad: Génesis y Evolución. En ese momento, como ahora, ha sido grato para mí poder expresar mi agradecimiento a todas las personas e instituciones que han dado aliento de diversas maneras a la realización de este trabajo. Nombrar a cada una excedería con mucho el espacio que es habitual dedicar a ese fin en las publicaciones; sin embargo, deseo dejar constancia de mi afectuoso recuerdo personal y mi sincero agradecimiento a todas ellas.

Asimismo, quiero dar las más cumplidas gracias a las siguientes personas:

A mi esposa, que a lo largo de toda la obra me ha brindado la ocasión de comentar su contenido.

A mi hija, la maestra en filosofía María Teresa Padilla Longoria, que en tantas ocasiones me ha proporcionado puntos de vista y opiniones que siempre he considerado muy valiosos.

Al señor ingeniero Emiliano Hernández Camargo, Secretario de Educación, Cultura y Deporte del Estado de Durango.

A mi secretaria particular, la señora Ana Luisa Sotres de Múzquiz.

A mis secretarias, las señoras María Elena Guadarrama y María del Refugio Valderrama.

También extiendo mi agradecimiento a la señorita licenciada Dinorah Enríquez Horta, quien colaboró en la investigación bibliográfica de los diversos volúmenes publicados de esta obra.

A mi pequeño equipo de trabajo conformado por las licenciadas Leticia Barragán López y María del Carmen Granados Sánchez, y el señor Miguel Ángel Manzano Romero.

Agradecimientos

El autor del presente volumen, agradece profundamente la decisión de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, en particular la del señor Rector, ingeniero Jaime Valle Méndez, de autorizar la reimpresión del cuarto volumen de la obra Universidad, Génesis y Evolución, de la cual editara ya el primero.

Manifiesta también su gratitud a la Editorial Universitaria Potosina a cargo del C.P. José de Jesús Rivera Espinosa, por el interés y el esfuerzo que ha desarrollado para llevar a cabo tanto la edición del primer tomo, cuanto esta reimpresión del tomo IV.

Asimismo agradece a la Secretaría de Educación, Cultura y Deporte del estado de Durango, por permitir la reimpresión y proporcionar amablemente el fotolito de este volumen; y a la señora licenciada Julieta Hernández Camargo, que instrumentó el acuerdo para esta reimpresión.

José Antonio Padilla Segura

ÍNDICE

PRÓLOGO 9

RECAPITULACIÓN 11

FUENTES PARA LA HISTORIA DE LAS UNIVERSIDADES EUROPEAS MEDIEVALES Y RENACENTISTAS 15

CAPÍTULO X

La universidad medieval 21
La India 21
China 24
Los hebreos 26
El reencuentro con el helenismo 29
Las fuentes del saber 32
Reencuentro con Aristóteles 35
La nueva Europa medieval 45
Los benedictinos y la educación 51
La reforma de Carlomagno 53
Educación teológica 53
El problema de los universales 63
La teología escolástica 65

CAPÍTULO XI

El entorno de las universidades medievales 81
La dinastía normanda en Inglaterra 83
El Papado 85
El mundo medieval 87
Los maestros medievales 95
Dos facultades de prestigio 97
La universidad y la realidad social 102
De la palabra a la cosa 103
Historia de princesas-magas y de emperadores 106
La ciudad de París es como Atenas 109

CAPÍTULO XII

Consideraciones generales con relación al desarrollo de las universidades 113
Bolonia 116
París 129
Oxford 143

CAPÍTULO XIII
El fin de la Edad Media 155
La técnica 157
La ciencia 164
La filosofía 168
La historia 173
La religión 182
La universidad y su relación con el poder 188

CAPÍTULO XIV
El Renacimiento 193
La tecnología 199
La imprenta 203
La ciencia 207
La filosofía 219
La Reforma y la Contrarreforma 232

CAPÍTULO XV
Las universidades renacentistas 241
Cambridge 242
Salamanca 257
Coimbra 268
Cracovia 278
Heidelberg 291
Lovaina 301
Uppsala 313
Copenhague 321
Alcalá 330

APÉNDICE DOCUMENTAL 1
Documentos 345

APÉNDICE DOCUMENTAL 2
Personajes relevantes 433

GLOSARIO 463

BIBLIOGRAFÍA 479

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES 483

PRÓLOGO

Fue el conocimiento, en sus más incipientes manifestaciones, la punta de lanza que permitió al hombre encontrar, primero, y posteriormente avanzar por el camino del desarrollo individual y del progreso colectivo.

Un conocimiento que a más de generar una visión cada vez más amplia del mundo y de la vida, permitió a los seres humanos ahondar en la percepción de sí mismos y en el desciframiento de los grandes misterios en los que se sustenta el universo; misterios que al develarse con el transcurso del tiempo, merced precisamente a los avances del conocimiento humano, han hecho del hombre una criatura de extraordinarias perspectivas.

Empírico en su origen, el conocimiento se vino sistematizando y fueron luego instituciones educativas de diversa índole y nivel académico, las responsables de impartirlo, acrecentarlo y darle difusión con amplitud cada vez mayor, hasta ponerlo al alcance, en nuestro tiempo, de la mayoría de los hombres y mujeres que se interesan por adquirirlo.

Entre esas instituciones la figura de la universidad cobró con el tiempo relevancia y prestigio, hasta convertirse en la institución mayor, poseedora e impartidora del conocimiento humano.

En este nuevo volumen de la obra: "Universidad: Génesis y Evolución", el Ing. José Antonio Padilla Segura, estudioso y conocedor profundo del tema y de la praxis universitaria, ofrece a los lectores un acucioso trabajo, que a partir del Capítulo X, de lo que es su obra global sobre el tema, aborda diversas etapas de la evolución universitaria, desde la universidad medieval, de la que analiza, entre otros países, la India y China, además de abordar temas sobre el reencuentro con Aristóteles, los benedictinos y la educación, la reforma de Carlomagno, el problema de los universales y la teología escolástica.

Profundiza, asimismo, en el entorno de las universidades medievales, con particular acento en la dinastía normanda en Inglaterra, el papado, el mundo y los maestros medievales, dos facultades de prestigio y la universidad y la realidad social.

En el Capítulo XII: "Consideraciones generales con relación al desarrollo de las uni-

versidades", el autor ahonda en dos temas de interés universal: la universidad de Bolonia y la universidad de París. De la primera afirma: "El largo camino que tuvo que recorrerse hasta llegar a la fundación de la primera universidad europea, por fin llegó a su término..." Al hacer referencia a la segunda, expresa: "Si fue la universidad de Bolonia la primera escuela europea que tuvo el privilegio de ser nombrada universidad, o si, por el contrario, esa primera universidad fue la de París, en Francia, la controversia no será resuelta por el momento. La única certeza de la que podemos partir es la de que ambas han sido pilares del saber humano".

Este "modesto ensayo", como el Ing. Padilla Segura lo define, es en realidad un valioso aporte, no sólo al conocimiento de la evolución de la universidad como institución por excelencia del conocimiento superior, sino, de manera contundente, al acervo general del conocimiento.

La inclusión de los apéndices, uno con documentos cuyo contenido enriquece la visión de las épocas que se estudian en la obra, y otro con textos relativos a setenta personajes relevantes de diversas épocas históricas; le dan a este volumen de "Universidad: Génesis y Evolución", un sitio relevante entre las obras mexicanas del género.

Reafirma, igualmente, el desempeño trascendente que el Ing. José Antonio Padilla Segura ha tenido en el devenir mexicano del presente siglo, con sus actuaciones en diversas áreas, de primera importancia, en el desarrollo del México contemporáneo, entre ellas la de la educación superior, estratégica y formadora de los profesionistas que reclama el desarrollo integral y sustentable del país.

Es seguramente en el medio universitario, donde su obra tendrá el mayor aprecio, por su aporte al conocimiento y por la reafirmación que su contenido hace de la necesidad, en cada época, de promover el cambio, de adaptarse a él y de hecho, de ser parte del cambio.

Así lo reclama también nuestro tiempo, marcado por la globalización económica y la mundialización de la ciencia, la tecnología y la cultura en general.

En este marco, la institución y la comunidad universitarias, requieren elementos que las renueven y vigoricen. La obra del Ing. Padilla Segura cumple cabalmente con las expectativas de ese requerimiento.

Es él un gran mexicano, con quien tuve el honor de colaborar en los años ochentas y que se ha distinguido como creador de instituciones educativas de gran trascendencia como el Instituto Politécnico Nacional y el CONALEP, y también como impulsor de la industria siderúrgica nacional.

A éstos y otros grandes méritos personales se suma la aportación de esta obra que en mucho contribuye al conocimiento del devenir de la universidad, como institución universal que genera, custodia, engrandece y dignifica el conocimiento humano.

Ing. Emiliano Hernández Camargo
Secretario de Educación, Cultura y Deporte
del Estado de Durango

RECAPITULACIÓN

En el tercer volumen de este ensayo abordamos algunos temas que pretenden mostrar la continuidad que exhibe el proceso de gestación de la idea de universidad, cuya génesis la analizamos en los dos primeros libros que constituyen el estudio introductorio de esta obra. Asimismo, nos dimos a la tarea de exponer en esos libros el apogeo de la floración griega y la transición hacia una nueva etapa de la cultura, la grecorromana.

Posteriormente y en forma antológica, presentamos el pensamiento de filósofos y sabios de la Edad Media como parte fundamental, no solamente de la evolución del concepto de universidad sino como antecedente indiscutible de otras instituciones y escuelas con carácter formal, que adoptaron una organización adecuada para la enseñanza y que cubrieron un importante papel en la historia de la cultura humana.

El surgimiento de las individualidades intelectuales y de las instituciones educativas medioevales, tales como escuelas monacales, catedralicias y de corte, obedeció a las aspiraciones del hombre, que no se conformó con ser parte de la vulgaridad y deseaba saber, descubrir y crear.

Ostensiblemente, el nacimiento de las instituciones universitarias se debió también, a los requerimientos de la burocracia cortesana de los emperadores y de los reyes y a la necesidad, entre otras, de contar con hombres preparados para conducir la administración pública, las finanzas y las relaciones internacionales. También la Iglesia católica necesitaba y deseaba contar con hombres capaces de sostener las tesis fundamentales de la Doctrina y defenderlas de las herejías que nacieron casi desde el principio de la era cristiana. Además de propagar esas tesis por todos los confines del mundo conocido.

Desde el punto de vista de la evolución del pensamiento universitario esas escuelas fueron antecedentes de la universidad formal y esas individualidades de excepción, a lo largo de las diversas etapas de la Edad Media, cumplieron la función de conservar el conocimiento y la cultura de la humanidad, de enriquecerla, de ordenarla y de difundirla.

Ciertamente la cultura que crearon los pensadores del mundo helénico en su momento y que, a la caída del Imperio Romano de Occidente, se perdió por largos años debido a las invasiones bárbaras, es una herencia que

retomaron los monjes y sus escuelas en las que se conservó y se estudió la filosofía, la ciencia, la literatura y otras ramas del conocimiento que en el ámbito popular prácticamente habían sido olvidadas. Esto, sin dejar de lado la enorme contribución, por lo que respecta a la conservación y difusión de la cultura helénica que le corresponde al mundo islámico y a otras culturas orientales. Esa época de la Edad Media en donde el mundo occidental se sume en la barbarie y en el analfabetismo, constituye una gran prueba para la continuidad de la cultura y del concepto universitario.

Es cierto que Europa no era sino una pequeña fracción del enorme macizo geográfico asiático, pero también es válido que el Imperio Romano se había constituido en depositario y vector de la cultura griega y en rector político de gran parte del mundo conocido, y que a través de Roma fue posible establecer contacto entre todos los pueblos de la cuenca mediterránea, lo que vale decir también, un puente de intensa y mutua influencia.

El Imperio Romano de Oriente, Bizancio, representó sin lugar a dudas un elemento de gran importancia en la evolución del concepto universitario, tanto en su carácter de heredero de la antigua sabiduría griega, como también al asumir el papel de protector y generador del arte y del conocimiento, del derecho y de muchas otras actividades superiores, que finalmente heredaría el Occidente, Europa, por caminos muy diversos.

Por otro lado, pensamos que se debe reconocer la gran deuda que Occidente contrajo con la Iglesia católica, la cual aún en los momentos de cerrazón y oscurantismo más agudos de la Edad Media, en abadías, monasterios* de diversas órdenes, formó hombres dedicados al estudio y a la difusión de las mejores manifestaciones de la humanidad.

De esta manera se va evidenciando que la génesis de la idea de universidad ha sido construcción y herencia de múltiples culturas en muy diversos tiempos y ámbitos geográficos; tarea de multitud de talentos individuales y de instituciones, tanto religiosas como laicas, de muy variado orden.

Valga en este punto una digresión. Para quienes como nosotros, debemos expresarlo abiertamente, somos legos en la materia histórica y nos acercamos a ella con el solo propósito de aprender, de ser apenas discípulos dignos de la Historia, la lectura de quienes recorrieron largos y difíciles caminos en el estudio de esta disciplina, nos permite percatarnos de cuán llena de escollos se encuentra su cultivo, y la necesidad que tenemos de alcanzar una posición, una perspectiva clara ante los problemas que a cada paso se presentan para darle una solución adecuada y justa.

Lamentaríamos si no fuéramos capaces de comprender cada hecho histórico de acuerdo con sus propios elementos característicos y, al mismo tiempo, como promesa de múltiples posibilidades, de las cuales sólo una cobrará realidad. Aunque, las que no pudieron llegar a existir, dejan ciertas huellas que contribuyen a que cada acontecimiento sea único. Pareciera un misterio el que los hechos, a pesar de ser irrepetibles, también lleven consigo el cumplimiento de tendencias generales, porque a veces quisiéramos, tal vez ilusoriamente, ver en ello la realización de ignotos designios.

Lo que ocurre es que al referirnos al pasado podemos encontrarle acomodo, explicaciones diversas –en vista de los resultados– que puedan darle coherencia y hacerlo aceptable a nuestro entendimiento. Ello es cierto, pero existen otras verdades, y dentro de ellas, nos parece que debemos considerar aquella que nos indica que el universo todo, la realidad, nuestra vida no tienen punto de reposo, se encuentran en eterno cambio y movimiento. La ciencia misma está en permanente construcción, y un buen día se sabe que una parte de ella debe ser remplazada: la ciencia es siempre provisionalmente verdadera, habitamos un pueblo en vilo y, parafraseando a José Enrique Rodó, diríamos que mientras tenga vida, el hombre se encuentra en el yunque. Solemos explicar los resultados como si fueran las tendencias de la historia, aunque sabemos que el refugio del hombre es la intemperie.

De ahí que por todo lo que tiene de aleatorio, cuando nos referimos a la historia sintamos entrañable simpatía por la divisa de don Edmundo O'Gorman: "Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable".[1]

Universidad: Génesis y Evolución llega ahora a su Tomo IV. En el transcurso de la investigación, y sobre todo en el momento de redactar el ensayo, nos hemos percatado de manera por demás meridiana de algo que, de antemano, ya sabíamos o intuíamos: la complejidad y riqueza del tema. La Edad Media y el Renacimiento europeos son, sin lugar a dudas, etapas fundamentales en muchos aspectos para la vida del mundo actual. En ellas tienen su origen la ciencia, la filosofía, la técnica modernas, y su indeleble impronta permanecerá con nosotros para siempre.

Con toda reserva debemos reconocer que más que hacer algunas aportaciones en el terreno de las ciencias humanas, ya que nuestro propósito ha sino únicamente el de hacer un recorrido por la historia para ver de cerca el surgimiento de las universidades (desde su remoto origen en las culturas antiguas, como lo consignamos en los dos primeros tomos de esta obra) lo que llegamos a descubrir es el hecho de que en historia, como bien lo saben quienes como profesionales se dedican al cultivo de esta ciencia, no podemos hacer afirmaciones tajantes o presuponer que ésta solamente se mueve en una dirección.

Siempre existe otro ángulo, un punto de vista diferente, un pequeño recodo que puede cambiar el rumbo de un camino que en apariencia parecía recto y llano. A lo largo de nuestra investigación se nos hizo claro de que a cada paso se iban abriendo rutas,

1 Edmundo O'Gorman, Fantasmas en la narrativa historiográfica, pp. 27-28.

temas de investigación, la necesidad de abocarse por completo al estudio de infinidad de detalles, porque en la medida que avanzábamos en el estudio de nuestra materia, nos dábamos cuenta de que algunos de éstos pueden crecer hasta convertirse en un tema completo en sí mismos, y que su importancia relativa puede aumentar de manera por demás insospechada.

De ahí nuestra seguridad de que muy pronto estaremos acompañados en nuestro estudio sobre las universidades, toda vez que es un tema de nuestro tiempo, ya que un estado moderno, como parte integrante de una nación, tiene necesidad para sobrevivir de apoyarse en una institución que, además de producir los cuadros que sostienen su vida económica en todos los sentidos, también debe generar los ideólogos que justifican y apuntalan a esta nación como un estado autónomo, libre y soberano.

Dividimos el presente tomo en seis capítulos. Tanto el capítulo X como el XI enmarcan el nacimiento de la institución universitaria en suelo europeo, para abordar en el XII la aparición de las tres primeras: Bolonia, París y Oxford. Por su parte, el capítulo XIII refiere los avances que en diferentes áreas del conocimiento logró el hombre del Medioevo, en el ocaso de esta etapa histórica. Finalmente, los capítulos XIV y XV se refieren al Renacimiento. Nuestro interés en este punto es mostrar la continuidad, a pesar de la enorme ruptura existente entre ambas épocas, por lo que se refiere a la búsqueda y logro de una visión científica del mundo –humano y material– que, sin embargo, no abandona sino hace muy suya, la herencia recibida de culturas por demás antiguas.

La compleja investigación que iniciamos hace muchos años, nos llevó a elaborar en diversos momentos, a veces muy alejados uno del otro, materiales y redacciones parciales y heterogéneas, por lo que al preparar para la imprenta los textos que componen este tomo, nos percatamos de que no existe una completa unidad estilística, situación que, a nuestro parecer, debemos señalar abiertamente a la vez que asumir nuestra plena responsabilidad.

FUENTES PARA LA HISTORIA DE LAS UNIVERSIDADES EUROPEAS MEDIEVALES Y RENACENTISTAS

Cuando se estudia la historia de las universidades europeas o se escribe algo relacionado con tan importante tema, resulta imperativo, como un acto de elemental justicia, ofrecer un reconocimiento amplio y explícito a los autores e investigadores que dedicaron su vida a desentrañar el origen de la gran institución universitaria, a la búsqueda de documentos dispersos en muchos lugares, al ordenamiento de toda esa información, abundante en algunas épocas y extraordinariamente escasa en otras.

Consideramos conveniente, de acuerdo con lo antes dicho, citar algunas de las fuentes relacionadas con la historia de las universidades, sin pretender que la relación sea exhaustiva, pero que busca dejar en claro que el tema ha sido motivo de gran preocupación en todos los tiempos y que se han ocupado de él hombres de gran valía intelectual.

Principiaremos citando la obra del padre Heinrich Denifle sintetizada en su libro *Die Entstehung der Universitäten des Mittelalters Bis 1400* (La formación de las Universidades Medievales hasta el año de 1400), obra que, en su tirada moderna, fue publicada por la institución académica de edición e impresión de la ciudad de Gras, Austria, en 1956.

Ese notable tratado que ha servido como base a escritores e investigadores de la Génesis y la Evolución de la Universidad, incluye un extenso capitulado que parte de las características, del significado y de las interpretaciones que tuvo el concepto de la universidad durante la Edad Media, y hace un análisis profundo y concienzudo del entorno que rodeó la época anterior al surgimiento de tales universidades y la forma en que se fueron transformando hasta llegar a adquirir el perfil que hoy conocemos como universidad medieval.

El padre Denifle hace un repaso de las grandes ideas y las discusiones de la época y termina con una breve historia de las principales instituciones que surgieron principiando por Bolonia y por París, y continuando con las muy notables de Oxford, Cambridge, Salamanca, etc.

Es conveniente dejar asentado en este punto que la obra de Denifle, junto con las otras que se citan, constituyen elementos de consulta obligada para quien pretenda com-

prender el proceso de gestación, de formación, de consolidación y sobre todo del papel que finalmente llegan a jugar las universidades tanto en los reinos y monarquías medievales, como en el seno de la Iglesia católica a lo largo de los siglos, como partes fundamentales e insustituibles de todo estado moderno, no solamente como instrumento de cultura, de investigación, de difusión del arte, sino quizá, en su papel más importante que es el ser un factor de equilibrio intelectual del poder en cualquier tipo de régimen.

Especial reconocimiento en este campo merece la Universidad de Oxford y en particular el doctor Rashdall, por la calidad de su trabajo y por la mención detallada que presenta de las fuentes bibliográficas que le sirvieron para escribir su obra The Universities of Europe in the Middle Ages.

Rashdall, cuya primera edición de su libro vio la luz en 1895, no tiene inconveniente en asignar gran mérito, en lo que concierne a la investigación bibliográfica y documental de la historia de las universidades, a los diversos escritos del padre Denifle y de Chatelain, entre ellos el editado con el título de *Chartularium Universitates Parisiencis*, lo que no resta mérito alguno al gran trabajo realizado por Rashdall, quien también cita como referencia a Denifle con su obra Die *Entstehung der Universitäten des Mittelalters Bis 1400*.

Tiempo antes, la Universidad de Oxford nos había ofrecido una magnífica colección de tratados bajo el título general de *Los legados*, que en su conjunto representan una valiosa reseña sobre tópicos sobresalientes de la historia de la humanidad; pero en particular, en relación con las aportaciones que los diversos pueblos que se han significado históricamente, han hecho a la cultura universal y que resultan especialmente útiles para quienes escribimos sobre el devenir y sobre la evolución del pensamiento y del concepto universitarios.

Mencionamos entre las obras ya consideradas como clásicas en el campo de la historia de las universidades europeas, el trabajo de Stephen D'Irsay, *Histoire des Universités Françaises et Étrangères des Origines a nos Jours*.

Aunque en la presente parte del ensayo Universidad: Génesis y Evolución no se abordarán las instituciones universitarias del Continente Americano, en lugar muy especial debemos ubicar la obra de la doctora Águeda Rodríguez, salmantina de sentimiento y de formación, que nos ofreció una tesis doctoral de gran mérito titulada: *Historia de las universidades hispanoamericanas* y posteriormente su libro *Salmántica Docet*. La proyección de la universidad de Salamanca en Hispanoamérica, textos que deben contarse entre los mejores tratados de las universidades que se fundaron en América Latina en la época Colonial, lo que es lo mismo decir, que fueron las primeras del Continente Americano y que corresponden al periodo renacentista a partir del siglo XVI.

Asimismo, resulta obligado incluir la obra *Las grandes universidades de Iberoamérica*, editada en la ciudad de México a promoción del doctor Octavio A. Hernández, en el año de 1980, con el apoyo de las más importantes instituciones educativas del país y de distinguidos intelectuales.

De los últimos tratados de nuestra época conviene citar, entre otras, la obra *Universidades de Europa. Raíces culturales del Viejo*

Mundo, que fue realizada con la colaboración de Luca Bianchi, Lisa M. Bitel, J. E. Ruiz Domenec, Zénon Kaluza, Massimo Parodi, Lydia Salerno, y cuyos autores son Franco Cardini, M. T. Fumagalli y Beonio-Brocchieri. Ese libro constituye una síntesis documental y artística de una calidad extraordinaria y de una gran seriedad desde el punto de vista histórico.

En atención a las citas anteriores, reconocemos y declaramos explícitamente que mucho de lo que mencionamos en el presente ensayo ha sido tomado de las referidas obras y de otras que aluden a la historia educativa y, en particular, a la evolución universitaria. Dentro de una obra tan compleja como el ensayo que aquí presentamos, hemos intentado no dejar en el olvido a ningún autor u obra que a lo largo de los muchos años de investigación han pasado por nuestras manos; sin embargo, si a pesar del cuidado puesto en el registro de nuestras fuentes alguna mención no es lo suficientemente explícita o se quedó en mi tintero; lo único que podemos asegurar es que nunca ha sido ni será de manera intencional. A sus autores y a sus editores les expreso mi más profundo agradecimiento.

La obra de Werner Jaeger, *Paideia*, viene a constituir referencia obligada en todo estudio de la educación, al igual que *La historia de la filosofía*, de Frederick Copleston. No queremos dejar de mencionar, dentro de las obras de carácter general a las que hemos recurrido con frecuencia, *La filosofía de la Edad Media* de Étienne Gilson y la *Historia de la Edad Media* de Jacques Heers, además de otros importantes escritos, documentos y reproducciones fotográficas de obras clásicas, que integran un acervo invaluable. Por lo anteriormente expresado, es claro que sería absurdo tratar de considerar plenamente original a una obra como el presente trabajo.

Por último, consideramos que es conveniente facilitar el acceso y la lectura de este ensayo, por lo que hemos señalado con un asterisco, en primer lugar, a aquellos conceptos que requieren de un tratamiento más amplio o alguna puntualización. También señalo con un asterisco a aquellos personajes relevantes que han contribuido de muy diversas maneras al surgimiento de la idea de la universidad y considero importante ampliar sus datos, con el objetivo de proporcionar una más amplia información al lector no especializado sobre el tema. En ambos casos el lector deberá remitirse a los Apéndices.

Lo que se pretende destacar en él es el origen y la evolución del concepto de universidad como tesis del autor de este ensayo que difiere, en algunos aspectos, de las tesis de aquellos autores que con tanto respeto he citado y de los que, en algunos casos, nos atrevemos a discrepar, no en cuanto a su calidad de historiadores sino en tanto intérpretes de lo que es la Universidad y sus orígenes.

Mucho se ha dicho y escrito sobre el surgimiento de las universidades medievales, del papel preponderante que alcanzan en aquella época. Importancia que se consolida y acrecienta en siglos posteriores. Es un hecho que el tema ha merecido el interés y los comentarios de investigadores y de eruditos; de muchos autores que le atribuyen diversos orígenes: hay quienes la hacen descender directamente de la gran cultura helénica. Otros, que con mayor sentido de justicia toman en cuenta las diversas influencias culturales que concurrieron en la gestación de esta importante institución, que en gran medida, define el perfil de la moderna sociedad y, finalmen-

te, los que la consideran no solamente como un producto de la Europa medieval, sino como la síntesis del pensamiento de los hombres de todos los tiempos y de todas las latitudes lograda de manera excepcional por el grupo helénico y humanizada por la tesis cristiana, la que finalmente viene a darle universalidad, pues la pone al alcance de todos los hombres sin más requisito que poseer inteligencia, disciplina, capacidad de trabajo, espíritu de investigación y respeto por los valores humanos.

Sin embargo, es de tal importancia la institución universitaria que su origen geográfico e ideológico sigue siendo tema de discusión en forma similar a lo que ocurre con otros grandes acontecimientos de la historia universal.

Así como el descubrimiento de América y su conquista, siempre o casi siempre han sido reseñados por lo vencedores, es decir, por los conquistadores, sin tomar en cuenta el punto de vista de los vencidos, en el caso de la universidad, su historia también ha sido escrita, casi invariablemente, no por los vencedores que en este caso no existen como tales, sino por quienes se ostentan como originadores de la cultura predominante en el mundo occidental durante el último milenio: la llamada cultura europea, la que en justicia debería nombrarse cultura grecorromana o mejor aún, cultura helénica.

Paso a paso, año tras año, se ha venido forjando el axioma de que universidad y Europa son sinónimos. Se olvidan, quienes tal cosa afirman, que fue el talento helénico, catalizador y ordenador del pensamiento universal, enriquecido con todas las culturas del mundo conocido en ese momento, el que dio como resultado el basamento de la universidad.

Con sus antecedentes de *studio*, de escuelas monacales y escuelas catedralicias, de individualidades geniales de todos los orígenes, de las grandes civilizaciones del Cercano, del Mediano y del Lejano Oriente y, en particular, de la gran cultura helénica (que es todo eso y más porque sin restricciones también aportó su cuota al proceso civilizador y culturizador), lo que finalmente constituye el grandioso andamiaje sobre el cual se construye el concepto universitario.

Es verdad que durante la época llamada Edad Media, esos mil años que a partir de la decadencia primero, y del colapso total del Imperio Romano de Occidente, es cuando se gesta la organización de la moderna universidad, y nos deja como herencia ese mapa en donde aparecen las principales casas de estudio que hoy son orgullo y gloria de sus respectivos países.

No debe olvidarse que en el renacimiento cultural y artístico de Europa, que comienza a vislumbrarse a partir del siglo X de nuestra era, jugaron un papel de gran importancia la cultura arábiga, por una parte, y la bizantina por la otra, ya que esta última fue capaz de conjugar la milenaria tradición helénica, la latinidad y el cristianismo.

Conviene destacar en esta presentación que Grecia y el mundo helénico del Mediterráneo oriental constituyen un fenómeno singular en la evolución y desarrollo de la cultura que no puede atribuirse a ningún continente o país, ya que confluyen en este fenómeno, pensamiento y manifestaciones de todo el mundo y sería poco realista afirmar que este hito cultural con sus antecedentes y nexos sumerios, cretenses y egipcios, que Atenas o

Mileto o la cultura hebrea son europeas.

Cada una de esas manifestaciones de excepción del género humano son, quepa la redundancia, *lo que son*, y pasan a formar parte del acervo cultural, intelectual o artístico de la humanidad.

Grecia es Grecia y es *única*, y resulta una falta de rigor histórico –por lo menos– afirmar que Grecia es Europa. Quizá la inversa se acercaría más a la verdad: Europa es consecuencia de Grecia y del helenismo con todo lo que ello implica. Sería absurdo decir que Israel y Judea son Europa, y en cambio podemos decir que el cristianismo que surge en esas latitudes determina muchas de las características de la Europa medieval y de la Europa moderna, pero nadie se puede atrever a decir que Cristo es europeo.

Así pues, hablar de la universidad medieval como una consecuencia exclusiva del Medioevo europeo, se antoja que es una afirmación poco defendible. Conviene pues, escuchar el punto de vista de aquellos que llegaron al escenario universal del conocimiento y de la cultura, antes y después de la Edad Media y penetraron en el mundo universitario durante el Renacimiento, o bien en épocas posteriores. Todos aquellos que según los europeos fueron *descubiertos*, pero que, de acuerdo con esos *descubiertos*, fueron simplemente sometidos ya que existían desde siglos o milenios anteriores, en el pensamiento y en el arte, antes que la mayoría de los problemas de la universidad se discutieran en Europa.

También debemos reconocer el papel esencial, fundamental, que juegan la Iglesia católica y los reinos e imperios medievales en la estructura que adopta la universidad de los siglos XII y XIII. Pero resulta exagerado afirmar que la universidad es solamente la Edad Media como consecuencia de las intervenciones de papas y reyes y de un milenio de historia.

El concepto de universidad es más antiguo que los reyes y más antiguo que los papas, que emitieron cédulas y bulas para darle estructura y organización, y para contar con un instrumento que devino en el cuerpo pensante de las sociedades, en la *inteligencia* de reinos y de imperios. Dicho lo anterior, podemos iniciar la presentación de la universidad medieval.

CAPÍTULO X

LA UNIVERSIDAD MEDIEVAL

La India

Studdi de tucte scientie, excepto di negromancia che é prohibito... (Estudios de todas las ciencias, excepto la nigromancia, que está prohibida...).[2] Estas palabras las anotó en su cuaderno un viajero italiano con respecto a la universidad de París, quizá la más antigua de todas las universidades. O tal vez la de Bolonia.

Ambas universidades se disputan el derecho de ser la primera en Europa, y sin embargo, reclaman también que Grecia es Europa. Se olvidan de las viejas fundaciones platónicas y alejandrinas que muchos siglos antes ya eran, en verdad, universidades.

Solamente como prueba de lo antes expresado conviene recordar las antiguas civilizaciones descritas en el estudio introductorio de este ensayo, ya que no es posible comprender el fenómeno universitario entendido como la vocación superior del hombre para saciar su sed de universalidad, sin reconocer con justicia y equidad las aportaciones de razas y pueblos de todas las épocas.

Todas las civilizaciones que en el mundo han sido, desde Mesopotamia y Egipto, la antiquísima Sumeria, la legendaria China y en lugar muy especial la India, una de las más antiguas civilizaciones, todas desarrollaron con sus características propias, sistemas de enseñanza que constituían –o por lo menos lo pretendían– verdaderas enciclopedias* de los conocimientos adquiridos por sí mismos y las influencias recibidas, ya que ningún pueblo del mundo histórico se ha desarrollado en la soledad, que en su momento pasarían a formar parte del acervo de sus posteriores generaciones.

En la India desde el segundo milenio a.C. ya existía una división de castas en que

2 Fernando Fernández Rangel y Carlos del Río Estrada, *Las grandes universidades de Iberoamérica, p. 11*

Buda bajo el árbol de la iluminación. ***Colosos de la historia. Buda y Mahoma,*** **p. 39**

los brahmanes, o sea hombres de grandes conocimientos, ocupaban los sitios elevados de su sociedad, al mismo nivel que los sacerdotes; después venían otros grupos, los nobles y los soldados; la siguiente clase la constituían los agricultores; la última, los sirvientes o domésticos.

Así aparece la división de los hindúes en varias clases sociales. Los brahmanes ocupaban desde luego la más importante posición dentro de esa sociedad. Los hijos de los brahmanes eran educados de manera especial en la casa de un preceptor, quien no cobraba por sus enseñanzas, tratando al alumno como si fuera su propio hijo; pero éste debía corresponder también como hijo, prestando toda la ayuda que le fuera requerida tanto en el hogar como en el campo.

La base de los estudios en esta sociedad tan estratificada era una repetición de himnos sobre diversas materias como fonética, gramática, astronomía, prosodia y etimología. La enseñanza era personalizada y variaba según el tipo de individuo y desde luego, según la casta de la cual proviniera el estudiante. En ese ambiente familiar continuaba el alumno sus estudios, que no se reducían meramente a la adquisición de conocimientos, sino como algo más importante y primordial el alumno estaba obligado a observar unas costumbres muy simples, comidas sencillas, trajes poco elaborados, una cama dura, viviendo una vida de tipo monástico.

«Si el alumno deseaba continuar sus estudios, podía pasar a una escuela superior llamada As Rama, o a un centro donde había gran cantidad de profesores en algo similar a una universidad, presidida por un Cula Pati, que equivaldría a un director de universidad, y los alumnos podían continuar su formación escolar preparando tesis o discusiones sobre

Restos de construcciones monásticas budistas. ***Colosos de la historia. Buda y Mahoma,*** **pp. 28-29**

diferentes temas. La educación no se negaba a las mujeres, pero por regla general se esperaba que las jóvenes fueran instruidas en sus propias casas.»[3]

Cerca del siglo VI a.C. aparecen dos nuevas corrientes religiosas: el Budismo y el Jainismo, creadas por Buda y Mahavira y con ellas también nuevas formas de vida y de educación: utilizaban el lenguaje común y sencillo del pueblo, de los más ignorantes para lograr una verdadera comunicación con ellos. Con ese mismo propósito, crearon un sistema educativo monástico utilizando los locales vecinos a los monasterios con el doble objetivo de educar y de formar sacerdotes. Como se ve, el invento en Europa de las escuelas catedralicias, escuelas anexas y pertenecientes a la organización religiosa, no fue un invento demasiado novedoso y exclusivo, más bien pudiera decirse que las sociedades humanas, en un cierto estadio de evolución, encuentran soluciones similares a problemas similares. La rotunda exclusividad de una solución a un problema humano común es sumamente difícil de sostener, y es muy probable que las posteriores soluciones a un problema similar tengan su origen en la influencia de los más antiguos.

Los monasterios budistas, en gran medida, se encargaron de la educación religiosa y secular, lo que dio origen al gran desarrollo tanto de la enseñanza elemental como de los estudios avanzados. Así también sucedió en Europa cuando la Iglesia comprendió que ella misma debía crear sus promotores, defensores y dadas sus crecientes necesidades, también sus propios administradores.

«Un importante hecho en la historia de la educación hindú es la fundación de las uni-

3 *Ibid.*, p. 11

Detalles de los restos de la universidad de Nalanda, India. *Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico*, vol. 3, p. 477

versidades de Nalanda y Vlabhi, en las que, con los donativos colectados en más de cien villas, se mantenía un equipo de mil quinientos maestros que discutían diariamente innumerables temas, entre los que sobresalían la filosofía, lógica, gramática, astronomía y medicina.»[4]

Las reglas que se aplicaban para aceptar a los alumnos en esas instituciones hindúes eran muy severas, solamente dos o tres de cada diez personas que habían solicitado su admisión, eran aceptados.

Es necesario advertir entonces que cada una de las instituciones educativas de las diferentes culturas que han existido en el mundo, pretendían ser portadoras y generadoras del conocimiento total, de acuerdo con su momento histórico, es decir, aspiraban al conocimiento universal. El cúmulo de conocimientos generados por la organización educativa de una sociedad, debido a los múltiples contactos e influencias que se han dado entre los pueblos a lo largo de la historia, han ido transmitiéndose de una cultura a otra hasta que, finalmente, por muy diversos caminos nuestras actuales sociedades los han heredado, pasando por supuesto, por la etapa y a través de las universidades europeas.

China

También en la China antigua, como sucedió prácticamente en todas las sociedades que en su historia alcanzan cierta etapa de desarrollo, el gobierno se preocupó por establecer un sistema de enseñanza para el pueblo. Estos sistemas de enseñanza contemplan no solamente una serie de conocimientos prácticos para sortear los problemas que la vida cotidiana le va presentando a cada individuo a lo largo de su vida, sino de manera por demás importante el sistema de enseñanza trata de inducir a los individuos a mantener una forma de conducta más adecuada para vivir armónicamente y feliz. Se pensaba entonces que un buen gobernante chino era aquel que daba ejemplo de bondad y sabiduría a su pueblo.

En la época Chou, que abarca del año 1122 al 221 a.C., se establecieron escuelas para los hijos de los nobles, aunque se descuidó la educación de los grupos más pobres y necesitados. Durante todos esos años la educación, para que pudiera sobrevivir como un sistema generalizado, tanto en el tiempo como en muy diversos lugares del amplísi-

4 *Ibid.*, p. 12

mo imperio, necesariamente debió institucionalizarse, debió crearse la noción de educación sistemática e institucional a través de lo que nosotros llamaríamos escuelas. Es necesario hacer énfasis respecto a que la historia de la humanidad está llena de soluciones similares a problemas similares, y la transmisión de la experiencia de una generación a otra, de una cultura a otra es una constante, aunque las palabras que hayan utilizado las diferentes culturas, obviamente, sean diferentes; en este caso el concepto de escuela es uno, a pesar de que el vocablo y el tiempo en que se utilizó entre distintas sociedades sea diferente.

Unido a lo anterior, durante la dinastía Chou, la tarea de sistematizar la enseñanza trajo necesariamente la creación de los currícula escolares, dentro de los que destaca el estudio y la preocupación de los maestros por hacer extensivo su conocimiento. «El avance educativo en el periodo Chou fue precisamente el de llevar a los maestros a instituciones de educación; antes de ellos los eruditos se encontraban en pueblos y ciudades enseñando y estudiando, pero no había la posibilidad de realizar su enseñanza como parte del Estado. Durante la institucionalización surgió otro tipo de eruditos, los maestros itinerantes, que viajaban de ciudad en ciudad acompañados de algunos de sus discípulos y que a veces eran consejeros de gobernantes y funcionarios; más tarde, Confucio sería uno de estos eruditos viajeros.»[5]

La preparación básica de los alumnos consistía fundamentalmente en la enseñanza de la música, la arquería, manejo de carros, escritura y matemáticas. En las escuelas chi-

Espejo de bronce con motivos florales de finales del período Chou. ***Historia universal Salvat,*** **vol. 6, p. 78**

nas de la época estaba estrictamente prohibido adquirir los conocimientos por medio de la memorización, ya que se tomaba como base un pensamiento de Confucio que decía: *aprender sin pensar es trabajo perdido.*

Después vino el periodo Chin, del 221 a 206 a.C., en el que la educación superior no avanzó. En la época Han, que comprende del 206 a.C. hasta el 220 d.C., inicialmente debió preocuparse por consolidar su poder político y su supervivencia; ello como condición indispensable para realizar cualquier otra tarea, y una vez cumplido su objetivo, la educación y el conocimiento serían colocados en un lugar de preminencia; conjuntamente con lo anterior, otro objetivo fue dar mayor énfasis a la información religiosa y se estableció una universidad de tipo nacional con un registro próximo a los treinta mil alumnos. Las obras clásicas eran el corazón de la enseñanza; pero la música, los rituales y la arquería estaban incluidos en esta educación perfectamente balanceada. Posteriormente, en la educación china hubo una gran

5 Jaime Castrejón Díez, *La educación superior en China*, p. 44

influencia de la India con la introducción de la literatura budista, que tuvo mucha aceptación entre los monjes chinos.[6]

Dioses para la reconciliación de la dinastía T'ang. *Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico*, vol. 3, p. 132

Sin embargo, a la caída de la dinastía Han viene un largo periodo de inestabilidad política, durante la cual se suceden varias dinastías en el poder, que es acompañada por la inestabilidad de la universidad. A pesar de todo, la dinastía T'ang, que gobernó entre los años 618 a 907, hizo todo lo que estuvo a su alcance para reactivar a la universidad, aunque nunca volvió a alcanzar los niveles de calidad que logró bajo los Han.

Todavía se dio otro intento de hacer que la universidad alcanzara los niveles que había logrado con los Han, ahora patrocinados por la dinastía Sang, cuyo gobierno lo sitúan del 960 al 1275 d.C. Con esta dinastía «se reabrió el colegio Imperial, para educar a los hijos del emperador y sus funcionarios; se restableció el estilo Confusiano (sic) y el ministerio de ritos se hizo cargo de los exámenes imperiales. Los candidatos deberían componer una pieza de poesía, una de poesía libre o de prosa rimada, y alguna otra pieza literaria, así como cinco ensayos sobre política y diez ensayos sobre los clásicos».[7]

El aparato institucional educativo chino, a pesar de las vicisitudes políticas y de sus altibajos, fue un sistema permanente que logró enlazar a una generación con otra, e hizo posible la continuidad y transmisión de importantes conocimientos, entre cuyos usufructuarios aún hoy somos nosotros. Ahí radica la enorme importancia de consignar, aunque sea demasiado rápido, como uno de los antecedentes primordiales de la idea de universidad.

Los hebreos

Dentro del proceso evolutivo de la educación, resulta indispensable mencionar a los hebreos. Hablar del enorme impacto que va a representar el pueblo de Israel, establecido en Palestina, en la historia y en la propia vida de todos los pueblos del mundo llevaría, aunque lo merece, mucho espacio y tiempo. Baste para nuestro propósito recordar que este pueblo inició, por lo que respecta a la educación, un sistema educativo de tipo familiar, ya que la familia era entonces y es hasta nuestros tiempos la base de la mayor parte de los conocimientos formativos más importantes de un individuo, conocimientos que después, a lo largo de su vida la persona socializa para po-

6 Fernando Fernández Rangel, op. cit., p. 12

7 Edouard Biot, *Essai sur l' histoire de l'instruction publique en Chine*, citado por Jaime Castrejón, op. cit., p. 51

der, dentro de lo que la propia sociedad marca en cada pueblo y época, convivir con sus semejantes.

Después de esa educación de tipo familiar, apareció cierta tendencia hacia el empleo de los libros cuando surgieron los escribas, encargados de la redacción de los contratos para cualquier tipo de asuntos, además de registrar la contabilidad en las transacciones económicas. Desde la época de los reyes David y Salomón, los escribas se dedicaron, además de fungir como colectores de información, a escribir sobre diversos temas, muchas veces acerca de la sabiduría y de la historia.

Hacia los años 722-721 a.C., se inició en Judea la educación de tipo religioso y la sinagoga era tanto lugar de oración como la casa del libro y de instrucción: Bet Ha Midrash, lo que corresponde a la educación secundaria o nivel superior. Es importante decir que los judíos consideraban que enseñar era una labor noble apoyada por el texto sagrado del *Talmud*, con el elevado pensamiento de que *el hombre debe tener tanto respeto por el maestro como por Dios.*[8]

«*Talmud* significa *enseñanza*... Es una especie de enciclopedia informal que aborda los temas más diversos: religión, sociedad, agricultura, medicina, folklore, ética, psicoanálisis, astronomía o arqueología... Es el fiel reflejo de la vida judía durante los mil años que precedieron a su redacción final, y un manual indispensable para comprender el judaísmo, su culto, sus leyes, su literatura, su historia, su humor y sobre todo la esencia de su pensamiento.»[9]

El libro sagrado hace énfasis en el hecho de que por encima de cualquier tipo de estudio erudito o teórico de los principios religiosos, se encuentra la obligación de observar rigurosamente una conducta práctica basada en la justicia. El conocimiento de Dios es la principal tarea del hombre, por cuanto a través de Él, éste se somete por completo a la voluntad divina y se encuentra dispuesto a cumplir la función que, en el concierto del universo, le fue asignada.

Salomón recibe a la reina de Saba. Miniatura atribuida a Memling. M. Marín Correa, *Historia de las religiones*, vol. 2, p. 19

La enseñanza en las comunidades judías era referida fundamentalmente a la elevación moral del individuo, para después, con una firme base ética, el alumno pudiera enfrentarse a los problemas netamente mundanos –como sería cualquier otro tipo de conocimiento - para que la solución de éstos acrecentara tanto los bienes materiales como los bienes espirituales.

8 Fernando Fernández Rangel, *op. cit.*, pp. 12-13
9 Historia de las religiones, p. 29

La importancia que tiene el pueblo judío en el desarrollo de la idea de universidad está firmemente asentada, aunque se dejen de lado la contribución personal que hicieron tantos hombres de esta nación, con sólo mencionar que el pueblo de Israel es el autor del llamado Libro de libros, es decir *La Biblia*, que por sí misma, se podría decir, llena la historia de la cultura occidental, desde su aparición entre el pueblo hebreo hasta nuestros días. No es posible imaginar siquiera cómo hubiera sido la historia de Occidente sin la existencia de ese libro, o mejor dicho colección de libros, puesto que son numerosos los que la conforman. Baste decir que la Biblia, como texto religioso, jurídico, histórico, es fundamental dentro de los cuatro grandes grupos religiosos de enorme importancia en Occidente: los judíos, los cristianos, los musulmanes y los llamados protestantes. Cada una de las religiones, dependiendo de su propósito e interpretación particular, no aceptan algunas partes de la Biblia; las partes que sí aceptan y conforman su canon, son aquellas que, a su consideración, son verdaderas porque fueron escritas bajo el influjo de la inspiración divina.

Los judíos sólo aceptan la primera de las partes en que se divide la Biblia, la parte conocida como el Antiguo Testamento, compuesto por tres grandes apartados: La Torá (La Ley), los Proféticos (Josué, Jueces, Samuel, Reyes, entre otros) y los Hagiógrafos, que es una colección miscelánea.

Los cristianos aceptan la Biblia tal como se estableció durante el Concilio de Trento en 1545-1563, con los setenta y dos libros canónicos: cuarenta y cinco del Antiguo Testamento y veintisiete del Nuevo Testamento. La versión cristiana tiene su fundamento en la denominada septuaginta o de los setenta, así llamada porque sus libros fueron traducidos del canon hebreo (establecido alrededor del siglo II a.C.) al griego, por setenta y dos sabios en la ciudad de Alejandría.

Por su parte, como es sabido, los musulmanes consideran que Mahoma, el fundador de su religión, debe incluirse entre el grupo de los profetas. El Corán es, en ese sentido, una importante rama de la Biblia.

Los llamados protestantes, aunque no aceptan la composición de la Biblia cristiana, y realizaron su propia exégesis para determinar su canon, como es el caso de la no aceptación de los libros que, presentes en la septuaginta, no habían sido recogidos en el canon judío, también tienen su fundamento en ese libro maravilloso.

Como vemos, la Biblia es parte fundamental de la vida económica, política, cultural, espiritual de Occidente. Por diferencias en su interpretación surgieron y cayeron reinos. Este libro conformó el espíritu de generaciones, dio paso a multitud de movimientos sociales, y fue guía para la educación de pueblos enteros. De su estudio como verdad revelada proviene la teología occidental y, con ella, la fundación y razón de ser de sinnúmero de universidades: París, el monumento de esta ciencia, y muchas más. De entre la enorme cantidad de temas de debate y estudio, baste recordar por el momento, la controversia surgida con motivo de la realidad de los universales, que por sí misma llena toda una época intelectual y espiritual.

Las polémicas surgidas de interpretación de la Biblia, el estudio para calar profundo en muchos de sus temas, su confrontación con otros cánones religiosos, da paso a un extenso e intenso movimiento intelectual que no se apaga aún en nuestros días.

El reencuentro con el helenismo

Lo antes expuesto es solamente un breve repaso, algunas notas referentes a los sistemas educativos de algunos pueblos de la antigüedad, para destacar que cada uno de ellos fue creando sistemas educativos similares. Las similitudes, como se puede constatar a través de la historia, fueron consecuencia del contacto, y más que contacto, de relaciones e influencias (que muchas veces asumieron una forma violenta, inclusive la guerra) que mutuamente se proporcionaron. Cada pueblo fue adaptando a su propio ser, bajo el influjo de la herencia y de sus relaciones con otros pueblos, aquellos elementos más acordes con sus propias modalidades, para enfatizar que las similitudes, que obviamente son matizadas o transformadas según la idiosincrasia de cada uno de esos grupos.

Las culturas que precedieron a la Edad Media europea se mantuvieron presentes en ella aunque de manera no generalizada, en grupos pequeños, a veces un tanto oculta. Sin embargo basta con hacer un recorrido por su historia para ir reconociendo similitudes y, por supuesto, influencias. Largos siglos de contacto entre las más antiguas civilizaciones del Oriente confluyen gloriosamente en Grecia, y ésta, a través de la magna obra civilizadora del Islam, llega finalmente a Europa. Reconocer este hecho no es minimizar el enorme valor que tiene para la humanidad la creación de la universidad europea, ni restar méritos a la labor desarrollada por multitud de sabios dentro de estos templos del conocimiento; en rigor, sólo es puntualizar que la idea de la universidad no es exclusiva de un grupo determinado, sino que es y será patrimonio universal.

Así, en el caso de las primeras universidades *studii* nacidas en forma aparentemente espontánea en Europa, antes del siglo XII, en realidad constituyen una respuesta a la demanda de centros de estudio de la época o bien a la necesidad de formar hombres capaces de los que tan carente estuvo en esos años la Edad Media.

El momento en que se inician las labores académicas o simplemente de enseñanza de tales *studii* se pueden conocer, en ocasiones parcialmente; en otros casos, incidentalmente por estar relacionadas con hechos históricos importantes que constan en documentos, ya que en la inmensa mayoría de los casos se carece de fuentes documentales directas. Lo que se puede asegurar es que la existencia de tales centros de estudio es comprobable, en diversos sitios de la Europa medieval y en forma más general del mundo medieval.

Las fechas de nacimiento de las antiguas universidades europeas se agrupan por siglos y por regiones geográficas, como podrá apreciarse en los capítulos subsiguientes de este trabajo, así como en los mapas y cuadros sintéticos que se presentan.

En lo que toca a las fechas que se atribuyen a la creación de las universidades, como las de Bolonia, París y Oxford, deben considerarse como fechas convencionales, ya que no es posible definir con precisión un año concreto del comienzo de las actividades de esas casas de estudio y, solamente más tarde, aparecen los studii con un documento de fundación.

Lo que resulta evidente, tanto en el mapa que se ofrece, cuanto en el cuadro que lle-

va por título *La fundación de las universidades: de sus orígenes al siglo XV*, es que durante los dos últimos siglos de la Edad Media, las fundaciones universitarias se multiplican hasta dar como resultado el esquema que se muestra en el apéndice documental.

No es sencillo precisar y definir las causas que desencadenaron el proceso de culturización de una Europa medieval, barbarizada y analfabeta: lo que podríamos denominar como la antesala del reencuentro de la universidad con la cultura clásica.

Son diversas las razones y abundantes los hechos que influyen sobre los individuos y sobre la sociedad, que al conjugarse dan como resultado un nuevo concepto de universidad y, en forma sobresaliente, una conducta social diferente que manifiesta su aprecio y su interés por el conocimiento, por las artes, por la teología y la filosofía. Es en realidad, un redescubrimiento que origina un fenómeno social, una conducta, cuyas consecuencias aún vivimos.

Mapa de las universidades de Europa, siglos XI-XV. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 202

Es cierto que en algunos casos, se concreta y llega a constituir un objetivo de la Iglesia o de la Monarquía: la necesidad de contar con hombres doctos en diversas disciplinas, capaces de administrar lealmente el poder al servicio de un ideal o de un hombre. Es cierto también que en esa época se hace evidente ya, que los estudios universitarios eran un medio seguro de garantizar la capilaridad social y económica y también que los recursos tradicionales para alcanzar posiciones importantes, por lo menos parcialmente, en la milicia y en la vida religiosa, habían perdido su eficacia.

Hemos afirmado reiteradamente, que la enseñanza y el aprendizaje son características de la humanidad de todos los tiempos y de todas las razas, y que el espíritu de investigación aparece en el hombre desde que alcanzó la condición de *homo sapiens*. Pero habremos de reconocer que en la Edad Media se manifiestan ciertas peculiaridades, como ocurre en las grandes épocas de la humanidad y que es en este milenio en el que se gesta la estructura orgánica, administrativa, política e ideológica que finalmente será la universidad medieval.

Entre tales factores mencionaremos, aun sea brevemente, las grandes migraciones que se presentan en este trayecto histórico, las que producen confrontación de ideas, enriquecimiento de culturas, contrastes de modos de vida, discusiones religiosas, transferencia de conocimientos científicos y tecnológicos y, en general, todo ese complejo de fenómenos que se dan cuando una gran masa humana se desplaza y se asienta en distinto lugar. En este sentido no debemos olvidar el enorme impacto que representaron las cruzadas que abrieron un inmenso conducto, sí de confrontación, pero también de relación y mutuas influencias. El camino que buscaban para llevar a Europa a la fuente de las más preciadas mercaderías y otras riquezas, condujo a la conformación de un mundo más amplio y distinto del que hasta el momento conocían.

Sobre todas estas motivaciones prevalecen, en primer término, la difusión del cristianismo en la Europa central y nórdica y su capacidad de organización para establecer un orden jerárquico, que poco a poco va buscando llegar a una sociedad regida por el derecho.

No es concebible la universidad medieval europea ni sus descendientes, una gran mayoría de las universidades renacentistas y modernas, sin la presencia orgánica y estructural de la Iglesia católica. A ella debemos agregar la consolidación de las monarquías y de los reinos que van conformando el mapa geopolítico de Europa y la convicción de papas y monarcas de que era indispensable contar con hombres capaces para integrar una burocracia eficiente.

No podemos de ninguna manera descontar, aunque sea repetitivo dentro de este trabajo, el reencuentro con la vieja cultura griega y lo que en este reencuentro debe la civilización europea de esa época a la cultura islámica, que no solamente sirvió como vector que traslada desde el Oriente medio hasta la España islámica por toda la costa norafricana el gran pensamiento aristotélico, platónico y socrático, sino que es generadora de un acervo de conocimientos científicos en áreas muy importantes del conocimiento humano.

Sintetizando, no es concebible la institución universitaria sin la presencia de Gre-

cia, de las viejas culturas de Oriente medio y cercano, de la cultura islámica y todo ello, estructurado por el pensamiento cristiano y por la organización de la Iglesia católica y de las monarquías.

Las fuentes del saber

Es imposible pensar, imaginar siquiera lo que este mundo sería sin la existencia de los libros*. Ninguna sociedad, ninguna civilización hubiera podido sobrevivir por largo tiempo si este fundamental instrumento de la memoria y la cultura no hubiera hecho su aparición en el mundo.

También resulta inimaginable lo que la cultura de Occidente le debe como vehículo de todo conocimiento ya sea profano o revelado, al libro. Simplemente todo. Y debemos recordar que hasta el mismo nombre de ese poderoso producto de la inventiva humana proviene de muy lejos, tanto en el espacio como en el tiempo, hasta que llegó a Europa.

Ciertamente fue en Europa donde siglos más tarde, el libro adquirió otras fisonomías; pero, si la tradición es cierta, la invención del libro proviene de Asia, de *Biblos*, la ciudad fenicia que los historiadores sitúan ya en los mapas del siglo VI a.C.

Por muchos caminos, por multitud de rutas el libro se difunde por todo el mundo conocido, y se produce un fenómeno importan-tísimo: en la medida que el libro se difunde, ese mundo conocido se va haciendo cada vez más grande, tanto física como intelectual y espiritualmente.

En el libro confluyen dos características que ninguna otra expresión del quehacer humano ha podido conjugar. Al mismo tiempo, el libro es un producto, digamos físico del trabajo del hombre, por cuanto es un objeto susceptible de ser vendido y comprado, que ocupa un lugar, incluso se puede destruir: constituye, como cualquier otro objeto dentro de la sociedad mercantilizada, eso precisamente, una mercancía. Desde ese punto de vista, los libros son un artículo que tiene un valor de cambio, se compran y se venden por un precio determinado.

Dentro de las características del libro como mercancía, todavía tiene otro atractivo, que es el de poder constituirse como una artesanía bella, como verdadera obra de arte, en la medida en que también la belleza sea un bien comercializable. Aquí, el valor de cambio se ve incrementado, no por el contenido mismo del cual es portador ese objeto, sino por otras características como son su rareza o por ser un objeto bello. Y quienes se dediquen a comerciar con los libros como mercancía, no necesariamente deben apreciarlos por lo que llevan dentro, sólo deben apreciarlos por su valor comercial. Aunque como si fuera una paradoja, quienes se han dedicado a comerciar con los libros ineluctablemente han terminado por apreciarlos, amarlos, por esa otra particularidad suya.

Esa particularidad que hace a los libros ser algo más que una mercancía es la de ser portadores de palabras, de ideas, de doctrinas, de conocimiento, son su vehículo fundamental e insustituible. A través de los libros las doctrinas, los conocimientos sobreviven gracias al proceso de enseñanza-aprendizaje, que tiene en el libro, desde que éste apareció sobre la tierra, el instrumento más poderoso para conservar, transmitir y acrecentarlos. Todo ello hace de los libros un punto de partida privilegiado para analizar y co-

mentar las ideas y con ellas las doctrinas que ejercieron su influencia en la conformación de Europa como un espacio cultural y la materialización del mundo universitario medieval.

En la Europa del Medioevo los libros en su calidad de mercancía eran muy apreciados y, dentro de este panorama se debe tomar muy en cuenta que el portentoso invento de la imprenta aún no hacía su aparición, lo cual obligaba a que todos los libros, tanto los originales como sus copias, fueran manuscritos, y podían llegar a constituir verdaderas obras de arte o en el caso menos favorable, un trabajo de artesanía sumamente laborioso y también bello.

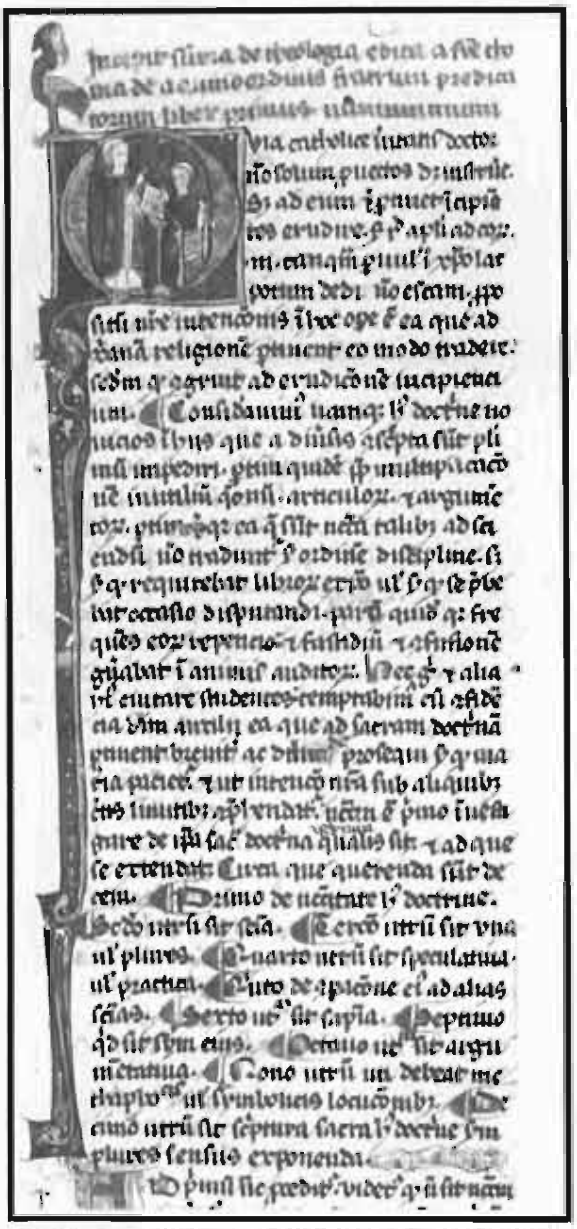
Para poder aquilatar la envergadura de la tarea de producir un solo libro, basta con decir que para copiar en pergamino, la *Summa Theologica* de santo Tomás de Aquino*, fueron necesarias las pieles de setenta y cinco ovejas, cuyo valor constituía un pequeño patrimonio, a lo que se debe añadir el trabajo del copista y los materiales que debió emplear para cumplir su tarea durante un tiempo más o menos largo.

Por lo anterior resulta muy comprensible que muchos estudiosos de aquel tiempo tuvieran verdadera fobia a prestar sus libros. Un libro en sí, como mercancía era, como se dijo, un pequeño o algo más que un pequeño patrimonio. Eso sin contar que los libros, por esa misma peculiaridad de ser extraordinariamente caros, no existían en gran número, lo que les añadía otra razón para evitar, por cualquier motivo, desprenderse de ellos: no era fácil entonces entablar un diálogo entre el lector y el autor del libro ya que no existía, como no existe ahora, otra manera más libre y generosa de conversar con los

San Gregorio Magno dedicado a la escritura. Cubierta del libro en marfil, siglo X. F. Cardini, et. al., *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 2

ausentes, de acercarse a ellos y preguntar sobre todo aquello que más nos interesa, en un momento dado, en el transcurso de nuestra humana vida.

Si se le puede llamar *la teoría del no préstamo de libros*, ésta también tiene defensores, y de muy alta jerarquía; baste señalar lo que sobre este asunto escribía un franciscano, maestro y más tarde santo, Buenaventura de Bagnoregio*. Sin recurrir a excusas ni pretextos, teorizaba claramente que los libros no debían prestarse.



Detalle de una página de la *Summa Theologica* de santo Tomás de Aquino. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 217

Este Buenaventura de Bagnoregio escribía sobre el tema no de manera intrascendente o ligera, sino en el estilo docto y elevado de la *quaestio* la argumentación que se presenta con relación al tema del préstamo de libros alcanza desde el principio gran seriedad.

«A primera vista –escribe– podría parecer un acto poco caritativo negarse a prestar los libros propios a aquellos que los solicitan; un acto incluso envidioso, pero en realidad existen muy buenas razones para actuar de tal modo. Un libro podía no haber sido aún revisado por su autor: de esta forma, circularía en una edición incorrecta y, por lo tanto, nociva. Otra razón: se supone que quienes poseen libros hacen uso de ellos y los necesitan, y en ninguna parte está escrito que, en el terreno de la valiosa y fatigosa búsqueda del saber, hay que pensar antes en el interés ajeno que en el propio. Tercera razón: muchos son rápidos e insistentes en el pedir, pero lentos en el devolver y, tras solicitárseles muchas veces, de mala gana y protestando, devuelven sin una palabra de gratitud lo que han recibido. Incluso ocurre (¿quién no ha pasado por esta experiencia?) que aquél que ha recibido el libro en calidad de préstamo se lo entrega a otro sin avisar al propietario que, de esta forma, ya no sabe a quién tiene que pedírselo y la cadena de préstamos se va alejando de él hasta el punto de que nadie puede responder personalmente del libro prestado».[10]

Por ser los portadores del saber, los libros han ganado un aprecio sin parangón en todas las culturas; no importa qué tan antiguas o lejanas hayan sido o, incluso, qué tan modernas sean. Para toda sociedad humana que ha llegado con la invención de su propia escritura a la apertura de su historia, el libro es el vehículo que hará posible que esa sociedad logre sobrevivir en el tiempo aún más allá de su existencia física, como lo mues-

10 Franco Cardini, M. T. Fumagalli y Beonio-Brocchieri, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 10

tran aquellas culturas que hoy sólo las conocemos a través de sus huellas plasmadas en los libros.

Comentar en nuestro tiempo respecto de la no conveniencia del préstamo de los libros resulta ser un tema de actualidad, como lo era también en el siglo XIII: olvidos, pérdidas, daños, mutilaciones de todo tipo, son resultado de una acción en extremo imprudente y sin sentido, que nada tiene que ver con el ejercicio de la caridad. Por lo que como conclusión, apegándonos al docto análisis que hace san Buenaventura, de que la manera más prudente de conducirnos, con relación al tema, es no prestar nuestros libros y mantenerlos perfectamente guardados en nuestra biblioteca.

Las reflexiones que hemos seguido nos conducen a plantear el tema de la pertinencia e importancia de los libros como un bien social. Es cierto que individualmente, una persona debe responsabilizarse de la conservación y cuidado de sus libros; mas también es cierto que como sociedad, cada grupo de individuos debe responsabilizarse por preservar los bienes que les son comunes, como es el caso de las bibliotecas.

Las bibliotecas son algo más que un simple conjunto de libros y documentos, son la conservación de la memoria colectiva de un pueblo, la preservación y transmisión de conocimientos, el lugar donde cada cultura, por medio de la relación entre maestros y alumnos –además de la realización de las tareas que les corresponden al resto de los miembros de ese pueblo– se va construyendo de la manera más profunda el ser de una nación. De ahí que para que un pueblo pueda ser sometido por otro pueblo, se debe destruir lo más a fondo posible todo lo que hubiera guardado en sus bibliotecas. Ejemplos de este tipo de depredación lo tenemos a lo largo de la historia, en que las invasiones exitosas al tiempo que imponían su dominio en el territorio de los vencidos, entregaban a las llamas o saqueaban las bibliotecas.

Pero todos estos comentarios cobran mayor sentido en este volumen, que aunque no pretende ser una historia, sí tiende a ajustarse a lo que otros con veracidad han encontrado antes que nosotros en sus investigaciones sobre las universidades medievales, a la cual tenemos acceso por medio de los libros que, al estar publicados, ya también nos pertenecen.

Ante todo, ¿cuál era el contenido de una biblioteca en el siglo XIII? La biblioteca de las universidades recién nacidas ya no se limitaba al escaso acervo del *armario de los libros*, que generalmente existía en buena parte de los monasterios de la alta Edad Media. En ese siglo la biblioteca universitaria era más amplia y articulada, su contenido ya no se restringía a los libros que la tradición les hubiera impuesto; existía ya la preocupación por acercarse tanto a los libros nuevos como a los antiguos, muchas veces desconocidos pocos años antes. Los textos antiguos paganos y cristianos contenían las *auctoritates**, mismas que los maestros discutían, explicaban y, a veces, las contradecían, con bastante más frecuencia de la que hoy se suele imaginar.

Reencuentro con Aristóteles

Con la invención de los libros fue posible preservar y transmitir las ideas de los grandes pensadores que ha tenido la humanidad. Por medio de los libros fue posible también continuar (entre todos) la construcción del edifi-

cio cognoscitivo que el hombre ha utilizado para transformar su mundo y su sociedad.

Con el paso de los años es frecuente que se pierda la perspectiva que nos permite valorar, en su justa medida, la importancia que tienen para todos los seres humanos ciertos acontecimientos. Posiblemente hayan pasado muchos años desde que ocurrieron o tal vez se refieren a hechos recientes. En todo caso, se debe revisar el pasado para descubrir aquello que en verdad ha sido significativo y cuyas repercusiones, posiblemente, se hayan prolongado hasta nuestros días.

Aristóteles. *Diccionario enciclopédico Espasa*, vol. 3, p. 147

Al hacer esa revisión es muy probable que nos percatemos que quizá uno de los acontecimientos de mayor relevancia intelectual para las universidades durante el siglo XII y para la cultura Occidental toda, fue el fenómeno conocido como *retorno de Aristóteles.*

En los comienzos del siglo XII reaparece y penetra en las instituciones de enseñanza de la Europa cristiana un acervo cultural, que forma parte del patrimonio de la humanidad, que hasta ese momento permanecía casi en el olvido, y del que sólo por excepción, se conocían los títulos. Este movimiento de renovación se va abriendo paso, primero lentamente, para después convertirse en una tendencia arrolladora que emplea como principal instrumento de difusión las traducciones, mismas que en su momento se realizaron tomando como base otras traducciones y no las versiones en los idiomas originales.

El texto griego antiguo conservado por los cristianos siriacos en su lengua, el mismo que el Islam había conocido posteriormente en versiones árabes y que tuvo que transitar por toda la costa norafricana para llegar hasta la España islamizada, fue por fin traducido al latín, en España, Sicilia, Inglaterra y París.[11]

A fines del siglo XII las lenguas vulgares derivadas del latín se convirtieron en vehículos de expresión literaria. Los poemas épicos y la lírica trovadoresca son excelentes ejemplos. Si la *Chanson de Roland* y el *Cantar del Mío Cid* cuentan con una base eminentemente popular, los poemas de los trovadores abren en las clases cultas un nuevo

11 *Ibid.*, p. 13.

sentido de la vida: el amor cortés que revaloriza el papel de lo sentimental y de la mujer en una sociedad dominada por la violencia y en la que priva mayoritariamente la ignorancia y la barbarie. A favor de ello jugaron una serie de factores: las cortes señoriales del Poitou, Toulouse y el Narbonesado, en donde son figuras descollantes Guillermo IX de Aquitania, Bertrand de Bentedorn o Marcabru; la influencia de las leyendas célticas del ciclo del Santo Grial que permitieron a Chretien de Troyes la redacción de una serie de novelas en las que la galantería reemplaza a las pasiones violentas; y en última instancia el papel de los *minnesänger* alemanes a finales del siglo XII y comienzos del XIII, como Walter Von der Bogelweide y Wolfarn Eschenvach.

El pensamiento durante el siglo XIII se apoyó en cuatro pilares: la creación de las órdenes mendicantes, el redescubrimiento de Aristóteles, el contacto con la filosofía árabe y la fundación de las universidades. En este contexto, la Sicilia normanda y sobre todo la España del momento, jugaron un papel decisivo como eslabones entre la cristiandad y el islam.

En efecto, ahogados en Oriente los intentos aristotélicos por las corrientes místicas de Algacel, Al-Andalus (hoy Andalucía, España) acabó convirtiéndose en su refugio. Averroes (1126-1198) Cadí de Córdoba, teólogo, médico, jurista y matemático, fue el comentador por excelencia de Aristóteles. Discípulo de Averroes lo fue Moisés Ben Maimón (1135-1204) llamado Maimónides. Su *Guía de indecisos* es un intento de conectar el pensamiento judío con el aristotelismo musulmán para llegar al conocimiento de Dios.

A lo largo del siglo XII van surgiendo en la España cristiana una serie de centros de cultura, verdaderos focos de atracción para los estudiosos de todos los países. Los del Valle del Ebro abrieron brecha en Barcelona, Lérida, Zaragoza, Tudela, y en Tarragona trabajan autores como Hugo Santa Llencis, Platón de Tívoli*, Abraham Ben Ezra*, Benjamín de Tudela*.

Algún tiempo después varios de ellos se avecindaron en Toledo, donde trabajaron gracias al impulso del obispo Don Raymundo (1126-1151). Ahí se crearon las condiciones favorables para obtener mayores contactos.

Domingo Gundisalvo*, Juan Hispano, Hermann el Dálmata* entre otros, cubren la primera generación de estudiosos. Hermann el Alemán*, Daniel de Morlay y Miguel Escoto* la segunda. A través de ellos se fue-

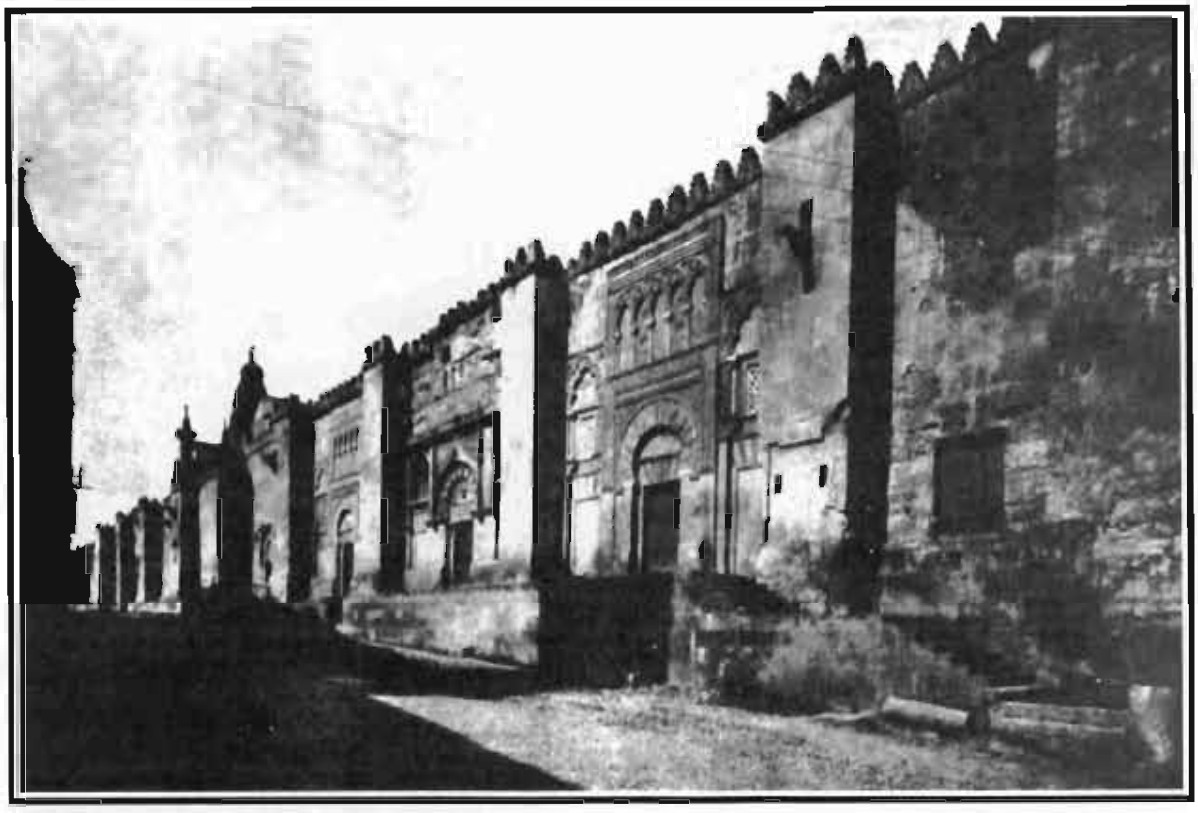
Estatua de Averroes erigida en Córdoba, España. ***Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico,*** **vol. 3, p. 497**

Alfonso X el Sabio. Miniatura perteneciente a un manuscrito del siglo XIII. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 343

ron conociendo en Occidente las traducciones de las obras de Al-Farabi Algazel, Avicena, Avicebrón, Ptolomeo y los comentarios de Averroes sobre Aristóteles.

Ya en el siglo XIII y bajo el impulso de Alfonso X*, la línea marcada años antes sigue su camino. En Toledo se traducen el *Libro de la acafeha*, el *Libro del ajedrez*, y se componen las *Tablas astronómicas*. En Murcia la gran figura fue El-Ricotí. Su enlace con Toledo será el obispo de Cartagena Pedro Gallego*; en ambas ciudades, la permanencia de importantes contingentes de población judía y árabe facilitó grandemente la tarea.

Debemos aquí, a reserva de ampliar nuestra exposición, rendir homenaje y dar un amplio crédito a las escuelas de traductores,



Fachada occidental de la mezquita de Córdoba. C. Sánchez Albornoz, *La España musulmana*, vol. 1, p. 448

muy principalmente a la de Toledo, en donde se reúne la intelectualidad europea, árabe y judía, para lanzar hacia Europa el olvidado pensamiento helénico.

A este importante aspecto de las traducciones siriacas y a su difusión empleando como medio la expansión del islamismo, hasta llevarlo al sur de España, primero a Córdoba y después a Toledo, hay que atribuirle una importancia capital en la vida de las universidades medievales.

Cierto es que no fue el único canal que conocieron los universitarios del Medievo para volver a entrar en comunicación con el pensamiento helénico, pero sin duda uno de los primeros y más importantes fue Toledo re-

Iglesia triunfante. Miniatura perteneciente a la Concordancias Bíblicas de la Escuela de Traductores de Toledo, siglo XII. ***Historia universal Planeta,*** **vol. 4, p. 207**

Iglesia abacial de Cluny. Siglo XII. ***Historia universal Planeta,*** **vol. 4, p. 301**

cién cristianizado, en donde se da una muestra de cultura y de tolerancia universitaria. Es ahí donde las versiones arábigas que habían sido llevadas desde Persia y traducidas del sirio al árabe, son retraducidas al latín por un grupo aparentemente heterogéneo en el que participan cristianos de toda Europa. Pero también se agrupan judíos cuya cultura es reconocida universalmente. Sabios árabes y todos ellos con el objetivo común y principal de buscar la sabiduría y la verdad.

Es justo y además necesario, destacar que no fue solamente Toledo la cuna de las

traducciones, Sicilia, Inglaterra y París también aportaron su capacidad y su esfuerzo; pero sí es un hecho que corresponde a la escuela de traductores de Toledo y al Monasterio de Cluny* en Francia, gran parte de la gloria de haber revitalizado el intelecto europeo gracias a las traducciones siriacas, arábigas, latinas, que fueron capaces de difundir, y nos atreveríamos a decir, que constituyen en gran medida el percutor que hace que Grecia vuelva a estar presente en Europa y en el mundo entero, como lo está hasta la fecha y que resulta injusto llamar *cultura occidental* a lo que es, sencillamente, cultura helénica o grecorromana.

Hasta ese momento los textos aristotélicos conocidos eran los de lógica –y no todos. Se desconocían, por ejemplo, los *Analítica*, que contienen una teoría de la demostración científica muy rigurosa y sofisticada; la *Física*, los escritos que se agrupan bajo el nombre de *Metafísica*, la *Ética* y la *Política*.

Gracias a las traducciones de individualidades de excepción y a las realizadas por centros organizados, en los que se trabajaba en grupo, la Europa cristiana reencuentra temas, técnicas de razonamiento, informaciones sobre la naturaleza y los hombres, en los campos de la medicina y de la política, que prácticamente habían desaparecido en un mundo intelectual depauperado que, en algunos aspectos, fue el mundo medieval hasta el siglo XIII.

Ya hemos dicho que tal afirmación es válida solamente de manera parcial, pues el conocimiento y el espíritu de investigación siempre tuvieron un sitio, que en ciertos casos, pudo ser el que correspondió a las individualidades geniales y, en otros, a los monasterios, las escuelas catedralicias y a las escuelas de corte. Pero en forma general, el medio intelectual y cultural del medievo europeo no se caracteriza por ser amante de la cultura, y más bien da la impresión de una Europa barbarizada, semianalfabeta, belicista y arbitraria, con manchones de sabiduría y de cultura en individuos y en algunas instituciones.

La afirmación anterior es válida para la época comprendida entre los siglos V y X, a partir de la cual se observa ya un renacimiento en diversos órdenes. La Edad Media europea es una de las etapas históricas más complejas de la humanidad, en la que están presentes simultáneamente signos de barbarie e ignorancia y otros de sabiduría, de misticismo, de estudio y de idealismo, así como también extraordinarias manifestaciones en todos los ámbitos del arte.

Dentro de este panorama, un lugar destacado merecen los pensadores, desde aquellos que pertenecieron a la filosofía patrística, hasta el que unánimemente es considerado como el último representante de la filosofía medieval y lazo de unión entre ésta y la filosofía moderna: Nicolás de Cusa*. El pensamiento filosófico durante la Edad Media en Europa se manifestó en muy diversas tendencias, cultivado por hombres de todas las nacionalidades de ese entonces, desde judíos hasta árabes, varios de ellos precursores y aun iniciadores de la principal corriente filosófica: la escolástica*.

Aquellos escritores cuya producción literaria suele designarse con el título de *Filosofía Patrística* (siglos II-VIII). La especulación filosófica de dichos autores, aunque no entre rigurosamente como medieval en los cuadros de la historiología, al menos, por lo que hace a los de los primeros siglos, sin

embargo, por su temática y su concepción del mundo y del hombre es, como hemos dicho, un verdadero preludio y aún representa la iniciación de la especulación escolástica: ese carácter se manifiesta con toda fuerza y esplendor en la figura máxima de ese periodo, san Agustín.

«Con la aparición del cristianismo la reflexión racional, ejercida ya de antiguo por la filosofía griega, sobre los grandes problemas, recibe una nueva dirección, que toma cuerpo en una problemática y en unas soluciones que llegan a su plena formulación en el periodo de madurez de la filosofía escolástica. Si bien cronológicamente emparentada con los demás fenómenos de la historia antigua, doctrinalmente la filosofía patrística tiene mucho más afinidad con la que se desarrolla en el Medioevo que con su coetánea la filosofía griega postaristotélica.»[12]

Todos los filósofos, sin importar su línea de pensamiento o su lengua o su nacionalidad, hicieron su aportación para lograr el nacimiento de las universidades europeas, y todos ellos también recogen y transmiten al pensamiento europeo diversas tradiciones para lograr cimentar una nueva etapa en la vida de la humanidad.

El nacimiento de la universidad en la Edad Media dentro de un mundo predominantemente latinizado en el siglo XIII, coincide con el reencuentro con el saber que establece una relación causa-efecto, entre el hombre de libros, de pensamiento y de raciocinio, es decir, surge de nueva cuenta el hombre aristotélico que como su antecesor, muchos siglos antes en Grecia había aprendido

Nicolás de Cusa. *Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico*, vol. 6, p. 300

del Estagirita (Aristóteles) a filosofar, junto con otros seguidores del maestro, y que tiempo después, en los siglos XIII y XIV, gracias a la recuperación de los textos clásicos, comentados en las aulas universitarias, hará posible que Aristóteles vuelva a enseñar a generaciones enteras de jóvenes que llenan las universidades de toda Europa.

Escuchar de nuevo al maestro, teniendo como mediador a un profesor universitario, causó un impacto de enorme trascendencia que perdura a través de los siglos. Es evidente que tal impacto no fue indoloro, por cuanto suscitó en su inicio, sospechas, miedos y reservas en quienes creían que la cultura pagana ofuscaría la *Pureza de la Fe* de los Padres, y entre quienes rechazaban las sutilezas lógicas de Aristóteles y preferían al *Divino* Platón*, omnipresente en el horizon-

12 Clemente Fernández, *Los filósofos medievales*, vol. I, p. XI

te de la cultura medieval; a quien nunca se dejó de apreciar y adorar por sus analogías con la doctrina cristiana.

Como sucede siempre, también en esto hubo banderías: durante algún tiempo fue preponderante la actitud que tipifica Adelardo de Bath*, un inglés, inteligente, curioso trotamundos que llegó a Sicilia para escuchar a los maestros árabes; para él, Platón seguía siendo el *amigo* privilegiado.

Al igual que Adelardo, otros también pensaban que Aristóteles, debido a su preocupación por investigar temas relacionados directamente con la naturaleza, *volaba bajo*. Los temas físicos, naturales y lingüísticos, eran contrarios al verdadero pensamiento, al pensamiento especulativo. Por el contrario, las *alas* de Platón llegaban más arriba, hacia la contemplación de las realidades sobrenaturales y divinas. Simplemente hacia la verdad. Pero para fortuna de la cultura europea o mejor dicho, para fortuna de la cultura del mundo, la situación al respecto cambió en muy pocos decenios.

Entre otras muchas referencias cronológicas en la Edad Media, conviene destacar dos que por su importancia permiten comprender mejor el clima intelectual del siglo XIII. Ambas se refieren a París, ciudad que bien sea por autodesignación o por consenso recibía el título de *Atenas del Norte*. Esas referencias son los años de 1215 y 1255.

Sin menospreciar el valor que dentro de la cultura universal y, en particular, en el proceso evolutivo de esa institución, tiene la universidad de París, sus maestros no solamente franceses, sino provenientes de todo el mundo, sus estudiantes que llegaron a ser distinguidos pensadores; decimos que sin menospreciar todo este inmenso acervo de conocimientos, de inteligencia y de cultura, es un hecho que no hay ciudad en el mundo ni en la historia que hasta ahora haya influido en el devenir intelectual y cultural de la humanidad como Atenas lo hizo y sigue haciéndolo, ya que la civilización y más que la civilización, la cultura europea no existirían sin el reencuentro con el pensamiento clásico, sin la presencia de Sócrates, de Platón y de Aristóteles como arquetipos, mas no como únicos genios de la gran cultura ateniense. Es decir, el valor que en ese momento tiene París, con relación a nuestro tema, es que se convierte en el receptáculo de la reaparición de la cultura helenística en Occidente.

«En 1215, Roberto de Courçon*, legado pontificio, se dirigió a los maestros y estudiantes de París en estos términos: *Roberto, siervo de Cristo y cardenal legado de la Sede apostólica, desea a todos los maestros y a los estudiantes de París eterna salvación en Dios... y decreta cuanto sigue. Que nadie imparta lecciones en la facultad* de artes antes de haber cumplido veintiún años y antes de haber asistido a las lecciones durante, al menos, seis años... Que los maestros lean (es decir, impartan lecciones) sobre la lógica de Aristóteles, sus libros antiguos y los nuevos traducidos recientemente, y sobre la gramática de Prisciano*... No se deben leer, en cambio, los libros de Aristóteles sobre metafísica y física...* Pero cuarenta años más tarde, en el año del Señor de 1255, el viernes anterior al domingo de Ramos, los maestros de la facultad de artes, es decir, los filósofos, declararían que los docentes debían dar lecciones no sólo sobre todos los libros lógicos de Aristóteles, sino también sobre *Ética, Metafísica, De animalibus, De coelo et mundo, De anima, De plantis, De sensu et sensato* y *De morte et vita*, determinando para cada uno

de estos textos el periodo necesario para completar la explicación (desde seis semanas para la *Ética* hasta una semana para el último). La preocupación que da pie al decreto de 1255 parece ser justamente la contraria a la que sugiere la carta del Cardenal: los libros aristotélicos, se leían con gran atención, sin apresurar los tiempos, en profundidad.»[13]

Es claro que mientras más importante es una universidad, se desea mantenerla bajo control, y se vigilen estrechamente todos y cada uno de sus pasos, puesto que, en proporción, todo lo que allí acontezca tendrá amplias repercusiones, influirá en mayor medida en su entorno; de ahí que otras universidades de menor fama se puedan mantener más fácilmente con menores sujeciones. Tal caso ocurrió con la universidad de Toulouse que al no ser un centro de mucho renombre, pudo mantenerse menos controlado, de tal manera que los libros prohibidos en París eran ampliamente leídos y comentados en Toulouse, con lo que esta universidad se hacía buena publicidad justamente con este tema, con el fin de atraer a los estudiantes y así competir con otras universidades con cierta ventaja.

En nuestro tiempo parece increíble que un autor como Aristóteles fuera rechazado en el ámbito universitario. Al menos para el pensamiento moderno sus libros sobre temas de la naturaleza o sobre la moral, más que causar temores, señalan el camino que el científico debe seguir en sus reflexiones. Entonces la razón para limitar y hasta prohibir los textos de Aristóteles de Estagira se encuentra no en argumentos burdos e ignorantes, sino en razonamientos sutiles que calan hasta en las últimas consecuencias de los argumentos.

En resumen, para el pensamiento de la alta Edad Media, hasta el siglo XII, en las escuelas de los claustros benedictinos había dominado sin discusión alguna la gran autoridad de San Agustín (siglos IV-V), y como es ampliamante conocido Agustín de Hipona, que se encuentra entre los más importantes representantes de la doctrina cristiana, asimiló el pensamiento platónico al cristianismo. Para Agustín y las primeras generaciones de filósofos, el gran pensador ateniense y su escuela eran por completo afines a la doctrina de Cristo. Palabras más, palabras menos, la afirmación platónica de la existencia de un principio superior y su identificación con el bien, y la manifestación de una ética basada en ese bien sobrenatural, eran equivalentes a las propuestas cristianas de la existencia de un solo Dios como el bien supremo, y de la necesidad de regir la vida humana conforme a los principios, a los mandamientos, dictados por ese Dios. Y por otro lado, al afirmar Platón que la verdadera existencia de los seres no se refiere al mundo físico sino a un mundo ideal, entonces termina por coincidir con el pensamiento cristiano, de ahí que su acogida fuera prácticamente inmediata entre quienes profesaban el cristianismo y tenían como autoridad al pensamiento agustiniano. Podría decirse entonces que las ideas como auténtica realidad parecían las versiones filosóficas de una revelación antigua, bíblica y luego cristiana.

La situación de la doctrina aristotélica era muy distinta. Las investigaciones sobre la naturaleza, sobre la vida vegetal y animal, una ética que sugería una posible felicidad terrenal, una teoría política que consideraba la convivencia social y el estado como realidades naturalmente humanas (el hombre es un animal político) y no, según había enseñado Agustín, como un remedio a la debili-

13 Franco Cardini, *op. cit.*, p. 15

dad física, intelectual y moral contraída por el hombre con el pecado original: todo esto resultaba extraño y, para algunos, muy peligroso para la enseñanza cristiana de una vida humana por encima de la naturaleza.

«En las palabras de Aristóteles y de sus comentaristas, el alma estaba demasiado ligada a la vida corporal, la creación del mundo, por parte de Dios, era seguramente eterna y no estaba marcada por el tiempo de los seis días bíblicos, y parecía excesiva la atención prestada al carácter físico de los fenómenos regulados por causas determinantes, que se podían indagar racionalmente. La libre iniciativa del Dios cristiano era ajena a la escuela aristotélica y justamente este punto parecía marcar con más claridad la diferencia de las dos *visiones del mundo*.»[14]

La controversia que en algún momento se dio entre el maestro Platón y su discípulo Aristóteles, después de muchos siglos vuelve a presentarse: ahora los contrincantes no son el ateniense ni el estagirita, sino otros personajes que hacen vívida una polémica que ejemplifica, y de ahí su enorme importancia, cómo va abriéndose paso el espíritu universitario. Cuando en la actualidad se habla sobre la universidad, parece natural dar por supuesto que en ella existe plenamente el derecho a plantear y a discutir cualquier doctrina o tesis; sin embargo, ese derecho fue una conquista que lograron con gran esfuerzo muchos alumnos y maestros para hacer posible que la universidad llegara a ser la institución que conocemos, cuando incorpora a su vida la exigencia de la libre discusión de todas las ideologías, sin que ello implique sumisión a cualquiera de ellas, pero tampoco el rechazo o la condena para alguna.

«Recordemos también que, hacia finales del siglo XIII, para mayor exactitud en 1277, el obispo de París, Stefan Tempier, preocupado por la victoria, que se anunciaba arrasadora, de algunas tesis aristotélicas en la facultad filosófica de artes, tomaba la palabra con autoridad y condenaba hasta 219 textos de maestros demasiado ligados a la doctrina de Aristóteles y de Averroes: los maestros, según su opinión, parecían afirmar una *doble verdad*, una referente a la revelación cristiana en la que afirmaban creer y la otra, la de la ciencia que pretendían demostrar. Las cosas no eran exactamente como aquel obispo, por otra parte de muy largas miras, decía; pero sí es cierto que las dos *visiones del mundo* eran contradictorias y que Tempier era portavoz no sólo de la postura oficial de la Iglesia, sino también la de muchos maestros de la facultad universitaria más importante, la de teología. Se trataba, pues, de un elevado enfrentamiento teórico y de una clásica *querella* entre *colegas* de facultades rivales.»[15]

Así, la Edad Media europea se presenta a los ojos del hombre contemporáneo como una época contradictoria, en la que, por un lado se encuentran la cerrazón, la ignorancia y la barbarie y, por otro, están presentes elevadas cumbres del pensamiento y del arte. Sin duda la Edad Media es eso, una contradicción; pero creadora y estimulante de muchas de las obras más importantes del género humano.

«La imagen de la Edad Media ha sido deformada de dos maneras distintas. El racionalismo la ha considerado sobre todo como un periodo de oscurantismo. Ha señalado la falta general de libertad personal, el despojo de la gran masa de población por parte de una pequeña minoría y el predomi-

14 *Ibid.*, pp. 15-16
15 *Ibid.*, p. 16

nio de la superstición y la ignorancia, así como de una estrechez mental que hacía del campesino de los aledaños de la ciudad -para no hablar de las personas originarias de otros países- un extranjero sospechoso y peligroso a los ojos del habitante urbano. Por otro lado, la Edad Media ha sido idealizada, sobre todo por los filósofos reaccionarios, y en ciertos casos también por algunos críticos progresistas del capitalismo. Se ha señalado el sentido de la solidaridad, la subordinación de las necesidades económicas a las humanas, el carácter directo y concreto de las relaciones entre los hombres, el principio supranacional de la Iglesia católica y el sentimiento de seguridad característico del hombre medieval. Ambas imágenes son correctas: lo que las hace erróneas es el considerar tan sólo una de ellas, cerrando los ojos ante la otra.»[16]

La nueva Europa medieval

Es frecuente suponer que la Europa de la Edad Media solamente fue un continente lleno de barbarie e ignorancia. Una suposición en tal sentido, más que carecer de un apoyo veraz, carece del necesario matiz que permite aquilatar plenamente la vida y la obra de los hombres -muchos de ellos se encuentran entre los mejores que ha conocido la humanidad- que contribuyeron y construyeron ellos mismos inmensas obras que dejaron como legado a las venideras generaciones.

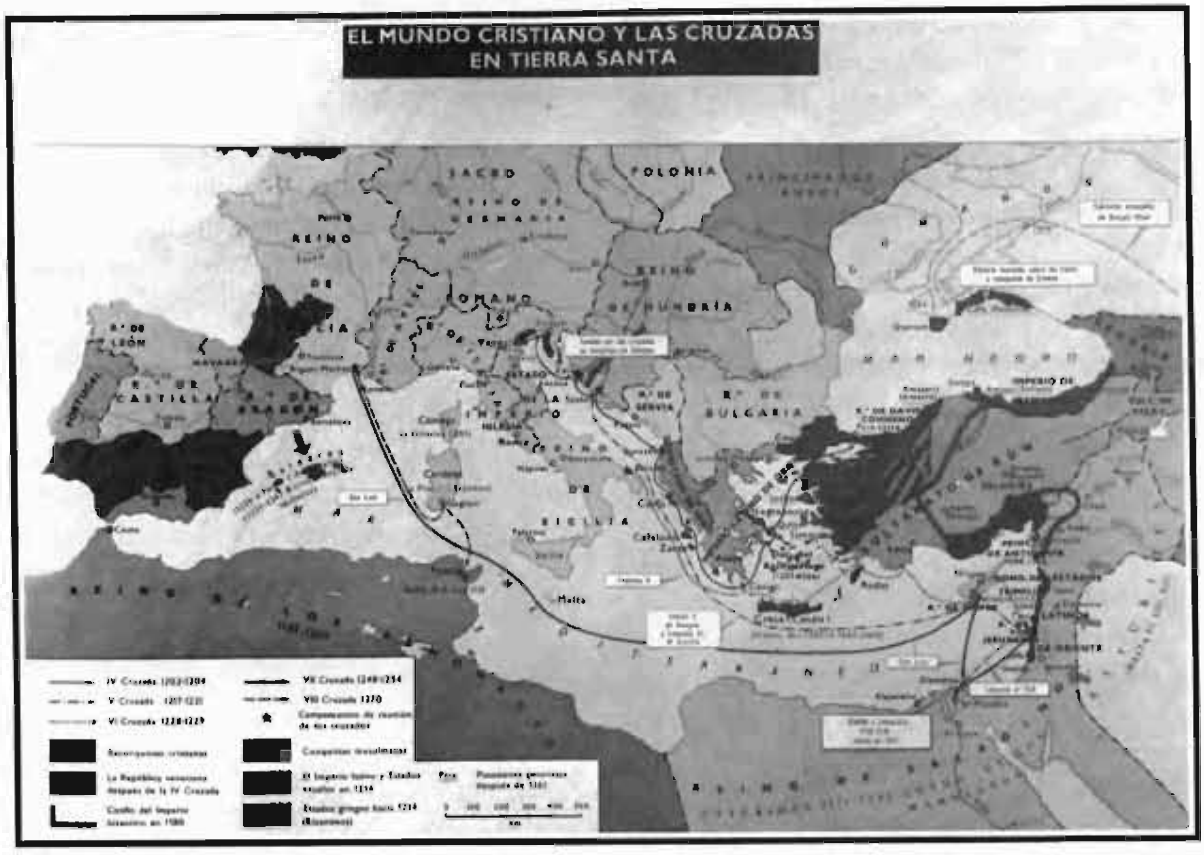
Ya hemos visto a lo largo de este ensayo que la Edad Media en Europa fue una época en la que se dio un importante movimiento de hombres y de ideas. Las diferentes partes que la conforman se fueron conectando unas con otras, además de relacionarse con regiones y culturas cada vez más lejanas de su ámbito netamente europeo. En esta tarea, quizá sin proponérselo explícitamente, los mercaderes tienen una importancia primordial -como a lo largo de la historia ha sucedido con todas las culturas que han llegado a un cierto estadio de civilización-, el comercio conecta no solamente pueblos, sino también ideas, doctrinas, conocimientos, técnicas.

En esta magna obra también contribuyeron los *escolares* trashumantes, los juglares, los monjes peregrinos que transitaban de un monasterio a otro, hacían grandes peregrinaciones ya fuera a Roma o a Santiago de Compostela, quienes en última instancia hacían posible el tránsito de conocimientos.

Es a partir del siglo XI cuando Europa comienza a tener los contactos más fructíferos al acercarse de lleno a las culturas bizantina y musulmana, a través fundamentalmente del comercio y de la guerra, es decir, por medio de las Cruzadas, se incrementó el acervo de conocimientos, surgieron nuevos enfoques, nuevas perspectivas a problemas de diversa índole, aportados por esas culturas. Así Occidente recibió la mayor influencia científica, cultural y tecnológica que en toda su historia haya tenido, hasta los tiempos modernos de la llamada globalización.

También es muy importante notar que Europa, si bien recibió multitud de influencias durante todos estos siglos, fue capaz de asimilarlas y generar, igualmente, nuevos conocimientos, nuevos enfoques y soluciones a multitud de problemas. El mérito de Europa, indiscutiblemente, fue su capacidad de asimilación y renovación creadora de las influencias recibidas. Europa no generó su cultura y su civilización partiendo de cero, ni

16 Erich From, *El miedo a la libertad*, pp. 57-58



Mapa del mundo cristiano y las cruzadas en Tierra Santa. J. Carabés Pedroza, *Atlas histórico, universal y de México*, p. 43

todo lo que ella produjo y ha producido carece de antecedentes; pero tuvo y ha tenido la capacidad de retomar lo que recibe de otros espacios culturales, asimilarlos y acrecentar la riqueza de conocimientos de todo tipo en todas las disciplinas.

Uno de los mejores ejemplos de lo que la edad del *obscurantismo* alcanzó, por medio del trabajo en equipo, del rigor científico y la tolerancia, lo dan las escuelas de traductores de Toledo. Los dos bastiones islámicos más importantes en Europa fueron sin duda Sicilia y España. Es proverbial el brillante desarrollo y las magníficas obras que legaron a la posteridad los califatos toledanos durante su estancia en el Mediterráneo sur español.

Allí, en Toledo a partir del siglo XII surgieron importantes centros intelectuales donde, inicialmente, se traducían al hebreo y al latín autores de origen musulmán y griego. Este fenómeno reviste la máxima relevancia pues resulta claro que en la ciudad de Toledo existía una población musulmana muy importante, ya sea que se le considere desde el punto de vista numérico como desde la perspectiva cultural, es decir, Toledo era en ese momento un bastión de la cultura islámica y requería retomar los avances culturales, científicos y técnicos de otras civilizaciones. También es necesario notar que en Toledo la población de origen hebreo representaba numérica y cualitativamente una influencia decisiva.

También es claro que la presencia de esas culturas, la islámica y la hebrea, en Europa y en particular en Toledo no fue inocua. Los miembros de estas culturas trajeron consigo, además de sus costumbres cotidianas, su arte, su filosofía, su religión, sus escuelas, sus prácticas esotéricas, su ciencia, su todo y las arraigaron y acrecentaron en ese suelo conocido entonces como Iberia. En el contacto entre humanos no existe la asepsia, así, todos los demás y los hebreos y los musulmanes y los netamente europeos resultaron *contagiados*.

«En la ciudad se acumulaban los libros árabes, sus bibliotecas eran famosas. Habían ido a parar allí los restos de la grandiosa biblioteca del califa Al-Hakam I, que había llegado a tener 400,000 volúmenes, y había, además, otras importantes, pertenecientes a varios bibliófilos. Desde hacía tiempo se utilizaba el papel de trapo para manuscribir estos libros. Para traducir, un judío arabizado vertía oralmente en su lengua vulgar española el texto árabe, mientras que otro *traductor* escribía en latín lo que oía en romance castellano.

«Así fueron conocidos, en latín y en Occidente, Tolomeo, Aristóteles, Euclides*, (comentados, además, por autores árabes), y las obras árabes del gran periodo abasí: el aristotelismo neoplatónico del turco al-Farabi y del persa Ibn Sina (Avicena), el sufismo del persa al-Gazzalí (Algazel), el emanatismo de Plotino*, rehecho a través de la obra del judío Ibn Gabirol (Avincebrol), sólo conocida a través de la traducción del gran propulsor de la escuela toledana Gundisalvo, etc. Se tradujeron obras astronómicas y astrológicas

Detalle de una versión árabe de los comentarios de Galeno a la obra de Hipócrates. Biblioteca de El Escorial. *Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico*, vol. 4, p. 176

y el *Liber Algoarismi*, obra escrita para divulgar entre los árabes los números indos y el sistema de numeración decimal.»[17]

Los grandes focos del saber de las culturas orientales en Europa dejaron para siempre su impronta en todos los ámbitos del conocimiento de Occidente, muchos (si no todos) de los sabios y pensadores europeos acudieron ya sea directamente o por medio de la difusión de los textos traducidos en Toledo, a tomar contacto con un cúmulo de conocimiento enorme y por muchos siglos casi totalmente olvidado, como es el caso de las civilizaciones orientales y, sobre todo, de la gran cultura helénica.

17 *Historia universal Planeta. La edad del feudalismo*, vol. 4, p. 206

Fundidores ocupados en la obtención del plomo. Miniatura de un manuscrito árabe. ***Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico,*** **vol. 3, p. 369**

Un rasgo que sobresale del ambiente académico de Toledo, es la mutua tolerancia que resguardaron celosamente unos pensadores con otros, con lo que se hizo posible a la vez que recuperar conocimientos olvidados o perdidos, generar también nuevos conocimientos y propiciar la investigación y el riesgo de pensar con libertad. Un dato importante es el hecho de que el propio abad de Cluny, el prestigioso monasterio cristiano, Pedro llamado el *Venerable,* encargó al judío Pedro de Toledo la traducción al latín de *El Corán,* el libro sagrado de los musulmanes, traducción que fue terminada alrededor del año de 1143. Obras como el *Almagesto* de Tolomeo, por ejemplo, fueron traducidas por el equipo de Gerardo de Cremona, quien vivió en Toledo a mediados del siglo XII.

El propio rey Alfonso X, el *Sabio,* impulsó las traducciones arábigo-castellanas, utilizando el método ya conocido de formar grupos multiculturales en los que participaban un musulmán, un judío y un cristiano. Con este método se tradujeron *Calila et Dimma,* el *Tratado de la azafea* del astrólogo andaluz Azarquiel y otros muchos más. Toledo no fue la única ciudad en la que se instalaron escuelas de traductores; centros similares también se fundaron en Sevilla y Murcia. De alguna manera la parte sur del territorio galo dio acogida a otras escuelas de traductores. Es famosa la familia Tibbon, uno de sus miembros, Yehuda ibn Tibbon escribió su *Almanach,* célebre libro muy utilizado por sabios de la talla de Copérnico, Klavius y Kepler.

Página de una traducción árabe del Almagesto de Claudio Tolomeo. *Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico*, vol. 3, p. 494

Las escuelas de traductores con su método propio de trabajo, fueron fundamentales para una época en la que rescatar y difundir el conocimiento alcanzado hasta entonces era una tarea ardua, sí, pero indispensable, infinitamente necesaria. Así, las llamadas *Tablas Toledanas* se tradujeron al latín bajo el nombre de *Tabulae Alphonsi*. De estas tablas hizo Copérnico un valioso instrumento de trabajo. Citar nombres famosos es fácil, al referirse al ambiente científico y cultural de las escuelas de traductores toledanas. En Toledo Miguel Escoto, de origen escocés, tradujo a Aristóteles y el libro *De Sphera* de Alpetragio*. Los sabios toledanos ganaron un reconocido prestigio y muchos de ellos estuvieron diseminando no sólo sus conocimientos sino también todo el bagaje de su entorno cultural que no era exclusivamente europeo occidental. En la corte de Federico II, por ejemplo, desarrollaron una amplia labor tanto Pedro Hispano como *Magister Dominicus*, los dos de origen ibérico y egresados del ambiente cultural toledano.

«En resumen, este fenómeno cultural, del que fueron protagonistas las élites de saber judías, hispano-cristianas, francesas, inglesas, palermitanas, etc., tuvo dos épocas en lo que respecta a Toledo; una, de traducciones al latín, del siglo XII, y la segunda, de traducciones del árabe al castellano y otras lenguas romances, en el tercer cuarto del siglo XIII.»[18]

También bajo el impulso del rey Alfonso el *Sabio* fue traducido al castellano el *Libro de la Escala o Ascensión de Mahoma*, que es un texto literario netamente árabe que tuvo después sus respectivas versiones en el latín y en el francés. Resulta por lo menos curioso, se debería decir simplemente ejemplar, que uno de los pilares del cristianismo en España y en Europa toda, baluarte del arte y de la ciencia occidental, se preocupara por conocer y difundir una literatura que de alguna manera le resultaba ajena en la medida en que provenía de los invasores de su patria, y a quienes así como combatió con las armas, admiró y procuró preservar su acervo cultural. Esa es una de las medidas de la altura y probidad científica y cultural de uno de los proverbiales representantes de la Edad Media europea.

Conjuntamente con el enorme impulso de las escuelas de traductores, a fines del siglo XI y principios del siglo XII surgieron diversas órdenes religiosas entre las que des-

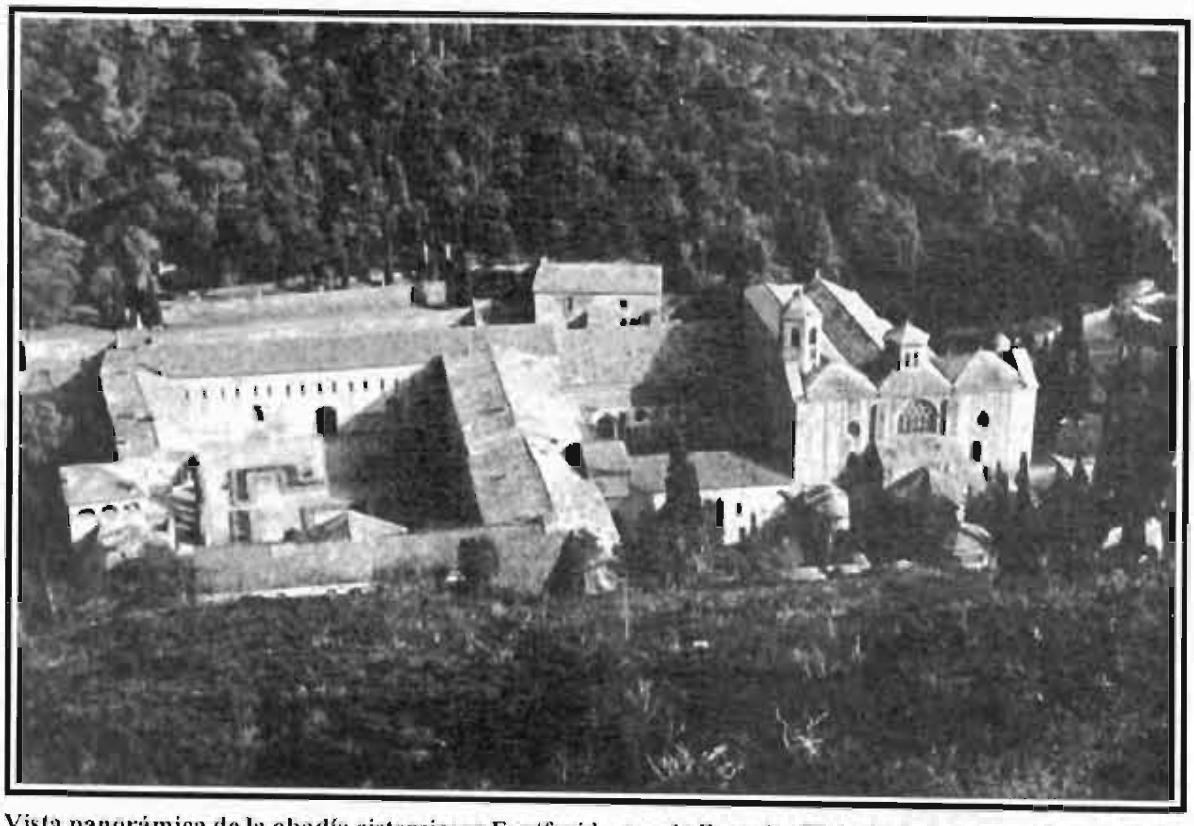
18 *Ibid.*, p. 209

tacan la de Grandmont, en el Lemosín (1047). En 1084, Bruno de Reims* funda la comunidad de la Gran Cartuja de los Alpes. En el año de 1101, Roberto d'Abrissel* crea en Fontevrault (Anjou) un monasterio con conventos de hombres y mujeres que tuvo amplia difusión. Mención aparte merece la *Gran Orden del Cister*, fundada en 1098, en Citeaux, por san Roberto, abad de Molesmes* la cual inició un auge sin precedente cuando se incorporó a ella el noble borgoñón Bernardo de Claraval. Al inicio cuatro grandes abadías siguieron a la de Citeaux: La Ferté, Pontigny, Morimond y Claraval (Clairvaux). A mediados del siglo XII, existían 350 abadías cistercienses, pero a fines de ese siglo, llegó a contar con un número cercano a las 530 abadías.

Carlos IV de Luxemburgo con la corona de Bohemia. ***Historia Universal Planeta,*** **vol. 5, p. 324**

Página manuscrita de un tratado de Azarquiel y otros astrónomos árabes. ***Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico,*** **vol. 4, p. 209**

A la par que el ideal de vida comunitaria dentro de la orden cisterciense, impulsaba un gran movimiento de reforma, ya que tanto sus agrupaciones urbanas como las rurales desechaban la propiedad individual, la actividad intelectual dentro de la orden adquirió un papel preponderante. Entre todas ellas destaca la comunidad de los canónigos de San Víctor de París.



Vista panorámica de la abadía cisterciense Fontfroide, sur de Francia. ***Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico,*** **vol. 3, p. 304**

Los benedictinos y la educación

El periodo comprendido entre los tiempos de Carlomagno (742-814) y el siglo XI ha sido llamado la *Era Benedictina.* La expresión anterior define con precisión su lugar en la historia de la educación. Esta fue una época, quizá única, durante la cual la educación en el ámbito europeo estuvo en gran medida en manos de monjes.

Como consecuencia de las invasiones bárbaras provenientes del norte europeo, las antiguas escuelas imperiales y municipales desaparecieron en todas partes, y su lugar fue tomado por las escuelas episcopales y monásticas creadas por la Iglesia cristiana bajo la imperiosa necesidad que tenía de contar con personas que pudieran encargarse por un lado, de impulsar la catequización en amplias regiones del continente y, por otro, de su creciente y compleja administración.

En la Europa transalpina, es decir, al norte de los Alpes, el viejo sistema educativo fue barrido en su totalidad, aunque algunas de sus tradiciones sobrevivieron transitoriamente en las escuelas cristianas que lo habían sustituido.

Puede decirse que la época que siguió al fin de las invasiones bárbaras, constituye el periodo más obscuro en la historia intelectual de Europa. Cualquiera que sea el punto de vista que se adopte respecto al papel que desempeñó en esa época el cristianismo en el proceso culturizador de Europa en la baja Edad Media, se observa un rápido desvanecimiento de esta luz intelectual, fenómeno

que culmina en la noche casi total durante el siglo VII. Aunque se debe reconocer que, por lo menos, alguna pequeña parte de la vieja cultura romana sobrevivió en ese momento gracias a su asociación con el cristianismo. Al declive de la cultura, causado por las invasiones bárbaras, se debe aunar el hecho de que la hostilidad de los teólogos cristianos hacia la cultura de los pueblos era en gran medida un reflejo, en la esfera de la teología, del entorno político y social de aquel tiempo.

Si Gregorio el *Grande* interpretó el avance de las huestes bárbaras, la matanza y el pillaje que sembraron en su camino, como signos seguros de que el final de los tiempos se aproximaba, los hechos, por sí mismos, fueron suficientes para desalentar, entre la población, los estudios y la educación, independientemente de la interpretación teológica que pudiera dárseles. De esta manera se encontró una justificación para alimentar el más crudo utilitarismo, pues cualquier manifestación cultural que no fuese obvia y directamente utilitaria y que pudiera emplearse en forma inmediata estaba condenada a la extinción.

En contraste, en la mentalidad bárbara, el cristianismo ensanchaba considerablemente los límites asignados a lo utilitario. Así, los bárbaros cristianizados llegaron a comprender y aun a reconocer ciertas necesidades espirituales, si bien no aceptaron como un imperativo, todas sus exigencias intelectuales. Ello es comprensible ya que, en cierta medida, se requería el cultivo de cierto nivel y tipo de inteligencia para poder atender y satisfacer aquellas necesidades espirituales, cuyos principios habían sido rescatados o tomados de los *Libros* lo que, junto con el ritual, llegó a constituir una incipiente literatura.

Limitados, como debieron ser las metas y los ideales educativos de los hombres de la Iglesia cristiana de aquellos tiempos, no deja de ser un hecho, que fue solamente entre ellos que tales ideales se conservaron en mayor medida. Entonces, la tendencia que prevaleció en la función educativa de la Iglesia fue indudablemente menospreciar la educación secular, especialmente la literatura. Sin embargo, es claro que la ignorancia más ostensible que se manifiesta en la *Edad de la Obscuridad*, no fue debida al vigor del sistema eclesiástico sino, por el contrario, a su debilidad.

La mejoría en el campo de la educación constituyó un objetivo primordial para todo sacerdote celoso y entusiasta, y para los reformadores eclesiásticos desde los tiempos de Gregorio el *Grande*, hasta los días en los que la oscuridad intelectual se desvaneció bajo la influencia del renacimiento eclesiástico ocurrido durante las centurias XI y XII.

Si el sistema monástico de Casiano* conservó algo de las ascéticas y oscurantistas tradiciones del desierto egipcio, el monasticismo benedictino que lo sustituyó creó los únicos hogares del aprendizaje y de la educación y constituyó, con mucho, el agente civilizador más poderoso en Europa, hasta que fue reemplazado como sistema educativo, por el surgimiento y multiplicación de las universidades.

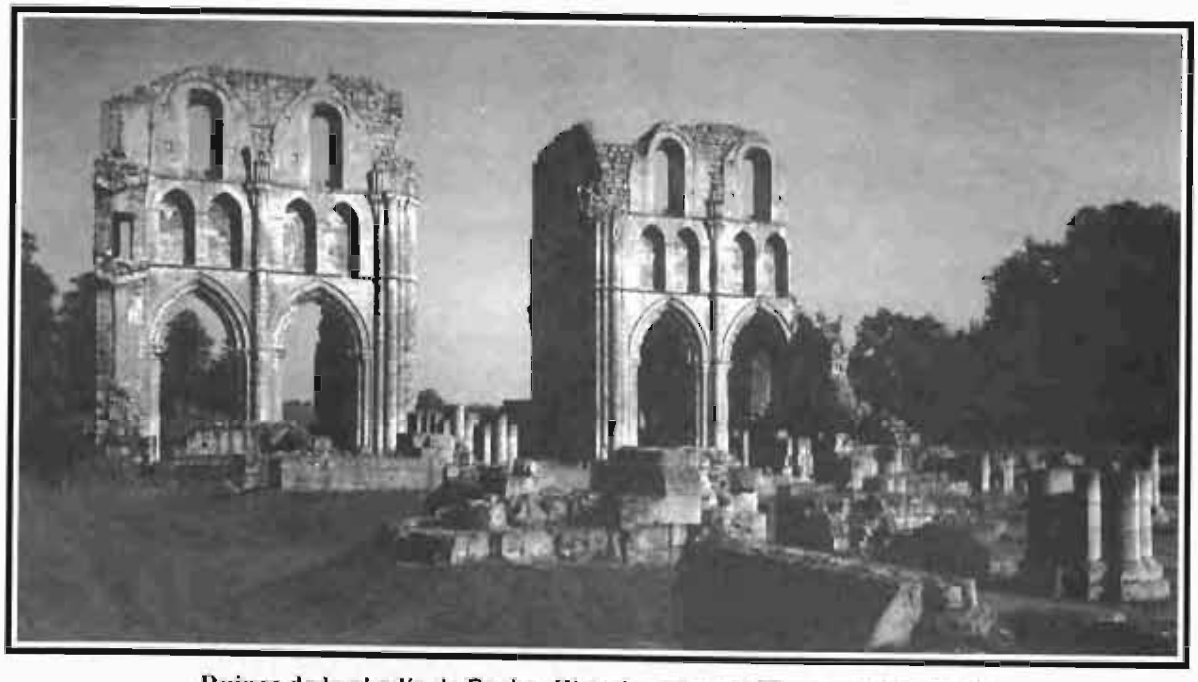
La reforma de Carlomagno

El carácter eclesiástico de la educación medieval fue, en una primera instancia, una consecuencia directa del resquebrajamiento y casi total extinción de la civilización romana, debido al empuje violento de las invasiones de grupos provenientes del norte del continente. La clerecía entonces, era prácticamente la única clase que se encontraba en condiciones de adquirir o deseaba poseer conocimientos y cultura, aun fueran, como era de esperarse, por demás elementales.

La estrecha relación que se dio entre la escuela o, si se quiere, el sistema de enseñanza medieval y la Iglesia llegó a convertirse en un modelo o estereotipo debido, en gran medida, a la legislación de Carlomagno. El resurgimiento de la educación constituyó parte prominente del saber y del esquema adoptado para la reforma de largo alcance de la Iglesia.

Con las reformas, el núcleo del sistema educativo carolingio fue la Escuela Palatina, es decir, la escuela cuyas instalaciones y vida académica se encontraban justamente en el propio palacio, de ahí su nombre, comandada por el justamente famoso monje Alcuino, especie de ministro de educación quien, a semejanza de los preceptores actuales, se encargaba de guiar y educar a los nobles jóvenes cortesanos y aun al gran Monarca.

La Escuela Palatina constituye una constante dentro del carácter eclesiástico del sistema educativo. Se instauró, en un principio, como medio para formar a los futuros obispos y abades del Imperio Franco; fue tal vez, en su origen, una expansión extemporánea de la Capilla Real; pero aunque bajo la autoridad de Alcuino, en los días de Carlomagno y nuevamente bajo la de Juan Escoto Erígena* (así llamado por ser originario de Erin, Irlanda) en los tiempos de Carlos el *Cal-*



Ruinas de la abadía de Roche. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 314

Sello de la abadía de Saint-Guilles du Gard, 1042-1105. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 300

vo, la Escuela Palatina tomó la delantera y sirvió como una especie de prototipo de escuela para todo el Imperio. Una influencia más permanente se apoyó en la reforma carolingia y especialmente en el decreto que estatuía que cada monasterio y cada catedral debían tener una escuela para la educación de sus jóvenes clérigos*.

De estas dos clases de escuelas, la monástica y la palatina, evidentemente la más importante fue la escuela de los monasterios que, a partir de la reforma carolingia, abrían sus puertas a estudiantes que no eran monjes. Prácticamente todas las escuelas que alcanzaron una importancia más que local se encontraban situadas en los monasterios; desde el principio del siglo IX los más famosos monasterios tenían dos escuelas diferentes: una para proporcionar educación a su propia población, los oblatos. La otra escuela era para personas del exterior. Todos los eclesiásticos cultos e instruidos de la época eran educados en estas escuelas y la gran mayoría fueron monjes. Precisamente los monasterios fueron los centros en los que las escuelas episcopales pudieron obtener sus profesores.

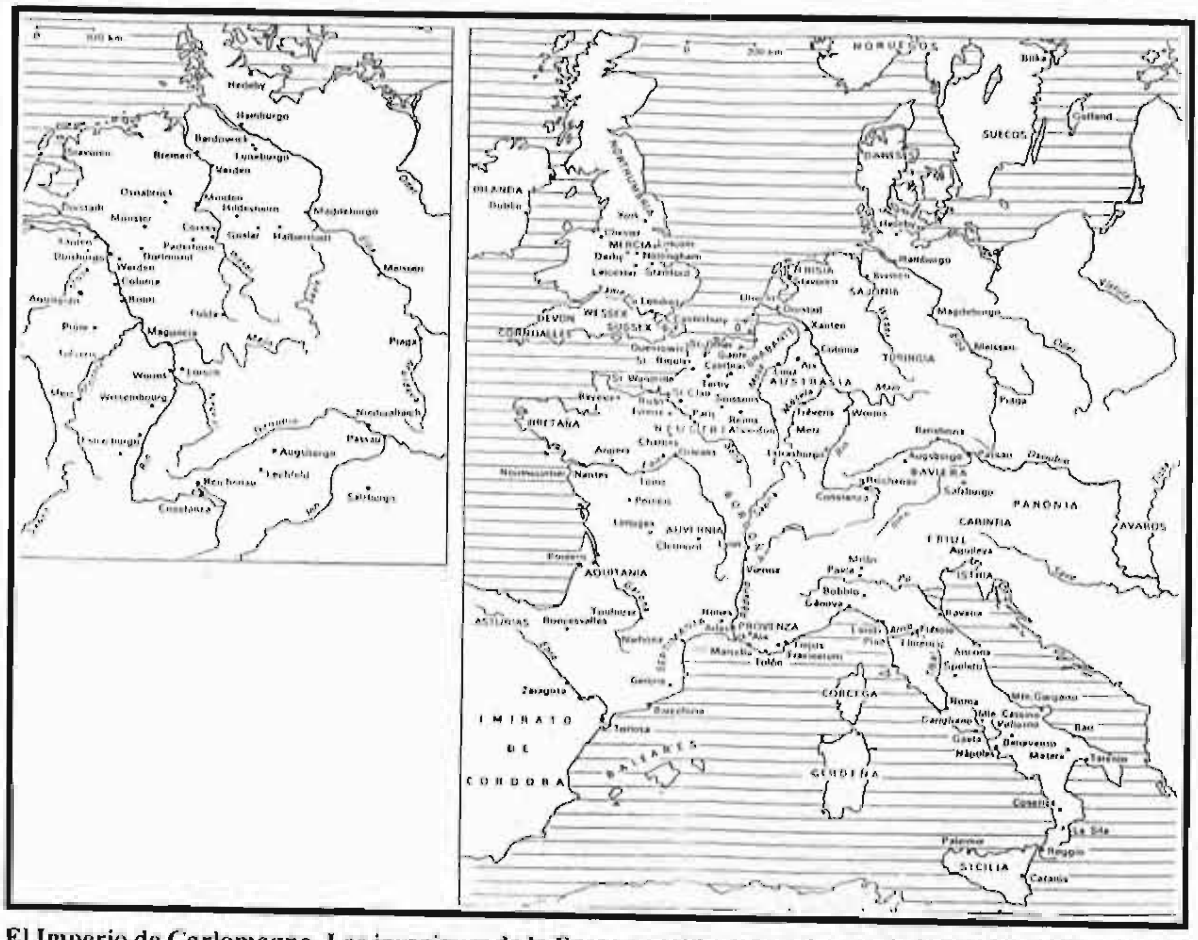
Por otro lado, a partir de las escuelas catedralicias, como podremos observar más adelante, se desarrollaron las universidades, cuando con el entusiasmo intelectual de la Edad Media se empezó a seguir un derrotero distinto al religioso. Las escuelas catedralicias, desde luego, eran tan eclesiásticas en su carácter y propósitos como las monásticas; y este carácter eclesiástico de la educación preuniversitaria debe ser considerado como una de las condiciones que determinaron, por lo menos en el norte de Europa, las peculiaridades del movimiento intelectual de la época.

En Italia y en general en Europa del sur ni la educación en su etapa preuniversitaria, ni el movimiento que dio vida a las universidades eran tan predominantemente eclesiásticos, como ocurría más al norte de los Alpes.

Por ahora, sin embargo, conviene limitarnos a estudiar los países cuyo sistema educativo se vio más poderoso y permanentemente influenciado por las tradiciones de la escuela de Alcuino y de sus discípulos, particularmente el núcleo original del escolasticismo* europeo del norte de Francia.

Gracias a Carlomagno y a su pequeño grupo de sabios eclesiásticos que él promovía, alentaba y sostenía, Europa no volvió a sumergirse en el oscurantismo intelectual, tan profundamente como ocurrió en la época merovingia.

Pese a lo anterior, tanto en el mundo político como en el intelectual, los augurios que pudieron desprenderse de las *adminis-*



El Imperio de Carlomagno. Las invasiones de la Europa occidental en tiempo de los carolingios. J Heers, *Historia de la Edad Media*, p. 64

traciones ilustradas de los grandes bárbaros en el sentido de un rápido y brillante desenvolvimiento intelectual, no se cumplieron como hubiera sido de esperarse.

El resurgimiento de la vida intelectual, que debió haber sido una consecuencia de las escuelas carolingias, se retrasó más de dos siglos por la confusión política que se produjo con el desmoronamiento del Imperio Franco al reiniciarse las devastaciones escandinavas por el norte y las de los invasores sarracenos por el sur.

Pese a que el nivel general de la educación de los miembros del clero en toda Europa, había descendido en el siglo X a tal punto que la hacían casi equiparable a la que existía en el siglo VIII, siempre se mantuvo en algunos monasterios o catedrales que conservaron viva la tradición eclesiástica y que comparativamente poseían un nivel educativo mayor. Conviene dejar claramente establecido que el saber que se creó y difundió gracias a la escuela de corte de Alcuino no desapareció totalmente: la antorcha del saber se trasmitió de una generación a otra y ya antes de principios de siglo XI se percibían los resultados de aquella siembra.

El cambio que empezó a experimentarse en las escuelas de Francia en el siglo

XII y que culminó con el gran renacimiento intelectual, fue consecuencia de la revitalización general del espíritu humano y debe ser considerado como la aparición de una nueva época de gran trascendencia en la historia de la civilización europea. Es evidente que debido solamente a la ausencia de una continuidad política y eclesiástica, se puede explicar el que no se haya adoptado una designación común a dos periodos diferentes en sus condiciones sociales, intelectuales y religiosos como son: el periodo anterior al siglo XI y el posterior a él. Sólo es el primero de estos periodos el que puede con alguna propiedad ser llamada la etapa del oscurantismo en la historia europea.

En el siglo XI se establece la transición entre una de las épocas más oscuras y aquella otra que, en muchos aspectos, fue la más brillante de todas las centurias de las que forman parte de la Edad Media.

No puede afirmarse enfáticamente, que no existe evidencia histórica para forjar una teoría que conecte el nuevo nacimiento de Europa con el paso del año del milenio y, con él, con el pretendido cumplimiento de las horribles y terroríficas profecías del fin de todas las cosas. Aunque no existe continuidad o concatenación histórica con el milenio, la fecha puede servir tanto como otra cualquiera para fijar el punto de inflexión de la historia europea, que separa una época de terror religioso y pesimismo teológico y otra de esperanza, vigor y activo entusiasmo religioso.

Encuentro del papa Adriano I con Carlomagno. Miniatura, siglo XVI. *Historia universal*, vol. 2, p. 20

Carlomagno y sus tropas se dirigen desde Aquisgrán a Santiago de Compostela. Miniatura del códice Calixtino. *Historia universal*, vol. 2, p. 20

Con el paso del milenio el monasticismo renovó su vida en Cluny un siglo después mediante la reforma cisterciense. Y se dio un resurgimiento de la arquitectura que proclamaba, como usualmente ocurre, un mayor florecimiento del arte. Las escuelas de la cristiandad llegaron a estar atestadas como nunca antes; se suscitó una pasión por la investigación, que sustituyó a la vieja rutina.

Las cruzadas pusieron a las diferentes partes de Europa en contacto unas con otras y también con el nuevo mundo oriental; con una nueva religión y una nueva filosofía, con el aristotelismo arabizado, con los comentaristas árabes de Aristóteles y, finalmente, con el Aristóteles en el griego original.

De las complejas causas de este asombroso renacimiento europeo, algunas, sin duda, existían desde antes del misterioso año de gracia del milenio: la conversión de los piratas escandinavos al cristianismo y la civilización de los normandos fueron algunas de ellas. En Alemania bajo la ilustrada conducción de los Ottos fue posible apreciar los síntomas de un creciente orden antes de la mitad del siglo X. A los Ottos, también es atribuible la regeneración del Papado. En Italia la gran necesidad de fortificar los pueblos en contra de los ataques de los sarracenos y de los húngaros, había principiado a desarrollar esa vida cívica que ahí jugó un papel muy importante en el resurgimiento intelectual.

Todos estos acontecimientos ayudaron a la restauración del orden político, de la disciplina eclesiástica y de la tranquilidad social que se inició al terminar la décima centuria de nuestra era. Orden y paz, tranquilidad, tiempo libre y seguridad, son condiciones indispensables para desarrollar la actividad intelectual.

Finalmente, son esos elementos los que al formar parte del entorno de la vida del estudioso, del investigador, del intelectual, influyen de manera importante en la evolución del conocimiento y de la cultura, aunque no sean las únicas condiciones que contribuyan

Fortalezas construidas por Raimundo Saint Gilles en Trípoli, Siria, durante la primera cruzada. *Historia universal*, vol. 2, p. 133

a originar los grandes movimientos espirituales de que se ocupan los historiadores.

Cualesquiera que hayan sido las causas que provocaron el cambio, el hecho, es que el principio del siglo XI representa un punto de inflexión en la historia intelectual europea. Sin embargo, no debe suponerse que tal cambio se manifiesta súbitamente como un gran movimiento o un descubrimiento.

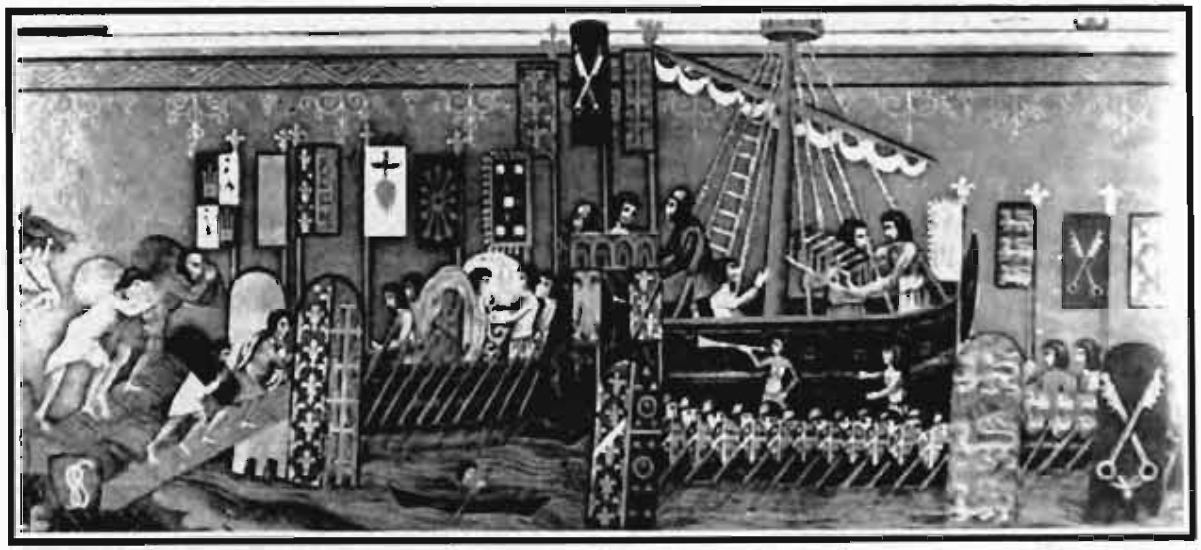
El hecho de que a pesar de las múltiples condiciones adversas que se tuvieron que sortear para revertir la tendencia hacia la pérdida casi total del conocimiento antiguo, muestra la importancia que le corresponde a la perseverante labor educativa que las escuelas eclesiásticas nunca dejaron de impartir, por lo menos desde los tiempos de Alcuino.

No fue sin embargo, hasta la última parte del siglo XI y el principio de la siguiente centuria que se observa un notable y rápido cambio, y es entonces que se percibe el principio del gran movimiento escolástico que permite el crecimiento del sistema universitario del norte europeo.

El resurgimiento de la actividad educativa en el transcurso del siglo XI fue, como ya se dijo, solamente una de las caras de un movimiento más amplio del despertar de la mente europea del letargo de centurias, del triunfo del orden y la civilización. Sin embargo, la dirección específica que fue adoptada por las restauradas energías intelectuales de Europa estuvo totalmente determinada por el carácter tradicional de la educación heredada del pasado.

Educación teológica

Del carácter eclesiástico y de los objetivos de la educación teológica se ha dicho ya suficiente. El fin que establecía el profesor consigo mismo era el de permitir al futuro eclesiástico entender y exponer las *Escrituras Canónicas, Los Padres,* y otros documentos eclesiásticos. Pero más allá de la instrucción elemental contenida en el Salterio y en la música sacra, nosotros observamos poco de cualquier entrenamiento sistemático en teología. En realidad la teología en este tiempo no había alcanzado una plena sistematización.



El embarco de los cruzados para Tierra Santa. Miniatura, siglo XIV. *Historia universal,* vol. 2, p. 136

Como el objetivo primordial de la educación eclesiástica era capacitar a los sacerdotes o a los monjes para leer y meditar sobre la *Biblia* y *Los Padres*, los escritos teológicos de la época son en su mayor parte o bien refutaciones de los errores prevalecientes o compendios de los comentarios patrísticos o comentarios de los tratados. Lo que constituye la enseñanza regular de la teología asumía, entonces, un carácter positivo y tradicional.

Aunque ningún saber en sí era un fin específico que persiguiera la Iglesia, por cuanto lo único verdaderamente importante era el conocimiento de Dios, sí consideraba que para una adecuada comprensión de los escritos sagrados era necesario cierto nivel de cultura seglar, mundana. Para alcanzar tal propósito, el conocimiento más elevado de ese tipo, que las escuelas ordinarias impartían está representado por la célebre división de las *Siete Artes*, contenidas dentro del tratado elemental *Trivium* y del más avanzado *Cuadrivium*.

El *Trivium* consistía de: gramática, retórica y dialéctica; el *Cuadrivium*, por su parte, de música, aritmética, geometría y astronomía. El cúmulo de conocimientos que componían a cada una de las *Siete Artes* puede juzgarse por los contenidos de los libros de texto ordinarios de la época. Los trabajos de tres escritores que, habiendo vivido en el tiempo intermedio, en el sombrío crepúsculo -del que participan tanto la luminosidad de la antigua cultura como la noche total del barbarismo- fueron reducidos por ellos mismos a compendios que salvaron, según su criterio, lo más que pudieron de los tesoros intelectuales, que de otra manera hubieran estado condenados a enterrarse por centurias o a perderse definitivamente.

Esa triada de escritores está compuesta por Boecio,* la popularidad de cuyos trabajos fue después grandemente aumentada por convertirse en un mártir cristiano y por su bien ganada fama como teólogo; el cristiano Casiodoro* y el medio pagano Marciano Capella*.

De las materias que componen el *Cuadrivium* aun Boecio nos da solamente una magra presentación, y los otros dos escritores ofrecen descripciones generales muy elementales. A pesar de todo, en la *Era Oscurantista* la aritmética y la astronomía encontraron su sitio en el *curriculum* educativo debido, principalmente, a que enseñaban el significado de la resurrección. La música incluía solamente una doctrina seminística de los números, recuérdese que además del significado esotérico de cada número, éstos hacen posible a través de las relaciones que proporcionadamente guarden entre sí, la armonía, y las reglas del canto llano; dentro de la geometría, Boecio da solamente una selección de proposiciones euclidianas sin ocuparse de ofrecer las demostraciones correspondientes.

Es claro que a través del tiempo el hombre va produciendo un acervo importante de conocimientos de todo tipo, de ahí que lo verdaderamente importante en ese momento, históricamente hablando, es que el *Cuadrivium*, al proporcionar un orden y una jerarquía a ese conjunto de conocimientos, lo dota de una estructura o esqueleto que lo convierte en un curso de estudio más amplio. Ese cúmulo de conocimientos organizado a través del *Cuadrivium*, posteriormente será complementado de manera amplia por los descubrimientos o redescubrimientos durante el Renacimiento del siglo XII. A pesar de todo este movimiento, la educación secular real de la época oscura se reduce meramente al estu-

dio y asimilación del Trivium, es decir, gramática, retórica y dialéctica.

No obstante los enormes esfuerzos de muchos pensadores por dotar de un orden, de una estructura, a las diferentes ramas del conocimiento, la tarea no fue nada fácil. Así, dentro de la gramática habían sido ampliamente incluidas, además de sus reglas técnicas, como fueron formuladas por Prisciano y Donato*, todas las que, por ejemplo, ahora nosotros incluiríamos en los estudios conocidos como clásicos o filológicos, los estudios sistemáticos y la interpretación de los escritores clásicos de la antigua Roma.

De ahí que cualquier pequeño avance en el sentido de estructurar adecuadamente los conocimientos, de hecho representó un gran triunfo, ya que ello hizo posible sentar las bases para un despegue científico cada vez de mayores alcances, por lo que resulta estimulante saber que antes de la época de Carlomagno, cualquiera que haya sido la cultura secular que sobrevivió al naufragio de la antigua civilización, estuvo, a pesar de la reprobación de los más severos profesores cristianos, basada sobre los clásicos latinos, lo que, en última instancia le permitió constituirse como una base para ulteriores empresas científicas de magnitud considerable.

Aunque Alcuino estuvo más que familiarizado con los principales poetas romanos, en las postrimerías de su vida condenó la enseñanza, a la juventud cristiana, de la poesía pagana. La tendencia de la época que él inició, siguió las mismas directrices, aunque es cierto por otro lado, que los más ilustres profesores de la era oscurantista adoptaron un punto de vista y actuaron de manera más liberal y es probable que, en la práctica, los alumnos continuaran siendo instruidos en gramática latina mediante la lectura de autores clásicos, porque además ¿qué otro material de trabajo sería más adecuado para ese fin? como Virgilio u Ovidio*, y en las mejores escuelas, conducidas por los discípulos de Alcuino, especialmente en Ferrières donde el Abad Servatus Lupus*, con verdadero entusiasmo, implantó estudios más amplios de la literatura clásica. Así se entiende que bajo el rubro de retórica fueran impartidos ampliamente los tratados de Cicerón*, tales como los *Tópicos* (con el comentario de Boecio), el *D'Oratore* y el pseudo ciceroniano *Ad Herennium*, por ejemplo.

Frecuentemente se agregaron los elementos de la Ley romana y los alumnos fueron ejercitados en la escritura de la prosa y, en lo posible, en el verso. Pero la médula y centro de la educación secular de aquel tiem-

Las Siete Artes Liberales. F. Cardini, et. al., *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 207

Instrumentos musicales del siglo XII. Miniatura del manuscrito *De institutione musicae* de Boecio. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 215

po en la Europa nórdica (transalpina), era el estudio de la dialéctica o de la lógica.

No había nada pagano alrededor de los silogismos. Las reglas para conducir adecuadamente el buen raciocinio eran las mismas tanto para los cristianos como para los paganos y eran -según pensaban-, esenciales para la recta comprensión y para inculcar la verdad cristiana. De acuerdo con esta tesis el profesor, lo mismo que los alumnos, eran entrenados en el estudio de la dialéctica. Quizá en dialéctica solamente para disfrutar de alguna manera del placer del conocimiento, y si el correcto raciocinio hacía posible conocer la verdad de la religión, entonces también los alumnos y el maestro debían razonar correctamente por su propio bien. Los misterios de la lógica fueron, en verdad, intrínsecamente mejor elaborados para fascinar el intelecto de los semicivilizados bárbaros, que las elegancias de la poesía o de la oratoria clásica. En todo caso, en esta área de la lógica fue puesto a disposición del alumnado un material más rico, que en la mayoría de las otras ramas del conocimiento secular.

Las fuentes principales de la inspiración escolar secular, hasta el siglo XI, fueron un resumen de las *Categorías* falsamente atribuidas a san Agustín, conjuntamente con las traducciones de la *Isagoge* de Porfirio y *De Interpretatione* traducidos y comentados de Boecio, además de algunos escritos de lógica del propio Boecio. Abelardo* -con los años de diferencia que existen entre esos pensadores y el autor de *Sic et Non*- conoció únicamente las traducciones de las *Categoriae* y las *De Interpretatione*. Del resto de las obras que conformaron la bibliografía básica de estudio de Boecio, sólo tuvo acceso a *De Syllogismis Categoricis*, *De Syllogismis Hypotheticis*, *De Differentiis* y *De Divinomibus*.

Si como vimos la obra de Aristóteles, en el inicio del siglo XII, fue retomada hasta con ciertas reservas, porque no se encontraba en plena concordancia con la doctrina cristiana, con el transcurrir del tiempo y debido a la fascinación que ejerció entre la intelectualidad su sistema lógico, como poderoso instrumento para alcanzar y explicar la verdad, su autoridad llegó a ser casi indiscutible, pudiéndose calificar de suprema en los siguientes siglos de la Edad Media. Sin embargo, es necesario decir que en la formación de la filosofía escolástica, la influencia de Platón y quizá más aún la de Plotino y la de los neoplatónicos, con su enorme carga doctrinaria proveniente del Oriente acompañada de conocimientos esotéricos, llegaron a tener tanto peso e influencia como la que tuvo el Estagirita.

Es necesario destacar que la autoridad aristotélica se apoyaba en primer término en

su posición de logista, y no está por demás recordar que fue Platón el autor de un sistema filosófico capaz de rivalizar con el de Aristóteles. Rivalidad que se manifiesta como una continuación de la que iniciaron cuando ambos, siendo contemporáneos, se encontraban en intensa actividad intelectual. Aristóteles llegó a decir que sí, él era amigo de Platón -su maestro- pero era más amigo de la verdad.

A fines de la Edad Media, ya se contaba con los trabajos de Aristóteles que constituían todo un tratado enciclopédico, de Platón se conocía muy poco: el *Timeo* en la traducción de Calcidio, el *Phaedro* y el *Meno* y aún estos trabajos no tuvieron una difusión muy amplia, por lo menos en los tiempos del principio de la filosofía escolástica.

La gran influencia que el platonismo ejerció sobre el pensamiento de la Edad Media derivó principalmente de las reproducciones de las enseñanzas plátonica o neopla-tónica, contenidas en los trabajos de escritores latinos como Cicerón, Apuleyo*, Agustín, Macrobio* y Boecio; de las referencias hechas por el propio Aristóteles de su maestro y de traducciones posteriores del pseudo Dionisio; de traducciones de algunos escritos árabes que estuvieron inspirados por la influencia neoplatónica (el *Fonsvitae* del judío Gevirol o Avicebrón) y de las traducciones de los trabajos neoplatónicos a partir del griego, realizados ya en el siglo XIII por Guillermo de Moerebekae.

De Platón mismo poco se conoció, además de su doctrina ideológica; pero la controversia entre Aristóteles y Platón sobre esta materia, proporcionó a los tiempos medievales el gran tema central -en el periodo temprano de su desarrollo– la tesis básica de sus controversias metafísicas. La concentración del interés intelectual sobre un árido tópico de filosofía antigua, dio origen a una interminable controversia sobre la realidad universal.

Es importante recordar que, en el fondo, lo que va a estar en juego, a través de la controversia Platón-Aristóteles, no es un simple desacuerdo filosófico entre dos bandos que lo mismo obtienen triunfos que derrotas. La discusión más bien se debe plantear en el terreno de si es válido el conocimiento que se obtiene a través de la comparación del mundo material con su paradigma o modelo ideal, o por el contrario, si el único y verdadero conocimiento es el que se obtiene mediante el tránsito entre las cosas materiales, hasta concluir con la elaboración mental de una verdad. Se discutía en suma la validez y utilidad del conocimiento abstracto.

En el clima intelectual de nuestro mundo y de nuestro momento, a veces se pierde de vista que muchas de nuestras verdades no siempre existieron. Las encontramos cotidianamente en nuestro derredor, pero fueron una lenta conquista de muchos hombres, no sólo de quienes les dieron la forma en la que hoy las reconocemos, sino también de aquellos que jugaron el papel de contrarios o antagonistas, porque de las luchas y controversias pudo surgir el conocimiento.

De esta manera, el ejercicio y entrenamiento escolástico de la era preuniversitaria allanó el camino para la asimilación de las energías intelectuales de generaciones completas, mediante este aspecto altamente especulativo y de otros similares que dieron origen a diversas cuestiones relacionadas entre sí. El tema más estimulante e interesante que el profesor monástico podía ofrecer a la avi-

dez intelectual del estudiante era solamente un fragmento de lógica, pero con el correr del tiempo, ese fragmento fue el detonador de una intensa actividad intelectual y científica cuyo resultado fue un temprano Renacimiento en el siglo XII, que a su vez, abrió camino para otro Renacimiento en los años del siglo XVI.

Alegoría de la Lógica y la Dialéctica, en la que representa a Platón y Aristóteles. *Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico*, vol. 6, p. 298

La lógica fue un tesoro rescatado del naufragio intelectual de la pasada civilización. La parte primordial o prioritaria, única para el *Filósofo*, como fue llamado Aristóteles en la Edad Media, fue el fragmento de su lógica, como una -diríamos ahora- poderosa herramienta para buscar entre la maraña de datos provenientes del mundo sensible en busca de la verdad. Y en el cercano umbral de la lógica, el estudiante era confrontado por la cuestión, por la pregunta de la realidad de los universales, un tópico que a primera vista parece pertenecer más a la teoría de la gramática que a la lógica o a la metafísica. La realidad de los universales no demasiado pronto hace que el estudiante se aproxime mediante etapas imperceptibles, desde la lógica a la física, y de la física a la metafísica, y de la metafísica a la teología. Y el sentido y la dirección de la búsqueda de la verdad obviamente es Dios.

El problema de los universales

En el *Isagoge* de Porfirio, la introducción a la *Lógica* de Aristóteles, que estuvo en las manos de todo estudiante aún en la era oscurantista, el problema de los universales fue explícitamente abordado de una manera muy diferente y enfática. La manera en que el escritor expone, sin permitirse proporcionar alguna solución al problema central de la filosofía escolástica, ha desempeñado, posiblemente, uno de los papeles más importantes en la historia del pensamiento occidental, sólo superado por la influencia de los libros de las escrituras canónicas.

En esa conocida introducción, Porfirio (232-304), el filósofo neoplatónico discípulo de Plotino, no se atreve a dar una respuesta directa y con ello abre lo que será la polémica más importante y de mayores repercusiones en la Edad Media: lo siguiente concierne a los géneros y a las especies y la cuestión de fondo es si tienen una existencia substancial o bien consiste solamente de conceptos intelectuales puros, o si en el caso que tengan una existencia substancial son corpóreos o incorpóreos y hasta qué punto son separables de las propiedades sensibles de las cosas (o sujetos sensibles) o lo son solamente en aquellas propiedades que subsisten al-

rededor de ellos; yo me abstengo de determinarlo. Para un problema de esta naturaleza, que es un asunto muy profundo, se requiere de una larga investigación.

El problema de los universales fue la cuestión central en la historia de la filosofía occidental en la Edad Media, que vale tanto como decir que fue el punto central de la filosofía escolástica. De alguna manera, la historia de la filosofía escolástica se inicia con la reaparición de la lógica aristotélica en las escuelas carolingias, aunque su problema principal, su interrogante característica acerca de la realidad de los universales, no se presentó hasta que los argumentos fundamentales del conflicto fueron traídos a discusión por las enseñanzas del realista Juan Escoto Erígena en la segunda mitad de la novena centuria.

A partir de este momento se inicia una larga sucesión de dialécticos que abordan la cuestión de muy variadas formas. La parte álgida de la prolongada confrontación sólo se inicia hasta que se arriba al gran resurgimiento intelectual del siglo XII, con el que esta parte de nuestro ensayo está íntimamente relacionado. Ese siglo es con mucho, el periodo más brillante en la historia del escolasticismo y se abre uno de los ciclos más intensos del debate sobre el problema de los universales, con las enseñanzas del nominalista Roscelino* a fines del siglo XI y a principios del siglo XII.

El periodo más importante de la filosofía escolástica, en tanto que la teología escolástica difícilmente puede decirse que empiece antes de esta época, se dio como una tendencia creciente para aplicar las armas de la lógica dialéctica a la discusión de las cuestiones teológicas. Juan Escoto se inclinaba

Estudiantes. Detalle de la tumba de Giovanni da Legnano, siglo XIV. *Historia universal del arte*, vol. 4, p. 241

por considerar a los universales con existencia real, muy cercano a la frontera del panteísmo, pero de ninguna manera llegó a cuestionar las verdades de la religión revelada. De él podemos decir que en cierta forma fue un cristiano heterodoxo, platónico o plotiniano o bien un gnóstico tardío más que un teólogo dialéctico.

Una anticipación más cercana a los conflictos escolásticos surge con la controversia que se dio a mediados del siglo XI –justamente antes del periodo que hemos designado como el nuevo nacimiento intelectual de Europa–, a raíz de los argumentos de Berengario de Tours* contra la doctrina de la pre-

sencia real de Cristo en la Eucaristía. A pesar de que el ataque a esta doctrina fue muy virulento, sin embargo, la controversia se condujo en su aspecto central sobre la base de la autoridad (ya que el dogma no había sido aún definido), esgrimida por el principal defensor o formulador de la doctrina ortodoxa, Lanfranco*, el famoso profesor de la gran escuela monástica de Bec. No fue sino hasta el tiempo del gran sucesor de Lanfraco, Anselmo de Aosta* que tuvieron lugar importantes cambios en el carácter de la enseñanza de la teología y en las controversias entre las escuelas de la Iglesia.

La teología escolástica

Durante la llamada etapa oscurantista medieval los eclesiásticos jóvenes, como parte de su preparación para defender la fe, fueron entrenados a pensar y a argumentar por el profesor de dialéctica: una parte muy importante en la preparación de cualquier estudiante era aumentar su capacidad para sostener encarnizados debates sobre cualquier tema propuesto y, por otro lado, igualmente los estudiantes eran entrenados a fondo mediante la repetición de fórmulas doctrinales o interpretaciones místicas de las Escrituras por el profesor de teología, sin que por mucho tiempo cayeran en la tentación de aplicar a esos conceptos teológicos –que constituían la médula de una clase y de hecho de toda su preparación– las armas que habían aprendido a usar en la otra cátedra* de dialéctica. Sin embargo, una vez que sobrevino una verdadera actividad intelectual, tal estado de cosas no pudo sobrevivir por mucho tiempo.

Una vez que alumnos y maestros pusieron en contacto, a través de la aplicación de los instrumentos que habían adquirido, a la lógica dialéctica con la enorme masa de conocimientos doctrinarios, como si hubiera sido una explosión, se desataron incontenible mente verdaderas batallas intelectuales a favor y en contra de un buen número de posiciones teóricas de los más variados signos y denominaciones.

Lanfranco de Bec, arzobispo de Canterbury. ***Historia universal Planeta,*** **vol. 4, p. 215**

Es importante seguir las huellas, aunque sea en sus más gruesos rasgos, de esta gran polémica. Grande por su dimensiones temporales, ya que su duración puede extenderse a través de varios siglos, y porque sus consecuencias intelectuales, sociales, culturales y hasta políticas trascienden ese momento y se encuentran presentes aún en nuestros días.

En cuanto la actividad intelectual, estimulada por la dialéctica, y la curiosidad por

saber cada vez más, estimulada por los vislumbres del viejo término filosofía que proporcionaba la educación tradicional de la época, no tuvieron materia sobre la cual expandirse por sí mismas, excepto aquella suministrada por las Escrituras, por los Padres y por el sistema doctrinal de la Iglesia, se abrió paso una situación vigorosa, generadora de nuevas posibilidades de conocimiento en las más variadas ramas del saber. Aunque, en contrapartida, también se abrió la puerta a una serie de discusiones y polémicas vacías por completo.

Para investigar y para interpretar, para atacar y defender –según se estuviera o no de acuerdo en algún punto–, todo lo relativo al saber de los antiguos que poco a poco se iba recuperando para la cultura occidental, estuvo el impulso natural de los claustros eclesiásticos de la Europa del norte, de la región más allá de los Alpes. Aproximadamente en el mismo periodo esta tendencia marcó las expresiones que se encuentran en los escritos de dos grandes maestros: el ortodoxo Anselmo y el herético Roscelino. En el caso de Anselmo, nosotros encontramos quizá, por primera vez, el espectáculo de un profesor ortodoxo utilizando su mejor inteligencia para, primero elevar, y después poner objeciones a la tesis que él mismo había aceptado. Esta estrategia de exposición y de confrontación le ayudó a mantener y acrecentar su fama como defensor de la fe cristiana.

Con Anselmo, autor del famoso *Credo ut intelligan*, creo por lo tanto entiendo, este esfuerzo de unir la lógica con doctrina, fue hecho totalmente para cimentar y fortalecer la instrucción del creyente; su objeto era agregar conocimiento a la fe preexistente; la razón fue completamente subordinada a la autoridad. En el caso de Roscelino la razón se toma el trabajo de criticar y modificar las doctrinas de la teología recibida.

A partir de Roscelino el impulso especulativo fue comunicado a Abelardo, en cuyas manos el tratamiento escolástico de la teología alcanzó su pleno desarrollo. Anselmo y Roscelino fueron los precursores, Abelardo fue el verdadero fundador de la teología escolástica. Con Abelardo el gran movimiento escolástico alcanza un punto que se identifica con lo que nosotros podríamos llamar movimiento universitario; y con ello, con el embrión de lo que, una generación después de Abelardo, serán las universidades europeas.

El método de inquirir, de preguntar, caracterizó la enseñanza de las universidades medievales. Un método que transfirió Abelardo de la filosofía a la teología, y posteriormente en mayor o menor grado al ciclo completo de programas de estudio medievales.

Anselmo fue el último de los grandes profesores monásticos. Una generación después, los monasterios empezaron a cerrar sus puertas a los estudiantes seculares; para llenar este hueco, la actividad educativa fue absorbida por las catedrales y por sus más independientes profesores seglares. Fue la escuela catedralicia en la que Abelardo había pensado -la Escuela de la Catedral de París- que finalmente evolucionó hasta convertirse en una de las primeras y más grandes universidades de la Europa nórdica. Abelardo, aunque no fue su fundador en el estricto sentido de la palabra, por lo menos fue el progenitor intelectual de la universidad de París.

Abelardo es una avanzada de los tiempos que se avecinaban, de los tiempos en que Occidente hará de la Razón su nueva deidad, como plena y única autoridad para juzgar todo

cuanto existe: en el cielo, en la tierra y bajo ella. En su momento Abelardo representó la lucha de la razón por abrirse paso entre las tinieblas de las ortodoxias y los fundamentalismos. En la obra de Pedro Abelardo se observa su probidad intelectual que lo conduce a expresar su reconocimiento y simpatía por muchos autores orientales –porque oriental también lo es la cultura helénica– que, bajo la denominación de paganos, se les utilizaba sin otorgarles el debido reconocimiento como antecesores intelectuales.

La herencia de Abelardo a la cultura occidental no puede reducirse a unas cuantas menciones. Sin embargo para nosotros es importante destacar que su obra sirvió de punta de lanza, en el terreno de las ideas para abrir muchas de las discusiones que aún en la actualidad tienen vigencia, aunque bajo otros ropajes. Además, por cuanto la labor de Abelardo como docente hace posible aglutinar los grupos iniciales que en su momento crearán la Universidad de París y, así, dar paso al movimiento fundador de multitud de universidades por todos los rincones de Europa, para después desparramarse por el mundo.

«El Oriente griego jamás había renunciado a su herencia clásica. Los filósofos antiguos fueron estudiados, de siglo en siglo, en Constantinopla, Antioquía y Alejandría. La herencia helénica sobrevivió a la tempestad bárbara. Luego vinieron las traducciones del árabe y del griego, en los siglos XII y XIII, aportando a Occidente la revelación y el desafío de la filosofía griega e islámica. Aquello amenazaba con barrer con la teología cristiana, a menos de oponerle una contrafilosofía. A su vez Occidente se volvió rico con la expansión del comercio, de la industria, la circulación y la acumulación del dinero. La renovación económica contribuyó a la aparición de las universidades, de la literatura, del derecho romano; el arte gótico alcanzó su mayor esplendor, el florecimiento de las lenguas, la *ciencia alegre* de los trovadores y la resurrección de la filosofía. De la riqueza vino el tiempo libre, el estudio, la escuela: *schole* significaba, primero, tiempo libre, ocio...»[19]

Sin embargo, para valorar la posición de Abelardo en la historia del pensamiento medieval, es conveniente contar con algunas ideas claras como son las relaciones entre los viejos problemas especulativos que fueron debatidos en aquella época, con una intensidad, casi con furor, desconocido en la historia de la filosofía, y los nuevos problemas de la teología escolástica.

Se ha llegado a definir la teología escolástica, como el resultado de aplicar los métodos dialécticos a la discusión de la problemática sobre Dios. Pero no fueron solamente métodos filosóficos, sino conclusiones filosóficas aquellas que se introdujeron en las escuelas de teología, dando por resultado que, a la vez que se ampliaba el horizonte del conocimiento se abría la posibilidad de grandes rupturas a partir de la diferencia de interpretaciones.

Durante este periodo, la cuestión principal de la realidad de los universales perturbaba la tranquilidad tradicional de las escuelas de teología. En las últimas fechas, como veremos, la totalidad de la filosofía de Aristóteles fue reintroducida en las escuelas de Europa, lo que exigió el ajuste del pensamiento del Estagirita en sus relaciones con la teología.

19 Ikran Antak, *En el banquete de Platón*. Filosofía, pp. 45-46

Abelardo y Eloísa. Miniatura del *Roman de la Rose* de Jean de Meung, siglo XIV. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 218

En la actualidad nosotros necesitamos tratar únicamente con los elementos teológicos de los grandes problemas que se suscitaron durante el escolasticismo inicial. La modificación de la doctrina por los antiguos filósofos no fue, ciertamente, un hecho en extremo novedoso en la historia del pensamiento cristiano. La filosofía había empezado a matizar las expresiones de esta doctrina antes de concluir el canon del Nuevo Testamento. En las manos de los Padres, este aspecto ingresó en su parte substancial. Fue sin lugar a dudas en gran medida la discrepancia entre la tradicional teología establecida por san Agustín, basada en la filosofía de Platón, contra las conclusiones que obtuvieron pensadores más independientes mediante la aplicación de la filosofía de Aristóteles, principalmente su lógica, que crearon muchos de los problemas con los cuales la escolástica teológica tuvo que enfrentarse. Ninguna de las respuestas reconocidas o autorizadas para los grandes problemas escolásticos pudo darse sin objeciones de carácter teológico.

Sin una debida valorización del carácter teológico de estos cuestionamientos, como resultado del choque entre el realismo y el nominalismo medievales, la historia interior del movimiento del cual las universidades fueron originalmente un resultado y posteriormente llegaron a ser sus instrumentos, puede decirse, sin exageración, que toda la historia eclesiástica del medievo sería ininteligible. Y con ello gran parte del surgimiento y desarrollo de la universidad, puesto que ésta nace como una necesidad, entre otras, de formar personas instruidas en la problemática teológica para defender los puntos de vista, fundamentalmente de la ortodoxia.

A menos que nosotros veamos con toda claridad los grandes obstáculos teológicos entre los que los combatientes de uno y otro bandos estuvieron alternativamente en peligro de naufragar, seremos incapaces de entender la alarma con que fue recibida la teología escolástica en el siglo XII por los tradicionalistas y conservadores hombres de la Iglesia, y la forma en que fue proscrita esta posición en interés de la ortodoxia.

Si se parte de que el mundo está compuesto por multitud de cosas que no son más que fenómenos (algo aparente, cambiante y perecedero), entonces la verdadera realidad está formada por las ideas de esas cosas. La idea es más real que el objeto que nombra: la belleza es más real que una obra de arte, la justicia es más real que el juez, la idea de hombre es más real que Sócrates, por ejemplo.

Las ideas, como prototipo o modelo de los seres o de las cosas, están conformadas por las notas características fundamentales que hacen posible que a una cosa se le pueda aplicar el nombre de esa idea. Así el nombre

mesa señala las características que toda mesa –existente o posible de existir– debe tener, para que se le pueda llamar con ese nombre; por lo que si una mesa puede ser destruida o puede tener diversos colores, tamaños o materiales, lo único que realmente permanece inalterable es el nombre mesa, que nunca perece ni tiene cambios. El nombre, la idea, es lo verdaderamente real. Las ideas a su vez se agrupan formando clases y géneros, de ahí que si el principio, la norma, sirve para nombrar a una cosa, ese mismo principio se puede y se debe aplicar a otras situaciones.

Si la existencia de una idea de mesa hace posible dar ese nombre a un grupo de objetos que tienen una serie de características comunes que les permiten ser reunidos en ese grupo, así también sucede con otro tipo de cosas o de seres, como es el caso del hombre. Existe una idea de hombre que hace referencia a una serie de características que posibilitan agrupar a muchos individuos con el nombre de humanidad. La idea, la humanidad es la verdadera realidad, porque al fin un hombre en particular no comparte con todos los de su misma clase las mismas notas comunes; puede ser diferente en color de piel, de cabello, de ojos, forma de la cara, estatura, y más; pero en lo que no difiere es en lo esencial: en que todos –o al menos eso es lo que se espera– son seres racionales.

Al hacer estas reflexiones de inmediato aparecen las objeciones porque, entonces, cómo se podría explicar que el alma del hombre sea inmortal. El problema se plantea así debido a que, como consecuencia ineludible, esta posición debe aceptar que las ideas deben formar grupos cada vez más grandes y generales, y si las características de un grupo pequeño quedan englobadas en las de otro grupo mayor, y éste a su vez en otro grupo aún mayor, ¿dónde quedan las notas que hacen posible otorgar un nombre determinado a un conjunto de cosas? Las consecuencias últimas, si se continúa y procede con todo rigor en la aplicación de las normas lógicas, conducirían hasta presentar severos cuestionamientos a la religión y a socavar la fe.

Entonces el realista, así llamado porque afirma que la realidad la conforman las ideas, estaba en posición de ser cuestionado acerca de cómo se logra la inmortalidad del alma. Un paso más y la personalidad de Dios desaparece con la personalidad del hombre. Si la realidad de lo individual está constituida únicamente por su participación en la esencia de las especies, no deben éstas ser absorbidas dentro de los géneros y la realidad de los géneros tampoco deben estar dentro de los géneros más amplios, en los que se encuentran incluidos y así sucesivamente.

El Género Supremo (en todo caso Dios) aparecería como fundamento de la única realidad; todas las sustancias serían meras formas o modos del ser de una sustancia: todas las cosas materiales y las mentes individuales se considerarían esencialmente una y estarían reducidas a las modalidades del Uno, del Ser Absoluto. Serían las partes del Ser Absoluto; pero como el Ser Absoluto no tiene partes serían el mismo, y como consecuencia, ¿serían Dios?

Hay innumerables maneras de evadir las consecuencias de las premisas realistas: se podría detener la cadena de argumentos en un momento dado. Pero en la medida que su mente era lógica y su intelecto claro y audaz las tendencias panteístas se volverían más evidentes. Todo realismo que empezara por negar la realidad de lo particular es esencialmente un panteísmo sin desarrollar.

Por otro lado, el extremo opuesto, el nominalismo es la teoría que declara a los universales, a los grupos generales que contienen las notas características de las cosas para que se les puedan llamar con un nombre, como meros sonidos. No existe algo más que las cosas mismas; es decir, no existe la mesa en general con existencia propia, lo que existen son las mesas individuales.

En Roscelino la tendencia herética de su doctrina se hizo evidente de inmediato: empezó por asumir que sólo lo individual era real y que la relación de los universales no tenía existencia y puso a los teólogos a escoger entre la afirmación que las Tres Divinas Personas eran sólo nombres para Uno y el mismo Ser, o la admisión de que las personas de la Santísima Trinidad eran tres seres distintos. El mismo, aceptó la última alternativa y sus oponentes lo llamaron *triteísta*.

Por extraño que parezca, el nominalismo, que consideraba a las ideas sin existencia propia, tuvo su efímero triunfo en el seno de la Iglesia, pero cuando salió el tema a colación, ya era herejía. Los dialécticos precavidos que deseaban conservar las buenas relaciones con los obispos y los teólogos, se retractaron de la doctrina peripatética (aristotélica), que aceptaba el conocimiento de los universales, mientras negaba que tuvieran alguna realidad aparte de lo particular; eran conceptos que ayudaban a razonar pero no eran seres reales.

La posición lógica de la mayoría de los dialécticos ortodoxos, era básicamente de carácter aristotélico. Pero se defendían de los ataques de los teólogos siempre vigilantes, poniendo una línea entre el dominio de la Teología y el de la Filosofía.

En la época de Abelardo las tendencias de estos trabajos hicieron del realismo (que afirmaba que las ideas son la verdadera realidad) la filosofía ortodoxa en las escuelas de la Iglesia. El tono panteísta de los escritos de Erígena, era demasiado obvio para no ser notado; sin embargo, este mismo autor contribuyó ampliamente a la traducción de los Tratados del Pseudo-Dionisio, para cambiar la actitud filosófica de la teología ortodoxa.

La mezcla del misticismo y sacerdotalismo de estas obras, posteriormente recomendadas en Francia, fue tan atractiva para la mente medieval, que la Teología general se vio alterada por las ideas neoplatónicas, las cuales dieron tanto escándalo en los escritos originales de su traductor.

Mas aún, desde la época de Erígena, hubo cambios en la enseñanza de la Iglesia sobre los sacramentos, esta enseñanza se encauzaba hacia alguna forma de realismo, casi esencial para los dialécticos, quienes intentaban dar una explicación desde la filosofía de las doctrinas que por principio ellos aceptaban como teológicas.

Así, la creencia en la transformación real de los elementos consagrados en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, fue proclamada por primera vez por Radbertus* en el siglo IX. Las sustancias de pan y de vino se cambiaban por el acto del sacerdote en cuerpo y sangre de Cristo, mientras las apariencias sensibles, los accidentes de pan y vino, permanecían las mismas. Berengario de Tours negó la doctrina de la transubstanciación al mantener que los accidentes (lo cambiante, lo perecedero) no pueden subsistir sin la substancia, sin lo fundamental.

Roscelino, con su nominalismo fue el primero que agitó la superficie del pensamiento filosófico desde los tiempos de Juan Escoto. Roscelino cuya doctrina sobre los universales, a los que llamaba meros sonidos, dio fundamento para establecer ciertas creencias y modos de pensamiento en las cuales tuvieron su origen los grandes movimientos especulativos.

Las enseñanzas de Roscelino despertaron en las escuelas de Europa la toma de conciencia de los logros especulativos en las cuestiones lógicas, que habían languidecido desde la época de Alcuino, tanto como las posibilidades especulativas de las armas dialécticas, cuyo uso fue el tema principal de enseñanza. En Abelardo, al mismo tiempo discípulo, sucesor y antagonista de Roscelino, esa conciencia del poder del pensamiento –que no tuvo lugar en la tímida dialéctica y en la teología convencional de las edades oscuras– encontraron su más completo y brillante expositor.

La vida y obra de Abelardo es un claro ejemplo del ambiente social y cultural del momento inmediato anterior al surgimiento de las universidades europeas. Desde la cultura helénica, pasando por sus nutrientes orientales más lejanos, el enorme impulso del cristianismo y, dentro de él, las diferentes tendencias y pareceres, hacen de este personaje el escaparate idóneo para adentrarse a una época frecuentemente mencionada, pero no siempre bien conocida.

Pedro Lombardo. Miniatura del *Libre quattuor sententiarum*, siglo XII. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 217

Poseedor de enorme inteligencia, de múltiples recursos de oratoria y con la valentía para defender sus ideas, Pedro Abelardo frecuentó a los más eminentes maestros de su tiempo, buscando en ellos las fuentes del conocimiento y de la sabiduría de los que se encontraba permanentemente ávido. Mas si Abelardo contaba en su haber con todas las cualidades para alcanzar las grandes cimas del saber, también tenía los defectos necesarios para hacerse adorar de sus admiradores y aborrecer de quienes no habían sido privi-

legiados como él o de quienes no compartían sus ideas, que siempre les resultarán por lo menos sospechosas de las más graves faltas contra la ortodoxia de la religión. Los miembros de ambos bandos, sin embargo, coincidían al considerar a Abelardo como brillante en extremo y temible en las disputas de todo tipo.

A los 20 años se sintió atraído por la fama de Guillermo de Champeaux* de la escuela catedralicia en París. Su nuevo maestro le dio más que ningún otro, al formular una doctrina para sostener la realidad del mundo de las ideas, que cada día asumía más y más la posición de una filosofía oficial u ortodoxa.

La doctrina de Champeaux, si es que aceptamos la interpretación de Abelardo, fue la quintaesencia de un crudo e inflexible realismo sosteniendo que la totalidad de la cosa, la idea representada por cada nombre específico o genérico estaba esencialmente presente en cada uno de los individuos del género o de la especie.

Su brillante discípulo, imbuido al menos del lado crítico de Roscelino, se aventuró a combatir abiertamente los principios de Guillermo de Champeaux. Antes de terminar sus estudios, el autosuficiente joven estaba ansioso de establecerse como maestro independiente. Pero en Francia la educación era monopolio de la Iglesia. Nadie podía enseñar en una región o en una escuela reconocida, sin el permiso de la autoridad competente.

Champeaux no estaba dispuesto a admitir al presuntuoso joven en la participación de sus privilegios. Y un hombre con la personalidad de Abelardo no iba a permanecer indefinidamente atado a ningún profesor, por muy famoso que fuera y, *motu proprio*, se dedicó a dar clases, inicialmente en Melun, para después hacerlo en Corbeil. Pedro Abelardo después enfermó, viéndose obligado a regresar a su nativa Bretaña, seguido por muchos de sus entusiastas alumnos.

Disgustado Guillermo de Champeaux del éxito de su discípulo, se convenció cada vez más de la vanidad del conocimiento secular, a pesar de que él mismo empleó su vida en la promoción y enseñanza de éste.

Cuando Abelardo regresó a París, encontró que el famoso Archidiácono había renunciado a su ascenso, retirándose a la pequeña capilla de San Víctor. Sin embargo, la pasión por la dialéctica y su deseo de aprender retórica con el fin de obtener nuevos laureles, pusieron a Abelardo bajo la tutela de su antiguo maestro, quien se retractó de su doctrina y ofreció renunciar en favor del joven alumno.

Abelardo volvió a Melun y después enseñó en Santa Genoveva*, fuera de los muros de París, donde un grupo de canónigos seculares le permitieron dedicarse a la docencia, junto con otros profesores excluidos de la cátedra por las autoridades religiosas. A partir de ese momento la Montaña de Santa Genoveva sería la sede de la actividad filosófica.

Hasta ese momento Abelardo había sido maestro de dialéctica y gramática, de latín y de lógica, pero con la promoción de Guillermo, su maestro, para la sede de Chalons, quedó sin rival en este campo y su ambición lo llevó a desear que lo reconocieran como teólogo.

Escogió al más famoso de los maestros de teología (futuro santo), Anselmo de Laon*, aunque en realidad no asistió durante mucho tiempo a sus lecciones, ya que no deseaba ser un estudiante bajo la tutela de un anciano profesor.

En la ciudad de Laon, Abelardo expresó su sorpresa diciendo que era increíble ver a hombres educados sin posibilidad de estudiar por sí mismos las Sagradas Escrituras, sin otra ayuda que el texto y la glosa. Lo inaudito de esta afirmación provocó la mofa de muchos estudiantes, aunque aceptaron el reto burlonamente.

Abelardo les tomó la palabra a los estudiantes y ofreció comentar al día siguiente cualquier libro de la Biblia que ellos escogieran. A tal fin eligieron el de Ezequiel, y Abelardo cumplió su promesa.

Al principio, la tentativa fue considerada como una broma, pero después de algunas clases, que atrajeron una audiencia numerosa, el bretón se mostró como un formidable rival de Anselmo, como antes lo había sido de Guillermo de Champeaux.

Finalmente Abelardo fue obligado a abandonar Laon y regresar a París, en donde le permitieron enseñar como un maestro autorizado en la Escuela de Notre Dame y su fama como teólogo pronto igualó a la que tuvo en tiempos anteriores como filósofo.

Así Abelardo había llegado al zenit de su gloria. Ahora, empezaría su rápida y terrible caída y su ruina moral, la cual preparó sus persecuciones y dio oportunidad a los argumentos de aquellos hombres para quienes el racionalismo de Abelardo representaba la inspiración del mal.

Quizá el denominador más adecuado para referirse a este personaje sea la pasión, el impulso de llegar hasta el límite –y más allá– en todo aquello que su espíritu le dicta como deseable. Incluso se entrega de lleno a lograr lo que a otros les hubiera parecido inalcanzable: el amor de Eloísa.

Sobrina de Fulberto, canónigo de la catedral de Notre Dame, Eloísa, por iniciativa de Abelardo, al enterarse del profundo interés de la joven por el conocimiento, la convirtió en su alumna. Ambos vivieron un romance que hoy todavía parece de novela, por las peripecias que debieron afrontar; y aunque Eloísa, debido a que Abelardo vería truncada su carrera dentro de la Iglesia no consentía en convertirse en su esposa, tiempo después del nacimiento de su hijo contrajeron secretamente matrimonio.

Fulberto no sólo se encargó de hacer público el secreto sino, además, hizo mutilar horriblemente a Abelardo. El hecho causó indignación en la sociedad y, al menos algu-

San Bernardo. Detalle del retablo dedicado a Bernardo de Claraval, siglo XIII. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 317

Consagración del Santo. Retablo de san Agustín.
***Diccionario enciclopédico Espasa*, vol. 1, p. 224**

nos de los culpables, fueron castigados de la misma manera en que habían cometido su falta, además de dejarlos ciegos.

Tiempo después Abelardo decidió ordenarse sacerdote, dedicarse a la enseñanza y a escribir. De los varios libros que Abelardo publicó, su célebre *Sic et Non* (Sí y No) de inmediato fue tachado como un libro sospechoso. La obra, compuesta por ciento cincuenta y siete cuestiones o proposiciones, cada una con dos series de respuestas (sí y no) en columna sobre los dogmas más esenciales de la fe cristiana, de hecho destruía la autoridad de los Padres de la Iglesia. «No cuestionaba la autoridad de la Biblia, pero pretendía que su lenguaje era destinado a gente iletrada y que debía ser interpretado por la *razón*, que los textos sacros han sido -a veces- corrompidos.»[20]

Abelardo publica otro éxito: *Sobre la unidad divina y sobre la Trinidad*, que causa una viva reacción entre la jerarquía eclesiástica, que por temor a tener un enfrentamiento directo con él, prefiere enjuiciarlo sin permitirle ser escuchado. La condena lo obligó a que él mismo lanzara su propio libro al fuego, además de ser encerrado por un año en un monasterio, aunque gracias a la intercesión de Pedro el *Venerable*, abad de Cluny, las autoridades permitieron que Abelardo gozara de un retiro honorable en ese monasterio.

Cumplida su condena Abelardo se retiró a un sitio cercano a Fontainebleau, a donde sus estudiantes lo siguieron y construyeron una escuela. Los cursos que dictó en esta escuela durante un lapso de tres años, fueron recogidos en una obra en dos volúmenes bajo el título de *Teología cristiana y Teología*, en la que las referencias hacia los autores paganos no son condenatorias sino dirigidas fundamentalmente a procurar su comprensión.

Otro libro que causó conmoción fue *Scito-Teipsum* (Conócete a ti mismo), ya que en él Pedro Abelardo asevera que el pecado proviene de la intención, no de la acción en sí misma, con lo que contraría la consideración del pecado como una violación a una ley divina. Con este libro Abelardo sentaba las bases para el intento de explicar racionalmente la religión, ya que no había misterios en la fe. Ello le valió de nueva cuenta una condena y la intervención del futuro san Bernardo para declarar que *la fe cree, no discute*. En el intento por llegar hasta el Papa y exponerle su caso, Abelardo inicia su última peregrinación, ya que muere en el trayecto a

20 *Ibid.*, p. 42

Roma. En todo caso la visita al Papa hubiera sido inútil, ya que él mismo confirma la sentencia y le impone la pena de guardar silencio perpetuo.

Por su parte, Eloísa, que también había tomado los hábitos, le sobrevive algo más de veinte años, sólo para que a su muerte fuera enterrada al lado de quien amó entrañablemente toda su vida.

Es evidente que los intelectuales de esa época estuvieron de parte de Abelardo, por todo lo que en su momento representaba: una corriente iconoclasta, lúcida y vivificadora, que abriría paso a una época marcada, de manera ascendente, por una cada vez mayor libertad de pensamiento, por lo que podría quizás adivinar que la herejía de una generación se convertiría en la ortodoxia de la siguiente. Con el bretón Abelardo el arma de la dialéctica aplicada para escudriñar los arcanos de la religión, trajo como consecuencia el rompimiento de los límites que habían dividido a la filosofía de la teología. Se proclamó la soberanía de la razón.

En Abelardo debemos reconocer una de las inteligencias más lúcidas de la Edad Media, quien marcó un periodo en la historia intelectual del mundo, es decir, que constituye un hito en la evolución de la universidad.

La carrera de Abelardo coincidió con el auge comercial y político de la ciudad de París. La fuerza militar de la *ciudad Isla* fue el principal instrumento del rápido progreso de los descendientes de Hugo Capeto. Así, el renombre del bretón atrajo una multitud de estudiantes que llegaban desde los más remotos confines de Europa sólo para escuchar al famoso maestro, diestro en la disputa y brillante dialéctico.

De los alumnos de Abelardo, veinte llegaron a ser cardenales y más de cincuenta obispos. El concentró en sí todo el entusiasmo por el aprendizaje que se había extendido por doquier; sin embargo, fue París donde empezó su enseñanza y donde reunió el mayor número de oyentes. Siglo y medio más tarde todavía seguía llegando a París un gran número de alumnos, hasta que las universidades filiales que surgieron en otras regiones del continente empezaron a crecer.

París adquirió tal fama, que se convirtió en el centro más importante de la Europa transalpina. La universidad, en este caso corporación, gremio, hermandad o agrupación de maestros existía ya en germen; pero desde los días de Abelardo, París llegó a ser la ciudad de la cultura, tratando de emular a la Atenas de Pericles.

Pero dentro de este panorama del pensamiento en la Europa medieval, no podemos, ni debemos olvidar a Agustín de Tagaste y a Tomás de Aquino, que sin lugar a dudas dan forma y carácter a la inteligencia a partir del siglo IV y durante toda la Edad Media.

Ciertamente, Agustín de Hipona o de Tagaste, ya que vive del 354 al 430 a.C. no se involucra cronológicamente con la Edad Media, pero él es quien determina en gran medida el perfil intelectual y místico de esa época. Agustín fue un pensador cristiano y, al mismo tiempo, representante del principio de la libre argumentación en materia de religión y se caracterizó por su inquebrantable lealtad hacia la verdad.

Pedro Lombardo* (1100-1160), continuador de los estudios escolásticos heredó la forma, pero no el espíritu de Abelardo ni sus métodos teológicos. Con él, la teología re-

gresó a sus antiguos hábitos de sumisión, a aceptar sin más a la patrística y a la autoridad eclesiástica. Con él se abandonó el esfuerzo de unir la tradición reciente a la antigua de los Padres y éstas a las Sagradas Escrituras y a la razón.

Con el maestro de las *Sentencias*, Pedro Lombardo, el escolasticismo dejó de tener un carácter o aspecto rebelde en contra de la autoridad. Lo que quedó fue una profunda convicción de racionalizar la doctrina cristiana y de emplear un método vigoroso para intentar responder a las objeciones que se hacían a ésta.

El propósito de las *Sentencias* era reunir y armonizar las opiniones de los Santos Padres y extractar de sus dispersas -y a veces conflictivas- *dicta*, una precisa y explícita respuesta a las cuestiones dialécticas que se suscitaban en esa época.

Santo Tomás de Aquino. *Diccionario enciclopédico Espasa*, vol 23, p. 6

De la teología abelardiana se derivó la idea de Pedro Lombardo de reducir aquella que podía considerarse como una literatura caótica, a un sistema filosófico. Del audaz *Sic et Non* se sentó el precedente para ordenar argumento contra argumento, autoridad contra autoridad; pero en las *Sentencias* la actitud crítica de Abelardo se transformó en un modesto intento de solucionar los conflictos y apaciguar el encrespado mar de las especulaciones teológicas. La publicación de este libro hizo que el campo de la controversia se fuera limitando.

En la generación posterior -y más acentuadamente en el siglo XIII- la filosofía y la teología filosófica, contra las cuales san Bernardo formó a toda la caballería cristiana, triunfaron sobre la enseñanza mística y positiva de los monasterios. Pero el triunfo del escolasticismo fue una victoria pírrica, costó tanto a los vencidos como a los vencedores. Si la universidad de París nació del espíritu medieval, uno de cuyos mayores representantes fue Abelardo, cada aumento de su esplendor y de su importancia se compró con alguna nueva desviación del principio de la libre investigación, que es la más alta función de una universidad, y la cual debe conservarse religiosamente.

Es necesario distinguir entre la cultura del siglo XII y la del siglo XIII. El renacimiento del siglo XII empezó como el más brillante, pero no más real que el del siglo XV, con un interés renovado por la literatura -la que había caído en el olvido-, como ocurrió posteriormente en el Renacimiento que culminó con el total redescubrimiento del género literario que estaba prácticamente perdido, o por lo menos enterrado y olvidado por siglos.

El renacimiento del siglo XII también inició con gran entusiasmo el estudio de la literatura clásica: Virgilio, Ovidio, Séneca, Cicerón, Boecio y san Agustín le fueron familiares. Los grandes clásicos del derecho fueron incluidos entre los temas de estudio.

Juan de Salisbury, otro personaje típico de la época, como estudiante iba de una escuela a otra y cambiaba los temas de estudio a su gusto. Durante algún tiempo fue alumno de Abelardo y estudió también en Chartres, donde Bernardo utilizó un método basado en los principios de la educación clásica, cuyas lecciones cubrían íntegramente el campo del latín culto.

Página miniada perteneciente a los *Libri quattuor sententiarum* de Pedro Lombardo, siglo XIII. *Historia universal Planeta*, vol. 5, p. 324

El método de Bernardo consistía en explicar el tema de una materia; pero ampliando el área de conocimiento al referir sus ejemplos a la física o a las cuestiones éticas. Al día siguiente, les pedía a sus alumnos que repitieran, bajo la amenaza de los más severos castigos, la lección* del día anterior. Esta práctica diaria se realizaba en verso y en prosa, imitando los modelos clásicos o valiéndose de la discusión* entre los discípulos; tenía por objeto adquirir fluidez y elegancia en la expresión y en la dicción.

La maestría en el manejo del latín de los grandes escritores de este periodo intermedio, Abelardo, Juan de Salisbury e Hildeberto de Tours*, hizo ver al latín como una lengua viva y disfrutar de un ciceronismo que también fue notable en los padres africanos.

Mas no todo fueron éxitos y brillantez en la lucha cotidiana por la conquista del conocimiento. Una serie de circunstancias limitaron la educación y la cultura en épocas posteriores. En el siglo XII los humanistas fueron minoría, igual que Erasmo y Reuchlin en su época. Los escritos de Juan de Salisbury trataron de cimentar y explicar el porqué la necesidad de la gramática y de las letras humanas. En sus escritos Juan se queja de la pasión que prevalecía por las disputas frívolas, sutiles y sofisticadas. Reconocía el valor de la lógica, sí, pero como instrumento de la educación, y señaló la esterilidad intelectual

Dos sabios discutiendo. Inicial miniada de una traducción latina de Aristóteles, siglo XIII. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 217

-y consecuentemente moral- de este aprendizaje lógico para mentes ignorantes en todo lo demás. Todas sus reflexiones sobre educación hacían patente que era abogado de una causa perdida.

Los humanistas del siglo XVI tuvieron que librar una batalla diferente, porque los opositores no eran ya la formidable y genial intelectualidad del renacimiento del siglo XII, cuando el mundo comenzó a estar enfermo de silogismos. En el siglo XII la filosofía escolástica estaba en su vigorosa juventud, la mayoría de los mejores intelectos fueron devotos de su búsqueda; los humanistas también fueron filósofos.

Al principiar el siglo XIII se abrieron vigorosamente las comunicaciones con el Oriente, por las Cruzadas emprendidas por los cristianos para recuperar la Tierra Santa, por los estudiantes que se convirtieron en viajeros, confirmando la comunicación, aunque a veces restringida, que se había abierto desde siglos antes por la penetración de los moros en España.

Todas la obras de Aristóteles encontraron entonces camino hacia el Occidente; algunas, eran traducciones realizadas directamente del griego; otras, versiones latinas del antiguo siriaco y otras más eran traducciones árabes.

Aristóteles había gozado de enorme autoridad como lógico, puede decirse que casi se le identificaba con la autoridad misma. Por el prestigio de este filósofo se extendió la totalidad de su obra, incluyendo sus escritos de metafísica y los de filosofía moral.

Sin embargo, también como un signo de esos tiempos, la intelectualidad europea estaba deslumbrada, afanada en analizar y en debatir -haciendo uso indiscriminado de la lógica como herramienta intelectual- los nuevos tesoros desplegados ante sus ojos, por lo que el estudio de los clásicos decayó otra vez para la gran masa de estudiantes, cuyas lecturas estaban vinculadas a los *currícula* prescritos por las universidades.

No solamente se hicieron malas traducciones de cualquier escritor, a tal grado, que aún el mejor traductor hubiera considerado imposible revestirlo de una latinidad elegante, sino que, además, los estudios literarios serios no se pudieron colocar en ninguno de los primeros lugares dentro de la educación. La juventud tenía prisa, el mundo tenía pri-

sa; la ansiedad de beber en lo que parecía ser la fuente de toda sabiduría y de llegar más y más a obtener los codiciados honores en la maestría, en artes o filosofía, redujo drásticamente el tiempo dedicado a la adquisición del mínimo indispensable del lenguaje latino.

Tan pronto como el estudiante aprendía las reglas de gramática y el vocabulario para una conversación de uso común en latín, se apresuraba a adquirir la sutil, pero iletrada jerga que le permitiría sostener sus propias opiniones en la arena de las escuelas.

Los humanistas que escribieron hacia finales del siglo XII se quejaban ya de la creciente negligencia en la enseñanza de la gramática y de la historia, además de la indisciplinada rudeza de los jóvenes filósofos. A veces, ciertamente, la principal preocupación y tristeza de la gente pensante eran que el estudio unilateral de las leyes estaba destruyendo toda la educación liberal. A principios del siglo XIII, el descubrimiento del nuevo Aristóteles tendió momentáneamente a detener esta situación; pero la energía adicional, comunicada a la especulación, sólo vino a incrementar un desprecio creciente hacia los estu-

Escenas de la vida estudiantil. Miniaturas de los estatutos del colegio del Ave María, 1346. *Historia universal Planeta*, vol. 5, p. 320

dios clásicos y en general hacia la literatura como tal.

Para obtener la maestría en las artes liberales* era requisito esencial haber cursado lógica y filosofía; y en una primera etapa de la historia de los sistemas de examen*, se encontró que un *curriculum* de estudio prescrito y la oferta de un premio para aquellos que lo siguieran, resultó fatal para el desarrollo de todos los temas que habían sido excluidos de ese *curriculum,* ya que se tendió a dejarlos a un lado y poco a poco a olvidarlos.

De hecho la moda del nuevo Aristóteles, simplemente probó cuánta energía adicional se había inyectado al escenario dialéctico, que todo lo consumía en las escuelas filosóficas. Mientras más se extendía esta clase de estudios, menos se hacía para mejorar sus métodos.

Sin embargo, también se debe considerar que ese redescubrimiento del siglo XIII de la obra aristotélica: la psicología, la metafísica y la teología, hizo posible disponer de una substanciosa dieta intelectual, para quien estuviera con el ánimo preparado y contara con la infraestructura cultural necesaria, más que la lógica cambiante, interminable y sin objetivo, lo que ya había hecho notar y censurado Juan de Salisbury.

Lo que se ganó en espontaneidad, originalidad, estilo, cultura, solidez, con los grandes escritores del siglo XII, quedó en suspenso, mas no perdido. Si esos autores del renacimiento medieval quedaron atrapados y aplastados bajo el peso muerto de la literatura semiautoritaria de las traducciones a la moda, tiempo después fueron recobrados para que dieran testimonio de que la Edad Media europea tuvo elevadas alturas intelectuales así como, ciertamente, momentos de espesa obscuridad.

Una comparación de Juan de Salisbury de su educación en la primera mitad del siglo XII con los estatutos de la universidad en los comienzos del siguiente siglo, nos permite rastrear y corroborar la sorprendente rapidez de esta decadencia en la cultura literaria.

La gramática estaba prácticamente eliminada como uno de los temas de examen, mas no sólo eso, el estudio de esta materia quedó limitado a las obras de Prisciano y Donato. La retórica difícilmente recibía algo más que un reconocimiento de elogio: los clásicos -tanto latinos como griegos- no se tomaban en cuenta para nada. Toda la atención de los estudiantes estaba centrada en la lógica y en Aristóteles.

Los jóvenes en las escuelas podían todavía aprender, casi por su cuenta, gramática interpretando a Ovidio o a Catón*, pero de aquí en adelante, los poetas, los historiadores, los oradores de la antigua Roma fueron, con intervalos, considerados indignos de la atención de los estudiantes maduros de las escuelas universitarias.

CAPÍTULO XI

EL ENTORNO DE LAS UNIVERSIDADES MEDIEVALES

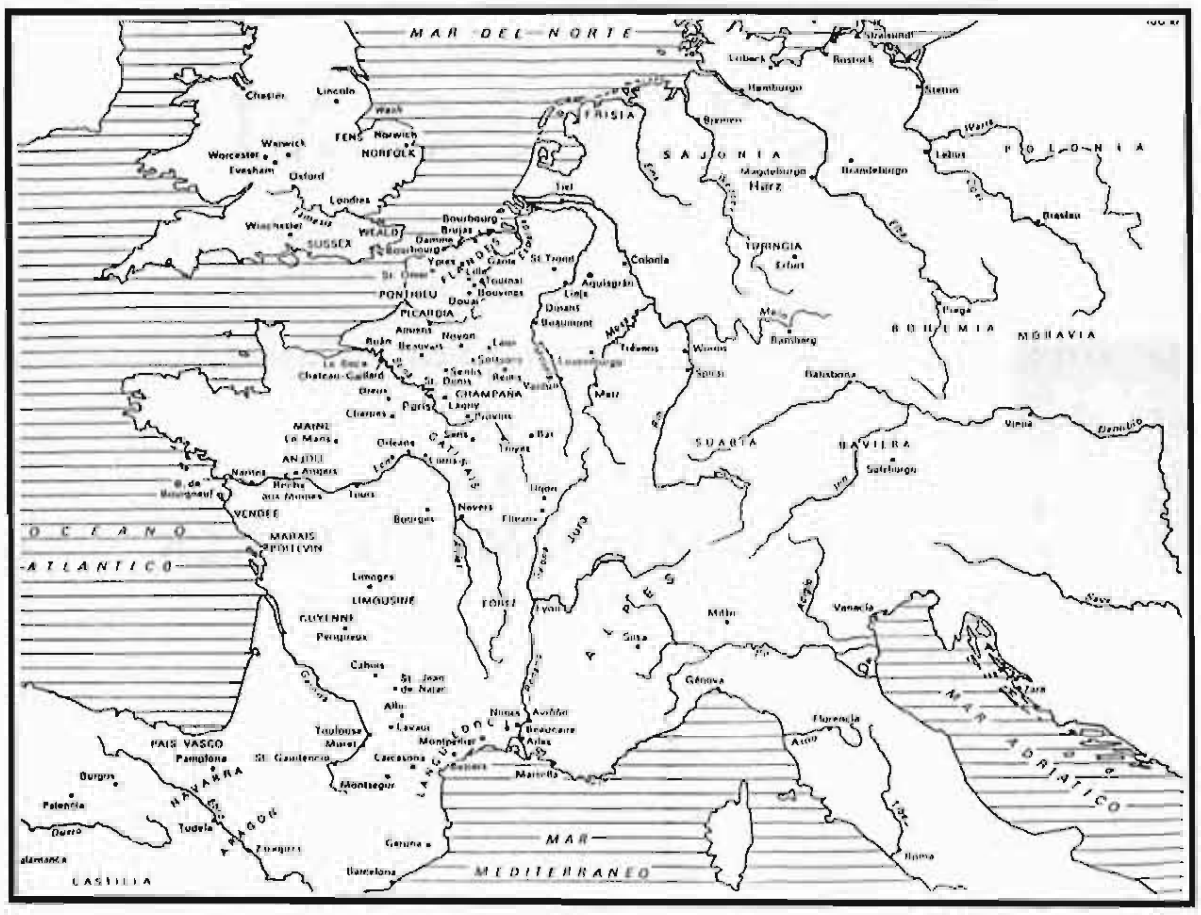
Para poder comprender el complejo problema del surgimiento y de la evolución de la idea de la universidad y como consecuencia de ella, la aparición de las universidades medievales europeas que dieron origen en el mundo occidental a un desarrollo cultural generalizado, es necesario presentar una visión, aun sea de carácter panorámico, del entorno social, político, económico, ideológico, religioso, que privaba en la Europa de la alta Edad Media.

Principiaremos abordando el importante tema de las transformaciones económicas y sociales en la plenitud del medievo, pero dada la influencia de las monarquías feudales y su evolución política conviene también, como parte del entorno medieval que preludió el nacimiento de las universidades, hablar sobre este tema con mayor detalle.

La expresión *monarquías feudales,*[21] popularizada en la obra de Ch. Petit-Dutaillis define bien lo que fue la situación de los estados occidentales de Europa en los siglos XI y XII. Los monarcas de esta región son, en efecto, al rebasar el año 1000, simples cúspides de una pirámide feudal. Su poder descansa esencialmente en los compromisos de fidelidad adquiridos –muchas veces de manera forzada– por sus súbditos. A nivel de las dos monarquías occidentales por excelencia, Francia e Inglaterra, el término *feudal* ve su justificación reforzada, dado que la relación entre los miembros de los diversos estratos sociales que las conforman depende, en buena medida, de los vínculos entre feudo y vasallos, que los ligan entre sí.

Bajo los sucesores de Hugo Capeto: Roberto el *Piadoso,* Enrique I y Felipe I, la nueva dinastía francesa no consigue extender su autoridad efectiva mucho más allá de los alrededores de París. Los intentos de debilitar a los poderosos príncipes territoriales

21 Véase *Introducción a la Historia de la Edad Media Europea,* de Emilio Mitre Fernández, p. 191



Mapa de Europa, 1100-1300. J. Heers, *Historia de la Edad Media*, p. 176

enfrentándolos entre sí tuvieron apenas algunos resultados parciales.

Bajo Luis VI (1108-1137) se dan los primeros pasos firmes hacia una recuperación del prestigio de la monarquía. El apoyo de la Iglesia fue decisivo. Las figuras de Ivo de Chartres, el canonista francés, árbitro en la pugna Papado-Imperio; del abad Suger de Saint Denis, una de las más grandes figuras de su época, como impulsor de los mecanismos administrativos reales y de las manifestaciones artísticas; o del monje Bernardo de Claraval son sumamente representativas de una Francia que empieza a superar las recientes dificultades.

Al morir Luis VI dejaba un saldo sumamente favorable: Un dominio real sólidamente organizado; una serie de cartas de libertad concedidas a distintas ciudades que, en un futuro próximo, serán excelente apoyo de la realeza; y un incipiente sentimiento nacional forjado al calor de las dificultades surgidas frente a Inglaterra y al Imperio alemán, además de que las ciudades libres son en gran medida, al proporcionar una serie de condiciones favorables, las impulsoras del surgimiento de las universidades europeas.

El largo reinado de Luis VII (1137-1180) fue un periodo de ocasiones perdidas para la monarquía francesa. Se inició con excelentes perspectivas cuando el soberano

contrae matrimonio con Leonor de Aquitania, poseedora del mayor dominio feudal de Francia. Diez años después, el monarca tomaba parte en la Segunda Cruzada, durante la cual el eficiente Suger de Saint Denis desempeñó el gobierno del reino.

El fracaso de Luis VII en la Siria franca se vio acrecentado a su regreso a Francia: las diferencias con su esposa provocaron la anulación de su matrimonio y la consiguiente pérdida de la influencia de los Capeto en el ángulo suroeste de Francia. En 1152, Leonor de Aquitania contrajo nuevo matrimonio con Enrique II Plantagenet conde de Anjou*, uno de los más poderosos señores de Francia. A sus dominios territoriales en este país, Enrique añadía, desde 1154, la corona de Inglaterra. Se articulaba así una gran entidad política supranacional: el Imperio Angevino, peligrosa barrera para las pretensiones de los Capeto de reforzar su autoridad.

A la muerte de Luis VII, la monarquía francesa, a pesar de los últimos fracasos, no había experimentado realmente ningún grave retroceso, a lo sumo –según se demostraría en los años siguientes– un aplazamiento de sus proyectos de expansión territorial.

Todos estos acontecimientos históricos serán decisivos para el nacimiento y desarrollo de las universidades, por cuanto también a través de ellas se libra una batalla política a la vez que económica. Los grandes señores buscarán contar con el personal altamente calificado para hacerse cargo de la compleja estructura administrativa de sus dominios, la Iglesia hará otro tanto en este mismo sentido; pero tales pugnas muchas veces aparecerán como enfrentamientos en el plano de las ideas, como discrepancias sólo entre distintas maneras de ver y de abordar algún problema teórico o intelectual.

Mapa de Francia en los siglos IX-XI. ***Historia Universal. Atlas histórico*****, p. 37**

La dinastía normanda en Inglaterra

En el año 1066 murió Eduardo llamado el *Confesor*, quien fuera el último monarca anglosajón. La nobleza del país apoyó la elección de Haroldo Godwinson, gran señor de Essex. Su reinado y más que reinado, su permanencia en el poder fue breve: el 14 de octubre de ese mismo año, 1066, el Duque de Normandía, Guillermo el *Bastardo*, obtenía su histórica victoria sobre Haroldo, en Hastings. El tapiz de Bayeux mandado confeccionar por la esposa de Guillermo, constituye un extraordinario documento de los recursos bélicos, de las tácticas y del instrumental, que pusieron en juego los antagonistas de este trascendental episodio.

A fines de ese año, el duque de Normandía, Guillermo, fue solemnemente coronado en Westminster, y con este hecho se introducen y aceptan las costumbres y tradi-

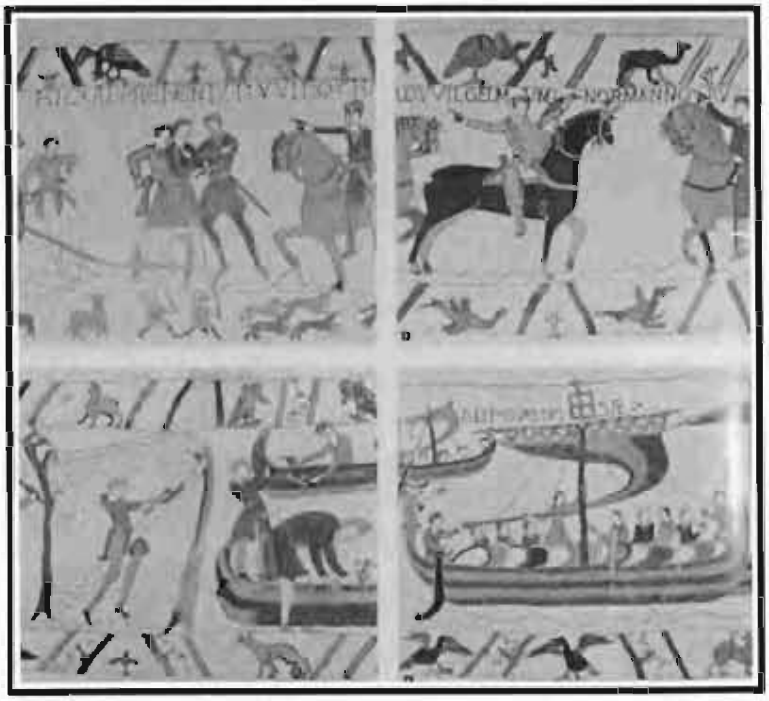
ciones feudales que privaban en el continente, las cuales quedaron implantadas definitivamente en Inglaterra.

Sin embargo, la realidad histórica es más compleja: Guillermo, llamado entonces el *Conquistador*, mostró a lo largo de su vida ser un hombre eminentemente pragmático, que supo conjugar las costumbres feudales de su país de origen con las sólidas instituciones que habían surgido y se habían desarrollado en las comunidades anglosajonas.

El Ducado de Normandía fue en ascenso desde su fundación y cuando llega al poder Guillermo, se convierte, aunque pequeño, en un Estado sólido. Quienes rigieron sus destinos dispusieron de una amplia autonomía para reclutar soldados, acuñar moneda y erigirse en cabezas de un régimen feudal regional que casi en todos los aspectos dependía completamente de ellos. La consecuencia inmediata de este proceso fue al igual que en el Ducado otros muchos señores, cuyo poder territorial era incontestable, se convirtieran en un enorme contrapeso de la monarquía centralista.

La paz en Normandía se mantuvo mediante el nombramiento de unos funcionarios, los vizcondes, que no tienen parangón en el resto del territorio francés. A ello se sumaba una pujante Iglesia regional que estaba definitivamente influenciada por las reformas gregoriana y cluniacense.

Podríamos abundar sobre los hechos históricos que se observan no solamente en la Inglaterra de Guillermo el *Conquistador*, sino en muchos otros que tienen gran importancia en el continente europeo, y donde de diferentes maneras van conformando el entorno en el que surgirá la universidad medieval. Sin embargo, lo dicho hasta ahora sólo pretende dar una idea de las peculiaridades del entorno, de la influencia que ejercían la Iglesia y los monarcas, reyes y grandes señores en la evolución de la universidad; en ese tránsito extraordinario entre las escuelas catedralicias y las universidades. El paso de los colegios* a la institución universitaria medieval, con toda su riqueza de pensamiento y también, por qué no decirlo, con muchos antecedentes absurdamente intranscendentes. Observamos las discusiones, las polémicas de grandes intelectuales, teólogos y filósofos, mezcladas con nimiedades que carecen de importancia.



Conquista de Inglaterra por Guillermo de Normandía. Tapiz, siglo XIII. *Historia universal*, vol. 2, p. 104

Al igual que la trayectoria de Guillermo el *Conquistador*,

quien logra cimentar una serie de instituciones, además de implantar un nuevo estilo de vida trasladado del continente al territorio bajo su poder, varios otros personajes de las élites europeas de igual manera afianzan su poder e influencia, lo cual favorece el nacimiento y evolución de las universidades, en tanto que es desde el poder político y eclesiástico donde se hace posible su fundación y su sostenimiento. Una universidad no podría existir sin que el monarca poderoso o su equivalente eclesiástico no la doten de las prebendas, privilegios y rentas para solventar sus múltiples necesidades cotidianas. Es frecuente que las rentas universitarias provengan, autorizadas por el monarca, de las aportaciones de pueblos enteros. En ese sentido el fortalecimiento del poder del soberano y del sistema feudal fue también en beneficio de la institución universitaria medieval.

El papado

Además de los reyes y monarcas, la otra gran fuerza tanto espiritual, económica y política es, sin duda alguna, la institución eclesiástica cristiana. Desde muy temprano, en cuanto se consolidó la religión cristiana y se instituyeron los obispados de acuerdo con la tradición establecida por Pedro, en el sentido de que éstos eran los encargados de apacentar el rebaño y de llevar el gobierno de la Iglesia, intentó obtener la supremacía en todos los órdenes de la vida. Las cosas del espíritu estaban muy por encima de todo cuanto le pudiera interesar a un hombre, incluso de los más delicados asuntos de gobierno. De ahí que no solamente los hombres comunes sino hasta los mismos monarcas debían someterse y aceptar la firme guía de la Iglesia, o mejor dicho, de sus más elevados representantes.

Para llegar a esta situación en la que la Iglesia se sentía con la suficiente fuerza para, abiertamente, plantear sus pretensiones, debieron conjuntarse varios elementos, entre los que destacan el hecho de que las monarquías occidentales se encontraban debilitadas y prácticamente habían perdido gran parte de su poder económico, político y militar. Mediante una labor conjunta y con el objetivo preciso de fincar el poderío de la Iglesia, poco a poco los obispos fueron ganando mayores espacios hasta conseguir que estuviera fuera de discusión su superioridad jerárquica, por lo menos en la Europa occidental, encontrando la mayor resistencia en toda el área dominada por Bizancio, la capital del Imperio Romano de Oriente.

El poder de la Iglesia, como ya dijimos, no se concretaba al ámbito espiritual. Poseedora de un poderoso ejército y con la influencia necesaria para obtener de los reyes apoyo bélico logró, por ejemplo, defender con éxito a Italia de las invasiones de los hunos y de los vándalos, estando a cargo del obispado de Roma, desde aquellos tiempos el más importante de la cristiandad, León I (440-461), lo cual redundó en un aumento de prestigio y poder.

A pesar del creciente poderío de la Iglesia, a lo largo de su historia ha tenido que sortear múltiples dificultades: las rivalidades entre reyes poderosos, entre sí mismos y contra la propia Iglesia, la energía de sus mismas fuerzas disolventes que han llegado hasta graves escisiones, las desviaciones que han surgido en su seno, aun con la mejor intención de apuntalar la fe.

En 451, el Concilio de Calcedonia aceptaba que cuatro sedes orientales tuvieran la misma importancia que Roma: Constan-

El papa san Gregorio rodeado de prelados y dignatarios. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 296

tinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría, lo cual nos habla de las enormes fuerzas centrífugas que estaban actuando al interior de la jerarquía eclesiástica cristiana. Ese acuerdo si bien logró atemperar momentáneamente la situación, lo que logró, en el fondo, fue transferir para después el estallamiento de nuevas tensiones.

Sin embargo, a pesar de todas las situaciones críticas que se van presentando a lo largo de los siglos, el pontificado romano sabrá darle un impulso sin precedente tanto a su labor misionera como a su actividad política, fundamentalmente por medio de la centralización del poder de la Iglesia en manos del principal obispo de la cristiandad, el obispo de Roma y también por medio de la centralización de los bienes del Papado, los llamados *Patrimonium Petri*, siendo el constructor de esta obra Gregorio Magno, quien aparece como el fundador del poder temporal de la Iglesia.[22]

Mas el poder terrenal que fue ejerciendo la Iglesia con el paso de los años nunca dejó de contar con detractores. Los mismos monarcas unas veces de manera abierta y otras tantas embozadamente, trataron de minar ese poder y hasta de subordinarlo a sus reales intereses. Algunos reyes y monarcas, hombres poderosos en su tiempo, lograron ese ambicionado fin; pero seguramente no lo alcanzaron sin enfrentar duras pruebas. A su vez, el Papado siempre pugnó por establecer en definitiva su supremacía y gobernar a la cristiandad entera.

Esta lucha entre los diferentes poderes tuvo enormes consecuencias en todos los ámbitos de la vida europea. La Iglesia comprendió que quizá no era el momento para hacerse del poder total, lo que la condujo a moderar sus aspiraciones y vislumbrar la posibilidad de, si no gobernar, por lo menos fungir como árbitro y reguladora de las acciones de los monarcas.

Cuando se habla de pugnas entre el Papado y el poder temporal de los reyes, nos referimos por igual a las controversias intelectuales o doctrinarias, y a las verdaderas luchas armadas que se registraron para mantener y acrecentar los derechos de cada una de las partes en conflicto. Así sucedió por ejemplo en la llamada Querella o Guerra de las

22 *Ibid.*, p. 71

Investiduras, en la que los contrincantes fueron Gregorio VII (quien ascendió al Papado en 1073) y el Sacro Imperio Romano Germánico, ambos con el mismo fin de subordinar a su oponente. El punto central de la controversia era sobre quién debía tener la autoridad para nombrar a los obispos: la Iglesia, ya que eran sus representantes, o el monarca, ya que los obispos desempeñaban sus funciones en su territorio; eso además de ambiciones territoriales y políticas. No debemos olvidar que en defensa de los intereses de la Iglesia jugaron un activo papel figuras de la talla de san Bernardo de Claraval, Juan de Salisbury, Graciano*, jurista de la universidad de Bolonia, entre otros.

El triunfo del Papado se consolidó, aunque haya sido únicamente por un tiempo, bajo Inocencio III (1198-1216). La enorme efervescencia que se manifestaba en todas partes y en todos los ámbitos llevaron a la Iglesia cristiana y a sus instituciones a sufrir una serie de descalabros y crisis, y otras tantas épocas de auge y esplendor.

Como vemos, las universidades hacen su aparición en un mundo en constante crisis, y van a desempeñar un papel de primer orden. Las universidades no son ajenas a las situaciones políticas y de toda índole que afectan a la vida de los pueblos. Pero una de las grandes glorias de la universidad es la de que, a pesar de no ser ajena a tales situaciones, por otro lado ha sabido estar por encima de ellas y levantarse como una institución en verdad universal.

El mundo medieval

En combinación con los acontecimientos de orden político, económico y social, el nacimiento de las instituciones universitarias no está exento de dificultades de otro tipo. La vida cotidiana que se llevaba en cualquiera de las ciudades, el estrecho contacto que se generaba entre los diversos estratos de sus sociedades, suscitaba que el resto de la población no siempre viera con buenos ojos a la comunidad universitaria, sobre todo a los estudiantes que, como se puede ver en la literatura de esos tiempos, lograron cimentar a pulso, su fama de verdadero azote de la tranquilidad de la comunidad.

Mosaico con Inocencio III. *Historia universal*, vol. 2, p. 149

En este todo amplio y complejo se debe añadir el impacto del descubrimiento, para

el hombre y la cultura Occidental de la dialéctica aplicada a la teología, la escolástica.

Para muchas personas de nuestro siglo, al igual que para otras tantas de épocas anteriores, incluyendo a las contemporáneas de la Edad Media, los teólogos y los filósofos les pueden parecer –además de extraños– seres que tienden a confundirse y a superponerse, ambos dedicados a estudiar realidades abstractas, empleando recursos e instrumentos mentales que parecen demasiado complicados y lejanos, y es cierto que en la actualidad, si los acontecimientos de esa época no se examinan dentro de su contexto histórico, se pueden elaborar juicios apresurados y poco realistas que serían, además de superficiales, erróneos. Esos juicios no tomarían en cuenta que la teología representaba en aquellos tiempos una gran estructura de conjunto, un cuerpo doctrinal que enmarcaba y daba referencia a todas las investigaciones individuales, independientemente de que era además *La Teorización Racional de la Fe.*

Algunos de los intelectuales de la Edad Media tomaban a la teología como un instrumento para realizar sus análisis en todos los ámbitos del saber: la política, la ética, el derecho, etc. No debe sorprendernos que pretendieran utilizarla para establecer y definir los límites de sus investigaciones sobre la naturaleza. Si el principal objetivo de cualquier ser humano, desde el punto de vista del cristianismo, es el de alcanzar la salvación de su alma, entonces no puede existir ningún otro conocimiento necesario que el conocimiento de Dios y de su obra. La teología a ser la ciencia que pretende llegar al conocimiento de la realidad divina, sería el saber de máxima jerarquía. Toda conclusión que se obtenga dentro de la teología, podrá ser una brújula verídica y confiable para encauzar todas las otras actividades del ser humano.

Por filosofía, aunque tenían puntual conocimiento que era apenas uno de sus componentes, en ese momento, se referían casi exclusivamente a la lógica, ya que se había constituido como instrumento fundamental en la investigación en los campos del lenguaje, la física, la investigación sobre la naturaleza y la moral como ciencia de los comportamientos o conductas y de los valores.

Así, la teología y la filosofía constituyen para el entendimiento dos poderosos instrumentos intelectuales y, consecuentemente, dos áreas del conocimiento que ofrecían una trama de referencias concretas a determinados problemas, además de una metodología y, en general, ofrecían, la adquisición efectiva de conocimientos y el poder para conducir una investigación.

La personalidad de los filósofos y de los teólogos medievales estaba sujeta a críticas irónicas por grupos antagónicos: los teólogos criticaban a los filósofos y éstos a los primeros.

Por ello, Juan de Jandun*, un filósofo del siglo XIV, escribe: «En París enseñan ilustres doctores que recorren, con la velocidad de una mente muy entrenada, los secretos arcanos de las naturalezas celestes.... En una calle muy tranquila, llamada Sorbona se puede admirar a padres venerables y a monseñores que, como si fueran sátrapas divinos llegados al vértice de la perfección humana, explican solemnemente las Escrituras, rectifican las desviaciones de los filósofos paganos, combaten ferozmente sus errores, para defender la fe religiosa, se apropian de las verdades descubiertas por los sabios antiguos.... Pero con frecuencia les ocurre algo que no deja de provocar la sorpresa de las almas sencillas: en los mismos temas defien-

den con gran ardor posturas contrarias. Dedican todo su tiempo a entablar auténticas batallas intelectuales: lo que uno se esfuerza en defender, el otro trata de refutarlo, manteniéndose a salvo, curiosamente, su sincera adhesión a la fe. En consecuencia, podríamos preguntarnos qué ventaja reporta a la religión esta especie de gimnasia.»[23]

Desde su propia perspectiva y conocedores de la importancia que tenía ser un filósofo, aspiraban a ser sobrios, justos, fuertes, liberales, moderados, respetuosos con las leyes y alejados de los placeres; pero tal visión un tanto edulcorada e idealizada por ellos mismos, desafortunadamente no era correspondida en la opinión que otros grupos tenían de ellos. Sobre todo, las clases populares de París preferían considerar a los filósofos como profesores fracasados, puesto que si la referencia era la cuantía de la remuneración que podían obtener por sus servicios, entonces el vulgo parisino tenía razón, ya que sus ingresos, en aquella época, eran inferiores a los que recibían los médicos y los abogados, por ejemplo. Además los filósofos eran señalados por ser muy aficionados a las disputas ideológicas; y sus alumnos, por ser sin duda alguna, los estudiantes más indisciplinados, que constituían una verdadera muchedumbre vociferante y escasa de dinero que abarrotaba las tabernas y jugaba a los dados en las esquinas de las calles.

No sólo el pueblo, sino también los colegas rivales de la facultad de teología llegaron a convencerse de que los estudiantes de artes, es decir, los estudiantes de filosofía, eran malvados, incrédulos, dignos de ser expulsados de la comunidad. Quizá una explicación para tal fenómeno sea la de reconocer que es posible que ciertas conductas y actitudes de altivez por un lado, combinadas con la manifestación de una profunda inconformidad por otro, no servían para alentar un sentimiento de simpatía hacia ellos, pero había algo más importante y de fondo en la severa opinión de los teólogos con respecto a los maestros de artes.

Necesitamos volver a la filosofía y al modelo de pensamiento típico de los artistas. Para ellos la filosofía era un conocimiento, un saber que debía buscarse, principalmente, ahí donde se encontraba, en los textos redescubiertos de Aristóteles; conocimiento que debía hacerse extensivo sin mutilaciones ni censuras. Según decían los artistas, *la filosofía no debe ocultarse*, sin tratar de adaptar esta imagen a la sabiduría ultraterrena y a la salvación del alma, cosa que se proponían los colegas dedicados a la teología. Afirmaban también que pretendían indagar *naturaliter*, lo que significaba realizar la investigación de acuerdo con la razón natural, y no con los datos de la revelación cristiana. Es decir, un modelo de investigación científica, libre de prejuicios, que en ese momento resultaba

Estudiantes. Relieve de finales del siglo XIV. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 21

23 Franco Cardini, *op. cit.*, pp. 19-211

nuevo y evidentemente a contracorriente de los otros métodos.[24]

En conclusión, la imagen de un maestro o alumno de filosofía era rechazada, como rechazada era la persona misma, en la medida en que, de hecho, era no sólo un crítico de la ciencia y de los conocimientos teológicos, sino que apuntaba hacia una dirección inconveniente por cuanto socavaba las bases de todo posible conocimiento teológico. La pugna entre colegas universitarios iba más allá de los simples desacuerdos doctrinarios, era una lucha de fondo en la que estaba en peligro de desaparecer, o por lo menos, ver disminuida enormemente su influencia política uno de los contrincantes.

Maestros y estudiantes durante la Edad Media. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 218

Las disputas interminables, los altercados por motivos a veces minúsculos, otras veces de verdadera importancia, todo eso forma parte de la idea de la universidad, como un ámbito en el que la libre expresión de ideas o doctrinas es una obligación y un derecho consagrado para quien forme parte de esa comunidad. Antes, como ahora, esa debe ser la divisa universitaria a pesar del paso del tiempo. La continuidad del término y de la idea de universidad como institución pública de enseñanza puede provocar algunas confusiones e inducir a pensar en analogías demasiado rígidas y anacrónicas, entre la figura de un profesor de hoy y la de un *magister** de la universidad de Bolonia o de París, del siglo XIII. Las libertades de un maestro en aquella época, eran, básicamente, libertades jurídicas, es decir, privilegios reconocidos como lo demuestra la siguiente anécdota:

Era una hermosa mañana del año 1281 y el maestro de medicina de la Facultad Parisina Hugo de Parma, persona eminente y de honestas costumbres, regaba las plantas de albahaca de la pequeña terraza de su casa; tenía los pies descalzos, la camisa de dormir y, quizás, estaba aún algo somnoliento. Erró la puntería y el aguá cayó en la cabeza de los guardias que hacían la ronda. Ofendidos, los militares subieron corriendo las escaleras, tiraron abajo la puerta y detuvieron al maestro Hugo, propinándole un buen golpe en la cabeza. Pero cuando, ya en prisión, se descubrió que el detenido era un profesor de la universidad, Hugo quedó libre de inmediato, ya que el privilegio concedido a la corporación de maestros de París prohibía que los miembros de la universidad fueran arrestados, salvo en los casos de rebelión grave. Como clérigos, sólo podían ser juzgados por el tribunal eclesiástico. Se produjeron protestas y, como las autoridades civiles y los guardias del rey

24 *Ibid.*, p. 21

no ofrecieron una explicación adecuada, se declaró una huelga* inmediata.[25]

Huelga que duró lo necesario para que los privilegios del profesor universitario le fueran restituidos, con los miramientos y disculpas del caso. Esta anécdota es ilustrativa por cuanto muestra cómo, desde los albores de lo que será la institución universitaria, siempre tuvo a su alcance señalados privilegios a fin de que pudiera cumplir con sus elevados fines. Ello explica la respuesta de la comunidad que caricaturiza tanto a profesores como a estudiantes, como una manera de expresar su desagrado o su rechazo.

Es común encontrar en las disposiciones de las autoridades, tanto las civiles como las escolares, una serie de normas tendientes a evitar que la comunidad universitaria tuviera conflictos con los habitantes de la ciudad, pero siempre resguardando los privilegios de la primera.

Por supuesto que en muchos aspectos existen diferencias entre las instituciones de enseñanza de las antiguas culturas y las instituciones universitarias medievales. No se podría pensar que en esas culturas existieran conflictos entre los miembros de las escuelas y las comunidades donde éstas tenían su asiento. La sujeción de los profesores y de los estudiantes a normas de conducta rígidas y no contar con privilegios extraordinarios minimizaba tales conflictos, logrando así el desenvolvimiento de una vida menos agitada, con la tranquilidad necesaria para dedicarse al estudio y a la meditación.

Pero en el caso de las instituciones de enseñanza europeas, desde su tránsito para

San Jerónimo y el león de Colantonio. Siglo XV. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo Mundo*, p. 9

constituirse como universidades, hasta el logro de su plenitud como tales, es notable su activa presencia en la vida de los lugares, fueran ciudades o pueblos, donde residieron. La separación entre pueblo e institución de enseñanza fue fundamentalmente jurídica, lo cual no impidió por supuesto, que en ningún momento los profesores y estudiantes fueran parte integrante de la cotidianidad de esos pueblos y ciudades. Lo cual da muestra de la enorme vitalidad que desde su nacimiento caracterizó a la institución universitaria. Ella nunca ha sido algo externo o extraño a la sociedad de la que surge, sus raíces están hondamente inmersas en todos los aspectos de la vida de los pueblos. Por ello se dieron conflictos, a veces enconadas controversias. La institución no fue ni será ajena a nada de lo humano, pues ella misma es una creación y una de las mayores riquezas del hombre.

En toda la historia europea la ciencia no había tenido una demostración de su carácter universal, totalizador y humano, hasta que surgió Toledo, la ciudad ibera, como receptáculo y promotora del trabajo científico

25 *Ibid.*, pp. 21-22

intelectual completamente al margen (como lo es la verdadera ciencia) de consideraciones raciales o religiosas.

En Toledo trabajan conjuntamente árabes, judíos, griegos, iberos, francos, sajones. La ciencia hace posible la integración europea: al margen de las obvias diferencias nacionales un conglomerado humano lleva adelante, quizá de manera inconsciente, un programa de investigación, de recuperación y apropiación de conocimientos de otras civilizaciones, y a su vez la generación de nuevos conocimientos. Así, poco importa el origen de la persona, lo importante es su aportación al conjunto de la ciencia.

La imagen de la Europa medieval adquiere entonces los matices necesarios para que el hombre del siglo XX se percate que no fue una época de obscuridad absoluta. Toledo en el siglo XII es la muestra. Llegan a residir y a trabajar en ella el primer científico natural de la Europa occidental, Adelardo de Bath, Roberto de Chester, Daniel de Morley, Alfredo de Sarashel, ingleses; Gualterio de Malvern, proveniente del área de Borgoña y Lorena, en cuyo lugar de origen, desde las dos centurias anteriores, se había mostrado abierto interés por la astronomía, la astrología y la ciencia natural de los árabes. También hacen su aparición en Toledo Platón de Tívoli, Gerardo de Cremona, Aristipo de Catania*, Juan de Brescia, todos provenientes de la península Itálica; Enrique Bate de Flandes*, Roberto de Brujas*, por sólo consignar unos cuantos nombres.

Lo que se podría tomar como el primer intento de una conciliación de Avicena, es decir, del pensamiento artistotélico en su vertiente árabe, con una teología cristiana agustiniana, es posible bajo las condiciones estimulantes de Toledo, a través de la obra del archidiácono de Segovia, Domingo Gundisalvo.

Pero si bien es cierto que Toledo es la ciudad promotora del saber científico más importante y famosa en esa época, junto a ella también se encuentran otras zonas o ciudades europeas con la misma tendencia de apertura hacia la ciencia, hacia el conocimiento, la Provenza, el norte de Italia y Sicilia, entre otras que actúan como mediadoras y enlace que van conformando el nuevo mapa espiritual de Europa: Milán, Pisa, Montpellier, Salerno, Nápoles, Palermo.

En contraste surge un proceso que lleva de la Europa abierta al conocimiento del siglo XII y de comienzos del XIII a la Europa cerrada de la baja Edad Media. Dicho proceso se da en el campo espiritual, al perder el contacto con el ámbito islámico. Y como todo proceso no es nunca unilateral, por su lado el mundo islámico también se va apartando de la línea de apertura y tolerancia.

«Cargados y agobiados por el riquísimo, atractivo y peligroso tesoro del saber, y cargados también de preguntas y cuestiones, los pensadores europeos se recluyen en un ámbito cerrado. Este ámbito se extiende entre Oxford, Bruselas, Colonia y Basilea, y llega por el Este hasta Cracovia, Praga y Viena. El juego del espíritu no se vive ya en las largas peregrinaciones que penetraban profundamente en el Oriente, sino que se localiza en las universidades. Las anteriores disputas públicas con los cátaros, los valdenses, los herejes o los judíos, o con los teólogos de la Iglesia de Oriente, se han hecho imposibles por razones político-eclesiásticas y culturales. Transformadas y disciplinadas eclesiástica y metodológicamente, recibirán desde

arriba un lugar y una posibilidad de existencia en la *disputatio* escolástica. Este es un rasgo esencial de la estructura de la Universidad medieval: la Universidad medieval es a la vez abierta y cerrada. Es fortaleza de la fe, baluarte de la Iglesia del papa, instrumento de los reyes, los príncipes de la Iglesia y de las órdenes que cultivan en ella su ejército, los *clerici*, un nuevo estamento de funcionarios y especialistas académicamente educados: son ayudantes formados jurídicamente en el estudio del Derecho Romano y del Canónico, los cuales sostienen, como primerísimos servidores de la Iglesia, el camino ascendente del Papado y de las potencias occidentales».[26]

Ciertamente, la universidad como instrumento del ejercicio del poder de los monarcas y prelados adopta (por momentos) una especie de cerrazón ante el enemigo externo, ante los representantes de otras culturas ajenas a la civilización europea. Respondiendo a su esencia esa misma Universidad es, por otra parte, un ámbito de libertad en el cual se plantean impúdicamente –como dicen sus enemigos– todas las cuestiones prohibidas o eliminadas en otros lugares por la sociedad cerrada y por la Iglesia. No hay hasta el día de hoy cuestión peligrosa alguna, se refiera a Dios, al mundo, a la Iglesia, al cristianismo o al dogma, que no haya sido ya planteada en la Universidad de los siglos XIII y XIV, al menos en su forma básica y con todo su contenido nuclear.

La Universidad es la gran esperanza de los papas y, al mismo tiempo, su gran decepción: la universidad de Bolonia recibe de los Papas el privilegio de llamarse *Maestra de Europa*. El Papa Honorio III habla orgullosamente de ella en una bula de 1220: de esa Universidad proceden los soberanos que reinan sobre los pueblos cristianos. Esos soberanos en que está pensando el Papa son los canonistas. En 1290 el delegado papal pronuncia un furibundo discurso de amenazas contra la universidad de París en un concilio celebrado en esa ciudad. El delegado es nada menos que Benedetto Gaetani*, futuro Papa Bonifacio VIII. El enviado papal insulta a los profesores universitarios llamándoles locos que se imaginan tener en la curia romana la fama de grandes sabios. «Pero en Roma los consideramos locos, locos son esos que se han envenenado a sí mismos y han envenenado el mundo entero con el veneno de sus doctrinas. Vosotros, maestros de París, habéis hecho de toda vuestra ciencia y doctrina algo de lo que ríen las gentes... No son más que caprichos... Consideramos vuestra gloria como estolidez y locura... Os prohibimos, so pena de perder vuestros cargos, dignidades y privilegios, discutir en público o en privado sobre los privilegios de las órdenes mendicantes».[27]

Bonifacio VIII está tan fuera de sí porque la universidad de París lleva más de cincuenta años luchando contra la invasión por las órdenes mendicantes. Y entonces el poderoso príncipe de la Iglesia pronuncia la gran amenaza: «Antes de anular ese privilegio, la curia romana destruiría la Universidad de París, la arrasaría. No nos ha llamado Dios para que consigamos ciencia ni para brillar a los ojos de los hombres, sino para salvar nuestras almas.»[28]

La universidad de París se atreve a mirar cara a cara al gran enemigo. Ella se convierte en la mayor enemiga del Papado ro-

26 Friedrich Heer, *El mundo medieval. Europa 1100-1350*, vol. 3, p. 264
27 *Ibid.*, p. 265
28 *Ibid.*, p. 265

El palacio de Bonifacio VIII en Anagni. ***Historia universal,*** **vol. 2, p. 205**

mano en la baja Edad Media y, en adelante, también de la política eclesiástica de los reyes franceses. En el período democrático de la Iglesia -los primeros años del siglo XV- la universidad de París intentará convertirse en juez de los papas durante los concilios de Constanza y Basilea.

*Universitas**, en la Edad Media la palabra es por de pronto el nombre de una comunidad, de una corporación como las muchas que existen en la ciudad. Un gremio de comerciantes o de artesanos, cualquier grupo organizado puede llamarse *universitas*. La Universidad ha nacido como corporación de estudiantes y profesores para proporcionarse ayuda recíproca en tierra extraña. El forastero se encontraba prácticamente sin defensa en una ciudad ajena, y tenía por tanto que reunirse con los demás forasteros para protegerse y ganar seguridad. En Bolonia, los estudiantes alemanes, ingleses y franceses se unen para formar una *universitas*. En París son los profesores los que toman la iniciativa. (Los profesores de Bolonia eran casi todos de esa ciudad, y no necesitaban protección especial). París y Bolonia son los dos arquetipos de la Universidad europea. París ofrece el modelo de una universidad de profesores y Bolonia el de una universidad de estudiantes. Las dos surgen plenamente en el último tercio del siglo XII. Las universida-

des francesas, igual que las escocesas, son por estructura, en la mayoría de los casos, hijas de la universidad de Bolonia.

Como escuela Salerno es aún más antigua que Bolonia y París. Existe en la ciudad una universidad médica que ha disfrutado durante 200 años la misma fama universal que París y Bolonia. Salerno surgió ya como escuela de medicina en el siglo X probablemente, y cultivaba la cultura médica grecolatina. Constantino Africano parece haber introducido la ciencia médica árabe en Salerno hacia el 1080. Salerno se encuentra en constante contacto con Constantinopla. Mas lo que hace convertirse a una escuela en una universidad, además de estar constituida por gremios estudiantiles y de profesores, es ser depositaria de la idea del valor del ser humano y como institución estar abierta a recibir y generar sin cortapisas todos los conocimientos.

Bolonia es el gran centro del estudio del derecho en Europa; su contrapolo, París, se convierte en centro de la teología. Los fundamentos de la universidad de Bolonia son, por una parte, la tradición de la educación laica en Italia, pues la nobleza longobarda hizo educar literariamente a su juventud, mientras que la nobleza del otro lado de los Alpes consideró despectivamente la cultura de las letras. Por otra parte, el movimiento de las ciudades necesitaba ante todo juristas y especialistas formados para la administración de sus ciudades y de sus derechos. Ya antes que Bolonia habían conquistado nombre como escuelas jurídicas Roma, Pavía y Rávena. Hacia el año 1000 Bolonia es un brillante centro de las siete artes liberales.

El gran desarrollo de Bolonia como escuela de derecho romano empieza en el siglo XII, bajo Irnerio*. En la célebre dieta imperial de Roncaglia aparecen como consejeros del emperador Federico I varios juristas boloñeses: Bulgaro*, Martinus*, Jacobus y Hugo. Graciano funda en Bolonia (hacia 1140) el derecho canónico siguiendo el modelo del derecho civil en su *Decretum*, que es una ordenación científico-sistemática de las sentencias eclesiásticas. Graciano se basa en el *Sic et Non* de Abelardo. Su discípulo y primer comentarista es el gran Papa Alejandro III, el más importante del siglo XII. También el más grande Papa de la crisis de la Edad Media, Inocencio III es discípulo de un canonista de Bolonia, Uguccio de Pisa.

La enseñanza del derecho para la formación de notarios. Siglo XV. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 17

Los maestros medievales

No todos los maestros recibían el mismo trato, consideraciones y emolumentos: su importancia no se debía tanto a su origen familiar,

aunque sin duda era un aspecto de gran peso, cuanto a la facultad o escuela a la que pertenecían: Medicina y Leyes eran, sin duda, las disciplinas mejor remuneradas. Sin embargo, el *status* social más reconocido correspondía a los teólogos. Incluso, desde el punto de vista económico no tenían motivo de queja; muchos de ellos llegaban a los cargos eclesiásticos más elevados y, en general, los beneficios de que gozaban les daba acceso a un nivel de vida muy acomodado como se desprende de los testamentos y de las grandes y costosas bibliotecas que poseían.

Para llegar al momento en que la primera universidad europea hace su aparición en el panorama continental, se fueron dando multitud de avances, muchos de ellos sólo perceptibles en cuanto se tiene la suficiente lejanía de ese momento en el tiempo. Uno de esos aspectos es el que se refiere al asunto

Maestros y estudiantes. Detalle del fresco sienés de Ambrogio Lorenzetti. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 12

netamente laboral de los maestros, pues no se debe olvidar que la docencia representó, en ese momento, una posibilidad de promoción social. Ser maestro poseía prestigio social y con ello se abrían las puertas para quienes deseaban y podían realizar una carrera, ya fuera dentro de la estructura de la Iglesia católica o al servicio de alguna corte.

Es claro que no todos los maestros recibían las mismas consideraciones. Como un factor de capilaridad social, no eran preponderantes los orígenes familiares del maestro, sino a la facultad universitaria a la que pertenecía. Por ejemplo estudiar medicina o leyes casi era garantía de éxito económico. Pero sin duda alguna, el *status* social más elevado lo poseían los teólogos, en todos los aspectos, incluso en el aspecto económico. La carrera para quienes habían estudiado teología abría las puertas a los cargos eclesiásticos de mayor relevancia, y sus ingresos les permitían un nivel de vida cómodo, como logran mostrarlo tanto las herencias que dejaron a sus familiares y obras pías y las enormes y costosas bibliotecas de su propiedad. Los maestros de teología, bajo esas circunstancias no se veían obligados a solicitar a sus alumnos el pago por las clases que les proporcionaban.

Los maestros de Artes eran quienes se situaban en el extremo opuesto: debían cobrar a sus alumnos por las clases ya que la inmensa mayoría no contaba con ningún beneficio y difícilmente podía aspirar a verse beneficiado con las canongías eclesiásticas.

Recuérdese que era por lo general mal visto que un maestro cobrara a sus alumnos por las clases que les impartía. El mismo Felipe de Thoiry en tono áspero reprendió a sus colegas, debido precisamente a que cobra-

ban por sus servicios, ya que sólo lo hacían por el afán de riquezas. Por contraparte, Juan de Malignes señala como causa de esa situación las difíciles circunstancias por las que, en general, los profesores pretendían una remuneración por su trabajo, ya que solamente así podían conservar la vida y, por lo tanto, seguir enseñando.

En aquella época era popular un refrán: *En artes no se hace uno viejo,* haciendo referencia a que no por mucho tiempo los maestros podían o debían enseñar filosofía, ya que al ser considerada como una materia propedéutica, no reportaba ni prestigio ni ganancias atractivas. En todo caso era preferible incorporarse a la administración civil o eclesiástica.

Dadas las situaciones, muchas veces apremiantes por las que atravesaban, los maestros de filosofía, ante la perspectiva de la necesaria supervivencia, era frecuente que propusieran la discusión de sofismas (argumentos aparentemente incontrovertibles aunque absurdos) en público. A este tipo de discusiones asistían desde profesores de otras facultades y , sobre todo, los hombres ricos de la ciudad, por lo que era indispensable para el profesor ponente plantear la exposición de manera clara y brillante, para darse la oportunidad de despertar el interés de esas personas ricas, y así obtener el dinero necesario para solventar su situación.

Dos facultades de prestigio

Entonces -como ahora- era común pensar en términos de que realizar estudios en las facultades de Derecho y de Medicina era garantía de poder desempeñar una actividad lucrativa. Ciertamente para lo profesores de esas disciplinas que enseñaban en universidades importantes o de renombre su actividad resultaba altamente remuneradora. De ahí la importancia que tenía el llegar a alcanzar por lo menos el título de licenciatura*, ya que así sentaban las bases de un futuro promisorio. La idea general que prevalecía era la de que quienes estudiaban alguna carrera lo hacían solamente impulsados por el afán de lucro: «Hay muchos estudiantes de esta ciudad (París) que estudian en cualquier momento disponible, de día y de noche, sin tregua, en un torbellino de trabajo agotador y angustioso. Pero sólo persiguen un fin: el boato de Satanás. De hecho piensan: cuando haya logrado saber lo suficiente y consiga la licenciatura, volveré a casa y recibiré como premio honores y dinero.»[29]

De esa manera era posible para quienes no habían nacido en el seno de una familia rica, aspirar a convertirse en un gran señor. En la cúspide de todas las actividades que reportaban en verdad fama y fortuna, se encontraban el Derecho Civil y el Derecho Canónico. Los profesores que provenían de escuelas afamadas de derecho, podían llegar a conquistar hasta patentes de nobleza, además de la añorada riqueza. La valoración superlativa que se les daba a esas actividades provenía de la gran necesidad que afloró en las nacientes sociedades urbanas y comerciales, en la vida política y social, altamente competitiva, para contar con expertos juristas que fueran aptos para manejar la compleja trama jurídica de las leyes de muy distintos orígenes, ya fueran comunales, imperiales o reales, además de la enorme tradición jurídica romana.

29 Franco Cardini, *op. cit.*, p. 23

Título de licenciatura. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 22

La medicina. Azulejo de Andrea Pisano, siglo XIV. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 34

Por lo que respecta a la medicina, otra de las grandes vetas de fama y fortuna, se le relacionaba –a pesar de ser una disciplina eminentemente práctica– con la filosofía pues si «...el derecho iba unido a la lógica, el corazón de la filosofía, la medicina estaba emparentada con la *filosofía natural*, parte fundamental, según la tradición, de la filosofía general... el médico era un filósofo».[30]

Un filósofo práctico con grandes posibilidades personales de progreso: un médico que gozara de fama, fácilmente era llamado a las cortes con lo cual sus expectativas de lucro se ampliaban enormemente. Son ilus-

30 *Ibid.*, p. 23

Miniatura perteneciente a la traducción de Jean de Meung de la obra de Boecio *De consolatione Philosophiae, siglo XIV. Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 215

trativos los ejemplos de Juan Grise de Montpellier, que se convirtió en Obispo de Verdún y Pedro Hispano que, además de sus sobresalientes dotes como lógico, fue un excelente médico que llegó a ser Papa bajo el nombre de Juan XXI.

Y ese no fue el único caso en el transcurso de los años de la Edad Media, en que con base en el estudio en una facultad de renombre, una persona de humilde origen lograra alcanzar los peldaños más altos de la escala social de esa época como Urbano IV, que fue hijo de un humilde zapatero y quien en algún momento confesara que le importaba hacerse sacerdote para asegurarse un buen nivel de vida.

Por la importancia del estudio como medio para alcanzar elevadas posiciones dentro de una sociedad fuertemente estratificada, también se originaron problemas, ya que esta manera de progreso personal chocaba con la naturalmente establecida: la escala social con base en la *pureza de sangre*.

El conflicto entre *la nobleza del saber y la nobleza de sangre*, ha dado lugar a múltiples comentarios, como el de Juan de Meung* quien se preguntaba sarcásticamente por qué se debía considerar nobles a aquellos que sólo se dedican a cazar liebres y a cuidar de sus muladares heredados, y no a los sabios. Mas la argumentación de este pensador va más allá del simple sarcasmo: afirma que todos los hombres son iguales en cuanto a dignidad, porque la naturaleza les ha dado a todos la razón y la natural libertad; pero entre todos los hombres únicamente sobresale aquel que dedica su vida al cultivo de las virtudes intelectuales, al cultivo de la razón y al estudio. En este mismo sentido Guillermo Peyraud*, dominico, escribe una *Summa*, un compendio de vicios y virtudes en que afirma que la nobleza de sangre es algo corporal, carente de mérito alguno, además de que los derechos de nacimiento no confieren dignidades específicas, sino tan sólo ventajas no conquistadas, heredadas, por lo que concluye igualmente que los únicos nobles son los hombres cultos.

Del ámbito universitario provienen los ataques contra la nobleza de sangre como medio para establecer los privilegios y capacidades de las personas. Algunos de los que sostenían esa tesis, que en gran medida refleja la lucha, no sólo por sobrevivir como personas, sino por abrirse paso y conquistar nuevos terrenos como grupo social, terminaron en la hoguera, como el poeta Cecco d'Ascoli, quemado vivo por practicar la astrología, que afirmaba que la verdadera nobleza –no la llamada de sangre- provenía de los influjos astrales, fundamentalmente del planeta Mercurio, y abundaba que la nobleza de sangre no trasmitía ninguna disposición afectiva, ni ninguna capacidad, siendo además que ni siquiera se pueden heredar.

Todavía en el siglo XIV Dante Alighieri –que deja ver la influencia del poeta Guido Cavalcanti aunada a las ideas de la facultad Aristotélica de Artes- lleva a cabo un ataque sistemático y radical contra la nobleza de sangre, que lo conduce a afirmar que en algunos aspectos de la vida social, la única y auténtica autoridad reside en los filósofos, a los que ni el emperador puede censurar.

«Todo esto pertenecía a la ofensiva desatada por una nueva clase, la de los intelectuales que procedían de la universidad o enseñaban en ella, contra un grupo, los nobles, tradicionalmente considerado como un pilar importante del entramado social. No obstante, afirmaban los *magistri* y los *litterati*, los auténticos promotores del bienestar civil y los garantes de la paz eran ellos, los sabios, los únicos *dignos de aconsejar al príncipe*, y no los señores de la tierra ni los de la guerra.»[31]

El maestro universitario es ante todo un intelectual itinerante. El es quien enlaza diferentes lugares de Europa y con ello hace posible que los conocimientos y las influencias viajen de un lado a otro, lleguen a muchas mentes y se propaguen todavía más por otros rumbos. Aún antes de que surgiera la institución universitaria, cuando las escuelas todavía se encontraban en los monasterios, fueron los profesores quienes se encargaron de difundir el conocimiento. Un ejemplo es Anselmo, maestro itinerante a quien los italianos le llamaron Anselmo de Aosta, por ser ese lugar su sitio de nacimiento; en la Galia se le llamó Anselmo de Bec, debido a que en ese monasterio ingresó como alumno y llegó a ser su abad. Al mismo Anselmo los ingleses lo conocen como Anselmo de Canterbury porque fue arzobispo de la ciudad. Como dije, Anselmo es un ejemplo, pero él a su vez tuvo como maestro a Lanfranco de Pavía, cuya labor internacional como maestro, valga la expresión, se emparenta con la que realizaron multitud de otros pensadores como ellos.

La propensión a ir de una escuela a otra, de errar por el territorio europeo, no se pierde con el nacimiento de las universidades: tal vez sean éstas un acicate mayor para ir en pos de las novedades o en busca del maestro famoso o la universidad de renombre, y en todo este trasiego mantener el espíritu abierto al universo de la ciencia.

A veces surge la pregunta de cómo lograron realizar su obra tantos y tantos maravillosos pensadores, si buena parte de su vida transcurrió entre el polvo de los caminos. La única respuesta que se tiene a la mano es reconocer que ellos fueron brillantísimos hombres universales, que recogieron gran cantidad de conocimientos de multitud de autores y lugares, y en las etapas de su vida en las

31 *Ibid.*, p. 25

que encontraron un poco de tiempo libre, se dedicaron a escribir y a enriquecer el legado cultural que hoy disfrutamos todos nosotros.

«Recordemos a Tomás de Aquino, también italiano, que fue estudiante primero en la universidad de Federico II en Nápoles y, luego, en Colonia; más tarde maestro en París, antes incluso de cumplir los treinta años; tras un periodo de actividad dentro de la orden benedictina, volvió a ser profesor de la universidad parisina y, posteriormente, rector* en Nápoles; al alemán Alberto, de la familia de los condes de Bollstadt, conocido como Alberto Magno*, estudiante en Padua, quizás también en Bolonia, en Colonia, en Ratisbona y en Estrasburgo; maestro en París y luego en Colonia, donde tuvo a Tomás entre sus alumnos. Y no podemos olvidar a otro gran teólogo y filósofo (que no alcanzó la santidad, como los anteriores) Juan Duns Escoto*, que tuvo una vida breve: nacido en Escocia en 1266, fue estudiante en Oxford, donde más tarde enseñó, pasando luego a París, quizás a Cambridge, nuevamente a París y, por último, a Colonia, donde murió en 1308.»[32]

Al hacer un breve recorrido a lo largo del tiempo en el que es observable la presencia de estos pensadores itinerantes, encontramos que para el siglo XIV dicho fenómeno se ve incrementado. Los alumnos de una universidad tienen la oportunidad de ingresar a otra, no importa qué tan lejana pudiera encontrarse, para buscar en ella ya sea el prestigio de un maestro o el de una carrera. Una vez que el alumno itinerante logra alcanzar el título tan preciado y buscado, sólo pierde esa calidad de alumno, porque al ingresar como docente en alguna otra universidad, se inicia

Juan Duns Escoto. Óleo de Justo de Gante y Pedro Berruguete, siglo XV. *Historia universal Planeta*, vol. 5, p. 325

de su conversión de alumno a maestro itinerante. Y no es raro que también con prontitud abandone la cátedra en las aulas para dedicarse a la diplomacia, la administración o a disfrutar de alguna canongía eclesiástica.

Tal vez esta manifestación esté relacionada con la creciente rapidez con que se transmiten y se hacen circular los nuevos conocimientos y teorías. Se comienza a vivir en un mundo en el que las hipótesis y las tesis se suceden unas a otras con mayor velocidad. Aparecen las contradicciones más frecuentemente y también son abundantes las teorizaciones que surgen sobre cualquier tópico. Cada vez más van quedando más lejos los tiempos en que los viejos profesores se aferraban a sus ideas y las defendían contra

32 *Ibid*., p. 25

todo y contra todos a pesar de que el examen de esas cuestiones hiciera evidente que merecían una profunda revisión.

Los tiempos han cambiado y ahora los jóvenes se encuentran en otro ambiente, el de la universidad, y tienen la disposición -y en buena medida también la obligación- de someter a revisión doctrinas y teorías, sus propios esquemas mentales, y a enfrentarse con energía pero a la vez con tolerancia a todos sus contrincantes intelectuales.

El estudiante universitario comparte con los jóvenes de cualquier época los mismos impulsos y vitalidad e igualmente la escasez de dinero. Pero contrariamente a lo que vivía ese estudiante medieval, no han llegado hasta nosotros algunas de las condiciones que, como miembro de una corporación universitaria, tenía el derecho de disfrutar. Los estudiantes y los maestros no se encontraban sometidos a las mismas leyes que regían para el resto de los ciudadanos comunes: el fisco, por ejemplo, los trataba con mayor benevolencia y disfrutaban de substanciales desgravaciones fiscales; asimismo, la corporación universitaria contaba con sus propios tribunales para juzgar de la actuación de cualquiera de sus miembros.

Un caso extremo, pero que es claramente representativo de los privilegios de que gozaban los profesores y estudiantes, se refiere a los llamados *goliardos** (palabra en la que todavía no existe consenso sobre su significado), generalmente alumnos que vagaban de una universidad a otra, por lo regular escritores de poesía, y grandes consumidores de todo; pero de producción muy limitada. Los goliardos como fenómeno generalizado eran contestatarios y mostraban su desprecio por todo tipo de instituciones, incluyendo el matrimonio: el gobierno, la Iglesia y la universidad fueron sus más frecuentes blancos de crítica. Su vida despreocupada y su propensión a la crítica punzante e inmoderada les hizo, a su vez, ser el blanco de persecuciones que con frecuencia terminaron en la hoguera, bajo la acusación de ser autores y propagadores de herejías, cargo del cual no siempre podían considerarse inocentes.

La universidad y la realidad social

En las palabras preliminares del presente volumen del ensayo: *La universidad: génesis y evolución*, adelantamos que su objetivo no era el de constituirse en una nueva historia de las universidades, ni mucho menos una historia a secas; tampoco pretende presentarse como un ensayo sobre educación o sociología. Hicimos manifiesto que hemos tenido a la vista a los autores más importantes, y prácticamente a la mayoría de quienes, a lo largo de la historia occidental se han ocupado de estudiar e investigar sobre la historia de las universidades. Algunos de ellos, verdaderos eruditos en la materia, brillantísimos investigadores y expositores que han dado a conocer, de hecho, la documentación existente sobre el tema.

Me interesa sobremanera dejar plenamente establecido que tengo deuda con quienes han hecho de la historia universitaria su legado intelectual a quienes tenemos el enorme privilegio de llamarnos humanos. Y que mi único deseo es, dentro del más elevado espíritu universitario, exponer mis reflexiones que como miembro de la cultura occidental, enriquecida también por la contribución americana, me siento en la libertad y obligación de hacer para constatar que la historia del mundo, la estamos haciendo todos, mun-

dialmente, y que la historia de la universidad también ha sido conquista del género humano.

A lo largo de este ensayo he querido presentar, tal cual, la voz de quienes en esta materia -y otras más- son mis predecesores, algunas veces serán directamente reconocidas, otras por las obvias limitaciones de espacio y claridad expositiva he preferido resumirlas haciendo acopio del contenido de mi propia experiencia y bagaje intelectual. Así, con el afán de que el lector no solamente tenga acceso a mis argumentos, sino también a la de aquellos que en algún sentido no coinciden con mis ideas, a continuación transcribo algunas ideas y puntos de vista contenidos en el libro *Universidades de Europa. Raíces culturales de Viejo Mundo*, de Franco Cardini, M.T. Fumagalli Beonio-Brocchieri[33], con objeto de mostrar la posición europea con relación a la génesis de la universidad y su evolución, ya que algunas de las afirmaciones que ahí se hacen, representan puntos de vista opuestos y constituyen una verdadera antítesis a las ideas generales que se sostienen en el presente trabajo.

En tanto los autores mencionados consideran a la universidad como consecuencia, no de la Edad Media, sino de la baja Edad Media y como un producto que surge en el espacio europeo en muchos aspectos con carácter coyuntural, por lo contrario, la tesis que nosotros sostenemos es precisamente la universalidad de la institución en lo tocante a su gestación, al tiempo de evolución y a la influencia y contribución de todas las etnias y de todas las culturas, es decir, aunque parezca redundante se sostiene la universalidad total de la universidad en contra del regionalismo sostenido en algunas partes del libro al que aludimos y en algunos otros tratados europeos. Lo anterior no significa que algunos de los puntos de vista contenidos en la transcripción que hacemos, dejen de ser válidos y extraordinariamente valiosos.

Con las salvedades anteriores transcribimos el texto de referencia.

De la palabra a la cosa

Es difícil no dejarse engañar, cuando se sigue el hilo sutil y muchas veces enmarañado de las palabras; y cuando luego se acepta el juego hasta el final, y no se consigue resistir siquiera la tentación de desenmarañar los hilos, aún más finos y enredados, de los homónimos y los sinónimos. Etimología y semántica se entrecruzan y se contradicen de forma continua -tanto que, al igual que en la historia, todo tiene un sentido y una explicación pero, gracias a Dios, no hay nada necesario ni predeterminado-, y palabras de aspecto idéntico y de cuño similar entre sí pueden ir asumiendo, con el transcurso del tiempo, significados distintos, mientras que palabras alejadas y ajenas entre sí pueden asumir, al final, significados análogos.

Universitas bien puede ser, en el latín medieval y en el académico y estereotipado utilizado oficialmente en el mundo de la cultura casi hasta nuestros días, sinónimo de *studium*. Ambas palabras tienen un origen remoto, aluden a contextos y ámbitos conceptuales distintos, poseen una extraordinaria capacidad de dilatación y de reducción, se han utilizado en acepciones de gran amplitud y en acepciones muy específicas. Y sin embargo, conjuntadas -*Universitas Studiorum*- logran abarcar, como pocas pueden hacerlo, toda la

33 *Ibid.*, pp. 28-41

sustancia de la experiencia cultural del Occidente medieval y contemporáneo. Y decimos *medieval y contemporáneo*, conscientes del sentido y la vaguedad, aunque sólo sea cronológica, que estos dos términos, unidos, evocan de inmediato: nos interesa subrayar que el mundo universitario, con su forma peculiar de coordinar, organizar y gestionar el saber, está ligado estrechamente a la sociedad occidental entre los siglos XII y XV con lazos -deteriorados o rotos, o unidos de forma distinta entre el XVI y el XVIII- que, desde entonces, desde aquella sociedad que lograba unir las *pequeñas patrias* ciudadanas con el universalismo de las grandes concepciones políticas y religiosas, no pudieron lograr de nuevo hasta el siglo XIX. Y también aquí, junto al *revival* medieval y el neogótico, la historia descubre sus caminos secretos, su espiral que se repliega sobre sí misma, su continuo entrecruzarse que nunca es una repetición.

Ni el mundo antiguo ni la Cristiandad de la alta Edad Media han podido concebir ni han tenido necesidad de concebir, algo similar a las universidades. Por otra parte, la sociedad europea moderna, a partir del siglo XVI y a pesar de los *grandes cierres* de recuerdo foucaultiano, no ha sentido la necesidad de atribuir a las universidades –incluso en aquellos casos en que éstas han seguido viviendo– un papel especial ni en la organización de la cultura, ni en la vida civil y social. Academias, escuelas especiales enlazadas de distintas formas con las cortes o con los gobiernos, institutos o fundaciones con tareas específicas han ocupado durante largo tiempo -los tiempos de centralismo estatal y de creciente elitismo en la selección cultural- el campo que, en el período denominado de la baja Edad Media, perteneció a las universidades. Y podríamos decir, *pour cause*: justamente porque el mundo de los *cierres*, del que nacen cárceles, manicomios, lazaretos, orfanatos, cuarteles, seminarios, internados y casas de reposo, es el opuesto al mundo libre y fluido, el mundo de las comparaciones y de las ósmosis, el mundo de las peregrinaciones y de los viajes comerciales que constituyen el *background* en el que se basa un saber libre y polémico, que no soporta dogmas ni restricciones, listo para el debate e incluso para la pelea, profundamente centrado en un territorio aunque refractario ante cualquier tentativa de enraizamiento definitivo, con un carácter municipal y universalista al mismo tiempo, dispuesto a venderse al mejor postor pero siempre a punto de poner en tela de juicio los términos del enfrentamiento para romperlos o renovarlos.

Antes de las universidades, en la Europa de la alta Edad Media sólo existían escuelas monásticas o catedralicias. Es cierto que algunas de ellas -al menos, de las segundas- acabaron siendo la célula de origen de un estudio universitario: es más, fueron el origen habitual en todos los casos o en gran parte de ellos. No obstante, se trata de realidades distintas, que se pueden conjugar a nivel fenomenológico y comparar unas con otras, pero de las que resultaría muy difícil entresacar constantes (ya que las variables siempre se impondrían); sea como fuere, no se puede construir, a partir de ello, un sistema tipológico con credibilidad. *La universidad no es hija de la tradición sino de la mutación; no es hija de la costumbre, sino de la contingencia.* Las escuelas monásticas o catedralicias siguieron dispensando, durante tres siglos, el saber cristalizado en los *Capitularia* de Carlomagno y derivado, a la larga, de los sistemas didácticos y conceptuales romanos: un saber cuya meta se centraba en la lectura y en la comprensión simbólica y exegética

de las Escrituras, y del mundo a través de las Escrituras; un saber, en el fondo tautológico, en el que la Biblia explicaba el mundo y la contemplación de éste servía, sobre todo, para confirmar el relato bíblico.

La universidad es hija de la revolución demográfica, diaria, urbana y comercial de los siglos XI-XII: esta revolución está ligada estrechamente a la ciudad, a la carretera, a la fluidez del clero menor y a su propósito de ser bisagra social y cultural entre el mundo sacerdotal y el laico, con la comercialización del saber y el nacimiento de las profesiones liberales, con el debate teológico y su conexión profunda con el surgimiento de la inquietud herética, la conversión en fuerza social de esta inquietud -un *desafío*-, y la respuesta a tal *desafío* constituida por la necesidad de responder a la inquietud con la dialéctica, con la propaganda y con la represión.

De hecho, la palabra *studium* -aparte de sus significados en el plano institucional- no se convierte en lo que nosotros los modernos conocemos como «estudio» sino tardíamente. Ese ámbito de valores y de significados se calificaba más bien con la palabra *lectio*; allí donde *studium* definía sobre todo el terreno semántico de la ocupación, del esfuerzo, de la fatiga intelectual, del esfuerzo de la voluntad. Con el studium, y por lo tanto con la *universitas*, la civilización de la alta Edad Media, basada en el comentario de las Escrituras, cede el paso a la moderna -¡cuánta tinta ha corrido sobre este adjetivo...!- basada en la crítica. Con la universidad nace el intelectual: la frase se ha repetido demasiadas veces, se ha convertido en un tópico genérico y hueco. Pero lo que no siempre se recuerda es que los tópicos también tuvieron su esplendor; y que muchas veces, antes de convertirse en tópicos, fueron magníficas intuiciones; es más, precisamente por ello se han convertido en tópicos.

Detengámonos un instante en la palabra, antes de afrontar el tema. *Universitas* significa en el latín medieval, básicamente, dos cosas: por una parte, una comunidad urbana tomada como tal y considerada desde el punto de vista de su cohesión socioestructural pero también de su cualidad de ser una, de tener algún tipo de personalidad jurídica o en ser, de alguna forma, sujeto y objeto, con sus órganos de representación y sus privilegios; por otra parte, la corporación, la asociación de personas unidas alrededor de una labor común y de ese conjunto de objetos, símbolos, hechos y términos que a la misma se refieren (y la palabra labor se entiende aquí en su sentido más amplio, como actividad y como profesión). Sólo tardíamente, en analogía con estos dos significados, nace la *universitas* como grupo específico de cuantos -do-

Estudiantes concentrados en escuchar la *lectio*. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 20

centes o estudiantes- hacen de la cultura y del aprendizaje el objeto de su profesión. Aclaremos, no de la vida, ni del testimonio existencial: de la profesión. Aun conservando su carácter propedéutico con respecto a elecciones que lo presuponen, el estudio en las *universitates* se convierte, ante todo, en un objetivo profesional; y el saber, en una mercancía que se puede vender, comprar, trocar y empeñar.

No es casualidad que el universitario tenga que luchar largo tiempo contra la imagen de tráfico ilegal y de simonía que le echan en cara: al menos, en la medida en que la cultura se puede considerar parte del mundo del espíritu, de aquellas cosas que, como Pedro le recordaba al mago Simón, no se pueden vender ni comprar. Pero la ciudad de la baja Edad Media, ya en su nacimiento, estaba sentando nuevas reglas e introduciendo en la realidad de la época -tanto en la cultural como en la económica- nuevos elementos.

Historia de princesas-magas y de emperadores

La historieta es conocida y la contó Orderico Vital* que, junto con Rodolfo el Glabro, Guiberto de Nogent*, Ademar de Chabannes*, Gualterio Mapes, Gervasio de Tilbury y Cesario de Heisterbach, es una de las principales reservas de esas anécdotas que con tanta frecuencia se citan y cuyas fuentes se recuerdan tan pocas veces: las anécdotas que hacen que la Edad Media sea tan *medieval*. Es la historia de Sichelgaita, por cuyas venas corría la sangre longobarda medieval más pura: era hija de Guaimario V, príncipe de Salerno, y hermana de Gisulfo. Sichelgaita, que había contraído matrimonio con el normando Roberto Guiscardo y había tenido un hijo, Sichelgaita miraba con malos ojos al hijo del primer matrimonio de Roberto, a aquel Boemundo que, más tarde, sería cruzado y conquistador de Antioquía, en 1098. La enigmática princesa, descendiente lejana de un pueblo de la estepa, pero a la que los siglos de proximidad a los dominios bizantinos del Mediodía italiano debían haber conferido la nebulosa fascinación de una refinada perfidia (al menos, esto es lo que los occidentales hemos imaginado de los bizantinos durante largo tiempo), confeccionó con sus sabias manos una poción y *la envió a los médicos salernitanos, de quienes había aprendido el arte de los venenos*. Los médicos hicieron que Boemundo bebiera dicho filtro y, como resultado de ello, enfermó gravemente. Pero al igual que hiciera el astuto Ulises, el normando Roberto, no menos astuto que el rey de Ítaca, amenazó a la maga con su espada y la obligó a preparar un antídoto que salvó la vida de Boemundo.

¿Qué puede haber de cierto en esta historia, que parece inspirada en los arquetipos de la princesa-maga y de la madre-madrastra? Quizás tan sólo la huella de antiguos prejuicios bárbaros de los occidentales de los siglos XI y XII, para los que medicina y magia -y, en sentido más amplio, cultura y magia- eran equivalentes, y para los que Oriente -un Oriente que comienza en seguida, ya en los confines de Apulia y de Campania- era una tierra fascinante e insidiosa, tierra de antiguos saberes y de ocultos y sangrientos engaños.

Pero confesamos que, de toda esta historia de Sichelgaita, no es ni el Oriente sabio y traidor -al igual que la antigua serpiente- ni la princesa-maga lo que puede despertar nuestro interés en la actualidad. Puntualizamos que nos fascina esta página de una *Edad Media en femenino* que hace poco tiempo se ha

Página del Código de Justiniano. Siglo XIII. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 323

empezado a escribir: crecida entre los *salernitani archiatri*, una niña de estirpe principesca que vaga entre los sabios de Salerno, que les pregunta con total libertad, que los trata con la familiaridad que su rango y su edad le permiten, que investiga sus secretos, que machaca sabiamente las hierbas con el mortero manejado con sus pequeñas manos y vigila el hervor y la maduración de los jugos en sus recipientes. En realidad, no debemos olvidar que el personaje quizás más famoso de la escuela salernitana es Trocta, la misteriosa autora de un tratado de ginecología y obstetricia.

Si en los comienzos de la escuela médica más famosa de la Edad Media hay una inquietante presencia femenina, en los comienzos de la escuela de derecho romano más famosa hay uno de los más grandes soberanos de Occidente. Fue en la primavera de 1155 cuando el joven Federico, que viajaba por Italia en dirección a Roma, donde poco tiempo después ceñiría la corona imperial, encontró por vez primera a los alumnos del famoso Irnerio: y de ellos aprendió que era *corrector orbis legibus solutus, lex animata interris*. En Occidente se había perdido esta certeza sacra y jurídica al mismo tiempo, que ni Carlomagno, ni Otón I, ni el mismo Otón III habían sabido recuperar en su totalidad; pero que, por el contrario, nunca se olvidó en Bizancio.

Poco tiempo después, el día de San Martín de 1158, los maestros del estudio boloñés se encontraban allí, en los planos de Roncaglia, agrupados los cuatro junto al trono de César: eran Martino Gioia, llamado *Copia Legum;* Búlgaro, llamado *Os Aureum;* Ugo di Porta Ravegnana, que recibía el epíteto de *Mens Legum*, y Jacopo, del que Irnerio dijo *Id quod ego*. Fueron ellos, los juristas boloñeses, quienes apoyaron las pretensiones imperiales sobre los *regalia iura* y apadrinaron un fenómeno nuevo y revolucionario en la historia jurídico-política de Occidente; el nacimiento de las bases del centralismo del estado moderno, legitimadas por las leyes de Justiniano. Eludimos prudentemente el riesgo de responder a la pregunta de si aquello fue una restauración o una revolución; pero no nos privaremos de hacer notar que entonces, en aquel lejano 1158, en los neblinosos llanos de Roncaglia, junto al cauce del Po, nació -al igual que en el París de la época- un fenómeno típicamente moderno y contemporáneo, del que quizás hoy presenciamos el eclipse (aunque no está dicho, si lo permiten Benda y Aron...): el divismo del intelectual, su ilusión y su pretensión de sentirse copartícipe del poder político en la medida en que éste le corteja al mismo tiempo que lo utiliza y lo manipula; quizás la patética pretensión de ser incluso él, el intelectual, el manipulador del poder.

Pero Roncaglia nos demuestra algo más. Y nos lo demuestra también París, el París de las escuelas a las que se acudía prestos a defender -la imagen es de Abelardo- contiendas intelectuales que no tenían mucho que envidiar a los torneos. Y quizás, al igual que en los torneos, el espejismo de la gloria intelectual nacido entre París y Bolonia en el siglo XII costaba caro: el polvo, los peligros, las privaciones de la carretera, la miseria y los insectos de las posadas baratas, el calor agobiante y el frío punzante, el humo de los hogares repletos de leña de mala calidad que calienta poco e irrita los ojos, la somnolencia del escritorio, las noches a la luz escasa del quinqué, el pulgar dolorido por haber estado copiando durante largo tiempo el valioso texto de Aristóteles o de Galeno. Miserias de maestros, miserias de alumnos; historias de

malas lecciones, de salarios miserables, de promesas incumplidas, de alquileres por pagar, de vagabundeo y de canalladas. Sin duda, no es el momento de detenerse más en las historias y la retórica de los *clerici* vagantes ni de prestar demasiada atención a las escuálidas fanfarronadas de François Villon.

No obstante, lo importante es que las universidades, al igual que los nuevos comercios y la economía monetaria, son hijas de la intensa vida ciudadana. Es ahí donde se necesitan los especialistas seguros de sí mismos, los sabios que pueden demostrar que lo son mediante un documento corporativo. Es ahí donde el saber se transforma también en riqueza, se hace poder.

Ezzelino da Romano*, el *Tirano Gibelino* del Véneto del siglo XIII -en realidad, una de las personalidades políticas más lúcidas de su época-, era calificado por la propaganda güelfa como hijo del diablo, debido quizás también a que su madre, la condesa Adelaida de Alberti, sabía escrutar las estrellas; y quizás aprendió a hacerlo cuando era niña, en las montañas de su Toscana natal. Por esta razón, era una maga. Y sin embargo, en la docta Padua en la que Albertino Mussato* revistió con versos latinos la tragedia de los amores de la condesa Adelaida con el demonio y del enorme afán de poder y gloria de su importante y cruel hijo; en esa docta Padua, decíamos, había quien podía recubrir con frescos astrológicos la Sala de la Razón, y eso no era magia sino, más bien, la manifestación de una cultura nueva y poderosa, que abría puertas y arcas. Porque, a diferencia de la astrología mágica imputada a la condesa Adelaida, ésta era la astrología de los modernos, la astrología de los jóvenes científicos que podían reírse incluso de Petrarca.

La ciudad de París es como Atenas

La ciudad de París, al igual que Atenas, está dividida en tres partes. Lo decía, a finales del siglo XIII, el dominico Tomás de Irlanda. París tenía una *gran ciudad* que era la de los mercaderes, los artesanos y la gente; luego estaba la *Cité*, que pertenecía al rey y donde se encontraba la catedral; por último, estaba la universidad, con sus estudiantes y sus colegios. Es indudable que se puede uno divertir todo lo que quiera aplicando los esquemas *dumezilianos* de la tripartición funcional. Para el canónigo de Colonia Alejandro de Roes, a mediados de siglo los poderes que se repartían el mundo eran *sacerdotium, imperium y studium;* y se puede discutir largo y tendido sobre las relaciones y los compromisos recíprocos entre las tres fuerzas (y sobre cómo, entre ellas, se situó una nueva fuerza, característicamente ciudadana, que ya se iba adueñando de Europa: el dinero). Lo que sí es cierto es que el mundo universitario era sede de duros y encarnizados conflictos, precisamente porque muy pronto todos comprenderían que era el centro de una fuerza potencialmente formidable. Se da cuenta la Iglesia, que se apresura a rendir pleitesía a una *autonomía*, temida y deseada al mismo tiempo, pero que sobre todo se pretende manipular desde varios frentes; o, al menos, que se quiere *proteger* contra intromisiones ajenas a la espera de poder asentar la propia. Tras la famosa huelga parisina de 1229, con la retirada de los universitarios a Orleans, *la universitas magistrorum et scholariorum Parisiis commorantium* quedaba reconocida como corporación legítima por la *Parens scientiarum* del papa Gregorio IX que, no por azar, protegía a la orden franciscana y defendía (incluso, en parte, promovía) *ese asalto mendicante* a la universidad parisina que constituiría el gran escándalo y la gran novedad de la Edad Media. Pero la actuación del pontífice

tenía la finalidad, por una parte, de proteger a la corporación universitaria contra una disciplina regia que, en Francia, con Luis IX, empezaba a pesar, y de salvaguardar el carácter eclesial de dicha corporación -que dependía del obispo y estaba dirigida por el canciller* de Notre Dame- ante las pretensiones de la autoridad temporal; y, por otra parte, perseguía un programa de control pontificio sobre las Iglesias diocesanas, que en las ciudades sedes universitarias pasaba también a través de los maestros y de los escolares. Sobre todo en París, el enfrentamiento en varios niveles y en varios terrenos amenazaba con convertirse, en pleno siglo XIII, en una especie de guerra generalizada: del poder real contra el episcopal; del poder papal* contra los dos citados; de los *magistri artium* contra todos, ya que la meta de éstos era la consecución de una autonomía suficiente para permitirles gestionar la promoción a los distintos grados de la carrera universitaria.

Y si en París en uno de los motivos de agitación universitaria podía centrarse en la fuerte presencia real, en Bolonia (donde Barbarroja había permitido la puesta en marcha legítima de la universidad con la *Autentica Habita* pero donde la corona romano-germánica no podía hacerse sentir de forma directa) el conflicto más marcado era con el municipio y, en general, con los ciudadanos, que por una parte estaban hartos de los universitarios pero, por otra, no podían prescindir de ellos; las continuas querellas de orden público, de conflictos jurisdiccionales, de litigios sobre todo referentes a enfrentamientos por los precios de los bienes de consumo y los alquileres de locales, enturbiaban la relación entre la universidad y la ciudad. Y sin embargo, era sabido que la implantación de una *societas* de profesores y escolares en una ciudad llevaba consigo honra, prestigio y riqueza en la misma medida que provocaba agitaciones y enfrentamientos que debían ser resueltos en los tribunales. Cuando, en 1224, Federico II fundó la universidad en Nápoles para evitar que sus súbditos tuvieran que ir a estudiar a la sospechosa Bolonia, quedando expuestos a la corrupción política de aquel municipio escasamente amigo del imperio y, además, sometido a la influencia de la Iglesia, pretendía ante todo, lograr el medio de adiestrar en su reino a funcionarios capacitados y fieles; pero no ocultaba que la fundación pretendía conseguir también prosperidad para Nápoles.

Por otro lado, la dicotomía entre universidades «espontáneas» y universidades «fundadas» en la que tanto ha insistido una parte de la historiografía, incluso la más reciente, sólo se mantiene hasta cierto punto -y sólo hasta cierto punto sirve para explicar desarrollos y conflictos-. No hay universidad «espontánea» que no haya podido en un determinado momento de su existencia (y, especialmente, en su nacimiento), aprovecharse de unas condiciones favorables, incluso desde el punto de vista político: condiciones que es difícil calificar de casuales; no existe tampoco una universidad *fundada* que haya nacido de la nada, sin un cierto *background* que permitiera, al menos una primera agrupación sumaria. Incluso el mecanismo de las *escisiones* (que pobló Europa de universidades hijas y, al mismo tiempo, rivales de una madre y que es la base del juego de las similitudes y las rivalidades) es el resultado de la tensión continua entre la corporación universitaria y los poderes que la rodean. La corporación eleva de forma continua el precio de su permanencia en una ciudad determinada, y en las ciudades o países vecinos se crean, de forma más o menos coactiva, las condiciones para atraerla, arrebatándosela a la ciudad

o al país rival. Esta es la razón de que la época de la proliferación universitaria sea también la época de la fundación de las monarquías feudales, del conflicto entre monarquía y conciliarismo en la vida de la Iglesia, del descubrimiento de la política de *alianzas* (sobre todo, ante el peligro turco) en lugar de los antiguos universalismos y, en suma, de una propuesta federalista, articulada y no siempre coherente, pero sí activa, que acaba contribuyendo (aportando su piedra, la labor intelectual) a la construcción de esa unidad en la diversidad en la que se basa la Europa moderna. Existe una *internacional de las universidades*, a finales de la Edad Media, al igual que existe una de los prelados (quizás los únicos que obstaculizan el proyecto monárquico del Papado), una de los reyes, una de los caballeros y los profesionales de la guerra, una de los comerciantes y, a fin de cuenta, también una de los marginados. Con grandes variantes, todas las universidades acaban organizándose por facultades (de teología, de derecho, de medicina, de artes) pero, al mismo tiempo, se dividen en «naciones» y se agrupan en *colegios*. Y, muchas veces, serán precisamente las instituciones, aparentemente más débiles, al menos al comienzo –los colegios, pensados en principio para socorrer a los estudiantes más pobres–, las que se conviertan en los elementos más interesantes, incluso desde el punto de vista cultural, en aquéllos que sabrán elaborar una fisonomía propia bajo el perfil de la enseñanza, de las formas de vida, de la investigación. Porque las universidades crearían también un estilo: y, a largo plazo, la fama de ésta o aquélla universidad –desde Oxford, a Praga, pasando por Salamanca– dependerá de sus características específicas y no del hecho de que sea o no un *studium generale*, es decir, provisto de una autorización pontificia o imperial para impartir una enseñanza superior con la correspondiente concesión de la *licentia ubique docendi*, título facultativo, válido en todas partes.

¿Quién no sentiría piedad por aquellos desterrados por amor a la ciencia? Esto se preguntaba durante la segunda mitad del siglo XII el emperador Federico Barbarroja. Sin embargo, en esta época toda la sociedad era prácticamente seminómada. *El corpus christianorum* estaba repleto de viajeros: algunos estudiantes (todavía en cifras muy modestas), sobre todo peregrinos, cruzados y mercaderes.

Los extranjeros eran, de hecho, *reges ambulantes*, en continuo movimiento entre un lugar y otro al amparo de los respectivos señores feudales, convirtiéndose en una verdadera amenaza para los súbditos atados a la tierra y a la autoridad del señor, puesto que a ellos correspondía la manutención mientras permanecieran en las tierra del feudo.

Sólo los monjes, al menos los de la regla benedictina, estaban ligados a sus monasterios, siguiendo el principio de la *stabilitas loci*, aunque esta regla no era de aplicación para anacoretas ni para monjes celtas ni, por supuesto, para los clérigos errantes sospechosos de herejía, a los que podían unirse los frailes mendicantes franciscanos o dominicos*.

Algunos siglos más tarde las cosas no habían cambiado mucho. La sociedad tardomedieval estaba dividida por viajeros incapaces de justificar sus movimientos continuos entre regiones (en realidad sólo podían viajar los mercaderes). Estados nacionales o estados locales, como sucedía en Italia, todos ellos estaban regidos por un férreo sedentarismo para sus moradores, en el momento en que comienza a ser efectiva la moderna

sensibilidad del ciudadano con relación a la libertad individual frente a las instituciones.

Como para cualquier otro tipo de viajero o de vagabundo, la vida del estudiante es dura desde su inicio, tanto más cuando las universidades tienden a *capturar* a sus alumnos, imitando las formas de los nuevos estados de los que en la práctica son parte orgánica.

Quede claro que razones sociales, civiles, de prestigio y económicas siguen limitando en favor de la radicación de las universidades en las ciudades que todavía carecen de ellas.

Por otra parte, la universidad, podríamos decir que casi por su propia naturaleza, nunca se someterá a la *nueva moda* absolutista; como mucho, y con esfuerzo, podrá adaptarse a la eclosión, en el siglo XVI, de los nuevos dogmatismos y las nuevas inquisiciones. Hija de las autonomías ciudadanas y de los grandes universalismos, las universidad nunca podrá adaptarse realmente a horizontes distintos. A este respecto, podría ser típico el *casi* del estudio florentino, que jamás supo alcanzar el rango de gran universidad a pesar del papel desempeñado por Florencia en la cultura del siglo XV; y se podría decir que justamente la simultaneidad del florecimiento de la cultura humanista florentina con los primeros pasos del estudio fue la causa de su escaso éxito.

Aunque la oligarquía que gobernaba Florencia antes de la llegada de los Médicis estaba muy interesada en una universidad, la conquista florentina de Pisa, en 1406, ya había disminuido parcialmente este deseo. Además, los adversarios de los oligarcas (encabezados por la familia Médicis) se encargaron de proporcionar rápidamente a la universidad un incómodo rival, el cenáculo anejo al convento camaldulense de Santa María de los Ángeles, que recibió una rica dotación de Pedro Hispano y que podía enorgullecerse de la presencia de hombres de prestigio, como Ambrosio Traversari.

Estas fueron también las razones de que el estudio (a pesar del apoyo del obispo San Antonino) despegara a duras penas y envejeciera rápidamente, mientras que la *gran cultura* se fabricaba en otros lugares: en el palacio de los Médicis, en vía Larga o en la villa de Careggi, donde revivía (o se podía soñar con revivir) la Academia de la Atenas de Platón. Y sin embargo, en este languidecer de las universidades y en este florecimiento, por contraste, de las academias cortesanas se encierra también el drama de la restricción de la cultura moderna, de su pérdida de carácter polémico, de valores cívicos, de libertades. Y no fueron tan sólo la nostalgia ni el amor a la estética los que revivieron las instituciones universitarias por parte de una Europa que ha tratado afanosamente de recuperar, en tiempos recientes, aquella libertad y aquella tensión cívica.

Hasta aquí el texto *Las universidades de Europa. Raíces culturales del Viejo Mundo*. La observación que se puede hacer –aunada a las que ya se han expresado a lo largo de este ensayo– es la aceptación de los autores del hecho, aunque contenido bajo la fábula de la princesa-maga, y la escueta referencia a la maldad de Bizancio, de la presencia en el ámbito cotidiano europeo de la cultura oriental, con todas las consecuencias que ello implica, respecto de la influencia y transferencia de conocimientos y creencias de Oriente hacia Occidente, y con ello del reconocimiento del mérito y responsabilidad que le corresponde a las culturas orientales en la evolución de la idea de la universidad y el nacimiento de esas instituciones.

CAPÍTULO XII

CONSIDERACIONES GENERALES CON RELACIÓN AL DESARROLLO DE LAS UNIVERSIDADES

Como se ha visto a lo largo del presente ensayo, la palabra latina *universitas* empleada en la época medieval, y de la cual se deriva nuestra palabra española universidad, originalmente se utilizó para denotar a cualquier grupo, comunidad, o mejor dicho, corporación, en el sentido de la totalidad de los miembros de una colectividad. Así, se podía hablar de la universidad de carpinteros, la universidad de albañiles o de la universidad de médicos o profesores, es decir, se refería a todos los carpinteros, albañiles, médicos o profesores que se encontraban en unión mediante un acuerdo común.

Con el tiempo la palabra universidad fue adquiriendo el uso exclusivo para nombrar, y éste sería su sentido moderno, a la corporación dedicada a la enseñanza y a la educación. Sin embargo, todavía se tuvo que dar un paso intermedio para que, en definitiva, se quedara con esa acepción para nombrar a dicho cuerpo y distinguirlo del resto de los grupos organizados dedicados a una tarea común, en ese caso se empleaba la denominación *universitas magistrorum et scholarium o discipularium.*

Tiempo después *universitas* pasó a ser la denominación exclusiva, para señalar a la corporación o grupo organizado bajo un reglamento, de los maestros y estudiantes, cuya existencia corporativa había sido reconocida y aceptada por las autoridades tanto civiles como eclesiásticas, o por ambas a la vez.

Dejar establecido el empleo de este vocablo tiene importancia por cuanto, para evitar confusiones, se debe distinguir que antes de que se empleara la palabra universidad para señalar a los grupos de estudiantes y maestros, se usaba, para ese fin, la palabra *studium,* estudio. Después *studium generale,* que ya se usaba con la acepción de centro de instrucción para todos. Esta es la expresión que inicialmente se utilizó en los documentos jurídicos oficiales para referirse o denominar a las hoy llamadas universidades. También se

llegaron a utilizar para los mismos fines las expresiones *universitas studii y universitatis collegium.*

Pareciera que la universidad, en sus orígenes, fue una espontánea organización de maestros, de estudiantes o de los dos cuerpos a la vez. Por otro lado, la creación de corporaciones como forma de defensa de sus intereses y protección de sus miembros fue una práctica generalizada durante la Edad Media, por lo que no tiene nada de particular que ante difíciles condiciones de vida, los grupos de alumnos como los de maestros adoptaran la forma de organización vigente en ese entonces en su sociedad.

Como ya se dijo, las corporaciones medievales -y todas las que de este tipo se conocen- tienen como fin primordial el de proporcionar ayuda mutua a sus integrantes. Y fue la forma de organización que para ese fin se estableció principalmente entre aquellas personas que, abandonando su lugar de residencia, iban a otros lugares en los que simplemente eran forasteros o extranjeros, y donde no podían contar con ningún tipo de derecho.

Es por completo aceptable que siendo la inmensa mayoría tanto de maestros como de alumnos de un *studium generale* extranjeros, buscaran a través de las corporaciones, ayuda y protección mutua, ya que no era extraño el que tanto los ciudadanos como las autoridades de alguna ciudad pretendieran ejercer con demasiado rigor su mando o simplemente cometer abusos contra los extranjeros.

Las entidades donde se podían realizar estudios superiores fueron inicialmente en las escuelas anexas a las catedrales, las llamadas escuelas catedralicias, para después, de acuerdo con las crecientes necesidades de contar con personas con la preparación adecuada para ocupar diversos puestos administrativos o de dirección, el cancelario de la catedral u otra autoridad similar otorgara su autorización a algunos maestros para abrir alguna escuela cercana a la Iglesia. Cercana física y espiritualmente a la Iglesia. Estas escuelas que se fueron desprendiendo de las catedrales pasaron a otro rango al quedar facultadas para, después de aprobar el examen respectivo, se permitía a un maestro el poder ejercer la enseñanza en cualquier otra escuela similar, ya existente o por crearse, en cualquier parte del mundo europeo conocido, la llamada *facultas ubique docendi.*

Pronto las autoridades tanto civiles como eclesiásticas se percataron del potencial, en todos sentidos, de estas nacientes escuelas y de inmediato las sujetaron a su esfera de poder, a tal grado que con el tiempo quedó establecido que sin la autorización, ya fuera del Papa o del emperador, no se podía fundar ninguna escuela ni mucho menos otorgar ningún grado académico; grados, que por principio sólo indicaban la autorización para ejercer la enseñanza.

En este punto se marcan algunas diferencias entre algunas regiones de Europa con relación a la manera en que organizativamente se conducían estas instituciones de enseñanza. En Europa del norte las licencias para enseñar las concedía directamente el cancelario eclesiástico, mientras que en el sur las propias escuelas otorgaban libremente sus propias licencias, sin la previa autorización de la Iglesia o del soberano. Sin embargo, en contrapartida, la validez de este tipo de licencias se restringía al ámbito local de la escuela que la otorgaba. Como siempre sucede,

también en esto se dieron excepciones, puesto que el prestigio de ciertas escuelas, que ya para este momento se habían convertido en *studium generale,* como las de París o Bolonia, permitía a sus doctores* poder ejercer la docencia prácticamente en cualquier otra escuela.

Con el tiempo y al irse consolidando como una institución con un objetivo específico por la enseñanza, el *studium generale* llegó a tener un significado más definido y técnico. El emperador Federico II fue el iniciador o, mejor dicho, quien primero captó esa tendencia al intentar conferir a su nueva escuela de Nápoles, mediante una bula, el prestigio que los primitivos *Studia* habían adquirido por reputación y aceptación general. En 1229 el Papa Gregorio IX actuó de la misma manera con Toulouse, y en el año de 1233 a los privilegios que ya le habían concedido, añadió el que resultó de verdadera importancia para consolidar la obra universitaria y acrecentar su buena fama, al establecer que cualquiera que en aquella Universidad se hubiese recibido de doctor o de maestro, pudiera, sin nuevo examen, enseñar en cualquier otra parte del mundo.

A ésas les siguieron otras bulas papales e imperiales fundadoras de nuevos *estudios generalia,* y en 1292 hasta las universidades del más rancio abolengo, como París y Bolonia, desearon obtener y obtuvieron bulas semejantes del Papa Nicolás IV. A partir de este momento comenzó a prevalecer entre los jurisconsultos la noción de que la esencia del *studium generale* era el privilegio del conferir el *Jus ubique docendi* y que ningún estudio nuevo podía adquirir tal posición sin una bula papal o imperial. De inmediato surgieron problemas pues desde tiempo atrás ya se encontraban en operación algunos estudios

Studium boloñés de la Edad Media. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo,* pp. 44-45

generales cuyo prestigio había sido fincado con firmeza, como era el caso de Oxford, a los que no se les podía negar el derecho de enseñar y conferir grados a pesar de carecer de bula. Estos estudios generales se consideraron como *Studia generalia ex consuetudine.* Son ilustrativas las denominaciones jurídicas que van adoptando los estudios generales, según hayan sido creadas ya fuera por la autoridad papal o la de los reyes y monarcas. En España, algunas universidades de fundación real se consideraban *Studia generalia respectu regni.*

El largo camino que se tuvo que recorrer para concluir en la creación de multitud de instituciones universitarias, tiene diferentes etapas; por ejemplo, a la aparición y desarrollo de las universidades europeas precede un movimiento de renovación cultural: la época de Carlomagno, en que aparece la primera organización de escuelas y los primeros planes de estudio, aunque gran parte de esta actividad resultó ineficaz por la anarquía que caracterizó al mundo cristiano del siglo X.

Para que fuera posible el surgimiento de las universidades es claro que tuvieron que darse cambios muy importantes en muchos aspectos de la vida en la Europa del medioevo, entre ellos la penetración y aceptación del enorme influjo de la cultura helenística y toda la genialidad de los musulmanes, además de la introducción de nuevas materias de estudio, a través de una literatura reciente, la adopción de diversos métodos de enseñanza, acordes con esas materias de estudio, la creciente tendencia a la organización consecuente con la conformación y consolidación de las nacionalidades europeas.

Con pasos firmes las diversas autoridades civiles y eclesiásticas lograron que prevaleciera su poder sobre las nacientes instituciones de enseñanza hasta lograr que en todo el mundo conocido y por conocerse, ninguna fundación universitaria dejara de contar con su venia, aunque en contrapartida, también esas instituciones debieron contar con su apoyo.

Durante el transcurso de la primera mitad del siglo XV las relaciones de los Sumos Pontífices con las universidades continuaron siendo las mismas, a pesar de la actitud independiente tomada por los representantes de aquellas instituciones en los grandes Concilios de Constanza y de Basilea, y especialmente por los de París, lo que no podía por menos de dar lugar a ciertas prevenciones.

Las bulas pontificias para cada nueva fundación universitaria, empiezan a dar señales de cierta celotipia con respecto a la apropiación de prebendas por los fundadores. Donde estas apropiaciones son reconocidas, y más, especialmente en Francia, en la bula que autoriza la fundación, se encuentra asimismo una sanción formal de la transferencia; pero a veces el fundador o fundadores se ven obligados a prever por sí las dotaciones necesarias para el establecimiento y sostenimiento de la universidad. Así, la intervención pontificia sobre cada nuevo centro de enseñanza asumía un carácter más real, por el hecho de que su asentimiento iba acompañado por las dotaciones que se consideraban necesarias y suficientes para hacer funcionar la nueva institución, condiciones que bien pronto hicieron de él algo más que una mera formalidad. Como en todo, también en este tema se dieron diferencias; por ejemplo, la intervención imperial apenas se invocó en Alemania, siendo las universidades de Greifswald, Friburgo y Tubinga los únicos casos en que se solicitó la confirmación del emperador para la fundación.

Bolonia

El largo camino que tuvo que recorrerse hasta llegar a la fundación de la primera universidad europea por fin llegó a su término. Es claro que no existe, como sucede en tantas obras humanas, completa precisión respecto a la fecha de fundación de la gran mayoría de estas instituciones. Como hemos visto, una de las vías por las que surge una universidad, es la conversión de una escuela catedralicia en *studio generale*. Conforme avanza el tiempo, las necesidades institucionales y comunitarias –y si se quiere, de la vida– se hacen más complejas, más exigentes por cuanto necesitan de mayor preparación para solventar los múltiples requerimientos cotidianos. y entonces debe darse un cambio cualitativo que transforme a una pequeña escuela, en el sentido de que aún no se encuentra preparada para abrirse por completo a los nuevos tiempos, en una institución con capacidad para convertirse en receptora y promotora de

todas las corrientes de pensamiento y generadora de la más impresionante masa de conocimientos que jamás haya siquiera imaginado la humanidad. Y con ello hacer posible la transformación del hombre mismo y de su mundo.

Durante un largo periodo una escuela catedralicia pudo haber funcionado, resguardando la tradición, llevando a cabo día con día, año con año sus cursos, dando vida a una actividad en apariencia rutinaria; pero en algún momento se advierte que muchas de las cosas que antes parecían inamovibles han cambiado, se han dado transformaciones, a veces radicales, y no es hasta mucho tiempo después que –una vez que se consolidaron los cambios–, la autoridad les da su acta de nacimiento a través de algún documento jurídico, que de manera un tanto arbitraria establece cierta fecha como punto de partida.

Las dos grandes autoridades en el entorno medieval europeo, el Papado y los reyes, expidieron ese tipo de documentación jurídica, en gran medida para legalizar y así fomentar el nacimiento de instituciones universitarias destinadas a servir de soporte y, a su vez, de reproductoras de su poder. Las universidades, en ese sentido, también fueron un campo de batalla entre tales autoridades, siempre dispuestas a buscar los medios para someter a su rival. De ahí, que para que una universidad se considerara realmente fundada, fuera condición indispensable contar con un mandato en ese sentido, ya fuera del monarca o del Papa; es más, se llegó a establecer la necesidad de que cada una de esas instituciones contara con la autorización de ambos poderes.

Por lo anterior, es por demás comprensible que hasta nuestros días continúen abiertas algunas polémicas respecto de si una universidad u otra es la que debe considerarse como la primera fundación de ese tipo. Se argumenta en ocasiones, que alguna escuela de hecho funcionaba como una verdadera universidad aunque sin contar con la autorización de alguna autoridad civil o eclesiástica. Ello es cierto en muchos casos y solamente estaría a discusión a qué se le debe dar preponderancia, respecto del nacimiento de esa universidad, si al aspecto legal o a los hechos, cuál de los platillos de la balanza es el de mayor peso: el de *jure* o el de *facto*. Así, desde siempre se ha discutido sobre cuál fue la primera universidad europea. Sobre el tema existen dos corrientes contrarias: quienes opinan que dicha gloria de ser primera universidad europea le corresponde a la universidad de Bolonia, en Italia, y quienes se inclinan por considerar que tal honor le pertenece a la de París.

No resulta nada fácil establecer las fechas precisas en que esas antiguas instituciones reciben, con toda la formalidad jurídica, el nombre de universidades y, en consecuencia, de que ajusten su operación, su funcionamiento a ciertas normas, mismas que, por otro lado, se van consolidando con el tiempo, para establecer finalmente el perfil de lo que hoy entendemos plenamente con el nombre de universidad.

La universidad de Bolonia celebró hace pocos años su noveno centenario y determinó oficialmente que el año de su fundación fuera el de 1088. Como se ve esto constituye el establecimiento de una tradición convencional, ya que sin duda Bolonia es mucho más antigua y estuvo funcionando como una importante casa de estudios aun sin que se le llamara universidad.

Por otro lado, también es cierto que a finales del siglo XI todavía no existían, en rigor, las condiciones históricas y sociales que permitan hablar con propiedad de la universidad europea como una institución plenamente establecida. Pero a ese aspecto, creo, no se le debe dar más importancia de la que en verdad tiene, por cuanto la real trascendencia está en el hecho de que la universidad surgió en un momento dado como compendio del saber universal de todos los hombres y todos los tiempos.

El vocablo universidad, como ya hemos visto, tuvo inicialmente usos muy distintos como designar a una agrupación o cofradía de trabajadores de un oficio, por ejemplo, los trabajadores de la construcción, los trabajadores carpinteros, artesanos, así como de artistas, de estudiantes y de maestros, etc., antes de que llegara a adoptarse ese vocablo para designar a una institución permanente dedicada a la enseñanza, creada específicamente con ese fin mediante instrumentos jurídicos de reconocida validez como fueron las bulas papales y las cartas o decretos imperiales o

Miniatura de un texto jurídico boloñés. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo,* p. 46

ambos. Fue tiempo después, precisamente en Bolonia y en París, donde este vocablo va adquiriendo un significado más preciso y restringido, adecuándolo al concepto que hoy tenemos de universidad.

De lo anteriormente dicho se desprende que las fechas que empleamos en nuestros días para señalar el surgimiento de una universidad son, en la mayoría de los casos, convenciones históricas cuando se refieren a las universidades medievales. A medida que el tiempo transcurre, y va conformándose lo que hoy constituye el mapa universitario de Europa -y del resto del mundo-, y al llegar el Renacimiento, entonces es cuando ya se pueden precisar con mayor exactitud las fechas de fundación de las nacientes universidades.

Esta observación tiene importancia por cuanto es a partir de la cercanía del Renacimiento que se va contando con mayores elementos para establecer con cierta precisión la genealogía y cronología de las instituciones universitarias europeas, además, para tener elementos que permitan hacer comparaciones y reiterar, lo que ya hemos comentado: que en otras latitudes y paisajes del mundo conocido entonces, mucho tiempo antes de que en Europa existieran casas de estudio permanentes, instituciones dedicadas a la enseñanza de la filosofía, de las ciencias naturales, y de las artes, así como a investigar nuevas verdades, en esas regiones del mundo ya habían aparecido y aún desaparecido. Por lo que, de acuerdo con la tesis que se sostiene a lo largo del presente ensayo, interesa más apuntar en dirección del desarrollo y creación del conocimiento sustentado en la generación de la idea de la universidad, antes que el registro de las fechas precisas en que nació ésta o aquella institución, lo que dejamos con el respeto y reconocimiento a esa impor-

tante labor, a los expertos en la materia que tengan interés en ello.

Lo mismo hablemos de las instituciones que se crearon en la India milenaria, que de las sinagogas judías, de las escuelas islámicas, muchas de ellas de fama y renombre universal, y otras muchas destruidas trágicamente por el fanatismo y por las guerras, que de fundaciones como la Academia, el Liceo o la Biblioteca y Museo de Alejandría, y de los centros de cultura maya: todos ellos, contradicen la aseveración increíble y absurda de Pierre Theillard de Chardin, que en un análisis histórico de la evolución cultural de la humanidad; aun sin quererlo, ¡el eje de la cultura pasa por Europa Occidental!

Pero en bien de la tesis que campea a lo largo de este modesto ensayo sobre la génesis y la evolución de la universidad, es conveniente recalcar el hecho de que no es una institución privativa de un lugar geográfico, o como tan categóricamente reafirman autores, muy serios, que la universidad es meramente «una coyuntura histórica». No negamos la aportación y el que la universidad, en su forma moderna, como la conocemos actualmente es consecuencia del genio europeo; lo que deseamos es matizar afirmaciones tan categóricas que olvidan la contribución de otros pueblos a una idea común de la humanidad.

Más bien podría decirse que el concepto que define la universidad es una necesidad humana, es parte misma del hombre pensante que, en su momento llega a ser médula del estado moderno y parte fundamental de los conceptos de soberanía y de autonomía de todo estado afincado en el derecho y en el orden.

Alrededor de las fechas de fundación de las universidades se han desarrollado versiones y leyendas que en algunos aspectos algo rayan en mitología. Es significativa la tradición, en el caso de Bolonia, de un origen aún más antiguo que el de fines del siglo XI, en 1088. La universidad de Bolonia nace fundamentalmente como un centro de estudios jurídicos. La formación de personas avezadas en el estudio de las leyes es fundamental para el desarrollo de las actividades de las instituciones tanto civiles como eclesiásticas, no fue una novedad en Bolonia, sino la continuación de los estudios que desde mucho tiempo atrás ya venían desarrollándose en esa escuela. Aquí es perceptible la relación que existe entre la historia del gran *studium* boloñés y los maestros que lo precedieron, entre el florecimiento y la renovación de los estudios jurídicos, por un lado y, por el otro, las escuelas en las que se profundizaba en el *ars notaria,* en el contexto más amplio de las artes liberales.

Si analizamos algunos aspectos importantes de la cultura de la época medieval, fácilmente se percibe el gran aprecio por el bien hablar, entendiendo por ello la corrección uni-

Estudiantes de la universidad de Bolonia. Detalle de una lápida sepulcral, siglo XIV. *Historia universal Planeta,* vol. 5, p. 321

da a la belleza en la expresión oral de las ideas, porque no está lejos de la verdad señalar que el arte del notario representaba, hasta cierto punto, el conjunto de conocimientos teóricos y prácticos destinados a nutrir una de las funciones más relevantes en la vida política y pública. El saber hablar y escribir correctamente era parte esencial de la formación del notario, y es debido a ello que, en los orígenes del *studium* boloñés, la cultura literaria del trivio, considerado principalmente como gramática y retórica (pero sin olvidar la dialéctica, como complemento obligado) aparece estrechamente ligada con la cultura jurídica.

Cabe aquí una reflexión respecto a la persistencia con que las características originales del *studium* y de la universidad medievales sobreviven y se arraigan a lo largo de los siglos y aparecen con diversas modalidades en las instituciones modernas.

Ocho siglos después de que el *studium* evolucionó para convertirse en la universidad podemos observar que, en las actuales instituciones así denominadas, algunas solamente por tradición y otras porque conservan las peculiaridades más importantes de aquellos centros de estudio, se manifiesta con toda claridad la tendencia a privilegiar, en algunos casos, la enseñanza de las ciencias aplicadas y en otros las de las humanidades que dieron origen a la universidad.

Así como en los *studii* y en las primeras universidades el objetivo central era la enseñanza del bien decir: la elegancia en la expresión y en el escribir, a medida que el tiempo transcurre se observa una notable evolución y aparece un nuevo tipo de universitario que considera que lo importante es el descubrimiento de la verdad y su aplicación para resolver problemas técnicos. La universidad adquiere así, el carácter de institución social que interviene en todos los aspectos de la vida y que no solamente le da al hombre erudición, sino que se proyecta como el órgano esencial del saber hacer con apoyo en el saber general.

Surgen sin lugar a dudas, dos posturas: la del pensamiento abstracto y junto con ella la del bien hablar; frente a ella, una nueva cultura, la del saber hacer. El mundo universitario entonces se divide entre la universidad tradicional y la nueva universidad y como veremos en su oportunidad esta escisión está definiendo grandes grupos del mundo moderno.

No es este el momento de profundizar en tal situación, ya que será cuando analicemos las instituciones universitarias posrenacentistas, en las que aparece este fenómeno a plenitud, cuando consideremos su influencia en la sociedad moderna. Por ahora nos concretamos a señalar que desde su origen, la universidad dio paso a este fenómeno, que posiblemente tenga su crisis más importante siglos después durante el apogeo del liberalismo francés.

Volviendo a la época que nos ocupa y a la universidad de Bolonia podríamos agregar que, posiblemente con justicia, «se ha dicho que cuando se piensa en el origen del *studium*, no hay que referirse a estructuras o instituciones, sino a hombres: ya que gracias a un núcleo de maestros, cada vez más centrados en los estudios jurídicos, fue que tuvo lugar la paulatina transición de una escuela predominantemente literaria a otra especializada en el estudio del derecho romano».[34]

34 *Ibid.*, p. 45

Nada en la historia se da por generación espontánea ni de manera aislada, en las transformaciones de todo orden intervienen múltiples variables que, en mayor o menor medida, determinan, influyen y matizan los acontecimientos. Por lo que se refiere a la evolución de la universidades, es necesario hacer énfasis en la influencia que ha ejercido la situación política de cada momento. Así, la caracterización y encumbramiento de Bolonia como centro de estudios jurídicos está determinado o enmarcado por la lucha por el poder entre el Papado y el imperio. Bolonia, por su posición geográfica en el norte de la península italiana y por ser una institución especializada en los estudios jurídicos, se encontraba en medio del conflicto entre el Papado y el Imperio, y la denominada *lucha de las investiduras* representa el momento decisivo para el renacimiento del derecho antiguo. El problema de fondo que se planteó entonces –como ya se comentó– estuvo circunscrito a determinar cuál de los dos poderes, el Imperio o el Papado, debía nombrar a los obispos, aunque el imperio pretendía hasta nombrar o por lo menos influir decisivamente en el nombramiento del propio Papa. Obviamente, el Papa, ya que bajo su autoridad se encuentra toda la estructura de la Iglesia cristiana, luchaba por conservar ese derecho consustancial a su investidura; por su lado el emperador, ya que los obispos desarrollaban su actividad en el territorio bajo su mando, pretendía ser él quien los nombrara, ya que de manera contraria equivaldría a la duplicidad de poderes. Como se ve, ambos tenían razones de peso para no permitir que su poder sufriera mengua en ningún sentido.

El Derecho Romano se fue configurando en esos años como el instrumento ideológico más útil y poderoso para enfrentar las aspiraciones del Papado y, de esa forma, se convirtió en referencia natural para los teóricos que apoyaban al Imperio, en su búsqueda de una doctrina política independiente de toda base religiosa.

La aprobación y apropiación del Derecho Romano con fines de gobierno, durante y tras la lucha de las investiduras, se ha definido como uno de los acontecimientos históricos de la época medieval: «en resumen, el derecho romano, su estudio y su aplicación en la vida pública pusieron en marcha el proceso de secularización a nivel gubernativo».[35] Así, el poder temporal se dispone a conquistar una nueva independencia frente al control eclesiástico, buscando sus propias hases en un fundamento teórico que ya no es el mismo en que se apoya el poder del pontífice, lo que llega incluso, como es el caso de la España imperial, a ser el propio soberano quien se encargue de, por lo menos, dar su beneplácito a los nombramientos de los eclesiásticos de alta investidura que iban a ejercer sus funciones en su enorme imperio, si es que no nombrarlos directamente.

Los enfrentamientos entre soberanos de diferentes reinos, además de la lucha contra el Papado debido a sus intenciones de sumar a su poder espiritual sobre la cristiandad, el poder terrenal sobre el vasto territorio europeo; todo ello hace que el rápido desarrollo de los avatares políticos vayan debilitando paulatinamente el poder imperial sobre las ciudades, en beneficio, a partir de 1120 aproximadamente, del nacimiento y el desarrollo del municipio que, surgido al comienzo como asociación privada de protección recíproca, poco a poco fue asumiendo responsabilidades de gobierno; de acuerdo con un modelo asociativo análogo se van organizan-

35 *Ibid.*, p. 46

do también algunos grupos sociales y profesionales ciudadanos, entre ellos el de los estudiantes.

En el marco de las universidades medievales, Bolonia representa, de hecho, el caso más típico de origen esencialmente estudiantil. Las primeras organizaciones de protección de los estudiantes, las *societates*, van acumulando, con el paso del tiempo, responsabilidades colectivas cada vez más importantes, hasta definirse hacia finales del siglo, como *universitas escholarium* con múltiples y delicadas tareas, como la de escoger a los maestros que les darían las cátedras, retribuirlos por su trabajo, además de establecer los programas de estudio para los diferentes ciclos escolares. La organización de alumnos en *universitas* como se ve, partió de una imperiosa necesidad de defenderse y apoyarse mutuamente a la vez que facilitar, hasta donde ello era posible, debido a las estrictas reglamentaciones que guiaban todas las actividades gremiales, la obtención de un título.

«Al principio no existieron enfrentamientos entre la *universitas* de los estudiantes y el municipio pero más tarde, en el siglo XIII la historia del *studium* boloñés pasó por varias fases en sus relaciones con la autoridad ciudadana. Surgieron tensiones, a veces, debidas a la voluntad del poder político de ampliar su control sobre una actividad que se había convertido en algo esencial para el papel político y cultural de la ciudad»[36]; quien había realizado sus estudios en Bolonia, era considerado como una persona excepcional, despertaba admiración el hecho de haber sido alumno de tan renombrada escuela y pronto escalaba altos niveles sociales. De ahí el interés porque el municipio fuera la entidad encargada de llevar y controlar todos los asuntos de la universidad, pues de esa manera sería posible aumentar su poder e influencia política.

Los enfrentamientos entre la universidad y el municipio también dieron origen a fenómenos de migración de estudiantes y maestros. Es claro que una universidad de mucho prestigio representaba un importante atractivo para aquellos que deseaban realizar de manera sólida una difícil carrera, con el beneficio adicional, como vimos más arriba, de cursar una profesión que les podría proporcionar reconocimiento y riqueza. De ahí que el interés por llegar a estudiar y vivir en Bolonia provocara diversos problemas con los ciudadanos del municipio. Entre las diferencias más comunes se encuentran las relacionadas con los precios de alquiler de la vivienda y de los comestibles, además de las quejas de los ciudadanos por el mal comportamiento de los estudiantes. Llegaron a darse tales enfrentamientos que provocaron en repetidas ocasiones la salida de estudiantes y maestros hacia otras ciudades, fenómeno que llegó a caracterizar la historia de la universidad de Bolonia; aunque es importante aclarar que esa situación no fue privativa del ambiente boloñés, sino que ese fenómeno se daba también con cierta frecuencia en otras universidades de la Europa medieval.

Algunos episodios conflictivos dieron lugar, por llegar hasta rupturas insalvables, a la creación de otros importantes centros de estudio en las zonas norte y septentrional de Italia; baste recordar Licenza en 1204, Arezzo en 1215, Padua en 1222 y Siena a mediados de la década de los cuarenta del propio siglo XIII.[37] También las relaciones entre estudiantes y maestros atravesaron distintos momen-

36 *Ibid.*, p. 46
37 *Ibid.*, p. 46

tos y situaciones difíciles, en el transcurso de ese siglo. Los conflictos se refieren, como es natural, a sus respectivos poderes y sus re-cíprocos ámbitos de autonomía. Ante una situación casi permanentemente conflictiva, la única manera en que se pudo minar el poder de la universidad fue, finalmente, a partir del último cuarto del siglo XIII, al formarse un grupo de maestros pagados por el municipio, y esta nueva forma de organización arrebató inevitablemente a los estudiantes el poder de controlar la vida universitaria y representar de hecho un poder paralelo al de la autoridad municipal.

"Piedra de la Paz". Bajorrelieve conmemorativo del acuerdo establecido entre el Senado y la universidad de Bolonia en 1321. *Historia universal Planeta*, vol. 5, p. 321

Ese fue el inicio de la pérdida paulatina del poder que antes se encontraba en manos de los estudiantes de la universidad de Bolonia; a partir de la segunda mitad del siglo XIV, el municipio logró hacerse, prácticamente, del monopolio de todos los negocios, y asuntos de la universidad.

El núcleo principal de la universidad debe rastrearse, sin duda alguna, en la escuela boloñesa de derecho del siglo XII. Incluso se remonta a la última década del siglo anterior con la actividad del jurista Pepo, cuyo perfil nos lo ofrece el relato de Odofredo* quien se refiere a él como *clara luminaria* de los estudios jurídicos boloñeses de la época. Se sabe muy poco de la biografía de Pepo y de sus escritos, a pesar de la alta estima que parece profesarle nuestra fuente, él mismo se encarga de matizar su testimonio -aunque en justicia no se debe confundir la sapiencia con la fama-, dice Odofredo: «Cuando el *studium* de derecho fue destruido en Roma, los libros de leyes fueron llevados primero a Rávena y luego a Bolonia. De esta forma terminaron siendo estudiados en la escuela de artes liberales. Pepo comenzó con su autoridad a enseñar derecho pero, sea cual fuere su ciencia, no tuvo fama alguna.»[38]

En verdad es incierto guiarse por el criterio de la fama, ya que otros testimonios de la misma época contradicen o por lo menos no parecen confirmar esta escasa notoriedad de los estudios jurídicos en Bolonia. Quizá ese fenómeno se debe a la presencia de autores significativos que preceden a los años del florecimiento de la universidad, con lo que

38 *Ibid.*, p. 46

más que señalar la poca notoriedad de la institución, no hace más que confirmar la existencia de un movimiento global que no permite la identificación individual de los grandes nombres del siglo XII en la universidad de Bolonia, porque todos sus docentes eran de primera línea.

Dentro de un equipo de profesores de mucho prestigio, como es el caso del cuerpo docente de la universidad de Bolonia, quien logra sobresalir y consolidar su fama a pesar del paso de los años, se debe a la importancia y trascendencia de su obra. Tal es el caso del ilustre Irnerio, llamado *faro del derecho*, que enseñó en Bolonia entre 1116 y 1140. Al igual que muchos personajes de la historia, de él no se conoce gran cosa, hasta que hizo su aparición en el panorama político al lado del emperador en calidad de protagonista activo del enfrentamiento entre la Iglesia romana y el imperio. «No se puede atribuir al azar el hecho de que Enrique V, de quien Irnerio fue confidente y consejero, fuera el primer rey medieval que se atribuyó el título de *rex romanorum*. La contribución de Irnerio al éxito de la escuela jurídica boloñesa y a la difusión del conocimiento del derecho romano fue decisiva, en ese momento esencial que se ha definido como el *Renacimiento* del siglo XII.»[39]

Las palabras de Odofredo nos permiten constatar el prestigio con que contaba nuestro ilustre jurista: «Irnerio enseñaba artes liberales en Bolonia cuando se llevaron allí los libros de leyes. Comenzó a estudiar nuestros textos por su cuenta, consiguió enorme fama y fue la primera luminaria de la ciencia jurídica. Como fue el primero que glosó los libros de Justiniano, le recordamos como faro del derecho».[40] Y ciertamente, Irnerio comentó el *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano, utilizando un método de minucioso análisis crítico que, con frecuencia, se ha comparado al que hizo famoso al parisino Abelardo en el texto teológico *Sic et Non*.

La escuela jurídica que con Irnerio dio fama a la universidad de Bolonia, retomó la concepción romana de las leyes, por lo que su estudio y el ejercicio del oficio se vio reforzado con la adquisición de firmes raíces, ya que tienen su basamento en un examen crítico prolijo: la comparación, la confrontación entre diversas y, en ocasiones, encontradas interpretaciones, la glosa y la minuciosa exégesis literal hacen que los textos jurídicos de origen romano resultaran más accesibles y más fáciles de utilizar para un estudio de carácter profesional, ayudando también a determinar su grado de adecuación a cada situación distinta desde el punto de vista histórico.

De esta forma la concienzuda labor, se le puede llamar científica, de Irnerio ofreció una sólida base para el estudio del derecho romano y, además de propiciar su difusión, contribuyó de manera decisiva, a la importancia primordial que conquistó Bolonia entre los restantes centros de estudios jurídicos, atrayendo a la ciudad un número cada vez más elevado de estudiantes procedentes de distintas partes de Europa. La parte incómoda de ese esplendor era que, como ya vimos, también surgían problemas y enfrentamientos entre el municipio y los miembros de la universidad.

Si el estudio del derecho romano dio a Bolonia una posición privilegiada en el ám-

39 *Ibid.*, p. 46-48
40 *Ibid.*, p. 48

Doctores en Derecho en la universidad de Bolonia. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 23

bito cultural europeo, en un momento dado también representó el riesgo de que, como institución, se desarrollara unilateralmente; de ahí que a mediados de siglo se realizara un importante esfuerzo por consolidar y difundir en Bolonia los estudios de derecho canónico, con lo que, se podría decir, se buscó presentar un contrapeso y equilibrar la gran importancia adquirida por el pensamiento jurídico de inspiración romana. «En este terreno, es obligado recordar la figura de Graciano, autor, alrededor de 1140, de *Concordia Discordantium Canonum*, conocida también como *Decretum*, obra que, en el derecho canónico, estaba destinada a realizar una función análoga a la desempeñada por las glosas de Irnerio en el terreno del derecho civil. La síntesis ofrecida por Graciano constituye el primer manual sistemático de derecho canónico, adaptado de forma especial para su uso académico.»[41]

Como un ejemplo del uso del método para realizar una investigación, Graciano extrae de manera por demás cuidadosa su material de los textos más importantes del cristianismo, su punto de partida necesariamente deberá ser el Antiguo y Nuevo Testamentos, para continuar con el estudio casuístico, aplicado según sea cada caso concreto, las decisiones de los concilios y los decretos de los pontífices, tomando en cuenta igualmente las opiniones de los Padres de la Iglesia, sin que le falten las reglas de penitencia y los datos y comentarios contenidos en crónicas e historias. A su material de trabajo frecuentemente Graciano lo enriquece con sus propios comentarios y notas *(dicta)*, además de que hace acopio de resúmenes de los distintos casos jurídicos presentados, contribuyendo así a la formación y consolidación del método comparativo y la discusión que será característico de los más diversos espacios de la investigación cultural de los siglos XII y XIII.

Como es frecuente en el estudio y la utilización del derecho, se tiene una necesidad constante, primero de situar de manera clara cuál es la cuestión central de un problema, para después tratar –si ese fuera el caso–

41 *Ibid.*, p. 48

de conciliar opiniones o normas contradictorias. Graciano, siempre atento al desarrollo metódico, racional para la solución de las cuestiones, sigue ordenadamente, hasta agotarlos, cada uno de los siguientes pasos: análisis del significado íntimo de las normas *(ratione significationis)*, consideración de los distintos momentos a que se remontan *(ratione temporis)*, identificar unívocamente los diversos ámbitos en que tenían validez *(ratione loci)* y, por último, el establecimiento de la relación lógica que pudiera existir entre las normas, presuponiendo, para después extraer las consecuencias últimas, que cada una de ellas es una excepción de los otras *(ratione dispensationis)*.

Curso de Medicina en la universidad de Bolonia. Detalle de una miniatura. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 4, p. 224

Por las repercusiones que tuvo se ha llegado a decir que la obra de Graciano «compilatoria y doctrinal al mismo tiempo, se sitúa a la misma altura de la de Irnerio, aunque en un plano distinto, ya que, al igual que Irnerio reveló su genialidad separando el estudio del derecho del estudio de la retórica. Graciano tuvo el mérito de intuir la necesidad teórica de separar el derecho canónico de la teología».[42] La enorme importancia que tuvo la obra de Graciano para el derecho canónico, le ha asignado con toda justicia un lugar único en la consideración de todos los estudiosos del derecho, por lo que no debe extrañar la inmediata aceptación que tuvo entre sus contemporáneos y entre muchas generaciones posteriores, por lo que pudo difundirse ampliamente por toda Europa, a pesar de que su trabajo nunca recibió explícitamente la aprobación de la institución eclesiástica.

Mas si la universidad de Bolonia la conocemos principalmente por su bien ganada fama, que le viene desde la Edad Media, de ser un sitio prestigioso en el estudio del derecho, no podemos dejar de lado que esa no fue la única disciplina que ocupó el tiempo de estudió en las aulas universitarias boloñesas. Después del derecho, también le dio renombre los estudios que se realizaron en el terreno de la medicina.

Es importante mencionar, como lo señalamos líneas arriba, la enorme dificultad para fijar con toda precisión las fechas en las que las escuelas logran alcanzar la denominación de universidad. En el caso de la universidad de Bolonia, sabemos que recoge una tradición en la enseñanza y ejercicio de la medicina, proveniente de una muy antigua escuela de esa disciplina establecida en Salerno, la ciudad situada al sur de Roma de cara a la influencia del enclave mediterráneo de la Sicilia islámica. De

42 *Ibid.*, p. 50

la cual se dice que su prosapia se remonta a cerca de doscientos años atrás, aunque no llegó a alcanzar hasta el momento en que Bolonia se convierte en universidad el mismo privilegio. Sin embargo, la influencia de la escuela de medicina de Salerno está presente, hasta cuando ya esa materia es uno de los pilares del prestigio de la universidad de Bolonia en los siglos XII y la primera mitad del XIII. No es sino a partir de la segunda mitad del siglo XIII que se inicia el desarrollo de una escuela propia en Bolonia, en la que destacan los nombres de Taddeo Alderotti* y Mondino de Liuzzi.

Taddeo Alderotti nació en Florencia en 1223; a partir de 1260 se convierte en maestro de la universidad de Bolonia. Sus cátedras versaron fundamentalmente sobre las obras de Hipócrates y de Galeno; como complemento de su labor como docente redactó recetarios y los *consilia*, especie de memorias donde comentaba casos específicos conocidos que trató en su práctica cotidiana como médico. Riguroso en la exposición adecuada y exacta de los problemas a los que diariamente se enfrenta un médico, elaboró y propuso un método intermedio entre el experimentalismo y la casuística de origen árabe y el acercamiento y exposición de los problemas desde un punto de vista menos práctico, más teórico de raigambre netamente aristotélica.

En la práctica, Alderotti al estar frente al enfermo manejaba la situación siguiendo sistemáticamente una serie de pasos, sin precipitar ninguna conclusión hasta el momento en que debía decidir sobre la estrategia a seguir para restablecer la salud a un enfermo. Primero una detallada exposición de los síntomas lo más exhaustivo y preciso posible; seguido de la búsqueda de un acto curativo orgánico y articulado y, por último, la determinación de la dieta, de los fármacos y, según el caso, de las intervenciones quirúrgicas necesarias.

Disección de un cadáver. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 50

Un logro que aún en nuestros días tiene fuertes repercusiones, ya que sin él los adelantos en la ciencia de la medicina, y con ello, la salvación de muchas vidas en el transcurso de estos siglos no hubiera sido posible, fue justamente el hecho de que la escuela de Alderotti haya impulsado el que de nueva cuenta se estudiara la anatomía humana. Disciplina que, como sabemos, en el curso de la Edad Media se enfrentó en múltiples ocasiones, hasta casi desaparecer, contra las resistencias culturales y las prohibiciones impues-

tas por las autoridades principalmente eclesiásticas, para practicar* disecciones de cadáveres de personas.

Mondino d'Luizzi, nacido en Bolonia alrededor de 1270, se formó como médico en la universidad de su ciudad natal, ahí se convirtió en lector, es decir, profesor de anatomía en la primera década del siglo XIV; recuérdese que un profesor en sus clases leía y comentaba los libros de los autores que se habían elegido para su cátedra. Para Mondino la enseñanza, y consecuentemente el aprendizaje, sobre todo en una disciplina en la que la teorización resulta, si no contraproducente sí pálido reflejo de la realidad, debe estar basada fundamentalmente en la práctica, en la adquisición de las habilidades necesarias e indispensables para el ejercicio profesional, realizó frecuentes disecciones de animales y, a pesar de los escrúpulos y reticencias de las autoridades, en ocasiones recurrió a cadáveres humanos. Como resultado de su experiencia se pudo contar con su famoso libro que Mondino escribió, en 1313, bajo el nombre de *Anathomia*. La obra, debido a sus abundantes y minuciosas observaciones directas, pronto se convirtió en referencia obligada para todo profesional y aprendiz de médico, para el desarrollo mismo de la ciencia de la medicina europea, por lo que se difundió, inicialmente, a través de un número considerable de manuscritos. Con el advenimiento de la imprenta la famosa *Anathomia* fue profusamente publicada en ediciones impresas y traducidas a distintos idiomas vulgares.

Boecio. ***La consolación de la filosofía,*** **p. 4**

Pero la universidad de Bolonia no se circunscribe a desarrollar las disciplinas del derecho y la medicina que tanto prestigio le dieron. Es más, Bolonia se convirtió también en un importante centro difusor de la lectura o corriente averroista de los textos aristotélicos, o sea, de aquellos estudios cuyo tema era la filosofía del estagirita Aristóteles, vistos a través de la interpretación de su principal comentarista: Averroes. De la inmensamente rica veta aristotélica (a la que se le añade la visión de la cultura árabe), Taddeo Alderotti se ocupó de estudiar y discutir los temas del intelecto agente (activo, actuante) y del intelecto posible, temas en cuyo primer tratamiento se puede apreciar la influencia del filósofo árabe Ibn Rushd (1126-1198), el Averroes latino, de quien algunos opinan que es el comentarista por excelencia de Aristóteles. La problemática que se aborda a partir de los temas sobre el intelecto, se refiere además de una, diríamos actualmente, teoría del conocimiento, a aspectos centrales de estudios teoló-

gicos, como es, entre otros, el destino individual del alma humana tras la muerte del cuerpo. Como excelente científico, influenciado sin duda por fuertes y antiguas tradiciones filosóficas, Taddeo Alderotti debió aceptar la existencia de contradicciones entre las enseñanzas de la Iglesia y las propuestas de los filósofos.

La galería de personajes de primera línea es inagotable en el ambiente académico de la universidad de Bolonia; casi contemporáneo de Taddeo lo fue Giacomo de Pistoia quien, tomando como referencia el *De Summo Bono* de Boecio de Dacia (uno de los grandes representantes junto con Sigerio de Bravante) del averroismo parisino, dedicó una *Quaestio de Felicitate* a Guido Cavalcanti, el célebre poeta amigo de Dante. «El máximo bien posible para el hombre, sostiene Giacomo, es un bien natural, es la búsqueda intelectual y el conocimiento de la verdad; la vida futura no se niega, pero se sitúa, indudablemente, más allá del interés filosófico. Se perfila una zona, que se puede definir como *averroista* en sentido amplio, entre filosofía, medicina y poesía, que atestigua una paulatina liberación de la cultura del predominio doctrinal e institucional de la teología».[43]

En los siguientes siglos la universidad de Bolonia continuó acrecentando su prestigio y proporcionando al acervo de la humanidad múltiples contribuciones. No importa demasiado que su reivindicación de ser la primera universidad que vio la luz en el ámbito europeo les parezca a algunos quizá un tanto exagerada. Para nosotros, al margen de ese tipo de comentarios, nos parece que sin duda alguna Bolonia merece uno de los primeros lugares en el desempeño de una de las más altas tareas de la humanidad, que es la de impulsar permanentemente el desarrollo del conocimiento científico y mantener en alto la divisa de los estudios de humanidades, que es lo que va a definir de una vez por todas, cuáles de las instituciones existentes es en verdad una universidad, ya que el nacimiento de las universidades se da a partir de que el propio hombre se ve a si mismo como una pregunta por contestar, una problemática que exige solución, cuando mira su rostro y la pregunta que entonces surge es por su propio ser. Y Bolonia, en su tránsito por proponer una posible respuesta a esas preguntas se convierte en modelo teórico e histórico para otras tantas universidades que con ella van llenando el espacio intelectual del mundo.

París

«Tiene más de nueve siglos... dice, exagerando, Montesquieu de la universidad parisina (Cartas Persas, 1721), pero lo cierto es que es la única que puede competir con Bolonia por el decanato de antigüedad.»[44]

Como lo hemos comentado a lo largo de esta ensayo, tal parece que una polémica en torno de cuál fue la primera universidad del continente europeo carecería de un basamento firme, por cuanto es ampliamente conocida la inexistencia –hasta donde tenemos noticias el día de hoy– de una documentación que proporcione veraz contundencia a alguna de las posibles partes en controversia. Si fue la universidad de Bolonia la primera escuela europea que tuvo el privilegio de ser nombrada universidad o si, por el contrario, esa primera universidad fue la de París, en Francia, no será resuelta por el momento. La única certeza de la que podemos

43 *Ibid.*, p. 51
44 *Ibid.*, p. 52

Escenas de la vida de los estudiantes parisienses. ***Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico,*** **vol. 3, p. 512**

partir es la de que ambas han sido pilares del saber humano.

El nacimiento de las universidades europeas generalmente siguen un mismo patrón: son escuelas adjuntas a una catedral, pertenecen a una orden religiosa o ven la primera luz entre los muros de alguna corte. En todos los casos son instituciones cuya existencia se remonta a muchos años atrás. Son un grupo organizado con el fin de proporcionar enseñanza, ya sea a alumnos de su propia comunidad, o a estudiantes externos o laicos. Pareciera que cada institución universitaria debiera pasar por un periodo de larvación, un periodo en el que debe permanecer casi a oscuras –en sentido figurado–, para después aparecer dotada de las cualidades que la transforman en verdadera universidad.

La universidad de París no es la excepción. La documentación conocida –mucha de ella indirecta– habla de una escuela catedralicia adjunta a Notre Dame; el Papa Celestino III* expide un recordatorio sobre la inmunidad jurídica de los estudiantes, en su mayoría pertenecientes al clero, inmunidad que se considera viene ya de muchos años antes. Existen los alumnos, existen los maestros; se encuentran organizados y en buenas relaciones tanto con la autoridad eclesiástica como la civil. Parece que cuentan con todo y sin embargo algo les falta: según parece, esos estudiantes y alumnos no han constituido una corporación o guilda. Una vez que jurídicamente se conviertan en un gremio, obtendrán los reconocimientos necesarios para ser considerados una universidad. Mientras tanto debemos conformarnos con saber que ahí

están, y con saber que «el privilegio del foro fue confirmado solemnemente por Felipe Augusto en el año de 1200. Por consiguiente, a veces se considera este año como el de la fundación».[45]

Aunque las escuelas de lo que en un futuro será la universidad de París contaran con una buena organización y se mostraban solidarias con el rey, el Papa y el Obispo, mientras no formaban un conjunto orgánico, una corporación, no serían universidad. Las escuelas formaron lo más pronto que les fue posible su gremio, entre los años de 1200 y 1208. Pero no se da una declaración explícita por parte de la autoridad eclesiástica que se dirija a París bajo el título de universidad; parece ser que la costumbre era la de generar y dirigir la documentación oficial al conjunto de quienes formaban una universidad, de ahí que ya para esas fechas el Papa Inocencio III enviara su correspondencia a todos los doctores de teología, de derecho canónico y de artes liberales residentes en París y los llamara vuestro conjunto, *universitas vestra.*

Entre los distintivos de una universidad se encuentra el que sus actividades se gobiernen por un reglamento interno, que en un principio fueron en extremo sencillos. Ya en las primeras décadas del siglo XIII, los *universi doctores* parisinos se encontraban organizados, desarrollaban sus actividades ordenadamente actuando en conjunto y se regían conforme algunas reglas sencillas referentes a la vestimenta, las ceremonias y la ortodoxia de la doctrina. Aún así, todavía durante mucho tiempo los documentos oficiales siguieron dirigidos no a la universidad, sino a todos los doctores. París, como ya es claro, se conformó a partir de la organización

Sello de la universidad de París. *Historia universal Planeta*, vol. 4, p. 184

gremial del cuerpo de sus maestros, después se agregarían a esa organización los estudiantes. De ahí que el gobierno de la corporación, sus iniciativas, sus actuaciones se conviertan en un monopolio exclusivo de los maestros.

Los primeros cien años de la historia de la universidad de París, se distingue por ser una época de apogeo, el tiempo de la gloria, e igualmente es un lapso organizativo y de consolidación. Y son los primeros años de una prolongada serie de conflictos. Sabemos que la generación de situaciones problemáticas es casi regla generalizada en el ámbito universitario medieval. Bolonia tuvo épocas completas de conflictos recurrentes. En el caso de la universidad de París, el inicio de sus enfrentamientos fueron los desacuerdos que tuvo con el obispo y su canciller, que en París debía cumplir la misión de vigilar las escuelas.

De acuerdo con el privilegio del foro por una parte, y el encargo del canciller de Notre Dame respecto a la vigilancia que de-

45 *Ibid.*, p. 52

bía ejercer sobre el sistema de las escuelas parisinas, por la otra, aparentemente colocaban a la universidad en manos del obispo y su capítulo y bajo su tutela exclusiva. A pesar de la legalidad de las pretensiones del obispo, los maestros recurren al mismo Papa. De hecho, a partir de Inocencio III, el Papado cuidará ampliamente de la universidad de París, ya que tenía como fin el de convertirla en la primera escuela de teología de la cristiandad. Es en este contexto que al pretender el canciller, en 1208, que le paguen una cantidad por cada licencia *(licentia docendi)* que expida, aunado a su pretensión de imponer a los nuevos licenciados juramento de obediencia y lealtad, provoca que la universidad recurra a Roma. En este caso Inocencio III se declara a favor de los maestros. Roberto de Cuorçon, redacta el primer estatuto (1215) que concede a la universidad la libertad de organizarse y gobernarse de acuerdo con sus propias normas. Un nuevo triunfo de la universidad pone punto final al prolongado conflicto de los años 1219-1225, y a partir de ese momento París tendrá, prácticamente, la libertad para gobernarse a sí misma, teniendo como documento rector la bula *Parens Scientiarum.*

Este documento es de vital importancia por cuanto salda una de las luchas más graves que debió afrontar la universidad para obtener su independencia, lograda a partir de 1229. La huelga y la consiguiente dispersión de maestros y estudiantes, generadas a raíz del conflicto, dieron al Papado y a los propios maestros la oportunidad de analizar a conciencia los problemas a los que se enfrentaban en su universidad. De ahí que la bula tenga carácter general y se considere como la carta magna de la universidad parisina. Concretamente, la bula concede a la universidad la facultad de redactar sus propios estatutos, la de regular su propia organización y su propia vida académica, incluso de declarar una huelga de clases. Asimismo, regula en forma definitiva, las relaciones entre la universidad y el canciller: aquélla presentará a éste con tres meses de antelación los candidatos a obtener la licencia; durante este periodo de tiempo, el canciller se informará del candidato preguntando a los maestros, y si la mayoría se muestra favorable a la concesión de la licencia, el canciller no podrá rechazar al solicitante.

Y un punto que será de enorme trascendencia, es el hecho de que la licencia para enseñar no será venal en ningún caso, es decir, no podrá ser comprada ni vendida. La hostilidad de la Iglesia hacia la universidad de París fue de esta manera superada; pero sus intenciones de recuperar el control de la universidad se siguieron manifestando durante mucho tiempo, de hecho durante todo el siglo XIII y, todavía a finales del siglo siguiente el entonces canciller, Jean Gerson, todavía se lamenta de no contar con el poder y la libertad para negar una licenciatura.

Mas, si bien es cierto que la bula papal dio pauta para resolver muchos problemas, también, a partir de ella, hicieron su aparición otros tantos cuyo planteamiento y solución marcaron nuevos rumbos para la investigación científica y humanista. Uno de esos problemas de hondas repercusiones fue el que a los llamados *libris naturalis* de Aristóteles. El sínodo parisino de 1210 prohibió el comentario público y privado de esos libros, entre los que se encuentran el tratado *De Anima*, la *Física*, la *Metafísica*, las referentes a temas meteorológicos y otros escritos de zoología y psicología. A pesar del impacto negativo que dicha disposición tenía para la universidad, el estatuto de Roberto de Courçon

apoya al sínodo y confirma la prohibición. De la oposición que tal medida despertó entre los pensadores universitarios, nos la indica el hecho de que la prohibición de comentar buena parte de los libros aristotélicos debió reiterarse en varias ocasiones, en los años 1228, 1231 y 1263.

Como sucede con las normas restrictivas, por lo general no cumplen el objetivo para el que fueron dictadas sino, por el contrario, estimulan la realización de aquello que intentan limitar, de ahí que a pesar de la prohibición que pesaba sobre los libros de Aristóteles éstos no desaparecieron, como lo confirma el que al final de la década de los años treinta, no obstante de que continuaba vigente su prohibición, el filósofo Roger Bacon* puso abiertamente en circulación esa parte de la obra del Estagirita. Pero las oportunidades de burlar esa restricción la proporcionaban las mismas autoridades que la habían impuesto, ya que buena parte de las doctrinas aristotélicas eran conocidas a través de la obra de Avicena, que al no tener la forma de comentario directo sobre Aristóteles entonces quedaba excluida de la prohibición; otro recurso era simplemente salir de París a otra escuela donde esa limitante no tenía alcance.

No resulta demasiado difícil imaginar la efervescencia, la necesidad de conocimientos que durante la primera mitad del siglo XIII se vivía en París. Ese fue el momento en que el intelecto universitario parisino se daba a la tarea de descubrir y asimilar, por sí mismo y para sí, las filosofías griega, árabe y judía. Como si tuvieran ante sus ojos en enorme escaparate los pensamientos de Aristóteles, Avicena, Averroes, Maimónides, que se convirtieron de inmediato en el punto de partida de la impresionante renovación de la filosofía y la teología de la universidad. Esa primera mitad del siglo XIII fue especialmente fértil en nuevas orientaciones doctrinales dentro del cristianismo que anunciaban momentos de esplendor y también de fuertes controversias.

Como dijimos, la prohibición de comentar los libros de Aristóteles no abarcaba la totalidad de su obra, podía circular normalmente el *Organon*, lo que representó un importante acceso al pensamiento del Estagirita, y sobre todo, la prohibición de los *libri naturales* provocó la pérdida de interés de los universitarios por los autores clásicos y las grandes obras, para dedicarse, acuciosamente, al estudio profundo de las artes liberales en general y sobre todo al estudio de la dialéctica.

Por otro lado, el hecho de que el enorme edificio del pensamiento aristotélico, el *Organon* fuese un libro autorizado, su estudio a fondo con objeto de comentarlo ofreció a la Filosofía la oportunidad de adquirir carácter profesional, aunado a la incorporación de Aristóteles y de Averroes a la cátedra universitaria radicalizó las posiciones doctrinales, enfrentando abiertamente al cristianismo con la filosofía pagana, en torno a puntos en verdad neurálgicos para ambas posiciones, como el alma, el intelecto o la eternidad del mundo.

«Los espíritus preocupados por la pureza de la fe, no podían guardar silencio. Por lo tanto, los teólogos tradicionalistas se remontaron a San Agustín; otros intentaron armonizar, en la medida de lo posible, la fe y la nueva filosofía; finalmente, otros se declararon seguidores y discípulos de Aristóteles y de Averroes. En última instancia, a falta de argumentos y ante la ineficacia de las prohibiciones, los tradicionalistas recurrieron en ocasiones, a la condena de las tesis defendi-

das por algunos profesores. La más famosa de las condenas fue la de 1277, que agrupaba en impresionante desorden 219 proposiciones.»[46]

Lo anterior nos lleva a corroborar que todo lo que era en ese momento la universidad parisina estaba en construcción, se estaban fincando muchos de sus componentes, a pesar de que otros tantos ya tenían tras de si una importante tradición; es claro, por ejemplo, que sus estatutos, aunque consignan –normándolos–, muchos aspectos de la vida universitaria, otros tantos no aparecen en ellos debido a que son usos y costumbres observados desde mucho tiempo atrás. Así, sus estatutos no conforma una unidad homogénea, debido entre otras razones a que no fueron producto de un único autor, y como un conjunto de reglas, los estatutos parisinos se refieren a muy diversos aspectos. Los textos como el estatuto de Roberto de Courçon, la bula *Parens Scientiarum* rigen para toda la corporación de manera general, al igual que lo harán más tarde los dos estatutos redactados en el siglo XIV. Otros textos se encargarán de un solo aspecto de la vida universitaria, de una facultad o de una *nación**. Como complemento de los textos estatutarios se proporciona una lista de los errores en que no se debía incurrir, además de las fórmulas de los sermones, con lo que se procuraba el buen funcionamiento de la institución.

Si desde su nacimiento la universidad de París se convirtió en un centro intelectual de relevancia internacional, que supo mantener y aún reforzar con el paso del tiempo, hasta nuestros días. Para que fuera posible esa situación intervinieron de manera decidida varios factores. Entre ellos destacan el nivel de excelencia de su enseñanza, reforzada por la fama de su cuerpo docente. En este mismo sentido, cabe mencionar que ese prestigio de la universidad parisina invitaba fuertemente a jóvenes de talento.

Otro factor que reviste la máxima importancia, pues constata el apoyo que esta universidad tuvo de parte de la máxima autoridad eclesiástica, lo representa la política del Papado que, todavía a mediados del siglo XIV, hizo todo lo posible por evitar la proliferación de las facultades de teología, lo cual beneficiaba enormemente a París pues restringía y acotaba la posible competencia de otras instituciones y, consecuentemente, la convertía en la única facultad continental para los que deseaban estudiar teología. Con la aplicación consistente de esta política, el Papado consiguió darle un carácter homogéneo a los estudios en teología; pero, y esto es de verdadera relevancia, sin buscar limitar la variedad de escuelas de pensamiento ni de sensibilidad. La política papal se ve reforzada por la aplicación que hacen las autoridades universitarias de sus estatutos, por ejemplo, sin imponer a los maestros la obligación de residir en París; mediante una inteligente distribución de las gratificaciones por su labor intelectual, impedía toda distinción entre los candidatos por razón de nacionalidad. Y un factor que nunca es despreciable y cuyo peso fue decisivo para afianzar el prestigio de su universidad está representado por la paz de que gozó el norte de Francia y, también, su desarrollo económico.

Todas estas condiciones favorables se vieron aún más reforzadas con los privilegios judiciales y económicos que disfrutaban los miembros de la universidad. El prestigio francés tenía un baluarte en su universidad.

46 *Ibid.*, pp. 55-56

Si la situación política de Francia fue un elemento a favor de la universidad de París; ese mismo factor, el político, hizo que cambiara por completo el panorama tornándose profundamente negativo. El inicio de la época obscura para la universidad lo da la drástica caída de su alumnado de origen inglés, debido a la llamada Guerra de los 100 años, a lo que se debe añadir el Gran Cisma (1379-1415) y, la política de los sucesores de Carlos V, que ahuyentaron de París a cientos de maestros, bachilleres* y estudiantes, partidarios del Papado de Roma.

Quienes debieron abandonar París a causa de la delicada situación política, dieron a las nuevas universidades del Imperio y de Italia una enorme vitalidad que poco a poco las fue convirtiendo en rivales de peso, en la medida también en que la universidad de París veía acrecentarse sus dificultades. Los estudiantes y maestros que no salieron de París, buscaron ingresar al servicio de príncipes y cardenales abandonando la enseñanza.

Los problemas que debió enfrentar la universidad fueron en aumento, a medida en que, para los países que apoyaban al Papado romano, la universidad de París era considerada herética, con la consecuente pérdida de prestigio y de su ventajosa posición a nivel internacional. Apenas fue un respiro el corto tiempo en que mediante el Concilio de Constanza, la universidad de París recuperó momentáneamente parte de su renombre, sólo para caer de nueva cuenta, a causa de la guerra entre borgoñones y armagnacs y la ocupación de París por parte de los ingleses. Y como si todavía le faltara otra calamidad por sufrir la universidad parisina, bajo los reinados de Carlos VII, Luis XI y Luis XII, perdió prácticamente todos sus privilegios; sometida al poder político recibió el nuevo título de *hija mayor del rey de Francia.*

Pasando a la organización interna del *studium* parisiense, vemos que ésta refleja la reagrupación de las escuelas que tuvo lugar a finales del siglo XII, ahora cada una de ellas, convertida en facultad, especializada en una disciplina y encabezada por su decano*.

Las cuatro facultades que se crearon al comienzo del siglo XIII formaron una estructura jerárquica: en la base, la facultad de Artes Liberales, por encima de ésta, tres facultades superiores; la primera siempre será la facultad de Teología, seguida por las de Derecho Canónico y Medicina. Durante algunos años también se dieron cátedras de Derecho Civil, pero fue prohibida su enseñanza en París y lugares cercanos alrededor de 1219. La enseñanza del Derecho Civil se le otorgó como privilegio a OrleÁns, por lo que hasta fi-

Studium General. **Detalle de una miniatura de la Edad Media. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 27**

nes de la Edad Media la universidad parisina se mantendrá conformada por cuatro facultades.

Ante la escasa información disponible sobre las facultades superiores de Medicina y de Derecho Canónico, poco se puede decir que no sea lo ya conocido. La facultad de Medicina *(facultas physicae)*, además de dedicarse a la enseñanza de esa ciencia, aunque parezca un tanto extraño controlaba a cirujanos, barberos, farmacéuticos y comadronas, o sea, de alguna manera las ramas afines a la profesión médica, pero no impartía ningún tipo de enseñanza para ejercer estos oficios, únicamente los controlaba.

Debemos tener claro que la concepción del conocimiento y del ejercicio de las profesiones durante la Edad Media, aunque no se limitaba a ello, era fundamentalmente teórica. En 1350 se dictó una disposición que hacía obligatorio para todo médico jurar que no practicaría jamás la cirugía manual. La preparación de un médico se restringía al conocimiento de la medicina teórica y filosófica, por lo que los temarios versaban, por ejemplo, sobre cómo conservar la salud o cómo curar la enfermedad. Se estudiaba medicina en los libros, aunque éstos hayan sido obras de Hipócrates, Galeno, Avicena y otros. Los estudios de medicina en la universidad de París tenían cuatro años de duración hasta el

La lección. Detalle de una miniatura de la Edad Media. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 208

bachillerato, seguidos de un periodo de práctica con un médico. A pesar de esta situación, la importancia de la facultad de Medicina parece que fue considerable, si tomamos como base el dato de que la mitad de los médicos franceses habían estudiado en París; pero ya para el siglo XV, ese porcentaje superaba el 60%. Quizá los egresados de la universidad de París eran buenos médicos, sabemos de algunos que gozaron de gran fama; sin embargo, no dejaron escrita ninguna obra importante.

La misma situación se repite respecto de los estudios de Derecho Canónico: «la facultad formaba a canonistas estrictos, es decir, a instrumentos vocales, alimentados por un almacén de citas,» según Le Bras.[47] Ciertamente ésta parece ser una situación increíble: la facultad de una de las más importantes y prestigiosas universidades del mundo no fue capaz de estar a la altura de su propio prestigio. Sólo uno de sus profesores escribió una obra apreciable; y fue –si se quiere ver en ello una paradoja– un doctor de Bolonia, la universidad rival de la parisina de mayor renombre, llamado Henry De Séguse *(Hostiensis)*, que fue profesor en París por los años cuarenta del siglo XIII. Otro extranjero, Simón de Crémaud, profesor por un tiempo en París, autor de un tratado de eclesiología *(De substractione oboedientiae)*, realizó toda su carrera en Orleáns, curiosamente dedicado más a la política y la diplomacia. Por su parte el cardenal Jean Lemoyne*, un picardo que inmortalizó su nombre al fundar un colegio por el año de 1302. Es decir, los personajes más importantes de la facultad de Derecho Canónico en la universidad de París resultaron ser extranjeros (no parisinos), lo que habla de los serios problemas por los que por épocas atravesó la universidad, y que en ese momento no era capaz de formar a su estudiantado con el mejor nivel que se hubiera esperado. Los estudios en la facultad de Derecho Canónico duraban cinco años hasta el bachillerato, después le seguían un *stage* y la licenciatura. Y aquí está una de las claves del porqué del bajo nivel de esa facultad en ese tiempo, por cuanto el programa de estudios a seguir no contaba con ningún rigor ni consistencia, era solamente un ideal por alcanzar, además –y eso resulta grave en cualquier época y sociedad–, a pesar de que los estudios eran muy costosos, existían muchas regalías y todo se compraba.

En contraste, la situación de las otras dos facultades, de Teología y de Filosofía, se presentaba por completo diferente. Uno de los principales problemas fue el que no siempre era fácil distinguir sus respectivos dominios. Para evitar confusiones y mayores problemas, tanto los Papas como los propios estatutos de ambas facultades prohibían con frecuencia a los filósofos tratar problemas de fe y a los teólogos hablar como filósofos. En el cumplimiento de este mandato por lo general, los filósofos respetaron la limitante que les había impuesto la autoridad, aunque, como es lógico, no siempre pudieron impedirse llegar a conclusiones que correspondían en estricto sentido al terreno de la teología. Por el contrario, los teólogos, generalmente más preparados y con mayor experiencia, y sobre todo, con más tendencia a especular y gusto por los estudios de dialéctica, pocas veces intentaron evitar invadir el campo de la problemática filosófica. Lo que trajo como consecuencia que, prácticamente desde el inicio del siglo XIII la especulación filosófica de los teólogos estuviera teñida de inútil sutileza, en detrimento de la fuerza de sus conclusiones.

47 *Ibid.*, p. 58

Al principio sólo el clero secular podía enseñar teología. Pero la situación cambia en el lapso de los años de 1229 y 1230, en que estalla una importante huelga de maestros, la llamada *Gran huelga*. Lo que trajo como consecuencia que dos cátedras pasaran a los dominicos y para el año de 1236 una tercera cátedra pasó a poder de los franciscanos, es decir, ese movimiento de huelga de alguna manera favoreció a las órdenes religiosas que no tenían acceso a las cátedras de teología en la universidad de París. Ese representa un momento de arranque ya que, tiempo después, se dotan de cátedras a otras órdenes, en este caso a los benedictinos, cistercienses, carmelitas, monjes de Val des Ecoliers y agustinos.

Como era de esperarse, la dotación de cátedras a las órdenes de religiosos no fue aceptada fácilmente, y muy pronto surgieron los conflictos. De hecho los años de 1252 a 1257 se consideran como años de la crisis más grave de la facultad de Teología, a causa del enfrentamiento de los religiosos seglares contra los maestros de las órdenes mendicantes, cuya traducción, desde un punto de vista más general, esta es la forma del clero regular y del episcopado francés de presentar abiertamente su oposición a la política pontificia que beneficiaba de manera especial a dominicos y franciscanos.

Este conflicto tuvo todavía una fase de mayor complejidad al negarse las órdenes mendicantes a someterse a las decisiones de la facultad. La respuesta de los teólogos seglares fue la de excomulgarlos; además, los excluyeron de la facultad y finalmente iniciaron una campaña encaminada a conseguir que el Papa suprimiese a esas órdenes. De la confrontación se pasó a la violencia que obligó al rey a enviar a su ejército para que resguardara los conventos. El Papa Alejandro IV no podía acceder a cumplir la solicitud del clero regular, por cuanto era ampliamente conocido que las órdenes mendicantes eran un elemento de presión al servicio de su política, y finalmente con la ayuda de Luis IX, consiguió vencer la oposición de los seglares.

De hecho la solución de ese conflicto resultó ser una derrota para el clero regular, ya que su líder, Guillermo De Saint-Amour, fue expulsado de la universidad de París y expulsado del reino en 1257, mientras que –dos futuros santos– Tomás de Aquino y Buenaventura lograban que se les otorgara un puesto en la facultad. De nueva cuenta en los años 1267-1272 se generaron ataques contra las órdenes mendicantes que no tuvieron mayor repercusión, ya que se limitaron a sermones y altercados universitarios. Ahí no terminaron las crisis, se produjeron otras más, pero afortunadamente menos graves, que nunca llegaron a poner en peligro ni la existencia de la facultad, ni su buen funcionamiento.

Por lo que se refiere estrictamente al programa de enseñanza de la Teología, para el clero secular, su aprendizaje en la facultad duraba entre 14 y 15 años; los siete primeros dedicados principalmente a asistir y escuchar las lecciones y discusiones; no se les permitía ningún tipo de participación. Su preparación se centraba en las *lectio-lecturas* comentadas de la Biblia y del *Libro de las sentencias* de Pedro Lombardo, y en la *disputatio*, la discusión, que podía ser de dos maneras: privada, y en ese caso se llevaba a cabo en la escuela; o pública, y entonces se desarrollaba en la facultad.

Al estudiante en teología que concluía su preparación para leer la Biblia recibía el título de bachiller bíblico. El que llegaba a

Autógrafo de Tomás de Aquino. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 213

comentar las *Sentencias*, que representaba un trabajo difícil, porque además debía tener originalidad, se llamaba bachiller sentenciario. Estos eran los dos escalones anteriores que conducían a la última actividad del estudiante, como preparación para dar un sermón* universitario, mismo que debía ser pronunciado en la Iglesia. La asistencia a todas las actividades obligatorias de los estudiantes era rigurosamente controlada, ya que si un estudiante no acumulaba el mínimo de asistencias a las actividades establecidas, entonces no podía ser aceptada su candidatura para obtener ningún grado académico. Dentro de las obligaciones que estaban reglamentadas se establecía que desde los siete años de audición y hasta que el estudiante obtenía el doctorado, como miembro de la facultad de Teología, estaba obligado a predicar y a discutir públicamente varias veces al año.

La carrera de teólogo era en verdad larga. El estudiante que ya había comentado las *Sentencias* debía esperar otros cuatro o cinco años para poder aspirar a obtener la licencia de enseñanza y el doctorado; pero este grado únicamente se otorgaba a los clérigos que ya habían cumplido los 35 años de edad. Ciertamente la teología era extenuante, aunque en compensación era una de las carreras, conjuntamente con medicina y derecho, de las más prestigiosas, más todavía que esas y la mejor remunerada.

San Alberto Magno. Fresco, siglo XIV. F, Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 56

Muy cuidada y vigilada, la enseñanza de la facultad dio sus frutos. La lista de doctores famosos y universalmente conocidos es muy larga. Algunos encabezaron escuelas de pensamiento que han sobrevivido hasta nuestros días: el tomismo, basado en Tomás de Aquino o el escotismo, que toma como referencia a Juan Duns Escoto. El maestro Alberto Magno, profesor de Tomás de Aquino, fue el origen de la escuela albertista en Alemania (siglos XIII y XIV) y del neoalbertismo, del siglo XV, Alejandro de Hales* y Buena-

ventura crearon la primera escuela franciscana de teología.

«Los seglares brillaron por la importancia de su obra a comienzos del siglo XIII (Guillermo De Auvergne* y Felipe el Canciller) y a finales del mismo siglo (Enrique De Gand). El siglo siguiente, a su vez, estuvo dominado por las escuelas franciscanas (Pierre Auriol, Françoise De Meyronnes, Juan De Ripa) y la de los agustinos (Gregorio de Rímini). Menos original, la obra de Jean Gerson conservó, sin embargo, su influencia espiritual a lo largo de todo el siglo XV. La simple enumeración evidencia claramente el carácter cosmopolita de la facultad: los profesores más importantes eran franceses, italianos, ingleses y alemanes.»[48]

La facultad de Artes Liberales de la universidad de París mantenía organizativamente una composición equilibrada, tanto por lo que respecta a su cuerpo docente como al estudiantado que concurría a ella. Desde la primera mitad del siglo XIII, esta facultad estaba compuesta por cuatro naciones, es decir, organizaciones de los miembros de la universidad establecidas según su país de origen, aunque alguna nación podía acoger a miembros de varias nacionalidades.

Obviamente, la nación más grande y más importante era la nación francesa, que agrupaba, además de los estudiantes del norte de Francia, a aquellos que provenían del *Midi:* españoles, portugueses e italianos. Por su parte las naciones normanda y picarda agrupaban a la parte restante de alumnos que llegaban a París de las demás provincias francesas. Sin embargo, la nación picarda recibía a quienes venían de lugares situados hasta los límites del río Mosa, que incluía parte de Bélgica y de los actuales países bajos. La nación inglesa (que después sería relevada por la nación alemana) acogía a los estudiantes procedentes de Inglaterra, el Imperio, los países eslavos y escandinavos hasta Hungría.

Las naciones se encargaban de organizar todos los aspectos de la enseñanza, cada una por su cuenta contrataba maestros, compraba o alquilaba casas para habilitarlas como aulas y las asignaba a los maestros regentes; igualmente debían comprobar la buena distribución de los libros que serían comentados, y todo lo relativo a los asuntos de sus miembros. Por su parte la facultad se encargaba de la organización de las discusiones solemnes, los exámenes y la agrupación de maestros. La facultad regulaba, aunque cambiaba muy poco, el programa de estudios. La nación dentro de la reglamentación conservaba plena libertad, y sin duda, era una fuerza real dentro de la universidad: prácticamente, nadie podía estudiar sin tener un maestro y pertenecer a una nación.

Presidiendo cada nación se encontraba un procurador*, cuyas funciones se circunscribían a prestar todo tipo de ayuda al rector, en todos los asuntos concernientes a su nación. Este último, el rector, tenía a su cargo las tareas de decano de la facultad de Artes, pero a partir de 1271, también se le asignó la organización de las reuniones comunes con los decretistas (Derecho Canónico) y los médicos y, desde 1341 representó a toda universidad; y, siendo la cabeza de la jerarquía universitaria, precedía a decanos y procuradores.

Una parte muy importante de la universidad de París lo fue su cuerpo docente, que organizativamente se encontraba dividido en

48 *Ibid.*, p. 59

Rector de la universidad parisina. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 52

maestros regentes y no regentes. La diferencia consistía en que sólo los primeros utilizaban aulas puestas a su disposición por las naciones y tenían derecho a conceder certificaciones, expedir certificados y examinar. Los maestros no regentes podían enseñar en su casa o en aulas alquiladas. La plana docente de París le dio fama a su institución y a sí misma, muchos de los maestros parisinos tuvieron un reconocimiento internacional. En caso de que se pudiera mencionar a todos los profesores que merecen un reconocimiento faltaría mucho espacio en este ensayo; sólo unos cuantos nombres darían cuenta del enorme potencial que la universidad de París tuvo entre sus maestros: Pietro Giuliano (Pedro Hispano, más tarde Papa Juan XXI), Guillermo de Sherwood, Boecio, Roger Bacon, Alberto de Sajonia y tantos otros. Sólo como acotación debemos decir que estos profesores y muchos más que enseñaron en las aulas parisinas, son cúspides del intelecto humano. Llevaron el desarrollo de sus ciencias hasta límites difícilmente imaginables y los entregaron a la posteridad; además de ejercer la docencia, varios se desempeñaron en múltiples actividades, todas al más alto nivel, ya sea en la diplomacia, desempeñando elevados encargos en la Iglesia y en los gobiernos, obviamente no causa sorpresa saber que algunos fueron reclutados como rectores de otras nacientes universidades.

Si la universidad de París fue o no la primera de las universidades del continente europeo, por lo que hemos expuesto en este pequeño apartado, muestra que ese tipo de consideraciones son irrelevantes. Nos quedamos con el maravilloso espectáculo de su surgimiento y desarrollo, que nos presenta palmariamente la enorme importancia que ha tenido, sin exagerar, para las posteriores generaciones de universidades y de universitarios. Todos ellos, todos nosotros, somos deudores de la universidad de París.

Oxford

Como ocurre con frecuencia, al no contar con pruebas fehacientes o documentos incontrovertibles, además de que el tiempo transcurrido es muy largo e imposibilita una investigación directa, muchos de los acontecimientos históricos de relevancia quedan apenas señalados, sin aportar mayores referencias, puesto que no contamos con ninguna fuente confiable, más que la tradición oral o verdaderas leyendas o mitos. Tal es el caso cuando tratamos de conocer los orígenes de la universidad de Oxford: se dice que el rey Bruto al frente de sus huestes de troyanos, eligió como lugar de su exilio a Britania, acompañado de un crecido número de filósofos griegos, para establecerse en el lugar al que dieron por nombre Greeklad o Cricklade, en Wiltshire. Como era lógico, ya que contaba con la compañía de esos sabios venidos de la cuna misma de la filosofía, fundaron en ese sitio una academia, misma que mucho tiempo después trasladaron a Oxford. Como todas las leyendas ésta tiene su atractivo, ya que los orígenes de tan prestigiada institución universitaria se lleva hasta los tiempos más remotos que se puedan imaginar y ello sirve para añadirle un cierto aire romántico y le proporciona el prestigio que sólo el tiempo puede dar.

Sin embargo, otra versión coloca el nacimiento de la universidad de Oxford menos lejano, menos nebuloso, señalando personajes reconocibles y proporcionando, al menos, algún dato cronológico más comprensible y aceptable. Así, según la versión de un monje de la orden de los benedictinos, llamado Ranulf Hidgen, quien escribió algunas obras a mediados del siglo XIV, el rey Alfredo el *Grande*, fundó en Oxford una escuela dedicada a la enseñanza de diversas artes en el

Oxford

año 873, en atención a una sugerencia del abad de Neots.

Sin importar verdaderamente, ya que por un lado es una tarea casi imposible averiguar el origen de la universidad de Oxford, y por otro, tal conocimiento no agregaría mucho al alto reconocimiento y estima en que se tiene a dicha institución. Tal parece que Oxford, cuyo nacimiento es relativamente cercano al de las dos grandes fundaciones de este tipo en Europa, París y Bolonia, es la primera de las universidades que siguen la estructura de funcionamiento de la institución francesa, teniendo como núcleo, o mejor dicho, aprovechando la existencia previa y la infraestructura con que contaban ya varias de las escuelas que funcionaban en el convento de St. Friedeswyde y las de la abadía de Eseney.

Todos los datos anteriores no dejan de ser una buena deducción a partir de referencias y fuentes colaterales ya que, insistimos, hasta el momento no sabemos cómo ni cuándo es que surgió la universidad de Oxford. En el sitio en que ésta nació no se encontraba ninguna catedral, como ocurría con frecuencia en el continente, donde las universidades que se fundarían en la isla tuvieron como an-

tecedente inmediato una escuela catedralicia (Lincoln, Hereford o York); pero tampoco existió en el lugar donde se fundó Oxford ningún monasterio que acogiera a los ilustres maestros y a los alumnos que formarían la célebre universidad. A pesar de todos los elementos en contra que acabamos de mencionar, el hecho es que maestros y estudiantes llegaron a la ciudad de Oxford para fundar precisamente allí una universidad.

Quizá las razones de mayor peso para realizar en esa ciudad, durante el siglo XII, la fundación universitaria, fueron que Oxford contaba con un castillo y fuertes murallas, con lo que se le dio la seguridad necesaria para hacer posible que dentro de sus muros surgiera un tipo de vida más acorde con el cambio de los tiempos que en esos años se presentaban con particular intensidad.

Contrariamente a lo que estaba sucediendo más allá del ahora conocido como Canal de la Mancha, en el continente lo común era que las universidades fueran fundadas en las ciudades de mayor prestigio, sede de algún monasterio famoso o de alguna catedral cuyo obispo fuera particularmente influyente y poderoso. Nuevamente, a contracorriente, este no fue el caso de la universidad de Oxford, que a pesar de todas estas condiciones en contra se convertiría en una de las universidades más importantes, no sólo de Inglaterra, sino dentro del universo de todas las fundaciones de este tipo, sin importar que hubiera nacido en el seno de una ciudad pequeña, casi insignificante en la isla de Britania, donde, al iniciar el siglo XII, impartirían sus cátedras ilustres maestros de la talla de Teobaldo Etampes, quien había realizado una brillante carrera como maestro en Caen; también llegó a Oxford el téologo Roberto Pullein* y un jurista lombardo llamado Vacarius.

Por lo que se refiere a la importancia que poco a poco fue ganando la ciudad de Oxford, para el año de 1086 el *Domesday Book* contabiliza, en conjunto, novecientas sesenta y cuatro casas entre la propia ciudad y sus alrededores, y como un dato de mayor peso, indica que ya en el año de 1100 existen guildas o corporaciones de tejedores y curtidores. Asimismo, Oxford fue acrecentando su comercio de paja, ganado, cerámica, pieles y otras mercancías.

El floreciente comercio de la ciudad pronto se convierte en un punto de fricción entre la universidad y sus habitantes, ya que dicha actividad aportaba tan excelentes ganancias que ambos grupos buscarían hacerse de su control. En este punto debemos recordar que los reyes y la Iglesia muchas veces daban, como una manera de hacer posible el sostenimiento de un *studium*, concesiones para que las ganancias producidas por la explotación de algunas tierras ingresaran en las arcas de esas instituciones y de esa manera tuvieran los recursos necesarios para pagar a sus profesores y todos los gastos que se requirieran.

Sin duda una de las razones por las que la ciudad de Oxford fue creciendo en importancia hasta lograr que en ella se fundara una universidad, se debe a que su estratégico emplazamiento en la encrucijada de múltiples caminos comerciales que desde mucho tiempo atrás eran usados para atravesar media Inglaterra, como el camino de Southampton a Northampton, Oxford no sólo era un cruce comercial terrestre, su situación en medio de dos ríos, el Támesis y Cherwell, le dieron de inmediato una importancia que pocas ciudades de entonces podían tener. Así, la ruta de Oxford para arribar a la costa meridional de la isla y su conexión con el continente resultaba fácil.

Vista de la ciudad de Oxford desde la orilla del Támesis. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 62

Una ciudad que rápidamente va creciendo, acorde con la tendencia generalizada de creación de espacios citadinos y en la que se encuentran muchas oportunidades para probar fortuna, necesita tener a su servicio una multitud de profesionistas preparados para hacer frente a las exigencias del desarrollo comercial y urbano, al que se debe añadir la necesidad de crear una burocracia apta para atender los complejos asuntos del gobierno, ya sea civil o eclesiástico, al servicio de las élites anglonormandas gobernantes. Bajo esta perspectiva se comprende con mayor facilidad el porqué Oxford se percibió como una buena oportunidad para establecer en la ciudad un *studium generale*. Por lo visto, el éxito fundacional de la universidad de Oxford, así como de su situación académica, se explica por el lugar estratégico que ocupa. Las primeras de sus escuelas fueron fundadas en Saint Mary.

Por lo que se refiere a la organización eclesiástica Oxford fue considerado un lugar menor, sin prestigio histórico, que comparada con las construcciones e importancia de las de Abingdon o Glastonbury, sitios no demasiado lejanos, la de Oxford es más bien irrelevante. La infraestructura para el ejercicio religioso durante mucho tiempo no pasó de una modesta casa, que inicialmente fue habilitada como convento, para más tarde convertirla en un colegio de canónicos seculares, hasta que finalmente fue el asiento del priorato de los canónigos agustinos, quienes también se hicieron cargo del templo ahora conocido como la Iglesia de Cristo.

Las otras construcciones de tipo religioso de la época, la iglesia colegiata de san Jorge, construida dentro del castillo edificado por Enrique I, y patrocinada por Robert D'oilly condestable del conquistador y Roger D'ivry en 1074, fue en extremo pequeña. Incluso, la llamada Noble Oseney, una casa de los agustinos canónicos, fue catalogada como de segundo rango, siendo además que su fundación no se realizó sino hasta 1129.

Un lugar que aparentemente no estaba destinado a ser la cuna de una prestigiosa universidad, poco a poco fue atrayendo a los hombres de estudio, quienes en consonancia con la época, dieron vida a una estructura de carácter corporativo. Mientras que en el continente la efervescencia cultural universitaria comenzaba a hacerse sentir cada vez con más fuerza, en la isla al principio del siglo

XII, varios maestros aisladamente impartieron enseñanza con escasa organización. El primer maestro del que se tiene noticia fue Teobaldo de Etampes, quien impartía una cátedra por el año de 1094.

Etampes, en su larga vida como docente continuó enseñando todavía hasta la década de los años veinte de la centuria siguiente; en sus cartas se define como teólogo y *magister oxenefordiae*. Otro profesor que gozó de alguna fama fue Roberto Pullein, teólogo y maestro de Juan de Salisbury. Pullein llegó a Oxford por el año de 1133, y únicamente trabajó allí por escasos cinco años para incorporarse de nueva cuenta a la docencia en París, plaza que siempre gozó de una mejor reputación y, por supuesto mejor paga.

Como siempre ocurre, a falta de certezas firmes, muchas veces basándose en conjeturas que adquieren cierto grado de verosimilitud, se hacen algunas afirmaciones que no necesariamente deben tomarse como falsas, aunque no se tenga plena certeza de su veracidad, de ahí que se crea como posible el hecho de que Vacario, un renombrado jurista de origen lombardo, tuviera en Oxford una cátedra con el fin de enseñar Derecho Romano por el año de 1140, ya que alrededor de esta fecha se tiene un repunte en la enseñanza, al grado de que se dice que es el redescubrimiento de esta ciencia.

Para la época que estamos comentando había trasladado su residencia a Oxford un crecido número de estudiantes procedentes de París, y todavía más, en 1167 se vio aumentado ese número de manera considerable, debido a que el rey de Francia, Luis VII, expulsó de París a todos los estudiantes ingleses en represalia por la boda de su exesposa, Eleonor de Aquitania, con su poderoso enemigo Enrique II *Plantagenet*, quien ante tal desatino anunció públicamente su intención de recibir a los expulsados. Muchos de los estudiantes que debieron abandonar París aceptaron instalarse en Oxford, cuya estructura de enseñanza era, por lo menos en los años iniciales, muy semejante a la de París.

El conflicto entre el poderoso señor feudal y el propio rey de Francia, como vemos, fue un elemento que contribuyó al desarrollo de la enseñanza en Oxford, pues al expulsar a un nutrido grupo de ingleses de la universidad de París, el sitio al que de manera natural podían dirigirse fue a Oxford, que necesariamente debió elevar su nivel académico si quería mantenerse como una buena opción al desaparecer, al menos por el momento, la oportunidad de hacerlo en una de las máximas instituciones universitarias.

Pero toda afirmación tiene sus matices: es cierto que Enrique II ordenó a los clérigos ingleses que regresaran a su patria; sin embargo, Juan de Salisbury continuó su residencia en París, junto con muchos de sus compatriotas. Ello es indicativo de que si bien es cierto que Oxford llegó a ser una universidad prestigiada, por otro lado también es verdad que dicha fama no fue ganada de manera automática, sino que debieron pasar varios años para que Oxford lograra ser una verdadera alternativa para quienes debían abandonar París y refugiarse en otro centro de estudios que fuera reconocido y, por otro lado, que también fuera atractivo para quienes ya contaban con un cierto renombre y vieran a Oxford como una buena oportunidad. De ahí que a partir de 1187 se lograra reunir el número suficiente de maestros y alumnos como para constituir varias facultades.

Escena de la vida estudiantil. ***Siglo XVII.*** **J. Pirenne,** ***Historia universal. Las grandes corrientes de la historia,*** **vol. 3, p. 266**

Como parte de las conjeturas verosímiles con las que es posible reconstruir la historia de Oxford, se dice que Gerardo de Hales leyó, es decir, explicó algunas partes de su *Topographia Hibernica* durante tres días: iniciando con los estudiantes pobres, para en seguida dar lección a los maestros mismos y, para finalizar, presentar su cátedra ante un público mixto compuesto por clérigos y laicos.

Por otra parte, y continuando con las conjeturas podemos mencionar, con el afán de mostrar que Oxford fue fincando su prestigio en una sólida trayectoria, un documento que registra el traspaso de una propiedad en Cat Street, cerca del año de 1200, en el que se citan como testigos de la transacción a personas cuyas actividades se encuentran relacionadas con el ambiente estudiantil universitario, como son un encuadernador, un amanuense, tres miniaturistas y dos pergamineros. De esta manera nos percatamos de que ya Oxford se había convertido en un *studium generale* que nació, como caso excepcional dentro de las fundaciones universitarias, no por obra de ninguna autoridad, civil o eclesiástica, sino por la voluntad y perseverancia de estudiantes y maestros.

Una vez que logró nacer y sobrevivir, la historia de la universidad de Oxford durante los siguientes dos siglos, se centrará en el firme perfeccionamiento organizativo y en el desarrollo del autogobierno.

Como toda institución de relevancia, Oxford tuvo que enfrentar momentos por demás difíciles, quizá los más graves a lo largo de su vida fueron, en primer lugar, la dispersión de la universidad de 1209, los desór-

denes del día de santa Escolástica en 1355 y la reacción provocada por las enseñanzas de John Wycliffe, en la última parte del siglo XIV.

Esa ha sido una constante en la historia de todas las universidades: las instituciones en algún momento han debido enfrentar al poder establecido –civil, eclesiástico o ambos– para que sus docentes y alumnos lograran establecerse como una comunidad autónoma e independiente. Todo intento de este tipo, en cualquier lugar y momento, se ha visto obstaculizado por múltiples intereses y por las interferencias de las autoridades episcopales o por la nobleza, la propia corona y hasta por la postura, muchas veces conflictiva, de los residentes de la ciudad de Oxford, que recuerda la actitud, con frecuencia contraria a los intereses de la universidad, de varias ciudades donde tenía su sede alguna universidad; aunque también debemos decir lo contrario: también se dio con frecuencia que los habitantes de alguna ciudad apoyaran fuertemente a la universidad y la protegieran de toda posible eventualidad negativa.

A partir de 1200 la buena fama de los docentes de Oxford atrajo a estudiantes de toda Inglaterra y aún fuera de ella, pues contaban con merecido prestigio los estudios superiores de teología, derecho canónico y derecho civil. Acudían para instruirse pero algunos encontraban distracciones fuera de la convivencia diaria con los *clérigos*.

A raíz de los conflictos que Oxford debió enfrentar contra los habitantes de la ciudad a principios del siglo XIII, muchos de los maestros y los estudiantes se trasladaron a París, Bolonia, Cambridge, Merdstoney y Reading. Tan graves fueron dichos conflictos que en 1214 el delegado del Papa, el cardenal Nicolás, debió intervenir para otorgar la privilegiada jurisdicción que libraba a los estudiantes de Oxford del poder de la policía municipal de los burgueses, además de concederles el derecho de declararse en huelga. Éste sería uno de los primeros y más graves conflictos que la universidad tuviera con los habitantes de la ciudad, y sentaría un precedente que se mantuvo casi sin variación por varios siglos: en cada diferendo surgido entre la universidad y los ciudadanos, la autoridad civil o la eclesiástica apoyarían a la universidad y muchas veces obligarían a los ciudadanos a reparar los daños que le causaran e indemnizarla.

Todavía en ese siglo XIII se originaron muchos incidentes, pero a pesar de las dilaciones, Enrique III confirmó y precisó los privilegios de la universidad, puesto que contaba con el vigoroso apoyo del Papa. Al canciller de la universidad le fueron asignados importantes poderes, como el de que la jurisdicción de éste se extendía desde los asuntos de la administración universitaria y los conflictos internos, hasta los problemas que pudieran suscitarse con los habitantes de la ciudad; incluso, el canciller universitario podía hacer encarcelar a un burgués por el simple hecho de insultar a un miembro de la comunidad universitaria.

Por otro lado, es importante mencionar que el desarrollo de la filosofía escolástica sería casi imposible de entender sin considerar el papel que, en las controversias surgidas a raíz de las propuestas en ese terreno, jugó la universidad de Oxford. En este punto es igualmente importante señalar que las posiciones filosóficas muchas veces no se referían precisamente al ámbito meramente académico, sino que lo rebasaban para situarse netamente en un espacio político de partidos.

A pesar de que Oxford contaba con personajes de primera línea por cuanto se refiere a la preparación académica, lo cierto es que en ese terreno la universidad inglesa siempre jugó un papel secundario después de la universidad de París, al grado que ésta era considerada como si fuera la metrópoli y Oxford la colonia. Cualquier cosa leída o pensada en París era acogida en Oxford, aunque no implicara que las propuestas fueran válidas para ella.

Durante el siglo XIII, la vida intelectual de las primeras generaciones de maestros de Oxford apenas era algo más que un reflejo de la vida intelectual de París. Los maestros más famosos de Oxford -que rebasaron con mucho el título de meros escolásticos-, fueron: Edmundo Rich, posteriormente arzobispo de Canterbury, fundador de la nueva lógica de Oxford y su primer doctor en Teología; Rober Grosseteste y Roger Bacon*, quizá los maestros más conocidos de esta universidad son comúnmente mencionados más por sus críticas al escolasticismo que por sus propias aportaciones. Grosseteste fue pionero en el estudio de la filosofía aristotélica e impulsó la realización de mejores traducciones de los textos de este filósofo en Oxford.

En ese mismo siglo XIII, el sistema de *colleges*, creación originalmente inglesa, hizo su aparición en Oxford. Dichos *colleges* inicialmente fueron albergues para los estudiantes más pobres; sin embargo, debido a que quedaban fuera del control directo de la universidad, rápidamente se convirtieron en comunidades autónomas donde estudiantes y maestros vivían, se autogobernaban y escuchaban las lecciones. En su origen, el *college*

Los fellows y los miembros del New College de Oxford. Manuscrito, siglo XV. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 63

era lugar donde los clérigos rezaban regularmente por el alma del fundador.

"Antes de 1300 se crearon, al menos, seis colegios: en 1249, el University College; en 1263, Balliol; en 1264, Merton; en 1278, Saint Edmund Hall; en 1282, Hertford y, en 1283, Worcester. Al principio estaban formados por habitaciones, un refectorio, una capilla y una biblioteca, pero luego se fueron ampliando. Entre 1300 y 1555, se crearon doce colegios más."[1]

Como la universidad carecía de edificios propios, los colegios fueron utilizados como centros de enseñanza dentro de la uni-

1 Maurice Baye, *Histoire des Universités*, p. 40.

versidad, a manera como lo hiciera el New College creado por Guillermo de Wickham en 1379. El colegio también jugó un papel muy importante, ya que de él, como consecuencia de su espíritu de corporación, surge la tradición de la ayuda que los profesores proporcionarían a los estudiantes en calidad de tutores, ocupándose de aconsejarlos y guiarlos de manera personal. El número, relativamente reducido de estudiantes en los colegios, facilitó en mucho esta actividad, pero ello no le quita el mérito que representa la realización de esta labor en beneficio de aquellos que requieren ayuda. Al principio los centros y las asesorías eran destinadas para los estudiantes de los cursos más avanzados. Sin embargo, a partir de 1571 se abrieron también para atender a los principiantes.

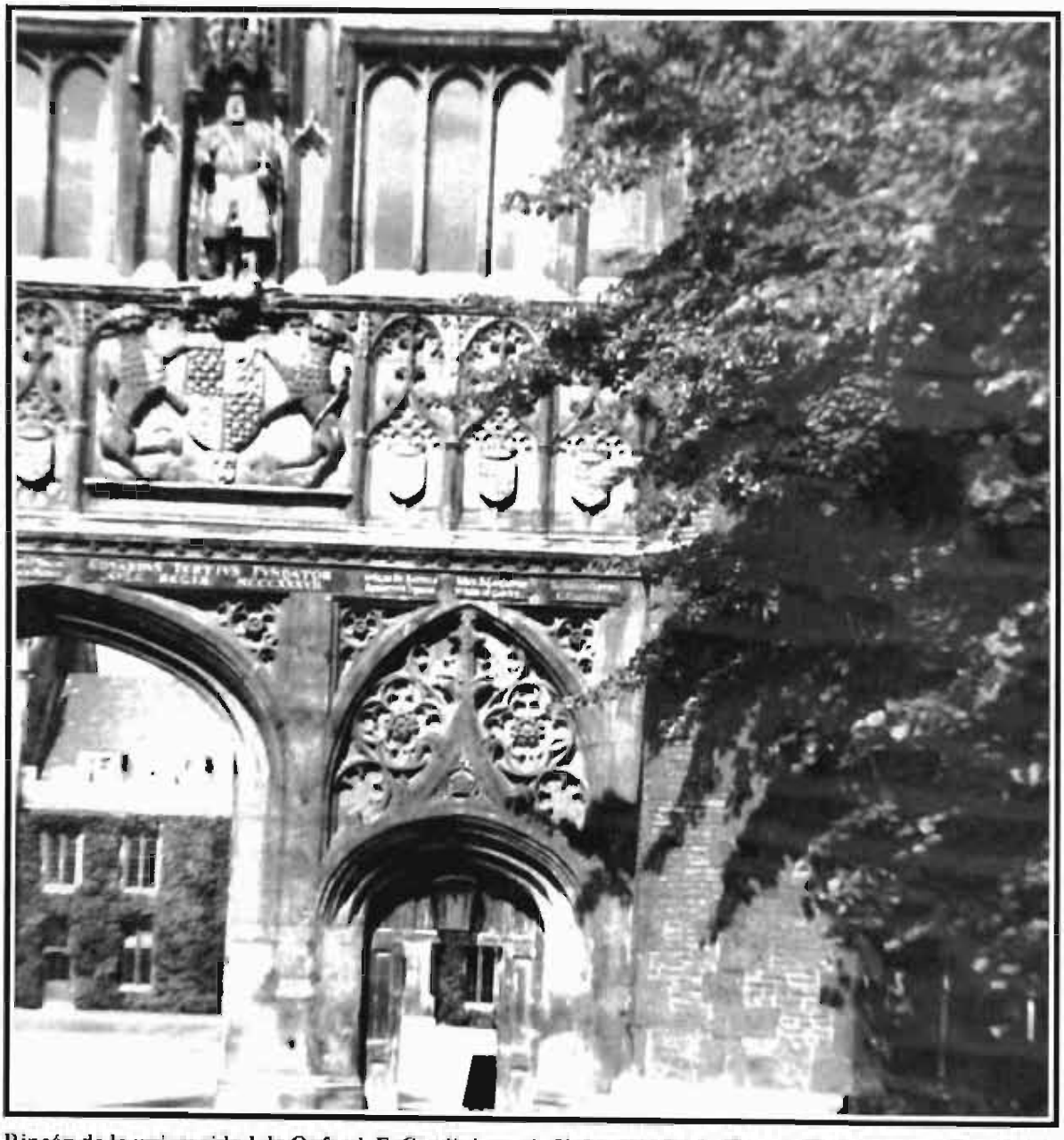
El desarrollo de los colegios fue firme y constante, por lo que a partir de 1550, las

Francisco Bacon. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol 2, p. 365

lecciones y las discusiones que se daban al interior de los *colleges* habían verdaderamente sustituido a las lecciones de la universidad; el poder económico y el prestigio de algunos colegios hizo posible que continuaran financiando lecciones abiertas para toda la comunidad universitaria. Los *colleges* de Oxford fundaron una tradición de excelencia, al grado de que los maestros formados en sus recintos gozaron de buena reputación y algunos fueron famosos en toda Europa, en especial tras el arribo a Britania de las órdenes religiosas mendicantes.

El prestigio y aceptación que logró Oxford se debe en gran medida a la calidad de su enseñanza y al cuidado que tuvieron siempre de contar con una sólida estructura académica. Ya que las escuelas de gramática formaban parte obligada de la estructura de las universidades medievales, era indispensable, para aspirar a obtener cualquier título, llevar los cursos necesarios para obtener el grado en artes, como antecedente o propedéutico de cualquier especialidad, por lo que las escuelas de gramática eran básicas para la educación elemental de los estudiantes. Pero la gramática no fue la única disciplina que alcanzó gran desarrollo en Oxford, ya que bajo la influencia, fundamentalmente del doctor Wilkins, y también de Seth Ward y Juan Wallis, se formó una floreciente escuela de matemáticas.

Las órdenes mendicantes que dieron fuerte impulso a la enseñanza en la universidad de Oxford fueron los franciscanos y los dominicos. Sin embargo, aún entre los franciscanos se dejaba sentir el empuje de las controversias desatadas respecto de los universales; ellos mismos se encontraban divididos en dos bandos; por un lado, los seguidores del pensamiento realista con Alejandro de Ha-



Rincón de la universidad de Oxford. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 66

les, y los del místico Buenaventura. Entre los frailes franciscanos existía un aguzado sentido de la libertad de pensamiento, contrariamente a lo que sucedía entre los dominicos.

Roger Bacon, el *doctor admirabilis*, antiguo estudiante de Oxford, después de una estancia en París regresó a su universidad de origen y se hizo franciscano en 1240. Bacon fue uno de los primeros filósofos medievales en criticar abiertamente la demasiada importancia dada a Aristóteles, basándose meramente en el estudio y discusión de sus textos, sin preocuparse por un rasgo relevante

del filósofo, que es su inclinación a considerar siempre la participación de la experiencia en la generación de conocimientos, sobre todo cuando hace referencia a la naturaleza. Debemos recordar que Aristóteles se preocupó por reunir colecciones completas de plantas y animales como objeto de estudio.

Quizá la aportación más importante de Roger Bacon fue su reforma educativa. Él estaba convencido de que la base de toda la educación se fundamenta en el estudio de las lenguas antiguas y de las matemáticas, ya que dichas ciencias son los fundamentos de la teología filosófica y la ciencia. La teología filosófica debe ser estudiada psicológica e históricamente. La ciencia debe estudiarse matemática y experimentalmente.

Roger Bacon estaba orgulloso de la generación de los maestros de Oxford, sobre todo de Grosseteste y Adam de Marisco, de cuya escuela debe ser considerado un brillante discípulo. La enseñanza de las matemáticas tenía un alto nivel en Oxford. Los principales matemáticos del siglo XIII, a juzgar por sus obras escritas, fueron estudiosos y pensadores de Oxford. En la Edad Media los grandes matemáticos eran ingleses o italianos, y más tarde fueron solamente los ingleses.

La presencia de la orden de los franciscanos en Oxford fue verdaderamente importante. En el pensamiento franciscano de esta época se deja sentir la influencia esencialmente conservadora agustiniana en contra del punto de vista tomista sobre el "principio de la individualización". De esta corriente filosófica conservadora fue Oxford el centro de mayor actividad. No es sino hasta el inicio del siglo XIV cuando Oxford obtuvo fama en el continente con relación al escolasticismo; pero ya se dejaba sentir la tendencia hacia un estudio independiente y un pensamiento por demás fresco que terminaría con la escolástica. Finalmente, Oxford intentó la defensa de los estudios escolásticos, con más vehemencia que París, con lo que logró que a partir de entonces la actividad intelectual de Oxford rebasara a la de París. De ahí la consideración de que, sobre las dos grandes innovaciones escolásticas del siglo XIV: el resurgimiento del realismo bajo una nueva forma con Duns Scoto y la reacción nominalista encabezada por Ockam, tuviera muy probablemente su origen en Oxfod, lo que trajo como consecuencia que el escolasticismo, que ya presentaba signos de un declive, renovara la pugna entre realismo y nominalismo con mayor vehemencia.

Como vemos, el papel que ha jugado la universidad de Oxford es sin duda relevante, en la medida en que ha sido parte activa del desarrollo del conocimiento y de todo el movimiento cultural de Occidente. A pesar de encontrarse situada en una isla, su influjo se ha dejado sentir, ahora como entonces, de manera particularmente firme en todo el orbe, y ha sido una institución a la que de buen grado han recurrido diversos monarcas para encontrar consejo y respuesta a las interrogantes más acuciosas del momento.

Por ejemplo, al final del reinado de Ricardo II la universidad era consultada sobre asuntos del cisma* papal, aunque su opinión era más importante para la universidad de París que para el rey. En el otoño de 1395, varios delegados de la universidad de París fueron a Inglaterra llevando una epístola general y una carta especial dirigida a la universidad de Oxford. La misión parisina nunca llegó a Oxford, ya que Ricardo II fue muy cuidadoso de retener a sus miembros en West-

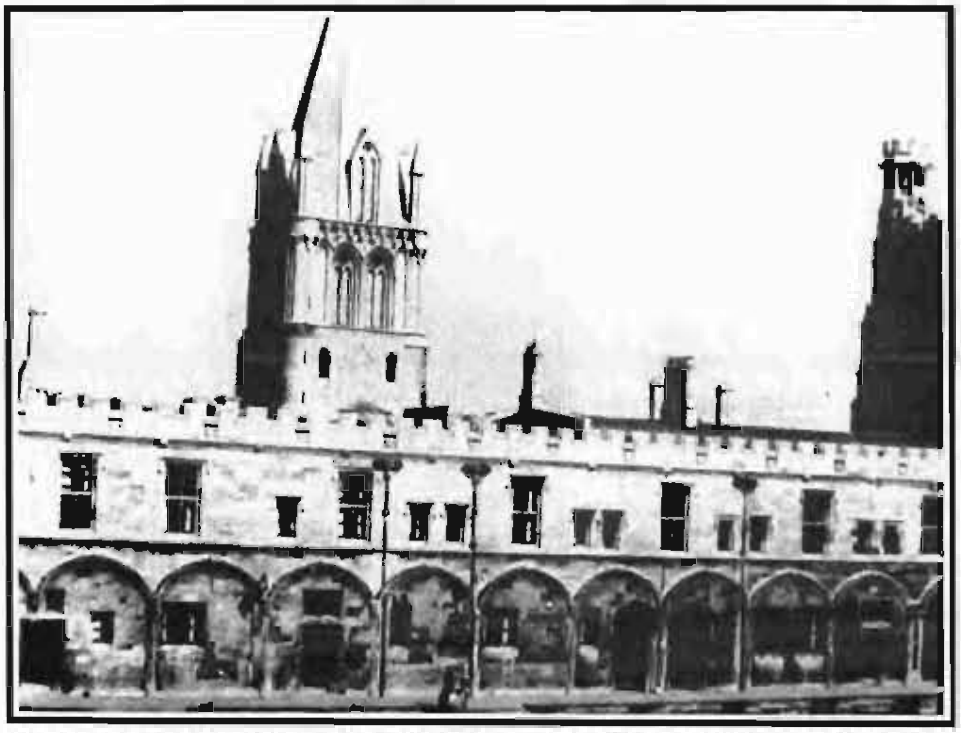
minster. La *epístola general* se envió a Oxford sobre la cual el profesor Jacobo hizo un análisis como contribución al boletín de John Payland de la biblioteca de la universidad, concluyendo la universidad de París a manera de *cessio* como una solución satisfactoria ante el cisma.

Como en los primeros tiempos de la fundación de Oxford, casi de manera inevitable, al ganar riqueza y fama, recurrentemente las tensiones afloran y estallan conflictos, generalmente entre la institución y los ciudadanos. Se suceden actos de violencia en los que uno y otro bando lamentan las consecuencias; sin embargo, también generalmente la universidad recibe apoyo y los ciudadanos deben acatar las disposiciones que muchas veces los obligan a ceder ante la institución. Ello habla, en última instancia, que la universidad es un ente vivo en permanente interrelación en el medio en el que se encuentra inmersa. Los conflictos de todo tipo le importan y le afectan puesto que es una parte sensible de la sociedad, aunque a veces parezca que se enfrenta a ella. Oxford siempre ha sido protagonista, de ahí que sus miembros tengan una fuerte influencia en su medio y su consejo sea solicitado con frecuencia.

Debido al reconocimiento de la importancia de su actividad, Oxford ha gozado, en general, del apoyo de la jerarquía eclesiástica, al igual que de la protección real, al grado de que algunos de sus cancilleres han logrado influir firmemente a sus obispos. Así, después de 1370, de acuerdo con una dispensa especial del Papa, la universidad quedó totalmente fuera de la jurisdicción de la autoridad episcopal, aunque continuara bajo la jurisdicción del primado de Inglaterra que residía en Canterbury.

John Wycliffe. Óleo, siglo XVII. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 401

La amplia libertad de que generalmente se ha gozado al amparo de los muros de Oxford, ha dado oportunidad para que se generen diversos conflictos, algunos de verdadera trascendencia y con implicaciones profundas para el desarrollo de las ciencias y el conocimiento. Un ejemplo lo tenemos en la actividad de John Wycliffe, quien probablemente fuera director del colegio de Canterbury. Afamado teólogo, sus ideas sobre la transubstanciación, le proporcionaron muchos adeptos. Wycliffe había enseñado en Oxford sus doctrinas radicales sobre la predestinación y el anticlericalismo hasta 1381. Ya en el año de 1377, el Papa Gregorio XI le había ordenado al canciller que prohibiera sus enseñanzas y entregara al maestro a Canterbury. Ante esta situación la universidad defendió a Wycliffe, que solamente recibió algunas amonestaciones. A pesar de que el profesor Wycliffe se había retirado antes de que un sínodo provincial condenara sus obras en 1382, sus ideas continuaban gozando de mucha popularidad entre los universitarios.



El Christ Church College de Oxford. Siglo XVI. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 465

Debido a esa popularidad de las ideas radicales de Wycliffe, un arzobispo de nombre Arundel*, inició una persecusión contra sus seguidores. En 1407 consiguió que una comisión, bajo sospecha de herejía, revisara la literatura inspirada en las ideas de Wycliffe. Cinco años después, en 1412, el arzobispo exigió un juramento de todos los acusados e intentó que se realizara una inspección en la universidad. Estalló la rebelión, esta vez no contra los ciudadanos, sino contra la imposición de la autoridad arzobispal. El arzobispo trató de dar marcha atrás, pero el príncipe Enrique intervino en su favor y obligó a la institución a reconocer el derecho de visita de Arundel. Hasta 1479 Oxford logró la plena independencia de la Iglesia, gracias a una bula* de Sixto IV*.

En el siglo XV, merced a la labor de algunos hombres eminentes que se dedicaron a conservar y desarrollar la universidad de Oxford, lograron fondos para construir nuevos edificios: la Escuela de la Divinidad, una biblioteca y una imprenta[2]. "Al comenzar el siglo XVI, Oxford tenía una bien ganada reputación de centro conservador, si bien la estructura de los distintos *colleges* se mantendría en los siglos venideros. Con los nuevos tiempos, y salvo el episodio del reinado de los Tudor, la universidad fue un centro de educación para la nobleza *ortodoxa* inglesa."[3]

2 Los principales colegios fundados en Oxford son: All Souls 1438), Balliol (1263-68), Brasenose (1509, Christ Church (1546), Corpus Christi (1517), Exeter (1571), Keble (founded 1878, inc. 1926), Linacre (1962), Lincoln (1427), Magdalen (1458), Merton (1264), New (1379), Nuffield (founded 1937, inc. 1958), Oriel (1326), Pembroke (1624), Queen's (1340), St. Anne's (founded 1879, inc. 1952), St. Antony's (1950), St. Catherine's (1962), St. Cross (1965), St. Edmund Hall (1278), St. Hilda's (founded 1893, inc. 1926), St. Hugh's (founded 1886, inc. 1926), St. John's (1555), St. Peter's (founded 1947, inc. 1961), Somerville (founded 1879, inc. 1926). Trinity (1554-55), University (1249), Wadgham (1612), Wolfson (1966), Worcester (founded 1283, inc. 1714).

3 Franco Cardini, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 67.

CAPÍTULO XIII

EL FIN DE LA EDAD MEDIA

Con la caída de Roma en manos de las huestes de origen germánico del visigodo Alarico en el 410, inicia el fin del Imperio Romano de Occidente con el que se abrirá una nueva etapa en la historia del continente europeo denominada Edad Media. Las transformaciones históricas traen consigo su cuota de dolor: para los habitantes del Imperio el saqueo a que fue sometida la altiva Roma representaba prácticamente su extermino, al punto que hace exclamar a san Jerónimo: "Mi voz se extingue –escribe– y los sollozos ahogan mis palabras. Había pensado comenzar hoy mi estudio sobre Ezequiel; pero era tal mi turbación al pensar en la catástrofe de Occidente, que por primera vez me faltaron las palabras; largo tiempo he permanecido silencioso, persuadido de que estamos en el tiempo de las lágrimas".[1]

Para los hombres del siglo XX, al conocer las consecuencias últimas de este suceso, quizá no compartamos del todo el pesimismo con que fue recibida la noticia. Para nosotros no resulta del todo negativo el recuento final de esa etapa histórica que se va a caracterizar –ahora lo sabemos– por llevar dentro de sí la larvación de una de las más importantes creaciones de la humanidad: la universidad. Al caer Roma la civilización y la cultura sufrieron un descenso, aunque los nuevos amos, a su vez, se vieron influenciados por sus conquistados, a tal punto que para ellos fue muy importante acercarse y lograr ser reconocidos por sus súbditos.

Desde principios del siglo V, la penetración y asentamiento de pueblos de ascendencia germánica en el extenso territorio del Imperio Romano de Occidente, con el transcurrir del tiempo harán posible la aparición de varios reinos y nacionalidades, que lucharán entre sí para intentar imponer su dominio unos sobre otros.

En ese ambiente de permanente violencia quedaría en pie durante varios siglos más la parte oriental del Imperio Romano, cuya

1 José Luis Romero, *La Edad Media*, p. 123.

Mapa del Imperio Romano. J. Carabés Pedroza, *Atlas histórico universal y de México*, p. 10

capital, la milenaria Bizancio tuvo el mérito de mantener viva la cultura grecolatina, es decir, la amalgama de la cultura de la Grecia clásica con la romana.

Constantinopla, custodia de la cultura antigua. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 343

Ser la depositaria del legado cultural grecolatino y desaparecido el poder de la otra parte del Imperio, le permitió a Estambul o Constantinopla*, como también se le conoce a Bizancio, alcanzar su mayor esplendor político y cultural, aunque nunca exento de difíciles problemas. El Imperio Romano de Oriente prácticamente estaba rodeado de enemigos que finalmente lo doblegarán casi mil años después de la caída de Roma, en 1453, año en el que se coloca el punto de término del Medioevo.

Entre una y otra caída –Roma y Bizancio– se encierra una etapa histórica de la humanidad en la que se compendian, en uno solo, múltiples saberes de otras tantas culturas, algunas en verdad lejanas en el espacio y en el tiempo, pero que a través de la actividad de grandes sabios o de simples estudiosos, fueron recogidos y legados a las generaciones posteriores. Tierras de fábula como China, la India, Persia, sin faltar Egipto, Grecia,

Roma y otras más, sin olvidar tampoco la aportación e impulso de las más importantes religiones en esos tiempos, como son el judaísmo, el cristianismo y el islam, nutrieron intelectualmente a los hombres de la Edad Media, para hacer posible la aparición de las universidades en el ámbito europeo occidental.

La Alta Edad Media va del siglo V, con la formación de los reinos germánicos hasta la consolidación del feudalismo en el siglo XII, y durante esta etapa, como lo hemos visto en los tomos precedentes de esta obra, la conservación del conocimiento y su transmisión a las nuevas generaciones se hacía fundamentalmente en las escuelas de los claustros de los conventos y abadías cristianas. Allí, durante siglos fue posible mantener el ejercicio del saber y su depósito en nuevas manos a través de las escuelas que, para la preparación de sus cuadros administrativos y eclesiásticos fueron creadas en todos los rincones de Europa.

En este lapso se dieron cita muchos procesos que fueron conformando fisonomías propias, tanto a nivel regional como de los países que tuvieron su cuna en este medio, donde también tienen cabida el desarrollo de la técnica, la ciencia y la filosofía, sin dejar de lado el importante papel que paralelamente jugó en todo momento la religión.

La técnica

Aunque la, si de esa manera se puede decir, explosión de la tecnología llega -de la mano del Renacimiento- con la Revolución Industrial, es claro que todos los grupos humanos dieron satisfacción a sus necesidades cotidianas mediante la creación de una diversidad de técnicas propias, a veces problemas similares tuvieron soluciones similares, sin que en ese punto hubiera existido influencia alguna entre los distintos grupos humanos. Sin embargo, también es importante señalar que a través de los contactos entre esos grupos humanos, las experiencias tecnológicas van pasando de uno a otro grupo. Así, las técnicas originarias sufren cambios y adaptaciones, se van haciendo más precisas y complejas, a la vez que sientan las bases y provocan nuevos avances tanto en su mismo campo de acción como en otros con los que su relación no necesariamente es directa o evidente.

Resulta obvio, entonces, que un grupo humano alcance más rápidamente estadios más elevados de civilización en la medida en que posea y domine un cúmulo de conocimientos y actividades tecnológicas. El poseer o no cierto nivel tecnológico marca la diferencia entre sobrevivir y lograr imponerse a los grupos rivales o ser dominado y sucumbir. En este sentido la técnica es vida.

Mas las relaciones entre la creación y uso de las técnicas con las ciencias y las religiones son de suyo complejas. No es necesario abundar sobre la necesidad de que la técnica tenga una base teórica firmemente sostenida por la ciencia. Aunque también la creación y uso de las técnicas ha sido posible a través de la sola experiencia, sin llegar a ser necesariamente una derivación de algún cuerpo de doctrina científicamente establecida.

Como parte fundamental de la relación del hombre con la naturaleza y consigo mismo, ya que tanto el mundo exterior como el mundo interior, el propio mundo del ser humano, pueden ser sujetos de investigación y estudio, ese hombre creó la ciencia como una manera de explicar, ordenar, conocer y predecir el comportamiento de esos mundos, ex-

terno e interno. Ciencia que ha aceptado muchos cambios hasta conformar un cuerpo de conocimiento cada vez más amplio y complejo, para adquirir la fisonomía que en la actualidad le reconocemos, como resultado de la permanente interacción, ya sea directa o meramente intelectual, del hombre con su entorno tanto físico como humano.

Desde que fue posible la elaboración del bronce, la aleación de estaño y cobre, que revolucionó todas las formas de organización y convivencia en las sociedades humanas, se hizo evidente la premisa de que quien poseyera las técnicas más avanzadas, como es el caso del manejo de ese metal, y le diera una utilización más versátil, lograría imponer su dominio sobre aquellos que aún ignoraban su existencia o que no habían logrado aprender su uso en una más amplia diversidad de formas.

Casco de guerrero. Bronce. ***Historia universal del arte*****, vol. 2, p. 125**

Así, el uso de los metales también obligó a sus poseedores a desarrollar, en paralelo, formas de organización social internas compatibles, tanto con su producción como con su transformación en diferentes productos, ya fueran estos productos elaborados para satisfacer necesidades cotidianas, de expresión artística o religiosa y, obviamente, para fines comerciales o bélicos.

Las sociedades que utilizaron el bronce también generaron una serie de avances en otros ámbitos que las convirtió en los que hoy denominaríamos polos de desarrollo. La nueva estructura social les permitió, por lo que se refiere a la agricultura, y bien sabemos que en ese estadio de las civilizaciones decir agricultura es decir prácticamente todo, la creación de artefactos para elevar el agua y poder establecer enormes, para su tiempo, sistemas de irrigación con sus respectivos canales y represas.

Un pueblo que poseyera el bronce automáticamente contaba con una enorme ventaja sobre los que no lo tenían, ya que los progresos en la agricultura, por ejemplo, que el uso de este metal trajo consigo le permitía, incluso, contar con los medios para aumentar su población.

El descubrimiento y utilización del bronce hizo surgir nuevas actividades. La minería pasó de ser una actividad esporádica o secundaria a una de alta prioridad que re-

clamaba enormes cantidades de recursos materiales y humanos. La aparición de talleres de fundición y vaciado de bronce y cobre, la fabricación de herramientas, la utilización del remache y la soldadura, fueron sin duda conquistas importantes en el tránsito del hombre hacia estadios más elevados o por lo menos cada vez más complejos.

Si esos progresos técnicos hicieron cambiar la fisonomía y el rumbo de la humanidad, una prueba contundente de esta aseveración es el avance que tuvo el arte de la guerra. Con la utilización del bronce fue posible fabricar armas de mayor poder, más duras y filosas; el remache metálico facilitó la fabricación de armaduras y escudos, que hacían a su portador prácticamente invulnerable y, por supuesto, el carro de guerra tirado por caballos pudo convertirse en una realidad. Y la consecuencia obligada de todas estas transformaciones fue el cambio del mapa político de esos tiempos y la suerte de miles de seres humanos que se vieron sometidos por una fuerza que no pudieron resistir.

En el campo de lo social, aquellos sometidos pasaron a formar parte de la fuerza de trabajo esclava, la población se fue dividiendo cada vez más hondamente en diferentes clases sociales y se realizó otro invento importante: la ciudad. Sitio múltiple, muchas veces vituperado pero siempre lugar de los grandes experimentos y logros de la humanidad. Es muy probable que en este ambiente cuasi citadino el hombre alcance otras cumbres, como el inicio de la escritura, con lo que deja de ser meramente un ser natural para convertirse en un ser histórico. La historicidad del hombre nace con la escritura.

La aritmética y la geometría, por claras razones prácticas, tienden a desarrollarse con amplitud, las más de las veces cultivadas por hombres de elevada jerarquía entre su grupo social, con rango regio o sacerdotal. De hecho en este momento el poder político se encuentra en manos de los reyes-sacerdotes.

Armadura de Carlos V. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 21

quienes tienen amplio poder para organizar y comandar al resto de los miembros de su sociedad.

Al percatarnos de los pasos tan importantes que fueron dados en esa época denominada la Edad de Bronce, nos parece que no se les ha hecho completa justicia a quienes, a pesar de su primitivismo, fueron capaces de levantarse sobre sí mismos y sentar bases firmes para posteriores avances en muchos órdenes de la actividad humana.

Por otro lado, es fundamental no perder de vista que la Edad de Bronce tiene su génesis entre los pueblos que habitaron hacia el extremo oriente del mar Mediterráneo, en toda la Mesopotamia y hasta Egipto; los historiadores la sitúan alrededor del año 3000 antes de nuestra era. Esto quiere decir que cuando en el Occidente profundo los grupos humanos aún vivían en cuevas, en el Oriente ya habían logrado estadios de civilización muy elevados y, toda proporción guardada, el cultivo de la ciencia, la astronomía, el calendario solar y otros conocimientos ya eran una realidad. Desde esas lejanas tierras, y tiempos, el descubrimiento del bronce –la primera aleación hecha por el hombre– se fue extendiendo hasta alcanzar a una civilización más familiar para nosotros: la griega.

Micenas fue el primer pueblo de estirpe griega que recibió los conocimientos de la Edad de Bronce, y es a través de él que se pueden difundir a todos los demás pueblos helénicos.

Aquí debemos hacer una acotación. Nuestro punto de vista se refiere a que los grandes adelantos si bien tuvieron una cuna original en Oriente y después se difundieron por todo el mundo conocido, ello no implica que solamente allí se hayan generado todos los desarrollos y todos los conocimientos: cada pueblo tiene un grado de autonomía, y genera conocimientos y técnicas autóctonas, aunque también tiene un grado de relación y dependencia con otros pueblos, sobre todo si éstos últimos llevan la delantera e imponen sus propias líneas de desarrollo.

Europa, en este sentido, logró realizar creaciones propias, pero con base en la herencia que le dejaron los pueblos del Oriente que le antecedieron en milenios. Asimismo, cuando nos referimos a los términos científico, artístico, técnico, y otros, lo hacemos a sabiendas de que en algunos casos esos términos no son plenamente equivalentes a los que el hombre actual y menos, un especialista pudiera entender por los mismos; sin embargo, también sabemos que referidos a su entorno específico adquieren, operativamente, la cualidad de comunicar, es decir, funcionan significativamente para transmitir una idea, y así podemos hablar de ciencia en esos tiempos, bajo el entendido de que se referirá a un conjunto de conocimientos *científicos*, que lo mismo pueden incluir creencias religiosas o conocimientos prácticos cotidianos. Así, todas nuestra afirmaciones tienen ese matiz, ese intento de ser referidas al contexto del que pretenden dar cuenta y de esa manera deben ser leídas.

Como vimos al inicio de este ensayo, el descubrimiento del bronce y su fabricación fue en verdad relevante para el desarrollo de las civilizaciones que habitaron el continente europeo, donde llegó a través de la intermediación griega. A pesar de que el bronce es una aleación cara debido a que los metales, estaño y cobre, constituyentes de esa aleación no son muy abundantes, además de lo compleja y lenta que resulta su elaboración,

fue un producto que revolucionó la vida de los hombres al revelar nuevas y más amplias posibilidades de relación entre esos hombres, y entre ellos y la naturaleza.

Mas la Edad de Bronce juega el importante papel de abrir camino a otra Edad, la del Hierro, cuyo poder de cambio y aceleración de ésta es mucho más profundo y duradero que la de su predecesora. Con el hierro, un metal más abundante y más fácil de producir, y por lo tanto más barato, las transformaciones que tienen lugar en todos los ámbitos de la actividad humana son en verdad espectaculares. La utilización conjunta de varios inventos, esa capacidad de unir partes dispersas para conformar un todo nuevo, un enorme y distintivo talento humano, dio a la cultura occidental ocasión de llevarla hasta sus últimas consecuencias.

Al descubrirse y utilizarse el hierro, un metal mucho más duro, resistente y barato que el bronce, y al aumentar la población de los pueblos poseedores de éste, fue posible entonces aumentar la cantidad de tierras dedicadas al cultivo, en tanto se contaba con los artefactos con que poder despejar los terrenos susceptibles de roturarse para siembra.

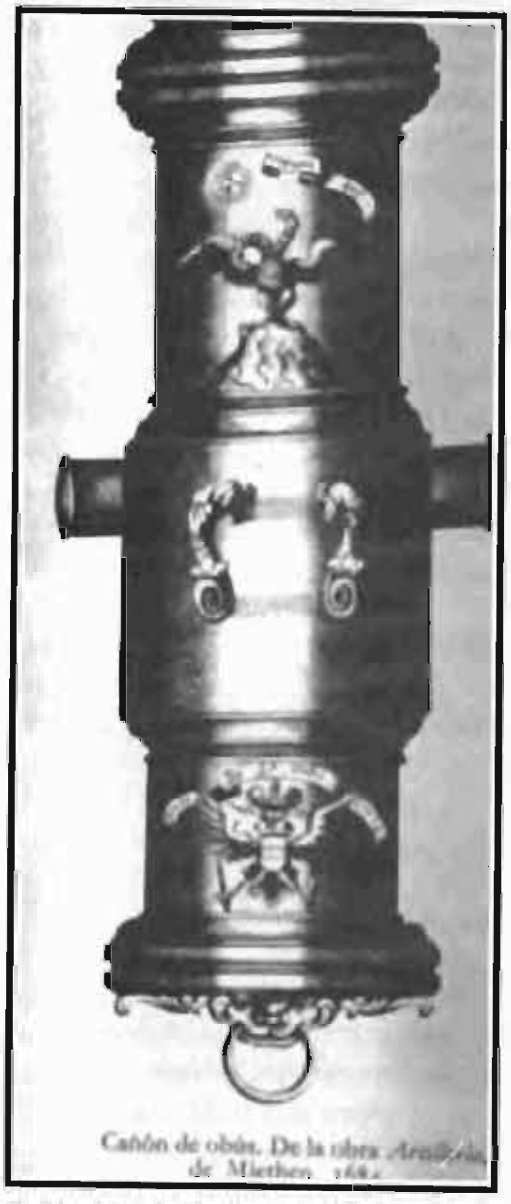
No sólo las herramientas pudieron ser fabricadas en mayor escala y con ellas resolver multitud de necesidades cotidianas, sino también el armamento ofensivo y defensivo tuvo un repunte, además del incremento de su efectividad. Las guerras adquieren intensidad nunca antes vista, y paradójicamente, el hierro hace posible el incremento de la población y a su vez, es el elemento que se encarga de poner fin a una enorme cantidad de vidas humanas. En ese momento, como antes con el bronce, el hierro fue la enorme diferencia que marcó el grado de civilización entre pueblos, lo que a su vez significó no poder eludir colocarse necesariamente en alguno de los extremos: dominadores o dominados.

El hierro, el metal barato, duro, resistente, apto para fabricar arados, construir puentes, molinos, palancas o poleas, en unión con la pólvora se convirtió en un elemento económico, político y social de enorme peso: se convirtió en una pavorosa arma de guerra, el cañón. "La pólvora, con los cañones y los mosquetes dio a sus poseedores una invencibilidad práctica frente a sus enemigos carentes de esas armas, colocando al hombre *civilizado* en una posición de superioridad efectiva ante los *indígenas* más numerosos. E, incluso entre los hombres civilizados, alteró enormemente el equilibrio de poder. El cañón se hizo indispensable para obtener la victoria y, por lo tanto, la economía que trajo consigo en un principio se convirtió en un nuevo gasto de guerra. Solamente las repúblicas ricas y los reyes apoyados por mercaderes prósperos, pudieron disponer de los yacimientos minerales y los técnicos expertos para la fabricación de cañones. Este hecho destruyó la independencia de la aristocracia latifundista, en la misma forma en que sus castillos fueron destruidos por las balas del cañón. El triunfo de la pólvora fue también el triunfo del Estado nacional y el principio del fin del orden feudal".[2]

Si bien es cierto que la utilización del cañón de manera cotidiana en el ámbito europeo superó momentos históricos y que derribó muchas barreras, igualmente se puede decir que también construyó nuevos obstáculos entre los propios humanos; aunque en el campo de la técnica y la ciencia haya dado lugar a nuevos planteamientos ante diversas

2 *Ibid.*, p. 340.

incógnitas, así como a otros importantes desarrollos, a descubrimientos que, como la tarea sin fin de Sísifo, desembocarán en otras novedades y adelantos bélicos que a su vez alimenten *logros* científicos. De esta manera, poco a poco la Edad Media fue construyendo su propio fin: dio paso a la creación de un cuerpo de conocimiento firme, cuyo basamento racional abrió nuevas perspectivas que ya no



Cañón de obús. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia,* vol. 3, p. 148

tuvieron cabida en un ambiente intelectual fundado en una erudición libresca.

Como el genio humano tiene cúspides y simas, no todo es de un solo color. El hombre es capaz de caer en la atroz barbarie como elevarse a las cumbres de la poesía, pasando por todos los matices. Y así como algunos de los hacedores de ingenios, algunos ingenieros creaban pavorosas máquinas de guerra otros dedicaban sus mejores horas para lograr dar vida a ingenios diversos para conducir al hombre hacia estadios de civilización y de cultura más elevados, completamente inéditos.

La fabricación y el uso del hierro son apenas la punta de la montaña de hielo, del *iceberg,* porque con él la vida en sociedad sufrió cambios profundos e irreversibles, quizá no visibles de inmediato, pero cuyos efectos aún en nuestros días se dejan sentir, en la medida en que el hierro condicionó a tal grado la forma de vida de muchos pueblos, que a través de las herencias que sus culturas nos legaron, podemos tener una idea sobre lo que es o creemos que es nuestro propio mundo.

Las relaciones de todo tipo que Europa mantuvo con el mundo conocido hasta entonces, le permitió apropiarse de un cúmulo de ideas, conocimientos, técnicas y con él realizar desarrollos propios en todos los campos del saber. Los descubrimientos y técnicas nacidos en otros sitios pero adoptados en Occidente, adquirieron nueva fisonomía o dieron pauta a cambios profundos y acelerados, cuyas consecuencias –algunas de manera contundente, otras de manera sutil, casi imperceptible– aún se encuentran presentes en nuestras vidas. "Los avances técnicos de la Edad Media fueron posibles debido a la explotación y el desarrollo de invenciones y des-

cubrimientos que, en conjunto, dieron a los europeos poderes mayores para dominar y últimamente comprender el mundo que los que lo recibieron como herencia clásica. Por cierto, es importante señalar que los principales inventos –la collera, el reloj, la brújula, el codaste del timón, la pólvora, el papel y la imprenta– no se realizaron en Europa. Todo hace suponer que provienen del Oriente y, los más de ellos, fueron hechos en la China".[3]

Para ejemplificar lo anterior baste tomar sólo algunos inventos cuyo origen es ajeno a la cultura occidental y que, sin embargo, fue en ésta donde tuvieron la mayor repercusión para el ser humano. Una buena muestra de esta afirmación es la brújula, sin la cual habría sido prácticamente imposible realizar muchos de los adelantos científicos y, con ellos, los cambios sociales que el mundo vio abrirse paso como fueron el impulso a la navegación y al comercio, incluyendo los viajes de descubrimiento que marcaron toda una época y a la historia toda de la humanidad.

El gran reloj. Siglo XV. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 38

Desde tiempo inmemorial el hombre tuvo conocimiento de que la magnetita y los minerales de hierro que han permanecido en contacto con ella, tienen la propiedad de apuntar siempre en una misma dirección (norte-sur). Se ha tomado a la civilización china como la inventora de la brújula, como un instrumento para orientarse durante los viajes, ya fueran terrestres y sobre todo marítimos; siendo éste un invento de enorme trascendencia, hasta el momento no se tiene una explicación satisfactoria del porqué los chinos no lo utilizaron tan a fondo como los occidentales. Mas lo importante para nosotros es el hecho de que una vez que fue adoptada la brújula por los navegantes europeos, le dieron la máxima utilidad e hicieron posible extender sus horizontes comerciales y sobre todo llevar su civilización y cultura hasta los límites conocidos del planeta y más allá, hasta donde ni siquiera los europeos mismos podían imaginar siquiera.

La brújula es sólo una aplicación práctica de la manifestación de fenómenos naturales más amplios y complejos. Las propiedades de la magnetita y los metales de hierro imantados, también fueron sujeto de estudio, pero a partir de otras consideraciones: "El primer trabajo original de la Cristiandad occidental fue la *Epístola de Magnete* (1269), de Pedro el *Peregrino* (de Mericourt)...Esta obra revela una gran independencia de pensamiento y capacidad para planear y llevar a efecto una sucesión de experimentos. De este trabajo se desprendieron –después de un largo intervalo– las investigaciones de Norman y Gilbert, de las cuales arranca toda la teoría y la práctica del magnetismo y la electricidad. Y no sólo eso, sino que la influencia del imán sobre la brújula suministró la verdadera base científica para las doctrinas de la in-

3 John D. Bernal, *Op. Cit.*, pp. 330-331.

Cebador de pólvora. Marfil labrado, siglo XVI. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 241

fluencia y de la inducción, que anteriormente eran puramente mágicas. Pero más importante todavía fue el hecho de que ofreció un modelo que sirvió de base para la doctrina de las atracciones que se incorporó a la ciencia entera y sirvió de estrella orientadora para la gran síntesis de Newton".[4]

Lo que en un momento es apenas la utilización directa, práctica de un aparentemente pequeño invento o instrumento útil, llevó a la ciencia occidental hasta el descubrimiento de leyes naturales de aplicación universal, y a su comprensión y enunciación por demás abstracta.

Dentro de lo que se podría llamar el desarrollo de la ciencia de la química en Occidente, un invento que llegó a tener amplias repercusiones para toda la humanidad desde que fue introducida en Europa. Inicialmente se trató de explicar la explosión de la pólvora en ausencia del aire, lo que desató una serie de especulaciones sobre si el nitro, integrante de la mezcla, proporcionaba el aire necesario para encender la pólvora, o por el contrario, el propio aire contenía y proporcionaba el nitro necesario para la combustión caracterizada por su violencia. Todo esto muestra cómo, por diversos caminos, los descubrimientos científicos llegan a partir de que los hombres se empeñan en encontrar explicaciones para los fenómenos de los que cotidianamente son testigos. Así, todas las especulaciones que se suscitaron a partir de la producción de fuego por la pólvora, condujeron al descubrimiento de un gas cuya principal característica era su capacidad para mantener el fuego y además la respiración, al que se le dio el nombre de oxígeno. Con el descubrimiento del oxígeno se abre el desarrollo de la química moderna. Pero también es importante señalar que Europa, a diferencia de sus inventores, los chinos, utilizó este invento con otros fines que los meramente de ceremonia, diversión o científicos.

La ciencia

La dificultad de tener una definición que cuente con el consenso de la comunidad científica y de los estudiosos en la materia, sobre qué es la ciencia, nos lleva a considerar que lo expuesto en el presente ensayo y en todos los textos que lo conforman, además de ser un intento por dar cuenta del surgimiento de la universidad y de su evolución a lo largo de la historia, muestra paralelamente que muchos de los campos del conocimiento se encuentran construidos de manera provisional,

4 *Ibid.*, p. 338.

permanentemente provisional. Las verdades que fueron conquistadas con base en un enorme esfuerzo social –porque nunca el científico o investigador está al margen de su comunidad– se encuentran siempre en suspenso, en espera de que otra verdad ocupe su lugar y la envíe a formar parte de las obras del museo, al lado de todas las demás que alguna vez ocuparon la más elevada cúspide en el enorme edificio del saber científico.

El hecho de que se considere únicamente como ciencia al saber racional, al conocimiento obtenido mediante el uso de una metodología que delimite el campo, ordene, jerarquice, compruebe, demuestre o falsifique una hipótesis, con base en las leyes de la lógica, aunque sin duda es uno de los más altos logros del hombre, también representa una limitación. Debido a que la ciencia, al estar fundada en la razón humana como directriz y herramienta del conocimiento, deja fuera a otras formas de acceso al conocimiento, con lo que, en vez de reconocer la totalidad indisoluble de la persona humana la parcializa. De ahí, como veremos más adelante, dentro de los ideales del Renacimiento se encuentra precisamente el considerar al hombre en su intrínseca unidad, lo que la ciencia considerada únicamente como razón no alcanza a restituir.

Es evidente que a pesar de que nuestro propósito inmediato y concreto es dar cuenta del surgimiento de la universidad y su evolución, en el transcurso de nuestros estudios se presentan diversos problemas que nos muestran cómo, en los campos del saber humano, es necesario que entre todos vayamos buscando respuestas. En el caso del conocimiento bien sabemos que la razón humana es limitada y que no es la única fuente de donde pueda surgir éste, pero, y ésta es una pregunta que entendemos merece ser considerada con mucho detenimiento y mesura: ¿es necesaria alguna nueva definición de conocimiento que permita relacionarlo de manera amplia y profunda con otras fuentes como la intuición, los sentimientos, las pasiones, la religión, la moral, la estética, y toda la gama de estados psicológicos no racionales, que sabemos existen y que son parte de la naturaleza humana, para devolver aquella totalidad que le es propia al hombre y que no tenga como único parámetro distintivo a la razón?

La ciencia como el ejercicio y resultado de la razón tiene sus inicios entre los griegos de la Edad de Hierro. Con ellos arranca el cuestionamiento racional sobre el origen y naturaleza de la realidad. Desde ese momento hasta nuestros días, el conocimiento científico ha hecho posible descubrimientos y enormes avances en los más diversos campos del saber humano, ha impulsado cambios espectaculares y la vida cotidiana del hombre –por lo menos de aquel que tiene el privilegio de considerarse entre los civilizados– se ha hecho más cómoda y más saludable.

A partir de los griegos la ciencia tuvo la peculiaridad de ser racional y abstracta. Llama la atención, y no queremos dejar que pase desapercibida, una característica en el camino para llegar al conocimiento antes de que los griegos lograran crear la ciencia, y es el hecho de que todo saber partía fundamentalmente de nociones religiosas, de verdades constituidas a partir de experiencias no demostrables, la explicación de los fenómenos de la realidad se hacía de acuerdo con las verdades recogidas a partir de mitos y leyendas. "La ciencia griega tuvo un carácter enteramente diferente del que había tenido en las primeras civilizaciones; fue mucho más racional y *abstracta*, pero se mantuvo separa-

da de las consideraciones técnicas tanto o más que antes. La forma de su presentación tradicional consiste en ofrecer un argumento fundado en principios generales y no en ejemplos extraídos de los problemas particulares de la técnica o de la administración, como se hacía en los textos egipcios o mesopotámicos".[5] El mérito de la cultura griega fue el de iniciar el ejercicio científico partiendo de la razón lógica.

El ejercicio científico más representativo, sin la contaminación de las experiencias de lo material, fue el cultivo de las matemáticas y dentro de ellas la geometría. Dentro de estas disciplinas fue que generaron los métodos de inducción y deducción para, partiendo de ellos, presentar una demostración o una explicación.

La escuela de Atenas. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 189

De las aplicaciones de las matemáticas para buscar soluciones a problemas planteados meramente a escala racional, se pasó a la consideración de que la realidad tenía su fundamento en la razón. Ya que la razón podia dar claridad a lo real mediante la introducción de un orden y, a partir de él, proporcionar una explicación, se terminó por concluir que sólo lo racional podía ser real, que la realidad tiene su traducción racional en el lenguaje de las matemáticas.

La inmensa mayoría de los avances griegos en el ámbito de la técnica, a pesar de que éstos participaron para lograr la conquista de conocimientos más complejos para llevar a la ciencia a otros estadios no fueron reconocidos en ese sentido por la intelectualidad griega, que siempre negó el contacto de la ciencia abstracta con la realidad circundante pues no eran campos, para ellos, que pudieran tener algo en común.

A pesar de las múltiples diferencias que tuvieron entre sí las ciudades de la Grecia antigua, resguardada por su unidad religiosa, en general, su cultura fue particularmente homogénea dando con ello continuidad al desarrollo de la técnica, la ciencia y la filosofía. Los primeros en manifestar avances sustanciales en el estudio de la filosofía, y dado que al principio no se distinguió claramente entre conocimientos científicos y filosóficos, también manifestaron avances por lo que se refiere a conocimientos científicos, fueron los jonios, quienes poblaron, debido a la presión que sobre ellos ejercieron los persas, amplias zonas de la franja mediterránea, desde la actual Marsella hasta las costas orientales del Mar Negro. Dentro de las ciudades griegas que se distinguieron por ser la cuna de la cien-

5 John D. Bernal, *La ciencia en la historia*, p. 181.

cia griega se encuentra Mileto, cuya estratégica posición en el Mediterráneo le permitió un estrecho contacto con las antiguas civilizaciones orientales.

De esta época surgen nombres muy conocidos, a pesar de que muchas de las noticias que de ellos tenemos provienen, en su mayor parte, de la tradición oral, que dan cuenta de los alcances logrados por el genio especulativo de los griegos como Tales de Mileto, Heráclito, oriundo de Éfeso, Pitágoras de Samos, Empédocles de Sicilia. Todos ellos aún en nuestros días son reconocidos por sus enormes contribuciones a diversas ramas del saber, y fueron ellos que lograron crear un ambiente propicio a la reflexión y colocaron las primeras piedras de lo que ahora conocemos como ciencia –y filosofía–. "El gran valor del periodo inicial del pensamiento griego consistió en su intento de resolver todas las cuestiones de un modo simple y concreto. Así, se hizo la tentativa de formular una teoría del mundo –de cómo se formó y en qué manera actúa– en función de la vida y el trabajo cotidianos".[6]

A pesar de que aceptamos que fueron los griegos quienes dieron el inicial impulso hacia lo que constituiría la ciencia, los que en definitiva tuvieron éxito en su intento, lo cierto es que no fueron los únicos sabios que se encontraban tras una explicación sobre qué es el mundo, cómo está constituido o cuál es su significado. Hijos de la Edad de Hierro también lo son los sabios autores del Eclesiastés y del Libro de Job, al igual que Gautama en la India, Lao-Tsé y Confucio en China. Y, como lo hemos señalado en diversos momentos, es importante dejar constancia de que, no obstante, los enormes obstáculos que representaba la realización de largos viajes, el contacto entre sabios y doctrinas, sus mutuas influencias, marcaron las obras de unos y otros. Por su parte, los sabios griegos llevaron su saber, sus descubrimientos e inquietudes hasta convertirlos, no en un cuerpo de doctrina, sino en un detonador de otros saberes, e inquietudes de otros pueblos.

Después de esta primera época aparecen otros nombres, cuyos desarrollos van mucho más lejos, aunque toman en cuenta –a veces para señalar lo que a su juicio fueron errores que cometieron sus predecesores– el pensamiento de, por lo que se refiere a este punto, sus maestros. Aquí encontramos a personajes de enorme peso en la cultura de su época y de los tiempos posteriores como los llamados sofistas, también a la tríada conformada por Sócrates, Platón y Aristóteles.

En el transcurso de la historia la ciencia va transformándose, va cambiando para convertirse en el instrumento más poderoso del hombre para conquistar su entorno. Cada época tiene su propio ideal de ciencia; pero siempre sin cambiar su base como conocimiento abstracto, aunque se reconozca el importante papel que desempeña en la fundamentación de nuevas tecnologías, al igual que en otros diferentes ámbitos cognoscitivos como lo es en la filosofía, por ejemplo.

Sin embargo, la ciencia tal y como la conocemos hasta el momento, debido a que su punto de partida y su fin no son la persona humana, sino el conocimiento racional con objetivos mercantiles, eclipsa al hombre y hace que se extravíe y confunda hasta el grado de que no se reconozca y hasta se olvide de sí mismo en sus propias obras, no se percate del porqué y para qué de su tránsito por la vida.

6 *Ibid.*, p. 187.

La filosofía

En un principio fue el caos, como señalan varias doctrinas antiguas. Es decir, en el principio de los tiempos no existía un orden determinado en la naturaleza. Quizá debamos –con la debida mesura– interpretar ese relato como la declaración de la incapacidad que tenían los hombres primitivos de hacer comprensible el mundo en que vivían. Todo se encontraba disperso y revuelto, por lo que cualquier pretensión de acercarse al mundo, a la naturaleza para comprenderla e interactuar con ella, tropezaba con el obstáculo insalvable de no contar con ningún punto de apoyo que le sirviera para cumplir ese objetivo. De ahí –y esta es una manera de explicarnos a nosotros mismos algo que no podemos entender a plenitud, porque de alguna manera no nos sentimos en total desamparo ante el mundo– que el primer intento de organizar comprensiblemente el universo sea dado a partir de la religión para después hacerlo a través de la filosofía, y esa fue obra del genio griego.

Es difícil decidir sobre cuál fue el mayor logro del pueblo griego. Sin duda su arte, como ha sucedido a lo largo de los siglos precedentes, ocupará un lugar destacado en cualquier argumentación al respecto, o su teatro, o el desarrollo al que llevaron a las ciencias de su época. Es evidente, por otro lado, que tal vez éste sea un falso problema: los diversos aspectos de la compleja civilización griega forman un todo indivisible, del cual no es posible destacar uno de ellos por encima de los otros, ya que adquieren pleno significado en la riqueza de sus mutuas relaciones.

Por su importancia, en el caso de que se tuviera que escoger un aspecto determinante que diera cuenta, que fuera el hilo conductor entre las magnas obras griegas, y que las pudiera conjuntar y explicar en toda su magnificencia, ese aspecto aglutinador sería la filosofía, de la cual los pensadores helénicos son considerados con toda justicia sus iniciadores.

Desde la más remota y obscura noche de los tiempos la humanidad ha ido conquistando su entorno. Tanto el mundo físico que le rodea –desde su aterrado y reverente asombro ante una naturaleza amenazante, muchas veces mezquina y hostil– hasta su propio mundo interno que la ha conducido a las elevadas cimas del arte y de las ciencias, así como a las profundidades de sí misma para preguntarse, para descubrir su vocación y su destino.

Los pueblos antiguos entendieron y vivieron la realidad a través, primero, de un cúmulo de creencias y de prácticas mágicas, que les permitieron interactuar en él y alcanzar estadios superiores de civilización, para después entenderlo mediante la religión y la filosofía. Antes de la creación de esta última por los sabios griegos, no existía ningún sistema que diera cuenta, que hablara por la totalidad del género humano.

Cada pueblo, cada grupo humano mantenía una relación privilegiada con sus dioses particulares: cada uno de ellos había sido elegido y lo distinguían de manera especial por encima de los otros. Así, no podía existir nada que cobijara bajo un mismo manto a todos los hombres y mujeres, que fuera su común denominador sin que importara tampoco el aspecto temporal, que si bien es una referencia de su tránsito por la tierra, no es tampoco el aspecto determinante de su esencia, ni de sus valores más elevados como el ser más prominente de la *creación*.

Con la aparición de la filosofía el hombre se preguntó inicialmente por el origen de todo lo que le rodeaba. Algunos propusieron, y esto es de la mayor relevancia porque ya no se atribuye el nacimiento de toda la naturaleza a una voluntad divina, sino que se ensaya una explicación cuyo soporte es únicamente su limitada razón humana, que la génesis del universo se encontraba en algún elemento de la naturaleza como la tierra, el agua, el fuego, el aire, o también en la combinación de algunos o de todos ellos. Y así por primera vez el ser humano se percató racionalmente de la unidad intrínseca de la naturaleza, que todo lo que conforma la realidad tiene un origen común.

El siguiente gran paso consistió en descubrir –o proponer– cuáles serían las características del hombre, las que le son propias y que lo distinguen del resto de los seres de la naturaleza, es decir, que sin importar las diferencias que como individuos pudieran encontrarse, señalar los atributos del ser humano como género. Para ello fue necesario primero que el propio ser humano se convirtiera en el objeto primordial de la reflexión filosófica. Y de esa tarea se encargó el genial Sócrates.

Después de interrogar a la naturaleza por su origen y por su manera de presentarse ante los ojos de los humanos, el hacer motivo de reflexión al propio hombre representa el acceso a una nueva etapa de pensamiento que, a partir de entonces, se ha convertido en una tarea permanente, porque nada de lo que existe adquiere significado alguno si no es en relación con el hombre, incluso él mismo. Mas la apertura que Sócrates hace del tema coloca el acento en aquello que es verdaderamente fundamental y razón íntima de la existencia del ser humano como tal: más allá

Sócrates y Platón. F. Cardini, et. al., *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 214

de toda definición posible de lo que se pueda denominar ser humano, existe un comportamiento apegado a la moral cuyo sentido y dirección es el bien y que perfecciona todo aquello que por distintivo pueda definirlo. Sin la realización de una conducta dirigida éticamente, el hombre no abandona el reino de la naturaleza del cual surge como una parte más, todavía indiferenciada de la materialidad inanimada.

Es bien conocido el hecho de que Sócrates no legó a la posteridad ningún texto escrito, que casi todo lo que de él se conoce se debe a la pluma de su discípulo Platón (cuyo nombre real era Aristocles), quien a la edad de veinte años abandonó su vocación de poeta para seguir las enseñanzas de su maestro.

Sin embargo, a pesar de la enorme influencia de Sócrates, Platón realizó una obra muy propia al grado de que es muy difícil diferenciar el pensamiento de cada uno de ellos. El personaje central de prácticamente toda la obra de Platón es Sócrates; pero las ideas que aquel pone en boca de su maestro van evolucionando hasta presentar a un hombre no solamente signado por un comportamiento moral, sino también preocupado porque éste se realice plenamente en y con la sociedad, como lo muestra en su obra conocida con el nombre de *La República o de lo Justo*, en la que muestra que la perfección del hombre –aunque no soslaye su importancia– no es meramente una acción individual, ya que su vida se desenvuelve en compañía de otros seres semejantes a él y es conjuntamente con ellos que adquiere la calidad de humano. Es decir, el hombre es una entidad social.

A partir de que Platón elabora su doctrina filosófica y la va dando a conocer a través de sus obras escritas, a pesar de que no confiaba mucho en el valor de los libros como instrumentos reales para propósitos educativos,[7] y por el ejercicio de la docencia –él funda en Atenas la Academia en 388 que, según Copleston,[8] podría ser considerada la primera universidad europea, cuyo lema inscrito en el pórtico señalaba "que nadie ingrese aquí si desconoce la geometría"–, su pensamiento y su figura llegan a ser casi objetos de veneración. Durante la Alta Edad Media para referirse a Platón se le adjetivaba *divino*.

La Academia sobrevivió a Platón muchos años, durante los cuales se pueden apreciar diferentes etapas, en las que más o menos se mantuvo viva la herencia de su creador. Aquí, es importante señalar que la misma doctrina platónica deja ver que fue influenciada por elementos pitagóricos, cuya presencia se va haciendo cada vez más evidente con el paso del tiempo, conjuntamente con la introducción de otras interpretaciones de la doctrina del maestro. Esta situación llegó al grado de que los llamados neoplatónicos –que los hubo en todas las épocas– aunque se esforzaron, no siempre pudieron mantener, sobre todo en los últimos tiempos, el pensamiento platónico original.

Este punto es de relevancia debido a que para la época del Renacimiento, la presencia actuante de un grupo de pensadores que se denominaron Neoplatónicos deja sentir su peso, pero la doctrina que dicen sostener se encuentra fuertemente influenciada por elementos de doctrinas secretas orientales, de origen mucho más antiguo que el propio fundador de la Academia. Este señalamiento de ninguna manera es negativo, sólo indica el hecho de que esas ideas o doctrinas, aunque no siempre reconocidas abiertamente, mantienen su vigencia y muestran la permanencia del oriente en las grandes manifestaciones culturales de occidente.

La enorme influencia que ejerce Platón, aunque en algunas épocas pareciera declinar y hasta casi ser olvidado, como ocurre en la Baja Edad Media en la que la figura de Aristóteles llena esos siglos, no se pierde, sólo se mantiene en la penumbra, nutriendo el germen de otras ideas y doctrinas, para resurgir –aunque con las huellas de cada época– y dar nueva vigencia a las antiguas ideas del origen y destino divinos del ser humano.

Si tanto Sócrates como Platón señalaban, aunque con diverso énfasis, el aspecto

7 Frederick Copleston, *Historia de la filosofía*, p. 155.

8 Ibid., p. 154.

del comportamiento moral (social) como definitorio de lo humano, Aristóteles, a su vez discípulo de Platón apuntaba hacia otra dirección, quizá para marcar una línea divisoria entre su maestro y él, puesto que afirmaba ser amigo de Platón, pero más de la verdad, que propone, dentro de una línea lógica rigurosa que lo definitorio, la esencia del ser humano además de su sociabilidad, es que el hombre es un ser racional.

A pesar de las diferencias que pudieran darse entre las diversas líneas de pensamiento de estos tres grandes personajes y, en general, entre los filósofos helénicos, lo importante es el hecho de que a partir de ellos se puede hablar, por primera vez en la historia, del reconocimiento de la unidad indisoluble que guarda toda la naturaleza incluyendo al ser humano; asimismo, del reconocimiento de que, sin importar las diferencias, todos los hombres son sujetos de una definición común a partir de su racionalidad. El significado último de todo esto es que desde entonces se puede usar con plena rectitud el concepto de *universo* para referirse a todo lo existente y así poderlo considerar como sujeto posible de estudio. No existe nada en la realidad que quede al margen de la necesidad, facultad y derecho de conocimiento y capacidad de transformación del ser humano. Nada de lo propio, nada de lo humano le es ajeno.

No obstante sus inmensos logros la civilización griega conoció la caída. Fue permanente la rivalidad entre las grandes ciudades estado, cada una de ellas deseaba para sí la hegemonía, imperar sobre las demás; no las contuvo ni siquiera la ignominia de traicionarse entre hermanas ante poderosos enemigos externos. El propio Alejandro Magno, que durante un corto tiempo logró unificar bajo su mando a la Grecia toda cargaba el pesado fardo de, entre los mismos griegos, considerársele extranjero; sólo su poderío militar y su habilidad política hicieron posible que fuera admitido en los juegos Panhelénicos, los encuentros deportivos en los que participaban únicamente los hombres que representaban a sus respectivas ciudades y que, por derecho de sangre, se les reconocía netamente su calidad de ciudadano griego.

El término de la breve vida de Alejandro fue el arranque para que, de nueva cuenta la disgregación, la voluntad independentista e imperial hiciera presa de las ciudades estado, y con la falta de unidad entre ellas caer bajo el dominio de una nueva potencia: sus antiguos vecinos, los romanos, que de ser un modesto grupo fundamentalmente agrícola asentado en las profundidades del Lacio, en la Península Itálica, su propia necesidad de supervivencia, de mantener unas fronteras seguras, los empujó a defenderse de múltiples enemigos hasta llegar a conformar un poderoso imperio que abarcó más allá de su natural esfera de dominio en el mar Mediterrá-

Alejandro Magno montando a Bucéfalo. ***Historia universal del arte*****, vol. 2, p. 197**

neo, al que con una actitud muy propia de su mentalidad llamaron *mare nostrum*.

Con la invención de la filosofía el genio griego tiene un perenne lugar en la historia de la humanidad. Mas la filosofía no es ni una pieza de museo, ni un saber antiguo que sirve para construir comentarios eruditos. La filosofía en el concierto de la cultura humana es la piedra de toque de todo posible conocimiento; es, quizá, el instrumento más poderoso para transformar a su propio inventor y conducirlo a la conquista de sí mismo bajo la divisa *scito teipsum*, conócete a ti mismo.

De ahí que Alfonso Reyes –ínclito mexicano– destacara a lo largo de su inmensa obra el papel primordial que le tocó desempeñar a Grecia a través de la filosofía como modeladora de la cultura universal. En su ensayo, "*De cómo Grecia construyó al hombre*", que en su origen fuera una reseña bibliográfica sobre la obra de Werner Jaeger, *Paideia*, Reyes muestra que la herencia de Grecia al mundo va más allá de la ciencia y la filosofía.

La preocupación fundamental de la cultura griega fue el Hombre encargado de dar cumplimiento a las más elevadas tareas: construirse –generosamente entendida– a sí mismo, la primera. Esa cultura que concibió al hombre como la medida de todas las cosas, le dio también una dimensión humana al conocimiento, de ahí que "al colar por el tamiz de la razón el espectáculo del universo, el griego –primero entre todos los pueblos– lo concibe como una estructura de conjunto, como un organismo sujeto a leyes universales. E interpreta su deber terrestre como una investigación de esas leyes, para aplicarlas a la conducta humana y dar así al hombre su verdadero lugar en la naturaleza".[9]

En esa construcción del hombre en la que Grecia es la primera en poner manos a la obra, y que después es retomada y continuada por la cultura occidental, juega un importante papel en la dotación de las cualidades básicas de orden moral y cívico al ciudadano, tanto la comedia como la tragedia y, de una manera especial, la historia por cuanto ella es el recuento de lo pasado con objeto de hallar un sentido al presente para, en última instancia, poder descubrir la vocación y el destino del pueblo griego. La tragedia dota de un sentido heroico a la vida terrestre del ciudadano, al igual que el Hombre reconoce esa vocación, ese deber ser, en su lucha –cuya victoria se le niega de antemano– por cambiar lo ineluctable.

Cuando la sociedad griega decae y no puede siquiera reconocer sus debilidades para enfrentar las calamidades y las guerras, aparece la comedia –Aristófanes– en su papel de crítica para fustigar a quienes ya no encarnan el ideal, lo rehuyen tras una cortina de sofismas, y señalarles que el camino es de regreso hacia la vida varonil y heroica, a la vergüenza, al respeto de la ley, tal y como dice la historia que algún día sucedió entre sus pueblos.

En la educación del pueblo griego los poetas, artistas y filósofos jugaron un papel de primer orden, asumieron el compromiso que simplemente por ser ciudadanos les correspondía tomar. A pesar de las enormes limitantes, de tantas situaciones adversas que impedían o retardaban la consecución de los más elevados sueños que un pueblo pudiera tener, las poderosas fuerzas educadoras se abrieron paso ensayando todos los caminos,

9 Alfonso Reyes, *Antología*, p. 144.

muchas veces sin poder reconocer claramente sus huellas, para hacer posible la superación del hombre mediante la convivencia social, vale decir, a través del mejoramiento moral. Ese fue el ideal que quisieron actualizar con mayor esplendor los hombres nuevos del Renacimiento.

La historia

Ahora sabemos que Grecia sucumbió porque fue incapaz, a pesar de la grandiosidad de su cultura, de apartar de sí el duro yugo de la sed de poder, sus luchas fratricidas sólo la condujeron finalmente a doblegarse ante sus enemigos, siendo sus vencedores definitivos los romanos.

La enorme vitalidad romana necesitaba de amplios espacios, de ahí que su genio guerrero se complementara con el político para lograr imponer a cada pueblo que conquistaba no sólo su superioridad bélica, sino lo más importante, su propia visión del mundo. El éxito de esta empresa queda suficientemente demostrado por el hecho de que, en lo concerniente al desarrollo de los idiomas, muchos de los actualmente hablados por un importante número de personas tienen su origen, precisamente, en la fusión de los idiomas nativos de los pueblos conquistados por los romanos y –en su versión vulgar– la propia lengua del conquistador.

Y hablar una lengua implica, ni más ni menos, tener acceso a una forma de pensamiento y a una toma de posición ante la vida. Durante muchos siglos, para establecer una comunicación objetiva y eficiente entre individuos de muy variado origen y preparación académica, se utilizó el idioma romano, el latín –en su versión culta– como lengua co-

El arco de Constantino y el Coliseo, obras clásicas de la civilización romana. F. Fernández Rangel, *Las grandes universidades de Iberoamérica*, p. 15

mún. De esta manera la continuidad, difusión y objetividad del conocimiento científico quedaron aseguradas.

Los romanos tomaron de la civilización griega casi todo: imitaron su arte, su escultura, su teatro, su filosofía, su sistema educativo, con las debidas distancias; también su sistema político, es decir, su manera de practicar la democracia y, paradójicamente, hasta sus vicios. Sin embargo, esta cultura griega, a pesar de ser la base de la romana, quedó como eclipsada; fue imitada pero mantenida casi oculta. Este es un fenómeno que muestra igualmente el carácter egocéntrico de la civilización romana al hacer suya la cultura griega, elaborar sobre ella otra cultura ya muy propia, y a la vez no difundir, no propagar la fuente de donde abrevaron, y así los grandes logros de los sabios y pensadores griegos fueron quedando casi olvidados, casi al borde de la desaparición total.

Todo nace y muere, y también los romanos conocieron la derrota. Los bárbaros del norte –todos los bárbaros de allá proceden–, tribus de origen germánico lograron doblegar a la altiva Roma, capital del Imperio Romano de Occidente, y saquearla en el

año 410, comandadas por el visigodo Alarico. La otra parte del Imperio Romano, la de Oriente, cuya capital fue la milenaria Bizancio, se mantuvo de pie todavía por varios siglos más, y tuvo el mérito de preocuparse por mantener viva la herencia de la llamada cultura grecolatina, es decir, la amalgama de la cultura de la Grecia clásica con la romana como algo que le fuera por naturaleza muy propia. Es sintomático que el emperador de Bizancio no se denominara a sí mismo con el nombre latino de *rex* o *caesar*, sino con su traducción griega *basileus*. De ahí que ante la aceptación directa, tácita de la cultura helénica en el ámbito oriental, se da pie a plantear la pregunta, al ver que ésta es completamente asimilada a la cultura occidental como si fuera pertenencia indiscutible suya: ¿qué tan occidentales fueron los griegos?

La desaparición del poderío romano en Europa abrió paso al encumbramiento de otros pueblos en el área del Mediterráneo, el más pujante y poderoso de ellos en ese momento, el árabe, logró imponerse y dominar toda la zona por varios siglos –como ya vimos en el tercer tomo de esta obra–. Su expansión tuvo un formidable acicate en el mandato sagrado de difundir su religión, el islam.

Alarico. Medallón de un díptico consular. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 1, p. 415

La nueva religión que irrumpe en el área del Mediterráneo tiene su origen, hacia el año 610, en una visión. El Arcángel Gabriel le anuncia a Mahoma que él será profeta de *Allah*, al igual que Abraham, Moisés y Jesús. A partir de entonces Mahoma, junto con un grupo de seguidores, se da a la tarea de difundir la buena nueva. A la muerte del profeta sus sucesores, a pesar de las disputas internas, logran llevar el islam, cuyo significado es sumisión o entrega a Dios, hasta lugares tan distantes y opuestos como el Cáucaso, la India, el norte de África y la misma España; su decisión de convertir infieles no se detenía en miramientos sobre los métodos a usar, si era necesaria la violencia, la usaban sin tasa ni medida.

Si el islam unía a los pueblos árabes, las disputas por el poder los entregaba a una lucha fratricida. Así, no obstante haber derrotado los abasidas a los omeyas, prácticamente los exterminan en un *banquete* para asegurarse que no volverían a convertirse en un enemigo de cuidado. Dice la leyenda que sólo se logró salvar un miembro de la familia omeya,

Mezquita Sofía en Estambul. F. Fernández Rangel, *Las grandes universidades de Iberoamérica*, p. 16

que huye a España y funda el califato de Córdoba, hecho que tendrá hondas repercusiones en la historia del mundo entero, porque aún más allá de la disensión y de la lucha los pueblos árabes mantienen una unidad cultural, les preocupa profundamente el desarrollo de las ciencias, y a ellos, a los árabes, se debe la preservación y difusión de conocimientos que para los occidentales ya habían quedado casi en el abandono y en el olvido.

Los abasidas trasladan la capital del reino a Bagdad y allí en el año 830 fundan la llamada *Casa de la Sabiduría*, que alberga además de una enorme biblioteca y una escuela, una sección de traducciones donde se vierten al árabe las obras de Platón, Aristóteles*, Galeno*, entre otros muchos más; esto sin olvidar que también aceptan y desarrollan las matemáticas que aprenden directamente de la India, de donde provienen precisamente los números *arábigos*, y no es desconocido que copiaron de los chinos un artefacto que después fue de uso común entre los navegantes, la brújula.

En su momento los árabes fueron un verdadero detonador de las artes y las ciencias en un mundo occidental que había caído en un verdadero obscurantismo. Mientras Bagdad mantenía viva la llama del saber en el Cercano Oriente, en España la dinastía de los omeyas fundaba la Escuela de Traductores de Toledo, en la que también se les prestaba la máxima atención a los sabios griegos además de otros de diverso origen, y en donde trabajaban en un ambiente de sincera tolerancia, respeto y camaradería tanto musulmanes, como judíos, cristianos y demás. Lo que a los occidentales romanos en el fondo no les importó, rescatar y difundir la cultura griega, para los orientales árabes fue la piedra de toque del desarrollo de su conocimiento científico.

Mas es necesario reconocer que en Europa, a pesar de los avances y desarrollos que dieron a diversas áreas del conocimiento y la téenica, los árabes siempre fueron considerados como invasores, a tal grado que fue casi permanente la lucha que, contra ellos libraron, por ejemplo, los reyes de España hasta lograr expulsarlos de su territorio, lucha que por otro lado duró alrededor de ocho siglos.

En todo el territorio europeo a lo largo de estos siglos se fueron gestando los estados nacionales que actualmente conocemos. Surgieron de enconadas luchas entre diferentes grupos y bandos. Los mapas que señalaban los poderes existentes en cada una de las regiones tuvieron sucesivos y a veces vertiginosos cambios, la inestabilidad fue como una forma normal de vida en la que solamente los más fuertes tenían alguna posibilidad de sobrevivir, y los más fuertes y afortunados de esos grupos llegaron a constituir el núcleo de lo que a la postre serían cada una de las naciones.

Al interior de lo que llegarían a ser los países que conforman en definitiva el mapa del continente europeo, la lucha se concentró entre dos campos bien diferenciados aunque provenientes de un origen común: la monarquía y la aristocracia feudal. Ambas potencias buscarían, en la esfera de su influencia y de acuerdo con el alcance de su poder, promover el nacimiento de instituciones universitarias que les permitieran consolidar y acrecentar el predominio de sus intereses.

En el espacio geográfico que comprende el mar Mediterráneo se encontraron las influencias recíprocas de los tres continentes entonces conocidos: Asia, África y Europa. Cada uno de ellos, usando como vehículo ese medio marítimo compartido, aportó al acer-

vo común el producto de sus largos años de desarrollo. Muchas ocasiones el contacto entre estas diferentes culturas y civilizaciones les permitió trabajar en equipo, productivamente; otras, provocó desavenencias, choques, guerras.

De ahí que al arribar al siglo XV y encontrarse menguada la capacidad de respuesta, o de defensa de muchos de los reinos circundantes del Mediterráneo, se dieran las condiciones más favorables para que, en este caso, los turcos lograran apoderarse de la capital del Imperio Romano de Oriente, Bizancio, sobre cuyos ejércitos ya habían obtenido muchas victorias que se iniciaron desde 1301, pero que no habían tenido la contundencia y la larga cadena de consecuencias como la que esta última victoria alcanzada traería para la historia del mundo, después de cuarenta y cinco días de asedio y bombardeos con balas de la nueva y efectiva –por lo mortífera– arma de fuego, el cañón. Con la victoria de los turcos sobre los ejércitos de Bizancio, no solamente cambiaba el nombre de la ciudad por el de Constantinopla, nombre con el cual será desde entonces conocida por las nuevas generaciones, sino cambiaría sobre todo el mundo.

Las clases sociales en la Edad Media. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 254

Con la pérdida de Bizancio para los países occidentales se cerró una de las principales rutas de comercio con Oriente, que ahora, al quedar en manos de los turcos lo hacía más caro y más difícil. Ello obligó a la búsqueda de nuevas rutas de comercio entre Europa y Oriente, empeño que no les era ajeno desde hacía mucho tiempo, pero que para ese momento resultaba urgente y prioritaria su solución. Ahora, el hecho de que Bizancio hubiera caído en manos de los turcos, se toma como un parteaguas para deslindar épocas y procesos históricos, pero es importante reconocer la existencia de otros tantos caminos que conducirán hacia transformaciones profundas en todos los órdenes de la vida, cuya manifestación no tan notoria o relevante y, sin embargo, de consecuencias de la máxima importancia, como los avances de la ciencia, de la técnica, de la organización social, que hacen posible que los acontecimientos más notorios, lo sean con relación y sólo en la medida en que aquellos que los provocaron nos parezcan disminuidos o irrelevantes. De ahí que se tome el año de 1453, con la caída del Imperio Romano de Oriente, como el fin de la Edad Media y, asimismo, el inicio del Renacimiento.

Como hemos visto a lo largo de estas páginas, paralelamente se gestan muchos procesos históricos cuyas relaciones e influencias darán lugar a los grandes acontecimien-

tos, así también paralelamente al proceso en que se gestaba el nacimiento de las universidades, también surgía un nuevo tipo de personaje y de profesión, la de intelectual, es decir, la del trabajador urbano cuyo oficio –en contraste con la mayoría de las actividades que estaban vinculadas con la agricultura– era el de ser maestro. Apenas con excepciones, el intelectual, el maestro, era clérigo y su labor como docente era una más entre otras que podía ejercer, como la de desempeñarse al servicio de la élite dominante, ya que la principal era estar al servicio de Dios.

En un mundo occidental en el que las luces de la cultura no se encontraban encendidas en todas las cabezas, en el que casi a flor de piel asomaba todavía el bárbaro, el intelectual va rescatando lenta, trabajosamente del olvido a los antiguos autores, a través de la influencia de otros intelectuales provenientes de culturas, con frecuencia muy distintas a la suya, y los va reconociendo como autoridades, va atesorando los conocimientos que finalmente dará a sus alumnos bajo reglas bien establecidas, ya que el oficio de maestro, como el oficio de alumno, estaba reglamentado por disposiciones muy estrictas, dictadas por medio de las organizaciones corporativas que, de acuerdo con cada actividad, existían en todas las nacientes ciudades medievales.

El hecho de llegar a ser maestro, pasando por el periodo respectivo como alumno, fue una extraordinaria opción de movilidad social, toda vez que en la Edad Media occidental el acceso a otras esferas sociales o al poder, sólo era posible mediante el nacimiento; nacer *noble* tenía la mayor importancia en una sociedad profundamente jerarquizada y conservadora. Otra forma de elevarse, o siquiera de sobrevivir, en la escala social era mediante la riqueza, pero esta opción estaba obviamente también restringida, no todos podían llegar a acumular la riqueza suficiente para lograr obtener cierto reconocimiento y ocupar algún puesto de trabajo bien remunerado y de importancia, con todo lo que ello implicaba de goce de poder e influencia.

Ante una situación como ésta, el camino más o menos *democrático* que podía ofrecer un cambio substancial en las condiciones de vida particulares de muchas personas, y que sólo exigía cierta capacidad intelectual, era la carrera eclesiástica y, a través de ella ingresar a la docencia. Al igual que la creación de las universidades y el surgimiento de los intelectuales, la ciudad misma, tal como se presenta en la Europa medieval, es un invento relativamente nuevo. Lejos se encuentran las ciudades estado de la antigüedad, donde el orgulloso habitante tenía un lugar propio, y donde el contraste de ésta con el campo era en gran medida atenuado en tanto que ambos eran una cierta extensión uno del otro, y el elevado refinamiento alcanzado aún conservaba buena dosis de ambiente rural.

Sólo los puertos y las ciudades grandes (como es el caso de Salamanca, Cambridge, Lovaina), donde el intenso tráfico de todo tipo de mercancías y los talleres artesa-nales, germen de la futura industrialización, van conformando un auténtico ambiente urbano, son los lugares en los que surgirán –si es válida la expresión– nuevos tipos humanos, nuevas formas de vivir la vida, de pensar, de hacer, además de las nuevas profesiones. La ciudad es el lugar donde la circulación, el intercambio de productos y también de ideas, a través de la oferta y adquisición de manuscritos y contactos directos entre personas dedicadas al estudio, soporta, promueve y ate-

sora la vida cultural de los intelectuales de Occidente. Aquí, el contacto entre hombres tiene la cualidad de ponerlos en movimiento y provocar cambios profundos en su manera de hacer y de pensar.

Las mercancías no son solamente los diversos productos del campo o de los talleres de artesanos, también incluyen a los libros, y su elaboración fue una actividad de importancia en los monasterios cristianos, cuyos destinatarios, además de las personas pudientes ya que su costo era elevado, eran los maestros y alumnos de las escuelas. En la ciudad se va dando el comercio intelectual, en la medida en que a pesar de que la Iglesia prohibe el cobro, por parte de los maestros con motivo de la impartición de sus clases, puesto que el universo, y el conocimiento que de él se tuviera, ésta los considera como dones que Dios ha otorgado a todos sus hijos por igual. Aun así el profesor de alguna manera debe recuperar los gastos que, a su vez, realizó para obtener tales conocimientos y los que, en su momento, representaban su propia manutención, con lo que la ocupación de docente va adquiriendo la categoría de verdadera profesión remunerada, lo que explica en buena medida la necesidad de su total reglamentación.

No sin contradicciones, no sin ritmos diferentes, va surgiendo la llamada Cultura Occidental. Mientras se consolidaba el *espíritu* racional: los métodos rigurosos de raciocinio, la batalla por la precisión científica, en los monasterios cristianos este movimiento adquiere un importante impulso, pero sin perder su inclinación al misticismo, como un mutuo apoyo entre la fe y la inteligencia y la razón.

De esta manera, en el ambiente monástico y citadino, en el que la circulación de las ideas y los libros hace posible que por primera vez se recojan muchas de las tradiciones que la humanidad, en su conjunto, elaboró por generaciones a través de las diferentes civilizaciones y culturas, y como culminación de este largo tránsito, se dé la unión entre la filosofía griega y la religión cristiana. Los intelectuales occidentales reconocen y hacen suya toda la tradición helénica y con los instrumentos intelectuales que extraen de ella, contemplan con nuevos ojos su entorno, su vida y su religión. Entre otros muchos, los llamados *Padres de la Iglesia*, santo Tomás y san Agustín, hacen presente en su tiempo, con todas las consecuencias que ello implica, las filosofías de Platón y Aristóteles.

Evidentemente a partir de las traducciones y comentarios de los sabios árabes se dan a conocer los más importantes filósofos de la antigüedad griega y de otras culturas orientales, e inauguran toda una corriente tanto filosófica como de interpretación y consolidación teórica del cristianismo: la escolástica, cuya distinción fundamental es la aplicación de la metodología de la razón lógica al estudio de la naturaleza de Dios, que será de la máxima importancia en el desarrollo de la cultura de Occidente, toda vez que llega a ser una bandera contra quienes intentan conducir a la religión cristiana por derroteros que se consideraron ajenos a ella, además de establecer reglas estrictas para lograr el acceso al conocimiento científico por medio del razonamiento lógico.

Un problema cuya solución o hasta meramente su enunciado suscitó enormes controversias fue el llamado Problema de los Universales. "Porfirio, el neoplatónico discípulo de Plotino, había comentado la lógica de Aristóteles en su *Isagoge*. Este libro, conocido por Boecio y a su vez comentado por él,

tuvo una importancia preponderante en el planteo de la teoría del conocimiento medieval. En el *Isagoge*, Porfirio resumía el problema del origen de las ideas en Aristóteles y proponía tres preguntas: 1, ¿Existen los géneros y las especies en la naturaleza o tan sólo en el espíritu? 2, ¿Son estos géneros y estas especies incorporales o corporales? 3, ¿Pueden o no separarse de los objetos de los sentidos?"[10]. Este problema llenó toda una época cronológica e intelectual en Europa, y marcó definitivamente el desarrollo de las universidades, pues varias de éstas tuvieron la exclusiva o al menos alguna autorización especial para incluir a la Teología, en última instancia, la escolástica, dentro de su plan de estudios, como fue el caso sobre todo de la universidad de París, a la que siguieron en este sentido las de Bolonia y Salamanca.

La escolástica significó además de un movimiento para llegar a un mayor y mejor conocimiento de Dios y así lograr la salvación eterna, también un instrumento de lucha contra quienes intentaban, mediante las más diversas interpretaciones, conducir a la religión cristiana por caminos diferentes a los señalados por la ortodoxia. Ortodoxia que, por otro lado, apenas fue iniciada por san Jerónimo en el siglo IV, mediante su obra escrita tendiente a perfeccionar la vida monástica y otras obras religiosas, incluyendo su traducción de la Biblia conocida como la *Vulgata*, aceptada como la versión oficial de la Iglesia católica durante el Concilio de Trento*.

Todos estos largos caminos que la humanidad ha transitado desde los más remotos tiempos de los que se pueda tener memoria, han conducido, han cristalizado en el momento en que después de un prolongado proceso de gestación aparece la primera universidad.

Se plantea el problema de cuál de las universidades fue en realidad la primera, entrando en la disputa quienes afirman, por un lado, que la de Bolonia merece tal reconocimiento, mientras que por otro, los partidarios de la de París afirman que ésta es la que debe ostentar dicho mérito. Sin ánimo de participar en la controversia, sirva la referencia sólo para señalar, al respecto de la historia de las universidades, que es frecuente encontrarse en el terreno de las conjeturas, de lo incierto, por cuanto no siempre se tienen las fuentes completas y, sobre todo, confiables que permitan hacer aseveraciones firmes e incontrovertibles al respecto. En todo caso, sin que parezca que se soslaya la importancia del tema, lo verdaderamente fundamental es reconocer que la creación de las universidades fue, si se quiere, un pequeño paso para la serie de hombres que individualmente han participado, sin importar el tamaño de su contribución en la magna obra, pero un gran paso para la humanidad en el encuentro y conquista de sí misma.

Con la caída de Roma acaecida en el siglo V, la formación de diversos reinos de origen germánico en su territorio y la pérdida de toda autoridad por parte del último emperador romano, Rómulo Augústulo en el 476, dicen los estudiosos, se abre la etapa histórica llamada la Edad Media. A partir de entonces hasta la consolidación del feudalismo, siglo XII, se la da por nombre la Alta Edad Media. La Baja Edad Media va entonces del siglo XII al XV. El término de la Edad Media se sitúa con la caída de Bizancio, capital del

10 Ramón Xirau. *Introducción a la historia de la filosofía*, p. 128.

Imperio Romano de Oriente, hacia 1453 en manos de los turcos, para que a partir de entonces a esa ciudad se le conozca con el nombre de Estambul.

Existe la creencia generalizada de que la Edad Media fue un periodo de completo obscuratismo, como si lo ocurrido durante esos siglos fuera por completo prescindible. Tal opinión quizá se sustente al contemplar antes y después de esta etapa histórica dos portentos culturales: uno, principalmente el brillo de la cultura clásica griega y lo mejor de la cultura del Imperio Romano; el otro extremo es ocupado por el llamado Renacimiento, la vuelta a la cultura helenística con la recuperación definitiva para nuestras civilizaciones del humanismo* griego.

Es comprensible entonces que al tener como extremos a tales periodos históricos, aparezca diminuida con mucho la Edad Media, que a nuestra percepción se ofrezca menos valiosa y hasta definitivamente refractaria, contraria a los valores de la cultura. Sin embargo, es importante reconocer que es allí, es en ese tiempo que se alcanzaron logros por completo insospechados, sobre los cuales fueron fincándose las bases del Renacimiento y, con ello, de nuestras civilización y cultura occidentales. Cierto, durante la Edad Media cualquier avance por mínimo que fuera tuvo que vencer enormes obstáculos y muchas veces sus frutos no fueron vistos de manera inmediata. Fueron tiempos de barbarie, ignorancia, insalubridad, fanatismo, hambre para la inmensa mayoría de personas que vivieron bajo la luz del sol medieval. Pero, preguntamos, *mutatis mutandis*, si la mayoría de las personas que conforman nuestra generación –salvo, claro, las minorías privilegiadas– han superado esas condiciones que criticamos a la Edad Media.

De los siglos V al XI en Europa, con las constantes luchas por el poder entre los miembros de las diversas monarquías, ésta como institución se va debilitando y hace posible que se acrecienten los poderes locales y regionales, con lo que se abre paso a una nueva organización económica y social: el feudalismo.

El feudalismo imperó durante varios siglos al amparo de la incapacidad de un poder central, la monarquía, de aglutinar en torno suyo a las fuerzas locales que frecuentemente aspiraban a ser autónomas y hasta independientes, con lo que por otro lado, se fomentaba la ambición de otras monarquías por aumentar sus dominios a costa de los feudos centrífugos y de los propios reinos. En última instancia, durante casi toda la Edad Media la monarquía prácticamente estuvo imposibilitada para crear una nación.

La fundación de una nacionalidad como obra de las monarquías europeas del medioevo tuvo un costo social enorme, debido a que las luchas entre la monarquía y el feudo se sostenían con la fuerza física y económica de los más desposeídos. Sobre ellos pesó la enorme carga de proporcionar a los señores tanto los productos de su trabajo como gran cantidad de brazos para el manejo de las armas, para solventar los ingentes costos que cualquier campaña bélica trae consigo.

La rivalidad entre feudo y monarquía trajo consigo otras consecuencias de enorme trascendencia. El rey, como una manera de minar el poder de los señores feudales, apoyó cualquier acto que fuera en contra de sus enemigos, como fue el hecho de alentar la fundación de ciudades y, por supuesto, el fortalecimiento de la burguesía*, naciente clase social cuyos intereses históricos fueron dia-

metralmente opuestos a los de esos señores. Mas con el nacimiento de la ciudad burguesa, espacio donde la autoridad feudal no tenía ninguna fuerza real o declinó rápidamente, fue posible también la creación de la institución universitaria en su versión europea occidental.

La ciudad fue una de las condiciones que posibilitaron que la universidad fuera una realidad en el continente europeo, otras fueron el ascenso de la monarquía y el surgimiento de las naciones, además del creciente poderío de la Iglesia católica. La conjunción de todas estas condiciones no fue posible sino hasta el siglo XII, sin embargo la tendencia que se hará presente en ese siglo no se detiene en todos estos años, simplemente se mantienen en un proceso de maduración. Esta afirmación la podemos hacer, bien lo comprendemos, en la medida en que ahora es conocido el resultado de esas tendencias en la lucha de los diferentes grupos, de las condiciones objetivas tanto históricas como económicas, sociales, etc. Pero en el momento en que se van desarrollando los hechos, ninguna persona podía asegurar su desenlace, ni que éstos fueran la expresión de un rígido destino.

Es muy importante no olvidar, que en todo grupo humano la generación, preservación y difusión del conocimiento se hace de manera consciente y organizada desde una posición cercana al poder político. Éste garantiza una determinada organización social que posibilita la aparición de personas dedicadas al cultivo de las ciencias y las artes; no como un gesto meramente gracioso por parte del poder establecido, sino como elemento integrante y fundamental de su propia supervivencia.

Desde el surgimiento de las más antiguas civilizaciones, se crearon las condiciones para que sus sabios se dedicaran no solamente a hacer investigaciones sobre algún aspecto de las ciencias puras –además de que es un tema que se presta a comentarios la existencia de este tipo de ciencia en las civilizaciones antiguas–, sino de manera central a llevar el control de la compleja administración que presupone todo gobierno, aunando a ello la solución de problemas prácticos, es decir, también la generación de tecnologías en los más variados campos.

No existe ninguna civilización, por antigua que sea, en la que no se constate el hecho de que una parte importante de su vida la haya dedicado a la creación de centros de investigación, preservación y transmisión de conocimientos, es decir, centros de enseñanza, de escuelas. Todas las culturas que en el mundo han sido, todas han dejado constancia de sí mismas a través de las escuelas que fundaron: China, Persia, India, Grecia, la propia Roma son apenas unos pocos nombres dentro de una amplia lista de pueblos que han contribuido a acrecentar un acervo común a toda la humanidad.

El nombre que adopten, la denominación con la que se les pretenda identificar a esas escuelas no desdice su destino: ser la piedra angular con la que cada grupo humano que ha alcanzado un estadio superior de civilización y de cultura culmina su propia autocreación como pueblo, como estirpe generosa que, a pesar –y esto es una mera suposición– de que quizá no haya sido plenamente consciente de que era un peldaño más en el tránsito del hombre hacia la conquista de su humanización, organizadamente crea una masa de conocimientos y los transmite como parte de la herencia que con otros pueblos lega a la posteridad. Las escuelas de las antiguas civilizaciones no se llamaron universidades, porque el nombre para denominarlas fue in-

ventado en Europa durante la Edad Media, pero bien pueden resistir ser comparadas con ellas y ser consideradas su fundamento.

La religión

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo: «Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a todas las criaturas», escribe el evangelista san Marcos[11], y con ello deja testimonio de la orden que el propio Cristo dio a sus seguidores de propagar la buena nueva, la nueva religión que se conocerá como cristianismo. Los apóstoles, los testigos de la vida y milagros de Cristo, acatan la orden y cumplen con creces su cometido.

Representación de Cristo. Mosaico cristiano primitivo. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 1, p. 454

Inicialmente la nueva religión fue vista con recelo y sus adeptos reprimidos con dureza; muchos de ellos encontraron la muerte a manos de sus perseguidores, y contrariamente a lo esperado, el hecho de que el cristianismo fuera tan rudamente combatido contribuyó a que penetrara con mayor fuerza y profundidad en la conciencia de todos los atribulados por las miserias humanas. No hay que perder de vista, por otro lado, que el cristianismo tiene su origen en un ámbito tanto físico como cultural netamente oriental. La Palestina bíblica es un escenario en el que se encuentran múltiples civilizaciones que van aportando cada una a sus coetáneas y sucesoras variedad de conocimientos y perspectivas ante la vida, con lo que se van nutriendo y amasando nuevos espacios cognoscitivos y creencias.

Para los judíos su pueblo era el elegido por Dios para distinguirlo por sobre todos los demás seres y hacer que se cumpliera en él Su Voluntad. Su mentalidad de tribu no les permitía compartir a su Dios con ningún otro hombre y se esforzaron por mantenerse puros, sin mezclarse con otros pueblos. Sin embargo, este pueblo de genio propio, no puede dejar de recibir variadas influencias de otras tantas civilizaciones, el hecho mismo de que históricamente haya habitado por mucho tiempo en Egipto, receptáculo y cuna de innumerables saberes, lo marcó definitivamente, contribuyendo a que la civilización hebrea adquiriera una fisonomía característica y única.

Así, con el nacimiento del cristianismo en un entorno religioso y cultural elitista como era el israelita, marca una verdadera revolución pues contrariamente al exclusivismo hebreo, la nueva religión se abre hacia todos los hombres y les lleva el mensaje de que todos, sin distinción de ningún tipo,

11 *Sagrada Biblia*, San Marcos 16, 15-16.

son criaturas del mismo Dios con el rango nada menos que de hijos, lo cual representa en la historia de la humanidad la segunda ocasión –la primera fue a través de la filosofía griega– en que por completo queda contenida en un concepto universal en el cual, sin lugar a dudas, pueden todo hombre y toda mujer encontrar cobijo y reconocerse a sí mismos como miembros de una hermandad tan amplia que puede incluir desde cualquier ser humano, hasta todo aquello que sus azorados ojos alcancen a ver en una noche estrellada.

Las transformaciones que con el paso del tiempo va teniendo el cristianismo hasta llegar a conformarse como uno de los puntales de la Cultura Occidental, van desde su expresión como una forma de vida simple y fraterna hasta la compleja organización comandada a través de un cuerpo directivo, cuya cabeza visible y principal es el Papa, aunando a ello un conjunto de ritos y ceremonias que llegan a la magnificencia y el boato.

Pero antes de llegar a ese extremo, el cristianismo se propagó de manera rápida y profunda, inicialmente entre la enorme masa de hombres y mujeres desheredados cuyas expectativas en la vida terrenal eran de hecho nulas ante el poderío y la prepotencia de los detentadores de las riquezas y el poder. Una religión, como el cristianismo, que les hablara a esas gentes haciendo conciencia en ellas que, al fin y al cabo, los sufrimientos y las limitaciones en la vida terrestre son finitos y que después de la muerte les espera –por haber sido buenos– un paraíso de goce sin término, sin duda tenía un enorme atractivo. De ahí que a esas gentes simples, convertidas por las prédicas de los apóstoles –los testigos de la vida de Jesucristo- y sus seguidores les fuera preferible sufrir los más terribles tormentos y la muerte misma que renunciar a su fe, a su convicción de que de esa manera habían ganado un sitio allí, donde ni la ignominia ni el dolor los podrían nunca más alcanzar.

Si al principio el grupo de conversos al cristianismo fue pequeño, con rapidez se propagó por todos los rincones del Imperio Romano. Esos grupos de perseguidos y tiranizados, serenos ante la adversidad, intocados por la codicia, férreamente solidarios entre sí, hicieron exclamar con admiración a muchos: "mirad a los cristianos cómo se aman entre sí" y ganarlos para su causa, una causa noble y buena que a fuerza de humildad y amor logró conquistar al mundo.

El ejemplo de vida de los primeros cristianos fue una propaganda por demás eficiente y eficaz para convertir a su religión a otros muchos individuos pertenecientes a todos los grupos sociales. Lograron aumentar el número de nuevos conversos entre los gobernantes y poderosos, entre los ricos de toda especie. También contribuyó a la explosiva propagación del cristianismo por todo el mundo mediterráneo –que después sería todo el orbe– el que los apóstoles desplegaran un trabajo sin descanso en esta tarea. Esta labor de propagación del cristianismo tuvo momentos de verdadera relevancia y personajes de energía inagotable, como es el caso del principal propagador de la nueva religión, apenas unos cuantos años después de la muerte de Jesús, Saulo, ciudadano romano descendiente de padres judíos, mejor conocido como Pablo, quien distinguiéndose por ser uno de los más acérrimos enemigos y perseguidor de los cristianos, en el año 34 camino a Damasco se convierte milagrosamente a la nueva religión.

Así, gracias a la labor de los apóstoles y al ejemplo de las primitivas comunidades cristianas, a sólo veinte años después, su re-

ligión se encuentra expandida por lejanas regiones de Siria y la propia Grecia. La penetración del cristianismo se encontraba sustentada tanto por la labor de propagación de los apóstoles, como también por la enorme propaganda que de él hicieran las comunidades cristianas a través de su forma de vida cotidiana: "La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y un alma sola, y ninguno decía ser cosa propia suya, cosa alguna de las que poseía, sino que para ellos todo era común. Y con gran fortaleza daban los apóstoles el testimonio que se les había confiado acerca de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos ellos de gran favor. Porque tampoco había entre ellos menesteroso alguno; pues cuantos había propietarios de campos o casas, vendiéndolo, traían el producto de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía, dando a cada cual según que uno tenía necesidad".[12]

Tal fue el ejemplo que el cristianismo dio a la posteridad y en ese ejemplo se fincó gran parte de su aceptación y, por lo tanto, de su difusión por todo el mundo, a la vez que será, con el paso de los siglos y los cambios sufridos en una religión institucionalizada en un iglesia, un punto de conflicto y ruptura entre los seguidores de esta religión.

Por lo pronto, después de grandes peripecias y un sinnúmero de sufrimientos y muertes, la religión cristiana logra afianzarse hasta lograr ser reconocida, como ya comentamos, como credo oficial del Imperio Romano por Teodosio en el 392, quien al mismo tiempo declara fuera de la ley al paganismo, con lo que en definitiva se presenta el fin de la atapa primitiva del cristianismo para encauzarse por las vías de la institucionalización. Sin embargo es necesario apuntar que, desde el inicio de la era cristiana hasta ese momento, la nueva religión enraizó con fuerza en toda la cuenca del mar Mediterráneo, por lo que el emperador, en estricto sentido, no hacía sino reconocer y aceptar una situación de facto.

La importancia de la religión cristiana en el tránsito del hombre por alcanzar de manera perfecta y plena su humanización difícilmente podría exagerarse, ya que ella representa liberarse de las fuerzas ciegas y mágicas que controlaban su vida, para hacer suya, valga la redundancia, la personal decisión, de acuerdo con sus obras, de aceptar o no la salvación que Dios le tiene prometida. Para alcanzarla, no es necesario haber nacido en el seno de determinado pueblo o nación, tampoco la de pertenecer a ninguna clase social específica, ni pertenecer a un grupo. Basta con aceptar y actuar libremente acorde con el mandato de amor que Dios dio a conocer a los hombres a través de Cristo, su propio Hijo.

La obligación de propagar, mediante la predicación, el credo religioso del cristianismo, obligó a sus seguidores a coordinarse para hacerlo de una manera correcta y ordenada. Por otro lado, y en obediencia también a un mandato de Cristo –sobre ti edificaré mi Iglesia, le dijo a Simón Pedro–, se fundó la Iglesia cristiana, y precisamente san Pedro sería su primer Papa a partir del año 67, durante una de las más duras y cruentas de las persecuciones que ordena el emperador Nerón contra los cristianos, lo que contrariamente a sus objetivos, en vez de obligar a los cristianos a abandonar su religión, provocó que continuara aumentando el número de conversos.

La organización de fieles al paso de los años llegó a adquirir el carácter de institu-

12 *Ibid.*, Hechos de los apóstoles 4,32-35.

ción que, para alcanzar sus objetivos, fue separando de entre su comunidad de creyentes a un grupo de varones para que adoptaran el papel de sacerdotes de la religión. Ello planteó una serie de problemas prácticos, administrativos, económicos, teológicos, por lo que se hizo indispensable adoptar medidas adecuadas para solucionarlos entre las cuales, y de manera principal, se encuentra la de proporcionar una sólida preparación, mediante la fundación de escuelas, a quienes se harían cargo de guiar a la feligresía por los caminos señalados por la doctrina cristiana.

Propagar la fe tal era la consigna y a lo largo de los siglos se fue conformando la ortodoxia cristiana hasta constituirse como un sólido cuerpo de doctrina. Paralelamente, desde el momento en que el cristianismo se convierte en una religión de estado y se le van anexando otros ingredientes hasta llegar a los intereses políticos, pasa a convertirse en un campo de batalla en lo que muchas veces lo de mayor importancia era la lucha por defender los intereses, no la pureza de espíritu, ni la salvación del alma, ni el consuelo ante las asperezas de la vida; lejos quedaba entonces la convicción aquella de que "corta es la vida del hombre sobre la tierra y llena de tribulación".

La religión institucionalizada se convierte entonces en el marco de referencia y guía para la realización de cualquier actividad. El ejercicio intelectual adquiere ciertas características destacando la imposibilidad de que las verdades conquistadas por el intelecto humano tuvieran un acento diferente al de la religión. La más alta verdad estaba dada de antemano como revelación. De esta idea del mundo surgieron multitud de situaciones críticas, algunas de extrema gravedad, lo que condujo ineluctablemente a la comunidad cristiana hacia desencuentros y rupturas.

Una manera de explicar esta situación nos lleva a considerar que la evangelización, como tarea de una iglesia institucionalizada, tropezó al no estar en condiciones de analizar a fondo quiénes eran aquellos a los que se les entregaría la luz de la que tenían como verdadera religión. Si la imagen del mundo que nos ha legado la cultura occidental tiene su base en la Grecia clásica y el cristianismo, bien sabemos que un buen número de individuos estarían incapacitados para recibir ese mensaje, puesto que por un lado la misma cultura griega mantenía un sustrato profundamente politeísta, al grado que para ser compatible con el cristianismo –como doctrina monoteísta– se debió transitar un largo periodo de interpretación y adaptación a cargo de los padres de la Iglesia.

Por otro lado la masa de hombres y mujeres por adoctrinar, por generaciones habían profesado creencias menos elaboradas y abstractas. Mentes acostumbradas al trato con su entorno sin que existiera entre ellos y su mundo demasiada distancia ni conceptos. Quizá valga aquí la expresión hegeliana de que la fiera no se pone a filosofar ante su presa; el sujeto y su mundo mantienen una relación por demás directa, por lo que no es de extrañar que su pensamiento religioso esté completamente compenetrado de un naturalismo politeísta, lo que provocó que la Iglesia católica tuviera enormes dificultades para llevar su mensaje a esos hombres en muchas ocasiones perseguidos por sustentar creencias, a las que se les dio por nombre el de herejías, fuera de la ortodoxia establecida. Ahora entendemos que "si la tónica general de la concepción del universo está dada, en la temprana Edad Media, por las ideas cristianas, es innegable que sus acentos se manifiestan por sobre un vago y mortecino conjunto de nociones que, de algún modo, perduran y vibran en el alma del hombre. Ese conjunto de

Díptico cristiano de marfil. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 1, p. 369

nociones provenía de dos fuentes: de la tradición pagana, no destruida totalmente, y de la tradición germánica, defendida por la victoria de sus portadores. Una y otra coincidían en algunos aspectos que se contraponían al cristianismo, y aun cediendo finalmente ante él, dejarían sus huellas en ciertas deformaciones y resabios de innegable profundidad".[13]

Así, a través de este rápido recuento nos podemos percatar de que con la apropiación de la historia de los pueblos antiguos que hace Europa, haciendo aparecer el tránsito de los siglos y de las civilizaciones como mero preámbulo, prenuncio de la aparición de la verdadera cultura, la superior, la que culmina, y con ello colma cualquier esperanza y destino: la cultura occidental. Ciertamente, en nuestros días sigue vigente esa idea e, incluso, podemos decir que sigue vigente hasta la manera en que vemos al mundo, cómo nos relacionamos con él, las construcciones científicas, además de las ideas de belleza, bien, valor, la axiología toda. "Los orígenes *absolutos* de nuestra idea del mundo se remontan a la antigüedad clásica y bíblica. Pero de estos orígenes nos separa una peculiar solución de continuidad entre esa Antigüedad y nosotros, representada por la Edad Media, y una relativa continuidad entre la Edad Media y nosotros. Nuestra idea del mundo es la idea que del mundo se ha hecho *la ciencia moderna*, y ésta, tiene sin duda, su antecedente primigenio en la ciencia griega, pero en cuanto esta ciencia fue objeto del *Renacimiento*, que no fue sólo de las letras y las artes, después de una muerte o amortecimiento prolongado a lo largo de la Edad Media. Y nuestra idea del mundo es la idea cristiana del mundo, pero nuestro cristianismo dista mucho de ser el primitivo, por ser el de la Reforma* y la Contrarreforma* del cristianismo, de la disolución de la Cristiandad medieval, que se interpone entre el cristianismo primitivo y el nuestro."[14]

Precisamente porque nuestra idea del mundo nos ha sido inculcada, induciéndonos a creer que esa es la que se adecua y traduce objetivamente el mundo real, y el conocimiento que de él tenemos y podemos aspirar, ya sea científico, tecnológico, humanista*, proviene de la única fuente posible de la cultura europea occidental. Por ello nos hemos dedicado a la tarea de plantear las interrogantes necesarias cuyas respuestas nos conduzcan al reconocimiento de que la cultura occidental, si bien en la actualidad es la preponderante, no es sino una de tantas posibles en este mundo, no la única, tampoco la mejor o la única verdadera. Muchas de las creaciones que a lo largo de la historia ha realizado la humanidad son obras de todos, como lo muestran ampliamente las creaciones universitarias en el continente europeo, las cuales adquieren ciertas peculiaridades acordes con el entorno y el momento, pero cuya idea viene de muy lejos, cuando en Europa aún no existía ninguna cultura propiamente dicha.

Por otro lado, también es importante reconocer que cada generación tiene sus propios paradigmas, su propia interpretación de su pasado, de su historia, de ahí que ninguna visión del mundo sea la definitiva e inamovible, ya que ésta se encuentra en permanente construcción y responde a las necesidades de todo tipo, acorde al momento vital, espiritual de cada generación.

Ante la globalización de un mundo interrelacionado de manera cada vez más estrecha, en el que las acciones de una parte tienen repercusiones inmediatas en otra, ha

13 José Luis Romero, *Op. Cit.*, p. 115.

14 José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, p. 11.

llegado el momento en que se deba reconocer que no puede ni debe existir ningún centro único rector, que cada una de las partes que componen nuestra compleja realidad mundial tiene la obligación y el derecho de aportar al acervo general lo mejor de sí, como de hecho ha sucedido a lo largo de la historia.

La universidad y su relación con el poder

Todas las sociedades humanas en algún momento iniciaron un proceso de transmisión de los conocimientos que hasta el momento había logrado reunir esa colectividad. Ya en otros lugares de esta obra hemos comentado este tema; sin embargo, es necesario enfatizar el hecho de que, desde el momento en que se dejó sentir la necesidad de acrecentar, conservar y transmitir a las siguientes generaciones el cúmulo de conocimientos que se habían logrado reunir, los cuales se componían, además de consejos para la realización de múltiples actividades prácticas, verdadero catálogo y memoria de otros conocimientos bien fueran del orden que, actualmente, llamaríamos científicos o de otros de carácter netamente religioso, todos ellos reunidos en un solo cuerpo.

La imposibilidad de distinguir entre conocimientos de índole científica o religiosa, no solamente era la manifestación de una limitante, desde nuestro punto de vista, ya que hacía imposible obtener nuevos conocimientos a partir de procesos controlados mediante el uso de una metodología racional; también representa algo de suyo importante: es la constatación de la manera en que tales hombres concebían su entorno, en definitiva, su visión del mundo.

Para esos hombres a quienes les llamamos primitivos, su mundo era único, sin compartimentos, su unidad estaba dada con antelación por el aspecto religioso. Todos los sucesos, todas las cosas, todo, encontraba su acomodo y explicación por la obra y la voluntad de los seres de la magia y, posteriormente, de los dioses. Entonces no existía otra forma conocida para obtener el control de los procesos de la naturaleza que por la intermediación de esos dioses, muchas veces volubles y arbitrarios, cuyos designios, arcanos para la inmensa mayoría, fueron haciendo necesario que algunos miembros de la colectividad se fueran separando de las labores para el sostenimiento del grupo y se encargaran de los asuntos divinos.

Con la separación de un grupo de individuos para atender las cuestiones de orden religioso, es claro que se crearon diferencias de enorme profundidad y peso, ya que se marcó una escisión entre los miembros de esas sociedades. Por un lado aquellos que se encargarían de realizar las actividades productivas; por otro, quienes asumirían las tareas de conectar al mundo de los hombres con el de los dioses, de ser los intérpretes de su voluntad y de sus designios. Este quehacer de inmediato planteó la necesidad de convertirse en una verdadera especialización ya que, como rezaría mucho tiempo después una inscripción del oráculo de Delfos en Grecia: *los dioses no nos hablan, nos hacen señas*, y resultó ser de la máxima importancia que un grupo de la comunidad atendiera de manera exclusiva tan relevante trabajo.

Convertirse en un especialista en descifrar la voluntad de los dioses implicaba, por de pronto, ser relevado de todas las actividades que no tuvieran relación directa con esa altísima encomienda, para dedicarse de tiem-

po completo a tan delicada tarea que, por otra parte, se convirtió en el argumento y arma principal para sustentar el ejercicio del poder entre los miembros de esos grupos humanos.

Como una expresión del ejercicio del mando, los individuos dedicados a las labores de la religión, que muchas veces se combinaban o eran parte del ejercicio de las labores de gobierno, tenían a su cargo la custodia de todo aquello que se relacionaba con la doctrina religiosa que, en el inicio de las sociedades humanas, parece que se reducía meramente a la realización de ceremonias propiciatorias para solucionar todo tipo de situaciones críticas o simplemente como parte del transcurso normal de la vida en comunidad, llena de seres mágicos.

No solamente para enfrentar la actividad cotidiana, sino también para realizar otras tareas de mayor alcance y trascendencia el grupo de gobernantes o de individuos encargados del ejercicio del gobierno y la religión debían, a su vez, apoyarse en otros miembros de la comunidad. De aquí parte lo que será ya una permanente relación, aún en nuestros días, entre los más altos niveles del gobierno y lo que, con el paso de los años, llegará a constituir un sistema de educación hasta alcanzar a la propia universidad.

Desde aquellas lejanas épocas en que junto con el desarrollo de las actividades sacerdotales se instruía a grupos de alumnos escogidos para que éstos, algún día, pudieran atender las labores que en ese momento ocupaban el tiempo de su maestro. Al alumno se le enseñaban tanto las reglas de conducta adecuada con su calidad de aprendiz, como las fórmulas y la manera correcta de aplicarlas, las invocaciones pertinentes para cada caso; toda la instrucción se realizaba de manera formal, es decir, en escuelas que se fundaban y sostenían al amparo del poder gobernante y la enseñanza se hacía prácticamente de boca a oído, de donde surgieron las figuras de maestro y alumno.

Con el transcurso de los siglos se logró una de las más importantes invenciones y desarrollos del hombre: la escritura, que trajo consigo una verdadera revolución en todos los espacios de la actividad humana. Por de pronto se convirtió en un arma poderosa para, primero, fijar el cúmulo de conocimientos que hasta el momento había sido posible obtener a través del trabajo de la colectividad toda, resguardar ordenadamente ese acervo y posibilitar su fiel transmisión a quienes, a su vez, serían los encargados de acrecentar ese volumen de conocimientos e igualmente transmitirlos a otras generaciones, actividad que se concentró en las escuelas.

Es claro, por otro lado, que la escritura representó un papel de primerísimo orden por cuanto se refiere al hecho de que sirvió como vehículo, no sólo de toda la actividad administrativa y de la expresión literaria, sino también porque fue utilizada a favor de quienes usufructuaban, desde el poder económico y político, los beneficios surgidos del trabajo de la comunidad, al ser utilizada la escritura para dar mayor difusión y apuntalar la visión del mundo que obviamente justificaba el derecho a existir de ese grupo privilegiado.

En la antigüedad existieron, como hemos visto, multitud de escuelas todas ellas sostenidas por los gobernantes, que se convirtieron en relevantes centros de cultura que dieron enorme prestigio a sus promotores, a la vez que sirvieron de base de sustento al desarrollo de diversos cuerpos de conocimiento. Tales escuelas recuerdan, por encontrarse situadas ya sea en un templo o en la

misma corte de los reyes, a aquellas escuelas que normalmente se fundaron anexas a los conventos, iglesias y las cortes de la Europa medieval. China, India, Persia, Egipto, Israel son apenas unos nombres, pero bien sabemos que no existió gobierno sin escuela.

En todas las sociedades antiguas, como en las actuales, la generación de conocimientos y su transmisión fueron encomendadas a las escuelas, donde bajo el cuidado de experimentados maestros la preparación de los alumnos era dirigida hacia la dotación de las aptitudes necesarias para el desempeño adecuado de las actividades del carácter religioso y administrativo.

Como ya se ha comentado, con la caída de Roma alrededor del año 470 y la penetración de los germanos y otras tribus de diverso origen por todo el continente europeo, la cultura tiende a declinar en la mayor parte de su territorio, mas nunca desaparece del todo, ahora su refugio –y su nuevo impulso– serán los claustros de los conventos y abadías cristianas. En este momento, por lo que corresponde al norte, al ser invadida la isla británica por tribus paganas y quedar Irlanda prácticamente aislada, el cristianismo y su cultura quedó bajo el cuidado de los monjes irlandeses refugiados inicialmente en Islandia, de donde salieron para cristianizar gran parte de Europa.

Así, los misioneros irlandeses fundaron buen número de monasterios desde el río Ródano rebasando el Elba, desde el Mosa hasta más allá de las riberas del Arno, y lo importante a destacar es el hecho de que cada monasterio no sólo era un centro religioso sino que era también una escuela. "Algunos de esos cenobios alcanzaron gran reputación como centros de estudios: tal fue el caso de *Reicheneau* (en el lago de Constanza), de *Corbie* (en Sajonia) y de *Ratisbona* (en Baviera). Muchos otros monasterios, tan apartados entre sí como los de *Oels*, en Silesia y de *Fiésole*, en Toscana, debieron también su existencia a los monjes irlandeses".[15]

También es atribuible a estos monjes irlandeses, quienes conjuntamente con la labor de san Agustín de Canterbury y sus acompañantes, enviados a estas tierras por el Papa Gregorio Magno, I que nuevamente penetrara el cristianismo en Britania. De entre las fundaciones más importantes en la isla se encuentra la catedral de Canterbury, cuya escuela anexa llegó a ser famosa bajo el mando de Teodoro de Tarso, quien se encargó de reorganizar la enseñanza del latín y del griego en esa escuela y otros lugares. Teodoro fundó varias escuelas en territorio británico, con objeto de estudiar las Sagradas Escrituras, las bellas artes y el canto romano. Mención aparte merece la escuela de la catedral de York, cuyo renombre se ve aumentado por ser la cuna intelectual del célebre Alcuino, figura de la máxima importancia por ser el promotor de lo que se considerará el Renacimiento Carolingio.

Ahora bien, las escuelas que fundaron los cristianos, desde el inicio de la Edad Media, para educar o capacitar el personal que diera satisfacción a sus múltiples necesidades fueron creadas como parte integrante ya fuera de las iglesias más importantes, que generalmente eran las catedrales, sede de algún obispo o jerarca eclesiástico, o de un convento de relevancia de alguna orden religiosa que paulatinamente fueron adquiriendo un impulso cada vez mayor y fueron la base de la amplia propagación del cristianismo en la época de los grandes descubrimientos.

15 Luis Weckmann, *Panorama de la cultura medieval*, pp. 61-62.

Hebreo cuadrado	Feniciohebreo			Griego arcaico	Griego clásico (jonio)
	Ahiram	Abibaal	Mesa		
א	𐤀 𐤀	𐤀	𐤀	Δ Δ	Α
ב	𐤁	𐤁	𐤁	8 B	Β
ג	𐤂	𐤂	𐤂	⟨ ⟨	Γ
ד	𐤃	𐤃	𐤃	Δ D	Δ
ה	𐤄		𐤄	3 E	Ε
ו	𐤅	𐤅	𐤅	Y F	
ז	I	I	I	I Z	Ζ
ח	𐤇 𐤇	𐤇	𐤇	H H	Η
ט	⊕		⊗	⊕	Θ
י	𐤉	𐤉	𐤉	ζ I	Ι
כ	𐤊	𐤊	𐤊	K K	Κ
ל	𐤋 𐤋	𐤋	𐤋	⌐ ⌐ ζ	Λ
מ	𐤌 𐤌	𐤌	𐤌	M M	Μ
נ	𐤍	𐤍	𐤍	N N	Ν
ס	𐤎		𐤎	⋿ ⊞	Ξ
ע	O	O	O	O	Ο
פ	𐤐	𐤐	𐤐	⌐ ⌐	Π
צ		𐤑	𐤑	M	
ק			𐤒	Φ	
ר	𐤓	𐤓	𐤓	P P	Ρ
ש	W	W	W	M ξ	Σ
ת	+ +	+	X	T T	Τ

Desarrollo de los alfabetos fenicio, hebreo y griego. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia,* vol. 1, p. 92

Las escuelas catedralicias fueron el primer ámbito netamente occidental en el que se fue conformando un tipo de pensamiento y de quehacer científico especulativo distintivo, además de que con el paso del tiempo, esas escuelas no sólo fueron dándose a la tarea de preparar eclesiásticos, sino también personal para atender las crecientes necesidades de la sociedad civil y de los gobiernos.

Si esas escuelas contaron con el apoyo de la Iglesia y surgieron directamente como solución a sus necesidades, los reyes, los emperadores, la nobleza más avanzada, también encontraron en la fundación de escuelas en sus dominios, en su propia corte, una manera de resolver sus múltiples problemas, fueran éstos de orden administrativo, jurídico, diplomático, hasta de simple prestigio o divertimiento.

La escuela de corte más conocida es la fundada por Alcuino en la corte del Carlomagno, quien a pesar de no saber leer ni escribir, es decir, de ser un analfabeto supo, con clara inteligencia y valentía, conducir los asuntos de su reino y dar personal protección y estímulo a los estudios. Si bien es cierto que las máximas figuras intelectuales que llegaron a la *Schola Palatina* fueron extranjeros, como el propio Alcuino de York, lo importante es el que bajo la protección de Carlomagno fue posible que esos estudiosos lograran un nuevo impulso a la cultura en un ambiente de ayuno intelectual al grado que a esta renovación de los estudios y la cultura se le conoce como *Renacimiento Carolingio*. "No fue Alcuino un pensador profundo, ni siquiera original, pero sí un excelente maestro (todo claridad, precisión y método), y vivió en una época que sentía más que nada la necesidad de un mentor. Sus amigos y discípulos se hicieron cargo de los monasterios y catedrales más importantes del Imperio –con sus anejas escuelas– y así pudo mantenerse vivo el interés por los estudios, aún después del fracaso de la idea imperial de Carlomagno. Las escuelas que fueron reemplazadas por las universidades del siglo XII eran descendientes directas de las que fundara Al-cuino".[16]

El nacimiento de las universidades también ilustra claramente cómo se encuentran íntimamente unidas al poder político, sea éste eclesiástico o civil. Como sabemos, para que una universidad pudiera abrir sus puertas, era menester que contara con el aval y autorización ya fuera del Papado, del soberano o, incluso, de ambos. Mas si bien es cierto que, en ese sentido, las instituciones universitarias son entidades dependientes de ese poder, ya que de él provienen, de manera principal, los recursos económicos para solventar todas sus necesidades, y con ello, desplegar todas sus actividades científicas e intelectuales que como universidad le corresponden.

Por otro lado, el poder político, a su vez, tiene necesidad de esa institución ya que en ella encuentra, además de profesionales en diversas áreas del conocimiento que contribuyen a mantener la marcha del estado, una guía, una reflexión sobre su actividad, sobre los fundamentos y parámetros que justifican su existencia como estado y cimientan su independencia y soberanía. De ahí que el impulso que a las universidades le prestaron tanto la Iglesia como los soberanos no fue meramente una concesión graciosa de su parte, sino la puesta en marcha de una medida inteligente para la obtención de elementos que le ayudaran a consolidarse como poder independiente.

16 *Ibid*., p. 69.

CAPÍTULO XIV

EL RENACIMIENTO

A partir de que Bizancio, la capital del Imperio Romano de Oriente, cambiara su nombre por el de Constantinopla al pasar a poder de los turcos que la habían tomado, literalmente, a sangre y fuego en el año de 1453, hecho con el que oficialmente se concluye la Edad Media, se da paso a otro momento de la historia humana, si bien diferente en múltiples aspectos, igualmente continuador y consolidador de muchas de las herencias recibidas de los años que le precedieron, al que se le dio por nombre el de Renacimiento.

El Renacimiento, como todos los momentos en la vida del hombre, está lleno de contrastes, de cumbres y simas que, sin embargo, en nada cambia nuestra deuda y admiración hacia esa época. El Renacimiento es considerado como una época en que los más altos ideales del humanismo brillaron intensamente, como nunca antes había ocurrido: la ciencia dio prodigiosos frutos, las artes lograron alcanzar cúspides ni siquiera imaginadas, los mejores propósitos de los hombres pudieron, en su realización, conducirlo por el camino del progreso –tecnológico, científico y no necesariamente moral– del que nunca más se apartará. La apertura de estos tiempos venturosos fue posible gracias al rescate y retorno a los ideales de la Grecia Clásica, hechos realidad sólo en la medida en que, como hemos visto, otros tantos grandes personajes que vivieron en épocas anteriores les abrieron y les mostraron el camino a los hombres renacentistas.

Si desde el siglo XI fue posible un primer retorno a las fuentes clásicas alimentado del enorme esfuerzo de grupos de traductores, de origen fundamentalmente árabe, quienes en compañía de sabios hebreos y cristianos, entre otros de diversa genealogía étnica y cultural, rescataron gran cantidad de las obras y autores pilares de la cultura occidental, vertiendo al latín o a otros idiomas vernáculos, sus obras originalmente escritas en griego y algunas otras lenguas orientales, actividad que se desarrolló mediante las llama-

Marsilio Ficiano. Detalle del fresco *Aparición del Ángel a Zacarías* por Chirlandaio, siglo XV. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 188

das escuelas de traductores que funcionaron en varios lugares de Europa, sobre todo ahí donde la influencia musulmana era firme como el sur de España o en Sicilia. Aunado a la obra de estas escuelas, ya para el siglo XV llegan a Italia numerosos trabajos de escritores antiguos, con los sabios griegos que huyendo del asedio victorioso de los turcos contra Bizancio llevan consigo una buena cantidad de obras clásicas.

En este sentido, durante el Renacimiento el rescate de las obras de la Antigüedad fue sistemático aunque, debemos insistir, nunca estuvieron del todo ausentes del panorama intelectual aquellos hombres quienes hicieron apetecible para los siglos posteriores los tiempos luminosos en que esos sabios podían charlar de viva voz entre ellos. Es sintomático entonces, que Cosme de Médici* encargara la traducción y estudio nada menos que de los *Diálogos*, de *El Divino* Platón, al erudito Marsilio Ficino; trabajo que tendrá enormes repercusiones en todo los niveles de la creación entre pensadores, escritores y artistas.

Con el rescate de la Antigüedad Clásica y otros tiempos y autores, se retoman y hacen resurgir temas que, en la renovada búsqueda de su solución, darán un impulso formidable a los estudios en todas las disciplinas. Aunque es importante señalar que la piedra de toque y fin último de todo conocimiento posible será el hombre mismo, por lo que las reflexiones sobre la ética, la belleza, la verdad, no tendrán ningún significado si no son referidas, por principio, al ser humano, restituido en toda su dignidad y excelencia, diríase divinidad, puesto que el hombre es

Carabelas del siglo XVI. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 445

Mapa de los viajes de los grandes descubrimientos. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia,* vol. 2, p. 383

viva imagen, obra amada y predilecta, descendiente directo de su propio creador.

Ese regreso fue acompañado por multitud de avances técnicos, científicos, filosóficos, artísticos, literarios, una nueva concepción del mundo y del propio hombre; incluso en el aspecto religioso se llega al rompimiento entre la ortodoxia católica y aquellos a quienes el relajamiento moral de los jerarcas de la Iglesia los conduce a plantear no sólo posiciones éticas sino hasta políticas, con lo que se da paso a la división del mundo cristiano entre católicos y protestantes, además de un auge en lo económico cimentado, sobre todo, en el incremento de las actividades comerciales entre Europa y Oriente con el descubrimiento, por parte de los navegantes portugueses, de nuevas rutas marinas para arribar a puertos hindúes.

El *descubrimiento* del Nuevo Mundo en aguas de la mar-océano atlántica, por de pronto no fue recibido –porque no se percataron de su real trascendencia– como lo que fue: el máximo acontecimiento de la época, porque para la civilización occidental tenía mayor importancia, dentro de un emergente pensamiento capitalista, la consolidación de la actividad económica ya en operación, aunque momentáneamente interrumpida por los turcos en las rutas del Mediterráneo, debido a lo poco redituable, por lo lentas y el relativo bajo volumen de mercancías que podían transportar, mediante las vías comerciales terrestres.

Con la transición de la Edad Media al Renacimiento, aprovechando el impulso y la herencia de los procesos originados durante la mal llamada *edad del oscurantismo*, se van abriendo paso nuevas concepciones, prácti-

camente en todos los ámbitos de la vida y del saber humanos. Quizá resulte mayormente significativo decir que el cambio que realmente aconteció –sin negar todo lo anteriormente dicho– es el descubrimiento de que la vida es, intrínsecamente, una apuesta consciente a favor de lo mejor del ser humano, de sus cualidades, de la esperanza, del optimismo, de la gana de ver al mundo como una posibilidad de ser feliz aquí y ahora. "Tanto en los países católicos como en los protestantes, el Renacimiento significó un rompimiento definido y deliberado con el pasado. Y, aunque es cierto que hubo necesidad de conservar muchas cosas, sin embargo, se les dio una nueva orientación. Así, desaparecieron en definitiva las formas medievales de la economía, la arquitectura, el arte y el pensamiento, siendo sustituidas por una nueva cultura: capitalista en la economía, clásica en el arte y la literatura y científica en su consideración de la naturaleza."[1] No debemos olvidar que este deslumbrante movimiento fue, por principio, un movimiento de una élite culta y económicamente pudiente, y a quienes le llamamos *pueblo* no fueron, no pudieron ser, partícipes directos. Con el paso del tiempo se convirtieron en receptores de las consecuencias, e igualmente participaron –puesto que no era posible lo contrario– de manera anónima y colectiva; pero ese pueblo pasó lista de presente en la construcción de este mundo compartido y que también llamamos nuestro.

El regreso al pensamiento y las obras de la antigüedad tuvo sus bases económicas y sociales, y requirió la participación de todos ya que no fue un mero producto del genio de personajes individuales. Ciertamente el sustento de la economía continuaba siendo la agricultura, pero el enorme impulso que fueron cobrando las actividades productivas, principalmente la textil y la minera, fue el paso decisivo para que la vida toda en el continente europeo sufriera transformaciones de consideración. A lo anterior se debe agregar que fue el enorme incremento de las actividades comerciales lo que contribuyó, de manera mucho más sobresaliente, a que esos cambios llegaran a ser realidad.

Es importante tener claro que los cambios, unos imperceptibles, otros en verdad notorios, fueron producto de la actividad humana, de la inmensa curiosidad del hombre ante lo desconocido –que adquiere el atractivo de ser una oportunidad de conocimiento de su persistencia, inteligencia, perspicacia, y de todas sus cualidades; pero de una actividad y sensibilidad humanas cultivadas fundamentalmente en las aulas universitarias. Los talleres, las incipientes fábricas, los campos, no fueron tampoco ajenos a este momento; sin embargo, los mayores alcances y logros fueron posibles mediante el cultivo ordenado y racionalizado de las capacidades intelectuales del hombre.

La economía de la Europa renacentista bien sabemos tuvo como base indiscutible a la agricultura. La enorme masa de hombres y mujeres requerida para esta actividad, en todas las naciones del continente aportó su trabajo sin ver que mejoraran sus condiciones de vida servil, sujeta a la voluntad de los señores de la nobleza. Ellos entregaron cotidianamente un día de labor a cambio de que, en cierta medida, se les garantizara por el señor feudal que serían protegidos. Aunque hayan surgido enormes descubrimientos científicos y tecnológicos, se hayan alcanzado tierras antes desconocidas para los europeos, en el campo el reflejo o arribo de todos estos lo-

1 John D. Bernal, *Op. Cit.*, p. 370.

gros fue paulatino, lento o simplemente no tuvieron las mismas repercusiones que en otras esferas de la actividad humana.

Las siembras y las técnicas de cultivo se mantuvieron las mismas, viéndose afectadas solamente en la medida en que los productos del nuevo continente hicieron su entrada en Europa, aunque vale decir que el impacto de éstos no fue igual en todas partes. Los países europeos que se hicieron, en mayor o menor medida, de algunas posesiones en las tierras de ultramar, introdujeron más rápidamente y con ventaja nuevas especies vegetales y animales, además de algunas mercancías elaboradas y, sobre todo, los productos, que representaron una enorme riqueza, de la explotación minera, principalmente los metales preciosos.

Asimismo, la naciente industria jugó un papel de importancia en este periodo. Siendo una creación netamente urbana tiene su origen en la creciente independencia de los burgos del poder del señor feudal.

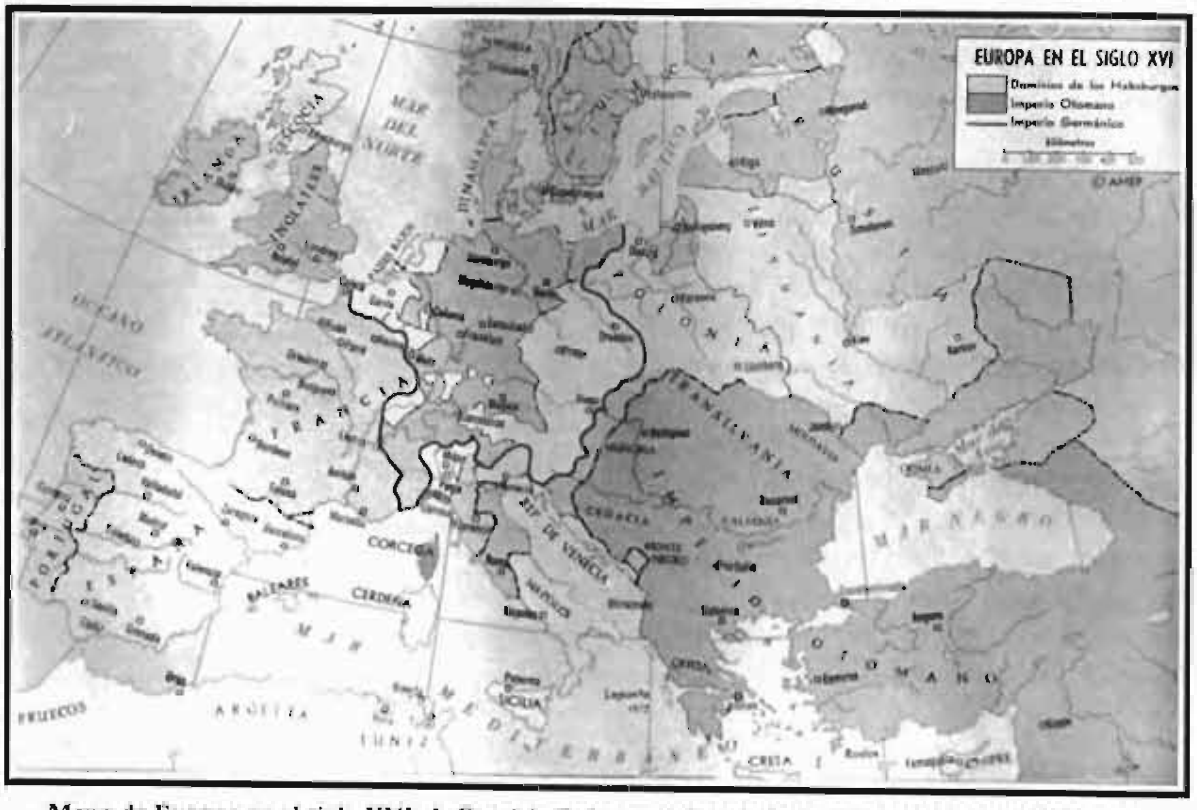
Las ciudades fueron la punta de lanza de la lucha por el poder entre los poderosos señores feudales y los monarcas, pues mientras éstos intentaban consolidar y acrecentar su mando e influencia en lo que en el pasado había sido una posesión suya, dejada en manos de algunos de sus vasallos para que se sirvieran de los productos de su explotación, como reconocimiento a los servicios prestados a la corona. Los señores feudales, una vez en posesión del territorio otorgado por el rey, intentaron con éxito durante muchos siglos mantener y aumentar sus privilegios, y en unión unos con otros hacer un frente común opuesto al del monarca.

La lucha entre la corona y los feudos

Campesino arando con una yunta de bueyes. Fresco de Francesco de la Cossa, siglo XVI. *Historia universal Planeta*, vol 6, p. 50

tuvo inicialmente a la burguesía como instrumento de un poder contra otro, para que después ésta pasara, de su condición subordinada, a árbitro y finalmente como orquestadora y directora de las relaciones sociales. La burguesía que emergió en los pequeños espacios donde, algunos hombres y mujeres libres de la tutela directa de algún gran señor feudal y al amparo protector de la Corona, lograron construir el germen de las ciudades, asentando en ellas varias actividades económicas ya ajenas a la agricultura. En las ciudades la burguesía fundó diversidad de talleres, y fue en éstas, además de los conventos y parroquias, en donde sistemáticamente fueron surgiendo los centros de enseñanza que llegarían a convertirse en universidades.

La burguesía renacentista fue la artífice del impulso a la actividad industrial propiamente dicha; en sus talleres se fabricaron infinidad de productos cuyo carácter de mercancía fue determinante para conformar nuevas relaciones entre los miembros de las distintas clases sociales. Una vez que la burguesía logró, con frecuencia mediante cruentas luchas contra los señores feudales, la relati-



Mapa de Europa en el siglo XVI. J. Carabés Pedroza, *Atlas histórico, universal y de México, p. 23*

va independencia de las ciudades, pudo aspirar a ocupar un sitio de mayor relevancia del que tenía hasta ese momento, y también le fue posible desarrollar una actividad comercial más intensa y penetrante así como nuevas formas de intercambio económico basadas en el dinero.

El comercio de siempre ha sido una ocupación por demás azarosa, y si atendemos a las condiciones en que se ha desarrollado a lo largo de la historia, nos percataremos de las enormes dificultades que han debido vencer quienes a ella se dediquen. Por principio, a pesar de su amplitud y crecimiento, esta actividad en la Europa del Renacimiento debió contar con la enorme escasez e inseguridad de los caminos, por lo que los trayectos entre un centro comercial y otro debían contarse, en el mejor de los casos, en días de camino, tiempo en el que permanentemente se estaba a merced de los imponderables climáticos, los impuestos de tránsito, los bandidos, la reducida población con capacidad de compra, y más.

De ahí que la actividad comercial debiera compensar por la vía de los altos precios, el constante riesgo de perder por completo la inversión inicial, y del porqué la burguesía dedicada al comercio pudo amasar enormes fortunas, que a través de su manejo financiero y mediante préstamos a los nobles y monarcas necesitados de dinero para sostener su tren de vida o de guerra permanente contra sus enemigos, pudo ser acrecentada y transformada en la mejor aliada de esa burguesía, para socavar el poder de los nobles y derrotarlos.

Precisamente la aparición de la burguesía, clase intensamente activa, posibilita la ampliación de los límites humanos en todas las áreas del conocimiento, de la economía y del arte. De ahí que en su búsqueda por encontrar y desarrollar nuevos mercados, por acercar un sinnúmero de mercancías a una clientela cada vez más amplia, le obliga en igual medida a impulsar los más diversos avances tecnológicos, como la invención o mejora de maquinaria, con miras a elevar la productividad o para tener acceso y facilitar la explotación de recursos de otra manera inalcanzables. La invención y las mejoras no son exclusivas de la maquinaria sino que se amplía hasta alcanzar procesos administrativos y de organización, como lo es sin duda el manejo financiero de los recursos económicos y las técnicas bancarias (giro, letra de cambio), lo que le permitirá a la burguesía consolidar de manera paulatina pero firme su influencia y poder sociales, que a la larga le posibilitará ocupar un importante sitio en la organización social de todo el mundo.

La tecnología

Aunque tradicionalmente se encontraban en sitios aparte, la ciencia y la técnica van encontrando espacios naturales de convergencia. La actividad técnica (con frecuencia discriminada en tanto que se le consideraba, debido a su utilización práctica y manual, a su contacto y uso de materiales, herramientas y máquinas), como una tarea inferior y claramente diferenciada del conocimiento teórico y científico, coto casi exclusivo de los artesanos y trabajadores manuales. Durante el Renacimiento se fue redescubriendo que podría ser considerada como un reflejo, es más, como una prolongación directa de la ciencia, como una forma de constatar la veracidad de sus asertos.

Comerciantes en el puerto de Lisboa. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 220

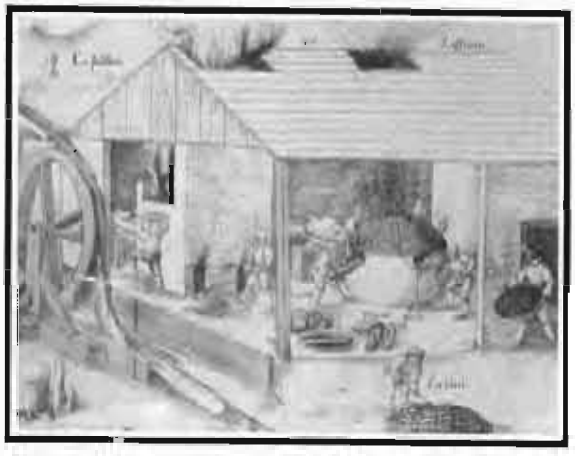
La técnica entonces da una serie de relevantes aportes y contribuye a cambiar de manera definitiva y a un ritmo más acelerado la vida de los hombres, no sólo de aquellos que en su tiempo vivieron y fueron testigos de tales acontecimientos, sino incluso la de quienes después de muchos años han logrado ver la luz de los amaneceres en un mundo ya transformado por sus antecesores.

Si fuera necesario indicar en cual de los campos de la actividad humana ha sido más penetrante la huella renacentista, sin duda la respuesta señalaría a la minería, a la metalurgia y a la química.

Una actividad tan antigua en Occidente como la minería, debió desarrollarse conjuntamente con el ritmo creciente de las ne-

cesidades por satisfacer. Desde mucho tiempo atrás, la minería europea había sido desempeñada por trabajadores libres, que a través del pago de un tributo podían ejercer su actividad y ser protegidos por la Corona o algún príncipe. Es claro que este tipo de explotación de las minas era poco eficiente y sus productos de baja calidad. Con el paso del tiempo y con las crecientes necesidades, por motivos comerciales y bélicos, de mayor cantidad y calidad de metales y otros productos minerales, el carácter libre de esos mineros debió cambiar para, al asociarse con personas que contaban con recursos económicos, muchos de ellos convertirse en verdaderos *empresarios* y fundar compañías mineras por acciones, cual si fuera –que de hecho lo era– una empresa productora y comercial como cualquier otra.

Y por lo que se refiere al aspecto técnico propiamente dicho, el avance más importante lo representó la manera más sistemática y racional de prospección y explotación de los recursos minerales. Las minas entonces pudieron ser de mayor profundidad, con lo que se tenía acceso a recursos más importantes y variados (se descubrieron minerales como el zinc, el bismuto, el cobalto y el níquel) con lo que, consecuentemente, las minas tuvieron una mayor rentabilidad. Todo ello basado en la generación de nuevos inventos y tecnologías, y de manera principal mediante la creación de artefactos para aprovechar al máximo la capacidad de extracción de materiales y el bombeo del agua para evitar inundaciones e inyectar aire para ventilar las galerías subterráneas, con lo que se dieron avances significativos tanto en la mecánica como en la hidráulica.



Extracción y manipulación del mineral en una mina de plata alemana. Grabado, siglo XVI. *Historia universal Planeta*, vol.6, p. 69

En estrecha relación con la que con propiedad podemos llamar industria de la minería, se encuentra la química. Simplemente la tarea de fundir los metales se convirtió en una verdadera e importante escuela de química. Para manejar y refinar muchos metales se procedió, como era natural cuando se tienen divorciadas la teoría de la práctica, por medio del acierto y error, aunque de aquí surgió la conformación de una teoría general de los procesos químicos en la que se enmarcaban la oxidación, la destilación, la reducción y la amalgama, lo cual condujo a lo que significó un enorme avance científico: al diseño, planeación y ejecución controlada de verdaderos experimentos y análisis químicos.

Pero los avances en el terreno de la física y, sobre todo, de la química aplicada a la minería tuvieron repercusiones en otros ámbitos, como en la medicina, donde se utilizaron, a contrapelo del tradicional empleo de los productos vegetales, diversas sustancias minerales con excelentes resultados, y lo que reviste una mayor importancia, con la apertura de nuevas áreas de investigación y generación de nuevos conocimientos y nuevas tecnologías. Una vuelta de tuerca en el sinfín del conocimiento humano.

La química indudablemente ha sido una ciencia que ha logrado inmensos avances, haciendo evidente una aparente contradicción entre su carácter rigurosamente científico y su tradición, cuyo origen se pierde en las profundidades del más remoto pasado, como uno de los conocimientos herméticos heredado a los humanos a través de diversas divinidades, exigiendo a quienes se dedican a su cultivo una cierta preparación de raigambre mística. "El origen de la alquimia parece haber estado en unión de los trabajadores egipcios del metal con las teorías de la materia de los gnósticos y de los neoplatónicos alejandrinos, que (aparte de una concepción de la *materia prima* basada en el *Timeo*) eran fundamentalmente aristotélicos. Fue Zósimo el primero en utilizar la palabra *chemeia*, el arte del País Negro o Khem, que dio lugar a la arábiga *alquimia* y a la *química* del español moderno".[2]

En este punto es importante observar la ambivalencia con que se presenta la química; por un lado, se tiene a la moderna ciencia de la química como un conocimiento, si bien de alguna manera derivado de la alquimia, ya por completo ajeno a ella por cuanto no comparte, sino rechaza su concepción mística, basándose en los postulados racionales de la metodología científica y, por otro, el hecho de considerar a todo conocimiento, incluida la química, con una vocación mayor, más elevada, de significado profundamente humanista, es decir, como un medio, un camino que conduzca a la unión del hombre consigo mismo y con su creador.

Esa ambivalencia se hace presente en todo momento para el hombre del Renacimiento y de manera muy clara en el cultivo de disciplinas como la alquimia, como lo ejemplifica la labor de Philippus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, mejor conocido por el nombre que él mismo adoptó: Paracelso, cuya traducción como superior o más elevado que Celso, el famoso médico de la antigüedad, apunta a la idea de que el ejercicio de la medicina renacentista había superado las concepciones de aquellos que, a pesar de su enorme fama, con los nuevos conocimientos estaban condenados al olvido.

Paracelso quemó los libros de Galeno y Avicena en pleno mercado de Basilea y declaró públicamente la superioridad del conocimiento adquirido por la experiencia directa sobre la autoridad meramente libresca de los antiguos. Sin embargo, a pesar de su rechazo a una tradición que limitaba, si es que no impedía, el desarrollo racionalista del conocimiento, no la pudo abandonar por completo, aunque tuvo la capacidad de cambiar la orientación de las fuentes donde inicialmente bebió: las tradiciones de los alquimistas árabes y la doctrina de Raimundo Lulio* por lo que, incluso, la forma que le dio a sus enunciados recuerda las expresiones de sus maestros. Paracelso agrega a los elementos *químicos aristotélicos*, los opuestos azufre-mercurio, la sal neutra, y los llama la *tria prima*. Sobre esta tríada fundamentó su arte espagírico, cuyo último significado será no continuar la búsqueda del método para transformar el plomo en oro, sino dedicarse a la conquista de la salud.

El pensamiento químico de Paracelso, cuyo enfoque es primordialmente animista, interpreta todas las características de las substancias como la actividad o acción de los diferentes espíritus que le son propios a cada

2 A. C. Crombie, *Historia de la ciencia: De San Agustín a Galileo*, p. 122

una de ellas, y que se encuentran relacionadas con los espíritus o almas de cada una de las partes del cuerpo, por lo que las substancias podían llevar a cabo su función curativa en la medida en que existía una empatía entre éstas y los componentes del cuerpo humano.

También derivado de la química se encuentra el impulso que recibió la industria de la alfarería, como resultado de la investigación en el área de los elementos terrosos para conseguir algunos materiales vítreos y aplicarlos en la elaboración de cerámica persa y porcelana china, cuyas técnicas de elaboración –con miras a ser copiadas– eran sujeto de estudio para los artesanos europeos.

Por lo que se refiere a las industrias textil y de curtiduría, que fueron punta de lanza en el surgimiento del capitalismo en Europa, adquiere especial importancia la explotación del alumbre. Por ser un material básico en esas industrias, la posesión y la explotación de las minas de alumbre adquirieron una importancia estratégica con altísimos rendimientos económicos. El Papado, que era uno de los grandes poseedores de este tipo de minas, fundó la *Societas Aluminum*, compañía que de hecho establece un férreo monopolio, con lo que Roma no solamente ejerce su influencia espiritual sobre toda la cristiandad, sino que, en beneficio del monopolio de su *societas* amenaza con el infierno a quienes no compraran su producto a pesar de su elevado costo. "En las famosas indulgencias* emitidas por los Papas para pagar la construcción de la Basílica de San Pedro –y que llevó a Lutero* a desafiar a Roma– encontramos que uno de los pocos crímenes, que ni siquiera las indulgencias podían perdonar, era la obtención de alumbre de los yacimientos rivales".[3]

Un alquimista según grabado de la época. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 257

La metalurgia, como lo ha sido durante toda la historia de la humanidad, fue decisiva en varios aspectos para hacer que la vida del hombre sufriera cambios radicales muchas veces violentos. La explotación de las minas y la transformación de los minerales para su uso industrial, condujo a la creación de nuevos inventos que vinieron a superar las dificultades de diverso tipo que impedían o retardaban la consecución del objetivo. Así, la explotación del mineral de hierro y su transformación en variados productos, tropezó con el impedimento de que, con las técnicas de fundición hasta el momento utilizadas, además de lenta, la cantidad de mineral apto para ser utilizado era pequeña, por lo que era urgente que se encontrara la manera de elevar la producción y obtener suficiente material de buena calidad que facilitara su manejo.

El problema de la fundición se superó con el invento del alto horno, al que se le proporcionaba la ventilación necesaria para elevar su temperatura mediante fuelles que, andando el tiempo, fueron accionados mediante un mecanismo hidráulico. El alto horno

3 John D. Bernal, *Op. Cit.* p. 385.

podía tener una temperatura más elevada y, por sus dimensiones, permitía fundir una mayor cantidad de mineral de hierro, además de que éste resultaba de mejor calidad. Pero si bien el problema de la fundición había sido resuelto, la situación a que debieron enfrentarse en seguida fue el de que no existían los bosques que proporcionaran una cantidad suficiente de madera para alimentar a los altos hornos. La obtención de madera debía ahora competir con otras actividades que, igualmente, requerían de ella para construir navíos, viviendas, toneles, y muchas cosas más, por lo que ante este problema, por demás complejo, una buena solución fue utilizar, en vez del carbón vegetal para alimentar a los altos hornos, el carbón mineral o hulla.

La hulla fue el combustible de la época, como lo es el petróleo en la actualidad; mientras la escasez del carbón vegetal implicaba un aumento de precio considerable, la explotación del carbón mineral se fue haciendo más rentable, además de que su poder calorífico es considerablemente mayor. Los países que contaron entre sus recursos naturales a este combustible –y agua– tuvieron la oportunidad de desarrollarse más ampliamente en el terreno industrial con lo que se sentaron las bases para su posterior ascenso entre las demás naciones.

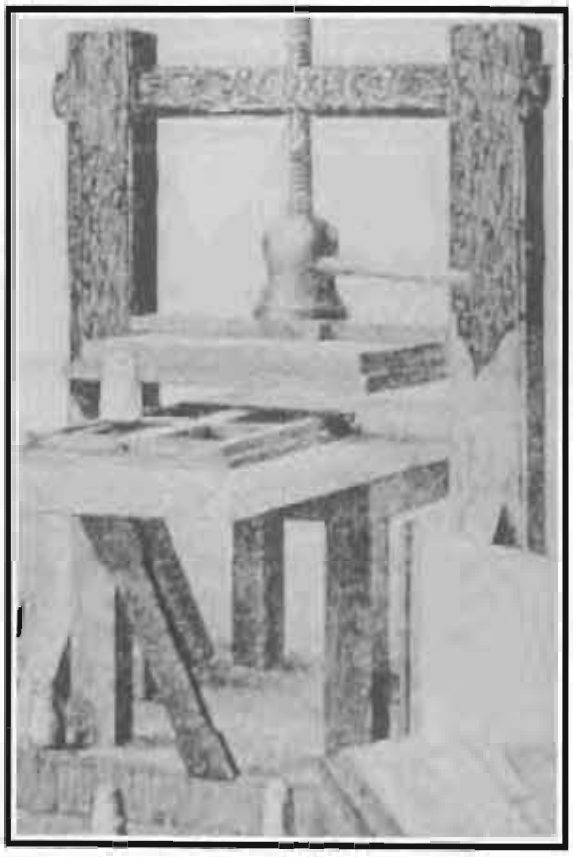
Con el uso de la hulla como combustible sólo sería cuestión de tiempo para que, al inventarse los motores, se diera paso a la llamada Gran Revolución Industrial. Por lo pronto, la unión entre los nuevos métodos de explotación minera y de fundición y el tratamiento de los metales, principalmente el hierro, van a abrir paso a una etapa histórica completamente nueva, caracterizada tanto por los avances científicos como tecnológicos; estos últimos orientados de manera especial hacia el arte de la guerra, con lo que el panorama geopolítico de Europa sufrió espectaculares modificaciones.

Las novedades en el manejo del mineral de hierro, el dominio del complejo arte de su fundición hacen posible la creación, además de cañones, de herramientas, instrumentos y maquinarias para producir multitud de mercancías altamente redituables. Dentro de las nuevas creaciones, que constituye un verdadero impacto, tanto por las repercusiones que tendrá en su momento, como por la profunda y aún vigente influencia que mantendrá en todo el mundo, sin importar que ya hayan pasado algunos cientos de años. Obviamente, nos referimos al invento de la imprenta.

Horno de fundición con fuelle. Miniatura, siglo XVI. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 211

La imprenta

Mención aparte merece la imprenta, y para hacer algún comentario en torno a ella es necesario, primero, tratar de situar su creación en el momento histórico en que apareció. Es ampliamente conocido que desde muchos siglos atrás, los chinos ya utilizaban dos inventos, que



Imprenta de Gutenberg. Grabado anónimo, siglo XVI. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 245

en la Europa renacentista habrían de causar una verdadera revolución: la impresión por medio de xilografías y el papel. El genio de Johannes Gensfleisch, quien adoptaría el patronímico del lugar de la residencia familiar, Gutenberg, fue el de unir en algo por completo nuevo, aquellos dos inventos que, a pesar de su antigüedad, no habían sido percibidos en toda su potencialidad. Incluso, se tiene conocimiento que los mismos chinos ya manejaban tipos móviles hechos de arcilla, aunque debido a lo complejo de su sistema de escritura, no se prestó para ser reproducido a través del concepto occidental de imprenta. Y para no dejar el cuadro incompleto, debemos decir que se debe también a los chinos el invento de la *tinta china*.

En sí, la imprenta o tórculo, como se le denominó originalmente, es un invento relativamente sencillo. Consiste en una mesa que, en sus inicios, constaba de una cubierta de piedra, de ahí que se le nombrara *mármol*, sobre cuya superficie, en la que se encontraba la *forma*, es decir, el texto que a imprimir cae haciendo presión una plancha de madera accionada manualmente por medio de un tornillo. El papel se colocaba encima de la forma entintada, para después presionarlo mediante la plancha de madera, quedando impreso el contenido de dicha forma.

Por su lado, los tipos móviles eran moldes de letras de una aleación de plomo, antimonio y estaño, que al unirse unas con otras forman las palabras, y a su vez estas palabras unidas forman las líneas. Un conjunto ordenado de líneas, por fin, dan forma a una página y con ellas a libros completos.

Gutenberg trabajó arduamente en ambos frentes, y una vez que hubo conseguido la invención de los tipos móviles, unida a la del tórculo, la humanidad conoció un universo antes nunca visto: el libro, y con él las bibliotecas.

La revolución que representa para la civilización occidental, y para el mundo entero, la creación de la imprenta, tal vez no sea suficientemente ponderada en la actualidad, en tanto que de manera cotidiana se tiene acceso a innumerables impresos, muchos de ellos verdaderas obras de arte. La imprenta acortó el tiempo de producción de cada libro, la calidad de éstos es uniforme, la letra es legible, y aunado a todo esto su precio es relativamente barato.

La primera obra que imprimió Gutenberg fue la Biblia, en el año de 1455, aun-

que se dice que alrededor de 1450 ya había realizado algunas obras impresas entre las que destaca un calendario astronómico.

Desde su aparición, la imprenta contó con un enorme prestigio y gran difusión, prácticamente en todos los países; un cálculo indica que cerca del año de 1500, Europa contaba con 1700 tóreulos operando en 300 ciudades. Una vez que se hubo publicado la primera obra en una imprenta, le siguieron muchas más, logrando extender con ello el influjo de la cultura por todos los rincones. A partir de entonces fue posible tener un mayor acceso a fuentes de todo tipo, incluyendo el enorme acervo de conocimientos heredados de los antiguos. La transmisión de conocimientos se llevó a cabo con mayor rapidez y las ideas lograron llegar cada día más lejos.

Página de La Biblia de Gutenberg, impresa en Maguncia, 1450-1455. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 255

Con la aparición de la imprenta también vinieron al mundo otros oficios: el impresor, encuadernadores, el de comerciante en libros, etc. Igualmente con ella las ideas tuvieron una enorme caja de resonancia, e hizo posible un diálogo más cercano entre colegas. La imprenta fue la enorme difusora de las ideas de la Reforma y, por último, contribuyó positivamente y sin lugar a dudas al desarrollo científico en todas sus modalidades.

La consolidación, y su eventual ampliación, del poder de los monarcas, vale decir igualmente de las naciones, o de los miembros de la nobleza, a quienes se deben aunar los miembros de la Iglesia, que aspiraban a ascender todavía más alto en todos los aspectos de la vida política, económica y social, y hacerse cargo de mayores responsabilidades, con sus consecuentes privilegios, hacía urgente e indispensable promover a profundidad, a la vez que la creación de instituciones de enseñanza profesional, es decir, de universidades, también todo aquel elemento que contribuyera al logro de dicho propósito, como es el caso justamente de la rápida difusión del libro impreso, del producto más importante, en ese momento, para la civilización y la cultura occidentales –como lo será después para el mundo entero– del invento de la imprenta.

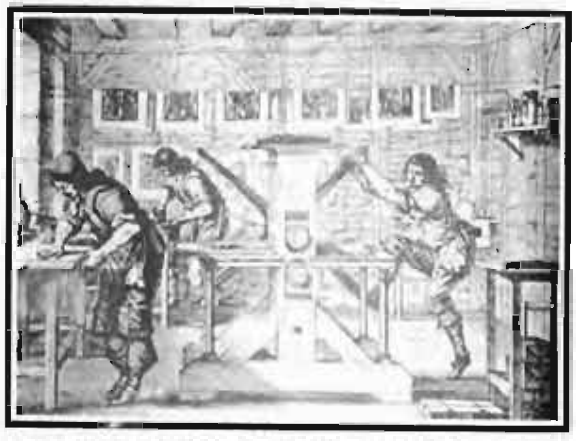
Después de la Biblia, el primer libro impreso oficialmente en la historia de la humanidad, vinieron otros muchos con los que la difusión del saber fue posible, hasta en los confines más lejanos. Durante los primeros cincuenta años de vida de la imprenta, en diferentes talleres se editaron alrededor de treinta mil ejemplares impresos de diversas obras, a los que se les ha dado el nombre de *incunables*, o sea, aquellas obras que, en sentido figurado, vieron la luz *en la cuna* de la imprenta. Aunque también se aplica el nombre de incunables a aquellos libros que se editaron en cualquiera de los países europeos, desde la invención de la imprenta hasta el año de 1500.

Así como el cañón fue el arma renacentista decisiva en el *arte*, si es que se le

Taller de imprenta. Grabado, siglo XVI. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 267

puede aplicar dicho calificativo, de la guerra, el libro fue el *arma* decisiva que hizo posible que el conocimiento alcanzado en todas las ramas de la ciencia y de la filosofía, a la vez que se difundía, paralelamente era preservado, pues a la par del taller del impresor surgieron nuevas bibliotecas, no sólo privadas sino también pertenecientes a instituciones eclesiásticas y a universidades.

Por medio del libro impreso fue posible ampliar la difusión del conocimiento, diseminar multitud de ideas y pensamientos que, al penetrar en la conciencia de un número creciente de personas situadas en muy diversos lugares –sin importar la lejanía que guardaran entre sí– representaron una seria competencia contra los sistemas de pensamiento, llámense religiosos, políticos o científicos, que mantenían una posición dominante y que con ello, verán declinar su poder de influencia y persuasión lo que, sin lugar a dudas, fue un enorme avance para la generación de la democracia como la conocemos en la actualidad.



Taller de grabador. Estampa de Abraham Bosse, siglo XVII. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 290

El poder indiscutible de un monarca en lo que se consideraría su territorio, aunque muy importante, no es razón suficiente para la creación de una nacionalidad, hace falta el concurso insoslayable del uso y conservación de una lengua común, diferenciado del latín como idioma ecuménico y científico, a lo cual contribuye la imprenta al hacer posible la fijación de un idioma, más allá de la tradición oral, con la impresión y difusión de una obra literaria.

Así, la imprenta contribuye en variados aspectos a conformar un mundo distinto, perfectamente diferenciado del mundo medieval e impulsa formas de vida antes por completo desconocidas, y en el que las distintas nacionalidades europeas encuentran una definición más o menos estable, a través de la generación de una civilización y cultura por completo propias con el auxilio del invento maravilloso de la imprenta que, naciendo en territorio germano, rápidamente se extiende y llega a Italia en 1465, apenas diez años después de la edición de la Biblia de Gutenberg; a Francia hace su arribo en 1470; para 1472 ya se encuentra en España, y no se detiene su avance –por fortuna– hasta afincarse en todo el mundo.

La ciencia

Durante la etapa histórica del hombre a la que le hemos llamado Renacimiento, fue posible dar importantes pasos en la creación de un cuerpo de doctrina científica sólidamente construida por una multitud de eminentes sabios y pensadores, prácticamente en todas las ramas del saber. Pero la manera en que se fue construyendo el edificio científico, hasta quedar establecida indisolublemente en forma unívoca la igualdad entre conocimiento científico y conocimiento racional, forma parte de la historia de cómo el hombre, como artífice de la ciencia, la fue deslindando de cualquier otra forma de acceso al conocimiento que no hiciera acopio de un método basado exclusivamente en la razón.

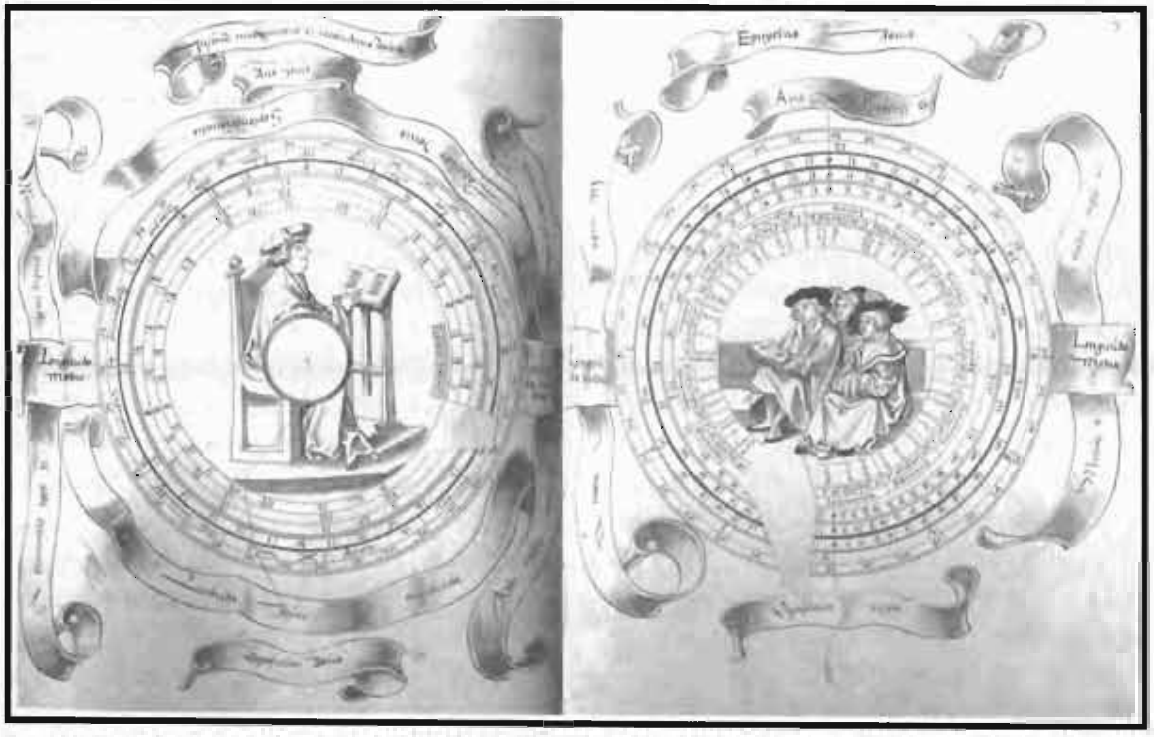
El astrólogo. Xilografía, siglo XV. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 146

La definición de ciencia como una metodología racional, sustentada por las nociones de demostración y predicción, si bien fue un avance significativo en el camino por cimentarla sobre bases objetivas, con el paso del tiempo ha llegado a conformar una especie de metafísica, es decir, un cuerpo doctrinario alejado de toda experiencia posible, en la medida en que el hombre ha hecho de la razón una deidad.

Simultáneamente a este proceso en el que se va otorgando un nuevo significado al concepto de ciencia, contrapuesto en aspectos primordiales a lo que de ella se hubiera pensado ya no se diga en la Antigüedad, sino hasta en el pasado reciente llamado Edad Media, este proceso se refiere al hecho de que todo conocimiento deberá, a partir de entonces, contribuir a la obtención de ganancias. De ahí que su ocupación fundamental, desde el punto de vista de la obtención de conocimientos científicos, sea la astronomía aplicada a la navegación, las matemáticas y física para conocer el movimiento de los proyectiles de los cañones y, finalmente, la medicina, mediante el estudio del funcionamiento –del mecanismo– del cuerpo humano.

Si bien la ciencia ha sido puesta al servicio de la rentabilidad de las actividades económicas, su razón de ser afortunadamente, no se restringe a ese ámbito y no solamente ha generado multitud de respuestas, que al ser desarrolladas mediante la tecnología, han transformado radicalmente al mundo como hábitat del hombre y al hombre mismo. Ello es posible constatarlo directamente al posar una mirada atenta a lo que, a su paso por la tierra, el ser humano ha construido con el nombre de historia.

Conocer el comportamiento de los cuerpos celestes ha sido primordial desde que el hombre adquirió conciencia de sí, de lo importante que resultaba simple y llanamente para su supervivencia. La certeza en el orden y sucesión de los diferentes ciclos naturales se podía adquirir sólo mediante la paciente observación del firmamento. Como un enorme espejo ese firmamento reflejaba los deseos, las necesidades, las creencias más íntimas de los seres humanos, además, allí las diferentes civilizaciones colocaron la habitación de sus deidades y todo lo que sucediera en el cielo, por correspondencia, los afectaba de una u otra manera.



La astronomía, una de las transformaciones más significativas del Renacimiento. *Historia universal Planeta*, vol. 6, pp. 216-217

Desde los tiempos más remotos, el hombre ha tratado de penetrar el lenguaje de las estrellas con el afán de descifrar sus mensajes y colocar de su lado a los habitantes del firmamento para lograr que curen o al menos mitiguen sus angustias y sus dolores. Se volvió indispensable, entonces, adquirir tal conocimiento si se deseaba poner al servicio del hombre cualquier información proveniente de los cielos. Y es claro que la adquisición de un conocimiento similar fue de primordial importancia para los usufructuarios del poder (bajo la forma de rey o sumo sacerdote), cuando las civilizaciones humanas arribaron a ese estadio. A partir de entonces, siempre al lado del poder, a veces en el centro del poder mismo, quienes llegaron a penetrar en ese y otros conocimientos, tuvieron un lugar aparte y gozaron de ciertos privilegios vedados al resto de los miembros de su sociedad.

Así, el conocimiento que se pudiera lograr sobre los fenómenos celestes adquirió enorme importancia, baste recordar que en la Edad Media las universidades, dentro de sus programas de estudio mantenían los cursos de astrología, astronomía y música. Esta última cumplía, dentro de otras funciones, la de hacer evidente que en el firmamento existía una armonía celeste entre todos sus elementos, equiparable a la que se puede apreciar entre las notas musicales.

El hecho de integrar a la astrología como parte del programa de estudios de la universidad, era el reconocimiento definitivo de un conjunto de conocimientos cuyo origen, en verdad se pierde en el tiempo, aunque se ha dicho que este saber tiene su origen en Babilonia, íntimamente relacionado con las matemáticas y la astronomía.

Que de tan lejano país y tiempo llegara la astrología a Europa y fuera intensivamente cultivada, nos habla de la importancia que se le ha dado desde siempre al estudio de la naturaleza y, en este caso, al descubrimiento a través de la observación de los astros del destino del hombre y del verdadero significado de todo cuanto lo rodea.

La astrología como conocimiento definitivamente no era una materia de estudio fácil. La astrología babilonia estaba compuesta, para empezar, de cerca de seis mil signos, mismos que debían combinarse para encontrar los mensajes enviados por las deidades a los hombres, siempre en lenguaje cifrado, a través de los sucesos terrenales y celestes.

Fueron los griegos quienes modificaron el zodiaco babilonio en el transcurso de los siglos III y VI a.C., que en la actualidad es del conocimiento común, asignado a las nuevas divisiones por ellos establecidas a cada uno de sus dioses principales, cuyo predominio en la *casa* que le correspondía era absoluto.

Los astros, según el saber astrológico, imponían de manera ineluctable, su influencia a todo cuanto acontecía a los hombres, y determinaban, además de su carácter, hasta su aspecto físico. De ahí la importancia extrema que se le ha concedido a la astrología en todas las sociedades humanas.

Durante la Edad Media en Europa la astrología fue un importante objeto de estudio, al grado que se le incluyó como una de las disciplinas de enseñanza indispensable en las universidades. Como todas las obras humanas, todas sus actividades, su vida misma estaba regida por la influencia de los astros, se entiende la necesidad de que tales estudios pudieran contar con un cuerpo docente de primer orden.

Con la recuperación de las culturas orientales y de manera especial la griega que se dio durante el Renacimiento, la astrología tuvo un importante auge y fue cultivada por eminentes sabios que, sin desmerecer nada, fueron puntales de la nueva ciencia racional. Debemos reconocer que la astrología fue un conocimiento profundamente arraigado en la mente humana, no solamente en la época del Renacimiento, sino que sus creencias y asertos han gozado de enorme aceptación en todos los tiempos.

La ciencia como importante recurso del hombre para la obtención de conocimientos cuenta con sus propias reglas para la validación de su método, sus resultados y predicciones; no contempla en ningún momento que su validación se derive directamente de las aplicaciones prácticas exitosas debidas a la utilización de los conocimientos por ella obtenidos. Sin embargo, una forma indirecta de constatar la veracidad de los conocimientos, es la de ponerlos a prueba en condiciones reales, es decir, a través de la realización de actividades prácticas fuera del estricto control del laboratorio. Ello no quiere decir que la ciencia pura sea inútil o irrelevante sin la práctica. Lo que se establece es la existencia de ámbitos propios de cada género de conocimiento en un permanente diálogo e influencia mutua.

Para un amante de la sabiduría, para un filósofo de la Grecia clásica el conocimiento contenía un valor intrínseco, independiente de cualquier consideración ajena a él. Esta era una postura fundamentalmente ética por cuanto el saber valía por él mismo, y si alguna utilidad le reportaba al hombre era la de

hacerlo mejor y más sabio. Los tiempos cambian, y para un hombre del Renacimiento quizá no le diga demasiado llegar a conocer que la tierra, por ejemplo, contrariamente a lo que se creyó durante muchos siglos, no era un disco en medio de un océano infinito, mantenida a flote por encontrarse asentada sobre el caparazón de una enorme tortuga mítica, como lo proponía alguna creencia de origen hindú, cuya imagen se mantuvo en la mente del hombre occidental por muchos siglos. Quizá tampoco le diga mucho saber que la tierra es redonda y que mantiene una órbita elíptica alrededor del sol, el cual ocupa uno de sus focos.

Sin embargo, para ese hombre del Renacimiento, llegar a tales conclusiones fue de primordial importancia, y se pudo dedicar entonces –tal vez sin proponérselo– a validar los conocimientos obtenidos a través de la creación de ingenios, instrumentos y herramientas de uso, prácticamente, cotidiano. El reloj y el calendario, el astrolabio* y el sextante son buenos ejemplos de este aserto.

Medir el tiempo y la distancia fue en verdad una tarea de elevada dificultad, por cuanto exigió el conocimiento de la configuración real del cosmos, la utilización de un complejo aparato matemático y el dominio en la resolución de problemas en este campo.

En el campo de la astronomía, que paulatinamente se fue separando de otro tipo de conocimientos como el de la astrología, sabemos que sus logros fueron verdaderos prodigios del intelecto humano al no contar con más instrumental que su sentido de la vista y un método de razonamiento profundo y consistente.

Al igual que en otras ramas del saber los orígenes de la astronomía vienen del Oriente, y tienen un importantísimo desarrollo en la Grecia de los primeros filósofos. Con Pitágoras y Platón se inauguraron dos escuelas de astronomía cuyas concepciones eran divergentes. Para el primero el cosmos estaba formado por una serie de esferas concéntricas en las que, cual si estuvieran clavados, los astros se encontraban en una posición fija. Por supuesto la Tierra se encontraba en el centro de éstas y el movimiento de las astros era consecuencia del movimiento de las esferas que los arrastraban consigo en una sucesión ordenada. La escuela astronómica de Pitágoras formuló, empleando un término actual, todo un modelo matemático, cuya base fundamental sería la armonía de los números.

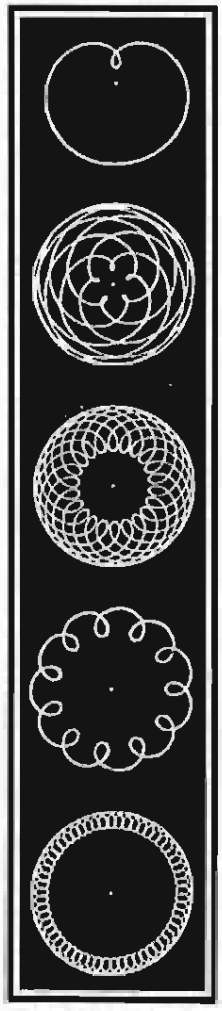
Por lo que se refiere a Platón, a pesar de su genio, en astronomía tuvo un desempeño discreto, aunque conjuntamente con la compilación del conocimiento que sobre la materia se tenía en su época, introdujo una noción que tendrá enormes repercusiones durante muchos siglos y que se refiere a que se debía considerar el movimiento de los astros como si describieran órbitas circulares. A pesar de las evidentes diferencias entre Platón y Pitágoras, un paso por demás importante que ambos dieron fue el de dejar asentado, de una vez por todas, que en el universo existe realmente un orden inteligible y racional, con lo cual es posible describir y predecir todos los acontecimientos que ocurren en el cosmos, partiendo de una paciente observación y haciendo acopio del recurso del cálculo matemático.

Aristóteles, a quien se debe considerar con mucho un filósofo de la naturaleza, dio forma a lo que la posteridad considerará como

la astronomía griega y que parte de la idea de que el cosmos se encuentra organizado mediante una serie de esferas concéntricas que giran alrededor de la Tierra, pero cada una de ellas es más etérea que la anterior, es decir, con un grado cualitativo ascendente cada esfera poseía mayor pureza que su inmediata antecesora.

El cosmos aristotélico cuya explicación racional se basaba en un modelo geométrico, colocaba a todas las estrellas a una misma distancia, pues pertenecían a una determinada esfera, podríamos decir, a un determinado cielo. Con base en el modelo geométrico del cosmos elaborado por Aristóteles, Hiparco (siglo II a.C.) pudo elaborar un catálogo celeste compuesto por más de ochocientos astros, y concluyó afirmando que el centro geométrico del cosmos no era ocupado por la Tierra, ya que todos sus cálculos apuntaban en dirección de que nuestro planeta ocupaba, a pesar de nuestros deseos, un sitio distante de ese centro geométrico.

El enorme trabajo de Hiparco se vio olvidado al establecer el astrónomo alejandrino Claudio Ptolomeo, en su *Almagesto*, lo que vendría a ser el dogma astronómico por muchos siglos: la Tierra se encuentra fija en el centro del universo. En abono a su propuesta Ptolomeo adujo varios argumentos de corte meramente lógico basándose en el registro de sus sentidos; por ejemplo, afirmaba que si la Tierra no se encontrara fija, entonces todo cuerpo que se lanzara hacia arriba, nunca caería en el mismo sitio desde donde fue impulsado, porque el movimiento de la Tierra era independiente del movimiento ascendente-descendente del objeto.



Las órbitas de los planetas vistas desde la tierra. Diagrama. J. Bronowski, *El ascenso del hombre*, p. 190

Con este bagage de conocimientos –o deberíamos decir creencias– sobre astronomía se llegó a la Edad Media en Europa, donde los antiguos y los Padres de la Iglesia eran tomados como autoridades indiscutibles, y se recurrió al intento de ajustar el universo a sus creencias, a pesar de que las explicaciones a los fenómenos celestes basadas en este modelo resultaban en extremo complejas y no siempre satisfactorias.

En la construcción de la astronomía occidental jugaron un papel de primer orden los sabios musulmanes. Se ocuparon principalmente de recoger y traducir el conocimiento que sobre la materia existía hasta el momento, compilaron multitud de tablas astronómicas, mejoraron los instrumentos de medición y registro como el astrolabio y realizaron observaciones de primer orden, mientras en Occidente aún prevalecía el sistema aristotélico.

Con el arribo de la época de los grandes viajes de descubrimiento, la astronomía se ve impedida a realizar enormes avances. Tal parece que esta ciencia de alguna manera se encontraba un paso atrás del desarrollo técnico, pues mientras en 1492 Cristóbal Colón ya había llegado a lo que él creía eran las costas orientales y los portugueses ya habían encontrado una ruta marina para llegar hasta Calcuta, sólo hasta 1543, es decir, casi cincuenta años des-

Astrolabio. Siglo XIV. J. Bronowski, *El ascenso del hombre*, p.166

pués, Nicolás Copérnico* publicaba su *De revolutionibus orbium coelestium* (Sobre las revoluciones del cielo), obra ya plenamente científica en la que afirmaba que era el Sol el que ocupaba el centro del universo, y que todos los planetas giraban en torno de éste, además de que la Luna giraba en torno de la Tierra. En el mismo libro también afirmaba Copérnico que la Tierra giraba sobre sí misma en ciclos de veinticuatro horas. Con dicha obra Copérnico daba pleno estatus de ciencia a la astronomía, sentaba las bases sobre las que construirían otros muchos pensadores, para lo que sería un desarrollo vertiginoso de la astronomía que aún no termina en nuestros días.

Nicolás Copérnico. J. Bronowski, *El ascenso del hombre*, p. 197

Tycho Brahe* también contribuyó a que la astronomía se consolidara como conocimiento científico, más allá de las creencias religiosas y de las supersticiones, basándose en observaciones minuciosas registradas por él con extremo cuidado. Transitando por el camino que abriera Tycho, Kepler dentro de sus observaciones sobre el planeta rojo, Marte, llegó a la confirmación que la órbita que describen los planetas alrededor del Sol no es circular como la tradición había asentado, sino que dichas órbitas en realidad describen una elipse, y para terminar de sentar las bases de la astronomía como ciencia, enunció tres leyes, cuya expresión matemática abrió nuevas rutas en la investigación de los fenómenos que ocurren en los cielos.

Ya para el siglo XVII, en que los grandes viajes habían hecho plena realidad el *descubrimiento* –y explotación– *de un nuevo mundo*, América, la ciencia de la astronomía no dejaba de dar nuevos motivos de asombro e iba conformando un cosmos por completo diferente al que muchos de los hombres se hubieran siquiera imaginado. Galileo* publicaba en el año de 1610 su obra *Sidereus Nuncius* (El mensajero de los astros), que recogía algo nunca, antes de él, siquiera intentado: realizar una serie de observaciones sistemáticas utilizando un instrumento, en este caso el telescopio, y llevar un registro minucioso y también racional y sistemático que le permitiera plantear preguntas y obtener respuestas adecuadas.

Sus observaciones lo llevaron a descubrir los satélites de Júpiter, los cráteres y montañas de la Luna, la rotación del Sol –y sus manchas–, además de las fases del planeta Venus. El espectáculo que apareció ante sus ojos mediante el uso del telescopio seguramente cambió de manera profunda y definitiva los sentimientos y la razón de Galileo, que llegó a expresar que la Vía Láctea era una masa de innumerables estrellas. Galileo, como hombre genial, seguramente intuía, porque aún no estaba a su alcance comprender en su verdadera dimensión

el universo que estaba descubriendo y que tradujo, afortunadamente, a escala humana.

A la par de las dimensiones del universo, eran las dimensiones de las consecuencias de todo tipo, incluyendo las teológicas, por lo que Galileo Galilei fue duramente censurado, hasta obligarlo a desdecirse de lo que había escrito. Sin embargo, a pesar de la censura y de los esfuerzos por mantener verdades librescas, la ciencia fue abriéndose paso mediante el enorme esfuerzo y valor de muchos hombres y mujeres que optaron por el camino de la verdad, antes que el de la sumisión al poderoso.

La época histórica que llamamos Renacimiento, lo vemos, está llena de contrastes. En ella vieron la luz enormes intelectos, se realizaron grandes hazañas científicas, técnicas, artísticas, literarias, aunque también hazañas bélicas y los poderosos, ya fueran Papas o soberanos, por lo menos intentaron –a veces con éxito– imponer formas de vida o creencias a quienes dedicaron su vida al cultivo de la ciencia. Si bien, nuestra época muestra que esos intentos en definitiva fueron inútiles, ya que sobre la base de los logros alcanzados por quienes nos han antecedido, la humanidad ha logrado enormes avances en su permanente marcha en busca de la verdad.

Un ámbito del conocimiento en el que el hombre también debió luchar incansablemente por cimentarlo sobre bases sólidas, ajenas a consejas y supersticiones fue la medicina. Sería estéril cualquier intento por determinar dónde nace este saber ya que en todas las épocas, en todos los lugares, el hombre ha luchado por sustraerse o al menos mitigar los estragos de las enfermedades.

Tycho Brahe, astrónomo danés. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 191

En todos los pueblos, sin importar su nivel de civilización, se ha mantenido una lucha permanente contra el dolor causado por las enfermedades. Entre los pueblos y las culturas más antiguas, sin que por ello queden fuera de esta consideración nuestras sociedades actuales, el arte de buscar la curación, de sanar, se encuentra íntimamente asociado a la religión y, por extensión, a la magia, toda vez que se tenía la firme creencia de que la enfermedad era un signo, un castigo por haber transgredido alguna prohibición establecida por alguna deidad, de ahí la respuesta tan violenta y contundente que muchas veces postraba a un individuo.

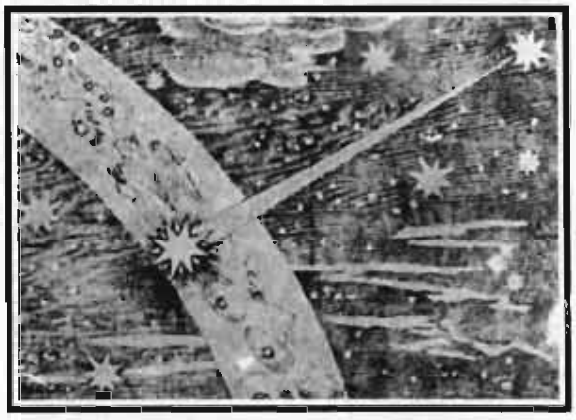
La recuperación de la salud era tarea

de un intermediario calificado para tal oficio, ya sea que se le llamara chamán, brujo, adivino. La enfermedad era la prueba de que el paciente se encontraba bajo el dominio de algún dios ofendido o de alguna entidad maléfica, de las que su principal ocupación consiste en causar, gratuitamente, trastornos a las personas, por lo que la intervención del especialista nigromante era obligada ya fuera para expulsar de la persona el maleficio del que hubiera sido víctima, o para interceder ante la deidad correspondiente y alcanzar su benevolencia, con lo que la persona, en cualquiera de los dos casos, podría recuperar su buena salud.

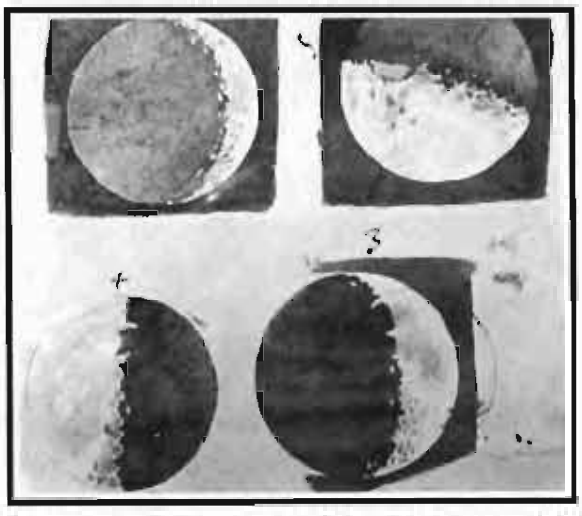
Juan Kepler, astrónomo alemán. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 422

Qué tan antiguo será el ejercicio del arte de la medicina, que sus orígenes se pierden por completo en el tiempo. Sabemos que todas las civilizaciones conocidas tuvieron personas dedicadas a esta importante práctica. Se tienen registros de que en la India, quince siglos antes de la era cristiana, se practicaban incluso intervenciones quirúrgicas muy complicadas. En China sus médicos, que llegaron a distinguir con fines de curación hasta doscientos ritmos diferentes del pulso, lograron desarrollar importantes prácticas médicas como el arte de la acupuntura, basada en los principios del taoismo; su ying y yang, es decir, la dualidad positivo-negativo que correctamente utilizada restablece el equilibrio, ya que la falta de éste en una persona es realmente la enfermedad, a fin de recuperar la salud.

Entre los griegos el máximo representante de la medicina fue Hipócrates, para quien la enfermedad, dentro de una línea de pensamiento que será muy ajena a las consideraciones mágicas, es resultado de causas por demás naturales que, en su momento, alteran por completo el delicado equilibrio existente entre los humores del cuerpo, por lo que



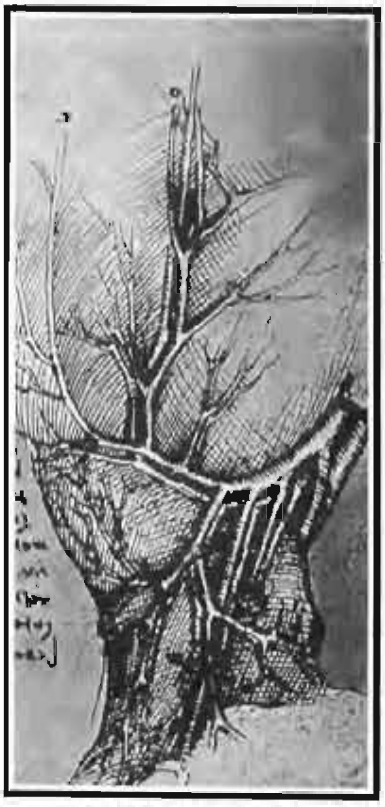
El cometa de 1630, según grabado de la época. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 368



Dibujos de Galileo de las fases de la luna. Siglo XVII. J. Bronowski, *El ascenso del hombre*, p. 202

el papel del médico, según Hipócrates, se reducía a estimular la acción de las fuerzas naturales que repercuta en la recuperación del equilibrio y de la armonía perdida.

El arte de la medicina durante la Edad Media en Europa se practicó fundamentalmente en los claustros cristianos de una manera más bien empírica. Fue en esta época en que varios sabios de origen árabe comienzan a preocuparse por rescatar las obras de los más eminentes sabios de la antigüedad, entre los cuales se encontraban connotados médicos, y divulgarlas mediante la realización de traducciones y comentarios en diversos idiomas, con lo que se logró que los pensadores medievales tuvieran acceso, prácticamente directo, a los conocimientos más importantes que sobre medicina se habían producido hasta el momento.



Estudio anatómico del sistema circulatorio. Dibujo de Leonardo da Vinci, siglo XV. *Historia universal Planeta*, vol 6, p. 214

De ser un conocimiento que se cultivaba preponderantemente en los monasterios cristianos, la medicina, durante el medioevo, pasó a ser materia de estudio de las universidades, entre las cuales sobresalen las de Salerno y Montpellier.

Con el arribo del Renacimiento en Europa, la medicina, como era de esperarse, también se intenta que haga un viaje de regreso hacia el humanismo y a la revalorización de los conocimientos alcanzados por los sabios grecolatinos. Con la invención de la imprenta, los textos de medicina van a ser ampliamente divulgados, principalmente aquellos libros de anatomía, algunos ilustrados magistralmente por Durero o por Leonardo da Vinci.

Los estudios de medicina en las universidades, aunque habían alcanzado un alto grado de desarrollo, aún se encontraban bajo la fuerte influencia de la astrología. La teoría de los humores reflejaba la idea de la composición del universo a partir de los cuatro elementos primordiales: agua, aire, tierra y fuego. La combinación adecuada o inadecuada de esos humores repercutía en contar con una buena o mala salud. Pero además, como la astrología determinaba la totalidad de las características de cada ser humano, de hecho estaba determinando el tipo de enfermedades que cada individuo podría sufrir y, consecuentemente, también determinaba cuál sería su posible curación.

Sin embargo, es importante señalar que los estudios de medicina que se realizaban en las universidades eran todos fundamentalmente teóricos. Se discutía sobre las causas de la enfermedad en general o de alguna de ellas en particular, y se recurría a lo que las autoridades habían señalado en alguna de sus obras o lo que en la propia Biblia estaba establecido. Pocos o ninguno de los médicos graduados en cualquiera de las universidades que proporcionaban estudios en esta disciplina, se enfrentaba a una práctica real cotidiana, ajena al exclusivismo de los libros.

Paracelso. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 206

En caso de necesidad, se recurría a la comadrona para que asistiera a una parturienta, la extracción de una muela dañada era tarea del peluquero quien, además, aplicaba sanguijuelas o practicaba una sangría para restablecer, mediante la extracción de cierta cantidad de sangre, el equilibrio de los humores de sus pacientes.

El médico y teólogo español Miguel Servet. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 48

Muy lentamente se fue comprendiendo que los problemas de salud debían ser tratados por un especialista, con una preparación práctica que le permitiera reconocer, manipular y tratar de manera adecuada a cada paciente, que comprendiera que la enfermedad es un término muy genérico, a veces inasible, y que lo que tiene entre sus manos es a un individuo enfermo.

A pesar de que durante el Renacimiento las pestes que de manera periódica azotaban y diezmaban a la población europea, fueron cada vez menores y menos virulentas, debido a que se descubrieron y pusieron en práctica diversas medidas de higiene, lo cierto es que no desaparecieron del todo, como lo ejemplifican varias obras literarias. Pero también es cierto que el arte de la medicina realizó avances enormes y que los llamados médicos se fueron involucrando cada día más por tratar directamente a sus pacientes, además de realizar investigaciones en diversos campos de la medicina de primer orden.

Paracelso, el eminente químico, estudió y encontró un remedio efectivo contra la sífilis, enfermedad cuyo origen se ha atribuido al *Nuevo Mundo*, la cual es transmitida por vía sexual que causó verdaderos estragos entre los civilizados europeos, habla claramente de la actitud con que éstos llegaron a posesionarse de los territorios y de las personas nativas. Vesalio*, autor del famosísimo *De humani corporis fabrica libri septem*, publicado en 1543. Girolamo Fracastoro, además de excelente anatomista, fue de los primeros médicos en investigar y presentar algunas ideas sobre las causas del contagio y del papel que en él juegan los gérmenes. Miguel Servet*, a quien se debe el descubrimiento de la circulación menor de la sangre. Todos ellos y muchos más, fueron mentes avanzadas que trabajaron con ideas nuevas, que trataron por resolver algunos viejos y graves problemas del hombre como son aquellos que afectan y minan su salud.

La medicina aunada a la química y a la botánica presentó un panorama por completo diferente, más fresco y esperanzador. Aun-

que la medicina aunada a otro arte, al arte de la guerra, se vio obligada a marchar a pasos agigantados para descubrir y aplicar nuevos remedios y técnicas para tratar a multitud de enfermos y lisiados, que dicho *arte* iba regando a su paso.

El Renacimiento no sólo fue una época que se caracterizó por un regreso a las fuentes originales del conocimiento en la Grecia Clásica y otros pueblos de la antigüedad, ni únicamente se interesó por recuperar con nuevas perspectivas el humanismo subyacente en las literaturas de esos pueblos. El Renacimiento también fue un intento y una visión totalizadora. El mundo, lo humano, el universo todo es el hábitat y la herencia del hombre. Él, el ser humano, tiene la capacidad y el derecho de preguntar, de investigar, de conocer. De ahí que dentro de ese afán totalizador, el hombre intente dar una respuesta a multitud de preguntas, presentando el problema y la solución, mediante su expresión matemática.

No existe ningún pueblo conocido que no cuente, aunque sea con rudimentos, de las matemáticas. En su expresión más simple como contar y medir, todas las personas todos los días tienen necesidad y hacen uso de ellas. Pero sólo basta una pequeña mirada atenta a ese mundo de los números para encontrarse que detrás de esa apariencia de simpleza se encuentra una vastedad inconmensurable. Las matemáticas son señales y símbolos de conocimientos y creencias religiosas, son llaves y puertas para penetrar a donde solamente algunos pocos escogidos tienen permiso para posar sus plantas, son la clave que expresa la verdadera forma del universo; las matemáticas son la fuerza que ha cincelado la mente racional del hombre y la ha convertido en una poderosa herramienta cognoscitiva, indagadora y transformadora. Las matemáticas son todo.

Consulta médica. Estampa de un cuadro de Gerard Dou, siglo XVII. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 283

Desde remotos tiempos las matemáticas han sido una de las disciplinas más cultivadas por multitud de sabios. De la exactitud de los cálculos dependía, de hecho, la supervivencia de pueblos enteros, además de que a través del significado de los números y de sus relaciones se establecía la comunicación entre las divinidades y los hombres, y son señal segura de su futuro.

Las culturas orientales pronto utilizaron a las matemáticas con fines prácticos. Las necesidades de medir los terrenos, las construcciones y de contar los productos y ganados,

les obligó a desarrollar las primeras nociones matemáticas conocidas. Babilonia una vez más aparece como la cuna de los conocimientos matemáticos, mismos que influyeron el desarrollo de esta ciencia en otros pueblos. A los babilonios se debe por ejemplo, la división de la circunferencia en grados, que seguramente utilizaron en la agrimensura y en sus observaciones astronómicas.

Leibnitz. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 368

El cultivo de las matemáticas por otros pueblos, evidencia la enorme influencia que ejercieron en ellos los conocimientos alcanzados en este terreno por los babilonios. Para los griegos esta influencia se traduce entre otros puntos, en que las matemáticas se viven con un profundo sentimiento de lo arcano, de lo místico. Pitágoras, que se considera como un depositario de antiguos conocimientos mesopotámicos, le da a las matemáticas un sentido mágico. Sentido que en su momento será recogido por los hombres del Renacimiento.

Después de los griegos a quien se le reconoce su enorme contribución al desarrollo de las matemáticas es al pueblo hindú. Este pueblo fue el inventor de la notación aritmética que conocemos con el nombre de números arábigos, por cuanto fue ese otro pueblo que se convirtió en una eficiente correa de transmisión entre las diversas civilizaciones orientales y occidentales. Es un hecho indiscutible que, prácticamente, durante la Edad Media, los principales desarrollos de la ciencia matemática y su consecuente transmisión en toda el área europea se realizó a través de los árabes, quienes transportaron por casi todas las veredas multitud de mercancías además de libros y escritos que versaban, muchos de ellos, sobre tópicos matemáticos. Los musulmanes mismos fueron excelentes en esta disciplina como lo muestra gran parte del vocabulario que se utiliza en ella.

Para la edad moderna, la enorme importancia que tienen las matemáticas está dada por el gran paso que representa la revolución heliocéntrica presentada por Nicolás Copérnico en 1543, confirmada por los descubrimientos de Galileo Galilei y Johannes Kepler. Es perfectamente claro que por muy sugestiva o importante que pudiera parecer la idea de que el Sol es el verdadero centro de nuestro cosmos, y que la Tierra gira en su derredor, no tendría la mínima validez –y quedaría tan sólo como una hermosa idea– si no estuviera firmemente cimentada sobre un complejo, sorprendente y consistente aparato matemático.

Isaac Newton. Óleo de Godfrey Kneller, siglo XVII. J. Bronowski, *El ascenso del hombre*, p. 225

Después de estos sabios vendrán otros más que llevarán a las matemáticas a desarrollos más allá de lo creíble, como Descartes*, Leibnitz o el mismo Newton, a quienes se les debe considerar como verdaderos transformadores del mundo, en el que nos debemos incluir nosotros mismos.

La filosofía

Cuenta la leyenda que Faetonte, hijo de Helios, el Sol –alentado por sus hermanas–, insistió tantas veces a su padre de que le permitiera conducir su dorado carro de fuego, como él lo hacía diariamente por los cielos, para alumbrar con su resplandor a la tierra habitada por el hombre, que después de mucho tiempo, por fin Helios accedió a que Faetonte subiera a su carro y lo condujera por el cielo. Mas debido a la impericia y poca fortaleza del joven, el carro del Sol se descontroló y causó una serie de verdaderos estragos hasta que el propio Zeus, con uno de sus poderosos rayos puso fin a la vida del incompetente conductor, cuyo cuerpo cayó en el río que actualmente se llama Poo y el dolor de sus hermanas se manifestó convirtiéndolas en árboles de ámbar que, a la orilla de ese río, gotean lágrimas constantemente.

Recurrir al mito para poder hacer explícitas las ideas que de suyo son complejas, nos permiten acercarnos a varias realidades que se encuentran separadas, meramente con motivo de la necesidad de dotar a nuestro pensamiento de una fuerte cohe-

Petrarca, gran humanista del Renacimiento. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 289

rencia racional. La primera, que la separación entre diversos tipos de conocimiento, para privilegiar a la vía del conocimiento por medio de la razón, es en gran medida artificial, por cuanto no es la única forma de acercarse al mundo y tiene la limitante de hacer imposible una visión totalizadora de la realidad humana en la medida en que ésta es algo más, mucho más que un ser racional.

Así lo comprendieron los hombres del Renacimiento y a la par que rescataban, traían al tiempo presente que estaban viviendo a los grandes pensadores de la Antigüedad, lo hacían no en una sola de sus facetas, no solamente en sus obras racionalistas y científicas, sino en lo que pudiera considerar la totalidad de su presencia vital.

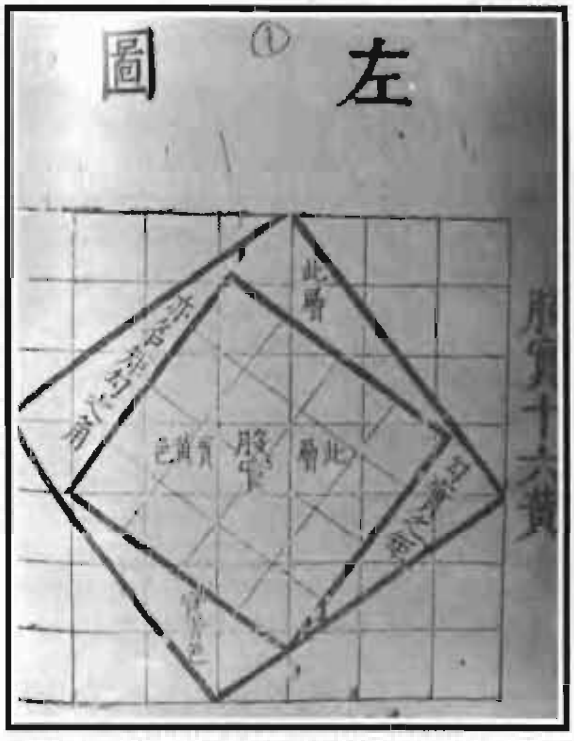
Dice Hegel que el búho de Minerva sólo levanta el vuelo al anochecer, en clara referencia a que el pensamiento filosófico requiere que el hombre haya superado su época de juventud precipitada e inexperta, que haya adquirido la paciencia y las armas –incluso morales– que le permitan enfrentarse a problemas en extremo difíciles, muy difíciles porque lo involucran a él mismo.

De ahí que la filosofía y los filósofos se aboquen al estudio de múltiples problemas con una nueva actitud –no necesariamente apoyada en la razón– ante la vida, fundamentalmente optimista, aunque no todos los pensadores la compartieron. Los grandes temas del Renacimiento son, de hecho, los

grandes temas de todas las épocas, pero en esta época y con ellos tales temas dieron nuevas luces y plantearon otras interrogantes, en cuya solución, aún nos encontramos, de alguna manera, todos.

Los llamados humanistas fueron los primeros en replantear las preguntas por el hombre, la sociedad y la naturaleza. Y el inicio para repensarlos fue, de nueva cuenta en la historia, ocuparse a fondo de la obra de Platón. Fue el enfrentamiento de los diálogos literarios contra la escolástica medieval, representada principalmente por la interpretación cristiana del pensamiento de Aristóteles.

Así, aparecen en el ambiente europeo la filosofía y diversas manifestaciones religiosas de origen oriental, que al ser adoptadas por la civilización occidental adquieren nuevos matices u otros significados y, a su vez, impulsan la aparición de nuevos conocimientos e interpretaciones de los que hasta el momento se habían logrado alcanzar.



Impreso chino del teorema de Pitágoras. J. Bronowski, *El ascenso del hombre*, p. 161

Una de las corrientes filosóficas que tras la fachada guardan un importante cúmulo de conocimientos de índole religiosa y esotérica, es todo lo relacionado con la doctrina y figura de Pitágoras. Este pensador griego nacido en la ciudad jónica de Samos, en el Asia Menor, cuando tenía cerca de cincuenta años fundó en la ciudad de Crotona una sociedad de carácter místico y espiritualista, la cual llegó a tener un enorme poder político, por lo que fue duramente combatida por sus enemigos. Pitágoras exigía de los miembros de su sociedad, todos pertenecientes a la aristocracia, que en todo momento ajustaran su conducta a un riguroso código ético. La base de su pensamiento la constituían las creencias de los misterios órficos que tenían como fin la salvación del espíritu. Pitágoras consideraba que el alma era inmortal y de origen divino; pero que se encontraba como si fuera una prisionera encerrada en el cuerpo, por lo que era indispensable purificarse, por medio de una conducta intachable, para romper una cadena de continuas reencarnaciones.

La clave para lograr la definitiva liberación de las cadenas de la materia y vivir plenamente como espíritu, se encontraba en la búsqueda y conocimiento del número (la medida), que dotaba a la naturaleza toda de un orden y le proporcionaba el fundamental soporte para poder existir. En fin, el universo, todo lo existente podía resumirse en las matemáticas, cuya esencia es la armonía, como lo pueden ejemplificar la música y el concierto, el orden de los cuerpos celestes.

Elementos diversos de la doctrina pitagórica son recogidos por Platón y los asimila

a su filosofía, con lo que contribuye a darles mayor forma y difusión. Aquí se plantea un difícil problema cuyo tratamiento excede con mucho los objetivos de este ensayo. Determinar de manera unívoca los alcances de la asimilación de Pitágoras por Platón. El filósofo ateniense no fue en ningún momento ajeno a la influencia de las culturas y filosofías orientales, por lo que se podría decir que es natural que varios aspectos del pensamiento pitagórico y de otras doctrinas similares, hayan sido bien recibidos y acogidos en la obra de El Divino –como le llamarán durante la Edad Media– Platón.

Debemos recordar que todas las filosofías, sobre todo las antiguas, sufren modificaciones a lo largo de la historia, y Platón no se sustrae a este fenómeno. En este punto es importante considerar que existe una línea que establece cierta tradición platónica, en la que se incluye la influencia pitagórica, prácticamente a partir del siglo II, que transforma la original filosofía del maestro ateniense en la que a partir de entonces tomará el nombre de neoplatonismo.

Es sintomático que sea en la ciudad de Alejandría, Egipto, que Amonio Saccas* funde, en el segundo siglo de nuestra era, una escuela filosófica teniendo como figura central a Platón. No olvidemos, por otro lado, que Platón mismo decidió estudiar durante algún tiempo en Egipto, y que ese ámbito cultural fue decisivo para la elaboración posterior de su pensamiento, donde abrevó en las fuentes originales de diversas doctrinas esotéricas. De ahí la adopción de alguna parte de la filosofía pitagórica, en la obra de Platón. Pero dicha adopción, dentro de la obra del filósofo ateniense, ¿en qué medida es atribuible a la mano de Platón y qué tanto fue obra de la escuela, o de las escuelas porque existieron varias a lo largo de los siglos, neoplatónicas?

Así, el neoplatonismo que, para la época del Renacimiento será adoptado por círculos selectos de sabios, artistas y pensadores, teniendo como una nota distintiva fundamental, que el conocimiento es una verdad revelada.

Si en la filosofía platónica se establece que la base de todo conocimiento posible es la reminiscencia, que surge en el alma cuando, siguiendo racionalmente una serie ordenada de pasos, se presentan de manera clara las ideas con las que convivía en el tropos ouranos, en el lugar celestial.

Para los neoplatónicos este conocimiento sólo puede ser tal, en cuanto como verdad revelada, es decir, en cuanto tiene su origen cuando el alma tiene contacto directo con las verdades eternas, por lo que su base definitiva únicamente puede derivarse de la religión. La conclusión es la de que, por ello, el conocimiento tiene un sentido profundamente moral e introspectivo. Aquí, el conocimiento es, en gran medida, un proceso reflexivo sobre sí mismo.

También, como derivación obligada de considerar al proceso de conocimiento como una revelación de origen divino, obviamente tiene un límite imposible de rebasar que es el conocimiento de Dios, que se encuentra fuera del alcance de la razón, infinitamente más allá de toda determinación cognoscitiva. Toda ciencia cuyo objeto de estudio sea Dios, de quien no se puede siquiera mencionar atributo alguno, porque al ser todo perfección infinita, el asignarle alguno, sería tanto como ponerle límites y por lo tanto contrario a la naturaleza divina.

El neoplatonismo, para explicar el surgimiento de la realidad, del universo, sostiene que éste es una emanación, una suerte de desprendimiento de Dios mismo, al que la realidad tiene como centro. Siendo Dios el centro, todo aquello que se aleje de él será proporcionalmente a su distancia menos perfecto. Esta noción acerca considerablemente al neoplatonismo a doctrinas esotéricas orientales, como la sostenida por el célebre personaje conocido bajo el nombre de Hermes Trismegisto*. Pensando en términos geométricos, se diría que si se tiene un círculo, el área que se encuentra cercana y en contacto con el centro es la parte que corresponde al intelecto, a la razón, mientras que los círculos alejados del centro corresponden al mundo sensible, que es apenas una mera apariencia o imagen de ese mundo inteligible.

Cosme de Médicis. Relieve en mármol, J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 301

Mas si la realidad es una emanación que se aleja de Dios, también existe el movimiento de retorno a Él a través del hombre, por medio de la parte racional, intelectiva del ser humano, vuelta hacia la unión con la divinidad.

Esta concepción del mundo y de la realidad como emanación de Dios, sostenida por generaciones hasta llegar al Renacimiento, otorga una elevada posición al ser humano al reconocerle la máxima importancia como una criatura de estirpe divina.

El neoplatonismo renacentista será entonces un conjunto doctrinario cuyo principal contenido es el de reconocer y recuperar la noción de la divinidad humana. De su capacidad otorgada por su creador, para operar activamente e imponer su voluntad a la naturaleza, de su capacidad transformadora. Si una característica se debe reconocer como distintiva al Renacimiento, es la nueva relación que se le reconoce al hombre respecto del universo. De considerarlo un ser por completo dependiente y dominado por la naturaleza, pasa al reconocimiento de su poderosa capacidad para transformar su entorno de acuerdo a un plan previamente concebido.

Uno de los principales personajes promotores de esa nueva concepción lo fue Marsilio Ficino, quien fuera director de la célebre Academia de Florencia, fundada por Cosme de Médicis en 1442. Ficino traductor y comentarista de autores importantes, como Plotino, Porfirio y Dionisio Areopagita, dentro de los que destaca sin lugar a dudas, Platón. La inmensa obra de Marsilio Ficino no se detiene en la traducción, también como autor realizó una obra importante y consistente contenida en dieciocho libros bajo el título de *Theologia platónica*, donde defendía la idea de que no existía ninguna contradicción entre el cristianismo y la doctrina platónica.

Con ello es claro, como hemos visto, que a la par de la enorme herencia que recibieron las civilizaciones europeas de las culturas orientales, Occidente fue capaz de transformar esa herencia en algo propio, al grado que muchos de los legados que recibió no son identificados ni reconocidos con relación a la sociedad en que aparecieron por vez pri-

mera. De esta manera, tal pareciera que muchos de los logros alcanzados a partir del genio del trabajo de las culturas orientales, son creaciones netamente europeas.

La Academia de Florencia no fue propiamente una universidad, fue más bien un espacio de reunión e intercambio entre pensadores de muy alto nivel. El selecto grupo de sabios fue un importantísimo promotor del humanismo como recuperación de los autores de la Antigüedad, dentro de la línea de reconsiderar la posición del hombre en el cosmos. Pico della Mirandola*, conspicuo miembro de la Academia, escribe una obra cuyo título es toda una declaración de principios: *Oración sobre la dignidad del hombre*. Con Pico, y recuerda de nueva cuenta la herencia hermética, reaparece la noción de que el hombre, a pesar de su pequeñez en el universo, es su perfecto reflejo y, en lo fundamental, se corresponden mutuamente, es decir, el hombre es un microcosmos.

Los nombres asociados a la escuela neoplatónica forman legión, y mencionar algunos mostraría la extensión y profundidad de este movimiento: Bernardino Telesio*, Nicolás de Cusa, Giordano Bruno*, entre otros muchos. Todos ellos imbuidos de la idea de que el ser humano, como el de mayor dignidad de la creación es, a la vez, como un cosmos en pequeño, una pequeña gran totalidad. El hombre del Renacimiento es total.

De talante optimista, al hombre del Renacimiento le parecía posible, hacedero, el llegar a la totalidad del conocimiento; quizá se sentían muy cerca de la verdad, por lo menos la que se pudiera referir a la naturaleza y al hombre. Dios era la gran incógnita, tan sólo asible, presentido, a través de la fe.

El significado de esa visión optimista de la vida encerraba un ideal de educación totalizadora por cuanto la vocación íntima del conocimiento es ser totalizador, universal. Para el hombre del Renacimiento no guardaba ninguna contrariedad que una persona pudiera tener acceso y ejerciera diferentes disciplinas, cuyos resultados fueran de índole teórica o práctica indistintamente.

Si pudiéramos hacer un parangón entre las vías que, para llegar al conocimiento tiene a su disposición el ser humano, con la alegoría mítica del hijo del Sol, podríamos decir que, así como los fogosos corceles uncidos a su dorado carro deben ser controlados, mediante el uso de la fuerza aunando el uso de la inteligencia y la prudencia, de la misma manera deben ser debidamente ponderadas y utilizadas la teoría y la práctica.

Permitir que ese carro se desvíe hacia cualquier parte, representa la imposibilidad de hacer un uso adecuado del vehículo, que exige ser conducido con pleno dominio y conocimiento de la dirección a la que se desea llegar para, de esa manera, encontrarse en posibilidad de prodigar beneficios y dones a la humanidad.

El ser humano debe guiar al conocimiento cual si fuera el carro del Sol. La teoría y la práctica, fuentes primigenias de éste, son componentes de un todo inseparable, y la importancia de cada una en el proceso de generar nuevos conocimientos es por completo relativa. Cada situación concreta establecerá el peso de cada una ya que en ningún momento éste se encuentra determinado con antelación. La práctica debe apoyar a la teoría e impedirle que se convierta en algo por completo abstracto y nebuloso; a su vez, la teoría debe guiar y conducir a la práctica, e

impedirle que se convierta en una actividad sin dirección e inmediatista.

Mas ni la teoría ni la práctica se producen a sí mismas, es el ser humano quien las genera y, en última instancia, es dentro de ese ser humano que se debe buscar el equilibrio y la armonía. Las creaciones son reflejo de su autor y la distorsión o equilibrio que éstas puedan tener, no son sino expresiones de la constitución o forma de ser de ese autor.

De ahí la enorme importancia que adquiere la educación, que debe ser un medio para producir conocimientos, pero a la vez un elemento profundamente transformador del ser humano. Mas sería imposible que la ciencia cumpliera con ese deseable papel, si no le permitiera o ayudara al hombre desarrollar paralelamente a la generación de conocimientos una actitud profundamente ética y totalizadora. Ética, por cuanto ninguna de las acciones que emprenda el ser humano deben contravenir los más altos valores derivados de su propia dignidad. Totalizadora, en la medida en que el ser humano como grupo social, distribuye entre sus miembros –supuestamente de acuerdo con su vocación y aptitud– las diferentes actividades que cada uno debe cumplir a fin de que, en su conjunto, se dé satisfacción a todas sus necesidades. Aunque desde la perspectiva renacentista tal deseo se refería a que un solo hombre podía, y debía, abarcar la ciencia en su conjunto además de ser diestro en múltiples actividades prácticas. El del Renacimiento es el hombre universal.

La educación para el hombre universal debía tomar en cuenta todas sus potencialidades, todas sus posibilidades y si desde tiempos inmemoriales existía una separación, prácticamente infranqueable entre la teoría y la práctica, ahora el acercamiento, si no derribó las murallas en forma definitiva, al menos sentó las bases para que, con el paso del tiempo y superados muchos escrúpulos, la relación entre conocimiento puro y acción práctica lograran rehacer una relación que a la larga sería mutuamente beneficiosa. Se pasaría, sin quedarse en el extremo contrario, de la cultura del bien decir a la cultura del bien hacer.

Todo lo que sucede en la historia del ser humano tiene una explicación. En este caso, la separación entre el conocimiento teórico y el práctico proviene de la antigua consideración de que las cosas de dios, o de los dioses, se encontraban muy por encima del comercio con lo material y, consecuentemente, con todo lo que tuviera que ver con la realización práctica de la vida cotidiana. El conocimiento de la matemática acercaba al hombre a la divinidad y era una llave para intentar al menos entender su lenguaje; la construcción de una casa, la medición de una parcela o contabilizar los gastos de la ganadería, no necesariamente fueron actividades reconocidas con alguna relación directa con la ciencia matemática primigenia.

Pasaron muchos siglos antes de que esa concepción pudiera sufrir cambios profundos. Aún en la época del Renacimiento, las relaciones entre ambos tipos de conocimiento –si es que puede existir, por lo menos actualmente, una rigurosa y tajante separación– no eran demasiado amplias ni profundas. "Las técnicas de las artes adquirieron mayor importancia en el Renacimiento que la época clásica, debido a que dejaron de estar en manos de esclavos y pasaron a las de los hombres libres; y éstos no podían ser separados, ni social ni económicamente –como había currido en la Edad Media–, de los dirigentes

de la nueva sociedad. En la Florencia medieval, por ejemplo, los artistas eran miembros subordinados del gremio mayor de médicos y comerciantes en especias, *Medici e Speciali*; y los escultores todavía se encontraban en un nivel inferior, dentro del gremio menor de los canteros y albañiles."[4]

El *uomo universale*, como dirían los florentinos renacentistas, necesitaba también una educación universal. En este tipo de educación el hombre se aleja de una especialización meramente especulativa para acercarse a otras disciplinas donde tiene la oportunidad de aplicar muchos de los conocimientos teóricos a la solución de problemas muy concretos y comprobar que, a pesar de las diferencias y minucias argumentativas, el conocimiento es uno, es una unidad.

Los grandes artistas del Renacimiento son el mejor ejemplo que podemos proporcionar de este fenómeno. Entre ellos el pintor o el escultor no se diferenciaba del inventor o hacedor de ingenios, tampoco del matemático ni del alquimista. Tampoco quedaba fuera el poeta pendenciero ni el músico enamorador. Todas las artes y las ciencias tenían cabida en una sola mente: el hombre universal.

Leonardo da Vinci, Miguel Ángel o León Battista* son algunos de los pináculos de tal tendencia. El último decía de sí mismo ser asiduo en la ciencia y en la práctica de las armas y de los caballos, de los instrumentos musicales y de las bellas artes, tanto como al conocimiento de las cosas más raras y más difíciles. En la realización del hombre universal se aprecia la impronta del mismo Platón, que en su programa educativo buscaba

Miguel Ángel Buonarroti. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 362

el desarrollo total de todas las cualidades del hombre, que sólo esperaban una pequeña oportunidad para manifestarse en toda su perfección.

El ideal helénico de la educación como instrumento forjador del ser humano, queda evidenciado en la obligación, por ley, de que todos los jóvenes debían asistir al gimnasio, y de sus padres de enviarlos a ese lugar, a la escuela para ser educados no sólo intelectualmente sino también del cuerpo, ya que la consideración de la indisoluble unidad del alma y el cuerpo, tendía a que se cumpliera con el objetivo de que cada persona llegara a realizarse como un ser humano completo y armónico.

El movimiento filosófico del Renacimiento, como consecuencia natural del retorno a la Antigüedad Clásica, debió recuperar también el ideal educativo y transmitirlo a la sociedad, a fin de que ésta se fuera transformando y fuera posible la realización de un mundo mejor, en la medida en que era una realidad un hombre mejor.

4 John D. Bernal, *Op. Cit.*, pp. 371-372.

La realización del ideal renacentista exigía una profunda reconsideración de los actos del hombre, sin que ninguna de sus acciones quedara fuera de una pausada revisión. En este punto el movimiento de Reforma fue una de las enormes consecuencias del intento por recuperar los más altos valores humanos acompañada, además, por la aparición de varias obras que, inmersas bajo el título de utopías, apuntaban en la misma dirección: lograr, en la tierra la creación de un mundo más humano, más digno de ser vivido. Con lo que se muestra, lo que ya hemos apuntado, en el sentido de que a pesar de las enormes luces y los avances del humanismo, todavía quedaban grandes porciones en la vida del hombre que se encontraban sumidas en la obscuridad o al menos entre penumbras, por lo que al Renacimiento también se le puede apreciar desde otra perspectiva, la de un inmenso –a veces teñido de impotencia y rabia– escepticismo.

Sin embargo, la filosofía en su vis optimista, pues a pesar de todas las situaciones adversas, era posible, en lo futuro, la transformación del hombre. Así lo cree, entre otros, también Luis Vives*, filósofo de origen catalán quien después de ser estudiante de la universidad de París, llega a ser consejero del rey Enrique VIII, a cuya corte había llegado por mediación de Tomás Moro*. Una vez que el rey (que pasó a la historia entre otras razones por sus múltiples matrimonios, acompañados de sus respectivos divorcios, mismos que culminaron con otro divorcio mayor, al separarse la iglesia cristiana de Inglaterra del centro espiritual de Roma) terminó su relación matrimonial con Catalina de Aragón, Vives abandonó su puesto para dedicarse de lleno a la realización de una obra por demás importante, que lo llevó a convertirse en el iniciador de varias disciplinas entre las cuales destaca su contribución a lo que posteriormente llegará a ser, con Francisco de Vitoria* y Hugo Grocio*, el Derecho Internacional.

Para Luis Vives el hombre es un ser nacido del amor de su creador, de ahí que tienda, naturalmente al amor; pero también es un ser caído, por lo que manifiesta de igual manera una tendencia a la discordia y a todas las pasiones originadas por su propia condición yacente. Si esa es la condición humana, entonces ¿cómo es posible que se logre alcanzar la paz entre los hombres? La respuesta para Vives es que el hombre debe, en primer lugar, alcanzar la paz interior tomando como guía y camino la observancia de los evangelios.

Luis Vives. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 372

Si la doctrina cristiana antepone como valor supremo el amor entre los seres humanos, entonces no puede darse siquiera el calificativo de justa o injusta a la guerra. Moral y racionalmente ésta es, por sí misma, esencialmente inhumana, contraria a la doctrina de Cristo y en consecuencia, por derecho natural, siempre injusta.

Una opinión como la de Vives cuando España se encontraba sumida en la barbarie de la guerra, tanto en Europa como en América, tuvo varios seguidores de gran peso. Sobre todo en el Nuevo Continente donde el catálogo de atrocidades ejercido por los *conquistadores* empujó a varias claras inteligencias a revelarse ante una situación injusta por principio, la influencia de Luis Vives se dejó sentir con toda su contundencia.

Dante Alighieri. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 172

Fray Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga*, por mencionar únicamente a dos defensores de indios, hicieron acopio de argumentos filosóficos de corte eminentemente renacentista en los que hacía claro que la guerra era un medio vil, sin sustento de ningún tipo, excepto el de la ley del más fuerte para avasallar a individuos que de suyo no podía oponer mayor resistencia contra los invasores de sus naciones.

Vasco de Quiroga, además de luchar incansablemente a favor de los aborígenes americanos, logró poner en práctica, si es que merece tal nombre después de haber mostrado sus bondades de manera fehaciente, una utopía, aunque fuera por tiempo más bien breve, entre los pueblos habitantes de las márgenes del lago de Pátzcuaro recordando el modo de vida del cristianismo primitivo, aquél que aboliendo el uso del dinero diera a cada cual según su necesidad, sin ninguna otra base que una inconmensurable caridad y amor al prójimo.

Mas el Renacimiento no sólo fue la cuna de muchos de los más grandes utopistas que haya conocido el mundo: Campanella, Tomás Moro, Dante Alighieri*. Dentro de su enorme espacio intelectual, una vez rotas las cadenas del escolasticismo retórico, la época renacentista también fue una búsqueda incesante de la verdad, de una fórmula que asegurara la consecución de la verdad en el conocimiento.

Una mente renacentista, pero inmersa por completo en la modernidad, lo fue sin duda la de René Descartes, para quien la búsqueda de un método aplicable a las ciencias y que condujera a los hombres mediante una serie de pasos coherentes e invariables, hasta el conocimiento cierto, fue la obra de su vida.

René Descartes, filósofo francés. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 259

Una vida dedicada a la investigación matemática y a la reflexión científica cuyos frutos aún están presentes en nuestro tiempo.

Descartes procedió, si es válida la expresión, a limpiar la casa, a dejar todo en blanco y partir de cero para, como afirma en su primera regla del método, no tomar nada como verdadero, sino hasta estar por completo seguro de que evidentemente es verdadero, evitando en todo momento cualquier precipitación y prejuicio. Se inicia, por principio, dudando de todo, no dando nada por verdadero, sino hasta que mediante la correcta conducción de la razón, cual si fueran los caballos del Sol –recordando el mito con que iniciamos estas reflexiones– se logra obtener el conocimiento verdadero del problema que ocupa nuestra mente.

Sólo teniendo como base una verdad inicial, sobre de ella se puede ir fincando, paso a paso, lentamente el formidable edificio de la ciencia. *Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo* dijo Arquímedes, y Descartes trabajó incansablemente para descubrir una, una verdad clara y distinta, incontrovertible, que pudiera servirle de punto de apoyo y de partida para comenzar a bordar el entramado veraz del resto del conocimiento.

La duda, como parte del método científico, tendrá todavía otras repercusiones: fundará otra metafísica. Diría Descartes, para colocarnos en una situación límite, que mientras estamos despiertos, todo lo que nos rodea parece ser real al igual que acontece cuando nos encontramos dormidos y soñamos. Todo lo que en sueños vivimos nos parece real y verosímil. Si ello ocurre así, entonces ¿qué garantía tenemos de que durante la vigilia no estemos engañados respecto de lo que consideramos real y verdadero?

La respuesta a esa pregunta que encuentra René Descartes es la de que mientras él se hallaba pensando en dicha situación, estaba precisamente pensando, *pienso, luego existo*, es la primera gran certeza que puede tener el hombre. Obviamente su existencia no puede ser más que obra de un ser todopoderoso, infinito: Dios. De hecho, esa es la gran verdad inicial, es la fundamentación de todo conocimiento posible. Es en definitiva el punto de apoyo que pedía el pensador griego.

El Renacimiento es una época histórica por demás compleja, y durante ese periodo vieron la luz varias corrientes filosóficas que abordaron la multifacética desde muy distintos puntos de vista. La línea de pensamiento seguida por Descartes ha sido llamada racionalista, debido a que el descubrimiento de la verdad estaría dado por la adecuada aplicación de una metodología fundamenta-

da principalmente en el razonamiento matemático, sin que se considere relevante si ese razonamiento tiene alguna conexión o se refiera a situaciones reales objetivas, ya que no tiene ninguna relación con el mundo material.

De manera contraria, la corriente empirista proponía que la fuente del conocimiento provenía del contacto directo del hombre con el objeto de investigación, en definitiva la verdad surge de la experiencia. Uno de los mayores representantes de esta corriente filosófica fue el inglés Francisco Bacon* quien con su obra, *Novum Organum*, intenta separarse por completo de la lógica aristotélica y fundar otra cuyo tránsito, contrario a la propuesta de Descartes, de conducir el razonamiento a través de deducciones, lo hiciera partiendo de la observación de los casos particulares, es decir, de la inducción para llegar a establecer leyes generales.

A pesar de que la propuesta de Bacon pareciera dirigida exclusivamente a la consecución de la verdad en el conocimiento, su perspicacia lo conduce a señalar una condición indispensable para llegar a ella: que el hombre se ajuste, no de manera exclusiva a como él cree que es la realidad, sino a descubrir cómo es ella independiente de la voluntad humana, de ahí que su divisa sea, más que la expresión de una preocupación científica, su alta consideración por lo que al ser humano le pudiera acontecer en su tránsito por la Tierra. *Para dominar a la naturaleza* –dice Bacon–, *debe ser obedecida.*

En última instancia, el punto de importancia es que el hombre sea feliz. Pero ¿cómo lograrlo? Sólo en la medida en que ese hombre se relacione con la naturaleza, partiendo no de lo que él se imagina que es o debe ser és-ta, sino de cómo la naturaleza objetivamente es. No se trata de un conocimiento libresco basado en las llamadas autoridades, sino de ir a la fuente misma de la verdad, a la naturaleza misma.

De lo que se trata, en última instancia, es de establecer de manera firme el método científico, y las diferentes vías propuestas por los pensadores, lejos de parecernos contradictorias unas con otras, más bien son expresiones complementarias, toda vez que la verdad en el conocimiento es imposible de alcanzar si se utiliza, exclusivamente, a la razón o a la experiencia alejadas una de la otra. Pero, y esto es lo más relevante, es necesario reconocer que la ciencia, el conocimiento, el mundo, carece de significado al margen del hombre. Todo lo existente, todo lo que el hombre

Francis Bacon. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 217

realiza, es fundamentado por y para el hombre mismo. Es por ello que uno de los grandes logros del Renacimiento fue el de resaltar esa perspectiva, por lo que a los más connotados artistas, pensadores, científicos o creadores de la época se les nombra humanistas.

Para Bacon entonces, era de primordial importancia suprimir del proceso de conocimiento la *doxa*, la mera opinión, sin importar el renombre alcanzado por la autoridad esgrimida para dar sustento a la argumentación, ya que lo importante era llegar a la *episteme*, al conocimiento verdadero, que sólo se puede lograr acudiendo a verificar aquello que se pretende conocer.

Como una forma de salvaguardar el conocimiento objetivo y alejarlo de la mera opinión, Bacon propone como método, primero destruir aquellos *ídolos* -les llama-, a las falsas deidades que sin darnos cuenta participan en nuestra subjetividad, en nuestro proceso cognoscitivo y que nosotros tomamos como verdaderas, sin ninguna clase de prevención o crítica, por lo que nos conducen irremisiblemente al error sin que nos percatemos de ello.

El primer *ídolo* que señala Bacon es *ídolo de la caverna*, refiriéndose a la subjetividad del hombre, que al no tener ninguna otra referencia que su propia experiencia, a través de ella mide, las más de las veces equivocadamente, todo cuanto ocurre en su derredor. Su mera opinión la generaliza y de ahí obtiene conclusiones que a ese hombre le parecen válidas sólo porque él las expresa.

El *ídolo* segundo es el del mercado, es decir, el del lugar de la discusión pública, de la controversia y del lucimiento personal. Este ídolo no nos permite analizar nuestros propios pensamientos ni su origen para verificar sus fundamentos, sino sólo queremos convencer a los demás de algo que quizá no sea siquiera nuestra verdadera convicción.

El tercero es el *ídolo de la tribu*, que se refiere precisamente a que el ser humano, como ser finito tiene, aunque no quisiera aceptarlo, profundas limitaciones que le impiden percibir, en muchas ocasiones, la verdad de frente. Su constitución física, sus sentidos, su limitado desarrollo intelectual, le vedan, hasta cierto punto, que de manera objetiva tenga acceso a las fuentes del conocimiento y que sea capaz de percatarse de esa situación.

Por último, el teatro, cuya etimología la podemos traducir como *mostrar* y de la cual también proviene la palabra *teoría*, es la cuna del cuarto *ídolo*, que hace referencia a que el ser humano crea teorías ficticias como lo son las obras de teatro. Doctrinas filosóficas cuya demostración es por completo errada y engañosa. Bacon así intenta superar todo el subjetivismo en el quehacer científico, intenta fundar sobre bases firmes su ejercicio y señala como ejemplo de las doctrinas que han contribuido a obscurecer la mente del hombre y, de esa manera, a conducir por equivocados caminos su razón y su capacidad de conocimiento.

Bacon señala en primer lugar a Aristóteles como uno de los principales ídolos del teatro. El arte de la sofística, conducida hasta elevados -pero falsos- logros, desembocó no en una retórica sin capacidad para descubrir nuevos conocimientos, sino para fabricar sutiles argumentos con apariencia demostrativa de una verdad inexistente. El segundo ídolo que se presenta bajo un ropaje de siste-

ma filosófico es, de manera genérica, la filosofía empírica, cuyo ejemplo más claro es el alquimismo por cuanto bajo la apariencia de constituir un saber profundo y complejo, además de manipular instrumentos y substancias, lo que en verdad hace es inducir a error al dar como leyes establecidas puras creencias que no cuentan con demostración real alguna. El último ídolo del teatro, es un tipo de doctrina filosófica supersticiosa, resultante de la unión del platonismo con la teología. Esos son los tres grandes sectores de las doctrinas filosóficas, que por mucho tiempo han puesto ante la mirada de los hombres una serie de imágenes de engaño, haciéndoles creer que en verdad se encontraban ante la verdad en el conocimiento.

Para prevenir el autoengaño de los hombres, que en última instancia es el significado de la llamada de atención que hace Bacon al presentar su pensamiento sobre los ídolos, al enfrentarse a problemas cuya solución implica encontrar respuestas mediante la utilización de la metodología científica, se debe recurrir a la experiencia, ir directamente a las cosas, pero de una manera metódica y controlada, ir a la experiencia objetiva que elimine el riesgo de conducirse meramente por opiniones o creencias, además que supere las limitaciones propias de la naturaleza humana.

La solución a ese grave problema se encuentra en conducirse a través de una rigurosa metodología basada en la observación cuidadosa de los hechos y, a partir de ello, establecer o fijar los conocimientos mediante la inducción. Aquí el problema se traslada a la forma en que deben realizarse las observaciones de los hechos, para obtener la materia prima de la inducción. Es decir, del registro cuidadoso de la observación de los experimentos particulares, hacer una generalización que lleva a la expresión de una ley general.

Dado que es imposible realizar la observación y registro de todos los casos particulares de un fenómeno o hecho, en primer lugar se deben hacer las observaciones y su registro de una manera por demás cuidadosa, de ahí que resulte necesario establecer varias recomendaciones que hagan posible obtener buenas observaciones y, consecuentemente, sólidas generalizaciones. Para solventar tal dificultad, Bacon diseña varias tablas en las que acuciosamente se registrarán, primero, todos los casos en los que se encuentra presente el fenómeno sujeto de estudio; en la segunda tabla se registran los casos en los que el fenómeno en estudio no se presenta y, por último, en una tercera tabla se anotará el grado en que el mismo fenómeno se haya presente.

Con el registro de las observaciones de los fenómenos mediante las tablas de presencias, ausencias y grados, partiendo del presupuesto válido de que en la naturaleza siempre se presenta una regularidad en los hechos, entonces es posible hacer generalizaciones también válidas para todos los fenómenos del mismo género. Este es el proceder que deben seguir los hombres que se encuentran enfrascados en desentrañar los secretos de la naturaleza.

Tanto René Descartes como Francisco Bacon con sus obras el *Discurso del Método* y el *Novum Organum*, respectivamente, fundaron el método científico en su versión moderna, y que aunque partiendo de perspectivas diferentes los resultados de sus pensamientos se pueden considerar complementarios. Descartes, quien realizó una parte importante de su obra en Dinamarca, desarrolló

el método deductivo sobre nuevas bases, con lo cual abrió, para mucho tiempo, amplias posibilidades de investigación en prácticamente todas las disciplinas científicas. Partir de un conocimiento general ya aceptado como verdadero, y derivar de él las consecuencias lógicamente necesarias para sustentar la veracidad de un nuevo conocimiento de alcance menos general, haciendo acopio de un riguroso método de raciocinio apoyándose en la solidez de la argumentación matemática, llevó al pensador francés a construir un sistema del mundo de enorme consistencia, que sirvió para abandonar en definitiva la escolástica medieval, cuya influencia se mantuvo vigente por siglos.

Por su parte Francisco Bacon, a pesar de no haber construido ningún sistema filosófico, haciéndose eco de la necesidad de la época de contar con una metodología científica que superara el acopio de argumentos verbales como fundamento del saber, logra la construcción de un nuevo edificio científico cuyos cimientos estuvieran sustentados en hechos incontrovertibles. El pensador inglés, en última instancia, consideró que la metodología científica se debería basar en una noción, si bien simple, por ello mismo poderosamente eficaz: recoger los materiales pertinentes, realizar experimentos controlados y de éstos llevar un minucioso registro, para obtener evidencias directamente de los hechos y así, los resultados estarían sostenidos por un buen número de pruebas.

Bacon y Descartes son apenas dos ejemplos del espíritu del Renacimiento, cuyas expresiones en todos los órdenes de la vida humana tuvo enormes y prodigiosas manifestaciones. No fue casualidad la de que en ella se reunieran muchos de los pensadores que actualmente gozan merecidamente de nuestra admiración. El Renacimiento, si bien tiene una enorme deuda con la –sin razón válida Edad del Oscurantismo, también tiene luces propias, enormes logros producto del trabajo de hombres y mujeres por quienes sentimos legítimo orgullo de pertenecer al género humano.

La Reforma y la Contrarreforma

Desde los primeros años en que la naciente religión cristiana logró ganar gran cantidad de adeptos, debido a que sus miembros eran ejemplos vivientes de las mejores virtudes humanas, a la época en que la pléyade de sabios daban por nombre de Renacimiento a los días en que les había tocado vivir, muchos siglos ya habían pasado. Con el transcurso de estos siglos se había comprobado que si bien podía existir un progreso en el desarrollo científico, técnico o de otro orden, por lo que se refiere a la calidad moral de los hombres no era posible siquiera abrigar esperanzas de que pudiera sufrir algún cambio positivo, ni esperar que pudiera darse un progreso.

Al paso de los años la religión cristiana se convirtió en una institución, creando un enorme y complejo aparato administrativo profundamente jerarquizado, a cuya cabeza se encontraba un Papa, heredero del mandato que le diera Cristo a Simón Pedro, el apóstol elegido para fundar la Iglesia, su Iglesia, que cimentara y diera orden y coherencia a la acción de llevar el conocimiento de la verdadera religión y mantener en ella a los conversos y feligreses.

El hecho de que la doctrina cristiana se convirtiera en una iglesia trajo multitud de problemas, desde fijar y mantener una orto-

doxia que conservara el sentido original y la pureza de la religión, hasta posibilitar su difusión de manera amplia. De ahí la necesidad de crear un cuerpo amplio y sólido de personas dedicadas, de manera exclusiva, a dar cumplimiento a la enorme cantidad de tareas que tal propósito exigía.

Pero como sucede en cualquier organización humana, a quienes llegan a ostentar alguna responsabilidad se les debe, de manera concomitante, otorgar el poder suficiente para poder llevar a cabo las acciones que dicha responsabilidad implica, sin embargo, con el paso de los años ese poder, que en un principio se había utilizado para cumplir las tareas asignadas, comienza a ser puesto al servicio de los intereses personales de los depositarios.

Esta situación provocó un ascendente desprestigio de la alta jerarquía de la Iglesia católica romana, profundizado por su abandono, en la práctica, de la dirección espiritual de su feligresía. El cuadro se completa teniendo en cuenta que el resto de la Iglesia, el bajo clero sin guía efectiva también contribuyó a ahondar ese desprestigio. La lejanía entre el clero y los creyentes hizo posible la aparición de varios movimientos heterodoxos que pusieron en peligro repetidas veces la unidad de la Iglesia católica; situación que condujo a la autoridad cristiana y a varios monarcas a ejercer una dura represión contra los disidentes, pues no solamente plantearon divergencias desde el punto de vista de la doctrina, sino que algunos de estos movimientos tomaron el carácter de verdaderas revueltas sociales. La unidad de la Iglesia cristiana se mantuvo, unas veces por la represión y otras por la obra maravillosa de algunos religiosos que, yendo contra la corriente de corrupción imperante, dieron ejemplo de una vida virtuosa, hasta que se resquebrajó en definitiva en el transcurso del siglo XVI.

Ya desde el siglo XIII, con la aparición de las órdenes mendicantes, donde destaca la figura del hermano Francisco de Asís, se hacía un llamado a aquellos descarriados para que volvieran al verdadero camino señalado por Cristo. Siguiendo el mismo propósito, en el siguiente siglo alcanzan la santidad Vicente Ferrer, Bernardino de Siena y Juan de Capistrano, por dedicar su vida y sacrificios a la predicación entre quienes se habían alejado de las enseñanzas del Crucificado del Gólgota.

Pero asimismo se dieron movimientos de carácter más directamente contestatario contra la jerarquía romana, y no fueron pocos los movimientos que, incluso, llegaron a la violencia. Los valdenses, en el siglo XII, también conocidos como *los pobres de Lyon* o *los pobres de Cristo*, además de cuestionar a la autoridad de Roma, llegaron más lejos, al plano teológico, al cuestionar igualmente la noción del purgatorio y las indulgencias. En las siguientes centurias los cátaros y los albigenses, en un intento por regresar al cristianismo verdadero llegaron a plantear la necesidad de vivir en el más completo ascetismo, y al considerarse a sí mismos como puros y perfectos defendieron las posiciones de una doctrina maniqueísta.

Por su parte en Inglaterra también se abrieron paso las ideas de rechazo a la jerarquía eclesiástica, y como todos los movimientos que intentaban algún cambio incluían tesis cuya dilucidación, de hecho, presuponía un cambio radical en las concepciones aceptadas como dogma constitutivo de la religión cristiana. John Wyclif* expuso varias ideas que después haría suyas el protestantismo,

John Wyclif. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 401

como la de que el mundo era una pertenencia de Dios, la necesidad de secularizar los bienes eclesiásticos, con el consecuente fortalecimiento de la autoridad del rey como vicario de Cristo, es decir, con una autoridad equiparable a la del propio Papa, culminando con la negación de la presencia corpórea de Cristo en el sacramento de la eucaristía.

El principal iniciador del Protestantismo fue Martín Lutero. Graduado como bachiller en Artes, es decir, Filosofía, en la universidad de Erfurt, siguió la carrera eclesiástica en la orden de los agustinos. En la universidad de Wittenberg se doctoró en teología en 1512. Dos años antes, en 1510, viajó a Roma como emisario del vicario general de los agustinos y constató directamente cuan relajado se encontraba el comportamiento de los miembros de la curia romana. Con la imagen de ese viaje durante los años siguientes se dedicó a la enseñanza de la teología y a madurar sus ideas sobre la fe como único medio de salvación, que sería el eje de su posterior doctrina.

Mientras tanto, la curia romana continuaba con sus excesos y su vida licenciosa, contraria por completo a lo que había sido el cristianismo en los siglos anteriores, y sobre todo el cristianismo primitivo, el de los primeros años de las persecuciones perpetradas por los emperadores romanos. Ante esa situación y reaccionando vivamente contra la abierta venta de indulgencias como medio para conseguir recursos económicos, so pretexto de realizar la construcción nada menos de la Basílica de San Pedro en Roma.

La petición de dádivas a cambio de disminuir o permutar las penitencias por las faltas cometidas, es decir, de indulgencias, impulsó al monje agustiniano a escribir una serie de 95 tesis en contra de esta práctica censurable, cuyo texto fijó en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg, hecho que

Lutero. *Historia universal Planeta*, apéndice, vol. 6

desató una serie de consecuencias que llegaron más allá de cualquier previsión que hasta el momento hubiera podido hacerse, toda vez que dejaba escapar los desacuerdos, los rencores y malestares existentes de mucho tiempo atrás, en contra de la jerarquía romana.

Los desacuerdos de muchos miembros de la Iglesia católica no se referían todos a problemas de comportamiento moral de sus jerarcas espirituales; existían controversias no resueltas que afectaban los intereses de poderosos personajes, o sea, razones de Estado, políticas. De ahí que varios príncipes apoyaran a Lutero y le proporcionaran una efectiva protección, lo que le permitió, a su vez, aumentar su beligerancia y, consecuentemente, su influencia.

En 1518, el Papa León X dio orden a Lutero de presentarse en Roma, ya que sobre él pesaba una acusación de herejía; sin embargo, el elector Federico III pudo hacer que la cita con el enviado papal se realizara en Augsburgo, en donde Lutero se negó de plano no sólo a retirar sus tesis, sino poco después hasta negó la autoridad divina al Papa.

El enfrentamiento entre Martín Lutero y la jerarquía católica, pronto rebasó el ámbito meramente ético llegando al terreno teológico. Lutero publica en 1520 los tres tratados que cimientan las bases del luteranismo como doctrina religiosa y, en definitiva, el inicio de la Reforma como movimiento separatista de la Iglesia católica de Roma: *A la nobleza cristiana de la nación alemana*, *La cautividad babilónica de la iglesia* y *La libertad del cristiano*. En tales obras, que son el compendio de su pensamiento, Lutero afirmaba que la salvación del hombre sólo era posible por la fe; consecuentemente negaba que los actos buenos, por sí mismos, fueran el salvoconducto para llegar a la gloria. También de-

Portada de la bula de León X contra Lutero, 1520. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 70

fendía, como un derecho pleno del hombre, la libre interpretación de las Sagradas Escrituras y negaba cualquier autoridad al Papado, con lo cual explícitamente rechazaba la necesidad de cualquier tipo de intermediario entre el hombre y Dios.

Todas estas ideas cundieron por toda Europa y tuvieron buena aceptación, especialmente en los países del norte, a donde se dirigieron todos aquellos que, al aceptar y promover las ideas de la Reforma, fueron perseguidos en los territorios que se mantuvieron fieles a la Iglesia romana. De nueva cuenta, en 1521 Lutero fue llamado a retractarse de sus ideas, pero ante su firme negativa fue excomulgado por el Papa ese mismo año.

Frontispicio del juicio de Lutero, en Worms, 1521. Xilografía. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia,* vol. 3, p. 67

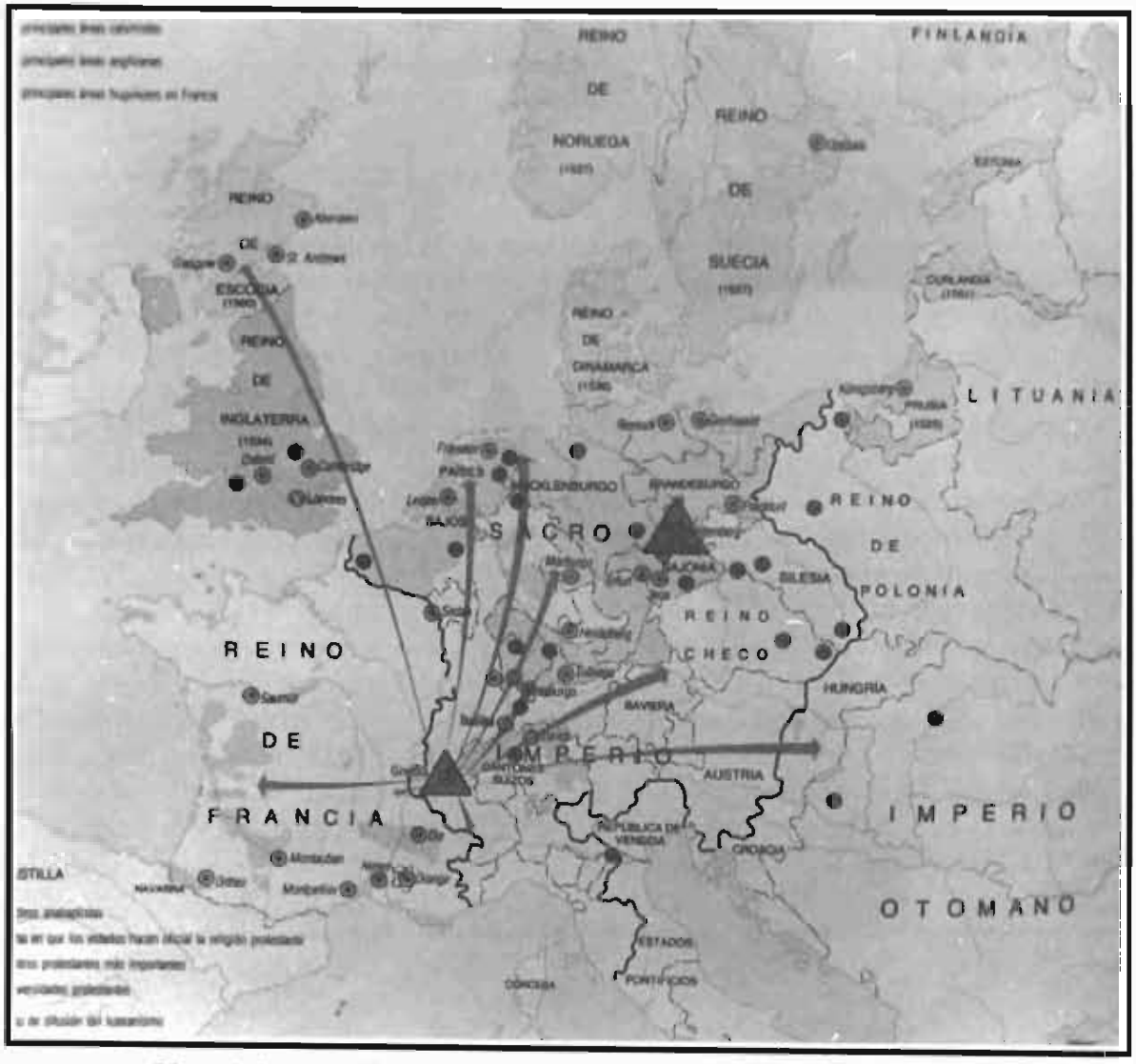
Juan Calvino. *Historia universal Planeta,* vol. 6, p. 425

Además de la excomunión, del alejamiento de la comunidad de cristianos y de los beneficios de los sacramentos establecidos por el dogma, en 1529 se acordó que en todos los estados cristianos debían ser perseguidos los luteranos, ante lo cual éstos, apoyados por varios príncipes, elevaron una protesta de donde –a partir de entonces– se deriva la denominación de protestantes con el que son conocidos y que ellos mismos aceptaron.

Una vez que se hubo roto la unidad de la Iglesia cristiana, y que era imposible reconstruirla, pues ya pesaban tesis teológicas por completo irreconciliables, se dieron otros rompimientos, ya no solamente contra la Iglesia católica, sino que el mismo movimiento del protestantismo se fue escindiendo, con lo que se dio nacimiento a varias nuevas confesiones.

De las separaciones que muy pronto se presentaron algunas tuvieron un fin sangriento, como la promovida por Thomas Münzen, quien dentro de sus ideas por demás radicales pretendió que se fundaran comunidades sin culto y sin sacerdotes de ninguna especie, con lo cual instigó al campesinado alemán, amenazando con una rápida y amplia expansión, al grado de que hubo que hacerle frente mediante las armas y él y sus seguidores fueron prácticamente masacrados, contando con la aprobación de Lutero mismo, que pronto se dio cuenta que era necesario establecer firmemente y defender una ortodoxia, una Iglesia y una disciplina.

Se dieron otras separaciones y otras controversias. Se crearon nuevas doctrinas e iglesias en las aguas de un río revuelto que, en ese momento muy pocos, si acaso, se percataban de su fuerza, su dirección y sus alcances.



Mapa de la expansión de la Reforma. ***Historia universal Planeta,*** **vol 6, p. 416**

Juan Calvino* debió salir de su país, Francia, para establecerse primero en Basilea y después en Ginebra debido a sus simpatías por las ideas reformistas. Publicó *Las instituciones de la religión cristiana*, libro que se consideró como el primer catecismo de la Reforma. Sin embargo, sus ideas sobre la necesidad de unificar al movimiento reformista hizo posible la conciliación con importantes grupos, entre ellos los seguidores de Huldrych Zwingli, cuya iglesia había sido excluida de la alianza evangélica de Gotha en 1526, por negar la presencia de Cristo en la eucaristía; unión que tuvo un alto costo, ya que terminó con la separación de los seguidores de la doctrina luterana.

Calvino sostuvo que los hombres estaban sujetos a una doble predestinación, dictada por supuesto únicamente por Dios: la salvación o la condenación; y al ignorar el hombre su destino último, sólo podía esperar en la tierra guardando una exigente disciplina moral, a cuyo cuidado se encontraba la

propia iglesia, pues Calvino concebía a la comunidad de creyentes cual una ciudad iglesia gobernada teocráticamente.

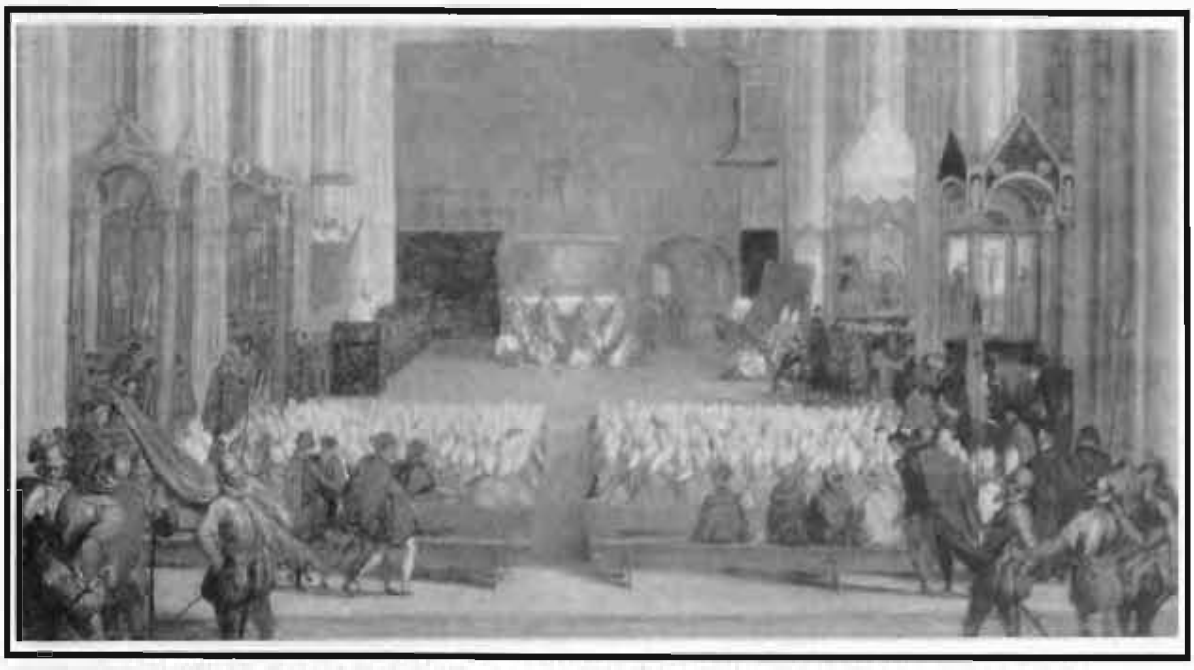
El calvinismo representó una posición radicalizada dentro de la propia Reforma, y al separarse de las otras corrientes que, en su conjunto, conformaban un frente común en contra de Roma, se le considera como una segunda Reforma.

La Iglesia católica de Roma, naturalmente sorprendida, tardó en reaccionar ante la envergadura de tales sucesos, al igual que muchos de los monarcas. Especialmente éstos, debido a sus permanentes rivalidades, no fueron capaces de enfrentar unificadamente y con un buen plan de acción a los reformadores, como fue el caso más notable del rey Carlos I de España y Nápoles, también emperador de Alemania bajo el nombre de Carlos V, quien se negó a unir esfuerzos con la corona de Francia a fin de terminar con la amenaza de los grupos secesionistas.

No fue sino hasta 1534, con el inicio del Concilio de Trento a partir del cual, a pesar de las múltiples diferencias y rivalidades entre sus participantes, fue posible la creación y adopción conjunta de una política institucional y orgánica para una reforma en el seno de la Iglesia católica.

El Concilio de Trento concluyó hasta 1563, es decir, tardó su desarrollo dieciocho años. Durante éste se adoptaron dos grandes líneas de acción: una que atendía todos los aspectos doctrinales, para lo cual fueron convocados los más destacados teólogos de la época, y la otra, la que se refería a los aspectos disciplinarios.

Los teólogos concluyeron su trabajo con el establecimiento, en forma definitiva, de la ortodoxia cristiana, cuyo fundamento proviene indiscutiblemente de las Sagradas Escrituras, teniendo en cuenta que la tradición eclesiástica también es un puntal de la fe. Un punto de la máxima importancia fue



Concilio de Trento. Se le atribuye a Tiziano. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 439

el reconocimiento de que a pesar de su condición de ser caído, el hombre no perdió su libertad, don precioso otorgado por Dios, por lo que para el ser humano siempre es posible hacer una elección personalísima entre el bien y el mal, con lo que se elimina la amenaza de la predestinación y tiene en sus manos su propia salvación mediante la fe y las buenas obras. Así, el hombre se erigía como el arquitecto de su propia salvación.

El Concilio también se encargó de restaurar el valor de los sacramentos, como formas en que actúa directamente la gracia divina sobre los hombres, y de manera especial apuntalar la trascendencia de la investidura sacerdotal, la eucaristía –la forma más directa de contacto con Dios–, la celebración de la misa y la confesión oral de las faltas contra los mandamientos y que constituye el mayor acto de reconciliación, de vuelta a la casa del Padre y gozar de nueva cuenta de Su gracia.

La disciplina o la nueva conducta que debían seguir los miembros de la Iglesia cristiana también atendió a aspectos de la vida cotidiana, además de dar alternativas a las esperanzas de quienes se dedicarían al sacerdocio, como fue el otorgamiento de cargos eclesiásticos; el fijar obligatoriamente la residencia de los obispos en sus respectivas diócesis; la realización de concilios provinciales, es decir, del constante cuidado y vigilancia de las necesidades de la feligresía y del conjunto de miembros de la Iglesia. Y, por último, la creación de seminarios, donde los futuros sacerdotes adquirieran una sólida preparación que los capacitara para el ejercicio de su ministerio.

Así, la Contrarreforma, con la intención de neutralizarla, atacó por varios frentes y de manera orgánica la acción de los reformadores. Los teólogos se encargaron de desarrollar respuestas contra las afirmaciones de los diferentes grupos separatistas; la vida de los religiosos se fue haciendo cada vez más apegada a las severas reglas que se establecieron para constituirse en ejemplo para la feligresía, además de una rigurosa preparación de los sacerdotes.

Con la creación, por parte del exsoldado Ignacio de Loyola*, de la Compañía de Jesús*, la Iglesia católica obtuvo una poderosa arma para detener el avance de las doctrinas de la Reforma, y minimizar sus efectos. La Compañía ganó renombre por sus acciones decididas y agudas de sus teólogos, por la fundación de colegios de altísimo ni-

San Ignacio de Loyola, de Juan Martínez Montañés. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol 3, p. 61

vel para la educación cristiana de la población y por su incansable tarea de propagación de la fe cristiana a través de sus misiones.

También ante la negativa de los reformadores de hacer ninguna representación de Dios, los cristianos optan por realizar multitud de ellas y de todos los santos, con el afán de dar a los creyentes un acercamiento con la divinidad, apelando a su sensibilidad estética para mover, además de su razón, sobre todo sus sentimientos hacia la pasión de Cristo y lograr que tuvieran, a través del arte, aunque fuera un pequeño vislumbre de su gloria prometida.

Con ello, el gran movimiento artístico del Renacimiento adquiere una perspectiva no meramente estética, sino también como vehículo de un mensaje religioso. A través del arte renacentista se da la conjunción de temas paganos con los cristianos, para dar una línea de continuidad entre los antiguos como prenuncio, como elementos que profetizaban el advenimiento de Cristo.

El arte renacentista, entonces, se convierte en un mensaje complejo. Recoge múltiples tradiciones por demás antiguas, en las que se encuentran Oriente, Egipto, Grecia. Colores y símbolos nunca son mudos; también nos transmiten mensajes, actualizan saberes accesibles únicamente para quienes son poseedores de las claves pertinentes, funciona como un sincretismo que hace acopio del fenómeno estético para quedarse entre nosotros.

Como hemos visto a lo largo del ensayo y los tomos precedentes de esta obra, la universidad ha sido un actor permanente en los acontecimientos históricos de mayor relevancia. La universidad como institución siempre cercana al poder político, y sus miembros como depositarios y generadores de los conocimientos fundamentales para el desarrollo humano, aunque no con ese nombre, nunca faltó en ninguna civilización.

No se dio ningún acontecimiento histórico sin que en ellos no estuviera presente algún miembro de la comunidad universitaria. Los adelantos científicos, técnicos, las filosofías, en su inmensa mayoría fueron creaciones universitarias.

Tampoco la universidad estuvo ausente, de hecho fue una de las entidades directamente involucradas en el conflicto que culminó con la escisión del mundo católico entre protestantes y cristianos. Miembros de distintas universidades se vieron enfrascados en una lucha por demostrar que la razón les pertenecía, y fueron ellos quienes llevaron hasta sus últimas consecuencias prácticas, lo que en el terreno de las ideas o de la teoría habían sido argumentos que soportaban distintas concepciones del mundo y de la vida.

La universidad, en fin, ha sido una institución omnipresente en la vida y en la obra del ser humano, que ha contribuido grandemente a la transformación del universo del hombre y de él mismo.

CAPÍTULO XV

LAS UNIVERSIDADES RENACENTISTAS

Desde su nacimiento en el ámbito europeo, las universidades se convierten en una referencia obligada para entender la compleja historia, ya no sólo de una porción del territorio mundial (Europa), sino la de toda la humanidad. En ellas se formaron los hombres que cambiaron al mundo entero, mediante los avances –a veces espectaculares– en todos los órdenes del saber humano.

La fundación de la primera universidad, fuera París o Bolonia, sirvió como detonante para que se hiciera realidad la apertura de un buen número de ellas en el mundo conocido hasta el momento. Cada una de las instituciones universitarias da satisfacción a una serie de necesidades de todo orden incluyendo la de ser un soporte importante del poder político que, como contraparte, cuida de la universidad en los múltiples y complejos aspectos de su vida.

Las universidades medievales y renacentistas son la culminación de un permanente esfuerzo por alcanzar estadios superiores de cultura, y en ellas se generaron las teorías filosóficas y científicas cuyos desarrollos han logrado llevar al hombre a alturas insospechadas. Ellas son las principales promotoras de la generación de conocimientos y, a través de ellos, del establecimiento de una nueva relación del hombre con su entorno.

A continuación presentamos tan sólo algunos ejemplos que nos permiten ver la enorme tarea que cumplieron quienes nos han precedido, hasta hacer posible que el conocimiento se base y se obtenga mediante la utilización de una metodología científica, netamente racional, aunque no faltan, por supuesto, las expresiones de una elocuente expresión estética ni se encuentran ausentes las profundas convicciones éticas. La universidad, entonces, es una de las principales creaciones del ser humano en su búsqueda vital por descubrir el sentido y la vocación de su existencia sobre la tierra.

Cambridge

Al desplegarse por toda Europa la magna obra de las fundaciones universitarias en cada uno de los países fueron apareciendo, primero, con lapsos más o menos largos para después mediar entre ellas algunos pocos años, una universidad tras otra. Al respecto, Inglaterra en ese momento tuvo dos universidades, a la par antiguas y prestigiadas. La primera, Oxford, que fue la fundación inicial de lo que en el futuro llegaría a ser el Reino Unido de la Gran Bretaña, seguida por la universidad de Cambridge, que será a partir de entonces por los siglos venideros, el otro puntal de la educación universitaria inglesa.

Europa desde siempre ha vivido en permanente cambio. A lo largo de su historia, escasos han sido los años en los que en su territorio no se ha vivido con guerras o disturbios. Y trasladado este carácter al ambiente universitario, hemos visto que en éste, los cambios, los avances, las nuevas fundaciones, se dan también inmersas en una lucha constante.

Cambridge, según la tradición, nace al producirse una de tantas emigraciones de académicos de la universidad de Oxford; fenómeno que no será privativo de esta universidad, sino que debemos considerar como algo común a todo el ambiente universitario europeo, que se da entre otros tantos factores, por las constantes controversias entre la comunidad universitaria con los habitantes de las ciudades donde se asentaron, o entre los mismos miembros de las universidades, sean docentes, alumnos o autoridades de las mismas.

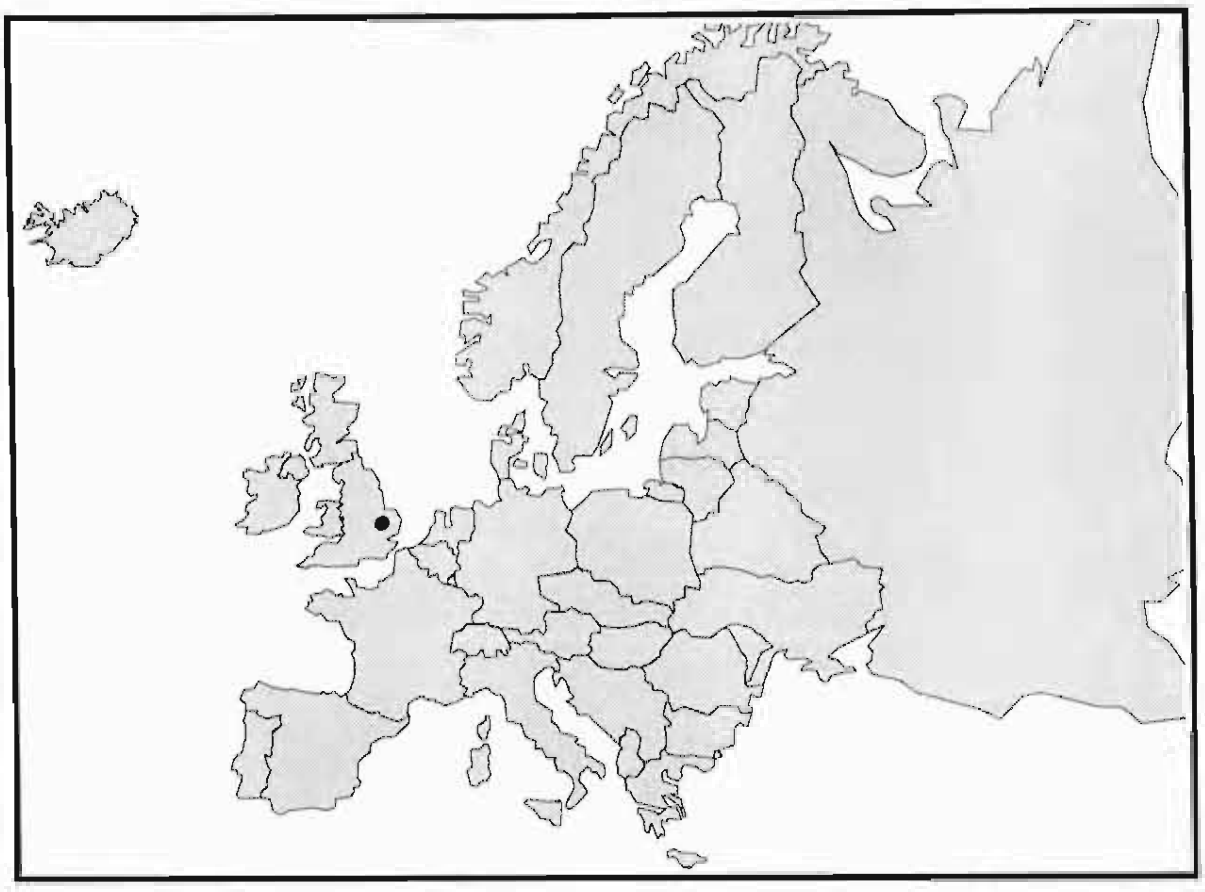
Así, Cambridge nace de un suceso de nota roja que inmiscuye a un estudiante de la universidad de Oxford quien, según las crónicas de la época, dio muerte a una mujer, lo que provocó que la ciudadanía de Oxford, al no poder castigar al culpable de ese crimen, que se dio a la fuga, en venganza ahorcan a sus compañeros de habitación a pesar de ser ellos inocentes. Todos estos lamentables sucesos tienen lugar en el año de 1209.

"Este castigo por parte de autoridades civiles hacia los estudiantes violaban los privilegios que exigía la universidad, uno de los cuales era el *cessatio* o derecho de huelga y de cambiar de sitio a la universidad si se violaban sus privilegios[1], por lo que se suspendieron las clases hasta que se pusiera remedio a tal situación. Mientras esto sucedía, aproximadamente 3,000 estudiantes y docentes emigraron; muchos se dirigieron a Cambridge para continuar sus estudios. (Se repitió después la historia en 1229 cuando una emigración de la universidad de París fortaleció a la universidad de Oxford)".[2]

Si Cambridge nace de entre la violencia surgida por situaciones de la vida cotidiana que enfrenta a diversos sectores de la sociedad, su consolidación o al menos un apoyo por demás beneficioso le viene de la, si se admite el término, *diáspora* de los años 1208-1209 de París, en la que lo mismo maestros

1 Entre los privilegios que los soberanos o el Papa les otorgaban a las universidades de la época, estaban los que tenía el clero. Así, los estudiantes y docentes estaban exentos de servicio oficial (por ejemplo, servicio militar, excepto bajo condiciones especiales; en la universidad de París, sólo cuando el enemigo estaba a menos de cinco leguas de la muralla de la ciudad), del pago de impuestos, sobre todo los municipios pequeños, de contribuciones, etc. Un privilegio importante era el de jurisdicción interna: juzgar internamente a sus miembros en casos civiles y criminales.

2 Stephen D'Irsay, *Histoire des Universités Françaises et Étrangères*, p. 28



Cambridge

que estudiantes de las distintas escuelas parisinas emigraron a Reading y sobre todo a Cambridge.

Como hemos visto, con pocas excepciones las universidades nacen a partir de una infraestructura ya existente, en un convento o una catedral. Cambridge inicialmente tuvo su sede en escuelas agregadas a las iglesias de la diócesis d'Ely.

Cambridge para el año de 1086, es decir, poco más de veinte años antes de la fundación de la universidad, de acuerdo con los datos proporcionados por la encuesta Domestay, ya era un centro comercial de una cierta importancia. La población toma su nombre alrededor del año 875 en que fueron dándose los primeros asentamientos cerca de un puente (bridge en inglés) sobre el río Cam. Así, este poblamiento será conocido como el del Cambridge. En la zona también se construyó un castillo, hacia el lado norte del puente, y al sur tenían acomodo varias iglesias en la zona poblada.

De hecho toda esta región de antiguo había recibido diversos asentamientos, y cercanas a Cambridge existían varias instituciones religiosas. El que llegaría a ser el Colegio de Jesús fue un convento, en funciones desde 1135. También en la zona se levantaban dos hospitales, uno de ellos dedicado a san Juan, el cual albergaría el colegio que se fundó con el mismo nombre después de 1200. La importancia de la zona era incuestionable

Puente de los suspiros. St. John's College. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 74

pues, si se toma como punto de referencia a Cambridge, un poco al norte de la población se encontraba la gran casa Benedictina de Ely, misma que a partir de 1109 se convirtió en la sede del obispado.

Por su situación geográfica en medio de diversas rutas de comercio, cuyo acceso se facilitaba por la red fluvial de la región que daba, incluso, con una al mar, facilitaba que se celebraran a lo largo del año varias ferias comerciales de renombre, además de contar con un importante conglomerado de instituciones religiosas, Cambridge se convirtió rápidamente en un sitio muy atractivo.

Por lo anterior podemos comprender que ya para el año de 1200 Cambridge fuera una próspera población comercial que contaba, además, por lo menos una escuela distinguida. Así, los numerosos académicos que emigraron a Cambridge en 1209 pudieron hallar un sitio adecuado para establecerse y crear allí un estudio. Ya para 1226 habían establecido una organización gremial o universidad, que era representada por un oficial, que según la nomenclatura generalizada de las universidades, era llamado *canciller*, además de organizar cursos regulares impartidos por sus propios miembros.

En 1231, es decir, veinte años después de su fundación, el rey Enrique III acogió a la universidad bajo su protección, y dentro de sus primeras disposiciones fue vigilar que los caseros, los propios habitantes de la población, terminaran sus abusos económicos sobre todo contra los estudiantes, ya que era práctica común cobrar rentas exorbitantes por las modestas viviendas donde se alojaban. Dicha práctica de protección en favor de la universidad de Cambridge, como también con la de Oxford, que no por ser una actitud común de parte de los reyes, no deja de ser loable, contrasta con el trato que se le dio a la universidad de Northampton, con la cual el monarca mantenía diferencias políticas, ya que ésta les prestaría apoyo a varios barones que se habían rebelado contra la autoridad real.

"En 1231, Enrique III recordaba a los ciudadanos de Cambridge que debían sentirse "alegres y felices" de tener como arrendatarios a gentes del mundo del estudio y que tendrían que dejar de exigir alquileres exorbitantes. Estableció, por tanto, que una comisión de ciudadanos y maestros fijaran, a este respecto, unas cantidades más equilibradas. Pero la rivalidad entre las corporaciones ciudadanas y la universidad era inevitable en Cambridge, al igual que en cualquier otra ciudad universitaria medieval. Durante la mayor parte del tiempo se logró mantener una frágil situación de paz, aunque durante toda la Edad Media no faltaron enfrentamientos".[3]

3 Franco Cardini, *op. cit.* pp. 73-74.

Otra de las líneas de acción definitivamente a favor de las universidades, esta vez llevada a cabo por el Papa Gregorio IX, quien en 1233 liberó a los *clérigos* de Cambridge de la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos ajenos a la diócesis de Ely. Este fue un paso en verdad importante, por cuanto daba a la universidad cierto grado de autonomía, necesario para desarrollar sus actividades sin estar sometida, dentro de lo razonable para la Iglesia, a otros tribunales que muchas veces desconocían la situación real de los asuntos que debían juzgar. Esto habla de las consideraciones con que se quería tratar a una universidad que a pesar de su –relativa, pues al momento de recibir este privilegio contaba ya con veinticuatro años– juventud, ya estaba en vías de adquirir una creciente importancia. Para tener un punto de comparación sobre este asunto, vale mencionar que París no consiguió este derecho sino hasta 1245, y Oxford hasta 1254.

La protección y beneficios con que el rey Enrique III quiso dotar a Cambridge, como también lo hizo con Oxford, fue el poner en sus manos prácticamente el monopolio sobre la creación de otras universidades dentro de su reino, así como el del ejercicio de la docencia. La disposición real establecía que solamente los alumnos matriculados en las cátedras de maestros de reconocido prestigio, es decir, de los maestros de las universidades de Oxford y Cambridge, tenían permiso de permanecer en la población respectiva. Disposición que se establecía de facto, en cada una de las poblaciones, el monopolio de la enseñanza en favor de los maestros de esas universidades.

Como parte de su política en beneficio de la universidad de Cambridge, el rey también invitó a aquellos estudiosos de origen inglés, que se encontraban en otras universidades continentales, como París, y que no estuvieran a gusto con sus autoridades, a incorporarse a esa universidad inglesa. Igualmente beneficioso resultó para Cambridge el que las órdenes de franciscanos y dominicos, que tenían conventos en la región y mantenían estrechos contactos con otras universidades europeas, le proporcionaran y acrecentaran el ambiente internacional que desde entonces se respiró en la nueva universidad. Lo que contribuyó a que la universidad de Cambridge se hiciera pronto de un cimentado prestigio y respetabilidad, aunque por otro lado, debemos decirlo, fuera natural que durante muchos años Cambridge tomara como modelo a la decana de las universidades inglesas, a Oxford, lo cual no podía ser de otra manera, toda vez que ésta también desarrolló una extraordinaria labor y fincó un prestigio perdurable.

Como vimos anteriormente, el poder político no es ajeno al desarrollo de las instituciones de enseñanza superior, en lo general ni mucho menos al de las universidades en lo particular. Esa necesaria relación, en la que la autoridad le proporciona a la universidad los medios necesarios de toda índole, sea económica o jurídica, para poder subsistir, por su parte la universidad dota al poder político de los elementos administrativos, ideológicos, científicos que le permiten al estado vigente desarrollar la facultad de justificarse, mantenerse y reproducirse.

De ahí que la atención y los privilegios que se le otorgan a la universidad sean interesados, ya que es prioritario mantener viva y sana una institución que reviste una importancia política de primer orden, por lo que la protección que se le brinda a la universidad no es una mera concesión graciosa del poder

real. De ahí que en el transcurso de una visita que hicieran el mismo rey y su hijo a la universidad de Cambridge alrededor de 1270, se vieran envueltos directamente en una negociación, a fin de dar término a las frecuentes disputas y diferendos, de un nuevo acuerdo: diez ciudadanos electos pertenecientes a la comunidad de Cambridge y trece personalidades de la universidad, representantes de las naciones (cinco ingleses, tres escoceses, dos galeses y tres irlandeses), se darían a la tarea de propiciar y mantener la paz entre *clérigos y laicos*.

En el acuerdo suscrito se establecía que a los reincidentes, ya fueran de uno u otro bando, se les castigaría con el destierro de la ciudad o expulsados de la universidad, que en la práctica era lo mismo, pues muy difícilmente quien no fuera originario de la ciudad y tampoco alumno de la universidad podía permanecer en ella, e igualmente resultaba casi imposible trasladarse cotidianamente desde otras localidades, por no residir en Cambridge, a tomar sus clases en la universidad.

A pesar de los trabajos y esfuerzos de muchos universitarios y autoridades, continuaron las revueltas, la aparente solución de las diferencias mediante el uso de la violencia y no pocas veces los abusos e iniquidades. En el año de 1381 a tal grado llegaron la gravedad de los enfrentamientos entre la universidad y los ciudadanos de Cambridge, que éstos mediante una revuelta (al igual que habían hecho los ciudadanos de aquella ciudad contra la universidad de Oxford en 1355), intentaron poner las cosas a su favor. Pero se enfrentaron, como ya había sido una costumbre, con el apoyo sistemático de las autoridades a favor de la institución universitaria.

La universidad de Cambridge, por su parte, solicitó la restitución de sus derechos y la devolución de sus propiedades, ya que los había perdido bajo la presión de la violencia ejercida en su contra por los ciudadanos. Fue necesario que la autoridad interviniera mediante las armas, y el propio obispo de Norwich se puso al frente de un cuerpo del ejército para terminar con las revueltas. Una vez derrotados el síndico de la ciudad de Cambridge y sus ayudantes debieron comparecer ante el Parlamento*, que condenó a muerte a un ciudadano, condena que se cumplió mediante la horca.

Como era de esperarse, el Parlamento no aceptó que se hiciera efectiva la renuncia a sus derechos por parte de la universidad, restituyéndoselos totalmente. Como consecuencia del saqueo y quema de las propiedades de la universidad que realizaron los ciudadanos, muchos de los documentos se perdieron sin remedio, aunque fue posible, por fortuna, salvar no más de una treintena de cartas, documentos y órdenes, mismos que han logrado llegar hasta nuestros días y que conforman un valioso tesoro documental.

Esta revuelta todavía tuvo consecuencias más duraderas y graves en contra de los ciudadanos de Cambridge, ya que el rey inicialmente abolió, aunque más tarde volvió a conceder las libertades ciudadanas, sólo lo hizo con una excepción importante: encargó a la propia universidad, considerada enemiga permanente de la ciudad, la tarea de vigilar y reglamentar el comercio del pan, del vino y la cerveza, además de ejercer la vigilancia de pesos y medidas, privilegio que ejerció obviamente en beneficio de la comunidad universitaria. Con ello se dio fin a la revuelta más violenta y devastadora que sufrió la universidad de Cambridge, a pesar de la destruc-

ción a que fue sometida, la universidad pudo levantarse, tras la revuelta de los campesinos, más rica y poderosa.

No debe sorprender, por otro lado, la animosidad que el ciudadano común y corriente haya desarrollado contra la institución universitaria, y constatamos que este tipo de situaciones no fue privativa de una época ni del entorno de una universidad. El contraste entre los simples: campesinos, artesanos, gente iletrada y menuda, y los cultos, a veces o con frecuencia ricos, refinados, poderosos, y casi con seguridad pedantes universitarios debió ser particularmente difícil. La ciudad donde se asentaba una universidad de hecho, debía prestarle toda clase de servicios no siempre retribuidos con justeza, ni mucho menos agradecidos. Al contrario, no pocas veces esos simples fueron sujetos de escarnio y abuso por parte de los cultos, y éstos a su vez también fueron el blanco de maquinaciones poco o nada honradas y saludables de los ciudadanos. La historia de las universidades lo es también la de los hombres y se encuentra llena de contrastes, y se advierte la riqueza de matices en un mundo y un ámbito donde la vida no ha sido fácil para nadie.

Como era de esperarse, ya que el privilegio de libertad de tránsito de que gozaron los universitarios hizo posible una interacción más rápida y constante, por lo que el patrón organizativo que adoptó Cambridge fue el comúnmente utilizado en Italia y Francia, que con seguridad fue traído de Oxford. De esta manera, el programa de estudios, por así decirlo, se encontraba constituido, en su inicio por una secuencia básica o propedéutica en artes (gramática, lógica y retórica), y una vez que se concluía su estudio, se podía continuar con aritmética, música, geometría y astronomía, por lo que en cuanto se completaba este ciclo, se podía aspirar –después de un riguroso examen– a alcanzar los grados de bachiller y maestro.

En Cambridge la docencia era ejercida por maestros cuyo grado lo habían obtenido recientemente, aprobados o licenciados por todo el conjunto de sus colegas universitarios. El sistema de enseñanza se basaba en la lectura y explicación de los textos oficialmente escogidos para cada materia; los exámenes eran discusiones orales mediante las cuales el candidato presentaba una serie de preguntas o tesis que argumentaba o defendía contra las tesis de sus oponentes, que por regla general eran un poco más experimentados que el alumno examinado, y finalmente con los maestros que le habían enseñado. Una vez que el alumno obtenía la autorización o licencia para enseñar, o había alcanzado algún grado, podía aspirar a continuar con estudios más avanzados en teología, derecho civil y canónico o medicina.

Ese sistema representaba un todo coherente y complejo. Mas no terminaba ahí, quienes ya habían pasado con éxito sus exámenes y continuaban con el proceso, de nueva cuenta debían asistir a clases y presentar exámenes. Una vez examinado rigurosamente un candidato, por parte de quienes lo habían precedido y logrado obtener su título, él también podía convertirse en doctor, el grado académico más alto que otorgaba cualquier universidad.

"Para evitar el abuso de los privilegios reales otorgados a los académicos, se hizo necesario identificar y certificar a las personas a las que se había otorgado grado. La inscripción con un maestro certificado era el primer paso, conocido como *matricularse*, debido a que el nombre del inscrito debería aparecer

en la matrícula o *lista* del maestro. Posteriormente la universidad asumió esta función. La etapa a la que había llegado un estudiante se marcaba por medio de una ceremonia de admisión[4] a uno de los diferentes grados de membresía (lo que se conoce como *graduación*). Los grados los otorgaba el cuerpo completo de maestros normalmente representados por el *Canciller* y posteriormente por el *Vicecanciller*. Los grados se diferenciaban por detalles en la bata, capa y birrete. Hasta la fecha persisten estas ceremonias y costumbres".[5]

Por lo que se refiere al proceso de su funcionamiento interno, de acuerdo como se iban presentando las necesidades se crearon diferentes puestos administrativos, como los llamados *Proctors* (representantes), *Bedells* (presidentes de ceremonias) y *Chaplains* (capellanes), quienes se encargaban de dar cumplimiento a las distintas labores requeridas por la universidad.

La administración escolar fue desarrollándose y, con el paso de los años, fue haciéndose más compleja, a tal grado que ya para el siglo XVI se vio la necesidad de crear una oficina específica para llevar el registro de los alumnos: se encargaba de la matrícula de los estudiantes, llevaba un registro de los grados concedidos y de las decisiones de los maestros regentes. Por otro lado, un *Orador* debía encargarse de escribir las cartas oficiales y los discursos para todo el complejo ceremonial que se llevaba a cabo durante un año lectivo. La mayor parte de estos puestos existen todavía en la universidad aunque, ahora, solamente desempeñan labores ceremoniales.

Una muy compleja comunidad como la institución universitaria, necesita organizar y reglamentar su funcionamiento todo, con lo que se hace necesario que se establezcan unos *Estatutos*, mismos que, originalmente eran registrados de manera informal en un libro custodiado por los *Proctors*. En la Biblioteca del Vaticano se puede encontrar una copia, cuyo origen data del siglo XIII, el más antiguo de los que quedan de estos libros.

Debido a que las universidades europeas principalmente surgieron en los claustros y las catedrales, resulta normal que su personal académico fuera reclutado entre las órdenes religiosas y el clero secular, quienes por lo regular mantenían la expectativa de hacer carrera en la Iglesia o en el servicio civil, como diplomáticos, jueces u oficiales en la corte real. Pero mientras llegaba alguno de los puestos con los que la mayoría de estudiantes soñaba ocupar algún día, para poder sobrevivir durante la realización de sus estudios, generalmente buscaban algún puesto honorífico, sin mucha responsabilidad en la Iglesia, aunque quienes ya habían recibido las órdenes sacerdotales se encontraban sujetos a las autoridades eclesiásticas locales.

Esa situación duró hasta el siglo XV, en que por instrucciones papales, los religiosos fueron liberados de esta autoridad y quedaban sujetos, exclusivamente al Papa. De acuerdo con el fuero e independencia conseguidos por la institución, su Canciller fungía como un juez eclesiástico por derecho propio, que conocía y manejaba todos los casos que tenían que ver con la moral y disciplina de los académicos, de los testamentos de to-

4 En Inglaterra se acostumbraba usar la expresión "fue admitido al grado de doctor" como equivalente a "obtuvo el grado de doctor"; esto ha causado confusión en otros países, pues se puede confundir la graduación con el proceso de matricularse.

5 *About Cambridge History*, p. 3

dos los que morían en residencia y, en general todo lo relativo a la marcha de la universidad.

Para hacer efectiva la fundación de Cambridge que al principio no contaba con terrenos ni otras propiedades, se hizo necesario que las parroquias le proporcionaran todo el apoyo que les fuera posible ofrecer, las parroquias de la Gran Santa María y San Benito principalmente, le ofrecieron sus espacios a la universidad para que pudiera realizar sus ceremonias públicas. Las clases se impartían en domicilios particulares, lo mismo que todo lo relativo a la residencia de maestros alumnos.

Otro paso para solucionar la necesidad de espacios donde impartir las lecciones y desarrollar ciertas actividades académicas, fue el de utilizar hosterías, algunas de las cuales mantuvieron ese uso hasta el siglo XVI, al ser adquiridas a fin de que pasaran a formar parte de los Colegios. Al principio, a diferencia de los Colegios, las hosterías no contaban con fideicomisos que hicieran posible su manutención para dedicarlas exclusivamente al servicio de la universidad para impartir sus cátedras, y se manejaban bajo el régimen de propiedad privada. Es a partir del siglo XV que Cambridge comenzó a adquirir propiedades donde actualmente se encuentra la Colina de la Casa del Senado, e hizo construir un grupo de edificios que nombró *Escuelas*; aquellas que lograron llegar hasta nosotros son llamadas *Viejas Escuelas*.

En las Escuelas se construyeron los salones de clases y de discusiones, la capilla, la biblioteca y la tesorería. Poco a poco Cambridge fue adquiriendo, para su uso, la mayor parte de los terrenos y edificios en el pueblo que estaban en manos privadas o de casas para religiosos que, a partir del siglo XIII, fueron pasando paulatinamente al control de los Colegios, cuya fundación proviene de donantes piadosos, que tenían la idea de beneficiar principalmente, a pequeños grupos de estudiantes avanzados de derecho civil y canónico y teología, que estuvieran dispuestos a rezar por el descanso eterno de las almas de los donantes.

"A partir del siglo XVI, la enseñanza se impartió casi de forma exclusiva en los *colleges* más que en la universidad. Cambridge desarrolló el sistema de *colleges*, característico de Inglaterra, en mayor medida incluso que Oxford. También los frailes contribuyeron fundando seis casas en 1300; por lo me-

Puerta de Honor de uno de los colegios de la universidad de Cambridge. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia.* vol. 3, p. 31

nos 75 franciscanos y otros tantos dominicos, muchos de ellos estudiantes, vivían entonces en Cambridge".[6]

Acorde con los tiempos que corren, el platonismo, cuya permanencia fue un hecho durante todos los siglos de la historia europea, aunque tuviera épocas de aparente declive, comienza a penetrar en los círculos universitarios, a partir de obras como la de Tomás Moro, *Utopía,* que adopta y difunde algunas de las ideas contenidas en la *República* platónica, además de la influencia de las ideas francesas e italianas de la época.

La importancia que con el paso de los años va adquiriendo Cambridge hace posible que se trasladen a ella muchos de los personajes relevantes de varias épocas. En 1497 Erasmo*, después de hacer una escala en Oxford (se inscribe a St. Mary Hall), pasa a Cambridge, donde obtendrá el grado de doctor en teología en 1506. La presencia de Erasmo en Inglaterra adquiere relevancia por cuanto se convierte en un promotor del humanismo en las universidades inglesas. Debido al activismo de Erasmo, estalló la lucha al prohibir su obra en Oxford. Pero Erasmo no se encontró solo, ya que destacados personajes como el cardenal Wolsey, santo Tomás Moro, el canciller de teología y literatura amigo de Busleiden y de Erasmo, admiraban y defendían su obra, además de su derecho a pensar por sí mismo.

El Corpus Christi College nace en el año de 1509, con el propósito de dedicarlo a la enseñanza de la lingüística, contando con el apoyo de Jean Fisher, obispo de Rochester y Canciller de la universidad (muerto por órdenes de Enrique VIII), quien también creó el colegio Saint-Jeanbien y apoyó con becas a estudiantes dedicados al cultivo del griego y del hebreo.

Como sucede en todas las instituciones, también en Cambridge se dio un declive en la calidad de la enseñanza, como consecuencia no sólo de deficiencias sino también al crecimiento y consolidación de un carácter propio. Con el inicio del siglo XVI, Europa se encuentra envuelta en numerosos conflictos armados, los viajes de *descubrimiento* –conquista y saqueo– se multiplican en beneficio sólo de las más poderosas naciones, el movimiento de Reforma, sin opciones reales de éxito, plantea el cisma entre cristianos y la Compañía de Jesús debe, en lo posible, contrarrestar sus efectos.

Portada del *Elogio de la locura.* J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia,* vol. 2, p. 376

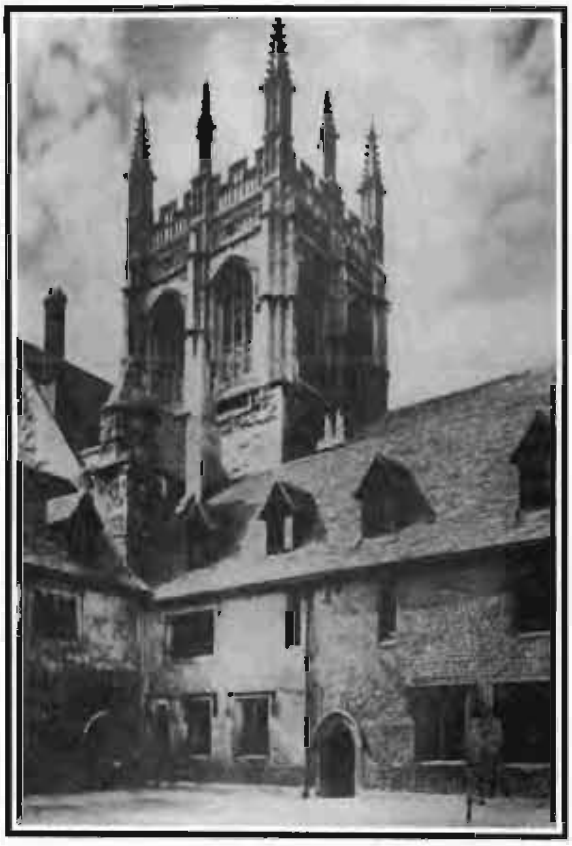
6 Franco Cardini, *op. cit.*, p. 77

Todas esas situaciones, algunas de ellas novedosas, obligan a las universidades a buscar respuestas de todo tipo, y a la vez generar nuevos conocimientos y nuevo personal, ahora con una mayor y más flexible preparación que le permita enfrentarse con extraordinaria solvencia ahora sí, a un nuevo mundo. Así, el derecho, la filosofía y las matemáticas son reanimados en Cambridge a partir de 1520. Aunque de nueva cuenta debido a las confiscación, a la disolución de muchos monasterios, el número en la matrícula de estudiantes comenzó a decrecer rápidamente en Cambridge. Sin embargo, el propio rey Enrique VIII se empeña en regenerar la universidad y a partir de 1540 funda otro Trinity College dedicado al estudio de teología, griego, hebreo y medicina.

Doctor de Cambridge. Siglo XVI. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 70

Aunque nombrar una lista de personajes de importancia en alguna disciplina o famosos, que pasaron por las aulas de la universidad de Cambridge –ya sea como estudiante o maestro– excede, con mucho, la extensión de este ensayo, sólo a manera de ejemplo podemos señalar a Tomás de York, John Duns Scoto (que igualmente ejerció la docencia en Oxford), John Bromyard, Roberto de Holco, Roger Marston y Tomás de Cobham. Sin embargo a pesar de la fama, por lo general los maestros debían subsistir dando clases adicionales a las que impartían en la universidad. De acuerdo con la legislación vigente desde el siglo XIII, los estudiantes debían asistir, como mínimo, a tres lecciones ordinarias por semana impartidas en las aulas universitarias. Por su parte el cuerpo docente podía impartir también a toda la institución lecciones extraordinarias, bajo restricciones bien señaladas: éstas debían versar sobre obras distintas de las autorizadas para el claustro, y que no coincidieran con las lecciones o las discusiones normales.

Es claro que en Cambridge un maestro dependía directamente del pago que sus alumnos le proporcionaban a cambio de sus enseñanzas, esquema diferente al de otras universidades donde los maestros gozaban de un sueldo pagado directamente por el usufructo de algún beneficio otorgado por la Iglesia o hasta de las arcas particulares de la corona. Dicha situación de dependencia de los maestros respecto de sus alumnos estuvo vigente en Cambridge por más tiempo que en otras instituciones universitarias. Las dos caras de esta situación son que por un lado, ello obligaba a los maestros a dedicarse a otras profesiones en detrimento de la calidad de la enseñanza, y por el otro, contribuyó a incrementar las lecciones, con lo que los alumnos que podían pagarlas tenían acceso a una mejor preparación.



El Merton College, Cambridge. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia,* vol. 3, p. 321

El primer Colegio que se fundó en Cambridge fue el de St. Peter (*Peterhouse*) en 1284 por Hugh Balsham, obispo de Ely. Le siguieron entonces el Colegio Kig's Hall que fue fundado en 1317 por Eduardo II con el fin de reclutar personal con excelente preparación para el servicio civil superior. Los Colegios: Michaelhouse, Clare, Pembroke, Gonville Hall, Trinity Hall, Corpus Christi, King's, Queen's y St. Catharine's, todos ellos fueron fundados durante el siglo XV. Por último otras tres fundaciones tuvieron lugar: Jesús, Christ's y St. John's, que surgieron a raíz de la disolución de pequeñas casas de religiosos, con la particularidad de que con la fundación de estos últimos *colleges*, se comenzó proporcionar asistencia a los estudiantes de todos los grados.

Muy pronto los colegios comenzaron a desempeñar un papel de primera importancia en todos los órdenes de la vida de la universidad de Cambridge. Desde la primera mitad del siglo XVI, los colegios proponían, de entre sus miembros, a candidatos a *Proctos* para que ocuparan el cargo por periodos anuales, y no era de ninguna manera raro que los jefes de los Colegios colaboraran con el Vicecanciller y los doctores decanos como miembros de un consejo consultivo que se convirtió en el *Caput Senatus*.

La importancia y peso que tenían los colegios dentro de la estructura universitaria se refleja en el hecho de que a partir del siglo XVI, hasta casi el final del siglo XIX, el Vicecanciller siempre fue uno de los jefes de los Colegios. "Uno de los líderes de estos cambios fue John Fisher quien ocupó muchos de los puestos importantes de la universidad, incluyendo el de Vicecanciller y Canciller (1509-1535). Como consejero de Lady Margaret Beaufort, madre del rey Enrique VII influyó en la fundación de Christ's y St. John's e inspiró el establecimiento de la primera cátedra patrocinada, la Cátedra Lady Margaret y de Teología. También atrajo a Cambridge a varios académicos notables, entre ellos al famoso Erasmo de Rotterdam, quien promovió el "nuevo aprendizaje" en griego y hebreo, ayudando con ello a abrir el camino para las especulaciones teológico-filosóficas que llevaron a la Reforma de la Iglesia y la disolución de los monasterios".[7]

Como ya mencionamos, el gran Colegio Trinity fue fundado por Enrique VIII a partir de las dos casas pequeñas de King's Hall y Michael House. Por su parte el Dr. Caius

7 *About Cambridge History, op. cit.*, p. 6

agrandó Gonville Hall, con lo que de hecho realizó una nueva fundación llamada Colegio de Gonville y Caius, la cual ocupó un gran terreno cerca de las Viejas Escuelas. Al Colegio Emmanuel se le donó la que fuera antigua propiedad de la orden dominica; y al Colegio Sidney Sussex se le otorgó la propiedad de los franciscanos, por último el Colegio Magdalene tuvo acomodo en la antigua casa de estudios benedictina, mejor conocida como el Colegio Buckingham.

La totalidad de esas fundaciones fueron destinadas a la preparación de hombres para el sacerdocio de la Iglesia de Inglaterra; sin embargo, se inscribieron en ellas buen número de estudiantes laicos, sobre todo en Trinity, lo que produjo un incremento notable en el tamaño de la universidad oficial, al mismo tiempo que crecía la población de jóvenes en la ciudad. Tal fenómeno obedeció a que muchos de los alumnos que se matriculaban en la universidad no podrían llegar a obtener un título, por lo que les resultaba más conveniente aprovechar las ventajas de todas las actividades extracurriculares de la institución y de los colegios. El aumento de la población estudiantil y, con ello, el incremento de todo tipo de prestadores de servicios, ejerció una considerable presión social sobre la ciudad por la demanda de vivienda y alimentos, lo que provocó conflictos de todo tipo.

Esta situación, en sí misma conflictiva, reflejaba la transformación del cuerpo de estudiantes. Enrique VIII había promulgado en 1536 una serie de prohibiciones que reglamentaban la enseñanza del derecho canónico y de la filosofía escolástica; medida que se tradujo en la desaparición de la Facultad de Derecho Canónico y, para cubrir de alguna manera el vacío dejado por esta facultad,

Christ's College, Cambridge. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 72

se abrieron los estudios de los clásicos griegos y latinos, estudios bíblicos y los de matemáticas, lo que redundó, a su vez, en un notable aumento en el número de estudiantes, los cuales en su mayoría no iban a realizar ninguna carrera dentro de la Iglesia.

La institución universitaria, como parte viva de la sociedad, mantiene un permanente diálogo con el poder político y con ella misma, de ahí que los estatutos del año de 1570, que reglamentan toda la actividad de Cambridge, ratificaran su intención de convertirse en formadora de líderes futuros de la Iglesia Reformada surgida a raíz del movimiento de Lutero. La Corona, cuya intervención fue frecuente en los asuntos de la universidad, pudo asegurar que no hubiese cambios más allá y en diferente sentido, que los deseados por ella, y una vez que la tendencia que promovía tuvo éxito, también se aseguró que tales cambios fueran permanentes. Ahora, la autoridad de la institución quedó concentrada en el Vicecanciller y el Caput consultivo, contrariamente a lo que se estipulaba en estatutos anteriores donde la autoridad de la institución quedaba en manos de los maestro regentes y los Proctors.

Una vez que la universidad de Cambridge pudo ser encauzada por los caminos requeridos por la Corona, se creó un fideicomiso por parte del rey Enrique VIII, a fin de patrocinar cinco cátedras: las Cátedras Regias de Teología, Hebreo, Griego, Física y Derecho Civil, que recalcaron la realidad de los cambios en el estilo de enseñanza y sirvieron de ejemplo para que otros donantes privados también apoyaran a la universidad. A pesar de que en los años comprendidos entre 1640 y 1688, tuvieron lugar algunos disturbios nacionales que ocasionaron perturbaciones en los nombramientos y en la disciplina universitaria, aún así, las órdenes reales y los grados obligatorios para individuos propuestos por la corte no sufrieron alteración alguna y así continuó la costumbre hasta principio del siglo XVIII.

Pero Cambridge ha llegado también a distinguirse por su importante y fructífera labor editorial, misma que ya desde 1520 se había iniciado en esa universidad, actividad que vino a quedar plenamente reconocida mediante el Decreto Real en 1531, que le daba a la universidad el derecho de licenciar a tres imprentas para imprimir y publicar los trabajos que ella misma aprobara.

A pesar de la autorización otorgada por la Corona para la impresión de libros, pasaron cerca de cincuenta años antes de que se ejerciera a plenitud este privilegio. Así, las primeras publicaciones con el sello de la universidad de Cambridge aparecieron ya a partir de 1584 y continuaron con regularidad. Pero la actividad editorial realmente cobró fuerza cuando Richard Bentley pudo, después de muchos esfuerzos, reorganizar en la última década del siglo XVII las instalaciones y la tipografía de la imprenta. Y una vez que se encontró la imprenta universitaria debidamente organizada, entonces ya pudo aprovechar a plenitud el monopolio, que junto con Oxford y los Impresores del Rey, tenía para imprimir la Biblia y para sacar una serie de trabajos esenciales en el desarrollo de sus estudios. La Cambridge University Press, ampliamente conocida en nuestro tiempo, continúa como una de las más antiguas y grandes casas editoriales del mundo.

Isaac Newton. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo,* p. 77

Por lo que se refiere al desarrollo de los aspectos académico y de investigación científica en Cambridge, se puede señalar que esta universidad ha logrado cimentar sólidamente su prestigio pues, por ejemplo, el trabajo matemático del siglo XVII floreció con Isaac Newton (1643-1727), quien además realizó investigaciones en diversas ramas del saber siempre auxiliado por su equipo de trabajo. Ante resultados tan promi-sorios como importantes surgieron varios fideicomisos para sostener cátedras en matemáticas con Lucasian; química con Plumian; para las materias de anatomía, botánica, geología con Woodwardian; para astronomía y geometría impartidas por Lowndean, y otras más, con lo que el impulso que se le dio a la enseñanza de diversas ciencias recogió frutos muy pronto y las hizo avanzar más rápido y más firmemente.

Por otro lado, ya que la enseñanza no se debía reducir a conocimientos meramente especulativos, se establecieron, para apoyar las clases de la cátedra llamada filosofía experimental, el jardín botánico y el Museo Woodwardiano de fósiles, cuyo montaje se debió en buena medida al apoyo proporcionado por donaciones privadas. Y en lo que pudiera parecer una explosión de interés por la ciencia experimental, en el Colegio Trinity se estableció un observatorio, en tanto que también se abrían dos cátedras de árabe, cuyos profesores fueron Sir Thomas Adams y Lord Almoner's, una de filosofía moral con Knightbridge al frente, además otras de música, historia moderna, teología y derecho.

En Cambridge se dieron las condiciones para que la filosofía baconiana tuviera un fuerte desarrollo, tendencia que fue reforzada a través del cuerpo docente de primer orden con el que procuraron contar en todo momento: Isaac Barrow (1673-1677), Isaac Newton (profesor de 1669-1702) y su sucesor Guillermo Whiston (profesor en 1702-1711) y Rogelio Cotes (profesor en 1707-1716), que sentaron las bases e impulsaron con su ejemplo y logros a hacer que a las ciencias exactas les prestaran más atención, desde el punto de vista de su promoción académica, y por lo tanto que fueran más estudiadas, lo que aunado a la institucionalización de los exámenes *tripos*, en la primera mitad del siglo XVIII crearon con firmeza la reputación de la universidad como escuela de ciencia matemática.

Cambridge da al cultivo de las ciencias un carácter más experimental, sin que ello quiera decir que abandona por completo el aspecto especulativo, reflexivo, que había sido cultivado por la tradición universitaria. Da un giro que poco a poco la va diferenciando del resto de las instituciones universitarias, aunque a pesar de los cambios a veces vertiginosos, "las costumbres docentes tradicionales se adaptaron a los nuevos estudios y los que completaban las primera etapas de su graduación se les ordenaba de acuerdo con sus méritos, lo cual se anunciaba el miércoles de ceniza. A este evento se le conoce como el *tripos*, palabra que proviene de la misma raíz que *tripié*, que era un taburete con tres patas que ocupaba un *viejo bachiller* que fungía como el principal oponente del candidato a graduarse actuando como un bufón con licencia que opinaba libremente sobre la apariencia y desempeño del candidato, frecuentemente en verso y en forma ofensiva.

Sin descuidar las ciencias naturales y las artes, las matemáticas llegaron a dominar a las demás materias en Cambridge y even-

Vicecanciller de Cambridge. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 76

tualmente el *tripos* significó el examen de matemáticas. El examen se realizaba en la *Senate-House*, donde los candidatos con buenas perspectivas se enfrentaban a artículos especiales de "problemas", los cuales al principio se los dictaban los moderadores, pero después de 1800 aparecían impresos. La biblioteca creció con el tiempo, sobre todo después que se incorporaron los manuscritos y libros del Obispo John Moore, que obsequió el rey Jorge I, y ya no cupo en sus viejos aposentos de las Viejas Escuelas, y tras haber sido alojada durante una larga época en alteraciones y adaptaciones a los viejos edificios, hoy en día tienen am-plias instalaciones y cuenta con más de cuatro millones de volúmenes conservando parte del mobiliario de épocas pasadas".[8]

Cambridge fue el gran centro de enseñanza de la teología en la isla, aunque su estrechísima relación con el Estado y con la Iglesia de Inglaterra y además de los cambios introducidos en su constitución suscitó diversas luchas de orden político. Cambridge fue una universidad en extremo receptiva a la influencia del Renacimiento y las enseñanzas de Erasmo, quien residió por algún tiempo en la universidad. Los trabajos desarrollados por Erasmo en la universidad de Cambridge, en particular, su versión latina del Nuevo Testamento, destinada, según su autor, a poner en manos de los estudiantes un texto libre de los errores que él señalaba en la Vulgata, tuvieron enormes consecuencias e hicieron de esta universidad un centro a la vez receptor y difusor de la doctrina de la Reforma, lo que la colocó directamente enfrentada con otros centros universitarios que sostenían las tesis y doctrina del cristianismo romano, años antes de que fuesen conocidos en Inglaterra los escritos de Lutero.

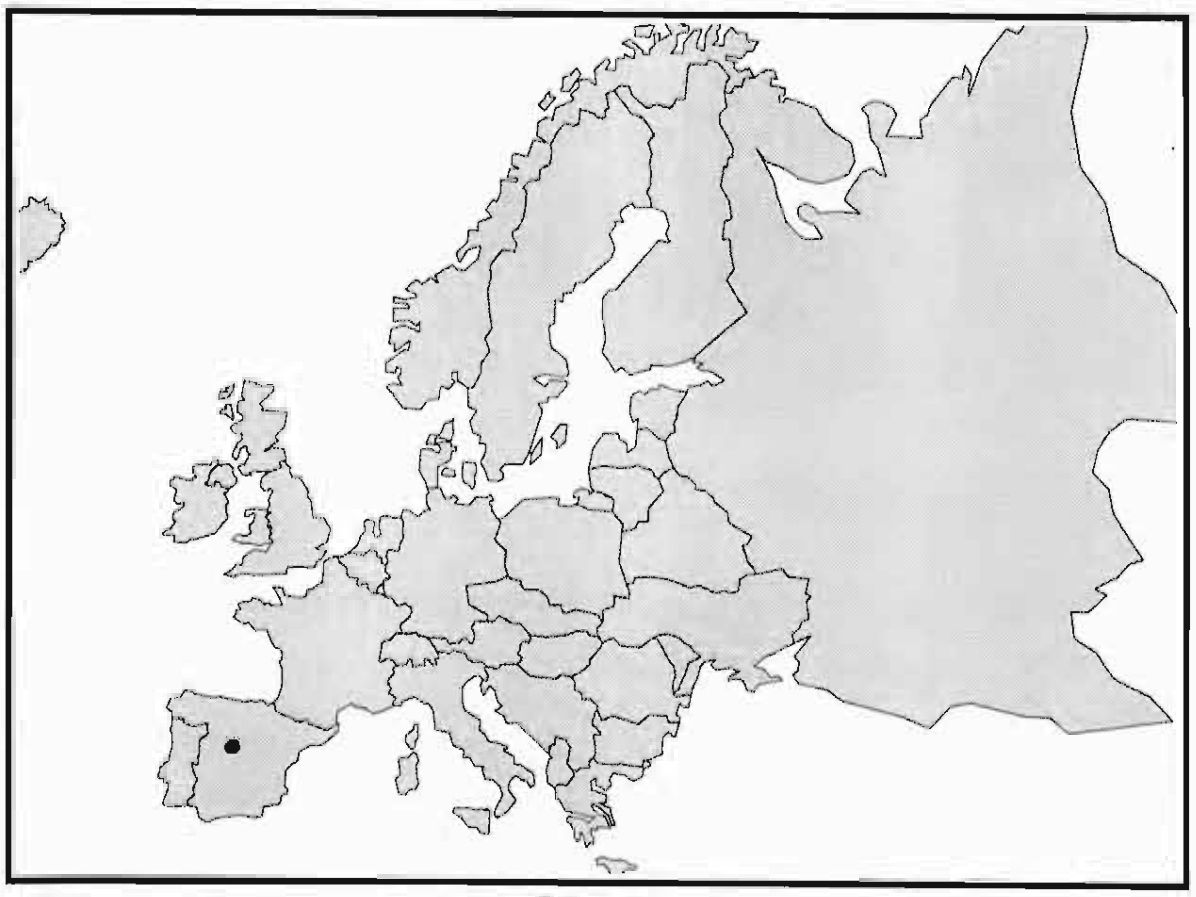
8 *Ibid.*, p. 9

Salamanca

En la ribera septentrional del río Tormes, en el centro oeste de la Península Ibérica se levanta la monumental ciudad de Salamanca. Sus orígenes datan por lo menos del tercer siglo antes de nuestra era cuando se comienzan a dar importantes asentamientos en la región. En el año 217 a.C. el general cartaginés Aníbal, al frente de sus tropas, reduce a escombros todo lo que encuentra a su paso, incluyendo a la ciudad.

Debido a su importante situación geográfica en la *ruta de la plata* entre Astorga y Sevilla, Salmántica o Helmántica, como la llamaron sus reconstructores romanos, fue permanente escenario de enfrentamientos entre cristianos y musulmanes, quienes habían llegado a la península desde el siglo VIII d.C. Salamanca, ciudad de múltiples encuentros, ya para la centuria anterior había logrado ser elevada a la categoría de sede obispal.

Muchos años después, en pleno siglo XVI cuando el padre Francisco de Vitoria, dominico que había sido estudiante de teología en la Universidad de París, escribía su célebre defensa en favor de los indígenas del Nuevo Mundo *(De indiis et de iure belli)* desde su estudio en la Universidad de Salamanca, donde ejerció la docencia en la misma disciplina en la que se había doctorado, recogía varias tradiciones antiguas, algunas milenarias, como la filosofía griega, la religión cristiana, el judaísmo y el islam, que a su vez, también ellas de larguísima tradición, recogían el saber de diversas culturas muy anti-



Salamanca

guas, tan lejanas en el tiempo y en el espacio -y más- como le parecieran ahora al hombre del siglo XX los propios años de la Grecia Clásica. Y los diversos caminos de todas estas tradiciones hacía ya mucho tiempo que habían confluido para lograr –si es posible usar el término– *encarnar* en la idea de la Universidad.

Tal vez fuera el año –no se tiene la referencia exacta– de 1218, en el que el rey Alfonso IX de León, uno de los reinos más importantes de la Península Ibérica, funda la Universidad de Salamanca. También podría decirse que es en el mencionado año que el rey eleva a esa categoría a la escuela que funcionaba en la sede del obispado de la propia ciudad. Lo importante es que alrededor de esa fecha, el rey expide los documentos legales para que se dote de la categoría jurídica necesaria, que permita el funcionamiento como estudio general de una escuela en la ciudad de Salamanca. La misma mano que empuña la espada contra los árabes y contra su propio hijo, en una lucha por conservar su territorio y su poder, imprime su sello real en un documento jurídico que dota de ser a una universidad que dará esplendor y abundantes frutos en cada territorio que su benéfica sombra toca.

A la nueva institución se le otorgan privilegios económicos y de todo tipo que le permiten asegurar su funcionamiento, el mismo rey cuida de protegerla por todos los medios a su alcance. Tal vez intuyera que esta obra

Fachada de la universidad de Salamanca. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 373

Sello de la universidad de Salamanca. F. Rangel, *et. al., Las grandes universidades de Iberoamérica*, p. 29

suya sería la que le diera reconocimiento imperecedero, en todas las naciones que se formarían en el mundo bajo el futuro dominio español. La universidad de Salamanca nace con buena estrella y todos los descendientes de Alfonso de León continúan y acrecientan la obra, a la que cuidan como una preciada joya y la dotan con los mayores privilegios a los que una universidad podría aspirar.

Llegado el momento en que Fernando III, llamado *El Santo*, hereda el trono de su padre, una de sus primeras obras fue la de confirmar los privilegios que le habían sido concedidos a la universidad, mediante cédula real dada en Valladolid el 6 de abril de 1243. Las cláusulas más importantes de este documento ejemplifican el celo con que estos reyes cuidaban su proyecto educativo y científico, y hace aparecer a los tiempos actuales como faltos de verdadera visión y energía para soñar y hacer realidad esos sueños.

El documento asentaba que el rey era el patrocinador de la universidad y todo lo que le perteneciera, fueran bienes o personas; la confirmación de todos los privilegios concedidos por Alfonso IX, con la imposición de multas para quien se atreviera atentar contra ellos; la reglamentación de la vida estudiantil; el nombramiento de un tribunal exclusivo, para conocer y resolver toda contienda o litigio en que se encontrara inmersa la universidad. Estos privilegios pronto se ven aumentados con la exención del pago de portazgo y el libre transporte de sus pertenencias a todos los miembros de la salmantina, además de la garantía de la seguridad, con severas penas para los infractores, en cualquier lugar del reino.

Para que una universidad se considerara realmente fundada no bastaba con que unilateralmente un monarca asentara su decisión en un documento jurídico; también la Iglesia intervenía y uniendo su voluntad a la del rey hacía posible que el estudio general o universidad pudiera tener una vida totalmente legalizada, además de que sólo de esta manera era posible que el papado interviniera en favor de la institución.

Un momento en verdad brillante en la vida de Salamanca es el periodo en que el sucesor del rey Santo, Alfonso X*, cuyo sobrenombre *El Sabio* hace alusión precisamente a la inteligencia unida a la visión política y perseverancia con que este monarca realizó su obra como gobernante. Este rey contribuye a su engrandecimiento al otorgarle una cuantiosa dotación económica, con lo que pudo la salmantina aumentar el número de cátedras. También durante el reinado de Alfonso X, la universidad genera su primera constitución, con lo que la institución que nació como *estudio* se convierte en una verdadera universidad , ya que es en este documento que por primera vez se le denomina a la salmantina con tal nombre de universidad.

El Rey Sabio no pierde de vista que cualquier apoyo que se le proporcione debe ser integral, por lo que su transformación de estudio a universidad contempla, dentro de otras medidas, el nombramiento de concejales de estudio, es decir, de administradores de las rentas universitarias, con el fin de que permanentemente estuviera resguardado su patrimonio; su autoridad real la delega en el obispo de la ciudad y en el maestrescuela, encargados de mantener el orden interno de la institución; instruye a los alcaldes para que vigilen el ejercicio de los privilegios universitarios y castiguen a los infractores de los mismos, y prohibe expresamente que se pueda usar el recurso de embargo contra los bienes

propiedad de todos los universitarios. El Rey Sabio, conocedor de las necesidades del cuerpo docente, otorga junto con la creación de cátedras, excelentes salarios a cargo directamente del tesoro real, para que las dichas cátedras estuvieran a cargo de distinguidísimos maestros. Tal es el celo con que el rey cuida de su universidad que reglamenta, incluso, cómo los estudiantes deben conducirse en cualquier ámbito en que se encuentren, con el propósito de que vivan en paz y no anden de malentretenidos alborotando el estudio.

Por increíble que parezca, Alfonso X no detiene su obra benefactora en pro de Salamanca y solicita del mismo Papa, Alejandro IV, su confirmación pontificia como estudio general. En respuesta el 6 de abril de 1255, el Papa expidió la bula que le confirmaba dicha categoría como universidad.

Todo esto habla del celo protector con que reyes y papas velaron por el engrandecimiento de la universidad de Salamanca. Los estatutos, pues fueron varios, que tuvo la universidad durante este periodo, reflejan dos aspectos muy importantes; primero, el ya apuntado de la voluntad de impulsar el engrandecimiento salmantino; y, segundo, que como toda obra humana de gran envergadura, la universidad atravesó por momentos difíciles que obligaron a las autoridades, a través de la dotación de estatutos actualizados, a intervenir para detener y sancionar prácticas, costumbres y actos lesivos a la institución universitaria.

La legislación sobre toda la actividad universitaria se inició con las *Siete Partidas* de Alfonso El Sabio, que está reputada como la primera legislación sobre instrucción pública, misma que, curiosamente, tiene basamento en los estatutos particulares de la universidad de Salamanca que, en este sentido, le anteceden. En el Título XXXI de la Partida II: *De los estudios donde se aprenden los saberes, et de los maestros et de los escolares*, aunque no se utiliza el nombre de universidad, hace la distinción entre *estudio particular*, instituto cuya fundación obedece únicamente a la voluntad de alguna autoridad, prelado o el consejo de una ciudad; y el *estudio general* cuyo nombre sólo se podía ostentar si había sido creado por el Papa o el rey, y en donde se enseñaban las siete artes liberales, derecho civil y derecho canónico (decretos).

Esta legislación es muy precisa, y por ello de una riqueza excepcional, pues aborda prácticamente todos los aspectos de la vida universitaria, para reglamentar la vida del estudiante, la del maestro y la de la autoridad.

De las prescripciones tan pormenorizadas dan cuenta, por ejemplo, la ley tercera, que mandaba que en un estudio general, si no había maestros de otras materias, por lo menos, para poder ostentar dicho nombre, debía contar con maestros que impartieran Gramática, Retórica y Dialéctica, es decir, que mínimamente impartieran el *Trivium*. El sueldo de estos maestros corría a cargo de las arcas reales, de acuerdo con la preparación de cada uno de ellos y con la importancia de la materia que enseñara: el maestro de leyes contaba con el doble de sueldo que el bachiller ayudante.

La ley cuarta exigía a los maestros que enseñaran bien y que dieran su clase completa. Esta ley prohibía que el maestro tuviera sustituto, si no fuera por causa debidamente justificada y comprobada. La legislación llegaba al extremo de disponer que las escuelas se encontraran en lugar tranquilo, lejos del bullicio, pero cercanas una de otra con el fin

de que los estudiantes pudieran trasladarse fácilmente y tomar varias clases en el día. La ley sexta reviste especial importancia ya que imponía la obligación de no formar bandos, ni promover peleas con los vecinos del pueblo o alborotos, ni mucho menos, bajo pena rigurosísima, andar armados; aunque autorizaba a toda la comunidad universitaria a elegir su rector y le permitía que se unieran en corporaciones, tanto a profesores como a alumnos, para el bien mutuo y el del estudio.

Como dentro de los privilegios con que contaban los universitarios de la salmantina se encontraba el de no estar sujetos a la autoridad del fuero común, la ley séptima de las Partidas les concedía el privilegio de ser ellos quienes pudieran elegir como su juez, en el caso de los alumnos, por ejemplo, ya fuera a su maestro, al obispo de la ciudad o al juez del fuero correspondiente; con lo que se entiende a la universidad, se le concedía un amplio margen de autonomía incluso en asuntos extraescolares. Esto, sin duda alguna, y dentro de límites razonables, fue uno de los elementos que le permitieron a la universidad salmantina un amplio margen de autonomía, lo que, a su vez, hizo posible su pleno desarrollo como institución.

La ley octava de las Partidas de Alfonso el Sabio no es menos importante, pues eximía a los universitarios del servicio de las armas, del pago de impuestos, y concedía específicamente a los profesores de Derecho, grandes privilegios, incluyendo el que después de un determinado número de años de servicio se les otorgaban títulos de nobleza.

Las leyes del Rey Sabio respecto de la educación abarcan todos los aspectos de la vida de la universidad; sólo para señalar un aspecto que le merecía la máxima atención

Las Siete Partidas. Miniatura. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 247

se debe mencionar que la ley novena de las Partidas reglamentaba, concienzudamente, el ritual para otorgar las licencias como maestro, comúnmente conocida como otorgamiento de *grados:* sus exigencias, requisitos y ceremonial que debían cumplirse en esta primordial actividad universitaria. Los estatutos o constituciones, normas derivadas de la legislación establecida por Alfonso X, una vez aprobadas regían efectivamente la vida universitaria en todas sus formas.

En lo tocante a la administración escolar, los estatutos de la universidad de Salamanca marcaban las normas a que debían sujetarse todos aquellos que desempeñaban algún cargo de esa índole; en el caso del maestrescuela, también conocido como canciller

o juez de estudio, tenía a su cargo la vigilancia de las funciones de carácter académico como el otorgamiento de los grados mayores y las incorporaciones, o sea, la aceptación de algún alumno proveniente de otra institución educativa que deseaba continuar sus estudios en la universidad salmantina.

El rector, según los estatutos de Salamanca, como su nombre lo indica, era la cabeza visible de la institución, mas su poder estaba limitado, ya que en materias como la Economía o la docencia, debía admitir ser asesorado por los consejos técnicos respectivos. Otra autoridad de alto rango, que compartía la responsabilidad y el poder con el rector, era el llamado *primicerio*, quien fungía como prior del colegio docente o gremio doctoral. La universidad de Salamanca, como casi todas las universidades medievales, observó de manera rigurosa sus estatutos, los fue adaptando a las cambiantes circunstancias que los acontecimientos le imponían, mas no fue una entidad pasiva ante los avatares del tiempo, ya que siempre, como institución actuó anteponiendo los intereses colectivos y la misión que como elevada entidad educativa tenía encomendados.

El funcionamiento de la universidad era muy complejo, de ahí la necesidad de contar con unos estatutos lo más completos posibles, para no dejar prácticamente nada a la improvisación. El gobierno administrativo y económico, así como la dirección de la enseñanza residían –con lo que se puede entrever hasta qué grado era efectiva la democracia de la universidad– en el claustro, es decir, en el cuerpo colegiado de todos los miembros de la institución. Cuando se debía tomar alguna resolución grave sobre cualquier aspecto de importancia relevante, el pleno del claustro era el encargado de dar el fallo respectivo, como sería el caso de la aprobación de los estatutos que regirían la vida universitaria.

Aparte de los mencionados, se encontraban también otros funcionarios cumpliendo diversas actividades, como los *conservadores*, encargados por el rey (y los hubo también encargados directamente por el Papa) de vigilar que se respetaran y cumplieran los beneficios que, en favor de la universidad, había dictado la Corona o la autoridad papal. Mención aparte merece el secretario o notario, quizá quien desarrollaba la actividad más importante de la vida académica, ya que por sus manos debían pasar todos los documentos de todos los actos universitarios, ya fueran administrativos, académicos o de cualquier otra índole. El administrador, el mayordomo o asesor, el síndico, los contadores y los tasadores de casas –las rentadas por los alumnos debían ser previamente valoradas por este funcionario para evitar que fueran lugares no propios para ellos o demasiado caros–, se encargaban de la conducción económica del plantel. Así, la compleja organización universitaria mantenía una amplia gama de puestos administrativos que la mantenían en funcionamiento, y que contribuían a que cumpliera sus más elevados cometidos.

El pináculo de la vida universitaria, ya fuera la de Salamanca o de cualquier otra, eran los estudiantes y los maestros. Ambos grupos estaban, como era de esperarse, agrupados en corporaciones gremiales o guildas, y al igual que en los estatutos universitarios, los de estas agrupaciones regían cada uno de los aspectos de la vida de su respectiva corporación. En el caso de la actividad docente, ésta debía supeditarse a la estructura de la universidad. La universidad estaba dividida en facultades, a veces también llamadas cá-

tedras. Las facultades mayores eran las de Derecho Canónico o Cánones, Leyes o Derecho Civil, Teología y Medicina. Las facultades menores eran las de Artes y Filosofía.

Dentro del escalafón para ocupar las cátedras, se ascendía estrictamente por méritos probados, aunando la antigüedad en la docencia, mediante concursos de oposición. Las cátedras más importantes eran las denominadas *de prima*, es decir, las que se dictaban en las primeras horas de la mañana, y las de *vísperas* que se daban en las primeras horas de la tarde. Y para denominarlas, se tenía la costumbre de usar el nombre del autor que se explicaba en ellas.

Existía otra división de las cátedras: aquellas en que el profesor, debido a sus méritos sobresalientes, había ganado el derecho a ocuparlas de por vida, y las temporales, en que el maestro podía dictarlas por un periodo determinado, generalmente de tres o cuatro años. Las cátedras de sustitución eran aquellas en las que el maestro oficial, ya fuera por causa justificada o no, debía ser reemplazado: por ausencia, por enfermedad o por haber sido multado por cometer alguna falta sancionada por los estatutos, ya fueran de la universidad o de su corporación.

De la mayor relevancia es el hecho de que sin importar la facultad y estudios que debía cursar, el alumno estaba obligado a obtener mínimamente la calificación de suficiente en gramática latina, pues era escaso el número de cátedras (como era el caso de algunas materias en la carrera de medicina) que eran expuestas en alguna lengua que no fuera el latín.

Un punto que revestía especial importancia, ya que era altamente conflictivo e involucraba tanto alumnos, como maestros y autoridades, era el concerniente a la dotación de cátedras, puesto que para ser ocupada alguna cátedra vacante se debía participar en un concurso de oposición, proceso que los reglamentos tratan de una manera extensa y minuciosa, ya que intentaban prevenir, porque evidentemente se presentaron ese tipo de casos, que alguna cátedra fuera asignada a una persona no apta para ejercerla, pero que la había obtenido mediante el uso de prácticas nada éticas, ni mucho menos confesables.

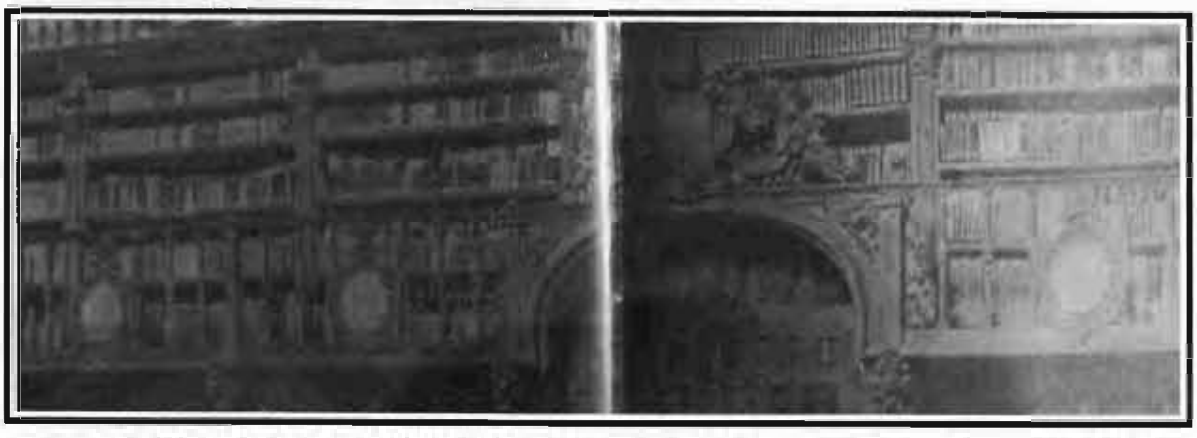
Los escándalos y las reyertas suscitados por disfrutar la asignación de una cátedra condujeron, con el paso del tiempo, a no permitir que los estudiantes votaran en estos casos, además de otras disposiciones para devolver a la universidad su prestigio y la confianza en ella como una institución de reconocida solvencia en todos los sentidos.

Portada de los estatutos de 1538 de la universidad de Salamanca. F. Rangel, *et. al.*, *Las grandes universidades de Iberoamérica*, p. 147

Como en toda universidad, el plan de estudios resultaba fundamental para la de Salamanca, ya que gran parte de su esplendor se debió a la sólida preparación que proporcionaba a sus alumnos. En sus estatutos de 1538 se encuentran los rudimentos del diseño del primer plan de estudios, concebido como una enumeración de textos en correspondencia con las materias que debían estudiar los alumnos y explicar los maestros. A este plan de estudios le siguieron otros más, los de 1561, 1594 y 1771. Cada versión del plan de estudios de la universidad salmantina fue más completa y compleja que las anteriores. La distribución que hacen de las materias se basa en la división según facultades y año lectivo. En alguna ocasión el plan sufre cambios de materias y las que se mantienen en él se refuerzan y complementan.

El último de estos planes, el de 1771, lleva a cabo una profunda renovación: suprime unas cátedras, abre otras, cambia textos y temas que debían ser explicadas en cátedra; también introduce cambios en los años de estudio y en el orden de los grados. Es en esta época en que los efectos de la Ilustración se dejan sentir, y Salamanca busca la simplificación de la enseñanza, arraigar en el alumnado sólidos principios científicos, el uso de manuales, y todo aquello que, calando a fondo en el intelecto del estudiante, le hiciera claro que el proceso de aprendizaje sólo tiene fin con la persona misma y que a lo largo de la vida, mediante una disciplina rigurosa se llega al dominio y perfeccionamiento de las ciencias y las artes.

Inseparables de los programas de estudio se encuentran los listados de libros que los profesores y alumnos debían utilizar obligatoriamente en cátedra. En la facultad de Derecho Canónico se explicaban los libros del *Corpus iuris canonici*, es decir, las obras de Graciano y los papas Gregorio IX, Bonifacio VIII y Clemente V. En la de Derecho Civil se estudiaba a Justiniano, con los comentarios de Arnoldo Vinnio y las notas de Heinecio; también se leía a Cujano y Gravina. En la importantísima facultad de Teología, por supuesto se explicaban el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, a Pedro Lombardo, a santo Tomás, a Escoto. Por su parte, en la facultad de Medicina eran obligatorios Hipócrates, Galeno, Vesalio, Avicena, entre los más conocidos. La facultad de Filosofía, inicialmente llamada de Artes, tenía establecido que se explicaran a Pedro Hispano, Aristóteles, Porfirio, los textos de Domingo de Soto. Para la de Gramática, el repertorio contemplaba a



Antigua biblioteca de la universidad de Salamanca. F. Rangel, *et. al.*, *Las grandes universidades de Iberoamérica*, pp. 34-35

Laurencio Valla, Suetonio*, Valerio Máximo, Séneca*, Virgilio y Horacio, entre los más representativos.

Las escuelas menores de Salamanca, siglo XVI. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 279

Como un perfecto complemento a los planes de estudio y a sus respectivos textos, la compleja organización de la universidad de Salamanca ordenaba concienzudamente la manera en que se debían explicar las clases para asegurar el máximo aprovechamiento en todos los aspectos. Desde el número de lecciones que debía explicar cada maestro, así como el tiempo que debía emplear en ello, además del que las dichas clases las diera completas si conformaban parte del programa de estudios y las condiciones para que un profesor pudiera tener un sustituto.

Los alumnos tenían la obligación de asistir a todas las clases de sus cursos, ser puntuales, mantener la disciplina dentro y fuera del plantel; en este punto, como un apoyo para ayudar al buen comportamiento de los educandos, el llamado *alguacil del silencio*, con su vara en mano estaba siempre dispuesto a acallar cualquier disturbio que rompiera la paz del recinto; también los alumnos tenían la obligación de asistir a los servicios religiosos y a todas las lecciones extraordinarias, a los exámenes para la obtención de algún grado, y hasta a usar la vestimenta que la reglamentación consideraba adecuada a su condición de estudiante.

La vida de un estudiante universitario en Salamanca se iniciaba con su presentación ante las autoridades académicas para solicitar su ingreso. Al obtener la matrícula o inscripción el estudiante estaba aceptando, bajo juramento, su sumisión al rector *in licitis et honestis*, lo que a su vez le daba el derecho de gozar de todos los privilegios como alumno y del fuero académico. El estudiante debía renovar su matrícula cada año, pero la podía perder si durante el curso anterior había observado alguna mala conducta.

Era una costumbre establecida en la universidad de Salamanca iniciar sus cursos el 18 de octubre, día de san Lucas, con una solemne misa. Los cursos igualmente llegaban a su fin con otro servicio religioso, el día en que se conmemora la Natividad de Nuestra Señora, el 8 de septiembre; esto es, los cursos académicos tenían una duración de

más de diez meses. Los días jueves eran de asueto, aunque también se aprovechaban para llevar a cabo los actos literarios *pro universitate*.

Para que un estudiante pudiera graduarse, debía haber asistido a la mayoría de las clases de sus cursos y a la mayor parte del tiempo de que constaba cada clase; si abandonaba el salón antes de terminar una clase, sin la debida justificación, ésta no le contaba en su expediente para poder solicitar su graduación. Igualmente era requisito para graduarse, el que el educando debía haber cursado las lecciones principales de su carrera, es decir, las cátedras de *prima y* las de *vísperas*, ya que ambas tenían como maestros titulares a los catedráticos de mayor importancia de cada carrera.

La obtención de cualquier grado académico, ya fuera de simple bachiller o hasta el de doctorado, se encontraba regido por una serie de rigurosos requisitos y de un complejo ceremonial, aunque con algunas variantes de acuerdo con la facultad que otorgaba el grado y el nivel del mismo; evidentemente en el aspecto económico el grado de doctor era más oneroso que el de bachiller, y se debía cumplir un aparato mucho más complejo.

El ritual incluía la petición del grado por parte del estudiante a las autoridades, la designación del padrino del estudiante –antecedente del actual director de tesis–, el voceo público de la petición del estudiante, la ceremonia de designación de los temas del examen (mediante los pavorosos y famosos *tres piques*, que consistían en que, al azar, el libro correspondiente era abierto por tres partes diferentes y se le daba al examinando un tiempo determinado para preparar las respuestas), el paseo por las principales calles de la ciudad de la comitiva del estudiante para arribar, finalmente, a la hora convenida, al lugar de la presentación del examen.

Con las diferencias del caso, según la facultad y el grado, en el supuesto de no obtener la votación necesaria para considerar que el estudiante había cumplido los requisitos del examen, aparte de la fuerte amonestación se le hacía salir al estudiante por la puerta trasera de la capilla. Por el contrario, si el alumno sorteaba felizmente los escollos de sus sinodales, con toda pompa se le otorgaba el grado que estaba en juego y se podía proceder a disfrutar de la fiesta que ya estaba preparada, la que, por ejemplo, en el caso de la obtención de un doctorado incluía corrida de toros, con el pueblo como invitado, todo a cargo de la economía del estudiante. Además de que en la ceremonia de otorgamiento del título el nuevo graduado debía sufrir un vejamen público, cuyo objetivo era el de no permitir que la soberbia por el éxito obtenido hiciera presa de él.

La universidad de Salamanca fue sin duda la más famosa e importante de la España medieval y renacentista, no la más antigua porque lo fue la de Palencia; nació primero como una universidad cuyo principal estudio era el Derecho, sin embargo, con el tiempo, la disciplina que le dio brillo imperecedero fue la Teología -en rivalidad fuerte y constante con la universidad de París-. A Salamanca le correspondió la difícil tarea de jugar el papel de ser una universidad fronteriza, como si se le considera desde los aspectos geográfico y político. El primero hace alusión al hecho que durante ocho siglos el suelo español estuvo dividido entre el territorio musulmán y el cristiano; el segundo, a que durante esos ocho siglos la España cristiana

luchó contra la ocupación árabe, hasta que prácticamente, metro a metro, fue reconquistando su territorio a costa de ese tiempo y enormes sacrificios.

Existe otro aspecto de esa cualidad de frontera: la España cristiana occidental mantuvo durante muchos siglos una permanente relación con la España musulmana, vale decir, oriental. Una frontera que no divide y separa, sino que a través de la diversidad y la diferencia enriquece y estimula. Hace imperativo el cambio y consolida los logros alcanzados. Salamanca en este sentido fue el receptáculo directo de todas las tradiciones que fueron conformando el cúmulo del conocimiento humano; ninguna como esta universidad estuvo en condición de, a partir de lo heterogéneo, conformar una cultura, la occidental, y contribuir a la generación de una enorme masa de nuevos conocimientos que hicieron posible ampliar el hábitat humano, hacer más grande el mundo. Pero Salamanca, en su calidad de universidad insigne, se dio a la tarea de mantener viva la llama del humanismo, de anteponer su obediencia a los más altos fines del hombre, contra la servidumbre fácil a los caprichos del poderoso, llámense el Papa o la Corona.

Francisco de Vitoria, en su enorme calidad de catedrático salmantino, muestra el grave error en que incurren tanto el monarca al apropiarse, violencia de por medio, de los enormes territorios que en derecho le pertenecen a otros hombres, cuya cualidad como tales no la desdice el hecho de ser diferentes al conquistador, como la Iglesia, al permitir que realmente, bajo el pretexto de la obediencia al mandato de predicar la verdadera religión a quienes por desgracia no tenían conocimiento de ella, se les reduzca a la esclavitud y hasta se les quiera negar su calidad de humano. Ni el Papa ni el rey podían violentar la legalidad natural, el simple derecho de manera tan perversa. Un maestro universitario de Salamanca tenía los conocimientos para resolver una situación de suyo difícil, el valor e independencia para enfrentar a los mayores poderes de la tierra, y la calidad moral para hacer oír su voz.

Así, la fama de que gozó la universidad de Salamanca como una de las más brillantes instituciones educativas del orbe, es apenas un mínimo reconocimiento que se le debe con toda justicia dar. Ante su enorme prestigio se decía que la universidad de Salamanca era capaz de desarrollar al máximo todas las potencialidades de sus estudiantes, con la única limitante de que no podría desarrollar aquello que el propio educando no poseía. De ahí que se hiciera popular la conseja que decía *Lo que Natura no da, Salamanca no lo presta.*

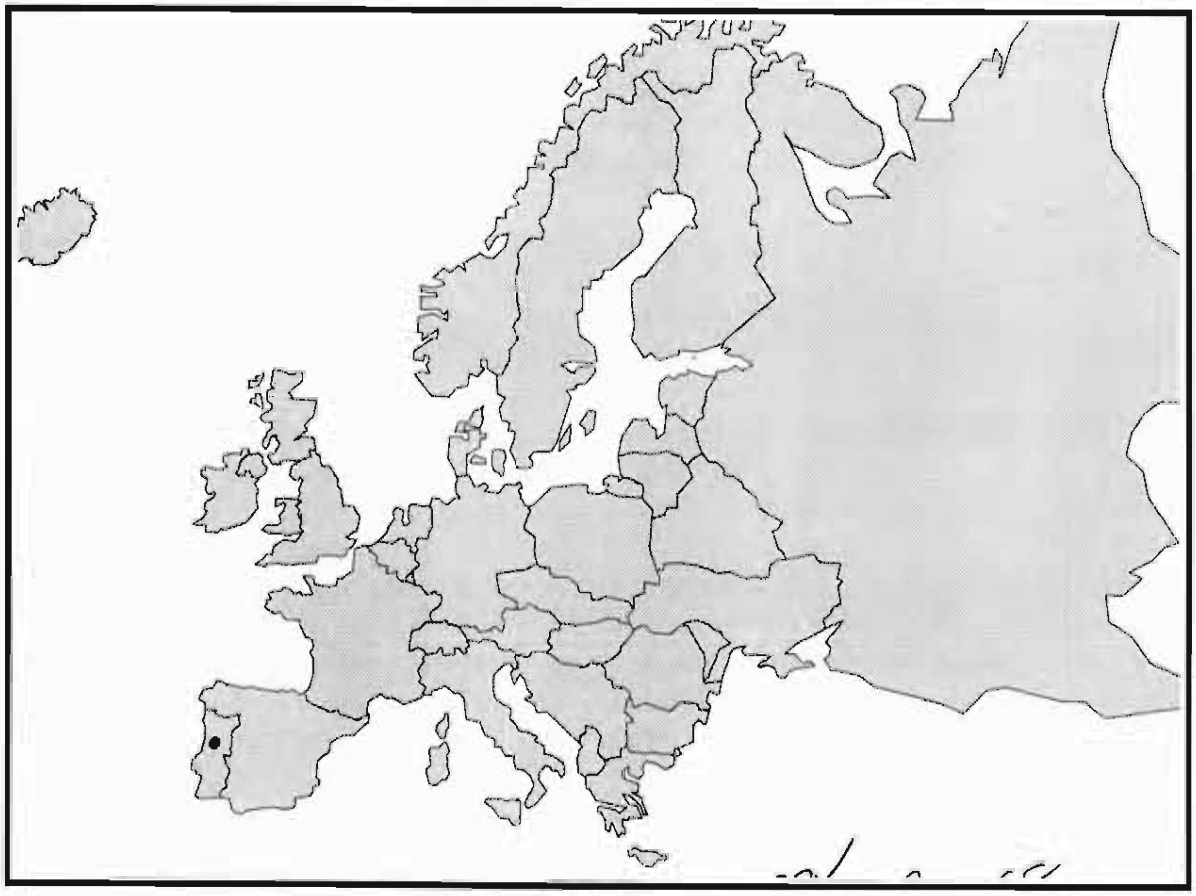
Otra íntima razón para manifestar orgullo y agradecimiento por la enorme obra de siglos de la universidad de Salamanca, es la de que toda su historia, toda su experiencia, toda su tradición, las puso al servicio de las universidades que, el celo benefactor de muchos hombres de buena fe, fundó en el Nuevo Mundo. Salamanca fue espejo y guía de las universidades de Santo Domingo, Lima, México y muchas más que se levantaron en el continente al que bautizaron como América. Su organización, sus estatutos, fueron trasladados al Nuevo Continente; muchos de aquellos que fueron acogidos en sus aulas como alumnos, aquí llegaron para, con generosidad, entregar a otros todo lo que poseían: sus conocimientos y su calidad humana.

Coimbra

Durante la Edad Media diversos factores confluyeron para lograr la creación de los diferentes estados nacionales. La lucha entre la monarquía y los señores feudales para imponer un gobierno único llevó siglos hasta que el triunfo de la primera, siempre a un elevado costo, condujo a la demarcación de fronteras más o menos estables, con relación a otros reinos vecinos –generalmente enemigos entre sí– que seguían el mismo proceso; las sucesivas colonizaciones o asentamientos, si no las verdaderas oleadas de invasores que al entrar en contacto con los nativos sobrevivientes iban conformando regiones netamente diferenciadas unas de otras, además de la difusión y arraigo de una determinada religión, como es el caso del cristianismo en Europa, hicieron posible el surgimiento de diversos países.

Una vez que una nación ha logrado constituirse como tal, se le presenta también la urgente necesidad de contar con una institución educativa que se convierta en la generadora de los cuadros científicos y administrativos que le permitan crear entre la población una conciencia de sí misma y consolidarse como estado soberano.

En el caso del reino de Portugal, cuya primera fundación universitaria correspondiente a la Edad Media fue muy tardía con relación a otros países, refleja meridianamente el proceso que el propio reino recorrió para constituirse como tal. Desde los tiempos más remotos en su historia, lo que llega-



Coimbra

ría a ser el territorio del reino de Portugal, inicialmente fue ocupado por pueblos de navegantes cuya procedencia se ubica en el Mediterráneo oriental, es decir, de origen asiático. Para el siglo VI a.C. llegaron, procedentes del centro de Europa, invasores de origen celta que dominaban el trabajo del hierro y se establecieron en el norte del territorio lusitano, donde se mezclaron con la población autóctona. Los descendientes de estos celtas representaron un fuerte obstáculo para la ocupación romana, hasta que en el año 61 d.C., las tropas de Julio César lograron dominar la resistencia y ocuparon la Lusitania.

Las invasiones no terminaron, a pesar del intenso dominio romano y su profundo proceso de romanización, de imponer por diferentes vías su propia cultura como hegemónica. Los suevos se establecieron en el noroeste del territorio lusitano y fundaron un estado autónomo, hasta que los visigodos, es decir, los pueblos que contribuirían a la conformación, en la península Ibérica, de la nación española, lograron someterlos, dejando obviamente la huella de su paso por esas tierras. Sin embargo, estaba por darse una de las más importantes invasiones, que marcarían para siempre la historia y el carácter de este pueblo. En el año 711 desembarcan en la península las tropas árabes y ponen fin al dominio visigodo en Lusitania. Y aunque el dominio árabe en el norte fue mínimo o, en definitiva nulo, en el sur se mantuvo por varios siglos, con lo que su influencia cultural quedó firmemente arraigada en todos los actos de la vida de los lusitanos.

El reino de Portugal nació varios siglos después, ya que su territorio no se diferenciaba del que sería su vecina, España, toda vez que formaba parte del reino astur-leonés. En el siglo XII el rey Alfonso VI de León y Castilla, con motivo del matrimonio de su hija Teresa con Enrique de Borgoña, le cede a ésta el condado de Portucale. El hijo de Teresa y Enrique, Alfonso Henríquez, derrota a los musulmanes en 1139, con lo que logra controlar la mayoría del territorio, y siendo que era plenamente independiente del reino de León y Castilla toma para sí el título de rey de Portugal.

De enorme importancia es el papel que juegan los consejos, o sea, las organizaciones de las nacientes ciudades, que en varios momentos decisivos apoyaron con armas y tropas a la monarquía en sus enfrentamientos contra la nobleza. Este apoyo fue decisivo para que Portugal llegara a ser por completo independiente, como lo muestra el hecho de que durante la guerra civil que se inició en 1245, entre los grupos de nobles que sostenían al rey Sancho II, y su hermano Alfonso que contaba con los consejos. Al triunfar este último se hace llamar Alfonso III, reúne las cortes en Leiria en 1254, somete a los restantes musulmanes que ocupaban su territorio, y logra que su reino se encuentre en posibilidad de expandirse aprovechando su privilegiada localización a la entrada del mar Mediterráneo y de cara al océano Atlántico.

En la siguiente centuria, los descendientes de Alfonso aún conservan el poder, aunque ya no será por mucho tiempo. En 1383 muere el rey Fernando I, y la nobleza portuguesa intenta imponer a la hija de éste, quien estaba casada con el rey Juan I de Castilla, a lo que se oponen terminantemente los campesinos y los ciudadanos que se colocan al lado del medio hermano de Fernando, Juan de Avís, que derrota a los castellanos en la famosa batalla de Aljubarrota, en agosto de 1385, con lo que Juan de Avís puede coronarse con el nombre de Juan I de Portugal.

La victoria de Juan I representa la derrota, no solamente militar, política y económica de la nobleza terrateniente, sino que coloca en su lugar a una clase dirigente mucho más activa y emprendedora que de inmediato va a requerir, para lograr sus objetivos, de personas bien preparadas que puedan encargarse, de manera eficaz, de generar conocimientos científicos y técnicos, además de todos los procesos administrativos, tanto civiles como eclesiásticos, a la vez que sean capaces de generar ideas que les permitan mantener y acrecentar su poder.

"Pero no conviene asombrarse de esta extraña peculiaridad: el surgimiento tardío y algo furtivo de una conciencia nacional en el nivel de la expresión escrita, en actas cuya función consistía en fijar la diferencia del nuevo reino con el tronco del que se desgajaba, el Reino de León, fue particularmente perturbador. Alteró en efecto, y de diversas maneras, la visión que los hombres de la Iglesia de la Península Ibérica tenían de la unidad española, una visión relanzada en la corte de Alfonso VII, el Emperador, en el preciso instante en que Alfonso Enríquez (hijo de Enrique de Borgoña) comenzó a declararse *rex portugalensium*. No fue, sin embargo, hasta finales del siglo XIII cuando surgió la necesidad de contar con un *studium generale*."[1]

Puerta de la universidad de Coimbra F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces Culturales del viejo mundo*, p. 107

Actividad marítima y mercantil en Lisboa. F. Cardini, *et.al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 109

Reflejo de esa situación de permanente lucha sin dejar tiempo a que la calma permita decidir el rumbo más adecuado, que se puedan hacer planes y ejecutarlos conforme son proyectados es el nacimiento de la única universidad que vio la luz en el reino de Portu-

1 Franco Cardini, *Op. Cit.*, p. 104

gal durante la Edad Media, la cual se asentó algunas veces en Lisboa y otras en Coimbra, hasta que, por fin, en el año de 1537 se fijó definitivamente en Coimbra.

El nacimiento de la universidad portuguesa se debe al interés y empuje de los grupos más avanzados en ese momento: los burgueses y los elementos de la monarquía, que se percataron con claridad que ya formaban una sociedad y una nación por completo diferenciada del resto de los países del continente europeo y, sobre todo, ya ajena a su tronco original, España, por lo que era indispensable y urgente fundar una escuela de altos estudios que sirviera, en el ámbito de la cultura y las ciencias, como agente que consolidara, aglutinara y promoviera los valores nacionales.

Así, un grupo conformado por elementos monárquicos y burgueses de Lisboa solicitó al rey Dias Dinis que fuera creada una universidad. El propio rey recibió la idea con agrado y dio instrucciones para que, con celeridad se hicieran los trámites que fueran requeridos además de aportar las rentas necesarias para el sostenimiento de la futura casa de estudios. Al contar con los fondos, se creó un real patronato para administrar esos recursos, asegurando de esa manera el sostén económico del estudio general, además de proporcionar el sueldo correspondiente a los profesores. Inicialmente la fundación universitaria tuvo como sede, aunque no definitiva, la ciudad de Lisboa.

Las gestiones del rey para lograr la fundación de un estudio general en su reino no se detuvieron al realizar esta obra solamente bajo la protección de su real persona, sino que se dirigió a un grupo de sus allegados a fin de que, como tal, enviaran una súplica ante el Papa Nicolás IV* para pedirle refrendara dicha fundación. Su petición la basaron en la conveniencia de que el reino de Portugal se viera honrado, a la vez que con los hechos de armas, también con las leyes; además de que el cultivo de la ciencia es un poderoso auxiliar de la Iglesia por cuanto es una guía segura de las mejores virtudes; y, por último, argumentando las bondades derivadas del hecho de que los reinos todos contaran con la totalidad de las facultades que componían un estudio general.

En respuesta a esa petición, el Papa expide una bula fechada el 9 de agosto de 1290 en la que acepta la propuesta del *studium*, aunque antepone dos condiciones para hacer efectivo tal reconocimiento: primero, que el rey de Portugal intervenga ante los burgueses de Lisboa, a fin de que los alquileres de viviendas a los estudiantes fueran supervisados y tasados por una comisión especialmente constituida para esa actividad y, segunda, que las autoridades civiles empeñaran su firme promesa de defender y respetar la inmunidad del estudio y de sus miembros. En su bula el Papa Nicolás IV autorizaba a que se abriera el *studium generale*, ya fuera en la ciudad de Lisboa o en cualquier otra que contara con los elementos necesarios para realizar dicha fundación y que garantizara su desarrollo, con lo que quedaron sentadas las base para que la naciente institución pudiera trasladarse de un lugar a otro, sin que fuera necesario solicitar alguna otra autorización papal.

Mas los buenos propósitos de su intervención en favor de la fundación universitaria, de las altas autoridades eclesiásticas y civiles, no tuvieron todo el éxito esperado, toda vez que para el año de 1307, el *studium generale* que abriera sus puertas en Lisboa debió trasladarse a la ciudad de Coimbra ante

Ciudad de Coimbra. Universidad de Coimbra. Portada.

las permanentes reyertas suscitadas entre los ciudadanos, los burgueses, y los miembros de la universidad. Ante tan crítica situación, el propio rey vuelve a dirigirse al Papa para solicitarle la confirmación del traslado y la ratificación de los derechos que él le había otorgado en su calidad de Papa a la universidad, por cuanto ya era insostenible la situación de conflicto entre ésta y la población de Lisboa.

El Papa Clemente V dio en Poitiers, el 25 de febrero de 1308, una bula en la que confirma su autorización del traslado del *studium generale* de Lisboa a Coimbra, aunque instruye que se forme una comisión presidida por el arzobispo de Braga y el obispo de Coimbra, con objeto de que le proporcionen los informes pertinentes para juzgar la viabilidad del proyecto del rey Dinis.

Por su lado, el rey se dirige de nueva cuenta a la Santa Sede para que se anexionaran, en favor del *studium generale*, las rentas de seis iglesias pertenecientes al real patronato con objeto de contar con los recursos económicos para poder pagar a maestros provenientes de otros lugares, pues la ciudad de Coimbra no contaba con los docentes que le eran necesarios para operar por lo menos con decoro. La respuesta del Papa fue en el sentido de que, una vez nombrados los miembros de la comisión para atender todo lo relativo a la institución lusitana, el rey Dinis debía entenderse con ellos, y que él, el Papa, por su parte aceptaría cuanto resolvieran en común acuerdo.

Como era de costumbre, en todas las naciones europeas en que se fundaba un *studium generale* o universidad, el rey o el papado, o ambos, procuraban otorgar a la naciente institución la mayor cantidad de privilegios que les era posible, en su afán de protegerla al máximo y cuidar su desarrollo, por lo que el rey Dinis, el 15 de febrero de 1309,

otorga, de manera similar a los que Alfonso X, llamado el *Sabio*, diera a la universidad de Salamanca una extensa carta de privilegios en favor de la universidad del reino de Portugal, que por decisión real tendría como residencia a la ciudad de Coimbra.

La fundación universitaria de Coimbra se puso bajo el patrocinio de la Santísima Trinidad, de Santa María y del mártir Vicente. La carta del rey Dinis, que recuerda en todo momento aquella en favor de la salmantina, indica que el *studium* se funda en provecho de la Iglesia y del reino. En la enumeración que hace de las disciplinas y profesores que debía tener esta universidad, señala que la enseñanza de la teología estaría a cargo de los religiosos dominicos y franciscanos; que contaría con un profesor para decretos y otro para decretales con objeto de preparar mejor a los clérigos portugueses y así obtener un mejor gobierno eclesiástico. Asimismo, un profesor se ocuparía de la cátedra de leyes, a fin de procurar un mejor gobierno de la administración pública, y otro profesor de medicina, para el bien de los súbditos. Al respecto de las cátedras de dialéctica y gramática, pertenecientes a la Facultad de Artes, también se les asignaba un profesor a cada una de ellas, con el deseo de fundamentar sólidamente los estudios ulteriores, ya que el título o los estudios realizados en Artes se consideraban como propedéuticos para aspirar a ingresar en alguna otra facultad.

Siguiendo a Salamanca, el modelo de la máxima creación universitaria de la península ibérica –donde se debe incluir a Portugal– el rey con liberalidad concede a la de Coimbra importantes privilegios, como el de otorgarles a los miembros de la universidad, sin excepción, plena libertad de tránsito por todo el reino, incluyendo al personal de servicio y sus pertenencias; este derecho no era meramente una fórmula hueca pues estaba garantizada por la protección regia, es decir, en el caso de que fuera desobedecida esta disposición, el poder real podía imponer severas penas al infractor; otro privilegio de verdadera importancia fue la exención de impuestos en la jurisdicción de la ciudad de Coimbra. Desde siempre en el ámbito universitario, la capacidad de la institución para regirse por sí misma, representa uno de los más altos beneficios que pudo haber tenido, y el caso de la universidad de Coimbra el rey cuidó de que quedara bajo la jurisdicción del obispo y del *maestrescuela* para asuntos judiciales. Los rectores y consejeros elegirían bedel y oficiales universitarios.

Sede de la universidad de Coimbra. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 105

Otro aspecto de relevancia y que el rey Dinis no dejó pasar por alto, se refiere a los emolumentos con los que iban a contar tanto los maestros como todo el personal. Para atender tal asunto el rey extiende un documento el 18 de enero de 1323, donde disponía el sueldo de los profesores: 600 libras para el profesor de derecho civil, 500 para el de decreto; 200 para los profesores de medicina y gramática; 100 para el de lógica; 75 para el de música y 40 para los conservadores.

La cátedra de teología fue prohibida por Clemente V. Poco después el 25 de agosto de 1325, Alfonso IV de Portugal consiguió del Papa Juan XXII para los profesores la dispensa de residencia durante un quinquenio, con percepción de beneficios.

A pesar de la buena voluntad mostrada en todo momento por el monarca portugués, la verdad era que su deseo y voluntad no bastaban para sostener su fundación universitaria. Ésta siempre dependió de las fluctuaciones de la riqueza de la ciudad que la acogía y, por lo que toca a los alumnos, no siempre contaron con la aceptación de los burgueses. En tal sentido la universidad portuguesa vivió permanentemente amenazada por la inestabilidad.

En un ambiente en extremo sensible ante la actividad de los universitarios, sobre todo de los estudiantes que planteaban varias dificultades al requerir una serie de servicios a un precio muy bajo y su comportamiento no siempre ajustado a las normas de mesura y buenas costumbres, era normal entonces que la universidad debiera cambiar de lugar de residencia a causa de cualquier tumulto o agitación estudiantil, por lo que hacia el año de 1338, ya bajo el reinado de Alfonso IV, el monarca trasladó de nueva cuenta el *studium* a Lisboa, bajo la consideración de que esa ciudad era la sede de la corte.

No cabe duda de que el proyecto de mantener un *studium generale* era ambicioso por todas las condiciones que debían llenarse para hacerlo realidad, ya fueran de orden social como la aceptación de éste por parte de la ciudadanía o los complejos –y siempre urgentes– aspectos económicos, siendo común que debido a la urgencia de cubrir necesidades imprevistas, las dotaciones asignadas a la universidad por el real patronato fueran muy escasas. Por lo que en 1344, el rey gestionó en Aviñón que se autorizara para su *studium generale* una renta de tres mil libras anuales para poder sufragar el pago de los maestros y demás gastos universitarios.

En respuesta, el Papa Clemente VI da una bula el 10 de enero de 1345 dirigida a los obispos de Lisboa y Évora, dándoles a conocer su anuencia para otorgar, en favor del *studium*, la renta solicitada pero, con la condición de que el culto y la liturgia fueran bien atendidos. Muy pocos días después, el mismo Papa de nueva cuenta, a petición del rey, concedía, con el plazo de un trienio, la dispensa de residencia a los maestros y escolares del *studium lixbonensis*, medida que logró obtener buenos resultados, pues consolidó un plantel de profesores de calidad y un grupo de alumnos cuyo aprovechamiento fue excelente. Debido a ello, este privilegio pontificio fue renovado el 13 de septiembre de 1350, ampliando su vigencia hasta un quinquenio, y éste llegó a convertirse en uno de los más vigorosos estímulos para el mantenimiento del *studium*.

Como las rentas que la Iglesia dispuso a favor de la universidad habían logrado mantenerla con un elevado índice de aprovechamiento, en 1367 el Papa Urbano V dispuso la renovación de la gracia de que cualquier persona pudiera percibir los beneficios eclesiásticos, aun sin ser residentes de la ciudad en la que se asentaba el *studio*, siempre que fuera por razón de estudios o docencia. Era, como vemos, determinante y necesario que tanto las rentas eclesiásticas como las de la corona mantuvieran a la universidad, por lo que había que ubicarla definitivamente cerca de la corte. De ahí que el 17 de junio de 1370, el Papa Clemente VII tuviera a bien confirmar

la restauración de la sede universitaria, lo que prácticamente equivalía a iniciar un nuevo período. Y para completar el cuadro, en Lisboa se renovaron privilegios, exenciones y bienes destinados a maestros y escolares. "Hacia 1381, en medio de grandes conflictos sociales en el reino, el *studium generale* renacía bajo una nueva forma y como una auténtica aspiración."[2]

Ante la enorme necesidad que tenía la sociedad lusitana de contar con una institución educativa de carácter universitario, se intentó fijar el *studium generale* en definitiva en una ciudad y crear un claustro permanente de profesores. Tal deseo fue aprovechado para conseguir de las personas con mayor capacidad económica de la ciudad de Lisboa la dotación de catorce cátedras: tres de derecho civil, tres de canónico, cuatro de gramática, dos de lógica, una de medicina y una de teología. A pesar de la difícil relación que se había dado entre la universidad y los habitantes, el apoyo que éstos le proporcionaron fue de la máxima importancia al grado que tan importante dotación debió ser ratificada poco después en las *Cortes* de Viseo de 1392.

Como no era fácil en ningún momento conseguir profesores de prestigio que cubrieran todas las expectativas de quienes aportaban el apoyo económico a la universidad, se debió esperar algún tiempo para poder ocupar todas las cátedras; la universidad no contó con un profesor de teología sino hasta 1411, pero con ello se fincaban las bases para el futuro esplendor de la universidad portuguesa.

El trato preferencial que en todo momento tuvo la universidad se vio acrecenta-

Juan I de Portugal. Miniatura del siglo XVI. F. Cardini., *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 104

do de diversas formas, incluso el propio rey, a fin de obtener subsidios para su manutención por parte de los sectores de mayor riqueza, no dudó en esgrimir el argumento de la reivindicación o prestigio nacionales, que fue una nota característica del siglo XV frecuentemente utilizada por los reyes. Lo que nos habla del proceso de diferenciación y consolidación de las naciones europeas, y deja ver, además, el porqué de la necesidad de contar con una universidad *nacional*.

Así, con objeto de evitar la salida de sus súbditos para realizar sus estudios en alguna institución extranjera, el rey Alfonso V concedió, mediante una real cédula firmada el 31 de octubre de 1443, una serie de privilegios de derecho común y de franquicias. Instruía a los profesores haciéndolos responsables del orden de la universidad al tiempo que ordenaba a todas las autoridades de la ciudad

2 *Ibid.*, p. 106

Biblioteca Joanina. *Universidad de Coimbra*, p.1

que honraran y trataran de manera benigna a todos los universitarios. El regente del *studium generale*, a quien se atribuye la autoría del documento convalidado por el rey, realizó una enorme e inteligente labor para dotar a la universidad de gran cantidad de bienes, incluyendo entre éstos una buena cantidad de tierras, para que con los productos económicos de su explotación se pudieran cubrir gastos y sueldos de lectores y oficiales.

El regente universitario no se detuvo allí y consiguió del cabildo de la catedral, con el mismo objetivo, que el 24 de mayo de 1446, se firmara la escritura de donación de las rentas de San Pedro de Almedina con dos condiciones: que siempre quedara algo para el vicario y que si el *studium* no llegaba a completarse con los cursos de Artes y Ciencias como los demás estudios generales, o bien cesaba o se trasladaba a otra ciudad, se le retiraría dicho beneficio; ese mismo día de mayo el obispo aprobó la firma de la escritura.

La organización de la universidad portuguesa era un punto prioritario para la Corona, de ahí que en todo momento –aunque no era el único, pues ese interés era compartido por la Iglesia y, a pesar de sus frecuentes pugnas, también por la ciudadanía de los burgos– el rey estuviera atento al buen desempeño de la institución. Una de las maneras de elevar y mantener el nivel de la universidad era que todos sus miembros conocieran y obedecieran una misma guía que normara su desempeño como universitarios.

De ahí que el rey Alfonso V dispusiera, mediante un documento fechado el 12 de julio de 1471 en Lisboa, que se trasladara el libro de estatutos y privilegios para que se leyera, sin excepción, a todos los miembros del *studio* al inicio de cursos, además, que los alumnos de cada facultad, contando previamente con el juramento respectivo ante un rector y el bedel, eligieran a dos escolares para el cargo de consejeros; que las materias que explicarían los maestros serían escogidas de común acuerdo con estos consejeros; asimismo, que el tiempo de duración de cada clase se establecería mediante reloj, el cual sería comprado por el bedel con fondos universitarios, éste debería cuidarlo y conservarlo, ya que si en dado caso, por un descuido de su parte el reloj se perdiera o sufriera algún desperfecto, debería adquirir otro por su cuenta; con relación a los profesores de derecho, el rey disponía que deberían dar dos repeticiones al año, ya que si no lo hacían, serían multados, por cada una, con la cantidad de cien reales descontados del salario; que la misa en la capilla universitaria debería comenzar con la salida del sol; y, que las multas a los profesores estarían destinadas a corregir las *escollas*.

Cada rey, cada papa, dentro de la esfera de su poder y responsabilidad –y a veces más allá– cuidan de que las universidades en

Europa, como será posteriormente en todo el orbe, tengan el mejor desarrollo. Esperan de ellas que se conviertan en el mejor medio para elevar el desempeño científico y la calidad moral de sus miembros; porque esta institución no es solamente un aparato generador de ciencia y –sobre todo actualmente– de desarrollo tecnológico, sino, y esto equivale a reconocer su más elevada finalidad y destino, es un ámbito comunitario donde, a sí mismo, el hombre se construye como ser humano.

Así, en 1494, siendo el rey portugués Juan II, mediante real orden indica a la universidad que no debe permitir ni consentir, dentro del recinto escolar, el ingreso o permanencia de ningún malhechor o fugitivo de la justicia ordinaria, ya que de lo contrario los culpables se harían acreedores de graves penas. Aunque, por otro lado, el mismo rey, conocedor cercano de la situación económica de la institución, y con el deseo de que los maestros contaran con buenos sueldos y la necesidad de que en todas las diócesis hubiera buenos maestros de gramática y lógica, envió una petición a Roma para gestionar ante el Papa el que cada diócesis portuguesa contribuyera con una renta equivalente a la de un canonicato. El Papa Sixto IV, quien se encuentra al tanto de la situación de la universidad lusitana, accede a la real petición y expide la bula correspondiente el día 20 de diciembre de 1474.

Durante muchos años la universidad portuguesa mantiene su sede en Lisboa, sobre todo a causa del crecimiento económico, aunque no son ajenas las ambiciones políticas de la dinastía reinante. A partir de este momento, fines del siglo XV, los profesores verán incrementados sensiblemente sus percepciones, pues además de su salario proce-

dente de las rentas asignadas a la universidad, tasado de acuerdo con un escalafón, pueden seguir cobrando las cuotas de sus alumnos, si bien diferentes para ricos y pobres.

Para estimular que la universidad fuera completando cada una de sus facultades, sin que importara tanto la amplitud de su funcionamiento, el príncipe heredero le dona edificios completos a fin de albergar a todas las clases, con lo que será posible prohibir toda la enseñanza fuera del recinto universitario una vez que hubiera pasado la primera mitad del curso. Los beneficios y dádivas a su favor se acrecientan y se ven reforzadas las cátedras de Teología y Derecho Canónico. Un ejemplo de la importancia que, con todo el apoyo que recibe la institución, va a adquirir en los años por venir, lo da el hecho de que contó con la figura del sabio jesuita granadino Francisco Suárez quien dictó clases, durante los últimos veinte años de su vida, en la cátedra de Prima de Teología.

De manera similar a como ocurre en otras partes del continente, se inaugura el pri-

Colegio de San Pedro. *Universidad de Coimbra*, p. 5

mer colegio, destinado a estudiantes de escasos recursos. La universidad promulga sus propios estatutos, mediante los cuales se regula toda su actividad, sus cursos y grados y se reconocen, además, los títulos obtenidos en otras instituciones del mismo tipo fuera del reino de Portugal. Por último, el Papa acepta que el convento de franciscanos se anexe a la universidad. Aunque, por otro lado, el tradicional fuero académico se ve restringido en beneficio del derecho común.

El sostenido y fuerte apoyo que recibe la universidad portuguesa por parte de todos los sectores interesados en su engrandecimiento, también produce efectos contrarios. En la medida en que el *studium* crece y se va fortaleciendo, también van creciendo sus requerimientos de recursos y escaseando las fuentes de donde obtenerlos; pero igualmente va entrando en conflicto con el medio que la rodea: cada vez son mayores sus necesidades y sus exigencias, requiere múltiples servicios no siempre posible de proporcionar en las condiciones que intenta imponer la institución, y sus miembros, a pesar de que les había sido limitado su fuero, aún conservan gran parte de él, por lo que en muchas ocasiones se ven envueltos en problemas con el consecuente rechazo de la población. Éstas fueron las principales causas por las que la universidad debe ser trasladada de nueva cuenta –y definitiva– a Coimbra en el año de 1527, con lo que también adopta el nombre con el que será conocida por todos nosotros.

Ese momento coincide con el de la extraordinaria expansión cultural portuguesa ya que, paralelamente, nos encontramos en la época de los grandes descubrimientos y Portugal, a pesar de no contar con la mayoría de las posesiones americanas controlaba la, hasta ese entonces, más importante ruta comercial de Europa con Asia a través de África y no era ajeno a otros giros económicos como el remunerativo tráfico de esclavos. Este extraordinario momento histórico que vivió Portugal –y el mundo– fue acompañado a cada paso por su universidad de Coimbra que, como hemos visto, jugó un importante papel en la creación y afirmación de la conciencia nacional portuguesa.

Cracovia

Es una idea común decir que la Edad Media fue una época de intensa obscuridad, que en ella, las luces de la cultura se encontraban apagadas y que la humanidad –por ello– decayó en una profunda barbarie. Sin aceptar este punto de vista, se puede decir que si bien es cierto que durante la Edad Media la cultura europea occidental sufrió un declive pronunciado y prolongado por varios siglos, también es cierto que las artes y que las ciencias no tuvieron uno de sus desarrollos más intensos como en otras épocas de la historia de la humanidad, además de que los pueblos vieron con horror la muerte de miles y miles de personas a causa del hambre, la enfermedad y las guerras.

Sin embargo, no se debe olvidar que la Edad Media así aparece a los ojos del hombre, desde el Renacimiento hasta llegar al siglo XX, por cuanto de manera inmediata ese hombre hace una comparación entre las diferentes épocas en que se encuentra el Medioevo, aunque con varios siglos de diferencia. El hombre –si es dable emplear el vocablo– postmedieval tiene la referencia de la Antigüedad Clásica e, incluso, la mejor parte del Imperio Romano y obviamente, a ese hombre se le presenta también ante sí el portento, el milagro del Renacimiento, época que adop-

Cracovia

ta ese nombre precisamente por representar el rompimiento y el fin de la barbarie y el obscurantismo. Es decir, entre dos referencias cuyas luces brillan intensamente, las de la Edad Media aparecen apenas discretas si es que no disminuidas o por completo ausentes.

Pero la Edad Media es un gran perol histórico. La Europa medieval con sus constantes reacomodos político-geográficos, con sus pugnas entre los soberanos y los grandes señores feudales que dieron nacimiento y muerte a multitud de reinos y países, al igual que a grupos sociales y de trabajadores, fueron preparando multitud de hechos, de procesos que al madurar dieron por fruto grandes logros del intelecto y habilidad humanas.

El medioevo europeo fue una época de larvación, de preparación en todos los sentidos del quehacer humano; las bases creadas en ese momento para el posterior desarrollo de la historia mundial desmienten, o por lo menos matizan la aseveración inicial del oscurantismo característico de esa época.

Si la Edad Media fue una época en que, comparativamente con otros momentos de la civilización europea, no se dio un desarrollo científico y cultural tan amplio o espectacular, no se debe olvidar que a lo largo de los mil años que abarca dicho periodo histórico se establecieron las bases sobre las que se cimentó la actividad intelectual más importante que haya vivido la cultura occidental a través de las universidades.

Con el nacimiento de los centros educativos, ya fuera dentro de los claustros de algunas órdenes religiosas, anexos a las sedes episcopales, a las catedrales, de ahí su nombre de escuelas catedralicias o al interior de las cortes de algunos soberanos, se abre una etapa que al madurar, da paso a la creación de multitud de universidades en todos los rincones de Europa, para solventar una situación de suyo urgente y difícil: preparar sus cuadros –eficientes y eficaces– con vistas a que se hicieran cargo de las complejas tareas administrativas de toda índole, no sólo al servicio de la Iglesia católica, sino también al de los señores feudales.

Tampoco se debe olvidar que la preparación que adquiría una persona en una escuela catedralicia también cumplía con el objetivo de que sirviera para propagar el cristianismo entre la población que aún no tenía conocimiento de la verdadera religión. En todo caso, las situaciones de ignorancia, insalubridad, violencia, no son privativas de la Edad Media, ya que a pesar de los enormes avances que ha logrado la humanidad en múltiples aspectos, esas situaciones –con las variaciones y salvedades del caso– se encuentran vigentes en todas las sociedades del siglo XX.

Las universidades tuvieron como sede a ciudades que por su magnitud, podían absorber una población foránea, ajena a ella, mantener una infraestructura capaz de proporcionarle servicios de toda especie, a la vez que contar con la anuencia y el apoyo de las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas para poder funcionar, para poder impartir enseñanza y otorgar los grados académicos correspondientes como París, Bolonia, Salamanca, Cambridge, etc.

Ya en el último tramo de la Edad Media, con la enorme y fecunda experiencia del desarrollo de las universidades de distintas ciudades de Europa occidental, su propagación se hace urgente en la medida en que muchas de las necesidades tanto de la vida cotidiana, como de las altas decisiones de gobierno, eclesiástico y civil, y de política, no podían llevarse a cabo si no se contaba con personas cuya preparación académica fuera garantía de éxito de las tareas emprendidas.

Mientras nacían y desaparecían reinos y señoríos, enormes riquezas e imperios, mientras eran invadidos, conquistados y de nueva cuenta recuperados vastos territorios en toda Europa, lentamente, a veces con avances mínimos –pero siempre firmes– la enorme obra de los humanistas se va abriendo paso en un ambiente inhóspito y siempre incierto; mas, por ello mismo, se constata la imperiosa necesidad de construir instituciones sólidas, perdurables, que permitan alcanzar estadios más humanos de convivencia, de mutua tolerancia y de generación de conocimientos al servicio de todos, sin excepción alguna.

Así, en el año de 1364 se funda la Universidad de Cracovia* en territorio polaco,

Cracovia, capital de Polonia hasta 1595. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 448

apenas segunda universidad creada en la Europa Central. La primera universidad en esa zona fue la de Praga, cuyo inicio se remonta al año de 1348. Entre otras razones para crear la Universidad de Cracovia, se encuentra la necesidad de contar con una punta de lanza hacia los territorios de la península escandinava y del norte europeo para realizar su catequización.

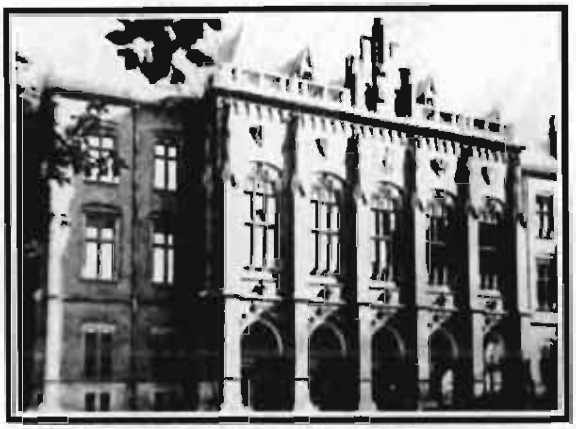
Ya desde el siglo XII funcionaba en la ciudad de Cracovia una escuela catedralicia, cuya biblioteca, aunque muy pequeña, incluía autores conocidos e importantes como Isidoro de Sevilla con su gran enciclopedia, libros litúrgicos, de gramática y dialéctica. Para la siguiente centuria las órdenes mendicantes de los dominicos y franciscanos se asentaron en la ciudad y con ellos se logró revitalizar la escuela e incrementar la calidad de su enseñanza; sin embargo, la escuela catedralicia no pasó de ser un ámbito restringido cuyo fin primordial era el de preparar clérigos para desempeñarse lo mejor que les fuera posible en sus tareas cotidianas al frente de su feligresía.

De esos modestos orígenes surgió la universidad de Cracovia gracias al empuje del monarca polaco Casimiro*, llamado *el Grande*. El camino que debió recorrer Casimiro para hacer realidad su proyecto estuvo empedrado por multitud de obstáculos: la rivalidad entre varios soberanos –él incluido– que pretendían colocar a sus respectivos reinos, tanto política, económica como culturalmente a la cabeza de todos ellos, sin descontar la participación de la máxima autoridad religiosa, el propio Papa Urbano VI* que, debido a que no guardaba una buena relación con el soberano, impuso en las negociaciones para la fundación de la universidad varios puntos cuyo cumplimiento no siempre fue en beneficio de la naciente institución.

Casimiro el Grande. Escultura en madera, 1380. J. Podlecke, *Uniwersytet Jagiellónsky. The Jagellonian University*, p. 17

El acta que creaba la universidad, según los modelos de las universidades de Bolonia y Padua, fechada el 12 de mayo de 1364, asentaba que el monarca se comprometía, entre otros puntos, a remunerar a tres profesores de Derecho Canónico y cinco de Derecho Civil, a dos doctores en Medicina y a un maestro en Artes Liberales (Filosofía), así como al rector de la universidad. La remuneración de los restantes profesores, como era costumbre en tales casos, la garantizaba el Papa a través de beneficios eclesiásticos.

El hecho de que la fundación de la universidad de Cracovia se diera en medio de agudas pugnas políticas entre Casimiro con varios soberanos y con el mismo Papa, influyó negativamente en el desarrollo de la institución. El Papa se opuso a que la naciente universidad contara con la indispensable facultad de Teología, ya que como sabemos, el



La universidad de Cracovia. *Homenaje a la universidad de Cracovia en su sexto centenario*, s.p.

Papado en todo momento intentó privilegiar a la universidad de París a efecto de darle cierto monopolio sobre la enseñanza de esta disciplina, y la autorización de otra facultad, con la que se completarían cuatro, iba en detrimento de los propósitos iniciales de la Iglesia Romana, además de que el importante cargo de Canciller quedó en manos del obispo de la diócesis local, contrario en muchos aspectos a la política del soberano.

En adición, Cracovia no era un centro cultural de primer orden, como otras capitales europeas, de ahí que no pudo contar desde sus inicios con personal del más elevado nivel académico: no contaba el reino con ningún doctor en Derecho Civil ni en Teología, por ejemplo; las bibliotecas eran escasas y no bien dotadas, y como en las historias de desastres, la universidad muy pronto deploró, en 1370, la repentina pérdida de su fundador.

A pesar de todas las dificultades por las que atraviesa la universidad, en su creación se cuida de dotarla de los privilegios indispensables y de costumbre que una fundación de tal importancia exigía. Para todos los pertenecientes a la universidad, fueran estudiantes, profesores o autoridades de la misma, se hizo extensiva la liberación del pago de cualquier tipo de impuesto, la garantía de libre tránsito dentro de las fronteras del reino, de la seguridad personal y de sus pertenencias –bajo severos castigos a quien desobedeciera–, también la exención del servicio militar, y hasta el pago de multas a quienes, siendo universitarios infringieran una norma, ya que ésta la pagarían las arcas de la propia institución. Es bien conocido que, dentro de los

Sellos de la universidad de Cracovia. *Homenaje a la universidad de Cracovia*, s.p.

privilegios de todas las universidades se encontraba el derecho a formar sus propios juzgados, para conocer y aplicar la sanción correspondiente, en caso de alguna falta de cualquier tipo en la que se encontrara involucrado un universitario.

El sucesor de Casimiro *el Grande*, el rey Ludvico de Hungría, no se ocupó de la universidad de Cracovia –como tampoco lo hizo con la de Pécs, su personal fundación universitaria– y la cracoviana vivió largo años de gris existencia; a pesar de esta situación tan adversa, la universidad continuó impartiendo regularmente cursos de Filosofía.

Escudo de armas del Colegio Mayor. J. Podlecke, *Uniwersytet Jagiellónsky. The Jagellonian University*, p. 30

Con el fin del siglo vino también el fin de tales condiciones. Edwige, reina de Polonia, contrae matrimonio con el gran duque de Lituania, Ladislao Jagellone* en 1386. La universidad de Cracovia entonces pasa a cobrar una importancia política estratégica por cuanto se abre la perspectiva real de cristianizar el país del desposado. Por orden del rey y la puesta en marcha del proyecto por parte del obispo local y su grupo, se inició una etapa de fuerte reactivación de las actividades de la universidad.

Otro fallecimiento, ahora el de la joven Edwige en 1399, si se puede decir, afortunado para la causa de la universidad de Cracovia (el primero y desafortunado fue el de su fundador el rey Casimiro), hace de ella una institución dotada de amplios recursos económicos con los que se posibilita la compra de edificios que albergarán nuevos colegios, además del pago salarial a un número creciente de profesores de Derecho Canónico.

El propio Papa Bonifacio IX*, ante tal perspectiva, crea en la universidad de Cracovia la Facultad de Teología (con los mismos privilegios que la de París), pues la catequización de Lituania y Rusia exigía, evidentemente, la generación de un buen número de sacerdotes que contaran con una amplia y sólida preparación. El documento que da fe de la reactivación de la universidad, suscrito por el rey Jagellone, data del 16 de julio de 1400. En esta nueva etapa pronto la universidad alcanzó un relevante prestigio en toda el área del norte europeo.

Los beneficios recibidos por la universidad de Cracovia no se restringieron a los derivados de la fortuna personal de la difunta reina. Los salarios del *Collegium Maius*, que se constituyó en el centro neurálgico de la universidad, se pagaban con parte de los derechos aduaneros de la ciudad de Cracovia; otros con los que se dotaba de paga a buen número de profesores tenían muy diversa procedencia como donaciones de burgueses, nobles y hasta miembros de la familia real. Se puede decir que la universidad de Cracovia nace fundamentalmente como una institución

estatal, estrechamente ligada al desarrollo histórico de su cuna, Polonia.

El nuevo aire de esplendor que ahora tiene la universidad de Cracovia contrasta con su nacimiento. Abandona el modelo italiano y se orienta hacia los de Praga, donde la mayoría de sus profesores habian realizado sus estudios, y de París, con lo que sus líneas académicas adquieren un viraje y se hacen más acordes con la nueva situación y perspectiva política que se le asigna.

En sus primeros años de reactivación el Papa nombra como su supervisor y Canciller al Obispo de Cracovia, con la consigna de cuidar en extremo todas las actividades de la institución. En el mismo año de 1400 se crean sus primeros estatutos y ésta adopta, paralelamente al de universidad de Cracovia, la denominación de universidad Jagelloniana

Fachada del Colegio Mayor. J. Podlecke, *Uniwersytet Jagiellónsky. The Jagellonian University*, p. 25

en honor de su magnánimo benefactor, conjuntamente con la apertura del primer año académico de su reestructuración, llevada a cabo precisamente en el edificio donado por el rey, al que se le dio el nombre de Colegio del Rey o Colegio Jagelloniano, mismo que para mediados del siglo XV, cambia su nombre al de Colegio Mayor o *Collegium Maius*.

Las facultades con que inició sus actividades la nueva universidad de Cracovia fueron la de Teología, de cuya enorme importancia da cuenta el hecho de que se le asignaran once profesores, seguida jerárquicamente por la de Leyes, que contó con ocho profesores de Derecho Canónico y, por último, la de Filosofía o como se denominaba entonces, Facultad de Artes Liberales, que en realidad servía como un colegio de preparación previa, propedéutica.

No fue sino hasta 1505 que se abrió en la universidad de Cracovia la Facultad de Medicina, que en ese momento tuvo apenas un profesor. Sin embargo, es importante hacer notar que dentro de su cuerpo de profesores se encontraban Jan Vidung de Hassfurt, que también fuera profesor de Heilderberg; Johan Vollmar, profesor de Wittenberg, además de Konrad Celtis, Erasmus Horitz y Stefan Roslein, de la escuela de astrología de Viena, con lo que Cracovia, conjuntamente con Sevilla y Toledo, llegó a estar incluida dentro de los centros líderes en el estudio de la alquimia, disciplina introducida a Cracovia principalmente por los profesores de medicina.

La estructura de los cursos en la universidad de Cracovia era similar a las de todas las universidades europeas de la época. Cada clase se iniciaba con las oraciones cotidianas seguidas y, ya dentro de lo estrictamente académico, con la lectura de la obra del autor

que el maestro del curso había escogido para el año lectivo y los comentarios a la lectura del día. Vale decir que las facultades y dentro de ellas los cursos, seguían a una autoridad reconocida en la materia; por ejemplo, para la Facultad de Artes durante mucho tiempo se leyeron y comentaron las obras de Juan Buridano*, que después fueron sustituidas por Alberto Magno y él, a su vez, por Juan Duns Escoto. Una autoridad cuya obra fue estudiada, sin discusión alguna, fue Aristóteles, como lo puede constatar el hecho de que únicamente se sorteaba qué libro iba a ser leído en cada curso.

En la universidad de Cracovia se crearon como algo novedoso dentro del sistema de enseñanza, cátedras de fundación privada, es decir, cursos cuyo salario solventaba algún particular, y por ende no era obligado que se sometieran a concurso, por lo que se asignaban directamente a un profesor determinado. Dentro de esta categoría cabe incluir las cátedras de matemáticas y astronomía, ésta última ocupada, sucesivamente por Lorenzo de Raciborz, Martín Crol y varios más que dieron a la astronomía de Cracovia enorme fama, orientada fundamentalmente hacia la matemática, el cálculo de las tablas astronómicas y la utilización de instrumentos para observar los fenómenos celestes, lo que convierte a la jagelloniana en uno de los mejores centros de enseñanza de la geografía en esa época. La posición que durante mucho tiempo conservó la universidad de Caracovia también fue respaldada por el hecho de ser, ya en los inicios del siglo XVI, una de las primeras instituciones de este tipo –si no la primera– en abrir cursos dedicados a la enseñanza del griego y el hebreo.

Es precisamente Martin Crol, al frente de un selecto grupo de estudiosos de esas

Manuscrito de Nicolás Copérnico sobre las revoluciones de los cuerpos celestes. J. Podlecke, *Uniwersytet Jagiellónsky. The Jagellonian University*, p. 24

ciencias, astronomía y matemáticas, hasta llegar a Wojciech de Brudzew, el que a lo largo de cuatro décadas ocupó diversas cátedras, formó muchos discípulos que llevaron la fama de su universidad por toda Europa, en la propia universidad de Bolonia desde 1448 hasta 1480, siete polacos ocuparon sucesivamente la cátedra de matemáticas.

El justo prestigio de que gozó Cracovia dentro del ámbito de la astronomía se puede ejemplificar señalando que uno de sus estudiantes fue el reformador de los cielos, Mikolaj Kopernik, quien es más conocido a través de su nombre latinizado como Nicolaus Copernicus, quien fue alumno de la Facultad de Filosofía, en la que tuvo acceso a una atmósfera intelectual de primer orden y fue ahí donde comenzó a tomar forma su crítica a los

dos sistemas astronómicos oficiales, el de Aristóteles y el de Ptolomeo. En la universidad de Cracovia Copérnico dio sus primeros pasos en la construcción de su sistema heliocéntrico del universo, por lo que se le puede considerar como un dignísimo alumno que le dio brillo y reconocimiento a su *Alma Mater*.

El desarrollo de otras ciencias en los recintos de la jagelloniana muestra que su orientación poco a poco la fue apartando de los caminos que seguían normalmente el resto de la universidades en toda Europa. La gramática y la retórica fueron tomando una fisonomía propia, ya que con las reformas que se introdujeron en la universidad de Cracovia por 1449, se estableció que los textos que debían ser leídos y comentados eran el *De Institutione Oratoria* de Quintiliano, además de los tratados de retórica de Cicerón y los textos de Virgilio, Horacio, Ovidio, Terencio* y Estacio*. Durante esta misma época en la cátedra de gramática se comentaron las *Crónicas de Polonia* de Vicente Kadlubek, autor del siglo XII, de hecho se trata del primer curso de historia nacional.

El significado de este movimiento reformista de la universidad de Cracovia es el

***Álbum Stadiosorum*, con el nombre de Nicolás Copérnico. *Homenaje a la universidad de Cracovia en su sexto centenario*, s.p.**

de que ésta hizo de la enseñanza de la Gramática y de la Retórica una fuente de nacionalismo y que tales ciencias se habían adaptado mejor a ese ambiente que la Filosofía y la Teología, apartándose del modelo parisino –centrado en la Teología– para acercarse más al modelo italiano cuya influencia fue determinante para regresar a los autores latinos antiguos. Aunque ello es cierto, el desarrollo que Cracovia dio a ambas disciplinas estuvo lejos de ser meramente superficial.

En Filosofía las corrientes que más se cultivaron, ya que obviamente no las únicas, fueron las encabezadas por santo Tomás de Aquino y Juan Duns Escoto. El primero proponía que la única posibilidad de conocer al Creador, a Dios, era a través de sus criaturas; a su vez Escoto, aunque contrario en muchos aspectos al tomismo, mantiene la postura de que la realidad, la creación está compuesta por individuos. Así, las vertientes de ambas filosofías desembocarán necesariamente en el nominalismo, doctrina que niega la existencia real de los conceptos universales, ya que lo único existente son los nombres o, en todo caso, individuos únicos.

El resultado es un cambio radical en la orientación de la universidad de Cracovia, pues ésta se inclinará cada vez más por los desarrollos prácticos de las ciencias antes que por el pensamiento meramente teórico, contrario a lo distintivo de, prácticamente, todas las universidades europeas de influencia netamente parisina, lo que de alguna manera equivale a decir, para emplear términos vigentes en la actualidad, de influencia latina.

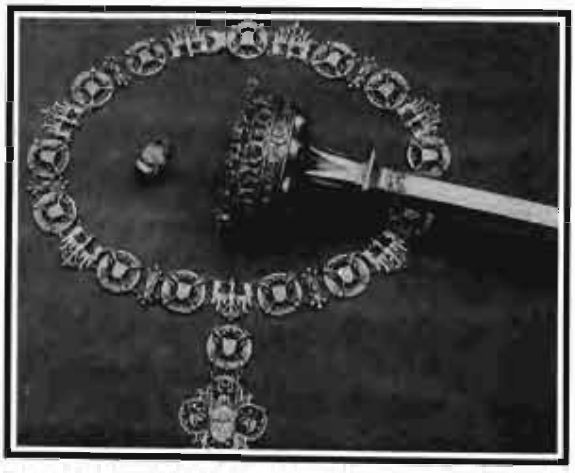
Este cambio en la orientación académica de la universidad de Cracovia es de la máxima importancia en la medida en que, al apartarse de los modelos meramente especu-

lativos, en los que los sabios y la sociedad entera solamente aprecian el *arte del bien decir* como una de sus más elevadas aspiraciones intelectuales, por el contrario la jagelloniana se va abriendo camino en una brecha que desembocará en una transformación mental que le permitirá aquilatar, el *arte del buen hacer*. En Cracovia el cultivo de las ciencias tenderá a encontrar las bondades de sus aplicaciones prácticas, como instrumento que ayudará a resolver muchos de los problemas planteados *hic et nunc*, aquí y ahora.

A partir de la Reforma de 1449 la universidad de Cracovia comenzó un camino ascendente que la llevó, desde 1487, a abrirse por completo para organizar cursos extraordinarios (por su excelencia y porque eran paralelos a los de los programas establecidos) en los que los profesores polacos pudieron medir sus fuerzas de tú a tú con doctos profesores provenientes de otras universidades europeas.

El acendrado nacionalismo que la de Cracovia celosamente promueve, la conducen a prestar constante atención al desarrollo de su idioma, a proteger y resguardar sus tradiciones, tanto como estudiar su historia patria. Como fruto de esos esfuerzos, el primer tratado de ortografía del idioma polaco surge de la pluma del rector Jakub Parkosz. Se escriben multitud de sermones, no en latín como ordenaba la tradición, sino en idioma polaco dirigidos a la gente del pueblo.

Cabe recordar que todo este gran florecimiento de la universidad de Cracovia no es un suceso aislado. La jagelloniana forma parte de un movimiento continental europeo en el que las ciencias, las artes y la técnica tienen un importante repunte, aunque los caminos de paso hacia el Oriente se encuentran



Insignia del rector de la universidad de Cracovia. J. Podlecke, *Uniwersytet Jagiellónsky. The Jagellonian University*, p. 34

cerrados por el poderío otomano y toda Europa se encuentra inmersa en la vorágine de los grandes descubrimientos. De hecho el fin de la Edad Media acaba de ocurrir; pero es evidente que estos acontecimientos sorprenden-

Biblioteca Jaguellona. Portada con arcada y el monumento de Nicolás Copérnico. *Homenaje a la universidad de Cracovia en su sexto centenario*. s.p.

tes no surgen por generación espontánea: tuvieron sus raíces –profundamente– en otros igualmente maravillosos que fueron abonando el terreno en el que la imagen del mundo tanto físico como mental, cultural, religioso, sufre enormes cambios y en el que la institución universitaria ha jugado un papel de primera línea. No es posible, por ejemplo, siquiera imaginar cómo hubiera sido el desarrollo de la navegación de altura en Europa sin las contribuciones a la astronomía realizadas por los sabios de esta universidad.

Si la universidad de Cracovia no es ajena al desarrollo de las ciencias en Europa, tampoco lo es –y no podría ser de otra manera– a los problemas de todo tipo que se viven en esos momentos. La jagelloniana toma partido contra el dominico alemán Johan Falkenberg, quien estaba a favor de la monarquía universal del Papa, para apoyar al canciller Pedro Wysz y al profesor Mateo de Cracovia –que enseñaba en la universidad de Heilderberg– en sus críticas contra el sistema fiscal de la curia romana y contra los papas simoniacos. Su participación en asuntos de política lleva a Cracovia a recorrer un largo camino en este sentido, pero lo hace en razón de cimentar diversos avances en la ciencia del Derecho, llegando a postular las ideas de separación entre la Iglesia y el Estado, además de que la primera debería estar subordinada al gobierno civil.

Asimismo dentro del estudio de las leyes, Estanislao de Scarbimierz escribe el sermón-tratado *De bellis iustis (Del derecho de guerra)*, que es un análisis de este derecho y de las condiciones en que una guerra puede ser justa entre cristianos y paganos; por su parte Pablo Vladimiri escribe varios tratados sobre derecho natural, del estado y su soberanía, del poder del Papa y del emperador. Estos autores son considerados predecesores de Francisco de Vitoria (el jurista que escribe sobre la legitimidad de la guerra llevada a cabo por los descubridores contra las gentes del Nuevo Continente) y de Hugo Grocio, además de ser los iniciadores de la escuela polaca de derecho internacional.

Cracovia es un enorme receptáculo en el que se dan cita personas de los más diversos orígenes, ya sea sociales o nacionales. Entre 1400 y 1500 pasaron por las aulas de la universidad de Cracovia más de dieciocho mil trescientos alumnos, entre los que se encontraban lo mismo miembros de la nobleza y magnates que numerosos estudiantes de origen plebeyo, e igualmente se podían encontrar alumnos provenientes de muy diversos lugares, aunque predominaban aquellos que llegaban de los países de Europa Central.

Sin embargo, el florecimiento y prestigio que logró alcanzar la universidad de Cracovia llega a su fin. La Reforma, el movimiento contra la Iglesia católica de Roma encabezada por hombres como Lutero y Calvino, introdujo una severa crisis en el modelo tradicional del *studium generale*. De hecho, las tesis reformistas cunden en Cracovia a través de la figura del profesor Jacobo de Ilza, así como la radicalización de las ideas humanistas mediante los grupos seguidores del pensamiento de Erasmo de Rotterdam.

La respuesta de las autoridades universitarias que defendían las ideas e intereses de la Iglesia romana se da en el sentido de realizar severas represiones contra los que no exponían debidamente la doctrina aristotélica dentro de la ortodoxia católica. Ello no hizo más que alentar a los opositores y se dio un singular enfrentamiento mediante el choque de ideas. Uno de aquellos que deseaban fue-

Lutero, Melanchton y Erasmo. ***Historia universal Planeta,*** **vol. 6, p. 417**

ra restaurada la universidad de acuerdo con los nuevos vientos políticos, Szymon Maryejusz, escribe su importante *De scholis seu academiis*, que es un importante alegato sobre lo que debe ser la política universitaria, que conjuntamente con la obra de A.F. Modrzewsky, *De republica enmendanda*, obra de corte pedagógico, exigen la aplicación de un programa de educación popular. El resultado definitivo es que la universidad de Cracovia pierde el monopolio que sobre la educación superior mantenía en Polonia, y es testigo del nacimiento de dos nuevas universidades: la de Vilmo en 1578 y la de Zamosc en 1594, además de varios colegios jesuitas.

Las disputas internas no hacen sino prolongar la caída de la universidad, a pesar de ello ésta pudo mantenerse a flote, con base en el prestigio de su alto nivel académico. Por lo que no obstante la difícil situación por la que Cracovia atraviesa durante los siglos XV y XVI, un grupo de entusiastas jóvenes logra mantener el duro trabajo con alta calidad; entre ellos destaca J. Janidlo con sus obras sobre las leyes y su relación con la república. En la facultad de Medicina se realizan trabajos sobre salud pública, enseñanza de la higiene y medidas preventivas contra las epidemias, así como una importante labor editorial que incluye manuales, instructivos contra plagas, además de compendios de higiene y herbolaria.

De valor incalculable para el desarrollo de la ciencia de la medicina en Cracovia, es la labor que realizaron durante la segunda mitad del siglo XVI, un grupo de científicos y médicos educados principalmente en Padua y Bolonia, de las que recogieron toda su práctica clínica y terapéutica, sin olvidar curas naturales y medicinas botánicas.

La universidad de Cracovia nunca abandonó su ideal nacionalista que la condujo a trazar una línea de política educativa que

Interior de la Biblioteca de la universidad de Cracovia. J. Podlecke, *Uniwersytet Jagiellónsky*, p. 32

llegó hasta el enfrentamiento, en ese terreno, contra la poderosa Compañía de Jesús, que desde su establecimiento en Polonia en 1564, propugnó por hacerse del control del sistema educativo nacional, lo que equivalía a imponer medidas de educación extranjeras a las tradiciones polacas. Esta confrontación fue prácticamente permanente y condujo a la sistemática oposición de la universidad al establecimiento de colegios jesuitas en Poznan y Lwów desde 1612 hasta 1758.

La jagelloniana estuvo al lado de su patria no sólo en los debates intelectuales o en el terreno de las ideas. Sus miembros participaron activamente en la defensa de las murallas de Cracovia durante la guerra contra los suecos en 1656. Derrotados, reunidos en asamblea decidieron disolverla y abandonar la ciudad. Sólo un pequeño grupo de profesores se harían cargo de resguardar sus edificios, mientras tanto, el resto de la comunidad universitaria mantuvo contacto con la oposición a los invasores hasta que fue liberada la plaza.

La guerra deterioró enormemente la economía del país y con ello la vida académica de la universidad; así, la crisis por la que atravesaba se prolongó durante muchos años. Más tarde, alrededor de 1750 en que se lleva a cabo una profunda reestructuración encabezada por A.S. Zaluski, se fundan cátedras de Derecho Natural, Derecho de las Naciones, Física Experimental y Matemáticas, además de los cursos que desde años atrás se venían dando de francés y alemán modernos. En los años que siguieron la reforma abarcó prácticamente toda la universidad hasta concluir en 1776.

Se puede decir que ese viento refrescante en la universidad de Cracovia hizo posible que se establecieran también un nuevo observatorio astronómico, un jardín botánico y una moderna escuela de medicina y que, en ese ambiente de renovación, la jagelloniana fue testigo del declive de su enemiga en el ámbito educativo: la Compañía de Jesús y de la creación –de la máxima importancia por lo que representa para los sistemas educativos del mundo– del primer Ministerio de Educación en Europa.

En 1780 la universidad tiene otra reforma, esta vez a manos de Hugo Kollataj, eminente activista político, escritor, pedagogo, quien conserva ciertos elementos de la tradicional organización universitaria, como el autogobierno y la libertad de cátedra; pero introduce cambios que alteran radicalmente la estructura medieval de la universidad. En lugar de las antiguas cuatro facultades (Teología, Leyes, Artes y Medicina), Kollataj hace una

división de dos colegios: Moral, que incluye las escuelas de Literatura, Leyes y Teología, y Física, Matemáticas y Medicina. Con tales mudanzas la primacía de la Teología fue abolida en beneficio de una concepción un tanto más utilitaria de la educación universitaria.

También se abandonó el método dogmático y especulativo de la enseñanza, para remplazarlo por el método de análisis y razonamiento. Los cambios no se detuvieron y el uso del latín como idioma para la enseñanza fue sustituido por el uso del polaco como idioma oficial en la vida de la institución. El latín se mantuvo sólo para el estudio de la Teología. Las ciencias naturales y exactas a partir de ese momento ocuparon el primer lugar. De esta manera la universidad que nació en la Edad Media se fue transformando, de acuerdo con los exigentes cambios de los tiempos.

Como toda universidad, la de Cracovia es un ente vivo que acompaña a la sociedad en la que se encuentra inmersa en su devenir: Las guerras y los desmembramientos que sufre Polonia a lo largo de su historia son registrados en el propio cuerpo de la universidad y sufre, también ella, los momentos difíciles por los que pasa su país. Pero también es partícipe activa de los momentos en que Polonia vuelve a surgir y se convierte en una sociedad vital dispuesta a ver de nueva cuenta el futuro de frente. La universidad de Cracovia, fundada en la ciudad que alguna vez fue la capital del reino de Polonia, forma parte de ese enorme esfuerzo por conquistar la independencia del hombre en todos los sentidos, tanto intelectual como moral a través de la cultura y la inteligencia.

Heidelberg

La pequeña ciudad alemana de Heidelberg se fundó a orillas del río Neckar y fue escogida para ser la cuna de un *studium generale* en el año de 1386 –lo que la convierte en la universidad más antigua en territorio alemán–, por el príncipe elector del Palatinado, Roberto I. Sin embargo, los inicios de esta universidad se remontan a años atrás durante los cuales se fueron realizando diferentes esfuerzos que fructificaron, en definitiva, el 23 de octubre de 1385, día en que el Papa Urbano VI firma la bula correspondiente en la que autoriza la creación de dicho *studio*.

El ir y venir, la realización en repetidas ocasiones de los mismos trámites, buscar el apoyo de personajes influyentes, fue parte de las tareas que debían aceptarse para lograr contar con una universidad. Ello se entiende por cuanto al firmar una autorización de este tipo, el Papado se comprometía de manera solidaria a otorgarle, por lo menos en parte, los recursos necesarios para la supervivencia de la naciente institución. Tales recursos provenían muchas veces de los ingresos de las catedrales u obispados, y hasta de los productos de pueblos enteros que eran concedidos por la autoridad religiosa en favor de la universidad. Es decir, el compromiso de la Iglesia no era solamente de índole moral.

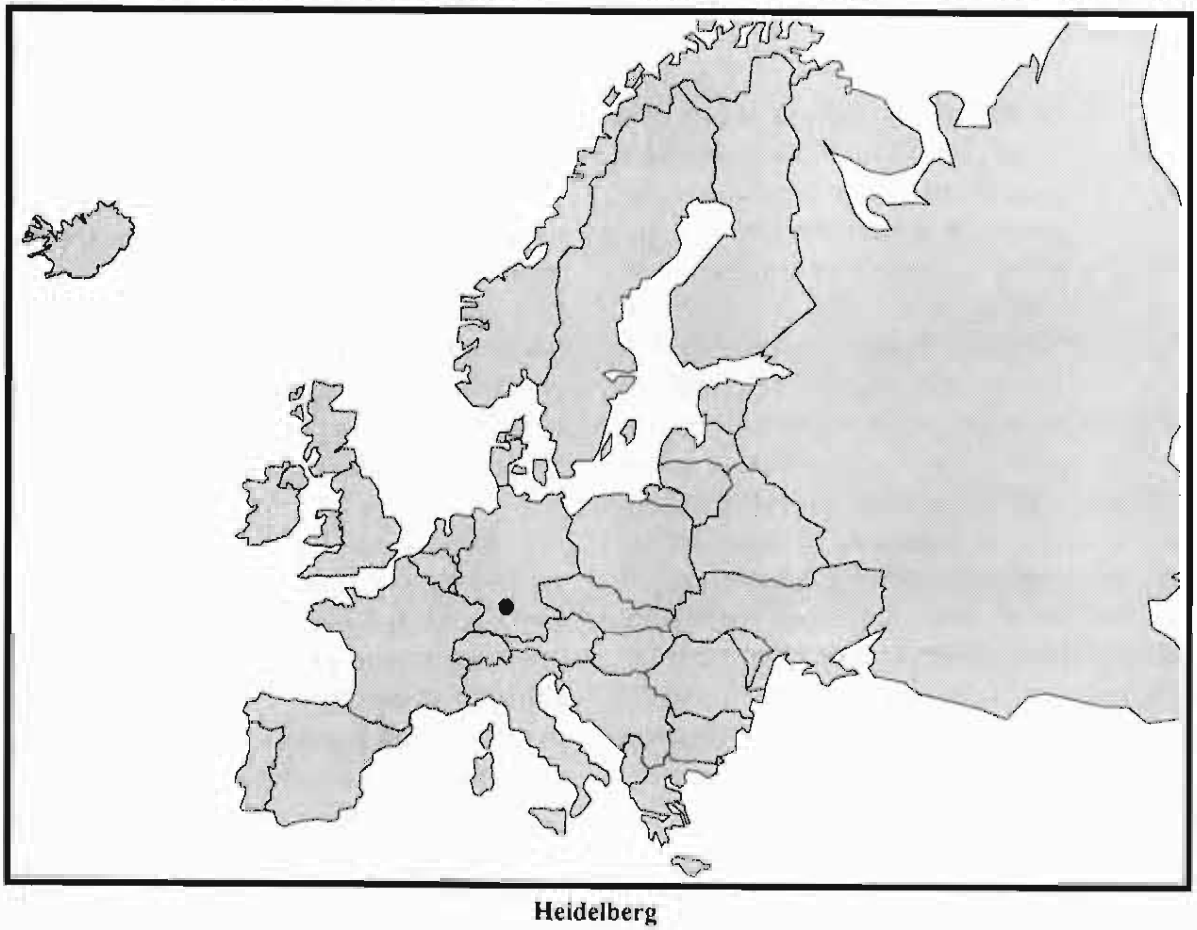
La unión de los soberanos con la Iglesia católica para llevar adelante un mismo proyecto, se basa en la creciente e indiscutible importancia que para ambos tenía el surgimiento de un *studio*. Por principio para las dos instituciones representaba una cuestión de ampliación y consolidación de poder. Para la Iglesia, la ampliación, incluso geográfica, del número de sus feligreses repercutía directamente en un incremento de su influen-

cia hasta en ámbitos muy lejanos de su centro en Roma y, por lo tanto, le proporcionaba una presencia importante ante cualquier otro poder, al cual podía enfrentar grandes grupos dirigidos mediante el control de su pensamiento y su conciencia.

Al soberano, ya se ha señalado este punto, le era necesario que a través de una institución de educación profesional se formaran los cuadros de dirigentes en todos los órdenes de la vida, que actuaran además como sostén del *statu quo*, cuyo beneficiario, en última instancia era el propio monarca y el sistema económico-político que él encarnaba.

El hecho de que en algunos puntos los intereses de los monarcas y de la Iglesia romana coincidieran, nunca impidió que se dieran también desacuerdos y enfrentamientos armados. El Papado como depositario del legado espiritual cristiano consideraba un deber y una obligación el convertirse en guía, y hasta el gobernante real, de todos los países que profesaban la misma religión.

Tomando en cuenta como telón de fondo lo anteriormente asentado, es posible entonces llegar a cierta comprensión de los sucesos que dan lugar al nacimiento y desarrollo de las universidades. Roberto I, ya en los últimos años de su vida, en 1385 emprendió la tarea de fundar un *studium generale* en Heidelberg, siguiendo el ejemplo de su, por muchos años, entrañable amigo y guía, el emperador Carlos IV, quien fuera el entusiasta promotor de la universidad de Praga. La enorme experiencia y buen tino del monarca le



Heidelberg

Heidelberg hacia finales del siglo XVI. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, pp. 146-147

había hecho comprender al príncipe elector, con el transcurso de los años y su estrecha amistad, la importancia que tenía la creación de un sistema formal educativo y escolástico, por completo alemán e independiente, que liberara a todo el Imperio de dependencias culturales y científicas de universidades extranjeras, de manera muy especial de la fuerte influencia de la de París.

Con esos antecedentes sólo era cuestión de tiempo para que la fundación de una institución de espíritu alemán fuera una realidad, y tal privilegio le correspondió a la universidad de Heidelberg, por lo que su creación fue todo un acontecimiento –sin exagerar– de importancia nacional. Acontecimiento que se vio favorecido y precipitado por la salida, el abandono en masa de París por los estudiantes, principalmente alemanes e ingleses, que en aquella ciudad formaban la *Natio Anglicana*.

El despoblamiento de la universidad de Abelardo, fue resultado directo de los conflictos político-religiosos que enfrentaron a la cristiandad y que se conocen con el nombre de Gran Cisma, en los que el monarca francés, Carlos V, por así convenir a sus intereses en su lucha contra el Papado romano toma partido a favor del antipapa, Clemente VII*, cuya sede se había establecido en la ciudad de Aviñón. La universidad de París, como parte de la estructura del poder político del monarca y de la nación francesa, se coloca al lado de su rey y sus estudiantes de las nacionalidades enemigas se ven obligados a abandonar, no solamente sus aulas sino hasta el país.

En medio de esta delicada situación política, Roberto I se dirige al Papa romano Urbano VI, solicitándole su apoyo y autorización a fin de hacer posible el establecimiento *"fieri et ordinari per sedem apostolicam studium generale in qualibet licita facultate"*; con lo que igualmente le pedía su patrocinio económico para su manutención. El soberano pretendía que la fundación universitaria en suelo alemán, tuviera sus bases operativas sobre el modelo parisino, a pesar de todo, carísima universidad para el corazón de la máxima autoridad cristiana.

El Papa no respondió con prontitud y su autorización para crear un *studium generale* fue recibida en la ciudad de Heidelberg hasta junio de 1386. A partir de ese momento y hasta el mes de octubre se realizaron a marchas forzadas los últimos trabajos tendientes a la inauguración de la naciente universidad, que tuvo lugar como era costumbre, con una misa solemne, el 18 de ese mes, teniendo como primer canciller al preboste de la Catedral de Worms.

Roberto I tenía la intención, como lo expresó desde la presentación de su solicitud ante el Papa, al realizar la fundación, de to-

mar como modelo la universidad de París. Esta intención se refería, en lo fundamental, a que la estructura y plan de estudios de Heidelberg se acercaran lo más posible a lo que ya era una tradición establecida dado el prestigio del que desde entonces gozaba la institución francesa. Sin embargo, a pesar de la buena intención del soberano, su deseo no sería plenamente cumplido, ya que la diferencia entre la grande y brillante universidad parisina y la modestísima de Heidelberg era enorme, tanto por lo que se refiere a las dimensiones de sus recursos, edificios, número de estudiantes, además de la cantidad y prestigio de sus profesores, se encontraba muy lejos de la bisoña fundación alemana.

No podemos dejar de pensar cuáles fueron las razones de peso para llevar hasta una pequeña ciudad alemana, en ese momento algo perdida en el mapa europeo, una universidad, es decir, una institución de una importancia estratégica extrema para los intereses de la monarquía teutona, cuando en el resto del continente las sedes que albergaban este tipo de fundaciones eran el asiento de los poderes reales, ciudades con un peso económico o político de relevancia, o que tenían una tradición cultural y educativa de primer orden. Heidelberg era pequeña y no contaba en su haber con ninguno de esos prestigios, al contrario de otras muchas sedes de universidades fundadas en el siglo XIV, como Praga o Erfurt. Tampoco contaba con un desarrollo de importancia por lo que se refiere a la enseñanza, puesto que sus dos únicas y modestas escuelas eran la de unos monjes franciscanos y la de los ermitaños de san Agustín.

Estudiante. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 158

No había entonces tiempo que perder y las lecciones dieron inicio apenas al día siguiente al de la inauguración de la universidad, contando tan sólo con una planta docente de tres maestros, situación que se mantuvo durante un buen tiempo. Dicha planta de maestros estaba compuesta por un profesor de Teología, Reginald von Alna, además de dos profesores de Artes: Heilmann Wunnenberg de Worms y Marsilio de Inghen*.

Marsilio de Inghen era el maestro de mayor prestigio de esa planta docente, contaba en su curriculum el que durante dieciséis años había ocupado varias cátedras en la facultad de Artes de la universidad de París, institución en la que fue elegido en varias ocasiones como representante de la *Natio Anglicana*, nación compuesta principalmente por estudiantes originarios de Inglaterra y de Alemania, además de que durante dos cuatrimestres –como lo marcaban los estatutos– fue nada menos que rector del *studium* parisiense. Tal era el bagage del que se convertiría en el auténtico organizador de la universidad de Heidelberg y supervisor de la redacción de sus estatutos.

El recuento de la matrícula en la universidad de Heidelberg al mes siguiente de su fundación, en noviembre de 1386, arrojó el dato de que entre todos los estudiantes y los *magistri*, no llegaban al centenar. Y durante los dos primeros meses de su existencia, no pudo nombrar a su rector, ya que el número de miembros de la *universitas* no alcanzaba el *quórum* de electores exigido por sus estatutos. Su primer rector debió nombrarlo hasta diciembre de ese año, al incorporarse precisamente Marsilio de Inghen a su profesorado como maestro de Artes. En ese mismo mes de diciembre también comenzó a funcionar la facultad de Derecho con la llegada a Heidelberg de Johannes von Noet.

A pesar de contar con la anuencia del Papa, mediante la bula que autorizaba la fundación de la universidad, para abrir las cuatro facultades, sin las cuales no se consideraba completa a ninguna institución de este tipo: Teología, la principal; Derecho, Medicina y Artes, no fue sino hasta el segundo semestre del año de 1388, es decir, dos años después de la inauguración del *studium*, que pudo contar con un profesor de Medicina, en la persona de Jacobus de Hermenia. En contraste con la mayoría de las fundaciones, la modestia de esta institución la constata el hecho de que durante casi un siglo, desde su creación hasta 1482, la facultad de Medicina de la universidad de Heidelberg contó apenas con un único docente.

Mas no todo fue penuria en Heidelberg, ya que se fue adaptando a sus propias condiciones, aceptando una realidad que se imponía con crudeza; pero que mostró en su momento, que la institución universitaria, como idea e ideal, podría abrirse paso entre condiciones de toda índole por demás difíciles. Otras instituciones como las de Viena o la de Praga pudieron incorporarse, vía la adopción formal lo más apegada posible a los estatutos del *alma mater Parisiensis*. Por su parte Heidelberg debido a sus proporciones se diferenció de este modelo, ya que sin contar con algún precedente histórico, mostró que era posible la realización de una serie de fundaciones de pequeñas universidades, como las de Friburgo y Tubinga.

Por otro lado, la condición de ser una universidad pequeña fue acogida e inteligentemente manejada por el infatigable Marsilio, quien con la ayuda de Konrad von Gelnhausen, trató, a través de los estatutos, de recoger y aprovechar para su beneficio, solamente las *libertades* y los *privilegios* fundamentales del modelo parisino, dejando total libertad e independencia a Heidelberg para resolver los problemas organizativos y de cualquier especie que se le presentaran cotidianamente, como lo muestran los primeros documentos referentes de su fundación y de su organización.

Una universidad como la de Heidelberg no podía circunscribirse a la obediencia rígida de unos estatutos que no fueran acordes con su situación concreta, por lo que durante varios años, casi un decenio, no se preocupó por contar con una definición ni una codificación de su estado jurídico, sino que por todo ese tiempo, tomó como base sentencias ordinarias y totalmente provisionales, hasta que tuvieron lugar algunas intervenciones reformistas de los condes del Palatinado, en los siglos XV y XVI. Una consecuencia de esa indefinición fue que el obispo de Worms tuviera las facultades legales para conocer de los casos y administrar la justicia penal sobre los miembros de la universidad de Heidelberg, lo que contravenía una tradición largamente establecida y celosamente cuidada

en toda Europa de la total independencia del *studium generale* del sistema judicial de los burgos. Tradición que se hizo efectiva hasta el año de 1394 en el caso de la universidad alemana, cuando la autoridad judicial sobre sus miembros pasó a ser una potestad del rector en turno.

A partir de la experiencia recogida desde la fundación de las primeras universidades europeas, en las que con fines de ayuda mutua, sus alumnos podían organizarse según su país de origen, en las llamadas *naciones*, que con el paso de los años y en vista de los beneficios reales que a través de ellas obtenían los alumnos, se conformaron como una estructura habitual dentro de la organización escolar universitaria. En el caso de la universidad de Heidelberg ello resultó imposible, pues no había alumnos suficientes con quienes conformar estas habituales naciones, lo que muestra lo pequeña que fue en sus inicios esta institución.

Melanchton fue alumno de la universidad de Heidelberg. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 151

Debido a la importancia que revestía para la consolidación de la monarquía y de la nación, el fundador de la universidad de Heidelberg, Roberto I trató, a pesar de que no podía contar con una serie de instrumentos jurídicos precisos, como pudieran ser unos estatutos lo suficientemente amplios y concretos de aplicación real y práctica en la vida cotidiana del *studium*, de proporcionar, en el año de 1386, un documento guía que ordenara algunos aspectos relevantes para el adecuado funcionamiento, digamos político de la institución.

En ese documento establecía que la responsabilidad de representar a la universidad debía quedar en manos de los miembros de la facultad de Artes, por cuanto sólo éstos podían elegir y ser elegidos rectores de la universidad toda. Aunque introducía un pequeño matiz, cuyos alcances no quedaron lo suficientemente claros, al señalar que todas las facultades y todas las naciones que conformaban la *universitas*, podían participar en todos los aspectos de la vida de ésta en igualdad de condiciones. En todo caso por fortuna, muchas normas como ésta, dictadas en el momento de la fundación de la universidad, no tuvieron plena vigencia y para 1393, a menos de una década de su apertura, se puso entre paréntesis el privilegio político de la facultad de Artes y Conrado de Soltau, *magister theologiae*, maestro de Teología, fue elegido rector de la universidad de Heidelberg por los miembros de todas sus facultades.

La universidad de Heidelberg no contó de inmediato con una sede propia, pasaron cerca de cuatro años, hasta que los judíos fueron expulsados del Palatinado, que le fueron asignadas varias de las propiedades de éstos para alojar sus instalaciones y hasta para dotar de habitación a sus miembros, sólo así pudo dejar los conventos de los franciscanos y de los ermitaños de san Agustín, donde momentáneamente ejercía sus funciones.

La situación económica de la universidad era por demás precaria, a pesar de los esfuerzos, incluso, del propio Roberto I, quien

tenía la mejor disposición de emplear sus recursos personales a fin de hacer posible que su fundación universitaria contara con profesores de excelencia, como era el caso de Marsilio de Inghen, venido a Heidelberg no sólo en calidad de docente sino también para recuperar su experiencia a favor de la institución al fungir como superintendente de ésta. Las esperanzas alimentadas por la reputación del ya famoso Marsilio no fueron defraudadas, y él se entregó de lleno a una ingente labor cuyos frutos acaso no alcanzara a ver, pero eso no tuvo importancia, porque a pesar de que las semillas que muchos sembraron tardaron en germinar, otras generaciones recibieron con gusto y provecho el producto de la fatiga de sus generosos fundadores.

Si bien los intereses de un monarca o de un príncipe fueron de importancia extrema para que una fundación universitaria pudiera nacer y dar fruto, su capacidad económica que debía acompañarlos no siempre iba al parejo. De ahí que fuera en verdad indispensable compartir la gloria y la responsabilidad de sacar adelante a la institución, con el poder político y sobre todo económico de la Iglesia católica. No es un secreto el que todas las universidades europeas, en mayor o menor medida, dependían del apoyo económico del Papado. Los beneficios, prebendas y canonjías concedidos por ésta eran vitales para el sano desarrollo de cualquier *studium*. Aunque, por otro lado, cierto es que tal apoyo le reportaba un extraordinario beneficio a la misma Iglesia.

Durante el quinquenio que va de 1395 a 1400, las prebendas de las parroquias de Altdorf y de Lauda se donaron a la universidad a fin de que, con tales recursos se pudieran pagar los salarios de un maestro de Teología y un maestro de Derecho. Como era de esperarse, la universidad se encontraba sistemáticamente con las arcas, si no por completo vacías, al menos lo suficiente como para recurrir en busca de ayuda ante la Iglesia, la que en muchas ocasiones aportó importante ayuda económica con la que se pudieron mantener a flote muchas universidades, como es el caso de la Heidelberg. En 1398, el Papa Bonifacio IX, haciéndose eco de una petición de los condes del Palatinado, donó a la universidad nada menos que doce prebendas, lo que representó para Heidelberg la mayor adquisición de rentas de toda su historia.

A pesar de haber sido la primera universidad que se fundara en territorio alemán, en los primeros decenios de su existencia, la inscripción de doscientos diecinueve alumnos año fue su máximo promedio, lo que la colocó en un honroso séptimo lugar, a bastante distancia, por ejemplo, de los *studia* de Leipzig, Erfurt o Colonia.

Heidelberg se mantuvo como una institución universitaria pequeña, por la contribución de diversos factores. Por un lado, los problemas de salud pública como las grandes epidemias que devastaron naciones enteras, provocaron la huida de muchos estudiantes y maestros, por lo que en varias ocasiones la universidad debió de abrir sus puertas. Otro factor de gran importancia para que Heidelberg perdiera estudiantes, fue la apertura en territorio alemán de varias instituciones educativas como Erfurt, esto aunado a que la procedencia de un buen número de estudiantes que, casi en su totalidad, procedían de las diócesis de Worms, Espira, Maguncia y Tréveris, preferían inscribirse en alguna otra universidad.

Una de las más lucrativas carreras, en la medida en que hacía posible ocupar pues-

tos muy bien remunerados al servicio de la Iglesia, era la de Teología, de ahí que en su mayoría el alumnado de Heidelberg estuviera conformado por clérigos, toda vez que a los laicos y nobles les resultaba bastante difícil aceptar inscribirse en una universidad que, a pesar de todo, no llenaba por completo sus expectativas económicas.

La universidad de Heidelberg contaba con un plan de estudios muy completo, teniendo siempre a la mano la información, que al respecto pudiera serle útil tomada de otras instituciones. "Entre las materias de estudio de la facultad de artes se incluían la geometría, la aritmética, la óptica y la teoría de los planetas. Los textos básicos admitidos para el estudio de estas materias eran los cuatro libros de los *Elementos* de Euclides*, el *De Sphaera* y el *Algorithmus vulgaris* de Giovanni di Sacrobosco, los tratados de óptica de John Peckham y de Giovanni Pisano y los de astronomía de Gerardo de Cremona. A pesar de ello, el punto principal de referencia en las enseñanzas de la facultad de artes era el *corpus* de Aristóteles, que se leía en su totalidad, dando cabida a la *Política* y a los textos de economía y crematística, con frecuencia olvidados en la Edad Media. Ni la fuerte influencia de Occam* que se observó en Heidelberg, ni la llegada de la reciente teoría de las *proportiones* de Tomás Bradwardine* y de las *latitudines formarum* de Nicolás de Oresme* lograron dejar en segundo plano el estudio del pensamiento aristotélico".[1]

La enorme tarea que cumplió Marsilio de Inghen, fue determinante para el desarrollo de esta institución, pues lo mismo aceptó algún puesto administrativo que fungir como docente. Dentro de su labor como maestro formó muchas generaciones de profesionales que se desparramaron por todos lados llevando consigo la huella de su mentor. Son memorables los ágiles y breves tratados lógicos de Marsilio, cuya extensión era tan sólo de algunas páginas, veintiséis *folia* como formato medio, y que pronto sustituyeron al *Tractatus* de Pedro Hispano, que había sido adoptado como texto oficial de lógica en todas las facultades de artes de la Europa medieval. Por otra parte, en el *studium* de Heidelberg se publicó, en 1501, el amplio *Comentario a las Sentencias* de Marsilio.

A pesar de las modestas dimensiones de la universidad de Heidelberg, mantuvo un nivel decoroso por lo que se refiere a la producción de literatura científica. Marsilio como rector fomentó la elaboración de diversos tratados de lógica. Después se pasó a la recopilación de frases de sabios, desde los primeros Padres de la Iglesia hasta comienzos del siglo XIV; y es importante señalar que hubo una producción considerable de *Comentarios a las Sentencias* y una superior de *Comentarios bíblicos*, en los que se adoptaba con preferencia el sistema interpretativo alegórico.

La labor de divulgación no se detuvo en ningún momento y Mateo de Cracovia, un teólogo de la universidad de Praga y figura fundamental de la facultad de Teología, impulsó la consolidación de una veta tratadística teológica clara y sencilla, inspirada en los modelos de Jean Gerson. La temática que abordó el *studium* fue variada, acorde con los tiempos que corrían, fomentó la escritura de tratados que versaban desde la usura hasta los contratos como el *De usura* de Konrad von Soest, sin faltar los panfletos contra la superstición, como el de Nikolaus Magni hasta estudios de demonología.

1 *Ibid.*, p. 150.

Las universidades son entidades vivas, inmersas en el tiempo, en el lugar y en la sociedad de donde surgen, de ahí su necesaria presencia, su participación, para buscar alguna solución, en todo problema que afecte de una u otra manera a la sociedad humana. Heidelberg, al igual que las universidades de la época, participó en los concilios del siglo XV, que pretendían resolver el problema de la unidad de la Iglesia. Sus representantes, Marsilio de Inghen así como el teólogo Mateo de Cracovia, autor de *De squaloribus curiae romanae*, mantuvieron una actitud positiva hacia la conciliación, mientras que el otro representante de Heidelberg, Konrad von Gelnhausen, quien en ese momento detentaba el cargo de canciller de la universidad, autor de una obra importante en el ámbito del debate suscitado por el conflicto de autoridad entre pontífice y concilio, la *Epístola concordiae*. Konrad von Gelnhausen, mantenía en su opinión –compartida por varios más– que debía reconocerse como única facultad del Concilio la de elegir al Papa adecuado. Pero, una vez que se haya cumplido con ese objetivo, el Papa ostenta una completa autoridad, absoluta e indiscutible en materia de fe y de derecho canónico.

Heidelberg no se distinguió por ser una universidad que buscara los grandes escenarios para promover su imagen, ni mucho menos, para siquiera intentar decir la última palabra para establecer su autoridad sobre las demás instituciones. "la actitud de los representantes de la universidad de Heidelberg en los concilios siempre fue más bien pasiva. En 1409 fueron enviados al concilio de Pisa los *magistri theologiae* Konrad von Soest y Mateo de Cracovia, que no tomaron parte en el debate. Konrad von Soest fue también el

Grabado en madera, tomado de un libro xilográfico de astrología alemán, 1470. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 148

portavoz del *studium* de Heidelberg en el concilio de Constanza (1414-1418), donde tomó parte en la elección del Papa Martín V[2] (1417), y asistió además a los concilios de Pavía y de Siena (1423-1424). En el concilio de Basilea (1431-1449), la universidad de Heidelberg, teniendo en cuenta la aspereza de las polémicas y lo peligrosa que era cualquier toma de posición, se mantuvo en una postura de extremada prudencia, retirándose en el momento de la escisión interna (1439) y renunciando de esta forma a asistir a la segunda fase del concilio (1439-1449)".[2]

Una universidad, como Heidelberg, que nació esperando que el tiempo madurara las condiciones y con plena garantía de que el momento elegido era el adecuado, no se preocupó mayormente por mantener al día sus

2 *Ibid.*, p. 152.

estatutos; sólo hasta 1441 sus Estatutos fueron puestos al día y ampliados, por orden del conde del Palatinado Ludovico IV, a fin de que fueran un instrumento que, de manera realista, diera cuenta de su entorno y ayudara a conducir al estudio por el mejor de los caminos posibles. Con la renovación de los Estatutos de la universidad, se reforzó el poder judicial del rector, se incrementó la tutela de los privilegios universitarios y se instituyeron nuevas cátedras.

Sin embargo, para 1452, se hizo necesaria otra renovación, tan importante como la primera, obra del conde del Palatinado Federico I, ya que era necesario poner fin a los violentos enfrentamientos en la facultad de Artes entre los nominalistas, partidarios de la vía moderna –llamada también *vía marsiliana*– y los realistas, partidarios de la *vía antiqua* de Alberto Magno y Tomás de Aquino. Federico I, ante un problema que amenazaba desbordarse cada vez con mayor frecuencia, autorizó la enseñanza con total libertad siguiendo cualquiera de las *viae*; pero, a partir de entonces, los estudiantes que deseaban alcanzar el grado de *magister artium* debían elegir la tendencia que pretendían seguir al momento de presentarse a su examen profesional.

Actividades relacionadas con el libro. Grabado. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 150

La enorme influencia que se dejó sentir por todo el norte europeo, llegó a Heidelberg a partir de 1450, con el nombre de humanismo, y aquí se desarrolló, sobre todo, como un movimiento literario y estético. Este movimiento que llegó a barrer por completo con las estructuras medievales tendrá como colofón, el profundo cambio de la sociedad europea y con ella la transformación de la humanidad toda.

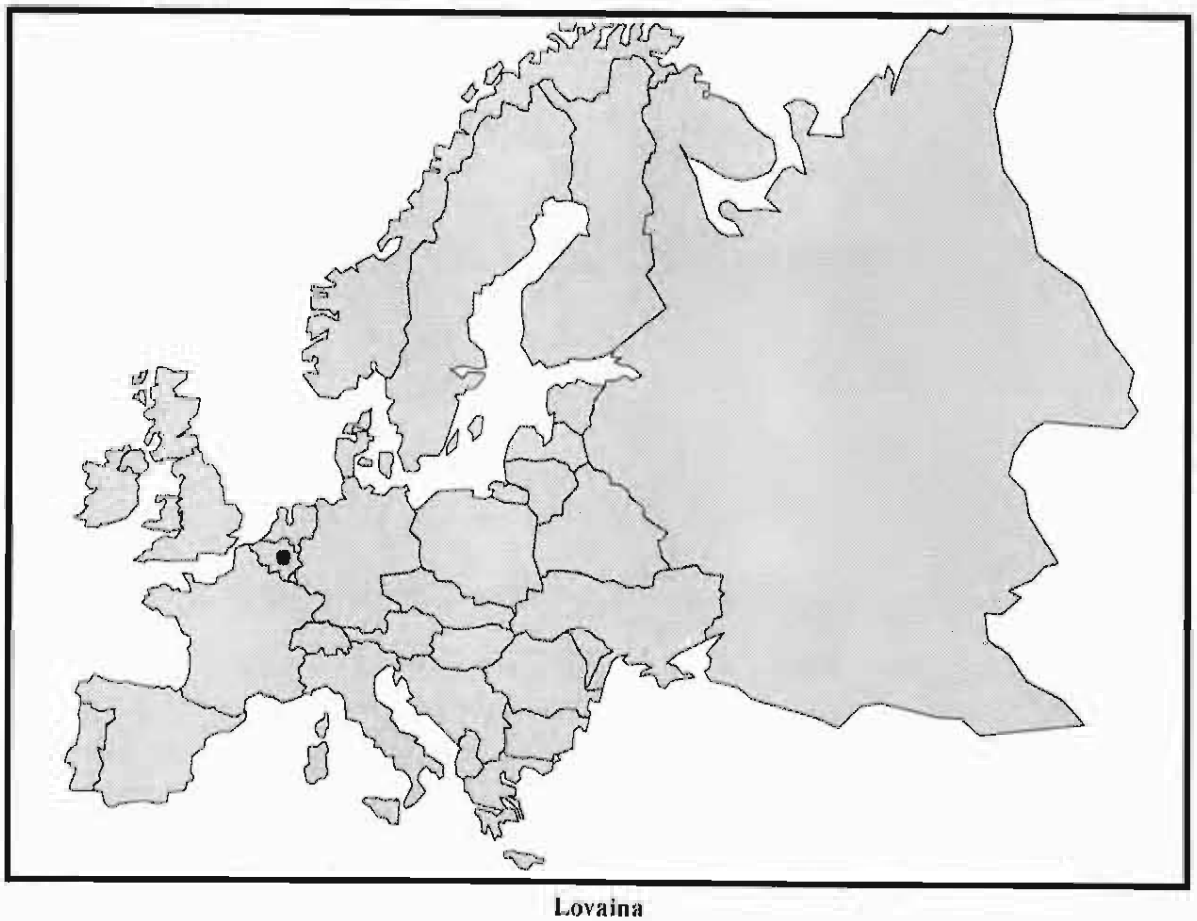
Como movimiento estético el humanismo incluyó el rescate a fondo de la cultura clásica griega, de ahí que el conde del Palatinado Federico I invitara a Heidelberg, en 1456, a Pedro Luder, para que impartiera lecciones sobre diversos autores clásicos. Luder fue uno entre varios personajes que contribuyeron a la promoción y consolidación del humanismo en esta universidad, donde también ejerció la docencia, entre 1484 y 1485, el famoso Rodolfo Agrícola*. También impartió alguna clase en Heidelberg, Enea Silvio Piccolomini, quien fuera canciller de la universidad en 1456 y en 1457, y llegaría a convertirse en Pío II*, Papa famoso por su sólida cultura y familiaridad con los clásicos. Heidelberg, con el paso de los años irá conquistando nuevas cimas, abandonará su condición de universidad pequeña, será un bastión de cultura y civilización, en fin, será un testigo y promotor de la transformación de la humanidad por sí misma.

Lovaina

La universidad de Lovaina, situada estratégicamente en los linderos culturales de la germania del norte europeo y del ambiente universitario cosmopolita de París fue, de hecho, una avanzada en esas latitudes de lo que llegaría a ser el Renacimiento. El cultivo, en su momento, de las modernas disciplinas, a la vez que de las tradiciones clásicas, hizo de Lovaina un elemento de preservación del conocimiento; pero, a la vez un audaz impulsor de las nuevas ciencias de su tiempo.

De acuerdo con los estudiosos del tema la Edad Media concluye en el siglo XV y con él se abre paso al Renacimiento como puerta de entrada a la Época Moderna. La precedieron dos siglos que habían conocido el auge y el declive del pensamiento medieval. En el siglo XIII, el universo era concebido en unión íntima con su creador, es decir Dios, mientras las universidades se esforzaban por difundir la doctrina escolástica cuya base es el acuerdo entre fe y razón, aunque, en última instancia, la de mayor peso sea la primera.

El siglo XIV europeo fue una época de ruptura en muchos aspectos. La rivalidad entre el Papa y el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que se veía venir desde mucho tiempo atrás, ponía fin a la vieja ilusión de una alianza entre fuerzas espirituales y temporales, siendo que el Papado pretendía elevarse por sobre cualquier poder temporal y regir el destino de todas las naciones. Ante este panorama en el que sus enemigos



Lovaina

iban paulatinamente dejándole libre el camino, la burguesía se abría paso sin dificultad en la industria, el comercio, la banca, con lo que contribuía a transformar la base social y las estructuras políticas.

Antes de que Lutero clavara en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg, donde apenas cinco años atrás se había doctorado en teología, sus noventa y cinco tesis contra el principio y la práctica de las indulgencias en 1517, el humanista Erasmo de Rotterdam había introducido ya el estudio filológico de las Sagradas Escrituras y la crítica a las creencias e instituciones religiosas.

En el siglo XV se habían denunciado ya los abusos tanto materiales como morales de la Iglesia. El monje agustino Martín Lutero halló en la epístola a los Romanos de San Pablo el texto en el cual iba a fundar su teoría de la salvación en la fe, y había proclamado el derecho del hombre a ejercer su libertad de juicio individual en el estudio de la Biblia. Ante esa novedad, rápidamente se adhirieron a él jóvenes teólogos humanistas como Melanchton*, Von Hutten*, Erasmo de Rotterdam y el invaluable apoyo en ese momento que le brindó el elector de Sajonia, gracias al cual pudo emprender y terminar una de las importantes obras que en ese momento resultaría de enorme importancia, la traducción de la Biblia al alemán.

Iglesia del palacio de Wittenberg. Xilografía de Lucas Cranach. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia.* vol. 3, p. 33

La rápida aceptación con que contó el luteranismo también se debe a que existían las condiciones históricas favorables. Prácticamente en toda Alemania las ciudades tuvieron un gran desarrollo y se había dado una fuerte difusión a la cultura. Era la época de la imprenta, de la enseñanza laica y de las universidades. Por sus condiciones cada vez más difíciles de vida, los campesinos, al igual que en el resto de Europa que se encontraban por completo desprotegidos, fácilmente provocaban levantamientos, a lo que se debe sumar la incapacidad de la Iglesia católica para ofrecer paz y consuelo en un mundo carente de esperanza y de unidad.

Ante esta situación que se presentaba amenazante y podía propagarse aún más, en 1542, el cardenal Caraffa conseguía del Papa Pablo III* la Bula *Licet ab initio* por la cual se creaba la Inquisición* en Italia. El propio Caraffa se convertía en inquisidor general y Roma concentraba y centralizaba todos los poderes para la lucha contra la herejía. Italia quedó mentalmente paralizada, y no precisamente por el saqueo de Roma. Fue mucho más difícil vivir en un ambiente de extrema suspicacia respecto de todas las acciones que pudiera realizar cualquier persona, y ya no

se diga de quienes por su propia actividad científica o intelectual eran el blanco más directo y fácil de los censores. Por los tribunales de la Santa Inquisición desfilaron Galileo Galilei y Giordano Bruno, entre otros. Resulta obvio, entonces, que la naciente imprenta fuera vista como un peligro. Muchos libros fueron quemados y otros tantos fueron prohibidos.

El Concilio de Trento (1545-1563) marcó el final de la vieja Iglesia latina, única y universal, y en todo aquello que le impedía desarrollarse para responder a las condiciones cambiantes y exigentes de un mundo que ya no permitía ser aprisionado con las viejas prácticas viciadas que se venían ejerciendo, ello supuso la aparición del moderno catolicismo romano. El Concilio defendió, conduciéndose con mucha habilidad porque fue condescendiente en otros puntos, deteniéndose sólo hasta donde no podía transigir, ciertas prácticas combatidas por los protestantes; pero reforzó, como una medida inaplazable y vital la autoridad del Sumo Pontífice. Para reconquistar los países protestantes, se dieron orientaciones y recomendaciones para la enseñanza y catequización. Se prestó atención y no se dejó pasar el momento para iniciar la reforma de algunas órdenes religiosas. En toda esta compleja situación fueron los jesuitas, con la formación de la Compañía de Jesús, fundada por san Ignacio de Loyola, quienes más contribuyeron a generar, divulgar y fortalecer las ideas de la Contrarreforma.

Aunque heredera y en algunos aspectos continuadora del pensamiento medieval, la filosofía del Renacimiento se desarrolló en ámbitos distintos. En primer lugar sus principales artífices fueron profesionales laicos, lo que contrastó de inmediato con la época

Tribunal de la Inquisición. Óleo de Pedro Berruguete. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 2, p. 284

anterior, ya que una buena parte de los intelectuales pertenecían a los diferentes cuerpos de la Iglesia católica, quienes desarrollaban sus actividades fundamentalmente en círculos o en academias más o menos organizadas en lugar de hacerlo en las universidades. Aunque es importante matizar esta visión, ya que con la creciente fundación de universidades en todos los rincones de Europa, un número cada vez mayor de intelectuales, pensadores y científicos van formándose dentro de los recintos universitarios.

Durante el siglo XIV se fue formando una clara conciencia de que a pesar de todo, la unidad de la Iglesia católica había quedado fragmentada de manera definitiva. Esta toma de conciencia se puede ejemplificar con el hecho de que hasta 1385, había sido costumbre enviar a los estudiantes de los Países

Bajos a realizar sus estudios en las grandes universidades extranjeras, particularmente París, donde predominaba con mucho la prestigiada carrera de Teología, seguida por la de Filosofía.

Ante ese panorama en el que los antiguos maestros, amigos e, incluso, guías y líderes intelectuales se encontraron en el bando opuesto, se creó una fuerte unidad regional. De inmediato se percataron de que al romper los vínculos con el sistema de enseñanza, que de una u otra manera había quedado con la Iglesia católica, se encontraron con que a partir de ese momento debían atender por sí mismos la problemática de generar sus propios cuadros de intelectuales, científicos, administradores y profesionales de todo tipo.

Las escisiones, las rupturas dentro del mismo campo de la Iglesia católica parecían no tener fin: Francia cayó ante su tradicional enemiga, Inglaterra, víctima de la Guerra de los Cien Años*; el gran cisma, entre católicos y protestantes estalló y en la esfera filosófica la interminable disputa entre los nominalistas y los realistas embrollaba el campo del pensamiento y de la ciencia, con marcadas repercusiones dentro de la religión y, por supuesto, también en la política.

Esa intrincada situación tuvo como consecuencia inmediata una gradual separación de los tradicionales centros de estudio, lo que ya para finales del siglo XIV marcó la pauta para la creación de nuevas universidades como Cracovia y Uppsala. Estas universidades fueron creadas por iniciativa de los soberanos y hasta de los pueblos, para después ser confirmadas por el Papa. De inmediato –y ello es comprensible por el clima de antagonismos que se vivía– su acendrado regionalismo contrastaba con la actitud abierta y cosmopolita de las primeras fundaciones universitarias.

Bajo este ambiente general fue que se creó en Lovaina en 1350, un *studium generale*. Fundación por demás importante pues se inscribía dentro del interés del Sacro Imperio Romano para generar sus altos cuadros administrativos. A la fundación de Lovaina le siguieron Erfurt en 1379-1389, Heidelberg 1385 y Colonia 1388, entre otras.

La iniciativa de fundar la universidad de Lovaina partió, en la primavera de 1425, del gran duque de Brabante Juan IV, quien fue apoyado por los burgueses de la ciudad y el capítulo de Saint-Pierre. Las partes involucradas en la apertura de la institución llegaron a un acuerdo tomando la decisión de enviar una embajada a Roma, ante el Papa Martín V, quien acogió de inmediato favorablemente la idea.

La fundación de Lovaina fue la culminación de los esfuerzos, tanto de las autoridades municipales como la del propio duque. Una manera de narrar la creación de la universidad de Lovaina dice que Juan IV duque de Brabante, animado por dos de sus cancilleres, Engelbert van Nassau y Edmund van Dynter, accede a establecer un gran centro de estudios en el ducado, aprovechando la situación de un serio conflicto suscitado en Bruselas, cuando se vio amenazado el honor de varias mujeres que se habían refugiado en una universidad.

Como una forma de sanción contra la comunidad universitaria de Bruselas, el privilegio solicitado al Papa le fue concedido a Lovaina, a pesar de no contar con la importancia económica de Bruselas. Sin que esto

deje de ser una mezcla de verdad y leyenda, lo más probable es que realmente la iniciativa haya venido de las autoridades de Lovaina, de los magistrados y del colegiado de San Pedro. Así, la cuna de Brabante y residencia del ducado, Lovaina, solicitó a Roma la autorización para fundar una universidad; privilegio que por sus enormes consecuencias y significado sólo el Papa podía otorgar, teniendo éxito en la empresa.

Con base en la documentación de diferentes fuentes, tanto ducales como del municipio, que hasta el momento existe, se puede reconstruir la historia de la fundación de la universidad: Willem Neefs, el escolástico, hombre que gozaba de fama de ser muy culto quien pertenecía al colegiado de San Pedro, estaba a punto de abandonar Lovaina cuando recibió del papa Martín V la bula de la creación de la universidad, fechada el 9 de diciembre de 1425. En este documento el Papa daba su autorización para establecer en Lovaina tres facultades: Arte (Filosofía y Ciencias Naturales), Derecho (Derecho Canónico y Civil) y Medicina. La respuesta del duque de Brabante fue inmediata y proveyó al rector de primicias y salarios para los profesores e igualmente otorgó los recursos para el *studium* y sus miembros.

Así, la apertura de la universidad se llevó a cabo con toda la solemnidad que el caso imponía en septiembre de 1426 y las clases se iniciaron el 2 de octubre. El cuerpo directivo y docente fue compuesto por el Rector, el famoso Willem Neefs, cinco juristas, entre ellos dos doctores, un doctor en Medicina y ocho magistrados en Arte. No fue sino hasta el año de 1432 en que el Papa Eugenio IV crea la facultad de Teología.

Como todas la universidades, Lovaina contó de inmediato con múltiples privilegios eclesiásticos, civiles y municipales, mismos que se mantuvieron hasta fines del siglo XV. Al contar la universidad de Lovaina con las prerrogativas de no estar sometida a las jurisdicciones civil ni penal, el Papa Martín V concedió al rector, como era común tratándose de universidades, el poder de juzgar y sentenciar a todos cuantos pertenecieran al *studium*. Con el ejercicio de tales favores, su estructura sufrió adaptaciones, por lo que se crearon dos tribunales, uno de éstos presidido por el conservador de los privilegios. Junto a estas dos autoridades, Martín V mencionaba también al canciller. De esta manera, con los tres dignatarios quedaba constituida la autoridad administrativa de la universidad.

Bula fundacional de la universidad de Lovaina. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 165

Procesión académica. Finales del siglo XVI. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 168

mientras que la organización de la docencia fue puesta en manos del decano y del consejo de cada facultad.

Por lo que se refiere al rector, cada una de las facultades elegía al suyo propio, y era fundamentalmente responsable del orden: juzgaba y castigaba, convocaba al consejo y a la asamblea general. El preboste (*praepositus*) de Saint-Pierre, como una de las partes integrantes de las instituciones que apoyaron la creación de la universidad tenía a su cargo las funciones de canciller, limitadas exclusivamente a la concesión de los títulos universitarios. Por último, los conservadores –fueron siempre tres, elegidos entre los obispos, los abades y los decanos– tenían la grave tarea de velar por que se hicieran efectivos en todos los casos los privilegios jurídicos a favor de la universidad y, en consecuencia, juzgaban en los conflictos entre sus miembros y en los problemas que pudieran suscitarse entre Lovaina y cualquier otra entidad ajena a ella.

Ciertamente la universidad fue dotada de una jurisdicción y una autonomía completas; pero la manera más efectiva de que tal libertad se cumpliera fue de vital importancia para Lovaina contar con los beneficios eclesiásticos que aseguraban, además, la subsistencia de sus profesores. Así, las relaciones de la institución con sus fundadores y benefactores cubrían los distintos aspectos de su vida, mas nunca sin perder su libertad de acción ni de enseñanza. Como norma general, los duques aceptaban con beneplácito la exención de impuestos y la independencia de la justicia universitaria.

Los estatutos de Lovaina fueron reformados en varias ocasiones en el transcurso del siglo XV. Éstos se basaron inicialmente en los de Colonia, aunque una influyente minoría pensaba que el modelo parisino era más adecuado para el caso de Lovaina. La lenta evolución de la universidad y, consecuentemente, de su texto estatutario, apuntaba más bien a un cierto carácter fuera de la norma universitaria imperante. Lo que no impidió que, en 1435, se instituyera el sistema de las *naciones*, es decir, la organización de los miembros de la universidad de acuerdo con el país (*nación)* del que eran originarios.

Una nación podía, en dado caso, acoger a personas originarias de otros países, como sucedía cuando, por su número reducido,

un grupo o a veces una sola persona podía ingresar a una nación que actuaba como una cofradía que estaba al tanto de todas las necesidades de sus miembros. Las naciones más importantes fueron las que agruparon a los estudiantes de origen francés, que incluía a Cambrai y Lieja; la holandesa que agrupaba, además, a Frisia, Utrecht, Inglaterra, Escocia, Países Escandinavos, los flamencos y los brabanzones (Brabante y los países situados al oriente). A pesar de la fuerte influencia que tuvieron en la universidad de Lovaina, las naciones nunca desempeñaron un papel tan importante como lo hicieron las de la universidad de París.

La posición geográfica de la nueva universidad, situada a medio camino entre Colonia y París, le dio una fuerte ventaja con vistas a su desarrollo. El *studium* de Lovaina estableció de inmediato múltiples y, en la medida de los posible, fuertes relaciones con sus vecinos. Es evidente que se produjo una competencia entre estas instituciones y la ciudad hizo todo lo posible para propiciar la afluencia de extranjeros al interior de sus murallas. Sin embargo, tuvo que pasar casi un siglo para que, en Colonia y en París, disminuyeran fuertemente sus poblaciones estudiantiles originarias de los que entonces se conocían como los Países Bajos, debido a que la universidad de Lovaina los podía captar y retener. Es decir, Lovaina ya en ese momento podía ofrecer, de manera real, la posibilidad de realizar una carrera universitaria a todos aquellos estudiantes que no podían o no querían acudir a otros lugares.

Como una forma de proporcionar apoyo efectivo a la universidad, prácticamente todas las reuniones, las asambleas y algunos cursos, se celebraban en los almacenes de paños (*Halles aux draps)* que la propia ciudad de Lovaina había puesto a su disposición. Asimismo, la ciudad compró algunas casas para que, una vez realizadas las adaptaciones necesarias, sirvieran para dar asiento a la Facultad de Artes. Este primer grupo de edificios o complejo recibió durante mucho tiempo el nombre de *Vicus artium.* Posteriormente se multiplicaron las adquisiciones, concesiones y cesiones de este tipo, en favor del *studium.*

La Facultad de Artes, casi desde su fundación, tuvo un colegio (*paedagogium*), llamado *Lilium*, fundado por el maestro Carlos Mennekens, siendo el primero de una cadena que, a lo largo del siglo XV, se fue acrecentando con otros *paedagogia*: el del Puerco, el del Castillo, el del Halcón. A los que, con el paso de los años, se sumaron nuevos colegios: el de Saint-Esprit para los teólogos, el de Saint-Yves para los juristas y el de Saint-Donatien para los decretistas, es decir, para los estudiantes de derecho canónico. Todos los colegios fueron establecidos por profesores de la universidad de Lovaina.

Hasta 1444, la remuneración de los profesores corrió por cuenta exclusiva de la ciudad, orgullosa de tener entre sus muros un

Edificio perteneciente a los pañeros. Siglo XVI. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo,* p. 162

Profesor dando su lección a un grupo de estudiantes de Lovaina, 1467. Dibujo de George Lichton, estudiante escocés. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p.

studium generale. Por su lado la Iglesia también hizo su aportación a la universidad, ya que a partir de ese año catorce profesores se convirtieron en beneficiarios de la colegiata de Saint-Pierre. Y a su vez, el duque de Brabante acudió en ayuda de los docentes, concediéndoles algunos otros beneficios. En total, se otorgaron a los maestros veinticinco prebendas, doce de las cuales procedían del duque y trece de la colegiata de Lovaina.

Claro está que a pesar del apoyo que recibía la universidad de todas las partes involucradas en su creación, ciertamente los salarios pagados por la ciudad que, además, se habían establecido por contrato como una muestra real de apoyo, eran bastante desiguales, oscilando entre los treinta y los cuatrocientos cincuenta florines. Lo que equivale a decir que el salario de un profesor universitario no era mayor al de un artesano, por lo que no era sorprendente que se vieran en la necesidad de buscar ingresos extras impartiendo clases privadas o de actualización.

Bien sabemos que prácticamente durante toda la Edad Media las posibilidades reales que tenían las personas de trasladarse de un lugar a otro eran bastante escasas. Fuera de los mercaderes, algunas órdenes religiosas y la nobleza, la única comunidad que podía contar con ese beneficio de paso franco por casi toda Europa, fueron los miembros de las instituciones de enseñanza superior. No obstante las difíciles y escasas vías de comunicación existentes, las universidades medievales se caracterizaban por su carácter cosmopolita y Lovaina no fue la excepción.

La enorme movilidad entre universidades, tanto de estudiantes como de profesores, hizo que la composición del alumnado sufriera constantes variaciones. Por ejemplo, hasta el siglo XVI Lovaina contó con que un seis por ciento de sus estudiantes provenían de la iglesia, acrecentándose esa proporción hasta llegar al dieciséis por ciento en el siglo XIX, atraídos por su corte católico. Paralelamente al número de estudiantes, como es obvio suponer, también se desarrolló su plantilla docente, en su fundación Lovaina contaba con quince maestros designados y pagados por el pueblo, número que en 1443 se incrementó en diez profesores más.

Las relaciones entre las ciudades de Lovaina y de Colonia no se restringieron al nivel universitrario, sino que también involucraron a las poblaciones de esas ciudades. Ello se debió en gran medida a que un núme-

ro muy elevado de los primeros profesores y de los bachilleres de todas las facultades de la universidad de Lovaina, a excepción de la facultad de medicina, fueron docentes o antiguos alumnos de la universidad de Colonia, como fue el caso, entre otros muchos, del decretista Nicolás de Prüm.

Los tres primeros profesores de teología de la universidad de Lovaina –entre ellos Nicolás Midi, autor de las doce proposiciones en que basaron quienes entregaron a la llamas a Juana de Arco– habían venido de París, pero pronto abandonaron la enseñanza: Midi a causa de una enfermedad, su colega Pedro Fabri (Smets) por razones desconocidas y el ermitaño agustino Antonio de Recanati obligado por la férrea oposición que provocó en su contra al intentar trasladar la enseñanza de la teología a la ciudad de Brujas, cerca de su monasterio. Así, la facultad de teología en Lovaina tuvo que ser organizada por profesores llegados de Colonia, el brabanzón Heimeric de Campo (van de Velde) y el dominico Juan de Winninghen.

La universidad de Lovaina recurrió varias veces a la de Colonia para reelaborar sus estatutos o para definir las tareas de su canciller; por su parte, los magistrados de la ciudad de Lovaina consultaban a los de Colonia sobre la forma de regular las relaciones con su universidad. Un ejemplo más de la permanente relación entre las universidades, lo da el hecho de que a pesar de que Lovaina contaba con una reducida planta de maestros, varios de ellos habían realizado sus estudios en París, algunos tan famosos como los procedentes de Colonia, Jean de Neel, su primer maestro de medicina, Gérard Bruine, civilista de Bolonia, anteriormente procurador de la nación inglesa en París, además de varios decretistas entre los que se contaba Jean de la Costecirée; muchos otros profesores eran originarios de Brabante o de los países vecinos, Holanda, Lieja, Flandes. La universidad de Lovaina, como se ve, estaba asentada en una zona de intenso intercambio y elevado nivel cultural.

A pesar o, por ello mismo, de que Lovaina mantuvo intensas relaciones con varias universidades, principalmente con París éstas, en ocasiones estuvieron mediatizadas o entorpecidas por problemas doctrinales. Un ejemplo de los desacuerdos entre Lovaina y otras universidades lo da el problema de determinar la verdad de las proposiciones relativas al futuro y, en consecuencia, de la validez de los profetas y sus profesías. La famosa *cuestión de Lovaina*, que se inició meramente como un desacuerdo entre dos profesores: Pierre de Rivo, quien fuera ampliamente conocido por sus comentarios a algunas obras de Aristóteles, y el teólogo Enrique de Zomeren.

Esa disputa fue creciendo e involucró a la Facultad de Artes con la misma universidad de Lovaina; se hizo necesario entonces pedir la intervención mediante apelaciones a las universidades de Colonia, París y Roma. Lo que había sido un diferendo entre profesores por fin llegó hasta el Papado y *la cuestión de Lovaina* involucró la participación de algunos cardenales y hasta los mismos teólogos romanos. Esta controversia llegó a tener consecuencias políticas, ya que fuera de la misma disputa intelectual, Zomeren el teólogo, solicitó, para concluir la controversia a su favor, el apoyo del cardenal Bessarión, amigo personal suyo.

Este tipo de disputas sin duda fueron oportunidades para que maestros y alumnos de la universidad de Lovaina adquirieran ex-

periencia en un campo extremadamente difícil y en el cual otros ambientes universitarios ya tenían alguna tradición; pero, por otro lado, y esto no se debe perder de vista, las controversias intelectuales y doctrinarias también servían para buscar fama y renombre entre las universidades y, consecuentemente, la comunidad de Lovaina no fue ajena a tales perspectivas.

Sin duda, el más famoso de todos los profesores de Lovaina fue Heimeric de Campo (1395-1460) de origen brabanzón, quien había sido alumno, primero de la universidad de París, al lado de su compatriota Juan de Nieuwenhuyze, y más tarde, de la universidad de Colonia, donde obtuvo el grado de maestro de teología. En Colonia Heimeric conoció y estableció una relación de amistad con el famoso Nicolás de Cusa. Ambos participaron en el concilio de Basilea y Heimeric de Campo fue contratado por unos ciudadanos de Lovaina para que enseñara en la Facultad de Teología de su universidad, en 1435. Esta contratación fue todo un éxito para Lovaina ya que Heimeric desarrolló una intensa y fructífera actividad, al igual que lo había hecho en la universidad de Colonia, como lo testimonian los innumerables trabajos que allí desarrolló y que le dieron esa merecida fama tanto a él como a Lovaina.

Los escritos de Heimeric de Campo, al fin hijos de los tiempos góticos, se caracterizan por su estilo muy rico y bastante elaborado, pero en su caso, a pesar de lo importante de los temas que toca, llega incluso a ser farragoso, pesado. Lo distinto y significativo de los trabajos de Heimeric se encuentra en su rechazo de la tradicional estructura escolástica del texto, su preferencia por lo que actualmente llamaríamos tratado moderno con su correspondiente división en capítulos. Lo que se podríamos llamar su doctrina filosófica, se inspira en las distintas corrientes neoplatónicas, de manera importante en Alberto Magno. En el transcurso de las vacaciones de la universidad de Lovaina, Heimeric continuaba con su labor docente y tenía especial predilección por continuar escribiendo y enseñando con un grupo de religiosos que se encontraban instalados cerca de la ciudad de Lovaina. Su fama de sabio le valió que fuera invitado a participar en varias ocasiones en las reformas de la orden religiosa. De esa manera dieron principio las relaciones, continuas y fructíferas, entre la universidad de Lovaina y el movimiento de la *devotio moderna*, que llegaría a su clímax durante el siglo XV.

Todavía en la época que Heimeric formaba parte del claustro de la universidad de Lovaina se dejaban escuchar los ecos de la disputa de los universales. En su caso, doctrinalmente el maestro deja ver que es necesario alejar ya esta controversia que a la sazón llevaba siglos de discutirse, y ante las posiciones en disputa la universidad prefiere deslindarse de las doctrinas nominalistas. De hecho, tanto en 1427 como en 1447 resolvieron, para sí, de forma definitiva el problema: la universidad de Lovaina prefirió adoptar, al respecto del problema de los universales, la doctrina sustentada por Aristóteles, según la interpretación de Averroes, Alberto Magno, Tomás de Aquino y Egidio Colonna*.

Una avanzada del Renacimiento en el norte europeo fue la universidad de Lovaina, que adoptó tempranamente el ímpetu renovador de ese gran movimiento que afectó a todos los aspectos de la vida. Cierto que en Italia, como su cuna, es posible comprobar la amplitud y profundidad del movimiento literario y científico del Renacimiento en casi

toda la península. Contrariamente en Francia, en el norte de los Alpes y en los Países Bajos, el inicio del Renacimiento fue muy discreto: comparado con Italia y su ruptura con la Edad Media, fue bastante más lento.

A pesar de su situación geográfica al norte de Alemania –lo que habla de su apertura y constante vigilancia respecto de la marcha de los tiempos– la universidad de Lovaina rápidamente se convirtió en un importante centro de la literatura renacentista de Europa occidental. La aristocracia burguesa siempre activa, lo mismo participaba en la vida económica y en la política; tendía como programa de vida del Renacimiento el retorno a la ciudad-estado del mundo griego clásico, aspiración que de ninguna manera era posible siquiera concebir sin considerar la revalorización del individuo y sus obras, al ser humano como el promotor, medio y beneficiario de toda actividad creadora, partícipe comprometido en todos los ámbitos de la vida social y política.

Desde cualquier punto de vista es encomiable el que la universidad de Lovaina haya dado cabida a los estudios sobre la literatura clásica en sus colegios, *pedagogies*, donde el interés por los autores de la antigüedad los conduce, a partir de 1443, a que la Facultad de Artes cuente entre sus miembros a destacados profesores de humanidades y letras clásicas.

A mediados del siglo XV un buen número de sabios extranjeros comenzaron a frecuentar la universidad de Lovaina; entre los más famosos se encuentran Rodolfo Agrícola, conocido como uno de los padres del humanismo alemán. Para el periodo que va de 1490 a 1520, se asocian al nombre de la universidad de Lovaina: Erasmo, el futuro Papa

Frontispicio del *De principiis astronomiae et cosmographiae* de Rainer Gemma Frisius. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 167

Adrián V*, Van den Dorp, Luis Vives, Costers de Palude, y otros tantos más, indisolublemente asociados con las mejores contribuciones a esa corriente de pensamiento.

La estructura de la universidad de Lovaina se encontraba dada por colegios, mismos que se fueron abriendo al paso de los años de acuerdo con las necesidades y las autorizaciones correspondientes. En 1445 Louis de Rycke funda el colegio de Holy Ghost con apenas siete estudiantes de Teología, y a partir de entonces su crecimiento fue acelerado. Los estudiantes de Derecho contaron con el colegio de san Ivo, fundado por Robert van de Poel en 1483. Por su parte, el colegio de san Donatian fue creado por el doctor An-

tonius Haneron en 1484; el colegio de Malines para artistas fue fundado por Arnold Trot.

Además de los colegios también formaban parte de la universidad las cuatro paedagogia, que eran: *lilii, falconis, castri* y *porci*. Éstas se diferenciaban de los colegios propiamente dichos, y administrativamente se encontraban bajo la jurisdicción de la Facultad de Artes. Sin duda, el colegio más famoso de Lovaina fue el Collegium Trilingüe, cuya fundación data de 1517, bajo la autoría de Jerome Bulseiden destinado al estudio del griego, latín y hebreo; tal fundación vino a consolidar la posición de la universidad de Lovaina como uno de los centros de aprendizaje de mayor prestigio en toda Europa.

La organización administrativa y pedagógica de la universidad de Lovaina se adaptaba perfectamente a la manera en que era impartida la instrucción, ya que cada uno de los colegios que la conformaban se hacia cargo de todos los aspectos relacionados con la enseñanza de una disciplina. En esa época toda la vida académica se desarrollaba en los colegios, y cada uno tenía una característica propia. Debido a esa estructura mediante la cual un colegio se hacía cargo de una disciplina, la universidad debió crear un colegio más, ya que faltaba por cubrir un hueco que existía, paradójicamente, en el estudio de la filosofía y de la literatura. Es así como se crea el ya mencionado y célebre Colegio Trilingüe en 1517, teniendo como fundador a Jerónimo Busleiden, quien era originario de Luxemburgo y se había doctorado en Bolonia; profesor que estableció una tradición, principalmente por lo que se refiere a la formación de preceptores y profesores de latín, griego y hebreo.

El trabajo en las primeras imprentas. J. Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, vol. 3, p. 26

En otras partes de Europa, al no contar con la rica tradición y, consecuentemente, con el profundo conocimiento que se requería, desaprobaban la enseñanza de las lenguas bíblicas por maestros que no fueran clérigos; el mismo Adrián VI* no estuvo muy dispuesto a apoyar este tipo de enseñanza, a pesar del excelente resultado que Lovaina estaba obteniendo y que, aparte de estimular el estudio de estas lenguas, logró que el colegio Trilingüe tuviera un desarrollo sorprendente.

Dentro del clima renacentista, el siglo XV vio el comienzo del descubrimiento y organización de las bibliotecas; las copias y las traducciones del griego, de acuerdo con los nuevos y refrescantes vientos tuvieron una época de auge y prestigio. Ello contribuyó a que la actividad de los estudiosos y coleccionistas lograra preservar numerosas obras, ya fueran de autores paganos lo mismo que cristianos, y salvarlas de la definitiva destrucción. Igualmente, la creación de la imprenta fue recibida con entusiasmo por todos aquellos que sabían perfectamente que para lograr poseer un libro habían de copiarlo y, además, pagar por ello una pequeña fortuna. Conjuntamente con la aparición de ese portentoso invento, hicieron su aparición los primeros intentos por organizar la actividad editorial.

Con el inicio del siglo XVI se tuvo un auge en el estudio del griego, puesto que estaba de moda prácticamente en toda Italia, lo que incrementó el prestigio de la universidad de Lovaina ya que, además de su calidad en la enseñanza, era uno de los pocos centros en Europa encargado del estudio de ese idioma, a pesar del revés que sufrió el cultivo de esta disciplina en 1520 por la extinción de la colonia de eruditos griegos.

La imprenta, con su explosivo crecimiento, fue el enorme detonador del desarrollo de los estudios en todos los sentidos, ya fuera en el terreno literario lo mismo que en el terreno de las ciencias. Ésta contribuyó a elevar y consolidar el renombre que, en el ámbito literario contaba Lovaina, aunque no fue la única universidad privilegiada en ese sentido, ya que ese prestigio lo compartió con otras ciudades universitarias. La imprenta cambió por completo la vida; por ejemplo: en los Países Bajos y Alemania el fervor literario e intelectual casi se comparaba con el fervor religioso, lo cual estimuló el auge de las ediciones de la Biblia lo mismo en latín, como en lenguas vulgares, con lo que se tuvo la oportunidad única en la historia de predicar el Evangelio, ya fuera mediante la palabra hablada, a lo que se venía a aunar la posibilidad de hacerlo mediante el uso de la palabra escrita. No llegó el fin del siglo XVI sin que se vieran aparecer las ediciones de la Biblia en alemán, francés y flamenco.

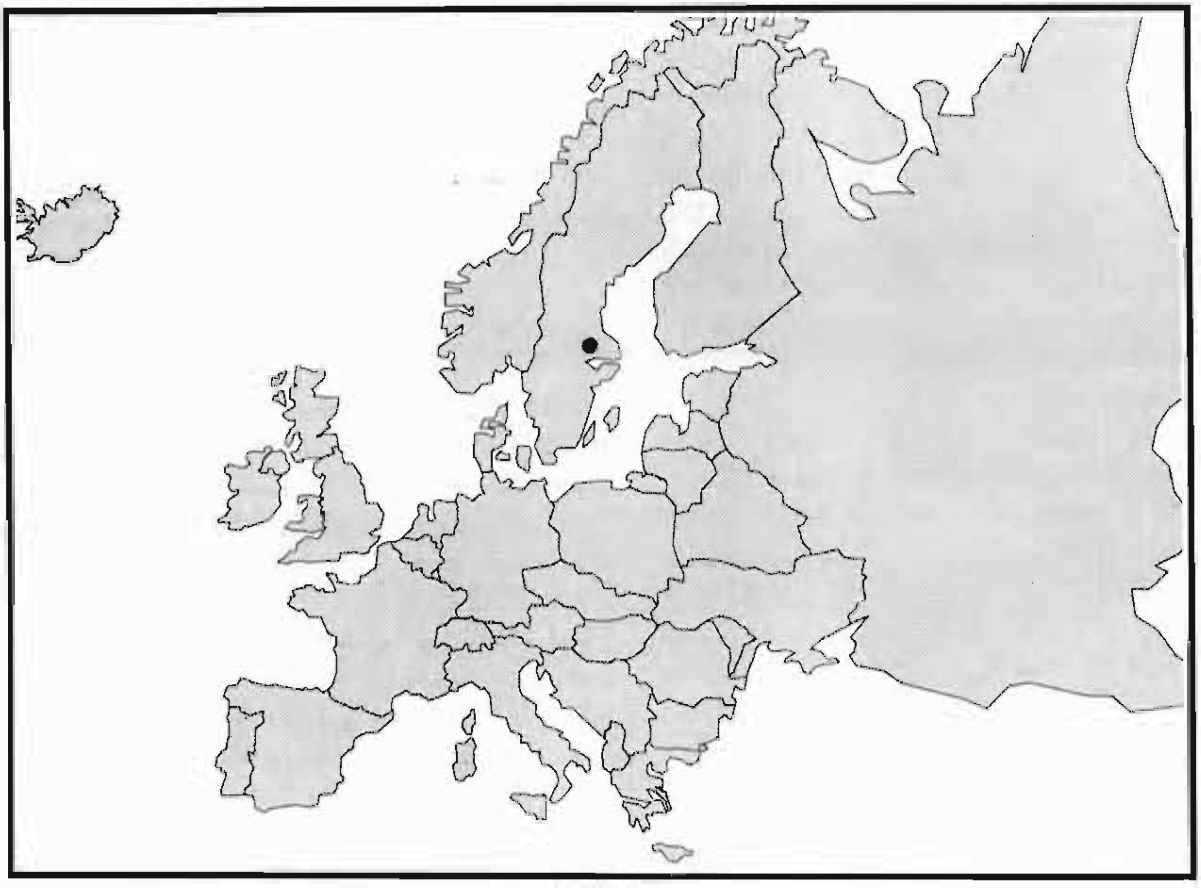
Como un adelanto de los tiempos por venir que le aguardaban a la universidad de Lovaina, en ella se instala la primera oficina de tipografía en 1474, a cargo de Jean de Westphalie, y para 1512 Thierry Martens*, uno de sus maestros, edita la *Utopía*, de santo Tomás Moro, con lo que se deja ver que la universidad de Lovaina, si bien encontró sus orígenes en los límites de la Edad Media, por su carácter completamente abierto y vanguardista, como podía serlo un claustro universitario, se transformó a sí misma, como una de las materializaciones del espíritu renacentista.

Uppsala

Suecia, o mejor dicho los territorios y sus habitantes que actualmente conforman esta nación, llegan a la conciencia de los occidentales hasta muy avanzada la Edad Media; apenas Tácito en el siglo I de nuestra era hace mención al pueblo de los suiones, caracterizándolos por su gran habilidad como navegantes en los mares del Norte, y ya en el siglo VIII la expansión de los grupos normandos los conduce hacia la costa oriental del mar Báltico y más allá hasta las aguas del mar Negro, para que a mediados de la siguiente centuria muchos de ellos se encuentren al servicio de los emperadores bizantinos.

Sólo hasta el siglo XII se realizó la cristianización del país; Uppsala, la entonces capital, fue elevada a sede del episcopado. Por lo que se refiere al aspecto político sabemos que después de haber contado con una especie de monarquía electiva, para 1250 se queda en el poder la dinastía Folkung, con la que penetran en el país las influencias occidentales del momento, la sociedad sueca inicia un proceso de feudalización y la capital queda establecida en Estocolmo.

Magnus Eriksson une en su persona las coronas de Suecia y Noruega en 1319, y fines de ese siglo XIV, la reina Margarita I establece la Unión de Kalmar, la confederación de los tres reinos nórdicos, Suecia, Noruega y Dinamarca, aunque cabe aclarar que a pe-



Uppsala

sar de los deseos en contrario de la soberana, esa unión fue más formal que real, aunque estuvo vigente más de un siglo. Es esta época en la que la sociedad sueca gozó de enorme prosperidad debido a su intenso comercio con hierro y cobre, lo que le permitió también lograr un relativo esplendor cultural.

En el siglo XV la expansión del sistema universitario occidental logró llegar hasta los países de lengua germana y eslava, con la creación de un *studium generale* en Rostock a orillas del mar Báltico en 1419, para continuar con la fundación de otro *studium* en Greifswald, en Pomerania en el año de 1456.

La creación de un centro de estudios superiores en la antigua capital del reino de Suecia, que sería la fundación universitaria más al norte europeo de cuantas hasta el momento existían, era una de las exigencias que se dejaban sentir ya desde hacía mucho tiempo. Para poder realizar sus estudios profesionales, un buen número de jóvenes suecos debían viajar hasta París, Orleáns o Bolonia. De manera un tanto paliativa, en el transcurso del siglo XIV las instituciones alemanas, cuya cercanía geográfica significaba, entre otras cosas, menores gastos, fueron meta de muchos estudiantes escandinavos.

Se puede comprender entonces el problema de la elevada carga económica que representaba para una persona realizar estudios de nivel profesional en un país extranjero. A este componente se le puede añadir que Suecia atravesaba por un periodo de eferves-

cencia política, debida a su anexión con Dinamarca, sus logros en el aspecto económico cuyo impacto social fue considerable, el auge de las ciudades suecas, la formación de una rica clase burguesa, acompañada por un alto nivel de vida de la nobleza y la prosperidad de la Iglesia, eran condiciones propicias para hacer realidad una fundación universitaria, alimentada por una demanda creciente de instrucción. Por otro lado Suecia, a pesar de que la catequización en su territorio no tenía un pasado demasiado lejano, la cultura cristiana ya había conformado una sólida tradición, por lo menos algunos monasterios contaban con bibliotecas excelentes, y las escuelas en los conventos franciscanos y dominicos gozaban de una buena reputación, al igual que las escuelas de las catedrales.

Con estos antecedentes, es claro que no fue una casualidad el que los primeros intentos por fundar un *studium generale* en tierras suecas hayan provenido de la Iglesia católica, que en todo momento contaron con el apoyo de las autoridades civiles, toda vez que ambos poderes mantenían interesas comunes, por la enorme necesidad de contar con personas cuya preparación profesional garantizara el buen desempeño de las tareas que le fueran asignadas, tanto en el orden civil como del ambiente religioso.

A pesar de que el propio monarca de los reinos de Suecia, Noruega y Dinamarca, Erik de Pomerania, en el año de 1419, intentó realizar la creación de una universidad en alguna de las ciudades de su extenso reino, por lo que se dirigió al Papado a fin de obtener una bula que autorizara dicha fundación. No logró su objetivo, lo cual no deja de ser por lo menos extraño, por cuanto era perfectamente conocida la necesidad, incluso para la propia Iglesia católica asentada en el reino sueco de contar con una institución de este tipo; además, todo parece indicar que ninguna otra iniciativa en este sentido proveniente del monarca tendría algún resultado positivo.

No obstante los antecedentes negativos, algunos años después el arzobispo de Uppsala, Nicolaus Ragvaldi logró obtener de Roma la autorización eclesiástica para fundar un *studium generale* en esa ciudad. En apoyo a la iniciativa del arzobispo, en 1438 el Consejo de la Corona tomó la decisión de utilizar el diezmo que se daba en favor del hospital de Enköping, para que a partir de ese momento le fuera directamente asignado a Andreas Bondonis, para que impartiera algunos cursos en la catedral de Uppsala como maestro in *studiis privilegiatis*. Aunque por otro lado, no se conoce bien cuanto tiempo Andreas Bondonis impartió sus lecciones, aprovechando el apoyo económico que le fue asignado; solamente se conoce que dio sus lecturas, a pesar de que no fuera una figura de gran relieve y que tan sólo contara con un título de maestro en artes, por la universidad de Viena.

Los intentos por contar con un *studium generale* partieron de diferentes ámbitos, lo mismo desde la corte del rey que de algunos particulares como Nicolaus Ragvaldi, quien en 1441 lograra que la iglesia sueca, como institución, aprobara durante el sínodo de Söderköping un documento en el que se consideraba de manera específica la exigencia social de crear al menos un *studium particulare*, es decir, una escuela que a pesar de que no tuviera los alcances y privilegios de una universidad, sirviera como punto de partida para, en lo futuro, llegar a contar con una entidad de ese nivel. Asimismo, Ragvaldi logró, en 1444, que el rey aceptara y confirma-

ra esa disposición del Consejo. Ese fue otro paso, si bien discreto, en el largo camino que se tuvo que recorrer hasta alcanzar la creación de una universidad en territorio del reino de Suecia.

Todavía pasaron cerca de tres décadas para que los esfuerzos en pro de fundar una institución universitaria llegaran a tener éxito. Suecia debió emprender una guerra para obtener su separación definitiva del reino de Dinamarca, al que logra derrotar en la famosa batalla de Brunkeberg en 1471. Ahora, aunada a la sentida necesidad de contar con un *studium* que enfrentara el problema de la preparación profesional de la juventud, la fundación en territorio sueco de una universidad se convirtió también en una cuestión de prestigio y de orgullo nacionalistas. Y como había venido sucediendo, la iniciativa para intentarlo una vez más provino de la sociedad y no del poder político, a cuya cabeza se encontraba el regente Sten Sture, quien había jugado un importante papel en la separación de los suecos de Dinamarca. El sínodo que presentó la solicitud establecía con toda precisión que deseaban la creación de un *studium generale*, es decir, una verdadera universidad. Por fin la meta tantas veces acariciada pudo tenerse a mano, debido a la tenaz e inteligente intervención de Jacob Ulvsson quien recientemente había sido nombrado arzobispo de la ciudad de Uppsala.

El arzobispo Ulvsson había realizado sus estudios en Rostock, de donde pasó después, también como alumno, a París. Se dice que en esta universidad se desempeñó como maestro de Artes, aunque realmente no se tiene ninguna seguridad de ello; mas lo cierto es que Jacob Ulvsson había fincado una buena reputación de hombre culto y de gran iniciativa, que complementaba inteligentemente con una notabilísima habilidad política.

Ulvsson no solamente era poseedor de grandes cualidades morales e intelectuales, sino que contaba además con un bagage muy importante que le permitía moverse con soltura dentro de los laberínticos y sutiles mecanismos burocráticos de la curia pontificia, donde ya había tenido oportunidad de desplegar con éxito sus múltiples habilidades. Este hombre fue el indicado para emprender, de manera definitiva, una serie de gestiones ante el Papado a fin de conseguir su autorización para fundar una verdadera universidad.

Para conseguir su propósito, el arzobispo se dirigió inicialmente por escrito a Roma, mediante una carta personal, para después enviar al canónigo Ragvald Ingemundsson, haciéndolo portador de una petición conjunta de la Iglesia y de la Corona de Suecia. Las negociaciones del canónigo tuvieron buen recibimiento y el Papa Sixto IV firmaría, en febrero de 1477, una bula en la que autorizaba la apertura en la ciudad de Uppsala de un *studium generale ad instar Bononiensis*, es decir, una universidad como, a la manera de la de Bolonia, dotándola –como un privilegio especial– con las cuatro facultades tradicionales: Artes, Medicina, Jurisprudencia y Teología. En la disposición papal el arzobispo de Uppsala fue nombrado como el canciller de la nueva universidad, con pleno derecho de conferir, mediante los exámenes de costumbre, los títulos académicos.

La autorización papal para abrir un *studium generale* en Uppsala dio pie a que su arzobispo tuviera el principal respaldo para, con la diligencia que le caracterizó, realizar otras acciones a fin de concretar no sólo

la creación formal de la universidad sino su funcionamiento efectivo. Para el día el 2 de julio de ese año de 1477, Ulvsson obtuvo un importante documento del Consejo de la Corona. A pesar de que el latín era el idioma casi común para tratar los asuntos relacionados con las universidades, el breve documento del Consejo fue redactado en sueco y en él se garantizaban tanto a los maestros como a los alumnos nada menos que los mismos privilegios e inmunidades concedidos por el rey de Francia a la universidad de París. El arzobispo Ulvsson hizo publicar el 20 de julio una carta invitando a los estudiantes a inscribirse en la naciente universidad y, cual si fuera una competencia de velocidad, para el 21 de septiembre del año mencionado, con la mayor solemnidad, en procesión, presentó en Uppsala la bula que obtuviera del Papa Sixto IV. Así, también de manera por demás solemne, se iniciaron los cursos de la universidad de Uppsala el 7 de octubre de 1477, día de la fiesta de santa Brígida.

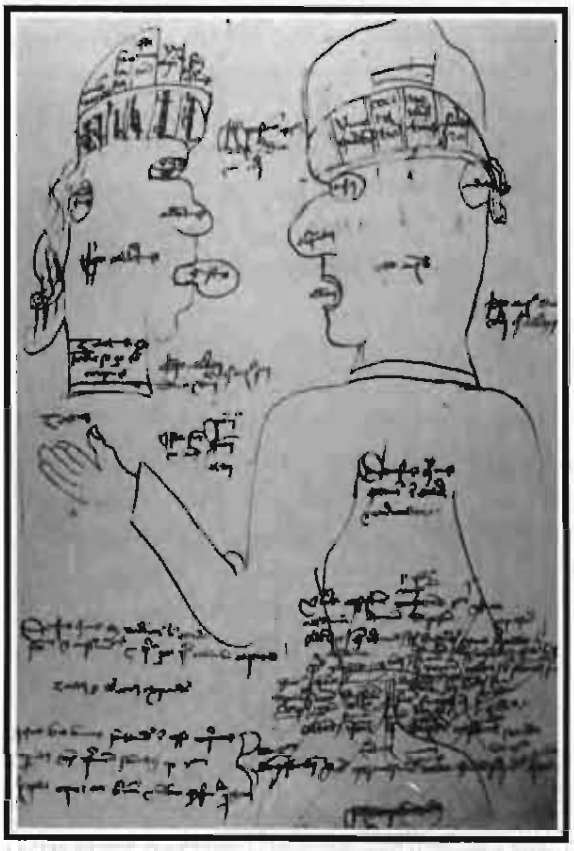
En consonancia con los antecedentes que le dieron origen, Uppsala es una universidad imbuida por completo de un carácter eclesiástico. Se entiende esta situación por cuanto la persona que logró concretar la magna obra de su fundación fue un arzobispo que, evidentemente, también fue impelido a ello por la necesidad de contar con los elementos, cuya preparación profesional les permitiera hacerse cargo de la amplia y compleja administración de la iglesia sueca, además de preservar la religión cristiana y ampliar su radio de influencia. No sólo habla de su vocación eclesiástica el que su principal promotor haya sido el arzobispo de la ciudad de Uppsala; en el mismo sentido se ejemplifica esa filiación de la universidad debido a que tuvo como sede los edificios del capítulo de la catedral, siendo, por otro lado que fue originario del mismo, prácticamente la totalidad del cuerpo docente.

Un problema recurrente, cuando se pretende estudiar la historia de muchas de las universidades, sobre todo lo referente a sus inicios, es la falta de documentos fidedignos, o simple y llanamente la ausencia de éstos. De ahí que en muchas ocasiones los datos o señalamientos conllevan una buena carga de supuestos, lo más cercano posible, sin hacer violencia ni distorsionar nada, a lo que pudo haber sido con base en la experiencia y al comportamiento más o menos generalizado de otras instituciones. Tal es el caso de la universidad de Uppsala, de la que hasta el momento no se han localizado los primeros estatutos –en caso de que hayan existido– que rigieron la vida interna en todos sus aspectos: plan de estudios, duración y composición de los cursos, normas de conducta, procedimiento para obtener un grado académico, formas de administración, elección de rectores y otras autoridades, privilegios, etcétera.

Es frecuente que un estudio general adquiera o dé forma a sus propios estatutos una vez que haya transcurrido buen tiempo desde su apertura, y mientras tanto, regirse mediante usos y costumbres o, sin que esto sea excluyente de alguna otra posibilidad, como la de tomar prestados los estatutos de alguna otra institución universitaria, de la que se sintiera más cercana, o aquella que la regia autoridad o el Papado designaran. "El hecho de que de los dos documentos que la instituían el pontificio mencionara Bolonia y el regio París puede parecer algo contradictorio, aunque en realidad no es nada sorprendente. La referencia a estas famosas universidades era una fórmula ritual, que servía para sugerir nobles ascendencias, pero no implicaba la exis-

tencia de una dependencia real en la organización de la vida académica: es probable que, en su origen, el *studium upsalense* tomara como modelo a las universidades alemanas, más cercanas y recientes".[1]

Se podría considerar como normal esa situación, mientras una fundación universitaria no llegara a adquirir cierto prestigio, y más si se tomaban de ejemplo universidades como París o Bolonia, sin olvidar a Salamanca o Cambridge. En este caso, Uppsala debió transitar el camino que la conduciría de ser una universidad casi desconocida, hasta constituirse en una institución de enorme peso, a la par que por su creciente prestigio, también por su estratégica ubicación al norte profundo del continente, en la Península Escandinava.



Notas tomadas en clase por un estudiante en 1481. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 184

De ahí deriva igualmente, que esa fundación tan reciente al inicio presentara varios problemas operativos, como la carencia de registros completos y fidedignos, por lo que al carecer de información, difícilmente se puede reconstruir su historia y debemos conformarnos con acercamientos aceptables. De los pocos documentos que se tiene a mano, sólo se puede aseverar que un buen número de los estudiantes preferia inscribirse en la facultad de Artes, para trasladarse después a dar término a su carrera en alguna universidad extranjera, escogiendo con frecuencia a Alemania.

De hecho, los informes de que disponen los estudiosos de la historia de Uppsala provienen, no de documentos oficiales de la propia universidad, sino de una serie de apuntes de los estudiantes de las facultades de Artes y de Teología. Los apuntes abarcan, cronológicamente, de los años de 1447 a 1486, es decir, treinta y nueve años y en los que se da noticia de muchos de los aspectos de la vida cotidiana de esta institución. La compilación de dichos cuadernos se le atribuye a un estudiante de la propia universidad de nombre Olaus Johannis Gutho, quien después fuera monje de la abadía de Vadstena.

Por lo expuesto anteriormente, sólo se puede afirmar que, muy probablemente, como sucedía en todas las universidades durante la transición del Medievo al Renacimiento europeos, el *curriculum* de Artes, o sea, su programa de estudios, estaba basado en la lectura, interpretación y discusión de los escritos del filósofo estagirita, de Aristóteles. Cabe aclarar, sin embargo, que en ese tránsito de

1 Franco Cardini, *Op. Cit.*, p. 182

una época a la otra, las diversas instituciones llevaron también diversos ritmos y concepciones de lo que debía ser la enseñanza en un *studium generale*, y lo que debía ser la propia universidad y su vocación a la que estaba llamada a responder. Así, mientras unas iban a la vanguardia en algún tipo de estudios, otras como Uppsala preferían mantenerse en un ambiente conservador.

Debido a la influencia que aún detentaba la escolástica, es decir, la aplicación de la razón al conocimiento de Dios, la lógica aristotélica contaba con un lugar de preferencia. Dentro de esta disciplina se complementaba el estudio del *Organon* aristotélico con ejercicios sobre los *sophismata*.

Sin embargo, la vasta obra del Estagirita recibía un trato desigual: mientras su lógica era en extremo apreciada y era objeto de acucioso estudio, a su filosofía de la naturaleza se le restaba importancia, aunque, por obvias razones, derivadas de los estudios astrológicos se le daba un poco más de atención a la matemática y la astronomía. Por ejemplo, un estudiante que siguiera normalmente los cursos de la facultad de Artes de la universidad de Uppsala, podía asistir a escuchar las lecciones sobre los *Elementi* de Euclides y sobre la *Sphera* de Sacrobosco; el primero, como sabemos un libro imprescindible en ese tiempo para el estudio de las matemáticas, y el segundo, texto fundamental para el desarrollo de la ciencia de la astronomía. Con el estudio de esos libros y el acopio de un buen tratado de cálculo, un estudiante medio podía, sin demasiadas ni mayores complicaciones, determinar las conjunciones y las oposiciones del sol y de la luna, información que resultaba básica para el estudio e interpretación de muchos fenómenos naturales.

Por lo que toca al estudio de la Metafísica, el libro de Aristóteles que da nombre a esta ciencia queda olvidado, para dar preferencia a la lectura del texto de santo Tomás de Aquino, *El ente y la esencia*, y los extractos de buena parte de sus comentarios al *Liber de Causis*.

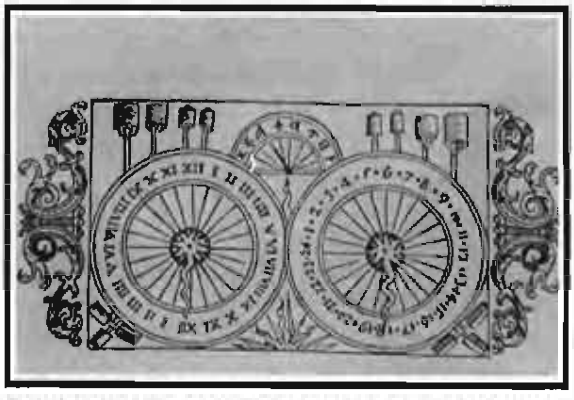
Al hacer un pequeño repaso, para tomarlos como ejemplo, de los estudios que se llevaban a cabo en la facultad de Artes (Filosofía) de la universdad de Uppsala, podemos decir que éstos, por lo menos durante lo que fue su época de inicio como *studium generale* mantuvieron, en lo académico, un nivel que prodría denominarse como discreto, lo cual es sin duda reflejo fiel de su tendencia predominantemente conservadora. Orientación que se percibe de manera clara al hacer permanente profesión de fe en la autoridad indiscutible de Aristóteles y de su *infalible ciencia*, y al lado del estagirita, la preferencia por los pensadores de la *via antiqua*, comenzando por santo Tomás de Aquino hasta llegar a Egidio Romano, pasando por Juan de Jandún y Duns Escoto.

De alguna manera la univesidad de Uppsala entra en una línea de actualización, como no podía ser de otra manera, a través del campo de la Lógica al exigir esta ciencia el empleo y estudio profundo de *autores modernos* como Guillermo de Occam, Juan Buridano o Alberto de Sajonia. Sin embargo, todo apunta al hecho de que las autoridades de la universidad de Uppsala no se percataron, o quizá, deseaban oponer todavía algún contrapeso conservador a la línea de modernidad de la Lógica, pues nunca resolvieron, dentro del plan de estudios de esta ciencia, "la contradicción existente entre el empleo de las técnicas más sofisticadas de la nueva lógica terminista y la fidelidad a un plantea-

miento metafísico realista, de inspiración marcadamente tomista".[2]

Por lo que se refiere al estudio de la Teología, el panorama se presenta similar al de la Lógica. Con la apertura de la universidad de Uppsala también se inauguró la cátedra de Teología, que estuvo a cargo de un solo maestro de nombre Ericus Olai*, quien fuera el autor de una historia del reino de Suecia, que en su tiempo gozó de fama titulada *Chronica regni Gothorum*. A mediados del siglo XV, Olai fue nombrado profesor en la facultad de Artes, desempeñando a la vez la cátedra de Derecho Canónico en la catedral de Uppsala. Para 1475 Ericus Olai se doctoró en teología en la universidad de Siena, en Italia. A pesar de que fue un personaje de cierta relevancia, no se alcanza a reflejar su preparación y su talento en los documentos que han llegado hasta nuestra época.

Los comentarios de Olai a los Evangelios y a las lecturas dominicales no alcanzan a mostrar, o no se logra percibir, ya no digamos cercanía, sino al menos cierto grado de conocimineto del desarrollo del debate teológico de los dos últimos siglos: de hecho, su autor de cabecera –y esto no es necesariamente una crítica por principio negativa, pues sólo es una muestra del clima intelectual del momento en esta universidad– es santo Tomás, seguido por el obispo de Hipona, Agustín, Hugo de San Vittore, Pedro Abelardo y Buenaventura. Es sintomático, entonces, las referencias que hace Olai a estas autoridades en un momento en que los nombres de otros autores, incluso contemporáneos suyos, no tuvieran acogida en sus páginas.



Reloj astronómico. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 180

Es muy poco lo que sabemos de los primeros tiempos de la universidad de Uppsala. Ericus Olai, que nos sirvió de ejemplo para dar una idea del camino recorrido por ésta durante los primeros años de su existencia, murió en 1486, sin que tengamos mayor noticia de su persona. Tampoco sabemos mayor cosa de otros aspectos de la vida en esta institución entre los siglos XV y XVI. Petrus Astronomus, el monje de origen alemán, es el nombre más familiar de este periodo. Él ocupó la cátedra de astronomía en Uppsala durante el otoño de 1508, y dentro de esta disciplina, considerado como un pensador de cierta valía, bastante conocido por ser el autor de unas minuciosas tablas. En Uppsala su nombre va asociado a ella debido a que fue el constructor del reloj astronómico de su catedral.

La universidad de Uppsala ha sido en extremo sensible de cuanto ocurre en su derredor, por lo que resintió en todo momento la situación crítica que representaba la inestabilidad política sueca, sobre todo durante la regencia de Sten Svantesson Sture, *el Joven* (1512-1520). A ello se debe agregar que, para completar un cuadro en lo que todos sus elementos se coordinan para actuar en contra de la institución, en 1515 renuncia, y a los pocos años muere su principal promotor, el

2 *Ibid.*, p. 183

arzobispo Jacob Ulvsson. Uppsala, al perder a su canciller, decayó, aunque paulatinamente, sin poder encontrar un punto de reposo para replantear su situación y tomar decisiones que le permitieran sobrevivir. En 1520 la universidad de Uppsala cerró definitivamente, para permanecer en ese estado cerca de cincuenta años. Con el fin de ese siglo XVI, volvió a abrir sus puertas en un ambiente cuyos cambios habían sido drásticos, pues durante el largo espacio en que permaneció cerrada, los acontecimientos se precipitaron y el país que le había proporcionado sus primeras luces de vida se encontraba inmerso en un proceso de cambio irreversible del catolicismo al protestantismo.

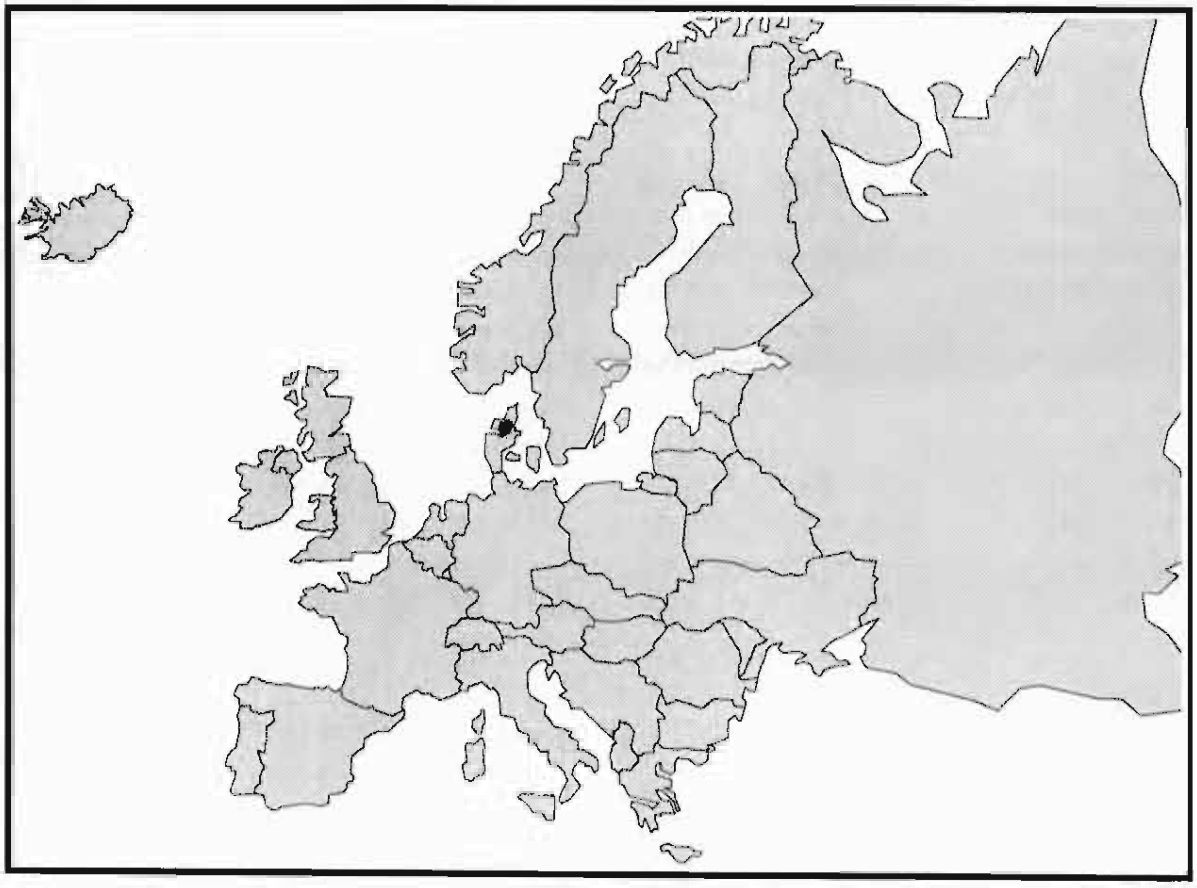
Copenhague

Creemos que no será demasiado repetir que las instituciones universitarias son un elemento de la mayor importancia para el desarrollo de los reinos y de los países. Éstas los dotan no solamente del personal indispensable, que les permite hacer avanzar la producción de bienes y servicios, al tiempo que crean nuevas tecnologías y logros científicos, sino además son el punto axial que articula la generación de pensamientos e ideales que cimientan la individualización y soberanía de una nación. A ello responde en gran medida el que gobernantes y líderes de muy diferente tesitura, tomen bajo su responsabilidad la creación de éstas en sus respectivos países y las traten con el mayor cuidado, para hacer posible su florecimiento en vista de los notables beneficios que, por diversos caminos, pueda recibir la sociedad y el propio gobierno.

Los propagadores del cristianismo lo llevaron al norte europeo siglos antes de que se consolidara como una religión institucionalizada, como una organización permanente en los países que conformarían el Sacro Imperio Romano Germánico, además del área cultural grecorromana, lo que representó, en su momento, el triunfo de la religión cristiana sobre las creencias nativas de cada pueblo en todo el continente. Esa victoria debe entenderse apenas como una supremacía, mas nunca como una eliminación de las otras creencias, que de alguna manera siempre permanecieron como un sustrato cultural y espiritual que jamás abandonará a sus antiguos practicantes. Sin embargo, esta supremacía del cristianismo no fue meramente el cambio de una religión por otra, sino sobre todo, la transición e inclusión de los países escandinavos en una cultura de alcance multinacional, ya que su radio de influencia muy pronto sería mundial.

Una vez que fueron creadas las universidades de París y de Bolonia a iniciativa de las corporaciones de maestros y alumnos respectivamente, con el tiempo, estas instituciones proliferaron por todo el territorio europeo, hasta abarcar prácticamente a todas las naciones de esa área. Con el paso de los años al extenderse las mutuas influencias entre países, las fundaciones universitarias van teniendo un corrimiento hacia el norte, llegando a lugares que por sus propias condiciones geográficas y climáticas, se encontraban bajo condiciones de cierto aislamiento. Sin embargo, tales condiciones no impidieron el contacto entre los hombres con miras a establecer centros de enseñanza superior que les permitiera solventar un sinfín de necesidades de todo tipo.

Al principio la meta principal del estudiante escandinavo en general y danés en particular, era matricularse en la universidad de



Copenhague

París. Aún antes de que fuera fundada esta universidad, podían ingresar como alumnos en los monasterios de santa Genoveva, de san Víctor o en la escuela catedralicia de Notre Dame.

Mas en el norte de Europa se da un fenómeno que deja en claro el interés de los gobernantes y autoridades eclesiásticas por promover las fundaciones universitarias. Mencionamos que París y Bolonia nacieron por la voluntad de maestros y alumnos, es decir, de personas si no ajenas por completo al gobierno o al poder político, por lo menos independientes de éste. En el caso de la institución danesa, su nacimiento se debe a un acuerdo entre el Papado y el soberano. Copenhague no nace como consecuencia o continuación de alguna escuela preexistente, ya fuera en alguna catedral o convento, ni mucho menos su génesis se gesta en alguna migración de estudiantes de otra universidad. Migraciones que, como recordamos, con frecuencia eran la solución a los recurrentes conflictos entre los estudiantes y los ciudadanos del burgo (ciudad) donde tenía su asiento la institución.

En definitiva la de Copenhague es una creación decidida de común acuerdo entre el Papado y la corona danesa. "Un gran y urgente deseo fue cumplido cuando fue fundada la universidad de Copenhague hace cinco siglos. La necesidad de una universidad en Dinamarca fue vinculada, como en otros países de Europa, con la necesidad de la Iglesia

católica romana de establecer el cristianismo como una filosofía universal de vida. Pensando esto, el hombre puede obtener respuestas a las cuestiones sobre las relaciones entre Dios y el hombre, sobre cómo el hombre debe comportarse para alcanzar la salvación eterna y cómo los hombres deben vivir y trabajar juntos de acuerdo con el plan de Dios".[1]

Dinamarca, a pesar de la lejanía que la separaba de los prestigiosos centros del saber como París o Bolonia, se encontraba inmersa en el enorme movimiento de cambio que poco a poco se iba dejando sentir cada vez con mayor intensidad. No podía ni debía permanecer ajena o inamovible ante el empuje de los acontecimientos del momento en Europa. Muchos de los cuadros profesionales con que contaba el país habían sido preparados, sobre todo en la universidad de París, donde los estudiantes formaban una prestigiosa *nación* y contaban con un colegio propio que les permitía proporcionar ayuda a sus compatriotas e impulsarlos hacia los puestos estratégicamente situados tanto en la docencia, como en la administración pública o la Iglesia.

La nación danesa en la universidad de París del siglo XIII llenó un espacio y una época, pues no fueron pocos los pensadores de este país que pusieron en alto el nombre de su patria con su talento y conocimiento, "bástenos recordar a maestros de artes como Martín y Juan de Dacia, que prestaron una contribución decisiva en el ámbito de la gramática y la lógica; a Boecio de Dacia, también maestro de artes, que centró su interés en todos los campos de la filosofía y, junto con Sigerio de Brabante*, se convirtió en el *líder* de la corriente de los aristotélicos radicales, condenada por el obispo Esteban Tempier en 1277; podemos citar también a Pedro de Dacia*, matemático y astrónomo de gran reputación, que también trabajó en Bolonia, y redactó unos comentarios muy importantes del *Algorithmus* de Sacrobosco, así como varios tratados de cálculo. A mediados del

La ciudad de Copenhague en el siglo XVI. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, pp. 186-187

1 Svend Erik Stybe, *Copenhaguen University. 500*

siglo XIV, el número de estudiantes daneses en París empezó a disminuir; la única razón de ello estribaba en el hecho de que preferían asistir a las nuevas y más cercanas universidades alemanas, como Erfurt o Colonia".[2]

A pesar de la enorme necesidad que ya se sentía en Dinamarca por contar con un *studium generale*, más bien su promoción fue lenta. Sólo al inicio del siglo XV, Erik de Pomerania, soberano de los reinos unidos de Suecia, Noruega y Dinamarca, se dirigió al Papa Martín V para solicitarle su acuerdo para fundar una universidad en la iglesia catedral de una de las ciudades sometidas a su dominio. Y aunque ni la solicitud especifica, ni la autorización confirma, es muy probable que la ciudad elegida para radicar en ella la fundación universitaria haya sido la ciudad de Copenhague, que por aquella época había alcanzado la distinción de ser reconocida como capital del reino. A la petición expresada por el monarca danés, el Papa Martín V responde de manera positiva mediante una bula fechada el día 26 de mayo de 1419.

Sello de la universidad de Copenhague. S. E. Stybe, *Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship*, p. 22

Como sabemos fue tradicional, sobre todo, que las autoridades eclesiásticas dieran a la universidad de París un cierto monopolio sobre la enseñanza de la Teología, de ahí que no sorprenda la respuesta de Martín V, al aceptar y dar su autorización, con objeto de que se fundara la universidad que solicitaba el monarca danés, al señalar directamente que, en la universidad, cuya fundación se encontraba en proyecto, autorizaba la apertura de las facultades de Artes (Filosofía), Medicina y Derecho, pero daba explícitamente su negativa a la fundación en esta universidad de una facultad de Teología. Tal negativa, como vemos no era nueva, y a pesar de que se esgrimieron diversas razones, de hecho les fue rechazada, por parte del Papa Urbano V, la solicitud en ese sentido a las fundaciones de Cracovia, Viena y Pécs, por mencionar algunas.

Según el parecer de algunos estudiosos del tema universitario, a lo anterior se debe añadir el que la limitativa del Papa, para no fundar la facultad de Teología en Dinamarca, obedece principalmente a la intención del pontífice de no favorecer mediante esta fundación, a aquellos maestros de Teología *radicales* que buscaron, durante el Sínodo de Constanza, otorgar más atribuciones, o sea, más poder al Concilio, en contra o para nivelar el enorme poder de que gozaba la curia romana.

En el caso de la fundación de la universidad de Copenhague, el Papa Martín V condicionó su autorización a que el *studium* solicitado fuera creado dentro del plazo de dos años. Dicha condición no pudo ser atendida por el monarca danés, debido a que se

2 Franco Cardini, *Op. Cit.*, p. 187.

encontraba envuelto en multitud de situaciones críticas, como la de hacer frente al conflicto armado contra las ciudades de la Liga Hanseática y al movimiento separatista de los suecos en contra de Dinamarca.

Los conflictos armados terminan por imponerse y la fundación universitaria debe esperar mejores tiempos. Medio siglo después, bajo el reinado de Cristian I*, los suecos logran su separación definitiva de la corona danesa, en la famosa batalla de Brunkeberg en 1471. Y por fin el rey danés tiene un poco de tiempo y calma para preocuparse por elevar el prestigio y la soberanía de su reino, mediante la fundación de aquella universidad, cuya autorización papal hacía décadas que permanecía olvidada. Se debió renovar la petición ante el Papado. Anecdóticamente, se dice que la ocasión para presentarla personalmente ante el Papa se dio durante un viaje a Roma que el propio monarca danés realizó en el año de 1474. Sin embargo, a pesar de este acercamiento personal, la autorización firmada por Sixto IV tardó en hacerse realidad un año más todavía, hasta que la reina Dorotea pudo contar con la eficiente ayuda de un sobrino suyo, el joven cardenal Francisco Gonzaga, quien fuera de hecho el que obtuviera la bula papal donde se definían la naturaleza y las características del *studium* danés.

Sin embargo, la autorización no fue dirigida al rey de los daneses, sino al arzobispo de Lund, Jens Brostrup. En ella se indicaba que la naciente institución debía ser instalada en una localidad ilustre, en la que abundaran alimentos de todo tipo (*locus insigni, in quo victualium omnium copia haberetur)* según rezaba el documento que como era normal se encontraba escrito en latín.

Bula del 19 de junio de 1475. S. E. Stybe, *Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship*, p. 17

La universidad fue dividida, de acuerdo con la costumbre de la época en facultades, o sea, ramas de estudio –según la traducción latina– contaba con la autoridad necesaria para otorgar los títulos académicos en Filosofía, Derecho Civil y Canónico, Medicina y Teología. Así quedaba saldada la limitación que hacía medio siglo impusiera el Papa Martín V. La facultad de Artes (Filosofía) tenía como programa de estudios al *trivium*, los tres caminos de la sabiduría: gramática, retórica y lógica, seguido por el *cuadrivium*, los cuatro caminos de la sabiduría: aritmética, geometría, astronomía y música. Como era de esperarse, la fundación universitaria tendría como canciller al arzobispo o al obispo de la ciudad en que se decidiera como su sede y sus miembros contarían a su favor, con los mismos privilegios y derechos de que gozaba la universidad de Bolonia.

Por su parte, la Corona danesa no tuvo problema alguno para determinar el lugar en que la universidad tendría su asiento: Copenhague, residencia real y capital del país. A pesar de todos sus esfuerzos, los preparativos para su apertura tomaron demasiado tiem-

po, se debieron vencer todavía muchas dificultades y reticencias, al grado que el antiguo país subordinado de Dinamarca, Suecia, lograra realizar antes la fundación de su universidad, con lo que además de la sensación de vacío dejada por los enormes esfuerzos aún sin resultados concretos, debieron sufrir el maltrato a su orgullo patriótico. "Al saber que la reina Dorotea había logrado por fin el permiso papal, el obispo de Uppsala, Jacob Ulvsson, formuló una petición análoga a Sixto IV y, tras recibir una respuesta afirmativa, logró resolver en pocos meses todos los problemas de organización, de forma que en su ciudad los cursos universitarios pudieron comenzar en octubre del año 1477."[3] Así, la universidad como institución nacional no es meramente una escuela de altos estudios, sino también y sobre todo motivo, muchas veces, de subjetivo prestigio y de orgullos nacionalistas.

Cristian I con Ludovico Gonzaga. S. E. Stybe, *Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship*, p. 15

Cristian I, el rey danés, hizo publicar el 4 de octubre de 1478 el decreto que garantizaba los privilegios de costumbre a maestros y estudiantes. Nombró canciller de la universidad, mediante un acuerdo mutuo, al obispo de Roskilde, Oluf Mortensen, e instruyó a Peter Albertsen para que se diera a la tarea de elegir al personal docente. Albertsen, quien contaba con los títulos de maestro en Artes y Doctor en Medicina, reclutó en la universidad de Colonia a algunos maestros como el escocés Peter Davidson (Petrus Scotus), filósofo y bachiller en Teología, a los alemanes Tileman Schlecht, filósofo y bachiller en Derecho, Balthazar Wortwin, Johannes Sartoris y algunos otros.

La inauguración de la universidad de Copenhague se realizó de manera por demás solemne, contando con la presencia del rey el día primero de junio de 1479. La elección para ser el primer rector de esta universidad recayó en Jesper Henriksen, decano del capítulo de la iglesia de Vor Frue. La lecciones se iniciaron contando con una matricula de setenta y nueve estudiantes en distintos niveles, algunos de ellos procedentes de Noruega, Holanda e Islandia. "Por su resolución cristiana en beneficio de las artes literarias –escribía el cronista Arild Hitfeeldt alabando la iniciativa del rey Cristian I– nosotros también tenemos que agradecerle este día que nuestra patria ha sido liberada de la obscuridad y una vida de barbarie, porque gracias a este beneficio ahora tenemos una escuela en nuestro país donde hombres jóvenes pueden aprender la lengua de latín y otro conocimiento del cual viene la razón y comprensión".[4]

A pesar del enorme entusiasmo con que las autoridades impulsaron la creación de la universidad de Copenhague, lo cierto es que ésta se encontró inmersa –de ahí sus limitaciones– en una sociedad sangrada por las continuas guerras que pesaban sobre una economía, en comparación de otros países euro-

3 *Ibid.*, p. 189.

4 Svend Erik Stybe, *Op. Cit.* p. 22

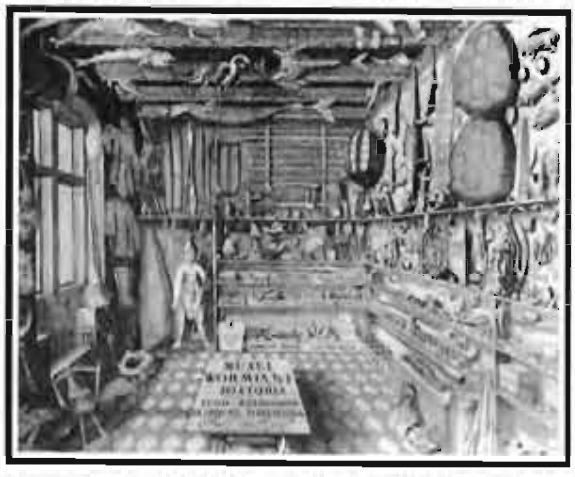
peos, precapitalista, fundamentalmente agraria. Las arcas de la Corona con frecuencia se encontraban vacías, por lo que prácticamente el sostén único de la universidad lo constituía la Iglesia, la que como recurso para pagar los salarios de los maestros y de los funcionarios universitarios, buena parte de ellos los cubría en especie con los productos de sus granjas, incluyendo en este rubro el alojamiento. Aún así, "la universidad estaba exenta del pago de impuestos y tributos. Estaban libres de pagos de aduanas y alcabalas, permitiéndoseles –a los comerciantes del burgo– vender cerveza y vino a los profesores y estudiantes sin impuestos. Así que, en cierto modo, la universidad se convirtió en un cierto Estado dentro de un Estado, una república de aprendizaje".[5]

De manera contraria a como había sucedido en varias universidades de reconocido prestigio, apenas habían pasado escasos seis meses de la inauguración del *studium* danés, el 28 de noviembre de 1479, cuando el arzobispo Jens Brostrup promulgó los estatutos de la universidad. Aunque éstos, era ampliamente conocido, eran totalmente inspirados –si no copiados– de los estatutos de la universidad de Colonia, a su vez procedentes de los estatutos de Viena, a pesar de que el Papa expresamente había establecido que el modelo sobre este asunto lo sería la universidad de Bolonia. En estos estatutos se hacía especial énfasis en el mantenimiento de buenas relaciones entre los distintos elementos del cuerpo académico. Para prevenir el surgimiento de conflictos que pudieran afectar gravemente la vida universitaria, como había sucedido en otras instituciones similares, se estableció de manera explícita un criterio de rotación de los cargos. Este sistema

Reconstrucción del edificio del palacio de la ciudad, sede universitaria. Lámina de 1677. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 188

indicaba claramente que el rector no podía proceder siempre de la misma facultad, y la misma persona no podía ser elegida de nueva cuenta para ocupar el mismo cargo.

Para poder ingresar a la universidad de Copenhague, como a casi todas las universidades europeas, al no contar con una estructura educativa generalizada, lo suficientemente consolidada y homogénea, por lo general eran suficientes saber leer y escribir, contar con los conocimientos básicos de latín y teología, que se adquirían normalmente en las

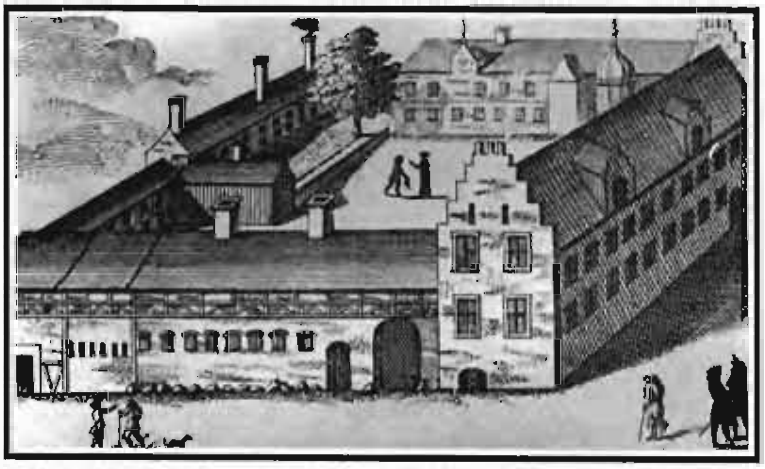


Museo Wormianum. Grabado holandés de 1655. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 190

5 *Ibid.* p. 38

escuelas catedralicias y monásticas, lo que los cualificaba más o menos para desempeñar, con cierta eficiencia, las tareas sacerdotales: oficiar misa y leer los textos sagrados.

Debemos repetir aquí lo que ha sido una constante para los estudiosos de la historia universitaria, es decir, que por lo que se refiere a la de Copenhague se cuenta apenas con una documentación mínima, escasa, que solamente permite hacer un recuento parcial de la historia de esta institución. Todo parece indicar que la mayor parte de la información



Universidad de Copenhague. S. E. Stybe, *Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship*, p. 24

perteneciente a la universidad fue presa del fuego durante el terrible incendio que destruyó gran parte de la ciudad en el fatídico año de 1728.

De ahí que resulte algo difícil tener una visión de conjunto de esta institución, del número de profesores y de estudiantes. Sólo se tiene conocimiento parcial de algunos rubros, por ejemplo que, en 1520, el número de matrículas llegaron a diecisiete, y eso en un buen año, porque en años anteriores el número de alumnos inscritos fue mucho menor. Lo que da alguna idea del pequeño tamaño de la universidad de Copenhague. No es difícil imaginar que una de las razones de tan raquítico crecimiento, a pesar de la necesidad reconocida de contar con una institución de este nivel, fueron las sempiternas dificultades financieras que afectaron a todos los ámbitos de la vida del país, debidas fundamentalmente a las constantes guerras contra Suecia.

A lo anterior se puede añadir la firme competencia de la universidad sueca de Uppsala, que representaba un buen atractivo para estudiantes suecos y noruegos, además del prestigio de las universidades alemanas, que tuvieron un impacto en verdad negativo en el desarrollo de la universidad danesa. Se llegaba a dar el caso de que, incluso, muchos jóvenes daneses preferían las universidades extranjeras poseedoras de mayor prestigio. Fue necesario entonces, que el rey Hans, en 1498, prohibiera que los jóvenes daneses fueran a estudiar al extranjero, sin que antes hubieran cursado un mínimo de dos años en la universidad de Copenhague, medida que, como era de esperarse, surtió muy escaso efecto.

Ciertamente no podemos esperar que el nivel de enseñanza de Copenhague haya sido de los mejores entre las instituciones europeas en ese momento. Durante su primera época como universidad católica, prácticamente ninguno de sus profesores lograron alcanzar algún reconocimiento por sus contribuciones científicas y más bien se dedicaron a mantener una cierta tradición, ya en muchos de los países europeos completamente superada, como lo era la escolástica. Dicha situación sólo cambió cerca del fin de su pe-

riodo católico, en consecuencia, también la amplitud y profundidad de la cultura humanista fueron por demás discretas, a pesar de los enormes esfuerzos de Cristiern Pedersen* y de Poul Helgesen, los dos exponentes máximos del humanismo en Dinamarca.

La nueva corriente, si es que puede llamarse de esa manera a una preocupación permanente por hacer del ser humano el principal objeto de estudio, de cuidado, para llevarlo a la superación de sus deficiencias y debilidades, y así posibilitar que alcance la cima de sí mismo y, con ello, igualmente dar cumplimiento a su máximo destino que es llegar al lado de su creador, se preocupó por encontrar un punto de partida que le permitiera lograr sus objetivos. "La corriente humanista está caracterizada por un interés en la literatura clásica. Es cierto que los escolásticos de la Alta Edad Media se interesaron en la literatura clásica, en la ciencia y la filosofía, pero solamente en lo que podría ser utilizado para justificar y consolidar la filosofía católica. Ahora comenzó el interés por la literatura clásica y se comenzó a imitar el clasicismo en el arte, la literatura y la arquitectura. Ellos aspiraban al renacimiento del mundo antiguo".[6]

Hans Tausen. Primer profesor de hebreo. S. E. Stybe, *Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship*, p. 32

Acorde con los nuevos vientos que comenzaron a soplar en Europa, la actividad que como docente realizó Poul Helgesen en la facultad de Teología, en calidad de *lector in sacra pagina*, se vio influenciada por la doctrina de Erasmo de Rotterdam, en tanto defensor de una reforma de la Iglesia cristiana que se mantuviera dentro de los límites de la ortodoxia católica. Sin embargo, Helgesen pronto debió defender su libertad de acción y de pensamiento ante el propio rey Cristian II, a quien se enfrentó al negarse a traducir una obra política que, según su personal criterio era peligrosa. Debido a este incidente Helgesen debió abandonar la universidad de Copenhague, seguido por muchos de sus estudiantes que apreciaban su lectura humanista de la Biblia, y que en señal de protesta abandonaron la universidad, y se vieron empujados hacia las posiciones de los luteranos.

En el caso de la universidad de Copenhague se repite la historia de la de Uppsala, las cuales se ven envueltas en divergencias religiosas, galopante disgregación de la Iglesia local y luchas sociales y políticas. Bien sabemos que en medio del caos es difícil, si no imposible, que una universidad sobreviva; la de Copenhague debió suspender sus actividades y cerrar sus puertas. Y no es sino hasta el año de 1537, finalizada la guerra civil y religiosa, que el rey Cristian III*, reabre Copenhague. Pero ya el mundo había dado vueltas, la historia había cambiado, y la nueva universidad tendrá que abrir sus puertas ahora en calidad de institución evangélica luterana.

Con el triunfo del protestantismo, prácticamente en todo el norte de Europa cambió

6 *Ibid.*, p. 27

la forma de vida para millones de personas, aunque otros muchos aspectos sociales continuaron sobre la misma vía por inercia, únicamente por costumbre. Se puede decir, por lo que se refiere a la nueva universidad de Copenhague, que su estructura sin duda mantuvo la misma que la de su antecesora universidad católica. Ahora, en vez de capacitar a predicadores católicos, se entrenará a predicadores luteranos. Los tiempos, por un lado, tuvieron momentos en verdad vertiginosos; por otro, a pesar de los cambios ocurridos, se prefirió mantener la tradición.

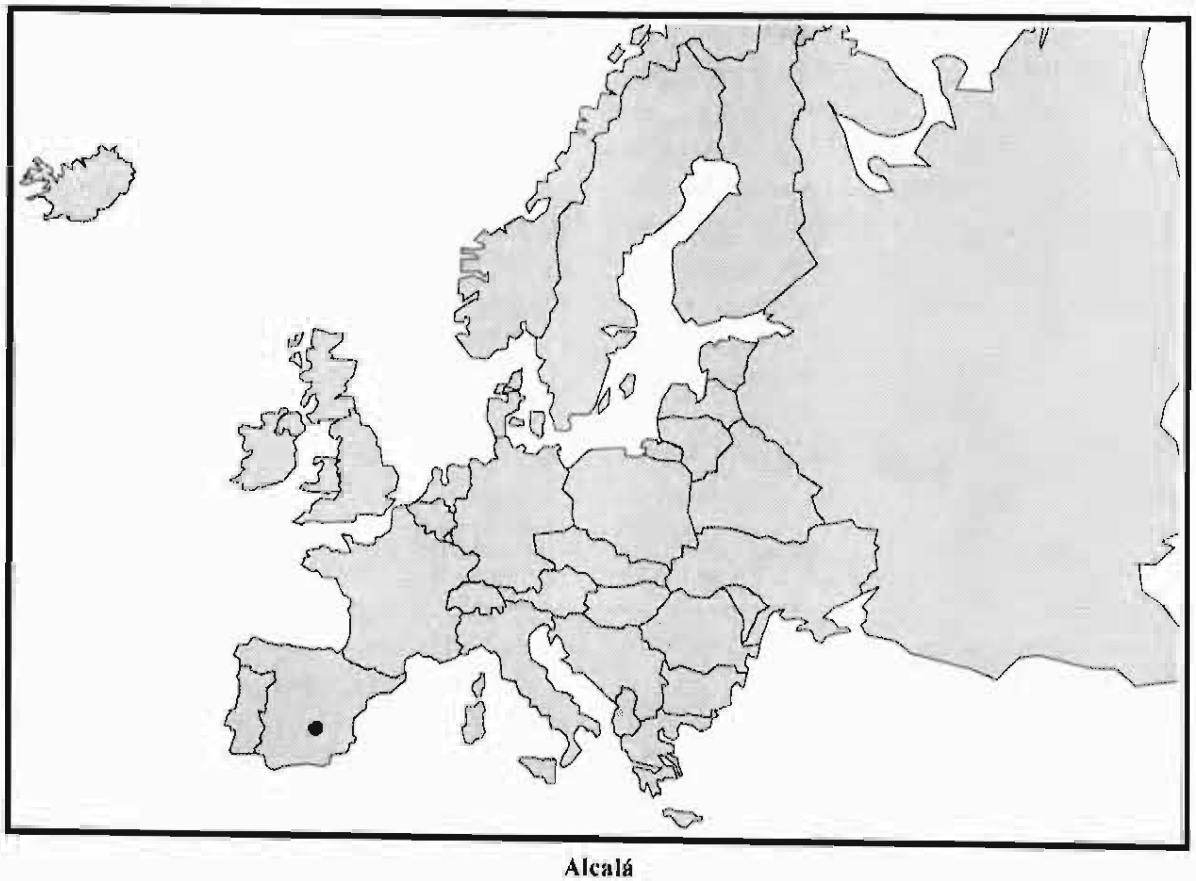
Alcalá

Con la apertura de las primeras universidades del continente europeo, Bolonia y París, se inicia la proliferación de este tipo de instituciones educativas en todo su territorio. Tal fenómeno obedece principalmente a la urgencia de dar satisfacción a la necesidad de proporcionar personal altamente calificado para desempeñar adecuadamente todas las actividades inherentes a cada uno de los campos profesionales, ya fueran eclesiásticos o civiles. Lo que representaba para las personas que podían tener acceso a una educación de ese tipo, una oportunidad para obtener algún empleo bien remunerado, hacerse de un buen prestigio en la comunidad y, por añadidura, sostenerse honrosamente o ascender en la escala social, cosas nada despreciables en esos tiempos, como tampoco lo serían en nuestra época.

Otro de los factores que influyeron para que la ola de fundaciones universitarias europeas fuera un hecho, se debe a las profundas necesidades espirituales que impulsaron a los hombres a buscar satisfacción a su curiosidad intelectual mediante la generación y conservación de nuevos y más amplios conocimientos, prácticamente en todas las áreas cognoscitivas. Aspecto éste, que nos permite afirmar que a partir del siglo XI, se va conformando en Europa un Renacimiento intelectual y científico que conducirá, a la realización del otro Renacimiento, el magnífico iniciado a partir del siglo XV.

España, por su lado, no es ajena de ningún modo a este movimiento intelectual y científico. Por el contrario, podría decirse que de alguna manera es un importante impulsor de esos avances por cuanto en su territorio y bajo el cuidado de muchos de sus gobernantes, estimula la creación de centros educativos universitarios, siendo de primerísima importancia instituciones como la de Salamanca, segunda fundación universitaria en la península, y la propia universidad de Alcalá. Y recordemos que España fue uno de los más relevantes centros de promoción científica a través de sus escuelas de traductores que recogieron, para fortuna de la posteridad, muchos de los textos fundamentales de la cultura universal, donde participaron sabios provenientes de diferentes países y religiones: musulmanes, judíos, cristianos, que trabajaron en un ambiente de tolerancia y colaboración difícilmente repetible en otro momento y lugar.

España fue una de las herederas de la civilización romana y recibió de ella gran parte de su tradición jurídica, de ahí que un rasgo distintivo de las fundaciones universitarias españolas se refiera a que sus orígenes, fundamentalmente, provengan de una orden real y no pontificia. Ya que, como derivación de la tradición jurídica romano-goda, el monarca lleva y representa en su persona la soberanía nacional, por lo que es suficiente su voluntad, para que en la realización de ésta,



Alcalá

sus actos adquieran la legalidad suficiente para surtir efectos de norma. Esta tradición jurídica condujo entonces a considerar al rey como el elemento superior de todo el cuerpo social al cual debían subordinarse todos los demás, incluyendo a la nobleza, el clero, y la burguesía de los consejos.

Dado que esa tradición era de gran beneficio a la nobleza, la monarquía española fomentó el estudio del derecho romano, por lo que los egresados de las escuelas de derecho italianas contaban con una gran aceptación e iban ocupando los puestos que antes se encontraban destinados a los elementos del clero. "Las tendencias dominantes en el siglo XIII y las necesidades de la Reconquista iban ayudando, ya en tiempos de San Fernando, a la exaltación de los estudios legales. Así como el siglo XII había presenciado aquella inquietud espiritual y de impaciencia contra las viejas tradiciones locales e intelectuales que había arrastrado a media humanidad en peregrinación hacia la tumba de Nuestro Señor, y a otra media la lanzaba a los caminos, en busca de los maestros de los nuevos saberes, el siglo XIII presenció una reacción contra los estudios científicos y filosóficos. El antiguo entusiasmo había desaparecido, la filosofía estaba desacreditada. El estudio de las leyes era el único camino para la promoción lo mismo en la Iglesia que en el Estado. San Fernando avanzaba rápidamente en la unidad territorial de España y no quería adelantar menos en la del idioma y en la de los textos legales".[1]

1 Alberto Jiménez, *Historia de la universidad española*, p. 66.

Lo anterior explica por qué las primeras universidades españolas fueron principalmente de origen real, seculares y democráticas, es decir, su patrono era el propio monarca y dependían también de los consejos. Sin embargo, como no se buscaba relevar por completo a la Iglesia de las tareas educativas, además de que las universidades resultaban ser una carga por demás costosa, el poder secular permitió que la iglesia participara cada vez con mayor amplitud en ese terreno; siendo que, con cierta frecuencia, las arcas reales se encontraban muy disminuidas por lo que resultaba difícil que estas instituciones educativas obtuvieran rentas fijas para poder sobrevivir, lo que en repetidas ocasiones las obligó a recurrir al papado para procurarse protección.

Esa situación tenía su origen en la imposibilidad de que la nobleza por sí sola pudiera sostener un sistema educativo por demás complejo y costoso, ya que las rentas de que podía disponer, con frecuencia debían destinarse a solventar gastos de guerra y para la manutención del propio aparato de gobierno. Por otro lado, las monarquías poco a poco habían caído en el desprestigio, debido a su excesivo centralismo y al ejercicio de políticas equivocadas e impopulares. Y se debe añadir que las rentas, aún las que eran donadas por los reyes a las universidades, en la mayoría de los casos, provenían del usufructo de bienes eclesiásticos o de bienes pontificios, por lo que fue casi obligado que la participación de la Iglesia en las fundaciones universitarias y en su manutención fuera en aumento conforme pasara el tiempo.

Se comprende entonces, que las fundaciones universitarias en toda Europa tuvieran necesidad de contar con la anuencia y el apoyo de los dos más importantes y poderosos gobiernos, el laico y el espiritual. Y a pesar de las diferencias que pudieran separar a España del resto de las monarquías europeas, lo cierto es que la participación eclesiástica en la educación fue notoria, aunque vale apuntar que el clero desde siempre estuvo, a veces más a veces menos, subordinado a la Corona Española. Así, "A treinta y tres kilómetros de Madrid, y edificada sobre la orilla derecha del río Henares (afluente del Jarama, que a su vez lo es del río Tajo), se encuentra la antigua Complutum, hoy Alcalá de Henares, sitio del famoso Colegio de San Ildefonso, fundado por el cardenal arzobispo de Toledo, don fray Francisco Jiménez de Cisneros*. Alcalá fue reconquistada a los moros, en 1088, por el primer arzobispo de Toledo, el francés don Bernardo, nombrado por Alfonso VI en 1086, al año siguiente de ganada la ciudad de Toledo. Don Alfonso concedió en conquista Alcalá al arzobispo, quedando la villa adscrita a la sede metropolitana: de donde nació la prosperidad de Alcalá. En ella, el octavo arzobispo, don Rodrigo Jiménez, fundó en 1209 el edificio que sus sucesores convirtieron en noble palacio arzobispal".[2]

En el año de 1293, el rey Sancho IV, el *Bravo*, ratificó la creación de un *studium generale* en Alcalá de Henares, en apoyo a las gestiones que, en este sentido, había realizado el arzobispo don Gonzalo García Gudiel. Mediante el documento de ratificación, la *dispositio*, el rey concedía a los maestros y estudiantes que llegaran a ese *studio* las mismas prerrogativas, derechos y franquicias que disfrutaban los maestros y estudiantes de Valladolid. Sin embargo, este primer intento por establecer un *studio* en Alcalá fue un rotundo fracaso, ya que no tuvo mayores ade-

2 *Ibid.*, p. 158.

lantos ni mucho menos alguna perspectiva halagüeña, casi desde su fundación decayó y prácticamente desapareció.

A pesar del antecedente negativo, el arzobispo Alonso de Carrillo, solicitó y consiguió del Papa Calixto III que le fueran otorgadas al *studio* rentas por 150 libras torneras para dotación de algunas cátedras. Y no fue sino hasta el año de 1459, en que el Papa Pío II dotó a la universidad de nuevos beneficios, esta vez por 200 libras. Con las rentas otorgadas por el Papa se crearon tres cátedras de Gramática que fueron asignadas a los frailes franciscanos. Los primeros estatutos que conoció Alcalá fueron expedidas por Carrillo el 17 de septiembre de 1473, en los que se depositaba por completo el control de la institución en manos del guardián del monasterio, quedando de esa manera hasta fines del siglo XV; pero dicho *studio* carecía de una facultad mayor, es decir, en él no se impartían cátedras de ninguna de las disciplinas más relevantes y atractivas como Teología, Cánones, Leyes o Medicina.

En ese *studio* complutense estudió Jiménez de Cisneros, hasta que a la edad de catorce años partió para ingresar a la prestigiada universidad de Salamanca, en donde los siguientes seis años estudió derecho civil y canónico. Por experiencia propia Cisneros se percató de que la educación universitaria difícilmente la podrían asumir bajo su responsabilidad, ni la monarquía ni la nobleza, por lo que como hombre perteneciente al clero y preocupado por la cultura aceptó para sí la tarea de encargarse de la formación universitaria, al igual que lo hicieran el cardenal Gil de Albornoz en el colegio de San Clemente en Bolonia; lo realizado por Diego Anaya, quien fundó el colegio de San Bartolomé en Salamanca, o el cardenal Pedro González de Mendoza con el colegio de la Santa Cruz en Valladolid.

Después de ingentes esfuerzos por conseguir recursos económicos, la autorización del Papa y hasta para la realización de diversas construcciones que dieran cabida a la universidades, el para entonces nombrado arzobispo de Toledo, Cisneros, llega a Alcalá de Henares, en agosto de 1508, para recibir a los primeros alumnos provenientes de Salamanca. Así, con toda la formalidad que le quiso imprimir el arzobispo, dio inicio una de las más grandes realizaciones universitarias españolas. Cabe decir desde ahora que la universidad de Alcalá le debe todo al arzobispo Cisneros, él fue la universidad, su más grande preocupación y cariño, de hecho "fue en 1498, a los tres años de haber sido nombrado arzobispo de Toledo cuando Cisneros decidió la creación de la universidad. Ésta fue concebida por él como un instrumento esencial para lograr la renovación de la teología dentro de un marco humanista y una institución que debía ser un gran seminario para la formación de un clero culto que fuera capaz de divulgar la doctrina cristiana por los límites del imperio español".[3]

Sin duda fue un acierto la fundación de la universidad de Alcalá, la Complutense, por el antiguo nombre de la ciudad. Alcalá ya ocupaba un lugar destacado en la región, ciertamente era una de las principales del arzobispado, allí mismo tenía asiento el palacio de los arzobispos y un convento de franciscanos reformados, lo que da cuenta de su importancia religiosa. Asimismo, la fundación universitaria daba la oportunidad de poder realizar estudios de Teología y Cánones,

3 Luis Miguel Gutiérrez Torrecilla, *La universidad de Alcalá*, p. 17.

Fernando, Isabel y sus cinco hijos. Tapiz del alcázar de Segovia. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 192

o sea, Derecho Canónico, sin tener que trasladarse hasta Salamanca, aspecto éste muy bien visualizado, ya que Alcalá se encuentra en camino entre Castilla y Aragón, lo que también atraería a estudiantes provenientes de esa zona y, por último, en Alcalá ya existía un *studium generale*, que mantenía tres cátedras de Gramática además de cinco beneficios eclesiásticos, es decir, ya se contaba con cierta infraestructura, lo que redundaría en beneficio al agilizar el complicado proceso de concesión de las bulas y su consecuente ratificación real.

No se oculta el que el arzobispo Cisneros haya elegido Alcalá como sede de su fundación universitaria por los lazos de afecto por este lugar surgidos desde su época de estudiante. Aunque, por otro lado también es cierto que en el momento, Alcalá no contaba con la infraestructura, como ciudad, para dar cabida a una universidad tan importante, además de su fama como lugar pantanoso y consecuentemente insalubre. Con todo, ese fue el hogar escogido y que vivió los esplendores de la Complutense.

En un principio Alcalá no pasaba de ser una pequeña villa agrícola, cuyo prestigio se fincaba más que nada en ser la sede de la residencia de verano del arzobispo de Toledo, y donde se celebraba desde el siglo XIII, por el mes de agosto, una feria comercial, además de contar con un estudio general de pocos estudiantes. Una villa habitada, en su mayoría, por judíos y cristianos hasta que aquéllos fueron expulsados en 1492 de todos los territorios pertenecientes a los Reyes Católicos, lo que trajo como consecuencia una baja demográfica y el que algunas actividades artesanales y comerciales quedasen en el abandono; esta situación, para el inteligente Cisneros, más que representar un problema fue una oportunidad para traer de la ciudad de Granada a un grupo de moros convertidos al cristianismo y otorgarles tierras baldías para que las labrasen, con lo que, en última instancia, va a dar un ambiente de mutua influencia e intercambio de conocimientos de diferente índole.

El arzobispo Cisneros en todo momento actuó como si de él dependiera –que en gran medida así fue– la buena marcha de toda la villa que eligió como asiento de la universidad Complutense. Debido a sus gestiones e impulso, incluso llegó a prestar al consejo de la ciudad diversas cantidades de dinero para que fueran financiadas las obras requeridas, como dotarla de infraestructura urbanística indispensable para acoger al colegio

mayor y su barrio académico, promover la vivienda que a la postre albergaría a los estudiantes, crear o reforzar los servicios públicos, mejorar las comunicaciones para facilitar el acceso al casco urbano y a la universidad, la instalación de talleres de imprenta.

Su visión lo condujo hasta procurar que también se realizaran reforestaciones con encinas y otros árboles en las laderas de los cerros que rodean Alcalá, fin de moderar los vientos a la vez que les pudieran proporcionar recursos madereros.

Debido a que constantemente supervisaba la marcha de todo aquello que tenía a su cargo, el arzobispo Cisneros tenía conocimiento cierto de la problemática que aquejaba a la institución municipal. Desde 1504 había renovado las ordenanzas del municipio, dotándolo con normas que se ajustaran a los nuevos tiempos, sin embargo, surgieron multitud de problemas con base en la diferente interpretación que se le daba al llamado *Fuero Viejo* que regía al municipio desde la Edad Media, por lo que Cisneros otorgó el *Fuero Nuevo* en 1509. Su calidad de estadista lo llevó igualmente a velar porque la vida comunitaria fuera benéfica para todos, de ahí que mandara fundar un depósito que evitara la especulación y la carestía de alimentos en época de hambre. Dicho depósito contenía cerca de 10.000 fanegas de trigo que Cisneros regaló a la Villa, a condición de que se repartiese entre los vecinos a precios justos cuando hubiese necesidad. Por último se encargó de potenciar la educación de las mujeres con el establecimiento del colegio de Santa Isabel, para muchachas pobres.

La idea del arzobispo Cisneros, respecto de la ciudad universitaria por completo independiente del municipio es fundamental,

Tipografía antigua. F. Cardini, *et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 198

ya que define un modelo propio de organización y estructura de universidad que se aleja de los distintos modelos seguidos en el resto de la Península Ibérica. Si el objetivo del arzobispo, al dotar de una buena cantidad de terrenos a la universidad era el de resguardarla por completo de los momentos críticos que pusieran en peligro su supervivencia, a la vez ello trajo graves trastornos en la medida en que creó un poder dentro de otro poder: la independencia de la universidad dentro de la autoridad municipal, sin que ésta última estuviera ni de hecho ni jurídicamente subordinada a la autoridad municipal. La universidad contaba con sus propios territorios, sus órganos de gobierno y de justicia, además como parte del fuero del que gozaban prácticamente todas las universidades en Europa.

Esa situación de independencia respecto del poder judicial de la universidad, como ocurrió también con muchas universidades, se convirtió en una fuente de continuos enfrentamientos, roces y discordias que convertirían a la universidad y al concejo municipal en enemigos irreconciliables. Por lo que se refiere, por ejemplo, al tema del desarrollo urbano de la ciudad, las autoridades municipales y las universitarias difícilmente se pondrían de acuerdo y las controversias fueron pan de cada día; situación que se agravaba si la discusión versaba sobre la propiedad de determinados terrenos limítrofes entre las propiedades de ambos poderes. Temas en apariencia sencillos y simples de resolver se convirtieron en puntos de permanente disputa, como la legislación sobre conservación o reformas de edificios o la estructura vial, por mencionar sólo algunos de los puntos de conflicto.

A pesar de la multitud de problemas que debió enfrentar, el arzobispo Cisneros se decidió a procurar que la universidad de Alcalá de Henares fuera una realidad. Para ello debía llenar dos requisitos fundamentales para su creación: primero, la autorización del Papa y, segundo, que dicha autorización fuera aceptada y convalidada por la autoridad real. Para cumplir con el primero, Cisneros envió en el año de 1498, una petición a Roma y en la que externaba su deseo de "fundar y erigir un colegio en el que puedan darse clases de las Facultades de Teología, Derecho Canónico y Artes, a ejemplo del colegio universitario fundado hace tiempo en Salamanca por el arzobispo de Sevilla, Diego, de feliz memoria, y fundado en Alcalá..., lugar insigne y acomodado apropiado para ello."[4]

La petición tiene respuesta positiva y la bula *Inter Caetera* otorgada el 13 de abril de 1499 por el Papa Alejandro VI*, autoriza a Cisneros a fundar en Alcalá un colegio dedicado a la enseñanza de las disciplinas enunciadas por el solicitante, y además el Papa concede los poderes suficientes para organizarse según fuera necesario para el cumplimiento de sus fines y determinase, el propio Cisneros, el número de alumnos y las rentas que creyese menester. Mas las concesiones hechas por el Papa para la fundación de Alcalá incluyen, mediante otra bula fechada el mismo día que la anterior, la autorización para realizar la colocación de grados –equivalente a la actual titulación– en cualquiera de las facultades: el bachiller por un profesor; la licencia y magisterio por el abad de la colegiata. Otra bula más, la *Militante Ecclessiae*, establece el fuero universitario con sus jueces conservadores. Varios papas confirmaron la fundación de la universidad y los privilegios otorgados a ella como en 1519 lo hizo el Papa León X, lo mismo que Paulo III y Clemente VIII en 1600.

La empresa de Jiménez de Cisneros era de muy largo alcance, pues su fundación tenía como propósito el de constituirse en una institución que cubriera la enseñanza elemental y la superior, que sirviera para incrementar el nivel espiritual e intelectual del clero. Por lo que Alcalá nació con un carácter fundamentalmente eclesiástico y sin pretender ningún parecido con alguna otra universidad. De ahí que ni siquiera se pudiera pensar que entre esta universidad y la de Salamanca pudiera darse rivalidad ni competencia alguna, pues sus principios y fines se encontraban, por obra del arzobispo, perfectamente diferenciados.

Francisco Jiménez de Cisneros, quien cambiara su nombre por el del fundador de

4 *Ibid.*, p. 21.

su orden, para ser llamado Francisco, hombre perteneciente a cualquier época en la que la inteligencia, la generosidad, la largueza de miras, el amplio y fundamentado criterio sean justipreciados, actuaba –aunque fuese en el limitado ámbito de su arzobispado– como un estadista que vela porque en el presente se vaya cimentando el futuro, no el personal de él, sino sobre todo el de la feligresía a su cargo, y si se quiere, el de toda la feligresía cristiana. Así, de él se cuenta que por el año de 1500 estando de regreso en Alcalá, trajo consigo unos cientos de tratados árabes sobre medicina, salvados de la hoguera de Alcoranes, además de otros tantos libros religiosos mahometanos con que había ayudado en Granada a extirpar la religión de los infieles;. mas no sólo era acompañado por los libros sino también de un amigo bautizado como Gonzalo, Gonzalo Fernández de Zegrí, noble moro a quien con argumentos contundentes, Francisco había convertido al "conocimiento del verdadero Dios".

"El día 14 de marzo de 1500 salió el arzobispo del convento franciscano inmediato al lugar que se había trazado la planta del nuevo edificio, precedido de la comunidad con cruz alzada. Íbase a realizar el acto de la fundación oficial del nuevo colegio.

"Después de las ceremonias de ritual se depositaron en la concavidad de una piedra, colocada en los cimientos, el acta de inauguración escrita en pergamino; una medalla de bronce en que se representaba a un fraile franciscano vestido con su hábito y varias monedas de oro y plata, que por su mano colocó el famoso Gonzalo de Zegrí, que acompañaba a su amigo el arzobispo".[5]

5 Alberto Jiménez, *Op. Cit.* p. 163.

Fachada de la universidad de Alcalá. L. M. Gutiérrez Torrecilla, *La universidad de Alcalá*, vol. 2, p. 278

Se comprende que siendo Alcalá la depositaria de fines tan elevados, en dicho acto no se fundaba solamente una universidad cualquiera, sino el objetivo era que la ciudad estuviera por completo al servicio de la institución. De ahí que Cisneros fundara en la ciudad las industrias necesarias para atender las necesidades materiales y espirituales de la nueva población. De las industrias que allí fueron fundadas destaca la imprenta, cuya función exclusiva sería la de publicar todos los libros útiles de la universidad, por lo que sería sostenida por ésta.

Cisneros construyó una verdadera ciudad universitaria, con edificios para colegios,

Código de las obras naturalistas de san Alberto Magno. Miniatura, siglo XVI. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 199

casas, calles tiradas a cordel, donde pudieran establecerse pupilajes, en cuartos que alquilaran los mismos estudiantes o sus familias. Para septiembre de 1508 el Colegio tenía veinticuatro colegiales y un capellán. Las obras de esta ciudad universitaria se iniciaron en 1502, teniendo fin en agosto de 1505; aunque muy pronto se emprendieron las ampliaciones y reformas. "Sin embargo fue en 1543, bajo el rectorado de J. Zurbarán, cuando se emprendieron las obras más importantes: el colegio se reconstruyó según planos del arquitecto Rodrigo Gil de Hontañón*, realizados por Pedro de la Cotera. Es preciso entender correctamente la naturaleza de tamaño esfuerzo, no se trataba de fundar una universidad nueva en un país, sino de formar todo un país al servicio de una universidad".[6]

Como afirmamos anteriormente, la historia de la universidad de Alcalá de Henares es la historia del arzobispo de Toledo, quien en 1507 fuera nombrado Cardenal. Francisco Jiménez de Cisneros fue en todo momento consciente de lo importante que era para la nueva universidad contar con todos los recursos necesarios para asegurar su futuro. Y no dudó para ello en emplear tanto su fortuna personal como los recursos de las archidiócesis a su cargo.

Ante tal problema el cardenal recurrió al Papa y consiguió de él otras bulas también importantes, a fin de cimentar una base económica en favor de la universidad. Para que no hubiera dispersión de recursos ni estudios fuera del control de la Complutense, en noviembre de 1500 le fueron incorporadas las cátedras que había fundado el arzobispo Carrillo; en noviembre de 1501 se concedía a la universidad rentas por la cantidad de 500 ducados de oro; en noviembre de 1503, el Papa Julio II confirma la anexión e incorporación de rentas eclesiásticas para la dotación del colegio-universidad y concede a Cisneros el poder de hacer donación en favor de ésta de cualquier bien que hubiese ganado con respecto a la iglesia de Toledo, además de 600 ducados. Más tarde, en julio de 1513 se le permitió anexar a la universidad hasta la cantidad de 600 ducados. Con donaciones de tal magnitud Alcalá fue una universidad verdaderamente rica; pero ello mismo trajo dificultades en su administración. Cisneros como siempre, previsor, dictó unas Constituciones en 1514, en las que se consignaban con claridad las funciones a desempeñar por el contador, por el receptor general y los mayordomos, dejando la supervisión de las cuentas a cargo del rector y los visitadores.

Un alto destino como el que Cisneros quería para su obra universitaria, es transmitido a las constituciones que regirán a la institución. En éstas queda establecida la identificación que se hace entre la Universidad y el Colegio Mayor de San Ildefonso. El rector del colegio era la máxima autoridad, y en él descansaba la responsabilidad del gobierno, la administración de la hacienda y la justicia. En el caso de Alcalá, a pesar de que el poder del rector se encontraba acotado por el claustro académico, formado por los doctores de todas las facultades, y por los visitadores, que anualmente inspeccionaban sus actividades, en la práctica el poder del rector fue casi total. La autoridad del rector no sería discutida dentro de la universidad, aunque sí por las autoridades municipales y por el Consejo de Castilla. La elección del rector se realizaba cada año y podía ser elegido cualquiera de los treinta y tres colegiales de San Ildefonso.

6 Franco Cardini, *Op. Cit.* pp. 194-195.

El mismo cardenal Cisneros se propuso crear doce colegios, en honor de los doce apóstoles, y cada uno de los colegios contaría con doce estudiantes. A esos colegios se debe añadir la creación de otros siete más, cada uno de ellos con setenta y dos alumnos como fue el número de los discípulos de Cristo. Todos los colegios, según el ideal de Cisneros, bajo el control y administración del Colegio Mayor. Sin embargo no fue posible cumplir sus deseos por limitaciones económicas. La primera condición que se imponía para poder ingresar a cualquiera de los colegios era ser pobre, tener menos de veinte años y no ser vecino ni domiciliado en Alcalá.

La fértil actividad del cardenal no llegó a su fin sin antes conseguir del Papa León X, el reconocimiento de los grados otorgados por la Facultad de Medicina –que en 1499 Alejandro VI no había autorizado– conjuntamente con la ampliación a cuatro las facultades de la universidad.

La universidad de Alcalá se constituyó durante la primera mitad del siglo XVI en una de las tres de mayor prestigio en España. Ese prestigio se basó principalmente en la creación de gran número de diferentes colegios menores por parte de prominentes miembros de la nobleza y del clero. Aunque vale decir que, en todo caso, no hicieron sino completar la gran obra del Cardenal, que se había iniciado con los siete primeros colegios para pobres.

El primero de estos colegios fue el Menor de Santiago, conocido como el de los Caballeros Manriques, en 1550. A éste le siguieron el fundado por el propio rey Felipe II con el nombre de San Felipe y Santiago para los hijos de sus pajes y criados. Por sus nombres comprobamos que en su mayoría los colegios tenían un marcado carácter localista, ya que sus becas sólo se otorgaban a miembros de una determinada familia o a los originarios de una determinada zona geográfica. Los fundadores de estos colegios los dotaron de rentas, con las que se podía mantener desahogadamente un número aproximado de doce estudiantes.

Tercer patio del Colegio de san Ildefonso. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 194

Los estudiantes de los colegios contaban con alojamiento, vestido y comida gratuita. Los colegios se regían por un modelo de organización similar al de San Ildefonso, tenían sus constituciones, sus órganos de gobierno, visitadores y mayordomos que controlaban y administraban su hacienda. A pesar de contar con amplia autonomía, el hecho de que formaban parte de la universidad,

el Colegio Mayor ejercía labores de control, toda vez que de él dependía conceder la autorización para instalarse dentro de la ciudad universitaria. Igualmente el rector del Colegio Mayor tenía el derecho de impartir justicia entre los estudiantes de la Universidad.

El prestigio de los colegios se mantuvo durante años, y muchos de sus profesores fueron alumnos que lograron hacer una carrera gracia a las becas que disfrutaron en la universidad. Varias órdenes religiosas crearon colegios dentro de la ciudad universitaria de Alcalá, teniendo como objetivo primordial dar una buena educación a sus miembros. Los colegios religiosos, o regulares, incorporados a la universidad en el siglo XVI, tuvieron los mismos deberes y derechos que el resto de los estudiantes o becados en los colegios seculares.

Por otro lado, la actividad de la universidad de Alcalá de Henares tuvo diversas líneas. Una de ellas que le dio fama mundial fue la realización "del gran monumento impreso que representa la Biblia Políglota, fruto del tenaz y pulcro trabajo de lingüistas e impresores, iniciado en 1502. Sus autores fueron los latinistas y helenistas Demetrio de Lucas, Hernando Núñez, Juan de Vergara y el burgalés Bartolomé de Castro; en la parte del Antiguo Testamento trabajaron los judíos conversos Pablo Coronel, Alfonso de Alcalá y Alfonso de Zamora, todos ellos dirigidos por Elio Antonio de Nebrija*. Durante diez años se trabajó en la edición del Antiguo y Nuevo Testamento. Fueron también necesarios otro cinco años para la impresión dirigida por Arnaldo Guillén de Brocar."[7]

El multifacético cardenal Cisneros fue el generador de la idea y el director del proyecto, que si bien requirió enorme esfuerzo, éste era compensado con el deseo de fijar, en definitiva, el texto de la Vulgata para evitar confusiones y errores. El prestigio que trajo esta obra para Alcalá, no se restringió al plano religioso o inteclectual, sino que además dio un importante impulso a los talleres de imprenta que se habían establecido en la ciudad, con el consecuente desarrollo, de lo que podríamos llamar, su industria editorial durante todo el siglo XVI.

La intensa e importante actividad editorial de la universidad de Alcalá produjo muchas obras de gran valía, aunque destacan claramente ediciones como la Políglota. Sin embargo, debemos apuntar que no fue la Biblia Políglota la única empresa tipográfica de grandes vuelos que, gracias al apoyo económico del cardenal Cisneros, vio la luz en las prensas complutenses, de ellas salieron igualmente las ediciones del Misal y del Breviario Mozárabes que restauraba en parte aquella antigua liturgia; y muchos libros de canto litúrgico gregoriano, en magníficas ediciones de vitela repartidos con profusión por toda su diócesis. Mas el cardenal, que gozaba del privilegio de ver con amplitud a su derredor, preocupado por el bienestar material y el progreso de la agricultura, encargó a Gabriel Alonso de Herrera una obra de *Agricultura o labranza del campo*, a fin de proporcionar instrucción a los labradores. A pesar de su enorme amor por la enseñanza y por los libros, el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros murió sin llegar a ver realizada una de sus tantas obras editoriales, la monumental edición grecolatina de todas las obras conocidas de Aristóteles.

7 Luis Miguel Gutiérrez Torrecilla, *Op. Cit.* pp. 32-33.

Con la muerte del cardenal, el 8 de noviembre de 1517, y a falta de un liderazgo como el suyo, se desataron multitud de conflictos. De ahí que no cause extrañeza el que la enorme joya editorial de la Biblia Políglota no saliera a la venta sino hasta 1522, cuando ya habían aparecido tres ediciones del Nuevo Testamento, de Erasmo. A falta del líder, la pequeña academia bíblica que le dio vida a tan magna obra se dispersó; igualmente desapareció el admirable material tipográfico utilizado para la Biblia de Alcalá. Cuarenta años más tarde quedaban en España ya muy pocas Biblias Políglotas debido, en parte, a que muchos de sus ejemplares se perdieron en un naufragio mientras eran trasladadas pa-ra su venta a Italia.

Biblia políglota complutense. Detalle de la edición realizada en la universidad de Alcalá, 1502-1517. *Historia universal Planeta*, vol. 6, p. 183

Por lo que se refiere al plan general de estudios, éste tenía un grado ascendente de dificultad. El primer paso consistía en terminar los estudios básicos de Gramática, que comprendía los elementos iniciales de Filosofía, Retórica, Geografía, Matemáticas, Historia y, sobre todo, Lengua Latina, cuyo uso era obligatorio. Y una vez que había cursado Gramática, entonces el alumno podía ser admitido en la universidad. En caso de que un estudiante deseara ingresar a una facultad mayor, era necesario contar antes con el título de bachiller en Artes.

Ya que la universidad de Alcalá fue destinada a la enseñanza de la Teología, ésta fue la más importante de todas las facultades mayores. En este punto la principal aportación de Cisneros a los estudios de Teología fue la inclusión en las cátedras magistrales de la doctrina nominalista, que se había dejado de lado en el plan de estudios de otras universidades, el primer regente de esta cátedra fue Gonzalo Gil. La facultad de Teología mantenía otras dos cátedras, una la de santo Tomás y la otra la de Escoto; para el año de 1532 se agregó la cátedra de Sagrada Escritura, que tenía como fin el estudio directo de la Biblia. Es importante mencionar, porque es notable la apertura hacia diversas corrientes de pensamiento, el que los profesores que impartían estas cátedras denotan influencia por las obras de los Padres de la Iglesia, además de algunos autores clásicos y por la corriente de pensamiento erasmista.

Una vez que el alumno había concluido el estudio de los cuatro primeros años, estaba preparado para presentar el examen llamado *Tentativa* mediante el cual, en caso de aprobarlo, conseguía el grado de bachiller. Dicho examen consistía en el desarrollo de una serie de puntos obtenidos al azar de los libros de texto. Por su parte, la Alfonsina era una prueba, mucho más seria y difícil, que presentaban aquellos que deseaban tener la licenciatura. La ceremonia

de examen e investidura del grado se desarrollaba mediante un riguroso ceremonial, que daba inicio desde que la lista de los estudiantes que podían solicitar presentar ese examen se colocaba en la puerta de la escuela, a fin de que si algún otro estudiante con mayores méritos o más antigüedad pedía ser examinado antes de los inscritos en esa lista.

Como parte del programa de estudios, Cisneros quiso introducir en Alcalá lecciones sobre la filosofía de Duns Escoto, poniendo al pensador franciscano en un pie de igualdad con santo Tomás. Pero el Cardenal no dejó de sorprender a muchos e importó la novedad, que causó sensación en España, de abrir una tercera cátedra en la facultad de Teología dedicada al estudio de la doctrina nominalista.

Alcalá de Henares, por obra de su promotor el cardenal Cisneros, no dejó de ser una institución de vanguardia y atenta a los sutiles movimientos intelectuales de la época o para retomar aquellos aspectos o conocimientos que a pesar de su importancia habían caído en cierto olvido, de ahí que la universidad se ocupara por regresar a los Padres de la Iglesia. El Cardenal mantenía un fuerte interés por el estudio de las lenguas antiguas y, con sobrada razón, consideraba el griego indispensable para lograr una cultura teológica completa.

Consecuentemente, en los estatutos de Alcalá se dispuso la creación de una cátedra de griego y se establecía la creación de otras cátedras dedicadas a la enseñanza del hebreo, el árabe y el sirio, disponiendo asimismo, que estas tres cátedras sólo funcionarían en caso de que tuvieran suficientes alumnos para ellas. No obstante el estudio del griego recibía un trato de excepción, pues los estatutos no indicaban ninguna restricción, antes bien hacían obligatoria su enseñanza. El día 4 de julio de 1512 se inauguró en Alcalá la cátedra de hebreo, a cargo del sabio rabino español, convertido al catolicismo, Alfonso de Zamora. En contraste, la cátedra de árabe no funcionó nunca.

Es claro que con el plan del fundador de la universidad complutense se daba atención a una importante necesidad de la época: el conocimiento y dominio de las tres lenguas: hebreo, griego y latín, indispensables para el estudio de la Biblia. Una vez que el Cardenal llevó a la práctica su plan de estudios para esta área, fue pronto imitado en Cambridge, Oxford, París, Lovaina, Viena. A pesar de que el Colegio Trilingüe de Alcalá, creado bajo la advocación de san Jerónimo, patrono del humanismo cristiano, fue oficialmente fundado en 1528, se sabe que ya desde 1512 era profesor de hebreo en Alcalá el célebre gramático, filósofo y talmudista Alfonso de Zamora, quien fuera colaborador en el proyecto de elaboración de la Biblia Políglota. Y también se tiene noticia de que desde 1514, se encontraba en Alcalá el maestro Antonio de Nebrija quien, desde su cátedra, formara grandes humanistas, como el célebre Hernán Núñez de Guzmán, profesor de griego en la Complutense y en Salamanca.

Los padres de la Iglesia, protectores de la Filosofía y las Artes Liberales. Grabado de 1504. L. M. Gutiérrez Torrecilla, *La universidad de Alcalá*, vol. 2, p. 281

El desarrollo y esplendor que Alcalá había alcanzado, gracias a la infatigable e inteligente labor del cardenal Cisneros, se podría resumir en la consideración de que la Complutense se convirtió en un ardiente hogar del humanismo cristiano donde una escogida minoría se esforzaba en extender las técnicas, las doctrinas y el fervor por las nuevas ideas a un círculo más amplio.

Sin embargo, tras la muerte de Cisneros, a los pocos años, se produjeron diversos conflictos y desavenencias, algunas más graves que otras, como la que en 1520 produjo una fuerte escisión en el interior del propio Consejo Académico del Colegio Superior de San Ildefonso. Estas condiciones, prácticamente de anarquía, fueron continuas durante casi todo el siglo XVI. Aunque en contraste se diera la consolidación de una universidad teológica y humanista inspirada en las ideas de Erasmo de Rotterdam.

La que fuera una institución mimada, cuidada en todos los detalles, para comienzos del siglo XVII sufre una grave pérdida de valores fundacionales y una degradación en la enseñanza de la escuela teológica, a la postre sustituida por el estudio del Derecho Canónico que permitía un acceso más fácil a los puestos de la administración. La decadencia de la universidad de Alcalá se irá acentuando durante los siglos XVII y el XVIII, a pesar de un frustrado intento revitalizador de la casa de Borbón.

A tan grandes extremos llegó la decadencia de la Complutense con una acendrada pérdida en la calidad de la enseñanza debida, sobre todo, a que las cátedras se convirtieron sólo en un medio de vida y no en un fin, por lo que buen número de ellas fueron impartidas por maestros sustitutos que no contaban con la debida preparación, con lo que lejos quedaban los tiempos en que éstas eran ocupadas por profesores que gozaban de enorme prestigio, incluso más allá de las fronteras españolas y que eran verdaderas luminarias del conocimiento.

Con enorme perspicacia el cardenal Cisneros intuyó la importancia que revestiría la fundación de la universidad de Alcalá, por cuanto estaba perfectamente diseñada y dirigida para cubrir las necesidades de una Iglesia militante y reformada. Y por otro lado, por el hecho de introducir, en contraste con las fundaciones universitarias españolas, el modelo de colegio-universidad, que significaba un salto cualitativo con respecto a los antiguos estudios generales del siglo XIII.

Cátedra del Paraninfo. L. M. Gutiérrez Torrecilla, *La universidad de Alcalá*, vol. 2, p. 40

La universidad de Alcalá estuvo al servicio del poder político, principalmente de la Iglesia, aunque es claro que no quedaba eliminado el hacerlo también al lado de la nobleza o de la monarquía. Ella jugaría un papel de la máxima importancia en la definición del estado moderno, constituyendo su centro de saber y formación de cuadros de los que se nutrirían la administración civil y la eclesiástica, que siempre tenían necesidad de contar con funcionarios adecuadamente capacitados, funcionarios

que le era imposible proporcionar a la nobleza tradicional.

Por lo anterior, Alcalá tuvo como función básica la formación de las élites intelectuales al servicio del Estado español, de ahí la preocupación de éste por promover y defender a las fundaciones universitarias. Tendencia que se mostró desde los tiempos de Fernando *el Católico*, toda vez que el nuevo cuerpo de administradores que surgiría de esta universidad sería el elemento básico que determinase la estructura interna de las nuevas monarquías. Aunando a lo anterior, el hecho de que la progresiva complejidad de los asuntos del gobierno obligaría a sus miembros, sin excepción, a contar con una educación universitaria que antes sólo se exigía a determinadas personas para ocupar los altos cargos administrativos.

Detalle de la Eneida de Virgilio. F. Cardini, *et. al.*, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, p. 197

La universidad de Alcalá –y con ella todas las universidades– debía constituirse en una de las bases del Imperio, en tanto pueda suministrar personal especializado, capaz de dirigir la compleja política internacional y mantener la hegemonía española. La urgencia de dar respuesta a las crecientes necesidades del estado, se ve reflejada en la rapidez con que fueron realizándose las fundaciones universitarias en España a lo largo del siglo XVI.

Alcalá, sin duda, es una fundación universitaria correspondiente al Renacimiento, no únicamente por las fechas en que se funda y desarrolla su actividad, sino sobre todo por su gran impulso de renovación cultural. El humanismo encarnó en personajes como el cardenal Cisneros, quien intentó con la Universidad de Alcalá estar en la vanguardia de la renovación teológica. Ello supuso que llevara a la Complutense a eminentes profesores que, imbuidos del espíritu reformador erasmista, fueron una enorme influencia en las aulas y en todos los ámbitos académicos de Alcalá; aunque después esta universidad pasara a ser uno de los baluartes de la Contrarreforma, con un carácter marcadamente antiprotestante y escolástico.

La obra del cardenal Cisneros se confunde con el desarrollo de la propia universidad de Alcalá de Henares, porque ella fue el medio a través del cual intentó dar respuesta a las fuertes necesidades que su entorno social, político, cultural, le planteaba de manera apremiante. Su obra material, por así decirlo, tuvo ascensos y caídas, al igual que cualquier obra humana. Sin embargo quedan en pie y vigentes, primero, su intento de "renovación teológica a través de una preparación humanística que fuese capaz de recuperar la calidad moral del clero; y la segunda, la pobreza porque para él, siempre preocupado por el ideal cristiano de la caridad, esta esmerada preparación intelectual la debían recibir los más pobres, aquellos que no pudieran pagarse sus estudios; ellos serían los misioneros de esta reforma pastoral."[8]

8 *Ibid.*, p. 25.

APÉNDICE DOCUMENTAL 1

DOCUMENTOS

LA FUNDACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES: DE SUS ORÍGENES AL SIGLO XV

	Siglos XI y XII	Siglo XIII	Siglo XIV	Siglo XV
FRANCIA	1170 París	1229 Toulouse 1229 Angers 1289 Montpellier	1303 Aviñón 1306 Orleáns 1332 Cahors 1339 Grenoble 1350 Perpiñán 1365 Orange	1409 Aix-en-Provence 1422 Poitiers 1423 Dôle 1437 Caen 1441 Burdeos 1452 Valence 1461 Nantes 1465 Bourges 1485 Besançon
ITALIA	1088 Bolonia	1204 Vicenza 1215 Arezzo 1222 Padua 1224 Nápoles 1228 Vercelli 1231 Salerno 1248 Piacenza 1276 Reggio Emilia	1303 Roma 1308 Perugia 1318 Treviso 1321 Florencia 1342 Pisa 1357 Siena 1361 Pavía 1391 Ferrara	1405 Turín 1412 Parma 1444 Catania
ISLAS BRITÁNICAS	1167 Oxford	1209 Cambridge		1410 Saint Andrews 1450 Glasgow
PENÍNSULA IBÉRICA		1208 Palencia 1242 Salamanca 1254 Sevilla 1290 Lisboa	1300 Lérida 1307 Coimbra 1346 Valladolid 1354 Huesca	1430 Barcelona 1474 Zaragoza 1499 Alcalá de Henares 1500 Valencia
IMPERIO Y EUROPA OCCIDENTAL			1347 Praga 1364 Cracovia 1365 Viena 1367 Pécs 1386 Heidelberg 1388 Colonia 1389 Buda 1392 Erfurt	1402 Würzburg 1409 Lipsia 1419 Rostock 1426 Lovaina 1455 Friburgo de Brisgovia 1456 Greifswald 1460 Basilea 1467 Presburgo (Bratislava) 1472 Ingolstadt 1473 Treviri 1476 Tübingen 1476 Maguncia
ESCANDINAVIA				1477 Uppsala 1479 Copenhague

MONASTERIO DE CLUNY

Uno de los más ilustres de todo el mundo por la santidad de sus abades y sus monjes, por el número de religiosos y monasterios que tuvo sujetos en toda la Europa, por haber sido cabeza de la gran Congregación monástica de su nombre, cuniacense, por sus magníficos edificios y rico tesoro en alhajas, reliquias y libros, todo en la actualidad ya perdido y destruido. Su origen y fundación datan del siglo X, debiéndose a Guillermo, duque de Aquitania, cuyo diploma lleva la fecha del 11 de septiembre de 910, dedicándolo a san Pedro Apóstol, y poniéndolo, de consentimiento con los obispos, bajo la inmediata sujeción de la Sede Apostólica. Los primeros monjes procedían del monasterio de Baume con su abad san Bernón, que pasó a serlo de Cluny, donde estableció la más perfecta observancia de la regla de san Benito, junto con los estatutos de Aachen y los usos de san Benito de Aniana, que en el siglo anterior había restablecido la disciplina monástica en gran número de conventos de las Galias.

En este tiempo estaba Cluny en su apogeo, y además de dar monjes a muchos otros, tenía su convento 460 religiosos, muchos de ellos ilustres en santidad y erudición, algunos distinguidos también por las dignidades que alcanzaron en la iglesia. La fundación de la congregación cisterciense y la rivalidad y diferencias que hubo entre ella y el monasterio de Cluny fueron bastante perjudiciales para éste, no obstante la defensa brillante que hizo de sus costumbres, usos y ceremonias el santo abad Pedro el *Venerable*, uno de los más ilustres personajes de su tiempo. Los sucesores ya no estuvieron todos a la misma altura; con todo, se ha exagerado demasiado, la decadencia que suponen comenzó en seguida en Cluny, atribuyéndola también a sus dependencias con manifiesta injusticia, la cual es mucho mayor haciéndola extensiva a los demás monasterios de hábito negro, pues tanto en Francia como en el resto de Europa, florecían y continuaron siempre observantes muchos otros que nada tenían en común con Cluny, si no es profesar la misma regla.

Los edificios e iglesia de Cluny eran verdaderamente regios y correspondientes a monasterio tan principal. Su tesoro en reliquias, vasos y ornamentos sagrados, era de inestimable valor. Despojáronlo en 1561 los herejes. También destrozaron la rica biblioteca, que contenía no menos de 1,800 códices manuscritos, fruto de la paciencia y laboriosidad benedictina, que habían recogido allí los escritos de los santos padres y autores antiguos. De la antigua abadía se conserva, además de los claustros, una gran puerta romántica del siglo XI.

La destrucción del monasterio de Cluny fue ordenada en 1790 por los republicanos. Los monjes se vieron en el duro trance de abandonar aquella secular abadía, llena de tantas grandezas y recuerdos.

Fuente: *Enciclopedia universal ilustrada*, vol. 13, pp. 995-999

BOECIO SEVERINO

Romano 470-524-26. *El consuelo de la filosofía.* Boecio, de noble estirpe, recibió una sólida instrucción que le dio renombre de sabio y le condujo a las cumbres del poder po-

lítico bajo el reinado de Teodorico. Fue cónsul, senador y consejero del monarca, hasta que al saber éste que Boecio, al igual que otros senadores, simpatizaba con la idea de liberar a Roma del gobierno visigótico, le mantuvo en larga prisión y acabó por hacerle sufrir una muerte cruel. Durante su cautiverio fue cuando escribió este tratado para su propio consuelo y para el ajeno. Hállanse inspiradas por páginas en las ideas platónicas y estoicas más que en las cristianas, tanto que durante mucho tiempo se ha dudado qué religión profesaba el autor, si bien las doctrinas que expone acerca de la Providencia, la predestinación y el libre albedrío inclinan a considerarle cristiano, pues recuerdan con frecuencia a las de san Agustín.

Boecio, llamado el *último romano*, escribió numerosas obras de diversos géneros; pero el tratado *De consolatione* es el que le dio fama imperecedera, siendo uno de los libros más leídos aún antes de la invención de la imprenta. Entre las varias traducciones castellanas del mismo ocupa el primer puesto la que hizo en 1516 fray Alberto Aguayo, muy elogiada por Valdés en su *Diálogo de la lengua* y más por el maestro Morales, quien llegó a decir de ella que "está mejor en nuestra lengua que en la latina". A pesar de estos elogios, su lectura es bastante fatigosa, pues aparte de que el asunto no ofrece novedad en el fondo, el procedimiento se desarrolla altemando numerosos versos con una prosa casi siempre rimada que llega a resultar tedioso.

El libro está escrito en forma dialogada, figurando como únicos interlocutores Boecio y la filosofía. Prisionero Boecio y agobiado -real o ficticiamente- por la desgracia en que ha caído, se lamenta de ello, compara su estado presente con la felicidad del pasado y se queja de la muerte, que no le lleva, y de los amigos, que le hicieron creer vanamente que su vida era muy dichosa. Se le aparece la Filosofía, y luego de recordarle que le crió a sus pechos y de limpiarle los ojos con su ropa virtuosa para que recobren su primitiva claridad, escucha de él un relato de sus desventuras y del inicuo proceso que se le había seguido, y le oye también quejarse -"con la pasión que finge tener"- de que sólo el hombre no está sujeto a la Providencia divina, terminando por suplicar a Dios que gobierne a los hombres como a todo lo demás y no permita en la vida desconciertos que el cielo no hace en sus movimientos. Muéstrase disgustada la Filosofía ante la mala disposición que ofrece su interlocutor; mas, después de hacerle varias preguntas sobre la humana naturaleza, le da esperanzas de curarle, si él quiere gozar de razón, para lo cual ha de empezar por echar de sí el pensamiento de los bienes perdidos, la esperanza de adquirir otros semejantes y los temores del mal presente, teniendo fuerza y perseverancia de los dolores.

Emprendiendo su misión consoladora, la Filosofía enseña a Boecio que la fortuna es siempre mudable -como lo son todas las cosas naturales-; que nadie se debe quejar de ella, pues la bienaventuranza no está en ninguno de los bienes temporales, ya que todos son transitorios y ni son propios bienes de nadie ni preciosos si se les compara con la dignidad humana, y, en fin, que los que se quejan de las mudanzas del mundo deben culpar a su poco raciocinio que le conduce al sufrimiento y no a la condición de la Fortuna. Explica Boecio que él no tuvo deseo de las cosas temporales más que para poder hacer bien y tener buena fama; y la Filosofía le responde haciéndole ver la vanidad y corta duración de la fama, que no justifica el anhelo de los hombres por conseguirla, debiéndose amar y ejecutar las cosas buenas no por

la fama terrena, sino por la gloria que se puede gozar en el cielo.

Continuando con el mismo asunto, hace la Filosofía un examen crítico de lo que los ignorantes suelen considerar como bienaventuranza, a saber: la posesión de riquezas, los títulos y dignidades, el poder supremo, la gloria adquirida en paz o en guerra y el vivir deleitosamente. Luego de probar que en nada de eso puede cifrarse la bienaventuranza, la Filosofía llora la ignorancia y negligencia de los hombres, que siendo tan sagaces en buscar las cosas pequeñas y terrenales, no lo son en buscar el Sumo Bien, y proclama que ese bien del cual todos proceden es Dios, en quien solamente está la bienaventuranza que debemos desear y procurar, no dejándola nunca para volver a los bienes temporales.

Al llegar a este punto interroga Boecio a la Filosofía por qué, siendo Dios sumo bien que rige todas las cosas, permite tantos males: por qué, ya que los permite, pasan sin castigo, y por qué son poderosos y prosperan los malos, mientras que los virtuosos se ven sin galardón y hollados por los malvados. Encarece la Filosofía la temeridad de estas cuestiones, cuya investigación exigirá penetrar los secretos y honduras de las obras divinas. Sin embargo, afirma, entre otras cosas, que Dios de quien procede la Naturaleza entera, lo dispone todo enderezado al bien; si al bueno le vienen bienes es porque los merece; si males, es para avisarle y probarle; y si al malo le vienen bienes, es para enmendarle; si males para castigarle. Quien ve cualquier efecto sin conocer la causa, siempre se suele maravillar y algunas veces juzgando mal. Y como no alcanzamos todas las voluntades de Dios, que es causa primera y principal de cuanto en este mundo pasa, no podemos barruntar su designio.

Los malos son siempre flacos y no poderosos, ya que están sujetos y tiranizados por sus propias pasiones y no alcanzan lo que anhelan. Nunca los buenos carecen de galardón ni los malos de tormento; el galardón de los buenos es ser bienaventurados, son dioses; luego ser dioses es el premio de los virtuosos. En cambio, los malos pierden su condición humana, dejan de ser hombres y tórnanse bestias diferentes según el vicio que los domina. Cuanto más mal hacen las personas, más miserables son; y mucho más, mientras no reciben el castigo de la Justicia. Punir al malvado es justo; dejarle escapar sin castigo sería injusto: por tanto, después de morir sus cuerpos, pasarán tormentos sus almas.

Lo tratado anteriormente conduce a los interlocutores a discurrir acerca de los intrincados problemas de la relación entre la presencia divina y el libre albedrío y de la intervención del Acaso y de la Fortuna, no la hay para la Divina Providencia, que ve todo como presente. El saber de Dios no pone más necesidad a las cosas futuras -pues le son presentes- que los hombres a las que miran. Las cosas venideras consideradas en la esencia divina, es necesario que vengan; pero consideradas en su propia Naturaleza; son absolutas y libres. Vienen, pues, todas las cosas que Dios conoce como futuras; mas algunas de ellas salen de nuestro libre albedrío, que viviendo cuando fueren, no dejan su natural, y que bien pudiera no venir. La esencia divina precede a todas las cosas y retuerce a la presencia de su puro entendimiento. Y ese ver y comprender presencialmente las cosas nunca lo recibe de ellas, sino de su propio ser. No se puede, pues, decir que las cosas sean causa de la esencia divina, porque ella, con abrazar presencialmente las cosas, pone modo a todas ellas sin tomar de ellas nada. Está,

pues, Dios en el cielo mirando todas las cosas, y está su vista presente y eterna; siempre concurre con todo cuanto hacemos y está siempre repartiendo galardones a los buenos y tormentos a los malos mediante leyes justas puesto que unos y otros obran como voluntades libres de toda necesidad.

Fuente: *Enciclopedia universal ilustrada*, vol. 8, pp. 1284-1285

ROSCELINO Y EL NOMINALISMO

El problema de los universales se enriquece, en el siglo XI, con una solución nueva: la que aporta el nominalismo. Se acostumbra a considerar a Roscelino como el instaurador de esta doctrina, y no sin razón. Es necesario señalar, no obstante, que desde la época anterior, en la que dominaba claramente el realismo, se encontraban filósofos que recordaban que la lógica de Porfirio, de Boecio y de Aristóteles versaba sobre las palabras *(voces)*, pero no sobre las cosas *(res)*. Hemos citado a Heirico de Auxerre, cuya concepción se aproxima un poco a la del nominalismo, sin llegar, empero, a él; se le puede añadir el Pseudo Rhabano, que afirma que Porfirio habla en su *Isagoge* de cinco términos, y no de cinco cosas; pero, entre los filósofos, el problema de los universales no está todavía planteado con tal conciencia de su complejidad y de su alcance, que sea suficiente para atribuirle las soluciones sugeridas por las expresiones de que se sirven.

No sucede lo mismo con Roscelino. Nació en Compiègne hacia el año 1050 y estudió en la provincia eclesiástica donde había nacido. Tuvo por maestro a un tal Juan el *Sofista* (del cual, desgraciadamente, no sabemos nada más); enseñó como canónigo en Compiègne, fue acusado ante el concilio de Soissons de enseñar que hay tres dioses, y abjuró de este error; después continuó su enseñanza en Tours, en Loches (donde tuvo por discípulo a Abelardo) y en Besançon; debió de morir hacia el año 1120. A veces nos resulta difícil definir exactamente la posición filosófica de Roscelino, porque los textos que de él nos quedan son escasos, y no es fácil establecer una separación entre lo que él enseñó y lo que sus adversarios le han acusado de haber enseñado. Sin embargo, hay una cosa cierta: Roscelino fue, para sus contemporáneos y para la posteridad, el representante de un grupo de filósofos que entonces identificaban la idea general con la palabra mediante la cual se designa.

El interés que ofrece esta doctrina reside principalmente en que, para los filósofos que hacían de la idea general una realidad, la especie misma constituía necesariamente una realidad; mientras que, si la idea general sólo es un nombre, la verdadera realidad se encuentra en los individuos que componen la especie. En otros términos, para un realista la humanidad es una realidad; para el nominalista no hay más realidad que los individuos humanos. Roscelino se adscribe abiertamente a la segunda solución del problema. Para él, el término *hombre* no indica ninguna realidad que sea, en el grado que se quiera, la de la especie humana. Como todos los demás universales, éste corresponde únicamente a dos realidades concretas, ninguna de las cuales es la especie. Por una parte, existe la realidad física del término mismo, es decir, de la palabra *hombre* tomada como *flatus vocis*, o emisión de voz; por otra parte,

existen los individuos humanos a quienes esta palabra tiene la misión de nombrar. No hay otra cosa que se esconda tras los términos que usamos. Evidentemente, entonces subsiste el problema de saber cómo estos ruidos, que constituyen el lenguaje hablado ofrecen un sentido al pensamiento. Se ignora si Roscelino se planteó la cuestión, pero se sabe que, no contento con adoptar semejante actitud en materia de dialéctica, ha deducido sus consecuencias lógicas en materia de teología, y es aquí, sin duda, donde consiguió llamar la atención sobre su enseñanza.

La más célebre aplicación que Roscelino ha hecho de su nominalismo a la teología es su interpretación triteísta de dogma de la Trinidad. No es exactamente que haya tenido intención de mantener que hay tres dioses; pero, del mismo modo que no podía admitir que la humanidad fuera cosa distinta de los individuos humanos, tampoco podía admitir que la realidad constitutiva de la Trinidad no fuesen las tres personas distintas que la componen. Así, pues, insistía en el hecho de que, en Dios, igual que en las especies creadas, son los individuos los que son reales. "Es confundir las Personas (escribía a Abelardo) decir que el Hijo es el Padre y que el Padre es el Hijo", "y esto es lo que dicen necesariamente los que quieren significar con estas tres palabras una sola cosa singular, porque cada uno de estos nombres, considerado en sí mismo, significa una cosa única y singular". Por tanto, la Trinidad se compone de tres sustancias distintas, aunque no tengan entre las tres más que un solo poder y una sola voluntad. A pesar de estas novedades de lenguaje, Roscelino tiene intención de atenerse al dogma. "Conviene (escribe Abelardo) entendernos por lo menos para implorar juntos a este Dios triple y uno, de cualquier manera que lo entendamos." Su verdadera innovación consiste en haber designado (según el uso griego) con el nombre de sustancia lo que los latinos llamaban persona. "Por persona no significamos otra cosa que la sustancia, aunque, por una especie de costumbre de lenguaje, se triplique la persona sin triplicar la sustancia." Es la fórmula que san Anselmo fuerza un poco cuando acusa a Roscelino de enseñar que, si el uso lo permitiese, se podría decir que hay tres dioses. La verdad parece ser que Roscelino cometió la imprudencia de ir contra la terminología corriente y emplear una que, interpretada en función de su nominalismo, presentaba a todas luces un sentido inquietante.

Fuente: *Étienne Gilson, La filosofía en la Edad Media desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV*, pp. 224-226.

PEDRO ABELARDO

Filósofo y teólogo francés, nació en el año 1079 en Palais (Alta Bretaña), aldea cerca de Nantes y murió en la abadía de San Marcelo en 1142. Su padre era Berengario, persona de reconocida instrucción y de condición ilustre, y su madre Lucía; tuvo tres hermanos: Raúl, Porciario y Dagoberto, y una hermana, Dionisia.

Berengario se encargó de proporcionar instrucción a Abelardo y a sus hermanos. Abelardo, en sus mocedades fue destinado a la carrera de las armas, la que abandonó llevado por su vehemente pasión por el estudio. Renunció por éste a su herencia y primogenitura, cultivó todas las ciencias conocidas en su tiempo, hasta la música y el canto, según deducen de las cartas de Eloísa algunos de

sus biógrafos, y mostró singular agudeza de juicio y audacia de pensamiento. A los veinte años se dirigió a París, siendo la dialéctica la primera disciplina mental que él cultivó. Estableció su escuela en la montaña de Santa Genoveva, atrayendo una multitud de alumnos.

Sus libros *De Trinitate y su Introducción a la Teología,* han sido condenados por la Iglesia romana. Llenó su siglo con la fama de sus controversias y su agitada vida, pero no ha logrado formar escuela como otros innovadores que de menor talento consiguieron. Era hombre de entendimiento agudo y flexible, pero su razón, apasionada unas veces por el afán de poseer la verdad y su excesivo amor propio, le hicieron caer en errores sobre todo en sus controversias con Guillermo de Champeaux, Anselmo y san Bernardo.

Abelardo entabló las primeras contiendas entre el realismo y el nominalismo. Tuvo primero escuela en Melun y en Corbeil, y a los veintiocho años de edad volvió a París, en donde se entregó con más fuerza que nunca a las contiendas filosóficas. Su padre Berengario abrazó el estado monacal y Abelardo se hizo discípulo de Anselmo (así como antes lo había sido del nominalista Roscelino), que lo había sido de Guillermo de Champeaux, para aprender la teología y cánones. Al poco tiempo se puso en pugna con su maestro, al que venció en disputa pública y al que arrebató casi la totalidad de sus discípulos.

Años más tarde, Abelardo se hizo monje de san Dionisio. Abandonó el claustro para dedicarse otra vez a las enseñanzas y disputas filosóficas, alcanzando gran boga en sus explicaciones que dio en el priorato de Maisoncelle. La fama agrupó en torno suyo a más de 3,000 estudiantes. Su sistema de explicar la Santísima Trinidad le acarreó admiradores y censores acérrimos. Alberico, Ludolfo y san Bernardo, abad de Claraval, fueron los más célebres impugnadores de su sistema. El concilio de Soissons (1121) condenó por vez primera las doctrinas de Abelardo, fallo que acató en absoluto, retractándose de sus doctrinas, cediendo a las súplicas de san Bernardo. Rechazado por los monjes de san Dionisio se retiró a la diócesis de Troyes, en Nogent sus Seine, en donde empezó una vida austera y rigurosa. Allí fundó su célebre oratorio dedicado al Espíritu Santo Consolador, retirándose después al monasterio de Saint-Guildas, de Rhuys, del que luego fue nombrado abad.

Finalmente, en el Concilio de Sens (1140), san Bernardo, en disputa pública, confundió y venció a Abelardo, el cual apeló al papa Inocencio II de la sentencia, quien la confirmó, condenando además al filósofo a cárcel perpetua, pena que después le conmutó por la de clausura en un monasterio de regulares. Pedro el *Venerable*, abad de Cluny, consiguió después del pontífice la absolución de Abelardo, y una reconciliación con san Bernardo de Claraval. La vida de aquél, hasta que murió a la edad de sesenta y tres años fue edificante y ejemplar como pocas. La penitencia y la oración fueron sus ejercicios cotidianos.

Como filósofo, Abelardo pertenece al período de la Escolástica en que se subordina la filosofía y la dialéctica a la teología y al misticismo. Desde que la filosofía escolástica aparece hasta el Renacimiento, se agita como el problema capital el de los universales que Porfirio planteó en su introducción al estudio del *Organon* de Aristóteles al decir "que él no quería inquirir si los géneros y las especies existen por sí mismos o tan sólo en la mente, ni, en caso de existir por sí mis-

mos, si son corporales o incorporales, ni si existen separados de los objetos sensibles o en ellos como partes suyas". La cuestión fue resuelta por los primeros escolásticos, Escoto Erigena, llamado el *Irlandés*, san Anselmo y otros en sentido platoniano. Contra esta doctrina llamada del *realismo*, se levantó el *nominalismo* del canónigo de Compiègne, Roscelino, cuyo pensamiento es atribuir a los universales un valor puramente nominal. Y ocupando el término medio se presenta Abelardo, para quien los universales ni son sólo palabras sonoras que aportan material al vocabulario, ni gozan de existencia independiente del mundo que se palpa y se ve, sino "conceptos" que responden a una exigencia del espíritu. Con tal tendencia se pone de relieve el realismo moderado del Estagirita, si bien parece no haber concretado tanto como éste el valor ideal-real de los universales.

Abelardo, sin poder ser tildado de nominalista, se inclina más a esta escuela que a la realista. Esta exposición, deficiente por lo poco concreta, dio motivo a los apasionamientos con que fue criticada su doctrina. No cabe duda que la nota dominante de su doctrina es la importancia que da al poder del sujeto pensante, mayor que la que le merece el carácter de existencia que pueda tener el concepto, y esto es anticiparse en varios siglos a Kant y demás racionalistas. En teología, explica las tres divinas personas haciéndolas atributos esenciales del Ser divino: poder, sabiduría y bondad. Estos tres atributos convertidos en seres abstractos, poder, saber y querer, no son nada. Reunidos, son el Ser perfecto. Es una herejía cuyo opuesto extremo es la de Roscelino, que admite tres dioses. Sienta como más tarde Leibinitz, que Dios no pudo producir un mundo mejor que el actual, pues lo contrario argüiría en él injusticia y celos y porque Dios hubiera además obrado sin razón suficiente. En ética, niega la bondad y malicia objetiva de las obras que sólo tienen dichas cualidades en la intención de quien las practica.

Fuente: *Enciclopedia universal ilustrada*, vol. 1, pp.345-347

SANTO TOMÁS DE AQUINO

1224 En el castillo de Roccaseca, cerca de Aquino, nace Tomás, séptimo hijo del conde Landolfo y de la condesa Teodora de Chieti.

1230 Cumpliendo con una antigua costumbre familiar, sus padres le llevan como oblato a Montecassino; ambos esperan que, de acuerdo con su origen noble, Tomás llegue a ser algún día abad del célebre monasterio benedictino.

1236 Es enviado a la Universidad de Nápoles, donde estudia, bajo la dirección de Pietro Martini y Petrus Hibernus, las siete artes liberales (gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música y teología).

1243 Tomás manifiesta su intención de ingresar en la orden mendicante de los predicadores dominicos y encuentra una violenta oposición de su familia, que aspiraba a convertirlo en un alto dignatario eclesiástico. Dos de sus hermanos mayores lo rapan y lo mantienen prisionero durante más de un año, para impedirle ingresar en la orden.

1245 Tomás consigue, con grandes dificultades, la autorización paterna e ingresa en la orden de los dominicos. Los dominicos deciden que vaya a París a completar sus estu-

dios de teología. En París inicia su larga y fructífera amistad con Alberto Magno.

1248 Junto con Alberto Magno, su maestro y amigo, que le ha hecho interesante en el pensamiento tradicional greco-árabe, se traslada a Colonia para proseguir sus estudios de lenguas y teología.

1253 Regresa a París, donde, como parte de sus estudios teológicos, comienza a escribir comentarios sobre *El libro de las sentencias*, de Pedro Lombardo, y sobre las obras de Boecio.

1256 Obtiene el título de maestro en teología. Asume una de las dos cátedras reservadas a la orden de los dominicos en la universidad de París. Escribe los opúsculos *El ente y la esencia* y *De los principios de la naturaleza*; comienza a redactar el primer tomo de la *Summa contra los gentiles*. Primera polémica con Sigerio de Brabante.

1259 Regresa a Italia y comienza a enseñar en la corte pontificia; es nombrado teólogo consultor del Papa, a quien acompaña en numerosos viajes. Se convierte en el máximo representante de la ortodoxia doctrinal de la Iglesia.

1266 Termina la *Summa contra los gentiles*. Escribe comentarios sobre las principales obras de Aristóteles, utilizando la traducción directa del griego realizada por Guillermo de Moerbeke.

1267 Termina *De regimine principium* y varias *Quaestiones quodlibetales*. Comienza a redactar, aconsejado por el prior de los dominicos, su obra cumbre, la *Summa teológica*.

1269 Se instala en París, para enseñar nuevamente teología en la universidad, convertida en el más dinámico de los centros culturales europeos. Continúa su controversia con los principales representantes del averroísmo latino, al mismo tiempo sigue redactando la *Summa teológica*.

1270 Polemiza con su amigo y antiguo compañero de la facultad de teología, el franciscano Buenaventura, que reprocha al tomismo su "rendición" ante Aristóteles. Al mismo tiempo mantiene controversias con los aristotélicos radicales.

1272 Sigue elaborando la *Summa teológica*, mientras redacta los comentarios al *Peri Hermemeias* de Aristóteles y *De aeternitatis mundi contra murmurantes*. Se traslada a Nápoles, en cuya universidad enseña teología a un numeroso grupo de jóvenes llegados desde todos los rincones de Europa.

1274 El Papa Gregorio X le invita a asistir al II Concilio de Lyon. Poco antes Tomás de Aquino ha empezado a escribir la tercera parte de la *Summa teológica*, que no podrá terminar. Durante el viaje a Lyon se siente enfermo y pide ser llevado al monasterio cisterciense de Fossanuova, donde muere irremediablemente el 7 de marzo.

1323 Es canonizado por la Iglesia, que lo erige en su filósofo y teólogo e incorpora gran parte del tomismo a su cuerpo doctrinal.

DE LOS PRINCIPIOS DE LA NATURALEZA Y OTROS ESCRITOS

Las dos *Summas* (la teológica y la que destinó a combatir a los gentiles) constituyen el núcleo del pensamiento de santo Tomás de Aquino. Esas dos obras monumentales de-

pendieron directamente, tanto en su concepción global como en el estilo que su autor eligió para redactarlas, de la enseñanza universitaria a la que estaban destinadas. Al mismo tiempo, santo Tomás de Aquino escribió un considerable número de opúsculos, destinados a refutar determinadas opiniones filosóficas o teológicas más o menos difundidas en ese momento. *El ente y la esencia* fue escrito a principios de 1256, cuando Tomás de Aquino acababa de graduarse como maestro en teología en la universidad de París. Se trata ya de una obra madura, perfectamente objetiva en el fondo y claramente técnica en la forma; es la primera muestra de un estilo que santo Tomás no abandonaría luego ni siquiera en sus ásperas controversias doctrinales. Un estilo caracterizado por la fría eficacia con que el autor persigue sus fines y deja en la sombra sus propios repliegues psicológicos. Este opúsculo constituye además una primera aproximación al sistema aristotélico y establece una neta distinción entre el tomismo y otras concepciones cristianas. Todo ser creado, dice Tomás de Aquino retomando a Aristóteles, posee una dignidad y una eficacia causal infinitamente mayores a las que los averroístas y otros gentiles estaban dispuestos a concederle; para santo Tomás la existencia es la forma plena que asume el ser. Después de largas décadas de pesimismo agustiniano, la razón humana volvía a ser considerada como un instrumento apto para conocer la naturaleza de Dios y de sus designios, gracias a este gran pensador.

En *De los principios de la naturaleza*, escrito en una fecha muy cercana a la del opúsculo anterior, santo Tomás establece de manera definitiva su concepción acerca de la duplicidad del ser: ser esencial por una parte, hecho necesario por la voluntad divina, y ente accidental por la otra, ángel caído. Esta enunciación de santo Tomás vuelve a poner en primer plano la antigua tesis aristotélica, según la cual la materia no es sino el modo que potencialmente adquiere todo lo que es real. El rigor escolástico de esta obra es, como siempre en santo Tomás, absoluto: ni un elemento, ni un adjetivo que traicionen un desfallecimiento de la argumentación o muestren una preferencia particular del autor. La firmeza escolástica de santo Tomás, con esa maestría que la universidad de París acababa de reconocerle, desbroza ya, en *De los principios de la naturaleza*, los caminos que en el futuro recorrerían tanto la filosofía como la teología medievales.

Sobre la *eternidad del mundo* es un texto que corresponde a una etapa posterior: en 1270, vuelto a la universidad de París tras una larga y fructífera estancia en la corte pontificia, santo Tomás estaba inmerso en la polémica contra los seguidores latinos del sabio hispanoárabe Averroes, que reclamaban para sí la herencia de Aristóteles. Pero al mismo tiempo mantenía una dura controversia con los maestros de la facultad de Teología de París, que rechazaban de plano la incorporación del pensamiento clásico griego a la tradición cultural de la Iglesia. Contra esos maestros dirige Tomás de Aquino una argumentación tan cuidadosa y sólida como la que antes había destinado a los averroístas.

La *Summa contra los gentiles* se propone reunir un catálogo completo de los errores y herejías difundidos en el mundo cristiano y, al mismo tiempo, proporcionar una sólida red de argumentaciones racionales para la controversia con el paganismo y con el mundo musulmán. Santo Tomás comenzó a redactar esta obra alrededor de 1258 y la culminó en 1265. Tanto en los *opúsculos* como en la *Summa contra los gentiles*, Tomás de Aquino aparece revestido de la doble condición de filósofo y de predicador. Son escritos

magistrales, en el sentido estricto y técnico de la palabra, y revelan el ambiente de lucha aguda, de controversia incesante -a veces pública y aireada a los cuatro vientos, a veces sutil y casi secreta- en que nacieron. Por esta *Summa* desfilan los errores y herejías más pintorescos del siglo XVIII, y se dirigen contra los abigenses, contra cátaros y valdenses, contra las tentaciones orientalistas de muchos de sus más doctos contemporáneos, contra Averroes y contra el inmovilismo de no pocos agustinianos.

Pero el carácter revolucionario del pensamiento de Santo Tomás sólo alcanza su verdadera dimensión cuando, en la *Summa teológica*, adopta de manera enérgica y decidida las categorías filosóficas de Aristóteles. A través de esa honra, que significa la "reconciliación del viejo pagano griego con Jesucristo" -según G.K. Chesterson-, cambia de manera notable el contenido intelectual y religioso del siglo XIII. Con la adopción de las categorías del Estagirita, santo Tomás de Aquino había encontrado una estructura adecuada para sostener el edificio de la especulación filosófico-teológica del cristianismo, para completar una cosmovisión que devolvía a Dios a la tierra y rompía la tradición pesimista agustiniano-platónica. El núcleo del aristotelismo permitió a Tomás de Aquino defender la autonomía de la razón filosófica, demostrando la falacia de la "doble verdad" sostenida por los averroístas: para el tomismo, en la *Summa teológica*, las verdades sobrenaturales constituyen la materia de la fe, y no se oponen a la verdad de la razón, sino que la ratifican y perfeccionan. A través de la *Summa teológica* y de la incansable labor de polemista de su autor, la Edad Media recuperaba las fuentes de la filosofía clásica y elevaba la razón humana a un orden superior: el hombre puede y debe conocer e investigar el mundo sensible, puede y debe conocer las leyes de la naturaleza, porque éstas terminan inevitablemente por revelar el rostro de su Creador. Con santo Tomás de Aquino la razón y la fe dejan de ser reinos extraños o enemigos, para convertirse en una sola búsqueda y una misma certidumbre. La *Summa teológica* fue escrita entre 1267 y 1274. No pudo ser terminada: la tercera parte quedó inconclusa, con la muerte del teólogo, el 7 de marzo de 1274. La enorme obra del santo de Aquino ha sido calificada paradójicamente de edad oscura. Lo cierto es que, como la expresión más alta del pensamiento medieval, el espíritu del tomismo aparece más cercano a los tiempos actuales, que por ejemplo, muchas expresiones del Renacimiento y la Reforma.

EL AUTOR EN EL TIEMPO

La espesa red de razones históricas, políticas, sociales y religiosas explican la aparición y desarrollo del feudalismo en Europa, figuran en la base de la disgregación sufrida por la cultura eclesiástica en el siglo XII. La aparición de centros teológicos aislados entre sí, y cada uno de ellos sujetos a las influencias políticas del medio en que se desarrollaban, constituyen el antecedente inmediato de la época en que vivió santo Tomás de Aquino. Esta disgregación -que desmentía en la práctica el carácter católico, es decir, universal, que la Iglesia reclamaba- contribuyó al surgimiento de múltiples herejías, a la difusión de gruesos (y, vistos desde la perspectiva de hoy, pintorescos) errores teológicos. Paralelamente, esa provincialización de la cultura (no sólo de la cultura eclesiástica, por cierto) impidió durante un largo periodo que Europa recobrara la inmensa herencia de las civilizaciones de la antigüedad y, muy es-

pecialmente, la tradición del pensamiento filosófico griego. Así, cuando el joven estudiante Tomás de Aquino, ya convertido en monje dominico, llega a París, su primer deslumbramiento es el saber árabe y griego que recibe de Alberto Magno. No se trataba de un saber que resultara absolutamente desconocido para Tomás de Aquino; la tradición filosófica occidental y oriental había pasado a ser patrimonio de un reducido estamento de nobles europeos, del que su familia formaba parte. Rescatar a Aristóteles para el pensamiento católico, hacer al cristianismo el heredero de las más altas formas del pensamiento antiguo, fue desde entonces el destino que Tomás de Aquino aceptó y llevó hasta sus últimas consecuencias.

La historia intelectual de santo Tomás de Aquino constituye una sucesión de batallas contra enemigos en los que el error teológico y filosófico viste a menudo ropajes exóticos y ejecuta contorsiones febriles. Los maniqueístas y los averroístas, los cátaros y los albigenses, son sólo algunos de los enemigos con que se enfrentó. El mundo en el que vivió y trabajó el *Doctor Angélico* "estaba embrollado por innumerables tomos que probaban, mediante la lógica, miles de cosas que sólo pueden ser conocidas por Dios", dice agudamente Chesterton. Como reacción contra las riquezas teológicas y contra los compromisos de la Iglesia con los poderosos, durante la primera juventud de santo Tomás proliferaban en Europa las órdenes mendicantes franciscanos y dominicos que venían a renovar las formas concretas de la piedad, en medio de la desconfianza y a menudo del odio de las clases dominantes. Para poder ingresar en la orden de los dominicos, santo Tomás tuvo que vencer la oposición de su familia; y a las reglas de humildad y de laboriosidad de los dominicos permaneció invariablemente fiel, incluso cuando se convirtió en una de las personalidades más influyentes del orbe cristiano. Consejero teológico del Papa, consejero mundano de varias cortes reales y principescas, el *Doctor Angélico* postuló que el papel de la Iglesia no consistía solamente en promover la salvación eterna de las almas, sino en impulsar una ordenación más racional y justa de la sociedad humana. Esto puede parecer hoy una parte integrante e indisociable del pensamiento cristiano, pero no lo era ciertamente en el siglo XIII, una época inquieta, dramática, cambiante, alumbrada por el estallido de súbitas tormentas sociales, políticas y religiosas muy difíciles de salvar.

Tras la muerte de santo Tomás de Aquino, los dominicos tomaron sobre sí la responsabilidad de defender al tomismo; en 1309, la orden reconoció a Tomás de Aquino como doctor de los dominicos, en un momento en que, arrebatados por la lucha contra los averroístas, algunos sectores de la Iglesia no dudaban en colocar ciertas obras del *Doctor Angélico* entre las condenables por excesivamente aristotélicas. En la etapa de la Contrarreforma, la Iglesia en pleno descubrió en Santo Tomás un arsenal perdurable e inagotable de argumentos y de procedimientos dialécticos. El siglo XV constituyó una etapa de gran florecimiento tomista; uno de los principales impulsores de ese florecimiento fue el francés J. Capreolo, que defendió la doctrina contra los ataques de los agustinianos, de los escotistas y de los nominalistas. Otro de los méritos de Capreolo fue su intento de mantener pura la enseñanza del teólogo, limpiándola de las adherencias inevitables de los períodos de controversia. En el siglo XVI la influencia del pensamiento tomista quedó reflejada en la obra de Tomás de Vío, el primero que usó como libro de texto la *Summa teológica* para la enseñanza oficial de esa disciplina. La necesidad de oponer a la Reforma un cuerpo de doctrina sólido e indiscutiblemente ortodoxo devolvió a la obra de santo Tomás su plena vigencia durante el siglo XVI. La declaración de Tomás

de Aquino como doctor de la Iglesia, realizada en 1567 por Pío V, no hubo sino sancionar oficialmente ese hecho. Fue ésta, época de auge para el tomismo.

Los grandes centros del tomismo fueron, a partir de entonces, las universidades de Bolonia, Douai, Lovaina, Salamanca y Alcalá. Las décadas finales del siglo XVI y comienzos del XVII fueron escenario de la aparición de un grupo de grandes teólogos tomistas españoles: Francisco de Vitoria, Melchor Cano, Bartolomé de Medina, Domingo Báñez.

El tomismo, unido al conjunto con el conjunto de la escolástica, pasó a un segundo plano con el surgimiento de las corrientes racionalistas y cientificistas en Europa. Tuvo que esperar hasta mediados del siglo XIX para volver a recobrar parte de su vitalidad. Una vez más, para enfrentarse a un fenómeno que ponía en tela de juicio las razones profundas de la Iglesia, ésta se vio obligada a recurrir al gran pensador medieval. Del acuerdo cultural de la Iglesia, santo Tomás pareció el más cercano a los escritores católicos que intentaron la renovación escolástica en pleno ascenso del capitalismo, del racionalismo administrativo y del empirismo mercantil. En ese rescate del impulso jugó un papel importante el núcleo formado alrededor del *Civilità cattolica,* junto con los grupos de tomistas de la universalidad gregoriana de Roma, entre otros. El movimiento fue algo difuso hasta que León XIII, en su encíclica *Aeterni Patris* (1879), propuso a santo Tomás como el más seguro mentor del movimiento tendiente a renovar el pensamiento del catolicismo. En ese aspecto destacó la actividad de la universidad de Lovaina.

La influencia de santo Tomás en la filosofía contemporánea es patente en el existencialismo heideggeriano, en la sociologia de A. Forest, J. Pieper, M. Nedoncelle y otros; el neopositivismo de I.M. Bochenski y F.C. Copleston intenta rescatar no tanto la letra como el espíritu del tomismo. En la actualidad, dos especialistas en el pensamiento medieval, Jacques Maritain y E. Gilson, son los tomistas de mayor prestigio.

Fuente: Santo Tomás de Aquino, *De los principios de la naturaleza,* pp. 1-24

SAN ANSELMO DE CANTERBURY

San Anselmo nació en Aosta, en el Piamonte, en 1033. Después de los estudios preliminares en Burgundy en Avranches, y más tarde en Bec, ingresó a la orden benedictina y llegó a ser prior de Bec en 1063 y posteriormente abad en 1078. En 1093 fue nombrado arzobispo de Canterbury, para suceder a su antiguo maestro, amigo y superior religioso, Lanfranc; y en ese puesto murió, en 1109.

En general, es correcto decir que el pensamiento de san Anselmo pertenece a la tradición agustiniana. Como el gran doctor africano, consagró su principal esfuerzo espiritual a la comprensión de la doctrina de la fe cristiana, y a la exposición de su actitud que está contenida en el *Proslogium* lleva impreso el sello inconfundible del espíritu agustiniano.

Una de las obras de su inagotable laboriosidad fue dirigir las copias de manuscritos de la antigüedad efectuadas por sus monjes.

A causa de los intereses que su comu-

nidad poseía en Inglaterra, tuvo que visitar esta nación, y con este motivo fue conocido y estimado por los reyes Guillermo el *Conquistador* y Guillermo el *Rojo*, su hijo. Al quedar vacante la primada de Canterbury, el pueblo y clero pidieron el nombramiento de Anselmo; mas Guillermo II, que sacaba gran provecho de no proveerla, al cabo de cuatro años, en 1093, llamó a Anselmo. Este estuvo vacilante por las dificultades de las circunstancias que rodeaban el cargo, pues la cuestión de las investiduras que tenía en guerra a los príncipes de Europa, presentaba un problema en Inglaterra. Ésta, por otra parte, todavía no había reconocido al Papa Urbano II, frente al antipapa Clemente. Anselmo había hecho ya este reconocimiento y se mostró dispuesto a acatar incondicionalmente sus órdenes.

San Anselmo no sólo fue un gran obispo, sino un profundo filósofo y un teólogo de primer orden. Es considerado como el padre de la teología escolástica y es llamado el *Segundo Agustín*.

Compuso varias obras: *De Gramatica*, una especie de introducción a la dialéctica, *De Virtate*, tratado de metafísica en que no escasean las sutilezas; *De Libero Arbitrio*, en donde la libertad de albedrío es tratada en sentido teológico.

En el *Proslogium* desarrolla el famoso argumento llamado de la existencia de Dios: "No intento Señor, penetrar tu profundidad, pues juzgo mi intelecto enteramente insuficiente para ello, pero deseo entender en algún grado tu verdad, que mi corazón cree y ama porque no busco entender para poder creer, sino que creo para poder entender. Porque creo también esto, que a menos se crea, no podré entender".

Este famoso argumento, más tarde será retomado por algunos filósofos; Descartes, entre ellos, que lo popularizó en la ciencia y fue retomado por Spinoza y Leibnitz.

San Anselmo escribió además el *Liber de Fide Trinitatis et Incarnatione Verbi*, contra *Blasphemias Ruzelini sive Roscelini*. En esta obra sienta las bases de la teología escolástica. Toda la tarea del teólogo debe reducirse a presentar de manera sistemática las verdades objeto de la revelación, ya que la fe debe preceder a la inteligencia.

En su modo general de hablar sobre la relación del alma al cuerpo, y en la falta de una teoría de la composición esencial de ambos, Anselmo sigue la tradición platónico-agustiniana, aunque, como el propio Agustín, él era perfectamente consciente de que el alma y el cuerpo forman un solo hombre, y así lo afirma.

Quizás podría decirse en general que aunque la filosofía de san Anselmo está en la línea de la tradición agustiniana, es más sistemáticamente elaborada que los correspondientes elementos del pensamiento de Agustín, su teología natural, que en la aparición metódica de la dialéctica manifiesta las características de una época más avanzada.

Fuente: Frederich Copleston, *Historia de la filosofía*, vol. 2, pp. 161-169

CRONOLOGÍA DEL PAPADO

Núm. de Orden	Papas	Años		Núm. de Orden	Papas	Años	
		De la elevación	De la muerte			De la elevación	De la muerte
	Siglo I			52	Anastasio II	496	498
1	S. Pedro	35	67	53	S. Símaco	498	514
2	S. Lino	67	78				
3	S. Cleto	78	90		***Siglo VI***		
4	S. Clemente I	90	100	54	S. Hormisdas	514	523
				55	S. Juan I	523	526
	Siglo II			56	S. Félix IV	526	530
5	S. Anacleto (1)	100	112	57	Bonifacio II	530	532
6	S. Evaristo	112	121	58	Juan II	532	535
7	S. Alejandro I	121	132	59	S. Agapito I	535	536
8	S. Sixto I	132	142	60	S. Silverio I	536	538
9	S. Telésforo	142	154	61	Vigilio	538	555
10	S. Higinio	154	158	62	Pelagio I	555	560
11	S. Pío I	158	167	63	Juan III	560	573
12	S. Aniceto	167	175	64	Benedicto I	574	578
13	S. Sotero	175	182	65	Pelagio II	578	590
14	S. Eleuterio	182	193	66	S. Gregorio I *(el Grande)*	590	604
15	S. Víctor I	193	203				
					Siglo VII		
	Siglo III			67	Sabiniano	604	606
16	S. Ceferino	203	220	68	Bonifacio III	607	607
17	S. Calixto I	221	227	69	S. Bonifacio IV	608	615
18	S. Urbano I	227	233	70	S. Adeodato I	615	619
19	S. Ponciano	233	238	71	Bonifacio V	619	625
20	S. Antero	238	239	72	Honorio I	625	638
21	S. Fabián	239	253	73	Severino	638	640
22	S. Cornelio	254	255	74	Juan IV	640	642
23	S. Lucio I	255	257	75	Teodoro I	642	649
24	S. Esteban I	257	260	76	S. Martín I	649	655
25	S. Sixto I	260	261	77	S. Eugenio I	655	657
26	S. Dionisio	261	272	78	S. Vitaliano I	657	672
27	S. Félix I	272	275	79	Adeodato II	672	676
28	S. Eutiquiano	275	283	80	Dono I	676	678
29	S. Cayo	283	296	81	S. Agatón	678	681
30	S. Marcelino	296	304	82	S. León II	682	683
				83	S. Benedicto II	684	685
	Siglo IV			84	Juan V	685	686
31	S. Marcelo I	308	309	85	Conón	686	687
32	S. Eusebio	309	311	86	S. Sergio I	687	701
33	S. Melquiades	311	314				
34	S. Silvestre I	314	337		***Siglo VIII***		
35	S. Marcos I	338	340	87	Juan VI	701	705
36	S. Julio I	341	352	88	Juan VII	705	707
37	S. Liberio	352	363	89	Sisinio	708	708
38	S. Félix II (2)	363	365	90	Constantino	708	715
39	S. Dámaso I	366	384	91	S. Gregorio II	715	731
40	S. Siricio	384	399	92	S. Gregorio III	731	741
41	S. Anastasio I	399	401	93	S. Zacarías	741	752
				94	Esteban II (3)	752	752
	Siglo V			95	S. Esteban III	752	757
42	S. Inocencio I	402	417	96	S. Pablo I	757	767
43	S. Zósimo	417	418	97	Esteban IV	768	772
44	S. Bonifacio I	418	423	98	Adriano I	772	795
45	S. Celestino I	423	432	99	S. León III	795	816
46	S. Sixto III	432	440				
47	S. León I *(el Grande)*	440	461		***Siglo IX***		
48	S. Hilario	461	468	100	S. Esteban V	816	817
49	S. Simplicio	468	483	101	S. Pascual I	817	824
50	S. Félix III	483	492	102	Eugenio II	824	827
51	S. Gelasio I	492	496	103	Valentín	827	827

Núm. de Orden	Papas	Años		Núm. de Orden	Papas	Años	
		De la elevación	De la muerte			De la elevación	De la muerte
104	Gregorio VI	827	844	157	S. Gregorio VII	1073	1085
105	Sergio II	844	847	158	S. Víctor III	1087	1087
106	S. León IV	847	855	159	S. Urbano II	1088	1099
107	Benedicto III	855	858	160	Pascual II	1099	1118
108	S. Nicolás I	858	867				
109	Adriano II	867	872		***Siglo XII***		
110	Juan VIII	872	882	161	Gelasio II	1118	1119
111	Marino I (Martín II)	882	884	162	Calixto II	1119	1121
112	S. Adriano III	884	885	163	Honorio II	1121	1130
113	Esteban VI	885	891	164	Inocencio II	1130	1143
114	Formoso	891	896	165	Celestino II	1143	1144
*	Bonifacio VI (4)	896	896	166	Lucio II	1144	1145
115	Esteban VII	897	898	167	S. Eugenio III	1145	1153
116	Romano (5)	898	898	168	Anastasio IV	1153	1154
117	Teodoro II	898	898	169	Adriano IV	1154	1159
118	Juan IX	898	900	170	Alejandro II	1159	1181
				171	Lucio III	1181	1185
	Siglo X			172	Urbano III	1185	1187
119	Benedicto IV	900	903	173	Gregorio VIII	1187	1187
120	León V	903	903	174	Clemente III	1187	1191
121	Cristóbal	903	904	175	Celestino III	1191	1198
122	Sergio III	904	911	176	Inocencio III	1198	1210
123	Anastasio III	911	913				
124	Landón	913	914		***Siglo XIII***		
125	Juan X	914	928	177	Honorio III	1210	1227
126	León VI	928	929	178	Gregorio IX	1227	1241
127	Esteban VIII	929	931	179	Celestino IV	1241	1241
128	Juan XI	931	935	180	Inocencio IV	1243	1254
129	León VII	936	939	181	Alejandro IV	1254	1261
130	Esteban IX	939	942	182	Urbano IV	1261	1264
131	Marino II (Martín III)	942	946	183	Clemente IV	1265	1268
132	Agapito II	946	956	184	S. Gregorio X	1271	1276
133	Juan XII	956	964	185	S. Inocencio V	1276	1276
134	Benedicto V	964	965	186	Adriano V	1276	1276
135	Juan XIII	965	972	187	Juan XIX, XX ó XXI	1276	1277
136	Benedicto VI	972	974	188	Nicolás III	1277	1280
137	Dono II (6)	974	974	189	Martín IV	1281	1285
138	Benedicto VII	974	984	190	Honorio IV	1285	1287
139	Juan XIV	984	984	191	Nicolás IV	1288	1292
*	Bonifacio VII (7)	984	985	192	S. Celestino V	1294	1294
140	Juan XV	985	996	193	Bonifacio VIII	1294	1303
*	Juan XVI (8)	996	996				
141	Gregorio V	996	999		***Siglo XIV***		
142	Silvestre II	999	1000	194	S. Benedicto X ó XI	1303	1304
				195	Clemente V	1305	1314
	Siglo XI			196	Juan XX, XXI ó XXII	1316	1334
143	Juan XVI, XVII ó XVIII	1003	1003	197	Bonifacio XI ó XII	1334	1342
144	Juan XVII, XVII ó XIX	1003	1009	198	Clemente VI	1342	1352
145	Sergio IV	1009	1012	199	Inocencio VI	1352	1362
146	Benedicto VIII	1012	1024	200	S. Urbano V	1362	1370
147	Juan XVIII, XIX ó XX	1024	1033	201	Gregorio X	1370	1378
148	Benedicto IX	1033	1044	202	Urbano VI	1378	1380
*	Benedicto IX (2ª vez)	1045	1045	203	Bonifacio IX	1380	1401
149	Gregorio VI	1045	1046				
150	Clemente II	1046	1047		***Siglo XV***		
*	Benedicto IX (3ª vez)	1047	1048	204	Inocencio VII	1401	1406
151	Dámaso II	1048	1048	205	Gregorio XII (12)	1406	1409
152	S. León IX (9)	1049	1054	206	Alejandro V	1409	1410
153	Víctor II	1055	1057	207	Juan XXI, XXII ó XXIII	1410	1415
154	Esteban X	1057	1058	208	Martín V	1415	1431
*	Benedicto X (10)	1058	1059	209	Eugenio IV	1431	1447
155	Nicolás II	1059	1061	210	Nicolás V	1447	1455
156	Alejandro II	1061	1073				

Fuente: Enciclopedia Universal Ilustrada, vol. 41, pp. 984, 985

CRONOLOGÍA HISTÓRICA DEL SIGLO XI AL XV

CRONOLOGÍA 1000-1039

	1000-1004	1005-1009	1010-1014	1015-1019
EUROPA	1001 Silvestre II consagra a Esteban I como rey de Hungría Basilio II comienza la conquista de Bulgaria 1002 Enrique II sucede a Otón III como rey de Germania		1012 Romualdo de Ravena funda la orden camaldulense 1013 Los daneses conquistan Londres 1014 Enrique II, emperador de Alemania	1016 Canuto I, rey de Inglaterra Los normandos llegan al sur de Italia 1019 Canuto I, rey de Dinamarca Yaroslav, príncipe de Kiev
BIZANCIO	1001 Basilio II se enfrenta a Samuel, rey de los búlgaros		1014 Basilio II captura a parte del ejército búlgaro junto al Struna	1018 Basilio II ocupa Ojrid y atraviesa Grecia, apoderándose definitivamente de la península Balcánica
ISLAM	1000 *El viaje dormido* de Nāṣir-i-Jusraw, diario de viaje de un ismaelí persa desde el Irán oriental hasta la corte fatimí en El Cairo, en el que resalta el contraste entre la opulencia del dominio fatimí y la miseria imperante entre los súbditos 'abbāsíes 1004 Saqueo de Pisa por los árabes durante una razzia Fundación de la dinastía gaznawí por Mahmud de Gazna	1009 Al-Ḥākim ordena destruir la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén	1010 Predicaciones en Siria de Hamza ibn-Ahmad, seguidor de al-Darazi, y formación de las primeras comunidades drusas 1011 Nuevas razzias árabes sobre la ciudad de Pisa	1015 Revueltas de los ziríes y los ḥammūdíes en el Magreb Los árabes conquistan Cerdeña al mando de Muŷāhid de Denia
ASIA	1000 En Indochina, las incursiones de Dai Viet en el reino de Champa obligan al rey Yang Pu Ko a trasladar la capital desde Indrapura y Vijaya. Dai Viet, reino fuertemente influido por la cultura china, extenderá sus dominios hacia el sur, entrando en conflicto con el reino de Champa, de cultura hindú 1004 Tratado de Sanhyuan entre los song y los kitan, fundadores de la dinastía Liao. Los song reconocen el establecimiento de los kitan en el norte, a los que deben entregar un tributo anual	1006 Primeros asentamientos mahometanos en el noroeste de la India 1008 Los gaznawíes, dueños de Afganistán, derrotan a la liga hindú de Peshawar	1010 Mahmud de Gazna toma Lahore y conquista el Punjab, haciéndose con el control de la cuenca del Indo y llegando hasta el Ganges 1012 Muere Rajaraja el Grande, emperador de Chola. Bajo su gobierno, el dominio de Chola se había extendido por el sur de la India y Ceilán. Le sucede Rājendra I	1016 Comienza en el Japón la regencia de Fujiwara no Michinaga, que constituye el período más brillante de la era Heian
ÁFRICA	principios s. xi La dinastía Dia, que gobernaba a los songhais, traslada la capital a Gao y se convierte al islamismo s. xi Los sao dominan la región de Kanem-Bornu Los mossi fundan diversos principados entre el Níger y Togo El territorio del reino de Aksum es gobernado por la dinastía zagwe (ss. xi-xiii)			
AMÉRICA	900-1100 Ascenso del imperio Wari en los Andes Irrupción de grupos toltecas en Guatemala y Yucatán			

1020-1024	1025-1029	1030-1034	1035-1039	
1022 Concilio de Orleans 1024 Conrado II, rey de Germania Juan XIX concede la exención del monasterio y sus filiales respecto de los obispos	1025 Concilio de Arras 1027 Conrado II es coronado emperador de Alemania 1028 Canuto I conquista Noruega 1029 Formación del primer principado normando en Italia	1031 Enrique I, rey de Francia Desaparición del califato omeya de Córdoba	1035 Muerte de Sancho III el Mayor; sus reinos de Castilla, Navarra y Aragón se dividen entre sus hijos Muerte de Canuto I. Disgregación de su imperio 1037 Fernando I, rey de Castilla y León 1039 Enrique III, rey de Germania	EUROPA
1021 Campaña de Basilio II sobre Armenia	1025 Constantino VIII sucede a Basilio II El fin de la dinastía macedónica supone el acceso de la aristocracia civil al trono por medio de matrimonios con las princesas herederas 1028 Romano III Argyros, emperador	1032 El general bizantino Jorge Maniaces conquista Edesa 1034 Miguel IV, emperador		BIZANCIO
1020 *Tayārib al-umam* de Abū 'Alī Miskawyh, texto historiográfico básico por las innumerables referencias que aporta sobre el califato 'abbāsī durante los siglos x y xi 1021 Al-Ẓāhir sucede a al-Ḥākim Formación del grupo selyūqui	1025 Maḥmūd de Gazna conquista Gujarāt	1030 Los selyūqules ocupan Jurāsān dirigidos por Tugrul-Beg y Chagri-Beg 1031 Fin del periodo califal en Córdoba Formación de los primeros taifas	1036 Al-Mustanṣir, sucede a Al-Ẓāhir 1039 El jurista malikí 'Abd Allāh ibn Yāsīn predica a los bereberes ṣinhāya	ISLAM
1021 La expedición del imperio Chola contra Bengala supone el momento de máxima expansión territorial de aquel estado. Wu-ku-nai unifica a los jürchen 1024 Primeros certificados de depósito negociables emitidos en el Sichuan (Sséch'uan)	1025 Rājendra I, emperador de Chola, se hace con el dominio de Malasia y Sumatra. El reino Chola controla todo el océano Índico hasta las islas de la Sonda, desviando en su provecho el comercio extremo-oriental gracias a la seguridad que impone en las rutas marítimas Los gaznawíes conquistan Gujarāt 1028 Muere Fujiwara no Michinaga. Se inicia la lucha entre la familia Fujiwara, que controlaba los cargos de mayor importancia de la corte, y la familia Minamoto, perteneciente a la nobleza provincial	1030 Muere Maḥmūd de Gazna Alianza de Champa con el reino Khmer para hacer frente a Dai Viet Śrivijaya (Insulindia) sometido a vasallaje por los Chola del Carnatic	1038 Los tangut fundan el imperio de los Xia o Xixia (Xia Occidentales). Zhao Yuanhao, primer emperador, se niega a pagar tributo a los song	ASIA
				ÁFRICA
				AMÉRICA

	1040-1044	1045-1049	1050-1054	1055-1059
EUROPA	1041 Enrique III somete a Bohemia	1045 Pontificado de Gregorio VI; Silvestre III es elegido antipapa 1046 Sínodo de Sutri: Enrique III depone a Gregorio VI y Silvestre III, y promueve la elección de Clemente II Enrique III es coronado emperador de Alemania 1047 Andrés I, rey de Hungría Enrique III reorganiza el Imperio alemán 1048 Pontificado de León IX	1053 Batalla de Civitate: los normandos, en guerra con León IX por el dominio de Benevento, derrotan a la armada papal 1054 Cisma del patriarca Miguel Cerulario; ruptura entre Roma y Bizancio	1056 Enrique IV, rey de Germania Aparece el movimiento herético patarino en Milán 1058 Pontificado de Nicolás II El cardenal Humberto de Mayenmoutier publica *Adversus simoniacos* Desiderio, abad de Montecassino 1059 Concilio de Letrán: decreto sobre las elecciones pontificales; se prohíbe la investidura de laicos Sínodo de Melfi: Roberto Guiscardo adopta el título de duque Apulia y Calabria y se reconoce como vasallo del papa
BIZANCIO	1040 Revuelta de los eslavos en los Balcanes que acaba extendiéndose al norte de Grecia. Jorge Maniaces conquista Mesina y Siracusa 1041 Miguel V es depuesto por la emperatriz Zoé 1042 Constantino IX Monomáco es coronado emperador tras los disturbios de Constantinopla. Jorge Maniaces derrota a los normandos cerca de Nápoles y se enfrenta al emperador. Los pechenegos penetran en Bizancio	1045 Bizancio ocupa los territorios armenios	1054 Crisis entre las iglesias Oriental (Ortodoxa, Griega) y Occidental (Católica, Latina). El Patriarcado bizantino, encabezado por Miguel Cerulario, no se somete a la autoridad de Roma, representada por León IX	1055 La emperatriz Teodora en el poder 1056 Miguel VI, emperador 1057 Isaac I Comneno es nombrado emperador con el apoyo de la aristocracia militar 1058 Enfrentamientos entre Isaac I y el patriarca Cerulario 1059 Isaac I abdica en Constantino X Ducas
ISLAM	1040 Victoria aplastante de los selyúquies sobre los gaznawíes en la batalla de Dandanqān 1042 'Abd Allāh ibn Yāsīn empieza a someter a los ṣinhāŷa y otras tribus bereberes, embrión del futuro Imperio almorávide		1050 Expansión del dominio selyúquí en la meseta iraní: conquista de Sīrāz, Fārs y Ahwāz 1051 Al-Mu'izz ibn Badīs, caudillo ziríbere, rompe con los fatimíes y reconoce la soberanía de Bagdad 1054 'Abd Allāh ibn Yāsīn conduce a su ejército hacia las inmediaciones de Sijilmasa	1055 Los turcos selyúquies ocupan Bagdad: Tugrul Beg es nombrado sultán por el califa 'abbāsí La "confederación de las tribus ṣinhāŷa", encabezada por 'Abd Allāh ibn Yāsīn, controla el norte de África 1059 'Abd Allāh ibn Yāsīn muere en el campo de batalla y es sucedido por Abū Bakr ibn Umār. Éste delega el control de la zona norte en su hermano, Yūsuf ibn Tāšfīn Yusuf ibn Tāšfīn funda la ciudad de Marrakech y empieza la conquista del norte del Magreb
ASIA	1040 Batalla de Dandanqān: Ma'sūd, sucesor de Mahmud de Gazna, es derrotado por los selyúquies 1041 Primeros ensayos de tipografía de caracteres móviles en China 1044 Li Dai Tong, rey de Dai Viet, derrota y ejecuta al rey de Champa y saquea su capital		1051 Comienza en Japón la guerra de los Nueve Años: la corte imperial confía a la familia Minamoto el restablecimiento del orden en las provincias del Norte, mientras continuas revueltas nobiliarias sacuden el país. Los clanes militares provinciales intervienen activamente en los asuntos de la corte	
ÁFRICA			inediados s. xi Apogeo del reino de Ghana con la dinastía Cissé Tunkara 1054 Audaghost, reino vasallo de Ghana, es conquistado por los almorávides, iniciándose así la islamización que conocerá la zona durante el s. xi	
AMÉRICA				

1060-1064	1065-1069	1070-1074	1075-1079	
1060 Felipe I, rey de Francia Roberto Guiscardo inicia la conquista normanda de Sicilia; los normandos ocupan Reggio El reino musulmán de Zaragoza, tributario de Castilla-León 1061 Pontificado de Alejandro II; Honorio II, antipapa Los normandos conquistan Messina 1062 El reino musulmán de Toledo, tributario de Castilla-León 1063 Los reinos musulmanes de Sevilla y Badajoz, tributarios de Castilla-León 1064 Fernando I conquista Coimbra	1066 Batalla de Hastings: Guillermo de Normandía, tras la derrota de Harold de Sajonia, se proclama rey de Inglaterra 1068 Sancho II Ramírez, rey de Aragón 1069 Constitución de la orden de Hirsau	1071 Los normandos conquistan Bari, última posesión bizantina en Italia 1072 Los normandos conquistan Palermo Alfonso VI, rey de Castilla 1073 Pontificado de Gregorio VII; inicio de la reforma gregoriana; comienza la querella de las Investiduras Los normandos conquistan Amalfi	1075 Guillermo I de Inglaterra reprime la revuelta nobiliaria 1076 *Dictatus Papae*, condena de la investidura laica Sínodo de Worms: Enrique IV depone a Gregorio VII Concilio de Letrán: el papa excomulga a Enrique IV Los normandos toman Salerno Ladislao I, rey de Hungría Penitencia de Canossa: Gregorio VII le levanta la excomunión que pesaba sobre Enrique IV 1077 Redacción del *Codi dels Usatges*	EUROPA
1064 Alp-Arslan conquista el reino de los kars en Armenia. Los pechegns realizan incursiones sobre la Grecia continental	1067 Muerte de Constantino X. La emperatriz Eudoxia Macrembolitisa toma como marido a Romano IV Diógenes, futuro emperador Los selyúquies saquean Cesarea y derrotan a la armada bizantina en Malatya y Sebaste 1068 Romano IV Diogenes, emperador	1071 Batalla de Mantzikert: el ejército bizantino es derrotado y su emperador capturado por los turcos selyúquies, encabezados por Alp-Arslan Roberto Guiscardo expulsa a los bizantinos de Italia 1072 Miguel VII Ducas, emperador	1077 Sublevación de Nicéforo Briennio 1078 Después de una revuelta en Constantinopla, Miguel VII abdica y es sucedido en el trono por el representante de la cúpula militar, Nicéforo III Botaniates	BIZANCIO
1063 Alp Arslan sucede a Tugrul Beg e inicia la expansión selyúquí hacia el oeste conquistando Asia Menor	1066 Crisis del califato fatimí de al-Mustaṣir, provocada por los enfrentamientos en el seno de su ejército entre las facciones turca y sudanesa bereber 1067 La facción turca del ejército fatimí saquea El Cairo	1071 Atsiz ibn-Abaq, nominalmente vasallo de Alp Arslan, ocupa Jerusalén y llega hasta la frontera fatimí Las tribus selyúquies vencen al emperador Romano IV Diógenes en la batalla de Mantzikert y Bizancio pierde las tierras entre Armenia y Capadocia 1072 Malik Shāh sucede a Alp Arslan, último sultán selyúquí 1074 Badr al-Yamālī, gobernador de Acre, recibe su autoridad del califa al-Muntanṣir y sofoca diversas rebeliones en el califato fatimí Yūsuf ibn Tāšfīn ocupa Tánger	1075 Conquista de los territorios de Ghana por los almorávides Atsiz ibn Abaq ocupa Damasco 1076 Los fatimíes recuperan Jerusalén pero son expulsados de nuevo por Atsiz ibn Abaq Los selyúquies toman Damasco 1079 Tutuş, hermano de Malik Shāh, conquista Damasco y extiende su soberanía sobre Siria y Palestina	ISLAM
	1068 Primera tentativa imperial en el Japón para librar el trono de la tutela de los Fujiwara		1076 Li Nang Tong, rey de Dai Viet, emprende una guerra contra China	ASIA
			1076 Los almorávides destruyen el reino de Ghana, que se disgrega en pequeños estados	ÁFRICA
				AMÉRICA

	1080-1084	1085-1089	1090-1094	1095-1099
EUROPA	1080 El papa excomulga nuevamente a Enrique IV, quien hace elegir a Clemente III como pontífice 1081 Los normandos invaden los Balcanes 1082 Roberto Guiscardo derrota a Alejo Comneno en Durazzo Luis VI, rey de Francia 1083 Enrique IV ocupa la ciudad de Roma 1084 Enrique IV se hace coronar emperador por Clemente III Los normandos saquean Roma Bruno de Colonia funda la orden de la Cartuja	1085 Alfonso VI de Castilla toma Toledo Venecianos y bizantinos derrotan a la flota normanda 1086 Redacción del *Domesday Book* Los almorávides invaden la península Ibérica 1087 Guillermo II, rey de Inglaterra 1088 Pontificado de Urbano II	1090 Enrique IV dirige una segunda campaña militar sobre Italia, obligando al papa a huir a Roma 1091 Los normandos completan la conquista de Sicilia 1093 Las ciudades del norte de Italia organizan la Liga lombarda; gracias al apoyo de ésta, Urbano II ocupa Roma 1094 El Cid conquista Valencia	1095 Concilio de Clermont: Urbano II predica la primera Cruzada 1096 Inicio de la primera Cruzada 1098 Roberto de Molesmes, abad de Cîteaux, funda la orden del Císter 1099 Pontificado de Pascual II Los cruzados conquistan Jerusalén
BIZANCIO	1081 María, esposa de Nicéforo III, adopta a Alejo Comneno, que será proclamado emperador como Alejo I Alejo I garantiza a Venecia privilegios comerciales con el Imperio Roberto Guiscardo realiza una incursión contra el Imperio en los territorios balcánicos 1082 Roberto Guiscardo conquista Durazzo, en la costa adriática 1083 Alejo I derrota a Roberto Guiscardo en Larissa y recupera Durazzo	1085 A la muerte de Roberto Guiscardo, los normandos se retiran de los Balcanes 1086 Los turcomanos pechenegos se asientan entre el Danubio y los Balcanes	1091 Alejo I, gracias a una alianza con los rumanos, vence a los pechenegos en la montaña de Levunium 1094 Alejo I rechaza un ataque turcomano en Adrianópolis	1095 Presencia de legados imperiales en el concilio de Clermont, presidido por el papa Urbano II, en el que obtienen una mejora de las relaciones con Roma: el papa accede a prestar ayuda militar a Bizancio contra las tribus turcomanas y, como contrapartida, Bizancio apoya una expedición militar emprendida por los príncipes cristianos para liberar los Santos Lugares 1096 La primera Cruzada, tras la derrota de los selyúquies, permite devolver Nicea, Esmirna y Éfeso a la tutela imperial 1098 Los cruzados, encabezados por Balduino de Boulogne, atraviesan Siria y toman Edesa y Antioquía 1099 Conquista de Jerusalén por Godofredo de Bouillon y victoria de los ejércitos cruzados frente a los egipcios en la batalla de Ascalón
ISLAM		1085 Alfonso VI ocupa Toledo 1086 Derrota de Alfonso VI a manos de Yúsuf ibn Tášfin en Sagrajas	1090 El dā'ī ismaili Hasan-i-Sabbāh predica en el norte de Persia y lleva a cabo diversas operaciones militares para ocupar las fortalezas de Alamūt y Qazwin Al-Andalus es conquistado por los almorávides 1092 Nizām al-Mulk, visir de Malik Shāh, es asesinado por orden de Hasan-i-Sabbāh, jefe de los "asesinos" 1094 A la muerte de al-Mustansir, el nuevo visir de los ejércitos, Al-Afdal, hace recaer la sucesión al califato en al-Musta'li, hijo menor del fallecido, en perjuicio del primogénito Nizār, quien se revela y es ejecutado. Posteriormente, los seguidores de Hasan-i-Sabbāh reivindican la memoria de Nizār y sus descendientes El Cid, guerrero cristiano, toma Valencia	1098 Los cruzados arrebatan Antioquía a los selyúquies y derrotan al ejército de socorro del atabec de Mosul, Kirbogha Los fatimíes, aprovechando la derrota selyúquí, expulsan a los turcos de Jerusalén 1099 Los cruzados arrebatan Jerusalén a los fatimíes, dando muerte a toda la población civil
ASIA			1090 Primer testimonio de la utilización de la brújula en barcos chinos	
ÁFRICA		1085 Islamización del reino de Kanem (Bornu) con el rey Humé		
AMÉRICA				

1100-1104	1105-1109	1110-1114	1115-1119	
1100 Enrique I, rey de Inglaterra 1101 Roger II, rey de Sicilia	1106 Enrique V es coronado emperador de Alemania Batalla de Tinchebray. Enrique I incorpora Normandía a la corona inglesa Los almorávides conquistan Sevilla 1108 Luis VI, rey de Francia Los almorávides derrotan a Alfonso VI en Uclés	1111 Tratado de Sutri: el emperador renuncia a la investidura de obispos; los obispos germanos se oponen al acuerdo. Enrique V obliga al papa a coronarle emperador Los almorávides conquistan Zaragoza 1113 Vladimir II, soberano del principado de Kiev La orden de los Caballeros de San Juan (posteriormente, Caballeros de Malta) es reconocida por el papa 1114 Los almorávides asedian Barcelona	1115 San Bernardo funda Claraval 1118 Alfonso I el Batallador conquista Zaragoza Fundación de la orden del Temple 1119 Pontificado de Calixto II Calixto II aprueba la *Carta Caritatis*, que fija la organización del Cister	EUROPA
1102 Los cruzados establecen en Jerusalén, Antioquía y Edesa los primeros principados en Oriente Medio 1104 Godofredo de Bouillon, príncipe de Antioquía, inicia una serie de enfrentamientos contra Bizancio en el área del Épiro hasta 1118			1116 Alejo I derrota a los selyúquies y consigue reincorporar a Bizancio la zona costera de Asia Menor, parte de Bitinia y Pantilia 1118 Juan II Comneno sucede a Alejo I como emperador	BIZANCIO
1102 Los almorávides recuperan Valencia	1109 Establecimiento de un dominio cruzado en Trípoli	1110 Los almorávides toman Zaragoza, último emirato árabe independiente en la península Ibérica	1118 Alfonso I el Batallador conquista Zaragoza, en poder de los almorávides, y derrota a unas fuerzas de socorro en Cutanda	ISLAM
		1113 Advenimiento de Süryavarman II, rey khmer constructor del templo de Angkor-Vat. Extiende su dominio hacia el reino Champa, Siam y Annam	1115 Akuta (Aguda), jefe de los jurchen se proclama emperador, fundando la dinastía Jin 1118 Los gaznawíes llegan al Punjab Reinado de Kiyomori en Japón	ASIA
principios s. xii Los shona inician la instauración de una sociedad jerarquizada cuyo soberano ("monomotapa") residía en Zimbabwe Fundación de Kano (uno de los estados Hausa) por Gidjimasú	principios s. xii Orígenes del reino de Benín Apoyo de los reinos cristianos monofisitas de Maqurra y Alwa			ÁFRICA
1100 Decadencia y desaparición de Wari, inicio de una nueva fase de estados regionales en los Andes				AMÉRICA

CRONOLOGÍA 1120-1159

	1120-1124	1125-1129	1130-1134	1135-1139
EUROPA	1120 Norberto de Xanten funda la orden Premonstratense 1122 Concordato de Worms entre Calixto II y el emperador Enrique V. Fin de la querella de las Investiduras 1123 Primer concilio ecuménico de Letrán	1126 Alfonso VII, rey de Castilla y León 1127 Fundación de la orden de los Caballeros Teutónicos 1128 Conrado, rey de Italia	1130 Doble elección al pontificado, la de Inocencio II, papa, y la de Anacleto II, antipapa Anacleto II reconoce a Roger II como rey de Sicilia c. 1132 Reconstrucción de Saint-Denis con el abad Sigerio; inicio del Gótico 1133 Lotario II es coronado emperador de Alemania por el papa Inocencio II	1135 Guerra civil entre Esteban de Blois, rey de Inglaterra, y Godofredo Plantagenet, conde de Anjou Coronación imperial de Alfonso VII de Castilla 1137 Luis VII, esposo de Leonor de Aquitania, heredera del ducado de Normandía, es coronado rey de Francia Unión del condado de Barcelona y del reino de Aragón bajo el cetro de Ramón Berenguer IV 1139 Los normandos conquistan Nápoles Segundo concilio ecuménico de Letrán Inocencio II reconoce a Roger II como rey de Sicilia
BIZANCIO	1122 Bizancio derrota a los pechenegos 1123 Juan II derrota a los serbios 1124 Juan II vence a los ejércitos húngaros Los cruzados capturan la ciudad de Tiro			1137 Juan II, tras tomar Tarso y Adana y someter Cilicia y la Pequeña Armenia, sitia Antioquía
ISLAM	1122 Eclosión del movimiento almohade, encabezado por ibn Tūmart en el Magreb	1125 Conquista almohade de Marruecos 1127 'Imād al-Dīn Zangī, atabeg y sultán seljūqui en Mosul 1128 Zangī conquista la ciudad de Alepo 'Abd al-Mu'min dirige a los almohades contra los almorávides		
ASIA	1120 Los jin y los song destruyen el Imperio kitan de los liao	1125 Caída del último emperador Liao 1126 Fin del reino de los Song del norte 1127 Los jin invaden el norte de China y toman Kaifeng. Los Song abandonan el norte, refugiándose al sur del Yangzi y estableciendo su capital en Nankín; mantendrán su independencia, hasta la invasión de los mongoles, como Song del sur	1130 Yelü Dashi (Yeh-lü Ta-shi), superviviente de la dinastía Liao, consolida en el este del Turquestán el dominio de los kitan, fundando el reino de Karā-jitāi, que llega hasta la frontera de Irán y rechaza hacia el sur a los turcos de Bactriana	1138 Tratado de paz entre los song y los jin. Aunque los song pierden las provincias del Norte, el reino Jin actuará como barrera frente a los mongoles
ÁFRICA				
AMÉRICA				

1140-1144	1145-1149	1150-1154	1155-1159	
1140 Concilio de Sens; condena de Abelardo 1141 *Decretum* de Graciano: primera codificación del derecho canónico	1146 Los almohades conquistan Sevilla 1147 Inicio de la segunda Cruzada Alfonso I de Portugal conquista Lisboa 1148 Ramón Berenguer IV conquista Tortosa 1149 Ramón Berenguer IV conquista Lérida	1152 Federico I Barbarroja, rey de Alemania Luis VII repudia a Leonor de Aquitania Matrimonio entre Enrique Plantagenet, duque de Normandía y conde de Anjou, y Leonor de Aquitania 1154 Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra	1155 Coronación imperial de Federico I en Roma Concilio de Besançon 1157 Fernando II, rey de León Sancho III, rey de Castilla 1158 Dieta de Roncaglia: enfrentamiento de Federico I con las ciudades italianas a causa del control de las regalías 1159 Doble elección pontifical: Alejandro III, respaldado por las ciudades lombardas, y Víctor IV, apoyado por Federico I Barbarroja	EUROPA
1143 Manuel I Comneno, emperador	1147 Segunda Cruzada 1148 El rey normando Roger II de Sicilia somete las ciudades de Túnez y Trípoli y ataca Corinto y Tesalónica, coligándose con el reino de Hungría para enfrentarse a Bizancio 1149 Bizancio, con el apoyo veneciano, conquista Corfú a los normandos		1155 Manuel II ataca a los normandos en el sur de Italia tomando la ciudad de Ancona y obteniendo la rendición de Bari y Tarento 1156 Los normandos toman Brindisi, derrotando al ejército bizantino 1157 El monarca normando Guillermo II, ayudado por el emperador Federico I Barbarroja, recupera Ancona 1158 Manuel I y Guillermo I de Sicilia firman la paz 1159 Manuel I entra en Antioquía y Rainaldo de Chatillon y Balduino III le rinden vasallaje	BIZANCIO
1141 Expansión de los mongoles jitáy por Transoxania	1145 Invasión almohade de la península Ibérica 1146 Nūr al-Dīn, sucesor de Zangi, reafirma su soberanía sobre Alepo y sofoca la rebelión de los armenios de Edesa, guiados por Joscelino de Courtenay 1148 Fracaso estrepitoso de la segunda Cruzada. Luis VII de Francia y Conrado II de Alemania levantan el sitio de Damasco al anuncio de la llegada del ejército de Nūr al-Dīn Ramón Berenguer IV ocupa Tortosa y Lérida	1153 Balduino III toma Ascalón 1154 Nūr al-Dīn toma definitivamente Damasco	1158 Los almohades reciben acatamiento de todos los reinos de taifas en la Península 1159 Coalición entre cruzados y bizantinos contra el Islam	ISLAM
1144 El reino Karā-jitáy adelanta sus fronteras hasta el Amur-Daría Zangi conquista el condado cruzado de Edesa	1145 Los khmer conquistan Vijaya, capital del reino Champa	1150 Fragmentación del reino Chola 1151 Los jin trasladan su capital a Pekín (Yanjing) 1154 Primera emisión de papel moneda entre los jin		ASIA
		c. 1150 Llegada del jefe musulmán Ramkararo al este de Madagascar Auge de Kilwa, en la costa del Índico, con el sultán Alī ibn al-Ḥasan		ÁFRICA
		1150 Caída de Tula, capital del imperio tolteca Reluerzo de la emigración tolteca hacia el sur		AMÉRICA

	1160-1164	1165-1169	1170-1174	1175-1179
EUROPA	1162 Federico I destruye Milán Alfonso II, rey de Aragón, anexiona a sus dominios Provenza y el Rosellón Enrique II nombra a Thomas Becket arzobispo de Canterbury 1164 La *Constitución de Clarendon* limita en Inglaterra la jurisdicción eclesiástica con respecto a la Corona	1167 Federico I Barbarroja conquista Roma	1170 Asesinato de Thomas Becket, quien se oponía a las limitaciones impuestas por el rey a la jurisdicción eclesiástica Aparición del movimiento herético valdense en Lyon 1173 Guerra entre Luis VII de Francia y Enrique II Plantagenet de Inglaterra	1175 Andrés II, rey de Hungría 1176 Batalla de Legnano: derrota de Federico I de Alemania frente a las tropas aliadas del papa Alejandro III y las comunas del Norte 1177 Paz de Venecia, por la que Federico I reconoce la autoridad papal de Alejandro III 1179 Tercer concilio ecuménico de Letrán. Se establece el sistema de elección de los pontífices
BIZANCIO		1165 Bizancio se alía con Venecia en el enfrentamiento que mantienen las repúblicas italianas del Norte con el emperador Federico I Barbarroja 1167 Manuel I ocupa Dalmacia, Croacia, Bosnia y Sirmio a expensas de los dominios húngaros	1171 Ruptura de las relaciones entre Bizancio y Venecia	1176 Los turcos selyúquies derrotan de forma aplastante al ejército bizantino de Manuel I en la batalla de Miriocéfalo, poniendo fin al poder imperial sobre Asia Menor
ISLAM	1160 Los normandos son expulsados del norte de África *La continuación de la crónica de Damasco*, de Hamza ibn Asad ibn al-Qalānisi, escrito histórico sobre la ciudad, con referencias a la primera y segunda Cruzadas 1163 Amaury I, sucesor de Balduino III, interviene en Egipto pretextando el impago de un tributo debido a su antecesor. El visir Šawar pide ayuda a Nūr al-Dīn y éste envía al general kurdo Širkūh y a su sobrino, Salāh al-Dīn ibn Ayyūb, conocido por el nombre de Saladino	1169 Amaury I y Širkūh se enfrentan de nuevo, y éste último es nombrado visir por el califa fatimí. Saladino sucede a su tío en el visirato y rechaza un ataque franco-bizantino contra Damieta	1171 Tratado entre Amaury I y Manuel Comneno contra Egipto y Nūr al-Dīn Saladino impone la obediencia nominal al califato 'abbāsí en Egipto y suprime el califato fatimí 1174 Saladino ocupa Damasco y los territorios de los zengíes (Al Yazira, el norte de Siria, la región de Damasco y Egipto)	1177 Saladino reconstruye la marina egipcia
ASIA	1160 Un conflicto a causa de la sucesión imperial enfrenta en Japón a las familias Taira y Minamoto. Taira no Kyomori derrota a la familia Minamoto y obtiene una posición hegemónica en la corte. Instala su capital en Helan-kyo (Kyoto) 1061 Apogeo del estado Jin con el emperador Shih-tung 1163 Comienza el reinado de Muḥammad de Gūr	1167 Nace Timuyin (Gengis Kan)		1175 Muḥammad de Gūr inicia la invasión de la India 1177 Los champa saquean Angkor
ÁFRICA			c. 1171 Nubia septentrional es saqueada e islamizada	
AMÉRICA				

1180-1184	1185-1189	1190-1194	1195-1199	
1180 Felipe II Augusto, rey de Francia Concilio de Verona 1181 Nace san Francisco de Asís 1183 Paz de Constanza: Federico I reconoce la libertad de las ciudades de la Liga lombarda 1184 El concilio de Verona condena a los valdenses	1188 Alfonso IX, rey de León 1189 Ricardo I Corazón de León, rey de Inglaterra Inicio de la tercera Cruzada	1191 Enrique VI, emperador de Alemania 1194 Sancho VII el Fuerte, rey de Navarra Enrique VI, rey de Sicilia	1195 El concilio de Montpellier declara la guerra a los valdenses y a los cátaros Batalla de Alarcos: los almohades derrotan a Alfonso VIII de Castilla 1196 Pedro II el Católico, rey de la Corona de Aragón 1197 Juan de Kalojan-Asen, rey de los búlgaros Enrique II Staufen, rey de Germania Muerte de Enrique VI. Se enfrentan para sucederle Federico II y Otón IV de Brunswick 1198 Pontificado de Inocencio III 1199 Juan sin Tierra, rey de Inglaterra	EUROPA
1180 Alejo II Comneno, emperador de Bizancio 1183 Andrónico I Comneno, tras acabar violentamente con una revuelta en Constantinopla, se hace coronar como coemperador de Alejo II, que es asesinado poco después 1184 Chipre obtiene la autonomía política de Bizancio	1185 Isaac II Angelo, emperador Serbia se separa de los dominios de Constantinopla Guillermo II de Sicilia conquista Durazzo, Corfú, Zacinto y Tesalónica 1186 Independencia de la aristocracia local búlgara y de sus dominios, comprendidos entre los Balcanes y el Danubio, de la soberanía bizantina 1189 Tercera Cruzada Isaac II firma la paz con Guillermo II	1190 Isaac II emprende una campaña contra Serbia y Bulgaria	1195 Alejo III Angelo depone a su hermano Isaac II y se proclama emperador Un hijo de Isaac II, llamado Alejo, se exilia en Alemania y, gracias a la intervención de Felipe de Suabia, consigue de los venecianos la organización de una nueva cruzada que recale en Constantinopla con el objeto de recuperar el trono a cambio de contraprestaciones comerciales	BIZANCIO
1180 Los jwārizmies dominan todos los antiguos sultanatos selyúquies (Jurāsān, Yibal, Jwārizm y Transoxiana) Saladino unifica Siria 1183 Saladino completa la conquista de los territorios de los zengíes ocupando Alepo 1184 Bajo Yūsuf II, llamado al-Mansūr, el imperio almohade llega a su apogeo	1187 Saladino expulsa a los cruzados de Jerusalén después de la batalla de Hattīn	1191 Los cruzados conquistan la ciudad de Acre 1192 Firma de la paz de Ramla entre Saladino y Ricardo Corazón de León 1193 Al-'Ādil, hermano de Saladino, conserva el control del ejército ayyūbí y contrarresta las disensiones internas	1195 Abū Yūsuf Ya'qub, califa almohade, derrota a Alfonso VIII de Castilla en Alarcos	ISLAM
1180 El emperador Go Shirakawa intenta desplazar a la familia Taira del poder enfrentándola con la familia Minamoto, dirigida por Minamoto no Yoritomo: guerra de Gempei 1181 Advenimiento del rey khmer Jayavarman VII, budista. Durante su gobierno, el reino alcanza su mayor grado de poder: los khmer someten al reino de Champa. Se llevan a cabo las grandes construcciones, edificándose el Bayon y Angkor Thom 1183 Los Taira abandonan Kyoto ante el avance de las tropas de la familia Minamoto	1185 Batalla naval de Dan-nura. Minamoto no Yoritomo derrota al ejército de Taira, convirtiéndose en el gobernante efectivo del Japón. Adopta el título de Sei-i-Tai Shōgun, creando el bakufu (gobierno) de Kamakura, donde se establece la capital 1186 Muhammad de Gūr conquista el Punjab 1189 Minamoto no Yoritomo derrota al ejército de Fujiwara no Kiraizumi, completando así su dominio del Japón	1192 Inicio del shogunato Kamakura Batalla de Taraori: Muhammad de Gūr conquista Delhi Fundación del sultanato de Delhi 1193 Muhammad de Gūr ocupa el centro budista de Bihar 1194 Muhammad de Gūr conquista el reino de Kanauj	1197 Advenimiento de la dinastía budista Sena en Bengala 1199 Muere Minamoto no Yoritomo. Los conflictos que se producen por la sucesión al poder generan un largo período de inestabilidad política	ASIA
				ÁFRICA
				AMÉRICA

CRONOLOGÍA 1200-1250

	1200-1204	1205-1209	1210-1214	1215-1219
EUROPA	1200 Canuto IV, rey de Dinamarca, conquista Lübeck, Holstein y Hamburgo 1202 Inicio de la cuarta Cruzada 1204 Los cruzados conquistan y saquean Constantinopla El Papado reconoce el reino de Bulgaria	1206 Predicación de santo Domingo a los cátaros (albigenses) 1209 Inicio de la cruzada contra los albigenses Tratado de Spira; abandono del concordato de Worms	1212 Batalla de las Navas de Tolosa 1213 Derrota de Pedro II de Aragón en Muret Jaime I, rey de la Corona de Aragón 1214 Batalla de Bouvines: victoria de Felipe II Augusto, aliado con Federico II, sobre Juan sin Tierra, aliado con Otón IV La corona inglesa pierde todas las posesiones al norte del Loira	1215 Federico II, emperador de Alemania Cuarto concilio ecuménico de Letrán *Magna Carta Libertatum* en Inglaterra Primeros estatutos de la universidad de París 1216 Enrique III, rey de Inglaterra Pontificado de Honorio III El papa confirma la regla de la orden de los Frailes Predicadores (dominicos), fundada por santo Domingo de Guzmán 1217 Fernando III, rey de Castilla
BIZANCIO	1202 Cuarta Cruzada, dirigida contra Constantinopla 1203 Rendición de Constantinopla y huida de Alejo III 1204 Constantinopla es saqueada. Elección de Balduino de Flandes como emperador de los romanos y ocupación de la costa dálmata, las principales islas del Egeo y los distritos de Constantinopla, Macedonia y Tesalia. El establecimiento del Imperio Latino supone el fin de Bizancio Teodoro III Láscaris consigue hacer de Nicea el núcleo de la Iglesia ortodoxa y mantener Trebisonda como bastión ante los cruzados Teodoro Ángelos y sus descendientes mantienen independiente el Epiro y conquistan Tesalónica	1205 Balduino de Flandes es derrotado en Adrianópolis por los búlgaros	1210 Teodoro I derrota a los turcos que atacan Nicea 1211 Los latinos infligen una derrota en Misia a las fuerzas de Teodoro I	
ISLAM	1201 *Una elocuente historia de la conquista de Jerusalén*, de 'Imād al-Dīn al-Iṣfahānī, relata una parte de la vida de Saladino 1204 La cuarta Cruzada, predicada originariamente contra Egipto, termina con el saqueo de Constantinopla y la fundación del Imperio Latino de Oriente		1211 Predicación de la cruzada antialmohade 1212 Derrota de los almohades en la batalla de las Navas de Tolosa	1218 Al-Kāmil sucede a al-Ādil 1219 Los cruzados conquistan Damieta. Al-Kāmil recupera la ciudad para los ayyūbíes Los mongoles destruyen Bujāra, Samarcanda y Nīšāpūr
ASIA	1200 Muere Zhu Xi, fundador de la escuela "neoconfuciana" 1202 Llamado por los jin, Gengis Kan derrota a los tártaros con la ayuda de los naimanos Muḥammad de Gūr ocupa Kalinjar, completando la expansión por el norte de la India Hundimiento de la dinastía Sena en Bengala, últimos soberanos budistas de la India 1204 Gengis Kan somete a los naimanos y a los kerait (cristianos nestorianos)	1206 Gengis Kan toma el poder en Mongolia A la muerte de Muḥammad de Gūr, un general, Kutbuddin Ibak, gobierna el sultanato de Delhi; inicio de la dinastía de los sultanes mamelucos de Delhi 1207 Gengis Kan integra en su ejército a las tribus oirat, merkit y kirguiz. Su dominio se extiende a toda Mongolia 1209 Gengis Kan somete al reino de los xixia, que se convierte en un estado vasallo	1211 Gengis Kan ataca a los jin Iltutmish, sultán de Delhi 1214 Los jin, bajo la presión de los mongoles, trasladan su capital a Kaifeng	1215 Gengis Kan conquista Pekín 1218 Gengis Kan somete a los karā-jitāy. El control de este reino pone en contacto a los mongoles con el mundo islámico, al avanzar su frontera hasta el sultanato de Jorazm, contra el que emprenden una campaña 1219 La familia Hoyo asume, en Japón, el ejercicio hereditario de la regencia en nombre de los sucesores de Minamoto no Yoritomo
ÁFRICA			1210-1224 Prosperidad del reino de Kanem con el rey Duanama Dibalami ibn Salma	
AMÉRICA				

1220-1224	1225-1229	1230-1239	1240-1250	
1220 Federico II Staufen, emperador de Alemania 1222 La nobleza obliga a Andrés II de Hungría a proclamar la Bula de Oro 1223 Luis VIII, rey de Francia Honorio III confirma la regla de la orden de los Frailes Menores (franciscanos) 1224 Luis VIII de Francia conquista Poitou	1225 Generalización de la figura del podestá en las comunas italianas 1226 Luis IX (san Luis), rey de Francia 1227 Pontificado de Gregorio IX 1228 Quinta Cruzada, dirigida por Federico II Canonización de Francisco de Asís 1229 Jaime I de Aragón conquista Mallorca Tratado de París; fin de la guerra contra los albigenses	1230 Constitución de una *hansa* entre las ciudades de Lübeck y Hamburgo, origen de la futura Liga hanseática Fernando III une definitivamente León a Castilla 1231 Menorca se hace tributaria de Aragón Gregorio IX crea la inquisición papal 1236 Fernando III el Santo conquista Córdoba y Sevilla 1237 Batalla de Cortenuova. Federico II derrota a las ciudades lombardas 1238 Los mongoles conquistan Moscú Jaime I conquista Valencia	1241 Batalla de Wahlstatt (Liegnitz). Los mongoles arrasan Polonia y Hungría 1242 Alexander Nevski derrota a los caballeros teutones en la batalla del lago Peipus; fin de la expansión germánica en Rusia 1243 Pontificado de Inocencio IV 1244 Finaliza la persecución contra los albigenses 1245 Primer concilio de Lyon; deposición de Federico II por negarse a renunciar a los derechos sobre las ciudades lombardas 1246 Fernando III conquista Jaén 1248 Inicio de la sexta Cruzada, dirigida por Luis IX Fernando III conquista Sevilla 1250 A la muerte de Federico II se abre en Alemania un interregno de casi veinte años	EUROPA
1222 Juan III expulsa a los latinos de Asia Menor, circunscribiendo el dominio latino a Constantinopla 1223 Juan III Vatatzes vence a Roberto de Courtenay 1224 Teodoro Láscaris ocupa Tracia e invade Adrianópolis		1230 Disputas entre Teodoro Ángelo y el rey de Bulgaria, Iván Asen II 1235 Juan III Vatatzes pacta con el rey búlgaro para enfrentarse a los latinos 1236 Bizantinos y búlgaros sitian Constantinopla	1242 Juan III, aprovechando los embates búlgaros en la región del Epiro y el desmembramiento del poder existente, lanza sus tropas a la conquista de los Balcanes 1248 Los genoveses toman Rodas	BIZANCIO
	1229 Tratado entre Federico II de Alemania y el sultán al-Kámil de Egipto, mediante el cual el primero obtiene Jerusalén por diez años y se titula rey de la ciudad	1233 *La crónica completa* de 'Abi ibn Muhammad ibn al Atir relata la vida de Nur al-Din 1236 Fernando III de Castilla toma Córdoba, con lo que se inicia la fragmentación del imperio almohade 1238 Jaime I de Aragón toma Valencia	1240 Cruzada de Ricardo de Cornualles y Simón de Montfort contra Jaffa 1244 Los turcos jwārizmies toman y saquean Jerusalén después de derrotar, junto a los ayyūbíes egipcios, a una coalición de cruzados y ayyūbíes en la batalla de Harbiyya, junto a Gaza	ISLAM
1220 Los mongoles ocupan Samarcanda, capital de Jorezm. Toman bajo su control la Transoxiana, Afganistán y la mayor parte del Irán El reino de Champa se libera del dominio Khmer 1221 Los mongoles penetran en el sultanato de Delhi 1222 Los generales mongoles Yebe y Subetei penetran en territorio ruso y derrotan al ejército georgiano	1227 Gengis Kan conquista el reino de los xixia. Esta región se convierte en el principal camino de las caravanas –controladas por mercaderes musulmanes– entre el Extremo Oriente y Occidente, unidos ahora directamente gracias al dominio mongol de Asia Muerte de Gengis Kan. Reparto del imperio entre sus hijos Dietchi, Chagatai, Ogodei y Tului 1229 Ogodei es elegido Gran Kan y nombra a Yelü Chucai administrador general de la China del Norte	1231 Los mongoles someten a Irán occidental e imponen su soberanía a los selyūquies 1233 Los mongoles toman Kaifeng 1234 Aliados con los Song, los mongoles acaban con el reino de Jin 1235 Ogodei fortifica Karakorum, donde se instala la capital del imperio mongol 1236 Primera emisión de papel moneda entre los mongoles 1237 Los mongoles ocupan el principado de Riazán 1238 Conquista de Moscú por los mongoles 1239 Los mongoles arriendan a musulmanes del Asia Central el cobro de los impuestos de la China del Norte	1240 Kiev y el sur de Rusia caen en poder de los mongoles 1241 Muerte de Ogodei; le sucede su hermano Güyük. Los mongoles se retiran de Europa 1242 Los turcos selyóquies se someten a los mongoles 1246 El franciscano Giovanni del Piano del Carpini en la corte de Mongolia, enviado por Inocencio IV 1248 Muerte de Güyük 1250 San Luis envía a tres dominicos franceses a la corte de Mongolia	ASIA
		c. 1230 Sundiata funda el imperio de Malí Sumangura Kanté, soberano de Sosso 1235 Fin del reino de Sosso, que es incorporado definitivamente al nuevo imperio de Malí	c. 1250 Fundación de Ilé, capital religiosa de los yoruba	ÁFRICA
			1250 Decadencia política de Chichén-Itzá. Mayapán se convierte en capital de una nueva liga de ciudades mayas	AMÉRICA

	1250-1254	1255-1259	1260-1264	1265-1269
EUROPA	1250 Conrado I, rey de Sicilia 1252 Alfonso X el Sabio, rey de Castilla Se autoriza la tortura en la Inquisición 1253 Teobaldo II el Joven, rey de Navarra Fundación de la Sorbona en París 1254 Pontificado de Alejandro IV Conrado II (Conradino), rey de Sicilia Formación de la liga de las ciudades renanas	1258 Manfredo I, rey de Sicilia Tratado de Corbeil 1259 Aprovación de las Provisiones de Oxford, programa reformista de Enrique III de Inglaterra Tratado de París entre Luis IX y Enrique III	1261 Pontificado de Urbano IV 1262 Jaime I de Aragón crea el reino de Mallorca para su hijo Jaime (Jaime II de Mallorca) Alfonso X conquista Cádiz 1264 Muere Urbano IV	1265 Pontificado de Clemente IV Carlos I de Anjou, hermano del rey de Francia Luis IX, es investido por el papa como rey de Sicilia En Inglaterra, tras la victoria nobiliaria de Lewes, Eduardo, hijo de Enrique III, derrota y mata a su dirigente Simón de Montfort en Evesham Toma de Murcia por Jaime I de Aragón 1266 Carlos de Anjou conquista Nápoles tras la batalla de Benevento, donde derrota y mata a Manfredo I, fin de la dinastía Hohenstaufen de Sicilia Emisión del gros y del escudo 1268 Muere Clemente IV Carlos I de Anjou derrota en Tagliacozzo a Conradino de Staufen, el heredero de Manfredo I
BIZANCIO	1254 El emperador Teodoro II Láscaris sucede a Juan III Ducas Vatatzes en Nicea	1255 Teodoro II emprende una campaña victoriosa contra los búlgaros 1256 Nueva campaña triunfal de Teodoro II contra los búlgaros 1257 El zar búlgaro Constantino Asen Tech acuerda la paz con Teodoro II 1258 Juan IV Láscaris, menor de edad, accede al trono; el regente Muzalón es asesinado por la nobleza Miguel VIII Paleólogo se hace coronar emperador de Nicea 1259 Miguel VIII obtiene la victoria de Pelagonia sobre las fuerzas unidas del despotado de Epiro, de Sicilia y del principado de Morea	1261 Miguel VIII Paleólogo entra en Constantinopla tras obligar a huir a Balduino II, último titular del Imperio Latino Tratado de Nimfea, a cambio del mantenimiento de una flota ligur, Génova recibe los privilegios de que antes disfrutaban los venecianos: libre acceso al Imperio, barrios propios en Constantinopla y las ciudades portuarias más importantes y paso libre al mar Negro	1267 Tratados de Viterbo entre Carlos I de Anjou, el depuesto emperador Balduino II y Guillermo II Villehardouin, príncipe de Morea y Acaya; por ellos se establece la soberanía de Carlos I de Anjou sobre Morea y los territorios latinos
	1250 El emir Aybak toma el poder en Egipto y se da el título de sultán, inicio de la dinastía de los mamelucos de Bahr 1254 Fin de la cruzada de Luis IX de Francia en Egipto	1258 Los mongoles conquistan Bagdad, fin del califato 'abbāsí y ejecución del califa Mu'tasim El kan mongol Hülägü dispersa la secta de los "asesinos" Accede al poder Abū Yūsuf Ya'qub, fundador de la dinastía marīnī 1259 El emir hafsí de Túnez, Abū 'Abd Allāh, hijo de Abu Zakariyyā, fundador de la dinastía, toma el título de califa	1260 Baybars I, sultán de Egipto 1261 Batalla de 'Ayn Yālūt: los mamelucos derrotan a los mongoles Llega a El Cairo un príncipe 'abbāsí huido de Bagdad, siendo reconocido como califa por Baybars I	1268 Baybars conquista Antioquía 1269 Los marinies ocupan Marrakech
ASIA	1251 Möngke es elegido gran kan Bātu funda el kanato de la Horda de Oro 1252 La casa Fujiwara se esconde en cinco ramas (*gosekke*), que ocupan el puesto de regente imperial de forma alterna 1253 Guillermo de Ruysbroek en la corte del kan Nichiren funda la secta del Loto (*Hokke*), la más militante y nacionalista de las sectas budistas del Japón Möngke envía a su hermano Qūbilay contra la China Song, y a su hermano Hülägü le encomienda la misión de unificar bajo la autoridad mongol los territorios comprendidos entre el Afganistán y Siria; Hülägü se enfrentará a la secta de los "asesinos" y destruirá el califato de Bagdad 1254 Nace Marco Polo	1256 Baiban, el más destacado sultán de la dinastía de los Esclavos, accede al poder en Delhi 1257 Berke, hermano de Bātū, accede al poder en la Horda de Oro Los mongoles saquean la capital del reino de Champa, pero son rechazados 1258 Hülägü conquista Bagdad y ejecuta al último califa 'abbāsí, Mu'tasim 1259 En Japón, se quebranta la costumbre de la primogenitura en la sucesión imperial; la línea imperial se divide en dos ramas rivales: Jimyōin y Daikakuji	1260 Qūbilay accede al poder a la muerte de su hermano, el gran kan Möngke 1261 La Horda de Oro y el sultán mameluco Baybars establece una alianza frente a Hülägü La batalla de 'Ayn Yālūt detiene el avance mongol en Siria. Hülägü es derrotado por Baybars 1262 En Japón se extiende con rapidez el budismo; muere Shinran (discípulo de Hōnen, fundador de la secta de la tierra pura, Jōdo) 1263 El kan de la Horda de Oro Berke y el sultán egipcio Baybars se alían contra Hülägü con el fin de controlar el Azerbaiyán Jia Sidao promulga diversas leyes que facilitan al estado la compra de tierras de los grandes propietarios, enajenándose así la ayuda de éstos al producirse la invasión de los mongoles	1265 El ilkān Abāqā sucede a Hülägü 1266 Möngke Timur, nieto de Bātū, kan de la Horda de Oro Se inician las obras de la nueva capital, Dadu (Pekín), más conocida por el nombre turco de Khanbalik (Cambaluc), "ciudad del soberano" –al nordeste de la antigua capital de los Jin
ÁFRICA		1255 En Malí toma el poder Mansa Uli, hijo de Sundiata (*Mari Djata*, "león de Malí", el conquistador de Ghana)		

1270-1274	1275-1279	1280-1284	1285-1289	
1270 Felipe III el Atrevido, rey de Francia Esteban V, soberano de Hungría Enrique I, rey de Navarra 1271 Pontificado de Gregorio X 1272 Eduardo I, rey de Inglaterra Ladislao IV, rey de Hungría Nace Marsilio de Padua 1273 Elección del emperador Rodolfo I de Habsburgo; fin del Gran Interregno Creación de la Mesta 1274 Crisis sucesoria a la muerte de Enrique I de Navarra; le sucede Juana I, menor de edad, prometida a Felipe IV el Hermoso, rey de Francia Segundo concilio de Lyon; unión de las iglesias romana y ortodoxa, institución del cónclave Muerte de Tomás de Aquino	1275 Eduardo I de Inglaterra promulga el primer estatuto de Westminster, esbozo de un derecho civil inglés 1276 A la muerte de Gregorio X se suceden los papas Inocencio V, Adrián V y Juan XXI Pedro III el Grande, rey de Aragón 1277 Pontificado de Nicolás III Étienne Tempier, arzobispo de París, condena las ideas averroístas de Siger de Brabante e incluso algunas de Tomás de Aquino 1278 En la batalla de Marchfeld el emperador Rodolfo I derrota y mata a Otakar II de Bohemia, a quien sucede Venceslao II 1279 Eduardo I de Inglaterra promulga el estatuto de Gloucester Dionisio I, rey de Portugal	1280 Muere el pontífice Nicolás III Fallece Alberto el Grande 1281 Pontificado de Martín IV 1282 Estalla la sublevación de las Vísperas Sicilianas contra los franceses; los sicilianos nombran rey de Sicilia a Pedro III el Grande, rey de Aragón 1283 Pedro III de Aragón concede el *Privilegio General* 1284 Sancho IV, rey de Castilla El rey francés Felipe III emprende la cruzada contra Aragón Anexión del País de Gales a la corona inglesa Génova derrota a Pisa en Meloria Emisión del ducado Muere Roger Bacon Muerte de Siger de Brabante	1285 Pontificado de Honorio IV Felipe IV el Hermoso, rey de Francia Carlos II de Anjou, rey de Sicilia El rey de Aragón, Pedro III, derrota al ejército francés en Panissars; a su muerte, accede al trono Alfonso III el Liberal 1286 Erik VI Menved, rey de Dinamarca 1287 Muere el papa Honorio IV En la dieta de Wurzburgo se proclama una paz general para todo el Imperio 1288 Pontificado de Nicolás IV	EUROPA
1271 Muere Miguel II, déspota de Epiro, le sucede Nicéforo I 1274 El concilio de Lyon proclama la unión de las dos iglesias	1275 La victoria naval de Miguel Paleólogo sobre los francos en Demetrias le permite ocupar Negroponto (Eubea) 1278 Carlos I de Anjou se proclama rey de Albania y ocupa Durazzo, estableciendo una alianza con el rey serbio Esteban V y con el zar búlgaro Constantino Tech	1281 Carlos I de Anjou es derrotado por los bizantinos en Berat (Albania) El pontífice Martín IV excomulga al emperador Miguel VIII; Carlos I de Anjou, el sebastocrátor Juan –señor de la Gran Valaquia (Tesalia)– y Felipe de Courtenay (hijo de Balduino II) preparan la invasión de Bizancio 1282 La flota angevina que debía invadir Bizancio es destruida durante las Vísperas Sicilianas Accede al trono Andrónico II Paleólogo, quien rechaza la unión de Lyon Skopje cae en poder de Esteban Vi Uroš II Milutin, rey de Serbia		BIZANCIO
1270 Fracaso de la cruzada emprendida por Luis IX contra Túnez 1272 Los hafsíes ocupan Tremecén 1273 Muere Muhammad I, fundador del reino nazarí de Granada	1277 Muere el sultán de Egipto Baybars I Muere el califa hafsí Abū 'Abd Allāh 1279 Qalā'ūn, sultán de Egipto	1283 Muere Yagmurāsan, emir y fundador del reino de los zayyānies de Tremecén, le sucede su hijo Abū Sa'īd 'Uthmān 1284 Los almogávares ocupan la localidad hafsí de Djerba; el reino hafsí se divide en dos núcleos: el de Túnez y el formado por Bugía y Constantina	1286 Muere Abū Yūsuf, fundador de la dinastía marīnī	ISLAM
1270 El īlkān Abāqā derrota al kān de Yagatay 1271 Qubilāy adopta el nombre dinástico de Yuan (*"primer origen"*) 1273 El īlkān Abāqā derrota nuevamente a los mongoles Yagatay 1274 Fracasa la primera expedición de Qubilāy contra Japón	1275 Entrevista de Marco Polo y Qubilāy en Pekín 1276 Caída de Hangzhou, capital de los Song del Sur, en manos de Bayan, general de Qubilāy 1277 Qaydu, primo de Qubilāy y caudillo de la oposición al gran kan en Mongolia, toma Karakorum, que perderá a manos del general Bayan; la actividad de Qaydu en Asia central supondrá la más importante amenaza para la autoridad de Qubilāy El sultán mameluco Baybars derrota a los mongoles en Elbistán 1278 Expedición de los mongoles contra Champa y Annam (Vietnam)	1280 Tuda Möngke, hermano de Möngke-Timur, kan de la Horda de Oro 1281 Fracasa la primera expedición mongol contra Java 1282 Fracasa la segunda expedición de Qubilāy contra el Japón Takūdār, hijo y sucesor del īlkān Abāqā, se convierte al Islam, tomando el nombre de Ahmad, y emprende una intensa campaña de islamización 1283 Expedición mongol contra Annam y Champa 1284 Argūn, hermano del īlkān Ahmad (Takūdār), depone a éste con la ayuda de nestorianos, budistas, tradicionalistas mongoles y vasallos armenios y francos	1285 El īlkān Argūn propone al pontífice Honorio IV la organización de una cruzada contra los sultanes de Egipto El reino khmer paga tributo a Qubilāy 1287 A la muerte del sultán Balban se suceden en Delhi las luchas por el poder El īlkān Argūn envía al monje nestoriano Rabban Sauma en misión diplomática a Roma, Francia e Inglaterra, con el fin de organizar una alianza contra los sultanes de Egipto	ASIA
1270 Fin de la dinastía Zagwe de Etiopía, sustituida por la dinastía salomónica: el monje Tekla Haimanot persuade al último rey Zagwe para ceder su lugar a la nueva dinastía, cuyo primer representante es Yekuno Amlāk (quien decía descender de Menelik I, hijo de Salomón y la reina de Saba) Muere Mansa Ulé, rey de Malí; a su muerte estallan numerosas revueltas	1275 El rey David I de Dongola se niega a pagar el tributo a El Cairo y ataca Aswan; es derrotado y hecho prisionero por Baybars I 1277 A la muerte del sultán egipcio Baybars I, un nuevo rey, Schemamún, toma el poder en Dongola		1285 Sakura toma el poder en Malí, reorganizando el reino y combatiendo con los songay de Gao al este y con los mossi (tribus de la cuenca alta del río Volta) al sur Muere el primer rey salomónida de Etiopía, Yekuno Amlāk 1286 Schemamún, rey de Dongola, inicia la primera de tres rebeliones contra el sultán Qalā'ūn	ÁFRICA

	1290-1294	1295-1299	1300-1304	1305-1309
EUROPA	1290 Eduardo I de Inglaterra promulga el tercer estatuto de Westminster, que limita la práctica de la subinfeudación Expulsión de los judíos en Inglaterra Andrés III, último representante de la dinastía Árpád, rey de Hungría Lucha por la sucesión al trono entre Venceslao II de Bohemia y Carlos Roberto de Anjou Birger Magnusson, rey de Suecia Nace Guillermo de Ockham 1291 Muere el emperador Rodolfo I, es elegido Adolfo de Nassau Jaime II, rey de Aragón. Su hermano Federico es nombrado lugarteniente de Sicilia Unión de los cantones suizos de Uri, Schwyz y Unterwalden 1292 Muere Nicolás IV Sancho IV de Castilla conquista Tarifa 1293 Promulgación de las *Ordenanzas de Justicia* en Florencia, se establece el sistema de gobierno de la ciudad 1294 Pontificado de Celestino V, a quien sucede Bonifacio VIII	1295 Eduardo I de Inglaterra convoca el "parlamento modelo" Tratado de Anagni: Jaime II de Aragón renuncia a Sicilia a cambio de Córcega y Cerdeña Fernando IV, rey de Castilla, regencia de María de Molina 1296 Eduardo I de Inglaterra, coronado rey de Escocia Los sicilianos reconocen como rey de Sicilia a Federico II, hermano del monarca aragonés Jaime II 1298 Alberto I de Austria, hijo del emperador Rodolfo I, derrota en Gildgheim a Adolfo I de Nassau y se proclama emperador Canonización de Luis IX 1299 Haakon V accede al trono de Noruega; convierte la ciudad de Oslo en capital	1300 Revuelta de Pierre de Coninc en Brujas Venceslao II de Bohemia es coronado rey de Polonia Fundación de Bilbao 1301 Carlos Roberto de Anjou, coronado rey de Hungría Bula *Ausculta fili*, dirigida por el pontífice Bonifacio VIII contra Felipe IV, rey de Francia 1302 Bula *Unam Sanctam* Paz de Caltabellotta, Federico II de Sicilia adopta el título de rey de Trinacria Batalla de Courtrai: las milicias de Brujas derrotan a la caballería francesa Primeros Estados generales de Francia 1303 Guillermo de Nogaret hace prisionero en Anagni al papa Bonifacio VIII, que muere poco después; le sucede Benedicto XI Jorge Danilovich, príncipe de Moscú Fundación de la universidad de Avignon 1304 Muere Benedicto XI Victoria francesa en Mons en-Pévèle sobre los sublevados flamencos Concordia de Agreda entre los reyes de Castilla y Aragón Nace Petrarca Fundación del colegio de Navarra	1305 Pontificado de Clemente V Venceslao III, rey de Polonia Muere Juana I de Navarra; le sucede su hijo Luis I el Hutín (Luis X, rey de Francia) 1306 Roberto I Bruce, rey de Escocia Con la muerte de Venceslao III de Bohemia se extingue la dinastía de los Přemyslidas Muere Juan de París 1307 Eduardo II, rey de Inglaterra Inicio en Francia del proceso contra los templarios 1308 Enrique VII de Luxemburgo, emperador Muere Duns Escoto 1309 El pontífice Clemente V se traslada a Avignon Muere Carlos II de Anjou, rey de Sicilia Carlos Roberto de Anjou (Carlos de Salerno), rey de Nápoles
BIZANCIO		1295 Andrónico II asocia al trono a Miguel IX, su heredero 1296 Rebelión del general Alejo Filantrópeno en Bitinia, proclamado emperador por sus soldados Tomás, déspota de Epiro	1300 Matrimonio de Esteban VI Uroš II Miluťin con Simonis, primogénita de Andrónico II 1302 Andrónico II es derrotado por los otomanos –dirigidos por el emir Osmán– en Magnesia y en Bafea 1303 Los almogávares llegan a Constantinopla 1304 Inicio de las campañas de los almogávares contra los turcos de Asia Menor	1307 Asesinato de Roger de Flor, que da lugar a la denominada "venganza catalana" El zar búlgaro Teodoro Svetoslav obliga a Andrónico II a firmar un tratado de cesión de los puertos bizantinos del mar Negro ocupados por Bulgaria 1308 Los almogávares saquean los monasterios del monte Athos
ISLAM	1290 Muere Qalā'ūn, sultán de Egipto Osmán I funda un principado en Bitinia 1291 Fin de los estados latinos de Siria 1293 Al-Nāṣir Muḥammad, sultán de Egipto	1295 Los mamelucos se hacen con el control de la Meca	1304 Muere Abū Sa'īd 'Uthmān, emir zayyāni de Tremecén Nace Ibn Baṭṭūṭa	1308 Muerte de Mas'ūd III, último sultán seléyuquí de Rūm; la progresiva fragmentación del sultanato de Rūm favorece la expansión de los principados turcos en Asia Menor
ASIA	1290 Los Hōjō intentan imponer un compromiso de sucesión alternada entre las ramas Jimyōin y Daikakuji Tukhtu, kan de la Horda de Oro 1291 A la muerte del ilkán Argún, una sublevación de la aristocracia mongol lleva al poder a Gayjātū 1292 Fracaso de la segunda expedición mongol contra Java 1294 Muere Qubilay, le sucede Timur El ilkán Gayjātū fracasa en su intento de introducir el papel moneda en su estado	1295 El ilkán Gayjātū es derrocado; le sucede un breve gobierno de Baydu, depuesto por Gāzān 1296 Ala-ud-Din accede al sultanato de Delhi; inicio de la dinastía Khalgi 1297 Ala-ud-Din anexiona el Gujarāt Los mongoles saquean Lahore El ilkán Gāzān ejecuta al emir Noruz, perseguidor de los no musulmanes; en su lugar coloca al visir Rashid al-Din Fadl Allah, gran historiador de los mongoles 1299 Los mongoles Yagatay son rechazados por el sultán de Delhi	c. 1301 Muere Qaydu 1304 Accede al poder el ilkán Öljeytu	1305 El ilkán Öljeytü establece su capital en Sultāniye 1307 Muere el emperador y gran kan Timūr; tras él, nuevo emperadores se repartirán los escasos años que faltan para el final de la dinastía
ÁFRICA	1293 Schemamún, soberano de Dongola, se subleva contra Al-Nāṣir Muḥammad, nuevo sultán de Egipto, quien lleva sus represalias treinta y tres jornadas al sur de Dongola; de ahora en adelante, los soberanos de este reino pagarán tributo al soberano egipcio		1300 Asesinato de Sakura, rey de Malí; la dinastía Keita ocupa el trono	
AMÉRICA				

1310-1314	1315-1319	1320-1324	1325-1329	
1310 Juan I de Luxemburgo el Ciego, hijo del emperador Enrique VII, accede al trono de Bohemia Cae Baiamonte Tiepolo en Venecia 1311 Matteo Visconti, vicario imperial Sancho I, rey de Mallorca Apertura del concilio de Vienne Los almogávares conquistan el ducado de Atenas 1312 El papa suprime la orden del Temple Alfonso XI, rey de Castilla, nueva regencia de María de Molina Clausura del concilio de Vienne: excomunión de beguinos y begardos Dante redacta (c. 1312) el tratado *De Monarchia* 1313 Muere el emperador Enrique VII; división entre los electores del Imperio 1314 Muere el papa Clemente V Luis IV de Baviera, emperador Luis X, rey de Francia y de Navarra Los escoceses derrotan a Eduardo II de Inglaterra en Bannockburn Condena del maestre de la orden del Temple Inicio de una grave crisis frumentaria que se prolongará durante cuatro años ("veranos podridos")	1315 Los cantones suizos derrotan a los Habsburgo en Morgarten Se crea en Venecia el Consejo de los Diez Constitución de la Hermandad General en las cortes de Burgos Muere Ramon Llull 1316 Pontificado de Juan XXII Felipe V, rey de Francia y de Navarra (Felipe I de Navarra) Guedimin accede al poder en Lituania 1317 Matteo Visconti, señor de Milán 1318 Juan XXII excomulga a los *fraticelli* (fraticelos) Es depuesto Birger Magnusson, rey de Suecia; le sucede Magnus VII, rey de Noruega 1319 Muere Erik VI, rey de Dinamarca; le sucede su hermano Cristóbal II Magnus VII, nieto de Haakon V, accede al trono de Noruega y une los reinos de Noruega y Suecia	1320 Ladislao I Łokietek es coronado rey de Polonia 1322 Luis IV derrota en Mühldorf a su oponente, Federico de Habsburgo, hijo de Alberto I Carlos IV el Hermoso, rey de Francia y de Navarra (Carlos I de Navarra) 1323 Sublevación del Flandes marítimo Conquista de Cerdeña, dirigida por el infante Alfonso de Aragón. 1324 El pontífice Juan XXII excomulga al emperador Publicación del *Defensor Pacis*, de Marsilio de Padua Carlos IV confisca el ducado de Aquitania Jaime III, rey de Mallorca Muere Marco Polo	1325 Muere Dionisio I, rey de Portugal; le sucede Alfonso IV Muere Jorge Danilovich, príncipe de Moscú; le sucede su hermano Iván I Kalitá 1326 Movimiento de los Armleder en Alemania El metropolitano de Vladimir traslada su sede a Moscú 1327 El parlamento de Westminster obliga a abdicar a Eduardo II, quien muere en prisión. Eduardo III accede al poder Muere Jaime II de Aragón; le sucede su hijo Alfonso IV el Benigno 1328 Muere sin sucesión Carlos IV el Hermoso, último Capeto, rey de Francia y de Navarra; una asamblea de barones proclama rey de Francia al conde de Valois, Felipe VI. En Navarra le sucede Juana II Fin de la revuelta de Flandes marítimo Un concilio dominado por el emperador Luis IV depone a Juan XXII y proclama al antipapa Nicolás V Iván I Kalitá es proclamado gran príncipe, dignidad que ostenta indistintamente sobre Moscú y Vladimir 1329 Muere Roberto I Bruce, rey de Escocia, y Eduardo III impone como nuevo monarca a Eduardo Balliol. El sucesor legítimo al trono, David Bruce, se refugia en Francia Revuelta de Sassari, en Cerdeña	EUROPA
1310 Gualterio de Brienne, duque de Atenas, contrata a los almogávares, que se rebelan contra él cuando pretende licenciarlos 1311 Tras la batalla del río Cefiso y la muerte de Gualterio de Brienne, los almogávares se instalan en el ducado de Atenas	1318 Presencia de los almogávares en el ducado de Neopatria A la muerte de Tomás, el último heredero directo de la dinastía griega independiente de Epiro, Andrónico III concede el título de déspota a Nicolás Orsini (miembro de la familia que gobernaba la isla de Cefalonia)	1320 Fallece Miguel IX, quien debía suceder a Andrónico II; su hijo Andrónico (Andrónico el Joven) es desheredado por el emperador 1321 Estalla la guerra civil entre Andrónico II y Andrónico el Joven, hijo de Miguel IX 1323 Juan Orsini, déspota de Epiro	1325 Andrónico III es coronado y asociado al trono 1326 Los turcos conquistan Bursa 1328 Andrónico III el Joven entra en Constantinopla y aparta del poder a Andrónico II Paleólogo; Juan Cantacuceno accede al cargo de gran doméstico 1329 Nueva campaña bizantina en Bitinia; los otomanos derrotan al ejército bizantino en Pelecano y en Filocrene	BIZANCIO
	1317 Osmán entrega el mando del ejército a su hijo Orján 1318 Abú Tashufin, emir de los zayyánies de Tremecén Abú Bakr, califa hafsí de Túnez	1324 Muere Osmán, fundador del Imperio otomano; le sucede Orján, que toma el título de sultán Peregrinaje de Kankan Mussa, emperador de Malí, a la Meca	1326 Orján ocupa Bursa, que se convierte en la capital de su estado 1328 Muere el teólogo hanbalí Ibn Taymiyya, cuya doctrina constituyó el armazón ideológico del estado mameluco	ISLAM
1310 El ilkán Öljeytu adopta la doctrina shi'i, persiguiendo a cristianos, mazdeístas y musulmanes sunnies 1312 Uzbek, kan de la Horda de Oro 1313 El ilkán Öljeytü toma el Afganistán oriental al kan de Yagatay	c. 1315 Cachemira se convierte en un reino musulmán independiente 1316 A la muerte del sultán de Delhi Alaud-Din estallan los conflictos por la sucesión Accede al poder el ilkán Abu Sa'id 1318 Go-Daigo, del linaje Daikakuji, emperador de Japón El ilkan Abu Sa'id ejecuta al visir Rashid al-Din		1325 Con el acceso de Muhammad Ibn Tughluq al sultanato de Delhi se inicia la dinastía de los Tughluq	ASIA
1310 Abu Bakari II, soberano keita de Malí, emprende una gran expedición marítima a partir de la costa atlántica 1312 Kankan Mussa (Mansa Musa), hijo de Abu Bakari II, accede al trono de Malí 1313 Amda Seyón toma el poder en Etiopía; bajo su reinado se escribe la *Fetha Negast* y se rechazan las invasiones musulmanas de los sultanes de Ifat	1315 Contacto entre los cristianos de Occidente y los reinos del Alto Nilo; una misión de dominicos construye un convento cerca de Dongola, pero el último rey de este país es deportado a El Cairo; los sultanes egipcios instalan en su lugar un rey musulmán	1324 Kankan Mussa peregrina a la Meca; bajo su gobierno, el imperio de Malí alcanza su máxima extensión y riqueza gracias al monopolio del comercio transahariano del oro Los generales de Mussa conquistan Gao, la capital songay	1325 El soberano songay Dia Assibai se somete a Kankan Mussa, a quien entrega a sus dos hijos, Ali Kolen y Soliman Nar	ÁFRICA
			1325 Los aztecas se establecen en la laguna de Texcoco y fundan Tenochtitlán	AMÉRICA

	1330-1334	1335-1339	1340-1344	1345-1349
EUROPA	1330 Nace John Wyclif 1331 Eduardo III rinde homenaje ligio por sus tierras en Francia El rey polaco Ladislao I derrota a los caballeros teutones en Plowce. Esteban IX Uroš IV, llamado Dušan, accede al poder en Serbia Nace Colluccio Salutati 1332 Roberto, candidato a la sucesión de Artois, reconoce como rey a Eduardo III de Inglaterra Muere Cristóbal II, rey de Dinamarca Lucerna se une a los cantones suizos 1333 *"Mal any primer"* en Cataluña Casimiro III el Grande, rey de Polonia 1334 Pontificado de Benedicto XII Inicio de la construcción del *campanile* de Florencia por Giotto	1336 Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragón 1337 El rey francés Felipe VI confisca el ducado de Aquitania; Eduardo III reivindica el trono de Francia Muere Federico de Sicilia; le sucede su hijo Pedro II 1338 Final de la insurrección de los Artevelde en Alemania Insurrección de Gante dirigida por Jacobo van Artevelde 1339 Simón Boccanegra, dux de Génova Iván I ordena rehacer la muralla de Moscú en madera de roble Luchino Visconti, señor de Milán	1340 Eduardo III se titula por primera vez "rey de Francia" Victoria naval inglesa en La Esclusa El rey Alfonso XI de Castilla obtiene la victoria del Salado Simeón el Soberbio, gran príncipe de Moscú y Vladimir Vaidemar IV Atterdag accede al trono de Dinamarca 1341 Problema sucesorio en el ducado de Bretaña David II Bruce, aliado de Felipe VI, accede al trono de Escocia Muere Iván I Kalitá A la muerte de Guedimin de Lituania accede al poder su hijo Olguerd 1342 Pontificado de Clemente VI Treguas de Esplechin Muere Carlos I de Anjou, rey de Hungría, le sucede Luis I el Grande Fundación de la universidad de Pisa 1343 Muere Roberto de Anjou, rey de Nápoles, le sucede Juana I Paz de Kalisz: el rey Casimiro III de Polonia reconoce a la Orden teutónica la posesión de Pomerania occidental Paz de Varberg: Magnus VII designa a su hijo Erik rey de Suecia y a su hijo Haakon VI rey de Noruega 1344 Alfonso XI conquista Algeciras	1345 En Gante, es asesinado Jacobo van Artevelde; enfrentamientos entre batanero s y tejedores 1346 Eduardo III toma Caen y derrota al ejército francés de Crécy Los ingleses derrotan en Neville's Cross al rey de Escocia, David II Bruce Carlos I (el futuro emperador Carlos IV) es nombrado rey de Bohemia Esteban IX Uroš IV se hace coronar emperador de serbios y griegos en Skopje 1347 Carlos IV de Luxemburgo, emperador Calais se rinde a los ingleses La peste negra se extiende por los puertos mediterráneos Dictadura de Cola di Rienzo en Roma Casimiro III de Polonia promulga el Estatuto de Wislica 1348 Difusión de la peste negra por el interior de Europa Alfonso XI, rey de Castilla, promulga el *Ordenamiento de Alcalá* 1349 La peste llega a Inglaterra y alcanza el mundo germánico Mallorca se reincorpora definitivamente a la Corona de Aragón Esteban IX Uroš IV, rey de Serbia, promulga el *Dušanov Zakonik*
BIZANCIO	1331 Los otomanos conquistan Nicea 1334 Tratado entre Andrónico III y Esteban IX Uroš IV nuevo rey de Serbia	1335 Los genoveses, con el apoyo de los caballeros hospitalarios de Rodas, ocupan Lesbos e intentan recuperar Quios; Andrónico III debe firmar un tratado con el emirato turco de Aydín para obtener navíos con los que hacer frente a la amenaza genovesa Nicéforo II, déspota de Epiro	1340 Desaparece el despotado de Epiro como entidad política independiente. Nicéforo, heredero del despotado, es confinado en Constantinopla por sus intentos de rebelión contra la autoridad imperial; Juan Angel (primo de Juan Cantacuceno) y Teodoro Sinadeno son nombrados gobernadores de Epiro y Salónica, respectivamente 1341 Juan V, menor de edad, accede al trono, Ana de Saboya, su madre, y Juan Cantacuceno actúan como regentes Juan Cantacuceno es destituido y se hace proclamar emperador (Juan VI) en Didymotika	1345 El rey serbio Esteban IX se apodera de la ciudad de Serres (Macedonia) Juan VI Cantacuceno ocupa Adrianópolis 1346 Esteban IX Uroš IV se proclama emperador de serbios y de griegos Los genoveses ocupan de nuevo Quios 1347 Juan Cantacuceno entra en Constantinopla, gobernando como asociado al emperador Juan V La peste negra llega a Bizancio 1348 Esteban IX Uroš IV ocupa Tesalia y el Epiro 1349 Los genoveses derrotan la flota bizantina que intentaba recuperar Quios Mateo Cantacuceno, hijo de Juan VI, recibe los principados de Tracia y Morea
ISLAM	1331 El sultán otomano Orjān ocupa Nicea El sultán marini Abū-l-Hasan accede al poder en Fez 1332 Nace Ibn Jaldūn 1333 Los marinies (benimerines) intervienen en España; Abū-l-Hasan, sultán de Fez, ocupa Gibraltar	1337 Orjān ocupa Nicomedia (Izmit), alcanzando la orilla del mar de Mármara, Asia Menor queda bajo control otomano El sultán marini Abū-l-Hasan ocupa Tremecén, capital de los zayyánies, que se convierte en protectorado de los marinies; fin del emirato del zayyání de Abū Tāshufin	1340 Alfonso XI derrota a los marinies en el Salado 1341 Muere Al-Nāsir Muhammad, sultán de Egipto; comienza un período de inestabilidad política en el que se suceden doce sultanes 1344 Alfonso XI toma Algeciras	1345 Orjān ocupa el principado de Karesi 1346 Matrimonio de Orjān con la princesa Teodora, hija de Juan VI Cantacuceno Muere el califa hafsí Abū Bakr 1347 Abū-l-Hasan, sultán marini de Fez, ocupa Túnez 1348 La presión de las tribus árabes obliga a Abū-l-Hasan a abandonar Túnez
ASIA	1331 En Japón, el emperador Go-Daigo se subleva contra los Hōjō 1332 Go-Daigo escapa del destierro y encabeza una sublevación con las tambias opuestas a los Hōjō 1333 Accede al poder Toghan Timūr (en chino, Shundi), último emperador mongol de China 1334 El emperador Go-Daigo adopta el nombre de era Kenmmu (o restauración kenmmu) e intenta imponerse al shogunato, con ayuda inicial del clan Ashikagā A la muerte de Abū Sa'id, el kanato de Il se fracciona entre sus sucesores	1335 Ashikaga no-Takauji se rebela contra Go-Daigo y crea un shogunato propio 1336 Fin de la era Kenmmu. Ashikaga no-Takauji arrebata Kyōto a Go-Daigo, y proclama emperador con el nombre de Komyo al príncipe Toyohito, del linaje Jimyōin Nace Tamerlán Fundación de Vijayanagar 1338 Inicio del período Muromachi en Japón: Ashikaga no-Takauji adopta el título de shōgun, estableciendo su capital en Kyōto, en el barrio de Muromachi Bengala se separa del sultanato de Delhi	1340 Djānibeg, kan de la Horda de Oro 1341 Ashikaga no-Takauji envía un barco mercante oficial a China y destina el beneficio de la operación a la construcción del templo Zen de Tenryūji; se inaugura así una larga relación comercial entre China y Japón 1344 El río Amarillo rompe los diques en Kaifeng; la población es sometida a trabajos forzados para reparar los daños, lo que provoca rebeliones en la China septentrional y en la región del río Huai	1345 La rebelión de los comandantes musulmanes de Daulatābād, en el Decán, acaba con la creación por parte de Bahman Shah de un sultanato independiente de Delhi; la dinastía bahmaní será reconocida por los califas de El Cairo c. 1346 Aparece la peste en el kanato de la Horda de Oro
ÁFRICA		1335 Muere Kankan Mussa; le sucede su hijo Maghan I 1336 Alī Kōlen y Soliman Nar eliminan al gobernador de Malī y toman el poder; Alī Kolen adopta el título de *sonni* o *si* que da nombre a la dinastía por él fundada El soberano de Malī ocupa Tombouctou	1341 Muere Maghan I, soberano de Malī, le sucede Sulemanu, hermano de Kankan Mussa, que restablece la dominación de Malī sobre Gao	1349 Yadji toma el poder en el estado hausa de Kano (Daura, Gobir, Katsina, Biran, Zaria, Rano y Djukun constituían el resto de estados haussá); bajo su reinado tiene lugar una profunda penetración del islam en el país hausa

1350-1354	1355-1359	1360-1364	1365-1369	
1350 Juan II el Bueno, rey de Francia Pedro I el Cruel, rey de Castilla Victoria inglesa sobre navíos castellanos en Winchelsea La peste negra llega a Suecia y Rusia Nace san Vicente Ferrer Fundación del Trinity Hall College Fundación de la universidad de Perpiñán 1351 Promulgación del *Statute of Labourers* en Inglaterra Las cortes de Valladolid aprueban la redacción del *Becerro de las Behetrías* Zurich se une a los cantones suizos 1352 Pontificado de Inocencio VI Fundación del Corpus Christi College 1353 Iván II el Suave, gran príncipe de Moscú y Vladimir Berna se une a los cantones suizos Bocaccio finaliza *El Decamerón* 1354 Bernabo Visconti, señor de Milán Fundación de la universidad de Huesca	1355 Federico III, rey de Sicilia Esteban X Uroš V, rey de Serbia 1356 Promulgación en Metz de la Bula de Oro de Carlos IV; regulación de la elección imperial Victoria inglesa en Poitiers; captura del rey francés Juan II Fundación de la Hansa 1357 Pedro I, rey de Portugal 1358 Revuelta de Étienne Marcel en París Se inicia la revolución campesina conocida como la Jacquerie Muere Buridan, rector de la universidad de París 1359 Pedro I de Castilla derrota en Arviana a Enrique de Trastámara Tras las cortes de Cervera, la Diputación del General (futura *Generalitat*) de Cataluña adquiere carácter permanente A la muerte de Iván II el Suave los señores de Súzdal arrebatan a los de Moscú el título de gran príncipe. Dimitri Donskói, príncipe de Moscú	1360 Tratado de Brétigny 1361 Fundación de la universidad de Pavía 1362 Urbano V accede al pontificado El cardenal Albornoz emprende la reconquista de los estados de la Iglesia Haakon VI, rey de Noruega, accede al trono de Suecia Inicio de la guerra entre la Hansa y Dinamarca 1363 Venceslao, hijo del emperador Carlos IV, es reconocido rey de Bohemia Primera mención a la actividad de los *tuchins* franceses Paz de Murviedro entre Pedro I de Castilla y Pedro IV de Aragón Nace Gerson 1364 Carlos V, rey de Francia Derrota de Carlos II de Navarra en Cocherel Derrota y muerte de Carlos de Blois, pretendiente al ducado de Normandía Haakon VI, rey de Noruega y de Suecia, es expulsado de este país, donde se proclama rey a Alberto de Mecklemburgo Fundación de la universidad de Cracovia	1365 Carlos V reconoce como duque de Bretaña a Juan IV de Montfort, quien le presta homenaje tras la paz de Guérande Organización de la Cámara de Comptos de Navarra Fundación de la universidad de Viena 1366 Enrique, conde de Trastámara, se proclama rey de Castilla, donde penetra con el apoyo de las Compañías de Du Guesclin 1367 Firma del tratado de Libourne entre Pedro I, rey de Castilla, y el príncipe Negro, cuyas tropas derrotan a las de Enrique de Trastámara en Nájera Fernando I, rey de Portugal Dimitri Donskói rodea Moscú con una muralla de piedra 1368 Tratado de Toledo entre Francia y Castilla Revuelta de Augsburgo 1369 Enrique II derrota en Montiel a Pedro I, que muere asesinado Felipe el Atrevido, conde de Flandes Nace Jan Hus	EUROPA
1351 Tesalónica pasa a ser la capital de Juan V Paleólogo Juan VI se ve obligado a apoyar a Venecia contra Génova en la guerra que enfrenta a ambas repúblicas 1352 Estalla la guerra entre Juan V y Mateo Cantacuceno; Juan VI Cantacuceno llama al sultán turco Orján en ayuda de su hijo Juan VI firma un nuevo tratado con Génova 1353 Juan V es capturado por sus rivales y deportado a Tenedos 1354 Los otomanos conquistan Gallipoli Juan V entra en Constantinopla gracias al apoyo de los genoveses; Juan VI abdica	1355 Muere Esteban IX Uroš IV; con el reparto de su imperio entre sus sucesores desaparece la amenaza serbia sobre Bizancio 1357 Juan V renueva el tratado con Venecia	1362 El sultán Orján conquista Adrianópolis	1366 Juan V viaja a Hungría, para solicitar la ayuda de Luis el Grande Amadeo VI de Saboya reconquista Gallipoli 1369 Juan V viaja a Occidente con el propósito de buscar ayuda; acuerda con el papa Urbano V la unión de las dos Iglesias	BIZANCIO
1351 El sultán Abū-l-Hasan abdica en su hijo, Abū 'Inān, que se había sublevado 1352 Orján conquista Tzympe, primera localidad ocupada en el continente europeo 1354 Orján conquista Gallipoli, obteniendo el control del estrecho de los Dardanelos	1358 Muere Abū 'Inān, sultán de Fez; el estado marīnī se fragmenta en los sultanatos de Fez y Marrakech 1359 Murat I sucede a Orján El emir marīnī Abū Hammū accede al poder	c. 1360 El reino hafsí se escinde en tres entidades: Túnez, sede del califato, Bugía y Constantina 1362 Los turcos toman Adrianópolis, nueva capital otomana (Edirne) Muhammad V, emir nazarí 1363 Murat I toma Filipópolis, y completa la conquista del valle del Maritza	1365 Pedro I, rey de Chipre, ataca Alejandría 1368 La toma de Burgas corta a Bizancio la comunicación por el norte, restando únicamente abiertos los Dardanelos, controlados también por los otomanos	ISLAM
1351 En China, la actividad de la secta de los turbantes rojos desencadena sublevaciones masivas Muere Muhammad ibn-Tughluq, sultán de Delhi	1356 Zhu Yuanzhang (futuro fundador de la dinastía Ming) ocupa Nankín 1357 Muere Djānibeg, kan de la Horda de Oro 1358 En Japón, Ashikaga no-Yoshimitsu accede al shogunato		1365 Estalla la guerra entre los bahmaníes de Daulatābād y el reino hindú de Vijayanagar 1368 En China, Zhu Yuanzhang, rebelde campesino aliado con los turbantes rojos, accede al poder; crea la dinastía Ming, de la que él es el primer emperador, tomando el nombre de era Hongwu	ASIA
1350 Ibn Battūta proporciona la primera mención histórica sobre la existencia del reino de Nupé, en la orilla izquierda del bajo Níger 1352 Ibn Battūta visita Malí		1360 A la muerte de Sulemano, Malí es objeto de incursiones de los mossi desde el sur, mientras que los tuaregs, desde el norte, se apoderarán de Arauan y Oualāta, en el desierto		ÁFRICA

	1370-1374	1375-1379	1380-1384	1385-1389
EUROPA	1370 Pontificado de Gregorio XI Batalla de Pontvallain: primera derrota inglesa en la guerra de los Cien Años Muere Casimiro III, rey de Polonia; le sucede el rey de Hungría, Luis el Grande, de la casa de Anjou La Hansa consigue el dominio del Báltico mediante la paz de Stralsund, impuesta a Dinamarca Liga de ciudades de Suabia 1371 Paz de Almazán entre Castilla y Aragón En Castilla, las cortes de Toro regulan el funcionamiento de la Audiencia Muere Esteban X Uroš V, rey de Serbia 1372 Derrota de la flota inglesa en La Rochela 1374 Mueren Petrarca y Boccaccio Inicio de las *Chroniques* de Froissart	1375 Tregua de Brujas entre Francia e Inglaterra Muere Valdemar IV Atterdag, rey de Dinamarca 1376 Muere el príncipe Negro Olaf, de seis años de edad, recibe la corona danesa 1377 Gregorio XI se instala en Roma Ricardo II, rey de Inglaterra Muere Federico III de Sicilia sin dejar herederos; le sucede su hija María I Muere Olgierd de Lituania; le sucede su hijo Jagellón, con el que Lituania queda definitivamente vinculada a Polonia 1378 A la muerte de Gregorio XI estalla el Cisma de la Iglesia occidental con la doble elección de Urbano VI en Roma y de Clemente VII en Fondi (Nápoles) El emperador Carlos IV de Luxemburgo (Carlos I de Bohemia) muere; le sucede su hijo Venceslao IV de Bohemia Revuelta de los ciompi en Florencia Estalla la guerra de Chioggia entre Venecia y Génova Conflictos sociales en Danzig 1379 Juan I, rey de Castilla Paz de Briones entre Castilla y Navarra Los ducados de Atenas y Neopatria se incorporan a la Corona de Aragón	1380 Carlos VI, rey de Francia Dimitri Donskói, príncipe de Moscú, derrota a los mongoles en Kulikovo La Corona de Aragón pierde el ducado de Atenas Revueltas populares en Lübeck Muere Haakon VI, rey de Noruega; le sucede su hijo Olaf, rey de Dinamarca, con diez años de edad 1381 Revuelta de Wat Tyler y John Ball en Inglaterra Revuelta popular en Gante, dirigida por Felipe van Artevelde Paz de Turín: fin de la guerra de Chioggia Muere Juana I de Nápoles; le sucede Carlos III de Anjou 1382 Revuelta de los *maillotins* en París. Estallido de la *harelle* de Ruán En Roosebeke la caballería francesa derrota a los tejedores flamencos sublevados Muere Luis I el Grande, rey de Polonia y de Hungría; se producen en ambos reinos conflictos por la sucesión. La dieta húngara reconoce a la hija del rey, María Muere Nicolás de Oresme 1384 Jean de Berry extermina a los *tuchins* Eduvigis, hija de Luis el Grande de Polonia, es reconocida reina Muere John Wyclif	1385 Juan, maestre de Avís, derrota a Juan I en Aljubarrota; accede al trono de Portugal como Juan I Paz de Tournai: Felipe el Atrevido es reconocido conde de Flandes 1386 El duque de Lancaster invade Galicia Unión dinástica de Polonia y Lituania Los cantones suizos derrotan a Leopoldo III de Habsburgo en Sempach 1387 Segismundo de Luxemburgo, rey de Hungría Carlos III el Noble, rey de Navarra Muere Olaf, rey de Dinamarca y de Noruega; su madre, Margarita, designa como su sucesor a su sobrino Erik de Pomerania 1388 Fallece Bertrand du Guesclin Tratado de Bayona: matrimonio de Catalina, hija del duque de Lancaster, con Enrique, heredero de la Corona de Castilla Condena de la doctrina de John Wyclif 1389 Pontificado de Bonifacio IX Treguas de Leulinghen Derrota serbia frente a los turcos en Kosovo Basilio I, príncipe de Moscú Margarita, regente de Dinamarca y Noruega, derrota a Alberto de Mecklemburgo, rey de Suecia Erik de Pomerania rey de Noruega
BIZANCIO	1370 Juan V es detenido por los venecianos, que pretenden obtener un rescate 1371 Juan V regresa a Constantinopla 1373 Andrónico IV, aliado a Sāwŷ (un hijo del sultán Murat), se rebela contra su padre; Juan V sofoca la revuelta, despoja de su herencia a Andrónico, y asocia al trono a Manuel, otro de sus hijos 1374 Juan V se declara vasallo del sultán otomano	1376 Andrónico, con la ayuda de genoveses y turcos depone a su padre, proclamándose emperador (Andrónico IV) Andrónico IV entrega Gallípoli a los turcos, como recompensa a su apoyo Los venecianos ocupan Tenedos; en respuesta, el emperador detiene a todos los venecianos residentes en Constantinopla 1379 Juan V, con ayuda de los venecianos, depone a Andrónico IV	1383 Mientras Juan V gobierna en Constantinopla, su hijo menor Manuel II gobierna como emperador asociado en Tesalónica; Andrónico IV, por su parte, ejerce el gobierno de Tracia Serres cae en poder de los turcos	1385 Muere Andrónico IV 1386 Los monasterios del monte Athos pasan a dominio turco 1387 Los turcos ocupan Tesalónica 1388 La Compañía Navarra expulsa a los almogávares de Atenas 1389 La victoria turca de Kosovo aísla a Bizancio de Europa por vía terrestre
ISLAM	1370 Abū-l-'Abbās, califa hafsí 1371 Murat derrota en el Maritza a una coalición de príncipes eslavos e inicia la conquista de Macedonia 1374 Reaparece la peste en Egipto	1377 Muere Ibn Battūta	1382 En Egipto, el acceso al poder del sultán circasiano al-Zāhir Barqūq supone el fin de la dinastía de Bahr	1385 Los turcos devastan Sofía 1386 Los otomanos arrebatan Niš a los serbios 1387 Abū-l-'Abbās unifica de nuevo el estado mariní Murat I ocupa Tesalónica La dinastía turcomana de los Akkoyunlu toma el poder en Irán 1388 La victoria de los príncipes de Serbia y Bosnia en Plosnik obliga a los otomanos a retirarse a Bulgaria 1389 Victoria otomana en Kosovo; en la batalla muere Murat I, a quien sucede Bayaceto I
ASIA	c. 1370 Tamerlán actúa como señor de Mawarannahr, donde los kanes Yagatay ejercen únicamente un poder nominal 1373 Hongwu solicita de Japón el cese de las actividades de los *wokou* (piratas japoneses) 1374 El rey de Vijayanagar envía una embajada a China Muerte del pintor Ni Zan	c. 1377 Fin de la guerra entre los bahmaníes y Vijayanagar 1378 Los príncipes rusos se niegan a pagar tributo al kan de la Horda de Oro Tamerlán ocupa el Jorezm 1379 Ashikaga no-Yoshimitsu desbarata el esfuerzo de los Ashikaga de la llanura de Kanto para trasladar de nuevo a Kamakura la sede del shogunato	1380 El kan de la Horda de Oro es derrotado por los príncipes rusos en Kulikovo; accede al poder el kan de la Horda Blanca Toqtamish, con el apoyo de Tamerlán Tamerlán atraviesa el Oxus, invade el Jorasán y conquista Herat 1382 Toqtamish, kan de la Horda de Oro, invade los principados rusos y destruye Vladímir, Súzdal y Moscú, restableciendo la soberanía mongol 1384 Tamerlán conquista Sultāniye	1386 En Japón, Ashikaga no-Yoshimitsu adopta una organización oficial para la orden del Zen, estableciendo la jerarquía de los templos, prescribiendo el sistema de rangos y salarios y colocando el conjunto del sistema bajo el control de un funcionario del estado 1387 Estalla la guerra entre Toqtamish, kan de la Horda de Oro, y Tamerlán
ÁFRICA	1374 Mussa II reina en Malí	1375 Por primera vez aparece un mapa de África occidental en un atlas confeccionado en Europa, el del mallorquín Cresques Abraham		1385 Muere Yadji, soberano de Kano
AMÉRICA	1370 El señor tolteca de Culhuacán designa *huey tlatoani* ("el grande que habla, el grande que ordena") de Tenochtitlán a Acamapitchli, que será sucedido por Huitzilihuitl			

1390-1394	1395-1399	1400-1404	1405-1409	
1390 Enrique III, rey de Castilla Matrimonio de María I de Sicilia y el infante Martín, hijo del rey Martín I de Aragón 1391 Destrucciones de las comunidades judías en los reinos hispánicos Pérdida del ducado de Neopatria Fundación de la universidad de Ferrara 1392 Primera crisis de locura de Carlos VI La unión de Polonia y Lituania se rompe formalmente al recibir Witold el título de gran duque 1394 A la muerte de Clemente VII, los cardenales de Aviñón eligen al aragonés Pedro de Luna como pontífice (Benedicto XIII)	1395 Martín I el Humano, rey de Aragón 1396 Los turcos derrotan al emperador Segismundo en Nicópolis Disturbios sociales en Colonia Erik de Pomerania, rey de Noruega, es proclamado rey de Dinamarca y Suecia 1397 En Kalmar (Suecia) se proclama la unión perpetua de Dinamarca, Suecia y Noruega Llega a Florencia Manuel Crisoloras 1399 Ricardo II, rey de Inglaterra, es derrocado por Enrique de Lancaster, hijo de Juan de Gante, quien reina como Enrique IV	1400 El emperador Venceslao es depuesto; le sucede Roberto de Wittelsbach. Venceslao permanece como rey de Bohemia Rebelión de Owen Glendower en Gales 1401 El emperador Roberto es derrotado en Brescia por Gian Galeazzo Visconti Nace Nicolás de Cusa 1402 Giovanni Visconti, señor de Milán Nace Juan Bessarión 1404 Pontificado de Inocencio VII Juan sin Miedo, duque de Borgoña Carlos III de Navarra vende al rey de Francia la plaza de Cherburgo y recibe a cambio el ducado de Nemours Nace Leon Battista Alberti	1405 Fundación de la universidad de Turín 1406 Pontificado de Gregorio XII Juan II, rey de Castilla Florencia conquista Pisa Muere Coluccio Salutati 1407 Asesinato del duque Luis de Orleans; Francia se divide entre borgoñones y armagnacs Nace Lorenzo Valla 1408 Fundación de la Casa de San Jorge 1409 El concilio de Pisa depone a Gregorio XII y Benedicto XIII, eligiendo a Alejandro V Muerte de Martín I el Joven, rey de Sicilia; su padre, Martín I de Aragón, hereda la corona de Sicilia Fundación de la universidad de Leipzig	EUROPA
1390 Juan V es apartado temporalmente del trono por su nieto, Juan VII, quien recibe el apoyo del sultán Bayaceto I Manuel II expulsa a Juan VII de Constantinopla, y restablece a su padre en el trono 1391 Filadelfia, última ciudad bizantina de Anatolia, cae en poder de los turcos Manuel II Paleólogo, emperador 1394 Bayaceto I asedia Constantinopla	1396 Victoria de los turcos en Nicópolis 1399 Una flota francesa rompe el bloqueo de Constantinopla; el emperador Manuel II Paleólogo acude a Occidente en busca de ayuda	1402 La derrota turca frente a Timūr-Lang (Tamerlán) en Ankara alivia la presión otomana sobre Constantinopla 1403 Juan VII y el sultán Solimán llegan a un acuerdo: a cambio del apoyo bizantino en la guerra que enfrenta a Solimán con sus hermanos, Manuel II ratifica el tratado pero obliga a Juan VII a abandonar Constantinopla para ejercer el gobierno de Tesalónica		BIZANCIO
1391 Muere Muhammad V, emir nazarí 1393 Muere el sultán marini Abū-l-'Abbās Bayaceto I toma Tārnovo, la capital del rey búlgaro Miguel Šišman 1394 Muere el califa hafsí 'Abū-l-'Abbās; le sucede Abu Faris Bayaceto I ocupa definitivamente Tesalónica, que había sido recuperada por los bizantinos, invade Valaquia y emprende un primer asedio de Constantinopla	1395 Muere Barqūq, sultán de Egipto 1396 Bayaceto I derrota en Nicópolis al emperador Segismundo; esta victoria hace que los califas de El Cairo reconozcan a Bayaceto el título de sultán 1397 Bayaceto I derrota al príncipe turcomano de Karaman, con lo que obtiene el control de Anatolia 1398 Bayaceto penetra en el valle del Éufrates 1399 Al-Nāṣir Faray, sultán de Egipto Se levanta el sitio de Constantinopla	1402 La expansión hacia el este enfrenta a los otomanos con Tamerlán; Bayaceto I es derrotado en Ankara; el sultán muere en cautividad Interregno otomano: Solimán sucede a su padre Bayaceto, pero se enfrenta a la oposición del resto de sus hermanos A cambio de la ayuda de Bizancio, Solimán devuelve al emperador Manuel II -de quien se declara vasallo- la ciudad de Tesalónica	1405 Muere Timūr-Lang 1406 Muere Ibn Jaldun	ISLAM
1392 El shōgun Ashikaga no-Yoshimitsu acaba con el enfrentamiento entre las dinastías del Norte y del Sur tras la rendición de la corte meridional 1393 Tamerlán entra en Bagdad 1394 El shōgun Ashikaga no-Yoshimitsu se retira a un monasterio Zen El estado de Jaunpur se separa del sultanato de Delhi	1395 Tamerlán toma Astrajān y Saray 1396 El reino de Gujarāt se escinde del sultanato de Delhi 1398 Muere Zhu Yuanzhang, primer emperador Ming Tamerlán invade la India y conquista Delhi Timūr Qutlug, kan de la Horda de Oro 1399 Huidi (nieto de Zhu Yuanzhang), emperador Ming de China Tamerlán conquista el Azerbaidján	1400 Tamerlán toma Alepo 1401 Tamerlán saquea Badgad y Damasco 1402 Tamerlán derrota a Bayaceto Ashikaga no-Yoshimitsu obtiene el título de "rey de Japón" Zhu Di, tío de Huidi, entra en Nankín, proclamándose emperador 1403 Zhu Di toma el nombre de era Yongle 1404 Con Ashikaga no-Yoshimitsu se inician las expediciones comerciales oficiales entre China y Japón	1408 Muere el shōgun Ashikaga no-Yoshimitsu	ASIA
		c. 1400 Los reyes songay saquean la capital de Malí		ÁFRICA
				AMÉRICA

	1410-1414	1415-1419	1420-1424	1425-1429
EUROPA	1410 Juan XXIII sucede a Alejandro V Muere el emperador Roberto de Wittelsbach Muere el rey de Aragón Martín I el Humano sin dejar descendencia El infante don Fernando, regente de Castilla, toma Antequera Polacos y lituanos, unidos, obtienen la victoria de Grunwald (Tannenberg) sobre los caballeros teutónicos 1411 Segismundo de Luxemburgo, emperador 1412 Nace Juana de Arco Compromiso de Caspe; Fernando I de Antequera, primer rey de la casa Trastámara en Aragón Filippo Maria Visconti, señor de Milán 1413 Enrique V, rey de Inglaterra En París estalla la revolución dirigida por Simon Caboche; Carlos, duque de Orleans, entra en París Unión de Horodlo, pacto entre Lituania y Polonia para defenderse de los caballeros teutónicos 1414 Juana II, reina de Nápoles Apertura del concilio de Constanza	1415 El papa Juan XXIII es depuesto por el concilio de Constanza; el pontífice Gregorio XII renuncia Derrota francesa en Azincourt El concilio de Constanza condena a Jan Hus, que es ejecutado 1416 Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón 1417 El concilio de Constanza depone al pontífice Benedicto XIII, siendo elegido Martín V; concluye así el Cisma de Occidente Los ingleses ocupan Calais Clausura del concilio de Constanza 1418 Los borgoñones entran en París 1419 Asesinato de Juan sin Miedo, duque de Borgoña Los ingleses toman Ruán Muere el rey Venceslao IV de Bohemia; le sucede el emperador Segismundo de Luxemburgo Portugal inicia la colonización de Madeira Rebelión husita de Praga contra el emperador Segismundo Muere san Vicente Ferrer Fundación de la universidad de Rostock, trasladada a Lübeck	1420 Tratado de Troyes Fundación de las ferias de Lyon en Francia Los husitas derrotan al emperador Segismundo en Zižkov Thomas Kempis compone (c. 1420) la *Imitación de Cristo* 1421 Florencia conquista Livorno, obteniendo una salida al mar Juana II de Nápoles nombra heredero del reino a Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón En la Dieta de Čáslav, taboritas y calixtinos deponen a Segismundo Derrota en Žatec del emperador Segismundo frente a los husitas 1422 Carlos VII, rey de Francia Enrique VI, rey de Inglaterra; regencia del duque de Bedford Los husitas derrotan al emperador Segismundo en Kutná Hora 1423 Elección de Clemente VIII en Aviñón Apertura del concilio de Siena Estalla la guerra entre Milán y Venecia 1424 Clausura del concilio de Siena Victoria inglesa en Verneuil	1425 Elección en Aviñón de Benedicto XIV Blanca, casada con Juan, infante de Aragón, accede al trono de Navarra Basilio II el Ciego, príncipe de Moscú Fundación de la universidad de Lovaina 1426 El emperador Segismundo es derrotado en Usti por los husitas 1427 Los husitas obtienen la victoria de Tachov sobre el emperador Segismundo 1428 Se inicia el sitio de Orleans 1429 Muere el papa de Aviñón Clemente VIII Juana de Arco levanta el sitio de Orleans; el ejército inglés es derrotado en Patay Carlos VII es coronado rey de Francia en Reims Muere Gerson
BIZANCIO	1410 Solimán es derrotado por su hermano Müsä Bey, quien denuncia el acuerdo de 1403 1413 Müsä es derrotado y muerto cerca de Sofía por su hermano Mehmet, gracias al apoyo de Manuel II; el nuevo sultán respetará a lo largo de su reinado los acuerdos de 1403	1416 Nuevo brote de peste en Constantinopla	1421 Manuel II asocia al trono a su hijo primogénito, Juan 1422 Murat II efectúa el primer gran asedio de Constantinopla 1423 Murat II invade Albania Juan busca apoyo en Hungría, Milán y Venecia Andrónico, hijo de Manuel II, cede Tesalónica a los venecianos 1424 Murat II levanta el sitio de Constantinopla	1425 Muere Manuel II; Juan VIII es proclamado emperador
ISLAM	1410 Solimán es vencido y muerto en Adrianópolis por Müsä Bey, su hermano 1412 Shayj, sultán de Egipto 1413 Mehmet I derrota a su hermano Müsä Bey y se convierte en sultán	1415 Los portugueses conquistan Ceuta	1421 Muere Mehmet I, le sucede Murat II 1422 Al-Ashraf Barsbäy, sultán de Egipto 1423 Conflicto entre Venecia y los otomanos por la posesión de Tesalónica	1425 El sultán egipcio Barsbäy reserva al estado el comercio de especias destinado a la venta a los occidentales Barsbäy devasta Limassol (Chipre) 1426 Barsbäy ataca Chipre y captura al rey Jano, cuyo hijo se declara vasallo de Egipto
ASIA		1415 Las flotas chinas llegan a las costas orientales de África	1424 Fin de la era Yongle en China	1428 Ashikaga no-Yoshinori, nuevo shōgun
ÁFRICA	1414 Yetschak (o Isaac) toma el poder en Etiopía y liquida el reino de Ifat, los príncipes del cual, refugiados en Yemen, crearán más adelante el reino musulmán de Adal			1429 Muere el rey etíope Yetschaak
AMÉRICA		1417 A la muerte de Huitzilihuitl, Chimalpopoca accede al poder en Tenochtitlán, pero será asesinado por Maxtla, señor de los tepanecas de Azcapotzalco		1427 Itzcoatl, nuevo tlatoani de Tenochtitlán, establece una alianza con las ciudades de Texcoco, Cuauhtitlán y Huexotzinco para combatir a Maxtla, que es derrotado; la conquista de Azcapotzalco supone el fin de la supremacía tepaneca

1430-1434	1435-1439	1440-1444	1445-1450	
1430 Muere Benedicto XIV, papa de Aviñón Juana de Arco cae prisionera de los ingleses Segismundo, gran duque de Lituania Fundación de la universidad de Grenoble 1431 Muere el papa Martín V; le sucede Eugenio IV Apertura del concilio de Basilea Juana de Arco muere en Ruán Primera guerra hermandiña en Galicia Portugal inicia la colonización de las Azores La cruzada antihusita dirigida por el cardenal Cesarini es derrotada en Domažlice Fundación de la universidad de Poitiers 1433 Renato de Albizzi destierra de Florencia a Cosme de Médicis (Cosme el Viejo) Muere Juan I de Portugal; le sucede Duarte I Nace Marsilio Ficino 1434 Cosme de Médicis entra en Milán y se hace con el gobierno de la ciudad Gil Eanes dobla el cabo Bojador Ladislao III, rey de Polonia	1435 El tratado de Arras facilita el acercamiento franco-borgoñón Derrota de la flota aragonesa en Ponza; Alfonso V de Aragón cae prisionero de Génova 1436 Carlos VII recupera París *Compactata* de Jihlava: acuerdo con los husitas. Segismundo es reconocido nuevamente como rey de Bohemia Guerra de la Hansa contra Holanda y Dinamarca 1438 Pragmática sanción de Bourges, reorganización de la Iglesia francesa por Carlos VII El concilio de Basilea se traslada a Ferrara Alberto II de Habsburgo, emperador y rey de Hungría y de Bohemia (Alberto I) Muere Duarte I, rey de Portugal; le sucede Alfonso V 1439 Muere el emperador Alberto II El concilio de Ferrara se traslada a Florencia; los cardenales opuestos a Eugenio IV, que seguían reunidos en Basilea, deponen a este pontífice y eligen a Félix V El concilio de Ferrara acuerda la unión de las Iglesias romana y griega	1440 Federico III de Habsburgo, emperador Ladislao III Jagellón, rey de Polonia, accede al trono de Bohemia (Ladislao II) y de Hungría (Ladislao V) 1441 A la muerte de Blanca, reina de Navarra, se inicia la lucha por la sucesión entre su marido, el infante Juan de Aragón, y el hijo de ambos, Carlos, príncipe de Viana Tregua entre Milán y Venecia Juan Hunyadi, corregente de Hungría, derrota a los turcos en Semendria Cristóbal de Baviera, rey de Dinamarca y Suecia Acaba la guerra entre la Hansa y Holanda y Dinamarca 1442 Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón, entra en Nápoles Clausura del concilio de Ferrara-Florencia El ejército húngaro, dirigido por Juan Hunyadi, derrota a los turcos en Sibiu 1444 Treguas de Tours entre franceses e ingleses Génova: quiebra de la Casa de San Jorge Ladislao III, rey de Polonia, Bohemia y Hungría es derrotado y muerto por los turcos en Varna Ladislao VI el Póstumo rey de Hungría Muere san Bernardino de Siena Bernardo de Casimiro Jagellón	1445 Paz de Lodi entre Venecia y Milán El privado Álvaro de Luna y el rey Juan II vencen a los nobles en Olmedo Sentencia interlocutoria aprobada por Alfonso V de Aragón, que limita la servidumbre de los remensas 1446 Juan Hunyadi es nombrado regente único de Hungría 1447 Muere el pontífice Eugenio IV; le sucede Nicolás V Casimiro IV, hermano de Ladislao III, accede al trono polaco 1448 Los turcos derrotan a Juan Hunyadi en Kosovo Cristián de Oldemburgo, rey de Dinamarca, Suecia y Noruega 1449 Felix V, papa elegido por el concilio de Basilea, se somete a la Iglesia Carlos VII toma Ruán 1450 El ejército inglés es derrotado en Formigny; los franceses toman Cherburgo Francesco Sforza entra en Milán y es proclamado duque Sublevación de Jack Cade en Kent y Essex Alzamiento de los *hueis*, campesinos mallorquines Juan Gutenberg descubre en Maguncia el método para imprimir libros con tipos móviles de fundición metálica	EUROPA
1430 Los turcos ocupan definitivamente Tesalónica	1437 Juan VIII viaja a Italia, con el propósito de promover una cruzada contra los otomanos 1439 En el concilio de Ferrara se declara la unión de las dos Iglesias, gracias al acuerdo entre Juan VIII y el pontífice Eugenio IV, que predica la cruzada contra los turcos	1444 Los turcos derrotan en Varna la cruzada organizada por Ladislao III de Hungría y dirigida por el cardenal Cesarini, legado papal	1446 Los turcos invaden Morea, aunque mantienen como vasallo al déspota Constantino (futuro emperador Constantino XI), hermano de Juan VIII 1447 La peste aparece de nuevo en Constantinopla 1448 A la muerte de Juan VIII accede al trono su hermano Constantino XI 1449 Constantino XI es coronado en Mistra, capital de Morea	BIZANCIO
1430 Los otomanos conquistan Tesalónica, se acuerda la paz entre Venecia y Murat II 1434 Abū Amr 'Uthmān, califa de los hafsíes	1438 Yakmak, sultán de Egipto 1439 Murat II toma Semendria, la última capital del estado serbio, que es anexionada al Imperio otomano	1444 Murat II derrota al húngaro Juan Hunyadi en Zlatica Paz de Edirne con Hungría; se restaura Serbia como reino independiente y vasallo del sultán y se fija la frontera otomana en el Danubio Derrota en Varna de la cruzada europea contra los otomanos dirigida por Ladislao, rey de Hungría y Polonia	1448 Juan Hunyadi es derrotado y muerto en la segunda batalla de Kosovo	ISLAM
1430 El kanato de Crimea se escinde de la Horda de Oro 1433 Retorno de la última expedición de Zheng He	1436 Zhengtong, emperador de China 1439 Ashikaga no-Yoshinori extermina a los Ashikaga del Khanto, dirigidos por Mochiuji	1441 Asesinato de Ashikaga no-Yoshinori 1443 Shogunato de Ashikaga no-Yoshimasa e inicio de las luchas entre los grandes *shugo* (aristócratas) El reino del Mālwā se separa del sultanato de Delhi	1445 El kanato de Kazán se escinde de la Horda de Oro 1449 En China, los nómadas capturan al emperador Zhengtong	ASIA
1434 Zara Jacob, soberano de Etiopía. Reformador de la vida religiosa en su país, persigue implacablemente a los herejes; instituye una Cuaresma de 55 días, numerosas fiestas en honor de la Virgen y el arcángel san Miguel, etc.; deja escrita una obra de carácter filosófico y religioso	1435 Los tuaregs conquistan Tombouctou a Malí 1439 Una delegación de la Iglesia etíope participa en el sínodo de Florencia	c. 1444 Los portugueses alcanzan la costa Verde, el cabo Verde y la desembocadura del Senegal	1447 Los portugueses llegan a la desembocadura del Gambia y a la costa de lo que será la Guinea portuguesa	ÁFRICA
	1438 Coronación de Pachacuti (muerto en 1471), el noveno inca, que derrota a los chanca y lleva las fronteras del imperio hasta más allá del actual Perú	1440 En Tenochtitlán, toma el poder Moctezuma, quien organiza una triarquía con los principales vencedores de Maxtla. La conquista de los territorios de Michoacán y de los totonacas constituye el inicio de la construcción del Imperio azteca 1441 En Yucatán, una alianza de varios jefes maya-tollecas bajo la dirección de Ah Xupán Xiu conquista Mayapán. Fin del denominado Imperio Nuevo de los mayas	1446 Muere Itzcoatl, tlatoani de Tenochtitlán	AMÉRICA

GUILLERMO DE OCCAM

1290 Nace en el pequeño pueblo de Occam, en el condado de Surrey, al sur de Londres. Se desconocen los orígenes de Guillermo y existen al respecto numerosas tesis que se anulan entre sí. Hay acuerdo, sin embargo, en que pertenecía a una familia humilde de comerciantes.

1300 Inicia sus estudios en una escuela parroquial del condado de Surrey, regido por religiosos. Los planes de estudio de la época incluían el latín, la teología y las matemáticas.

1310 Guillermo de Occam ingresa en la orden de los franciscanos, fundada por los seguidores de san Francisco de Asís y santa Clara hacia 1209. Lo hace como *sine ullo apposito*, es decir, como fraile menor o "de observancia". En Inglaterra, la orden se mostró muy severa e intransigente en el problema de los votos de pobreza absoluta, y esta actitud es la que Guillermo de Occam mantendría más tarde en sus polémicas con diversos dignatarios de la Iglesia.

1311 Inicia estudios superiores en Oxford; los franciscanos habían fundado cuatro décadas antes un *ordo studens* destinado a los frailes menores. La orden franciscana vive un período de extraordinaria vitalidad intelectual y produce figuras como Thomas de York, Duns Scoto, Guillermo de la Mare, Roger Bacon y Salimbene; a este grupo se incorporaría muy pronto el joven Guillermo de Occam.

1319 Las radicales ideas filosóficas y teológicas de Guillermo de Occam, que retoman el nominalismo de Roscelino de Compiegne y lo llevan hasta sus últimas consecuencias, proporcionan una rápida y extensa fama al fraile franciscano, pero impiden que las autoridades de Oxford -temerosas de las censuras papales- le otorguen el título de maestro. De todas maneras, y en su carácter de "inceptor" (bachiller), comienza a comentar las célebres *Sentencias* de Pedro Lombardo. Las clases del filósofo Guillermo de Occam acrecientan la fama del pensador inglés y la difunden por toda Europa.

1324 En el marco de una creciente ruptura entre los franciscanos y el papa Juan XXII, Guillermo de Occam recibe la orden de comparecer ante un tribunal eclesiástico en la corte papal de Avignon.

1325 Comienza el examen de las tesis de Guillermo de Occam en el tribunal eclesiástico; el juicio, que duraría tres años, no llega a probar que el teólogo inglés haya incurrido en herejías, pero en nominalismo recibe la censura del tribunal. Como trasfondo, se agudiza la lucha del papa Juan XXII con el rey Luis IV de Baviera, aspirante a la corona de hierro del Imperio de Occidente.

1327 Censura oficial del nominalismo, por parte del tribunal eclesiástico que juzga a Guillermo de Occam. La disputa teológica se hace cada vez más terrena y conduce a un choque entre el papa y la orden de los franciscanos, a propósito del derecho a la propiedad. Los franciscanos se niegan a aceptar la propiedad de ningún bien y se muestran cada vez más partidarios de Luis de Baviera.

1328 Luis de Baviera mantiene entrevistas con el papa en Avignon, pero la ruptura es inevitable. La situación es tan tensa que el emperador se ve obligado a abandonar en secreto la corte papal; lo acompañan en su hui-

da Guillermo de Occam y el superior de la orden franciscana, Marsilio de Padua. Los prófugos se dirigen primero a Pisa.

1329 El papado decreta la excomunión de Guillermo de Occam, acusándole de cismático y de hereje. La medida es puramente formal, porque el poder terreno del papa ha disminuido considerablemente. Pero al mismo tiempo, Juan XXII lanza a la Inquisición contra los franciscanos, que siguen resistiéndose a adquirir la titularidad de posesiones muebles e inmuebles, basándose en las reglas de pobreza absoluta dictadas por el fundador de la orden.

1330 Los franciscanos emprenden contra el papa Juan XXII un juicio en el que lo acusan de prevaricación y simonía, entre otros graves delitos. La audaz medida socava los cimientos de la autoridad papal, y la corte de Avignon entra en un agudo período de disolución y corruptela.

1331 Guillermo de Occam, llamado por Luis IV de Baviera, se establece en Munich. Comienza el más fecundo período de la vida del filósofo y teólogo, que emprende la redacción de sus grandes obras, entre ellas el *Scriptum in librum unum. Sententiarum, prologus et distinctio 1ª*, y los *Quodlibeta septem*. Al mismo tiempo, mantiene una larga polémica con los papas Juan XXII y Clemente VI; muchos aspectos de esa polémica serían reunidos luego en una de sus obras más famosas, la titulada *Opera política*.

1334 Muere en Avignon Juan XXII, pero la situación de Guillermo de Occam en relación a la Iglesia no cambia: la excomunión se mantiene con toda su fuerza. El teólogo exiliado en Munich prosigue su polémica contra el papado y su apasionada defensa de los principios de la orden franciscana. Esta vez, el objeto de sus ataques es el papa Benedicto XII.

1337 El occamismo se ha extendido ya a todas las universidades europeas. De este año parece datar la redacción del tratado sobre *Principios de teología*, que resume los aspectos básicos de la doctrina nominalista. Guillermo de Occam, siempre bajo la protección del Imperio, sigue elaborando su obra teológica y filosófica.

1347 La muerte de Luis IV de Baviera permite que Carlos IV de Luxemburgo llegue a ostentar la corona de hierro, con el apoyo del papa Clemente VI. La situación de Guillermo de Occam en Munich parece haber empeorado, pero el nuevo emperador, que deseaba librarse de la tutela pontificia, no interviene contra el filósofo inglés.

1349 Muere Guillermo de Occam en Munich: en su lecho de muerte lo acompañan sus hermanos de la orden de los franciscanos. Sus obras quedan al cuidado de la orden, mientras sus principales discípulos siguen divulgando el nominalismo en todas las universidades de Europa.

PRINCIPIOS DE TEOLOGÍA

El nominalismo afirma que un concepto universal no constituye una entidad real ni tampoco está presente en las entidades reales. Así, la palabra hombre no consigue abarcar las características de un individuo preciso (su historia biológica, moral, intelectual; aquella que lo hace propiamente un individuo) y es apenas una indicación respecto del género al que pertenece. Para el nominalismo extremo, que Guillermo de Occam representa como nadie

en el siglo XIV, los conceptos universales son apenas una palabra, una mera *flatus vocis*.

El filósofo inglés afirma que los conceptos universales no son previos a la cosa (*ante rem*), como creen los realistas o los platónicos; pero tampoco están en la cosa (*in re*), como trataba de probar el aristotelismo. Para Occam sólo son reales los entes particulares.

Admitir los conceptos universales como previamente existentes en la mente, en el plan de Dios, constituye, de algún modo, una limitación de la omnipotencia divina; admitir que existen conceptos universales en las cosas supone que las cosas tienen o son susceptibles de poseer ideas o modelos endógenos, con lo cual también quedaría limitada la omnipotencia divina.

El único papel que Occam atribuye a los conceptos universales es el de indicar un conjunto indeterminado de seres individuales: así, la palabra rosa constituye sólo un signo verbal acerca de una gran variedad de seres individuales, con los que no tiene ninguna semejanza. Este espacio vacío que queda entre el hombre y la cosa nombrada sólo puede ser llenado, de acuerdo con el nominalismo extremo, por el conocimiento sensitivo, por la intuición, que en Occam no es sólo subjetiva, sino también producto de un trabajo intelectual.

El tratado sobre *Principios de teología* sintetiza con precisión las ideas filosóficas, políticas y teológicas de Guillermo de Occam. Sin embargo, el medievalista francés Louis Baudry, una de las mayores autoridades contemporáneas en el pensamiento del siglo XIV, duda de que el tratado haya sido escrito por el filósofo inglés; y en esto, Baudry tiene una numerosa corte de seguidores. Es cierto que todas y cada una de las 243 conclusiones que componen el libro se encuentran, y muy a menudo de manera textual, en otras obras de Guillermo de Occam. Pero Baudry cree que el tratado fue escrito por alguien que vivió en la intimidad del filósofo y que conocía de una manera profunda y extensa su obra; este escritor anónimo se propuso -y en gran parte lo consiguió- sintetizar en un solo y breve tomo el complejo de Occam.

A pesar del considerable peso que tiene la autoridad científica de Baudry, son, sin embargo, numerosos los especialistas en filosofía medieval que siguen atribuyendo a Occam la redacción del tratado. Todo indica que la discusión se mantendrá viva durante mucho tiempo.

En realidad, el tratado contiene menos conclusiones puramente teológicas que lo que el título indica. En cambio, constituye una profundización orgánica en la exposición filosófica del nominalismo. Aquí, Guillermo de Occam representa una de las tendencias más radicales, de las que, durante gran parte de la Edad Media, debatieron encarnizadamente el problema de los conceptos universales. Para el filósofo inglés, se trata sobre todo de defender el concepto de omnipotencia divina.

Ya en las primeras páginas del tratado, el filósofo inglés reconoce que la omnipotencia de Dios no puede ser demostrada por medios racionales: sólo puede ser admitida o reconocida por la fe. Por otra parte, Guillermo de Occam niega que exista una conexión necesaria entre las cosas y los hechos, dado que tal conexión haría innecesario a Dios.

Desde el punto de vista de la metafísi-

ca, Guillermo de Occam afirma que el ser es unívoco (véase, en el tratado, la conclusión Sobre la univocidad del concepto de ente): el ser de Dios y el ser de sus criaturas puede ser predicado, a pesar de la radical disimilitud que los caracteriza. Aquí, Occam se libera de todos los posibles residuos de realismo metafísico, y aparece en la filosofía medieval como un tercer camino entre las doctrinas de Santo Tomás de Aquino y las de Duns Scoto.

Otro de los aspectos esenciales del pensamiento de Occam aparece en el capítulo titulado *De la distinción de las ciencias*. Para el filósofo inglés, existen una ciencia real y una ciencia racional; la primera se ocupa de las cosas reales (es decir, de las individualidades); la segunda trata de establecer vínculos abstractos entre esas cosas reales, por medio de demostraciones lógicas. En ese sentido, la doctrina del conocimiento de Occam ofrece una extraordinaria similitud con la que, siglos más tarde, caracterizaría a ciertas tendencias del empirismo y del positivismo; ambas escuelas distinguen radicalmente entre "hechos" y "puras relaciones".

De manera paradójica, el tratado sobre *Principios de teología* establece, por primera vez en la Edad Media, una distinción tajante entre filosofía y teología. Todo parece indicar que esta laicización del pensar no figuraba en los planes de Occam. También en su actuación política, el filósofo inglés tuvo una actuación cuyos resultados pertenecen al reino de la paradoja. Occam se opuso, en nombre del espiritualismo franciscano, a que el papado interviniera en la política terrena. Pero con esto sólo consiguió proporcionar argumentos al poder político en su intento de liberarse de la tutela papal.

Occam establece de manera taxativa que "la teología no es una ciencia" para salvar a esta disciplina de las especulaciones racionalistas; pero lo que consigue es regalar al escepticismo el ancho terreno de la filosofía, mientras que la disciplina teológica llega al huerto cerrado del fideísmo: las proposiciones teológicas adquieren su verdad por la fe y, dado que las premisas son verdaderas, llevan inevitablemente a la verdad.

La originalidad, el carácter estimulante que ha demostrado poseer el pensamiento de Guillermo de Occam, radican en una conjugación de tres elementos: la aguda crítica a que somete la razón y el realismo metafísico; la elevación de la fe a una categoría suprema, y la valorización del conocimiento sensitivo, que abre paso al empirismo más estricto.

Una de las características salientes del tratado sobre *Principios de teología* consiste en que, en él, el pensamiento del filósofo inglés aparece despojado de argumentaciones puramente contingentes. En el resto de su obra, la especulación filosófica se ve a menudo interrumpida por sus interminables disputas con los pontífices o por sus tomas de posición a favor o en contra de determinados representantes del poder.

En el tratado, los elementos más originales de la doctrina de Occam aparecen organizados con una inocultable finalidad polémica, es cierto. Pero en este caso se trata de una polémica trascendente: en ella, Guillermo de Occam levanta la bandera de la fe contra el racionalismo greco-árabe, que a su juicio amenazaba con corromper la concepción cristiana acerca de la libre creación divina y de las verdades reveladas: la existencia de un Dios único, la inmortalidad del alma, la redención. Los enemigos concretos del filósofo inglés son el racionalismo y el realismo, y contra ellos dirige su estricta, elaboradísima argumentación lógica.

EL AUTOR EN EL TIEMPO

ANTECEDENTES. El nominalismo, que alcanzaría con Guillermo de Occam su expresión más radical, tiene sus primeros antecedentes en algunas tendencias de la filosofía griega antigua. Así, no pocos escépticos podrían ser considerados precursores del nominalismo, y entre los estoicos y los epicúreos primitivos aparecen elementos que luego, durante la Edad Media, caracterizarían a los seguidores de Occam. Sin embargo, el verdadero fundador de la doctrina nominalista es Ros-celino de Compiegne (c. 1050-C. 1120), para quien el trabajo intelectual no sería otra cosa que el lenguaje verbal interiorizado, tan lejano de lo real como la palabra de la cosa que nombra. Las obras del monje francés se han perdido, pero lo fundamental de su doctrina pervivió a través de sus herederos: Juan de Salisbury (c. 1115-C. 1180), san Anselmo (1033-1109) y Abelardo (1079-1142).

Durante largo tiempo, tras la muerte de Roscelino de Compiegne, el nominalismo ocupó un lugar estrictamente marginal en el pensamiento europeo. El continente aparecía en esa época recorrido por el aire vivificador de la sabiduría griega, que había llegado de la mano de sus intérpretes árabes. La corriente de pensamiento según la cual los conceptos universales del entendimiento no constituyen algo real, sino una mera apelación vacua a los seres individuales que creen aprender, se convirtió en una especie de río subterráneo, que volvió a salir a la luz a través del pensamiento de Lombardo (1100-1160), llamado "el maestro de las Sentencias". La tradición filosófica inglesa, que había resistido empecinadamente la invasión de las doctrinas emanadas de Aristóteles y los otros clásicos griegos, hizo de Oxford su centro. En la vieja universidad inglesa, la línea agustiniana de la Iglesia encontró un terreno abonado y permitió el desarrollo de tendencias que, aunque minoritarias, se mantuvieron firmes ante el aluvión tomista.

Guillermo de Occam era ya un nominalista convencido cuando, en 1319, comenzó a dictar en la universidad de Oxford sus comentarios sobre las Sentencias del padre Lombardo. Existen indicios bastante elocuentes de que el nominalismo de Occam era lo suficientemente radical como para causarle problemas con las autoridades académicas de Oxford. Éstas, temerosas de incurrir en las iras pontificias (o en las de la Inquisición), no otorgaron a Guillermo de Occam el título de maestro. De manera que el filósofo debió enseñar, durante los años que duró su permanencia en Oxford, en su calidad de bachiller o "inceptor". Todo parece indicar que en sus años de alumno y luego en su época de profesor, Guillermo de Occam señaló que sus doctrinas procedían de Roscelino y del padre Lombardo; esas referencias se mantienen en su obra de madurez, cuando, tras su azaro-sa etapa de enfrentamientos con el papa, se refugió en Munich bajo el amparo de Luis IV de Baviera.

SU ÉPOCA. Toda la vida de Guillermo de Occam transcurrió bajo el signo del enfrentamiento entre la Iglesia y el Imperio. A partir de 1252, cuando el congreso de electores reunido en Brunswick rebatió las doctrinas de Inocencio III, que hacían depender la adquisición de los derechos imperiales de la aprobación de Roma, la consagración por parte del papa era apenas un título más para los emperadores. En el plano político, Guillermo de Occam adoptó, como casi todos los miem-

bros de la orden franciscana, el partido de los espiritualistas, opuesto al papa. En la superficie, la ruptura se produjo a raíz de la vidriosa cuestión de las propiedades eclesiásticas. Los espiritualistas, aferrados a las disposiciones fundacionales dictadas por san Francisco de Asís, se negaban a aceptar cualquier forma de propiedad para su orden. El papa Juan XXII encontró esta actitud lo suficientemente provocadora como para someter a los espiritualistas a los rigores de la Inquisición: por esa época, una de las principales preocupaciones del papa consistía en reunir bajo su administración los desperdigados bienes de la Iglesia en todo el orbe cristiano. De manera que la disputa entre el papado y la orden de san Francisco, en la que Guillermo de Occam tendría una intervención protagónica, no se reducía al campo de la teología, sino que abarcaba también los intereses políticos más terrenales de los contendientes. Las sutilezas de las argumentaciones teológicas no consiguieron enmascarar durante mucho tiempo el verdadero carácter del enfrentamiento, que se desarrollaba a todo lo ancho de la Europa feudal.

Aunque teóricamente el emperador tenía a su cargo la protección de toda la cristiandad, sus recursos eran mediocres y no conseguía ni siquiera imponer la paz pública en sus territorios. Por su parte, el papado, sumido en el desprestigio a partir de la querella de las investiduras (1059-1122) y del período llamado del Gran interregno (1250-1273), tenía dificultades para imponer sus criterios a las órdenes. De esta situación surgía la libertad de que gozaban los franciscanos, y en ella se basó el gran período del florecimiento intelectual de la orden.

En el momento en que Guillermo de Occam fue llamado perentoriamente a Avignon, el papa intentaba mantener el carácter legitimador de la Iglesia respecto al Imperio; las luchas entre Federico de Austria y Luis de Baviera, aspirantes a la corona de hierro del Sacro Imperio Romano Germánico, no mejoraban la situación del pontífice. Tanto Federico como Luis veían en la Iglesia una aliada molesta, a la que, una vez resuelto el conflicto, habría que imponer límites severos. No puede extrañar que Occam tomara partido por Luis de Baviera: había visto cómo Juan XXII perseguía a su orden y había sufrido en carne propia la humillación de ver juzgadas sus doctrinas por teólogos menores. Un año después de huir de la corte de Avignon, Guillermo de Occam fue excomulgado y sus doctrinas declaradas heréticas. Pero, desde su exilio en Munich, el teólogo inglés pudo ver cómo su doctrina nominalista se extendía a todas las universidades europeas, donde ganaba multitud de adeptos.

Influencia posterior. Para Jacques Maritain, la doctrina nominalista tiene una clara continuidad en numerosas tendencias de la filosofía moderna. Para el pensador católico francés, son nominalistas tanto el neokantismo como el neopositivismo, el idealismo y el pragmatismo. No hay dudas de que una afirmación tan rotunda constituye algo más que un recurso retórico destinado a subrayar la importancia que el nominalismo ha tenido en la historia de las ideas de Occidente. Pero, de todas maneras, también es claro que la afirmación de Maritain necesita ser matizada y, en algunos aspectos, precisada: fenómenos tan complejos y multiformes como el neokantismo o el positivismo ochocentista no permiten demasiadas libertades generalizadoras.

Lo cierto es que hoy parece poco arriesgado afirmar que las características centrales del nominalismo reaparecen en el empirismo

inglés de los siglos XVII y XVIII; en el positivismo del siglo XVIII en Inglaterra, y en las filosofías analíticas del siglo XX.

A partir de la muerte de Guillermo de Occam y durante el resto de la Edad Media, el nominalismo ocupó en la cultura occidental un lugar semejante al que ocupaban el tomismo o el escotismo. La condena papal y la excomunión de Occam no impidieron en absoluto la difusión y la pervivencia de sus ideas.

Algunos hitos importantes en la continuidad de las doctrinas de Occam son las obras del francés Pierre Maupertuis (1698-1759), las del alemán Ernst Mach (1838-1916) y las del inglés C. Lloyd Morgan (1852-1936). Pero, en lo fundamental, el nominalismo aparece vivo y actuante en las doctrinas de Thomas Hobbes (1588-1679), George Berkeley (1685-1753) y Ettienne de Condillac (1715-1780). Para que el nominalismo sobreviviera a las tormentas y a los cismas de la Edad Media, resultó imprescindible la obra de los pensadores franciscanos y algunos discípulos directos de Guillermo de Occam, entre los que destacan Juan de Mirecourt, Nicolás de Outrecourt, Alberto de Sajonia, Nicolás de Oresme y, sobre todo, Juan Buridán (1300-1358), que fue rector de la universidad de París y llevó el nominalismo al plano de la libertad psicológica.

No menos importante en la conservación y revitalización del pensamiento de Occam es el trabajo del teólogo alemán Gabriel Biel (1418-1495), que ejerció una considerable influencia sobre Martín Lutero.

Fuente: Guillermo de Occam, *Principios de teología*, pp. 1-20.

ACTA DE FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CRACOVIA

En el nombre del Señor, Amén. Logre aceptación de crédito y goce de un mayor y firme apoyo aquello que, por beneplácito de la real magnificencia, es decir, por eximia devoción y pureza de la fe, se ordena con piadosos y favorables afectos al provecho de los súbditos y a la salud de la humana condición. Ningún valor, en verdad tiene lo que se estatuye, si las cosas estatuidas no son observadas con una diligencia amplia. Por tanto, nos, Casimiro, por gracia de Dios rey de Polonia y de las tierras de Cracovia, Sandomiria, Syradia, Lancicia, Cuyavia, Pomorania y señor y heredero de Rusia, aunque lo ansiamos con ferviente deseo nos vemos obligados, como por un deber, a cuidar que se extienda la utilidad y todo el progreso de la condición humana; velando, además por cosas mejores que no dudamos serán benéficas a los clérigos y súbditos de nuestro reino, decidimos que se nombre, elija, establezca y organice en Cracovia, nuestra ciudad, un lugar donde florezca un estudio general con todas las facultades permitidas; y queremos que de aquí en adelante, por la duración de los tiempos futuros, exista en atención a estos escritos. Y que haya ahí un tesoro de ciencias vigorosas, para que produzca varones conspicuos por la madurez de su juicio, coronados con los adornos de las virtudes y eruditos en las diversas facultades; y surja allí una fuente manantial de doctrinas, de cuya plenitud saquen todos aquellos que deseen empaparse en las enseñanzas literarias.

A esta ciudad concurran, pues, libre y

seguramente todos los que ansíen alcanzar el tesoro de una ciencia tal, no sólo los habitantes de nuestro reino y de las regiones circunvecinas, sino también de las diversas partes del mundo. A todos los cuales y a cada uno prometemos, y de buena fe ofrecemos, mantener irrefragablemente y observar los artículos incluidos en el presente manuscrito. En efecto, para los rectores de la universidad, doctores, maestros, estudiantes, amanuenses, estacionarios y bedeles, y a cualesquiera familiares suyos, que se hayan transportado por razón del estudio a la predicha ciudad y establezcan ahí mismo su morada, para todos queremos ser un señor dispuesto a favorecer: a ellos mismos y a cualesquiera de los suyos queremos conservar, defender con empeño y proteger en sus derechos, privilegios, libertades y estatutos, así como en todas las otras costumbres que son mantenidas y observadas en los estudios generales de Bolonia y Padua.

Et primo, que al venir al estudio, o al volver de él, no tengan que pagar ningún pasaje, peaje o tributo o alquiler en todos y cada uno de los pasos, puentes, castillos y custodias instalados por nuestro reino entero, sino que por todos ellos deban pasar libres y seguros con sus cosas, a saber, caballos, libros, vestidos, vituallas, dineros y ajuares de casa. Igualmente, si los padres o los amigos quisieran preparar a alguno de los estudiantes una provisión de comidas y bebidas cualesquiera, que puedan pasarlas libremente a la predicha ciudad de Cracovia sin ninguna exigencia de tributo; y que tampoco deban ser impedidos en alguna forma por los comerciantes o por otros, sean quienes fuesen.

Ítem, si alguno de los estudiantes se hubiere procurado fuera de la tierra de Cracovia una provisión de trigo, harina, legumbres, cerveza de tres meses, vino o leños, que todo esto y cada cosa pueda pasar libremente por agua o por tierra, sin pago de tributo y sin décimo de leños. Y que los panaderos al hornear el pan a los estudiantes, y los molineros al moler los granos de ellos, no se atrevan a exigirles más de lo que los ciudadanos de la predicha ciudad les acostumbran pagar.

Ítem, lo que no suceda, si alguno de los estudiantes, o un familiar suyo, hubiere sido despojado por nuestros súbditos de sus caballos, dineros y cosas, pública u ocultamente dentro de los límites de nuestro reino, al punto, después de que el estudiante se hubiere quejado ante nosotros de esto, nos obligaremos a restituir el daño, a buscar al malhechor y a obrar con él según dictare el orden de derecho. Si el mismo estudiante o su mensajero fuere despojado dentro de los límites de nuestro reino por extraños y no por súbditos nuestros, no estaremos obligados a la restitución de los daños en la forma prevista; pero prometemos interceder localmente ante los príncipes vecinos, donde los predichos malhechores residan, para que sean recuperadas sus cosas.

Además, desde ahora disponemos las escuelas debidas para enseñar el derecho canónico o el civil, las artes médicas o las liberales; asignamos los hospedajes convenientes para los doctores, maestros, estudiantes, amanuenses, estacionarios y bedeles, y desde luego prescribimos que sean tasados por dos ciudadanos y dos estudiantes, y que la misma tasa nunca aumente en un mayor pago. Si acaso en el curso del tiempo estos hospedajes se deterioraren, sus dueños estarán obligados todos los años a repararlos de su propio peculio; en caso contrario, el estudiante, u otro de los nombrados que habiten aquella casa, hecha antes la notificación al dueño

principal de la pensión de la casa, podrá restaurarla, no siendo obstáculo la oposición de nadie. Y si acaso, una misma casa, señalada para estudiar en la forma que antecede, la ocupare alguien, y un estudiante la quisiera tener por la pensión establecida, inmediatamente tal inquilino, pagada la pensión según cálculo del tiempo, estará obligado a salir de la casa y a entregarla libremente al estudiante.

Ítem, queremos que los estudiantes tengan su propio rector, que haya de juzgarlos en las causas civiles y tenga jurisdicción ordinaria sobre todos los que, con motivo del estudio, establezcan su morada en la ciudad Cracoviense: todos estén obligados a jurarle obediencia. Y que ninguno se atreva jamás a citar un doctor, maestro, estudiante, bedel o estacionario, en las mismas causas civiles, ni en otra parte delante de cualquier juez eclesiástico o secular, bajo pena de 10 marcas de gruesos de Praga, en que incurrirá ipso facto el que así obre, y que se aplicará al fisco de los estudiantes. Pues es voluntad nuestra que nadie pueda apelar de la sentencia del rector predicho, o suplicar o pedir la restitución íntegra; y si hubiere apelado, que no se reciba su apelación, ni sea oído el apelante por algún juez eclesiástico o secular, sino que la sentencia del rector sea firmemente observada en sus cláusulas. Pero, con todo, si tal vez se arguyese de nulidad e injusticia, que por los conciliarios de la Universidad sea conocida esa sentencia respecto a sus alcances y justicia.

Además, que el rector predicho tenga facultades para juzgar a todos sus estudiantes en las causas criminales leves, como la injuria digna de ser castigada con azotes; juzgue también al estudiante que por razón del estudio establezca su morada en la ciudad de Cracovia y lesione a alguien, descabellándolo o golpeándolo con la palma o el puño, hasta la efusión de sangre. Y que por esta causa los mismos estudiantes, o sus esclavos y sirvientes, no sean llevados a tribunales extraños. Mas si, lo que no suceda, un estudiante u otro de los nombrados fuere sorprendido públicamente en robo, adulterio o estupro, homicidio o algún crimen capital, el conocimiento de éstos no pertenezca al rector, sino que inmediatamente, si fuere clérigo, sea remitido al tribunal episcopal, pero, si laico, quede sujeto a nuestro tribunal. Pues cuando un laico, estudiante, bedel, estacionario o familiar suyo, fuere acusado del crimen de homicidio, adulterio, mutilación de miembros o herida mortal, así como de cualquier exceso negando, desde ese momento el acusado deberá juzgarse, no según las costumbres o estatutos de su patria, sino conforme a las leyes vigentes, por nosotros o por un juez señalado. Lo cual no será obstáculo para permitirle el acceso a la exculpación, que del crimen imputado se haga, merced a las testificaciones de hombres buenos.

Ítem, en el caso de que el mismo estudiante, o alguno de los predichos, fuere inculpado de cualquier crimen, ya grande ya pequeño, o de algún exceso, ninguno se atreva a aprehenderlo o detenerlo, a menos que sea con el personal del rector y con una licencia o requisitoria especial del mismo. Y esto para que no se trastorne indebidamente la situación de los inocentes bajo el pretexto de un acusador.

Ítem, si el rector, procediendo contra al-guno justamente conforme a su jurisdicción y según determinan sus propios estatutos, lo privare del estudio y de su privilegio, a requisitoria del rector, ese tal así privado y expúlsese inmediatamente de ambas ciuda-

des, Cracoviense y Casimiriense, por los abogados y ciudadanos; y que ninguno se atreva acogerlo en su hospedaje u ose venderle algo, darle o proporcionarle comida o bebida. Pero, si un estudiante u otro de los antes dichos no obedeciere con eficacia la sentencia y mandato del rector, y fuere rebelde a su rector, a requisitoria del mismo, los abogados de ambas ciudades tendrán la obligación de enviar su personal para someter la pertinencia del tal rebelde.

Ítem, desde ahora señalamos un salario a las cátedras inscritas, a saber, a la cátedra de decretos con 40 marcas de plata anualmente, a la cátedra de decretales con otras tantas, a la cátedra de la clementinas de Sixto con veinte marcas.

Ítem, proveemos al lector del códice de las leyes con 40 marcas de plata, al lector de infortiato con otras tantas, y al lector de volumen con 20 marcas. De parecida manera para el año siguiente proveemos, según la costumbre del estudio legal, a cada uno de los lectores del digesto viejo y nuevo con 40 marcas. Para cada uno de los dos maestros lectores de física ordenamos un salario de 20 marcas anualmente. Al maestro en artes damos la lección de la bienaventurada Virgen y le señalamos 10 marcas de renta; y al rector de la Universidad proveemos con 10 marcas como salario por sus labores, tal como es usual en otros estudios. Salarios que por cierto desde ahora ponemos a cuenta de nuestra mina de sal en Weliczca, de manera que nuestro intendente está obligado a presentar en Cracovia los salarios predichos para los doctores y maestros que lean en las cuatro estaciones.

Ítem, para los predichos estudiantes dispondremos en la ciudad de Cracovia un cambista o banquero, que tenga caudal suficiente para que en sus necesidades les preste sobre bienes empeñables, y que no exija por su servicio más que un grueso por cada marca dentro del mes.

Ítem, que para las predichas cátedras asalariadas sean elegidos doctores y maestros por los estudiantes de aquella facultad en la que deba ser designado un doctor o maestro. Pero, en el caso de que los estudiantes estuviesen en desacuerdo al elegir, sea electo aquel que fuere nombrado por la mayoría, el cual se presentará ante nosotros, si estuviésemos presentes, o, en otro caso, ante nuestro comisario que a este propósito señalaremos; y el elegido por nosotros o por él permanezca en la cátedra.

Ítem, que nunca pueda ser elegido para rector algún doctor o maestro; ni un estudiante, que esté como rector, al tiempo de su rectorado de ningún modo sea admitido en el examen de cualquier facultad.

Establecemos también que, cuantas veces sucediere que los doctores o maestros presenten para examen privado, en la forma que se acostumbra, a algunos estudiantes de cualquier facultad, nuestro canciller cracoviense, que entonces lo sea, tenga sobre ellos, como el más alto, potestad omnímoda para aprobar tal examen.

Ítem, que el señor obispo de Cracovia deba tomar a sueldo, en la forma acostumbrada, un ministro suyo en la misma ciudad cracoviense, para que los estudiantes tengan el ejercicio del estudio y pasen de las lecciones a la práctica, adquiriendo así la audacia de discutir.

Y para que todas y cada una de las co-

sas expresadas arriba adquieran una solidez constante y firme, mandamos que el presente privilegio quede inscrito y se refuerce con la protección de nuestro sello.

Efectuado en Cracovia, el día de pentecostés, el año del Señor 1364, ante la presencia de los palatinos Andrés de Cracovia y Juan de Sandomiria; de los castellanos Wilczcone de Sandomiria, Dobeslao Wysliciense, y Pedro Woynicense; del cancelario Floriano de Lancia y de muchos otros nobles dignos de fe. Dado por las manos del venerable varón don Juan, decano y cancelario nuestro de Cracovia, doctor en decretos. Y escrito por Jacobo de Ossawa, notario de nuestra curia real.

Fuente: *Homenaje a la universidad de Cracovia en su sexto centenario*, pp. 13-18.

NICOLÁS MAQUIAVELO

1469 El 3 de mayo nace en Florencia Nicolás. Su familia, una de las más prominentes de la ciudad, había venido a menos hasta el punto de ser declarada insolvente. Es por ello que la formación de Maquiavelo -dentro del desconocimiento casi total que hay acerca de su infancia y juventud- fue sustancialmente autodidacta.

1492 Muere Lorenzo de Médicis, llamado el *Magnífico*. Savonarola inicia sus predicaciones contra la corrupción.

1494 Los Médicis son expulsados de Florencia. Se instaura la república inspirada por Savonarola. Según algunos historiadores, Maquiavelo habría ingresado en este año en la cancillería florentina, pero este hecho no ha podido ser probado documentalmente.

1498 Savonarola es derrocado y ejecutado por hereje. Maquiavelo, hasta entonces un desconocido, es designado, pese a su juventud, secretario de la segunda cancillería de la república de Florencia.

1500 Realiza su primera misión diplomática de importancia viajando a la corte del rey Luis XII de Francia.

1502 Contrae matrimonio con Marietta Corsini. A partir de este año, Maquiavelo, mano derecha del nuevo gonfaloniero de la república Pier Soderini, se encargará de los asuntos exteriores y de la defensa de la república. A finales de este año estalla una revuelta de capitanes contra César Borgia -a quien Maquiavelo ha conocido en la corte de Urbino- y que es rápidamente sofocada. Ello dará lugar a uno de los primeros trabajos de Maquiavelo, la Descripción de cómo mató el duque de Valentinois a Vittellozzo Vitelle, a Oliverotto da Fermo, al señor Pagolo y al duque de Gravina Orsini, obra en la que se pone de relieve la admiración del secretario florentino por los métodos de gobierno de César Borgia, duque de Valentinois, el futuro modelo de "nuevo príncipe".

1503 Redacta *Cómo hay que tratar a los pueblos de la Valdichiana sublevados*. Tras la muerte de los papas Alejandro VI, padre de César Borgia, y Pío III, Maquiavelo acude a Roma, donde permanece hasta que finaliza el cónclave del que saldrá elegido el papa Julio II, enemigo declarado de los Borgia.

1506 Es nombrado secretario del consejo de los Nueve, órgano destinado a controlar las

milicias florentinas que el mismo Maquiavelo ha organizado a fin de suprimir el concurso de tropas mercenarias para la defensa del Estado. Inicia la redacción de una obra poética: las *Decenales*.

1508 Estancia de varios meses en Alemania, en la corte del emperador Maximiliano I, con el objeto de impedir que Alemania invada a Italia. A su regreso escribe *Descripción de las cosas de Alemania*.

1509 Maquiavelo toma parte, al frente de su milicia, en la reconquista de la ciudad de Pisa. Concluye las Decenales.

1510 Misión diplomática en Francia. Maquiavelo intenta, infructuosamente, que Luis XII haga las paces con el papa Julio II a fin de resguardar la posición neutral de Florencia. Redacta la *Descripción de las cosas de Francia*.

1511 A fin de impedir la celebración del Concilio cismático de Pisa, Maquiavelo viaja de nuevo a Francia. Se crea la Santa Liga entre los Estados Pontificios, Venecia y España con el objeto de debilitar la hegemonía francesa en Italia.

1512 Las tropas españolas, tras vencer a las florentinas en Prato, propician el retorno de los Médicis a Florencia. Maquiavelo es alejado del poder.

1513 Acusado injustamente de conspiración, es torturado y encarcelado. Aunque al cabo de unos meses es puesto en libertad, se le somete al destierro de la ciudad de Florencia por espacio de un año. En la más extrema pobreza, Maquiavelo se retira a su propiedad de San Casciano, donde inicia la redacción de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, que interrumpe para escribir en unos meses *El Príncipe*. Ambas obras encierran gran parte del pensamiento político del secretario florentino.

1516 Empieza a redactar la tercera de sus grandes obras, *Sobre el arte de la guerra*, al tiempo que escribe los poemas que al año siguiente dará a conocer en el volumen *El asno de oro*.

1519 Concluye los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Muere Lorenzo de Médicis, a quien Maquiavelo había dedicado *El Príncipe*.

1520 El gobierno de Florencia pasa a manos del cardenal Julio de Médicis, quien nombra a Maquiavelo historiógrafo oficial. Éste concluye *Sobre el arte de la guerra*, el ensayo *Vida de Castruccio Castracani de Lucca* y su comedia *La mandrágora*.

1521 Comienza a trabajar en sus *Historias florentinas*. Inicia su correspondencia con Francesco Guicciardini.

1525 Concluye ocho volúmenes de las *Historias florentinas*, así como la comedia *Clizia*. El papa Clemente VII (Julio de Médicis) le anima a proseguir sus estudios sobre el pasado de Florencia.

1526 Es nombrado secretario de los Cinque Provveditori Alle Mura, consejo encargado de supervisar las fortificaciones de la ciudad. Al invadir las tropas de Carlos V el Milanesado, se traslada a Roma y permanece al lado de Guicciardini, lugarteniente de las tropas de la Santa Sede.

1527 Al producirse el saco de Roma por parte de las tropas imperiales, regresa a

Florencia, donde los Médicis han sido expulsados por segunda vez. Maquiavelo aspira a recuperar su cargo de secretario en la nueva república, pero se le cierra el paso debido a las relaciones que ha mantenido con los Médicis. Profundamente decepcionado, cae enfermo y muere el 21 de junio en Florencia.

1549 Póstumamente, se edita por primera vez una novela corta, satírica, con el título de *Belfagor archidiablo*.

EL PRÍNCIPE

En el verano de 1513, Maquiavelo, en su obligado retiro de San Casciano, interrumpió la redacción de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, para consagrarse a la composición de un tratado de teoría política, que inicialmente designó con el nombre de *De principatibus* y que ha pasado a la posteridad (a partir de la primera edición póstuma conocida, que es de 1532) con el título de *El Príncipe*. Con esta obra Maquiavelo intentó, por un lado, congraciarse con los Médicis, que acababan de recuperar el poder en Florencia, y, por otro, persiguió un objetivo político de más largo alcance: condensar su dilatada experiencia en las tareas del Estado en su opúsculo que pudiera serle útil a Lorenzo de Médicis, quien por su jovencísima edad (había nacido en 1492) bien podía llegar a encarnar el ideal de estadista que Maquiavelo propugnaba.

En esencia, lo que Maquiavelo expresó en su tratado fue la necesidad de crea un Estado nacional que unificara, bajo el mando de un príncipe, aquella Italia decadente de su tiempo, despedazada en pequeños estados feudales y, por lo mismo, dominada por las grandes potencias del momento, España y Francia. Esta unificación sólo era posible para el secretario florentino mediante la acción de una figura excepcional, un príncipe que por sus extraordinarias cualidades fuera capaz de construir una monarquía absoluta mediante una política fundada en la razón de Estado y en la que el fin justificara los medios. Para este modelo de príncipe, Maquiavelo se inspiró en dos personajes de su época: Fernando el *Católico*, que "de rey débil que era se ha convertido... en el primer rey de la Cristiandad" y, muy especialmente, César Borgia, quien habiendo conquistado un vasto poder en muy pocos años, se convirtió para Maquiavelo en la imagen más cercana, a pesar de su derrota, del estadista que podía redimir a Italia de su humillación.

Esta sumisión a la todopoderosa razón del Estado junto con la idea de que el fin justifica los medios, ha producido, al extrapolarse como elementos, una persistente deformación del pensamiento político de Maquiavelo, cuya riqueza y carácter progresivo planean muy por encima del cinismo adherido al adjetivo "maquiavélico", aplicado al hombre astuto que obtiene algo mediante la falsedad y el engaño.

En principio, Maquiavelo parte de una posición realista, no reconocida explícitamente por sus contemporáneos, y es la de una pesimista consideración de los hombres: la vida social está regida por las pasiones del poder, por el afán de dominio y de riqueza, por la búsqueda de la utilidad en provecho propio; la vida social tiene un carácter antagónico, están los que tienen y los que no tienen. El Estado introduce elementos de regulación de esta vida social; ahora bien, posee una lógica

propia distinta de la moral que regula la vida privada. En consecuencia, una teoría del poder ha de prescindir de la moral y, en general, de cualquier valor trascendente. Y como la naturaleza humana para Maquiavelo, como filósofo de la Historia, es siempre la misma -conforma una realidad sometida a una leyes rigurosas, cuyo mecanismo de funcionamiento es posible conocer-, la política ha de ser estudiada objetivamente, esto es, como ciencia.

Maquiavelo, así, no entra en consideraciones sobre los medios. Éstos están dados ahí, son históricos, y el Estado debe utilizarlos de la mano del príncipe, su instrumento. Se trata como mucho de racionalizar su aplicación. Es necesario, por ejemplo, que el Estado organice la violencia no mediante tropas mercenarias como ocurría en la Italia de principios del siglo XVI, sino a través de milicias autóctonas, que al reclutarse entre el campesinado robustezcan el tejido social acercando, como muy bien lo captó Gramsci, el campo a la ciudad. Y que, al mismo tiempo, este ejército de base nacional pueda enfrentarse a los elementos ociosos, es decir, feudales, y vencerlos.

Si *El Príncipe* ha podido ser considerado como la exposición perfecta de la técnica del poder -de cómo conseguirlo, conservarlo, acrecentarlo- es porque Maquiavelo cercenó la relación que la política mantenia en su tiempo con el teocratismo de base medieval que perduraba a través del poder temporal del Papado. Lo tan denostada razón del Estado subsume, en el pensamiento del secretario florentino, esos poderes feudales que, como el de la Iglesia, impedían la unificación de Italia y que invocaban para legitimarse su raigambre divina. El poder de Maquiavelo es absolutamente terrenal, no se justifica más que por sí mismo y es la expresión del Estado absoluto. La religión ha de someterse al poder del dicho Estado, pero sin perder su valor como elemento de cohesión social, al servicio de la organización del consentimiento. Esta valoración de lo religioso permite valorar la idea maquiavélica del poder como algo más que una fuerza al servicio de la tiranía. Como también comprender que esta función subsidiaria de lo religioso forma parte de la aguda comprensión que Maquiavelo tenía de la situación histórica de su tiempo, en una Italia en la que sólo la fuerza podía liberarla de la corrupción, de la decadencia en que se debatía.

Al independizar la política de la religión, al romper, en suma, con la tradición medieval teocrática que establecía su fin en una vida ultraterrena, Maquiavelo asigna una nueva misión a los individuos y a las naciones. La antigua teocracia es sustituida por la patria, la comunidad que cohesiona a los individuos, átomos perdidos fuera de ella. Las naciones, de manera similar a los individuos, tienen un papel histórico, pero envejecen y son reemplazadas en su misión por otras naciones. Este es el caso de la Italia en su tiempo. Ahora bien, como pensador renacentista, Maquiavelo considera que es posible una "resurrección" a fin de que pueda ser alcanzado el valor supremo de la gloria. El poder, en consecuencia, a través de los medios que pone en práctica, ha de orientarse hacia este supremo fin compendio de la duración en el tiempo y en el espacio de una nación.

Esta aptitud de una nación para las grandes empresas, que los italianos han tenido en la Antigüedad romana, se consigue por medio de la *virtù* (virtud), que es fuerza, energía, actividad que se transforma; en modo alguno humildad y resignación. En el nuevo

príncipe la virtù es voluntad de poder, capacidad para forjar un Estado. La vida política está regida por coyunturas que son imprevisibles, existe un azar en la Historia. Este conjunto de elementos que escapan de la voluntad humana es para Maquiavelo la fortuna. Pero ésta no la entiende al modo medieval, como rueda que gira de forma caprichosa, pues precisamente a través de la virtù la fortuna puede ser combatida, delimitada, reducida. Las leyes de la Historia no están reguladas por la fortuna, sino por la fuerza de las cosas, por una concatenación de causas y efectos producida por los movimientos de las pasiones y de los intereses que agitan a los hombres. De ahí que el príncipe tenga que saber manejar estos movimientos y de ahí, por lo tanto, que en la política se puedan llegar a dominar las causas que producen efectos. De ahí también, por último, que Maquiavelo concluya *El Príncipe* con unos versos de la Canzone all'Italia, de Petrarca, con la esperanza de que la *virtù* haga renacer el antiguo valor en el corazón de los italianos.

EL AUTOR EN EL TIEMPO

Antecedentes. Se ha afirmado que el pensamiento político de Maquiavelo es deudor del aristotelismo no ortodoxo que caló en algunos de los pensadores del Quattrocento italiano, sobre todo por lo que concierne a la idea ya apuntada de la naturaleza humana como una realidad explicable, sujeta a leyes. No obstante, el propio Maquiavelo afirmó en una ocasión no haber leído la Política de Aristóteles, pero ello no quita que, efectivamente, la absorción de elementos aristotélicos en su pensamiento procediera de otras vías. Pues, de un modo general, puede afirmarse que los antecedentes culturales de Maquiavelo no se encuentran en la Edad Media, sino, como hombre del Renacimiento, en la Antigüedad clásica y, dentro de ello, más en la romana que en la griega. Tito Livio, Tácito; en menor medida Salustio, Plutarco, Séneca, Virgilio, son algunos de los autores que ayudaron a conformar el pensamiento del secretario florentino, forjado, esencialmente, a través de la práctica política.

Ahora bien, la formación política e histórica de Maquiavelo es inseparable de su formación literaria. Al igual que Dante, el autor de *El Príncipe* expone en su obra una visión de cómo ha de ser Italia, pero, desde luego, de una forma no mística. Y desde el punto de vista del temperamento irónico, que vacía de contenido la fraseología medievalista, Maquiavelo es heredero de Boccaccio y el escritor que, como afirmó De Sanctis, encontró la prosa exacta del italiano al desvincularla de los silogismos escolásticos.

Su época. No es exagerado afirmar que Maquiavelo fue incomprendido en su tiempo. Y más aún: que su tragedia personal fue precisamente la de elaborar una teoría política en un pequeño Estado, Florencia, incapaz de fecundarla y en un momento en que los vientos de la Contrarreforma le fueron hostiles.

Durante casi quince años, Maquiavelo fue el auténtico inspirador de la política de la república florentina, y en este sentido puede decirse que triunfó como estadista, pero sólo en un cierto sentido, pues su diplomacia acabó estrellando a la república, no tanto por sus errores como político cuanto por aquella misma causalidad histórica que él había puesto de relieve junto con Guicciardini y otros historiadores de la época y que explicaba suficientemente por qué un pequeño Estado no

podía subsistir en la Europa del siglo XVI. Maquiavelo captó singularmente las características del nuevo Estado moderno que se estaban plasmando en España y en Francia, les dio forma en sus teorías y recibió a cambio los pequeños favores de los Médicis, es decir, una incomprensión casi total por parte de la familia que detentaba el poder en Florencia y en los Estados Pontificios.

Sólo por este fracaso podría ser reconsiderado el término maquiavélico en su acepción peyorativa, pues es probable que de haber sido "maquiavélico" el secretario florentino su medro en el poder hubiera sido verdaderamente largo. Y, en cambio, el adjetivo que acompaña en realidad el pensamiento de Maquiavelo es el de humanista, dado que supone la culminación en lo político de aquella tradición del Quattrocento italiano que proyectó medios literarios y artísticos de legitimación del hombre, a fin de que éste pudiera adueñarse del mundo como sujeto racional e histórico.

Influencia posterior. Si bien durante el siglo XVI la obra de Maquiavelo pasó en gran parte inadvertida, a partir del siglo XVII se convirtió en piedra de toque de la reflexión política en los países europeos, ya fuera a favor o en contra. Aunque pudiera ser discutida la ausencia de moralidad en las cuestiones que atañen al poder (como fue el caso en España del Padre Mariana, de Quevedo y Gracián), no es menos cierto que la influencia de Maquiavelo se desarrolló en la línea que había valorado el filósofo inglés Francis Bacon cuando afirmó: "Mucho debemos a Maquiavelo y a otros hombres como él, que escribieron sobre lo que hacen los hombres y no sobre lo que deberían hacer".

La influencia de Maquiavelo se orientó, pues, tanto por el lado de la consideración de lo político como una esfera cada vez más mediatizadora de la vida social, así como del reconocimiento de que la Historia es el único territorio en el que es posible estudiar el comportamiento político humano. Pero, más allá de estas influencias derivadas de las aportaciones del secretario florentino a los campos de la ciencia política y de la historia, subsistió también el desvelamiento -para utilizar la expresión de Arnold Hauser- que el maquiavelismo hizo de la conciencia del hombre moderno y el terror que produjo el reconocimiento de que la naturaleza humana se halla movida por pasiones inconfesables. Desde este último punto de vista, el mismo Hauser sostiene que Maquiavelo ha de ser considerado como un precursor de Marx, Nietzsche y Freud, por haber sido el primero en poner de relieve la doble moral que rige en toda sociedad, la de los explotadores y la de los explotados, la de los poderosos y la de los débiles.

En pleno siglo XX, el pensamiento de Maquiavelo permaneció vivo en Italia, porque la unificación preconizada por el secretario se realizó sólo parcialmente en el Resurgimiento, pues se había fundado en una "colonización" de la burguesía industrial del Norte sobre el Mezzogiorno y con la presencia de la Iglesia gravitando poderosamente en la vida política italiana. Estos factores son inseparables del fascismo que marcó la vida de esta Italia escasamente vertebrada de la primera mitad de siglo. Y aunque es cierto que Mussolini fue un asiduo lector de *El Príncipe*, no lo es menos que Gramsci, uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano, propuso la figura de un moderno Príncipe (un "intelectual colectivo", esto es, un partido político) como protagonista de aquella unificación en un bloque nacional-popular que

propugnaba y que entendía que era la interpretación más fiel que de Maquiavelo podía hacerse en la Italia del siglo XX.

De esta vasta influencia ejercida por Maquiavelo, aún habría que considerar la incidencia que como teórico de la técnica del poder tuvo entre los políticos, aparte de los arriba mencionados. Como muestra de ello, se adjunta en las notas de esta edición los comentarios a *El Príncipe* atribuidos a Napoleón, pese a que esta atribución es más que dudosa.

Fuente: Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, pp. 1-18.

ERASMO DE ROTTERDAM

1469 Probable año de nacimiento de Desiderius Erasmus en Rotterdam (aunque también se da como posible el año 1466). Hijo ilegítimo de un clérigo y de la hija de un médico de Zevenbergen, su verdadero nombre era Geert Geertsz.

1473 Es enviado por su padre a la escuela de Gouda, a donde le acompañaría su hermano mayor, Pedro.

1475 Prosigue sus estudios en una escuela de Deventer, donde tiene por maestros a notables humanistas como Alexander Hegius.

1484 Muere su padre a consecuencia de la peste. Los tutores que se hacen cargo de su educación le envían a la escuela de S. Hertogenbosch, totalmente ajena a los principios pedagógicos humanistas.

1487 Ingresa en el convento de canónigos regulares de San Agustín en Steyn, acosado por la presión de sus tutores.

1492 Es ordenado sacerdote. Soporta mal la vida monástica y se refugia en el estudio de los clásicos y de los primeros humanistas italianos.

1493 Gracias a su fama de latinista, puede abandonar el monasterio y entrar en calidad de secretario al servicio de Enrique de Bergen, obispo de Cambrai. Concluye su primera obra, los diálogos llamados Antibarbari o Antibarbarorum liber, en los que concentra sus sátiras contra la vida monástica y defiende la compatibilidad de los clásicos latinos con la fe cristiana.

1495 Obtiene licencia para trasladarse a París, a fin de preparar su doctorado en teología. Contrario al escolasticismo imperante en la Sorbona, entra en relaciones con algunos de los humanistas más prestigiosos del momento como Robert Gauguin y Lefèvre d'Etaples.

1496 Después de una estancia en Holanda, en donde convalece de una enfermedad, regresa a París. Lleva una vida independiente y se gana la vida dando lecciones. Compone para sus alumnos un manual de conversación latina: *Familiarum colloquiorum formulae*, punto de partida de los *Coloquios*.

1499 Invitado por William Blount y Lord Mountjoy, viaja a Inglaterra. Inicia su amistad con John Colet y Tomás Moro.

1500 Publica con gran éxito en París los *Adagios* (Adagiorum Collectanea), donde reúne 800 proverbios de la antigüedad clásica.

1502 Reside en la ciudad de Lovaina. Traduce del griego, idioma que declara dominar por esta época.

1503 Escribe el *Enquiridión* donde propugna por vez primera la necesidad de una reforma religiosa. De esta obra dirá más adelante Erasmo que la escribió "para poder corregir el error de aquellos cuya religión está compuesta usualmente de ceremonias más que judaicas y observancias de orden material, y que descuidan las cosas que conducen a la piedad".

1504 Descubre en el monasterio de Park, cercano a Lovaina, manuscrito del humanista italiano Lorenzo Valla, las *Anotaciones al Nuevo Testamento*, en las que se critica la *Vulgata* y se aboga por la necesidad de una rigurosa exégesis filológica de los textos sagrados.

1505 Edita las *Anotaciones de Valla*. Viaja por segunda vez a Inglaterra. Traduce algunas obras del griego junto con Tomás Moro.

1506 Acompaña a Italia en calidad de tutor a los hijos de Giovanni Batista Boerío, médico del rey Enrique VII. En Turín se doctora en teología.

1508 Después de recorrer varias ciudades italianas, llega a Venecia. Allí se traslada para una edición muy aumentada de los *Adagios* -más de 3,000 proverbios- en la conocida imprenta de Aldo Manuccio.

1509 Visita Roma. En julio emprende el viaje de regreso a Inglaterra. Hospedándose en casa de Tomás Moro, escribe el *Elogio de la Locura*, que aparecerá publicada en París en 1511.

1513 Durante esta estancia en Inglaterra, Erasmo da clases de teología y griego en Cambridge, al tiempo que sigue trabajando en la traducción del Nuevo Testamento y en un proyecto de edición de las *Cartas de San Jerónimo*. Después de la muerte del papa Julio II escribe el poema satírico *Julio excluido del cielo*.

1514 Viaja por Alemania, desoyendo las órdenes del prior de Steyn, que reclama su vuelta al monasterio. Se instala en Basilea.

1516 Da a conocer su obra más ambiciosa: una edición del *Nuevo Testamento* (Novum Instrumentum), en texto griego con notas y traducción latinas; publica, además, una edición de *San Jerónimo*. De este modo, se convierte en una de las principales figuras del humanismo europeo.

1517 Obtiene del papa León X, a quien ha dedicado su edición del *Nuevo Testamento*, la dispensa de las obligaciones de su condición de monje. En la cumbre de su fama, se reclama su presencia en varias cortes europeas. Declina una invitación para visitar España y trabajar en la Biblia políglota. Fija su residencia en Lovaina.

1521 Se traslada a Basilea a fin de mantener su neutralidad en el conflicto que opone a Lutero con la Iglesia de Roma.

1522 Publica *Sobre la prohibición de comer carne;* autoriza la edición de los *Coloquios* y realiza una nueva edición del *Nuevo Testamento*. Al mismo tiempo, prepara la edición de la obra de varios *Padres de la Iglesia*, que publicará en los años sucesivos.

1524 Abandona su posición neutral ante la Reforma y manifiesta su oposición al luteranismo con su *Disquisición acerca del libre albedrío*.

1526 A la réplica hecha por Lutero a su escrito anterior con *Sobre el albedrío esclavo*, Erasmo contraataca con su obra *Hyperaspistes*.

1527 Publica *Ciceroniano*, texto en el que advierte acerca de los peligros de una imitación servil de los clásicos y donde reafirma la compatibilidad entre éstos y la fe cristiana.

1529 Al triunfar la Reforma en Basilea, se ve obligado a abandonar la ciudad. Se establece en Friburgo de Brisgovia.

1534 Da a conocer sus posiciones en el conflicto religioso que se vive en toda Europa en *Sobre la concordia de la Iglesia*. Al mismo tiempo, sintiendo que su vida no ha de durar mucho, escribe *Preparación para la muerte*.

1536 En Basilea, adonde había regresado el año anterior, escribe su última obra, *Sobre la pureza de la Iglesia de Cristo*, que constituye un comentario al salmo XIV. Y es en esta ciudad donde muere el 12 de julio.

ELOGIO DE LA LOCURA

En 1509, Erasmo de Rotterdam llevaba ya tres años residiendo en Italia. El contacto con los humanistas italianos había madurado su personalidad y, al mismo tiempo, la cercanía con la Iglesia de Roma -en particular el acceso al papado de Julio II- le había escandalizado. La necesidad de una reforma, ya puesta de manifiesto en el Enquiridión desde hacía unos años, era en aquel entonces para Erasmo más patente que nunca. Viajero infatigable, siempre en busca de un territorio propicio a la libertad intelectual, aceptó la invitación que le habían hecho sus amigos Lord Monutjoy, John Cole y Tomás Moro, de trasladarse a Inglaterra. Enrique VIII acababa de subir al trono, y los vientos de la libertad por el momento soplaban en dirección a aquella isla. Atravesando los Alpes a caballo, Erasmo llegó a su destino en julio y se hospedó en casa de su gran amigo Tomás Moro. Fue entonces cuando escribió en siete días el Elogio de la Locura, como una diversión para aliviar, según cuenta, una enfermedad que le sobrevino al poco de llegar a Inglaterra y con el propósito liviano de ironizar sobre los grandes temas que había ya tratado o que trataría en el futuro.

Este racionalista avant la lettre que fue Erasmo se permitió por momentos, pues, debatir las cuestiones más trascendentes que embargaban a su ánimo reformista mediante una obra deliberadamente menor y concebida como un lúdico pasatiempo destinado a los amigos. Pero el Elogio de la Locura alcanzó, desde su publicación en 1511, un extraordinario éxito y, con el paso del tiempo, ha permanecido como la obra más representativa del espíritu erasmista. Una de las más rigurosas interpretaciones de este hecho la dio Stefan Zweig en su ensayo Erasmo, grandeza y decadencia de una idea, donde sostiene que fue precisamente este tono desenfadado, esta modesta idea de escribir un divertimiento la que posibilitó saludablemente que el cerebralismo erasmiano se diluyera y que, en consecuencia, el Elogio de la Locura contenga, en virtud de su humor, las verdades más profundas del gran humanismo neerlandés. Ya la explicación que el propio Erasmo suministra en el prólogo sobre la gestación de la obra es sumamente esclarecedora, pues dice: "¿No sería demasiado injusto, concediendo a todos los hombres el derecho a divertirse, no permitir ningún solaz a los que se dedican

al estudio, máxime si hablan de asuntos serios que, aunque tratados en broma tal vez sean de más provecho para el lector que tenga un mínimo de alfato, que ciertas severas y espléndidas disertaciones?".

Armado de esta intención paródica y utilizando el arma de la ironía, que tan bien había aprendido de Luciano de Samosata, Erasmo presenta al personaje de la Locura, la cual, ante una asamblea que reúne a todas las naciones, clases y edades, anuncia su propósito de hacer un elogio de sí misma. Hija de Plutón -el dios de la riqueza- y de la Juventud, la Locura muestra cómo sus orígenes están ligados a la misma vida, pues ella está enraizada en el amor y en la guerra, en el arte y en todo cuanto el hombre ha construido de bueno en sociedad. "Sin mí -afirma la Locura- el mundo no podría existir ni un momento. Porque todo lo que se hace entre mortales, ¿no está lleno de locura? ¿No está ejecutado por locos y para locos?". De esta manera, el gran humanista neerlandés se ríe de los excesos de la erudición y del racionalismo -que en cierto modo era reírse de sí mismo-, pues les contrapone la "locura" como inmediatez de la vida en su irracionalidad creadora y viene a mostrar cómo el fundamento de las cosas tiene en sí algo de inaferrable para el hombre cuerdo. "No hay sociedad ni compañía -se dice en otro pasaje del Elogio- que pueda ser agradable ni durar sin la locura, hasta el punto de que un pueblo no puede tolerar a su príncipe, ni el amo a su criado, ni la criada a su ama, ni el preceptor a su discípulo, ni el amigo a su amigo, ni la esposa a su marido, un momento más, si, ora no disparatan juntos, y otra no se adulan mutuamente; o bien sensatamente hacen la vista gorda o se untan con un poco de miel de locura"

La locura es, pues, energía creadora, pasión, y está en hermandad con la philautía, el amor propio, que está en la base, para Erasmo, de todas las grandes acciones humanas. Al lado de la *philautía* y de la locura aparece la adulación, una virtud que, bien entendida, empieza por uno mismo. Esta saludable locura termina por ser la verdadera sabiduría, pues está conectada con las fuentes de la vida. Ahora bien -y como señala el historiador neerlandés Johann Huizinga en su obra Erasmo- existe también la otra locura, la alienada, que produce una alucinada sabiduría y que origina la fundamental estupidez de tantas empresas humanas, y esta locura es, por supuesto, también objeto de la punzante ironía de Erasmo. Estos dos temas de la locura están ligados estructuralmente a las dos vertientes de la obra que se expresan como elogio -ya lo hemos visto- y como crítica demoledora de las instituciones de la época, en particular de la Iglesia, y de la inmoralidad reinante que tomaba cuerpo en el comercio de las indulgencias; de las supersticiones; de la falsa religiosidad de los clérigos; del abuso de las jerarquías eclesiásticas y del poder civil; de la ignorancia de los demás, y de la perduración de un escolasticismo dogmático y, por tanto, estéril y alejado de las verdaderas fuentes del cristianismo. Éste, para Erasmo, tiene algo de locura, de fondo irracional y creador que ha sido sofocado por la Iglesia; y de ahí la necesidad que como espíritu lúcido sostiene de una reforma religiosa.

Precisamente este tono moralista es uno de los rasgos más originales de la obra, pues, dentro del contexto histórico en que surge, significa que por primera vez se criticaban las costumbres de la sociedad europea desde un ángulo cristiano no tradicional. Así, por ejemplo, el Papa de Roma, en el Elogio, no aparece obligado a rendir cuentas a Dios, sino

a la humanidad entera; y los príncipes se ven constreñidos a hacer lo mismo con sus súbditos. Es decir que Erasmo propone por primera vez después de largos siglos de predominio moral estrictamente religioso una moral laica -que no anticristiana- (este aspecto es el que ha inducido a muchos tratadistas a considerar a Erasmo como una especie de Voltaire del siglo XVI). Una nueva ética, por tanto, para medir los actos de los hombres, y en la cual, sorprendentemente, se concede escasa atención, a lo que la moral tradicional y establecida podía considerar como la mayor de las locuras y que no era otra que la falta de preocupación por el más allá, por la condena en el infierno o la gloria en el cielo.

Escrita en latín -Erasmo siempre utilizó el lenguaje de forma ecuménica- el Elogio de la Locura ha sido señalada por los historiadores como una obra fundamental para la Reforma, como un claro antecedente de ella, un intento conseguido plenamente de dar, como señala Zweig en su ensayo citado, a los hombres "una concepción de lo divino sin la mediación de la Iglesia". El Elogio, según este autor, tuvo la virtud de debilitar la autoridad eclesiástica. Después de esta crítica, la Reforma encontró el camino allanado para obtener sus fines.

Una idea del impacto que el Elogio de la Locura produjo en Italia la da la carta de desaprobación que Martín Dorp, o Dorpio, fraile amigo de Erasmo, le envió a Inglaterra, y en la cual le proponía escribir un Elogio de la Sabiduría. La respuesta de Erasmo a Dorpio es una defensa del Elogio, en la que el autor expresa su contento al saber que ha desagradado a los teólogos, a aquellos que "odian las buenas letras y temen por su tiranía" y en la que manifiesta que su único propósito, a parte de divertirse, fue el de "mirar por la moral humana, no perjudicarla".

EL AUTOR EN EL TIEMPO

Antecedentes. Erasmo, hombre cosmopolita y de vasta cultura, tiene las raíces de su pensamiento en el humanismo italiano del Quattrocento, en aquel movimiento que, desde Petrarca a Lorenzo Valla, preconizó como su rasgo más distintivo el regreso a los clásicos. Particular mención hay que hacer de Valla, puesto que aparece como el más directo antecedente de la obra de Erasmo, tanto por lo que se refiere a su intento de conciliar la sabiduría de la antigüedad clásica con el cristianismo, cuanto por su exigencia de una depuración de los textos bíblicos acudiendo a las mismas fuentes y reinterpretándolas rigurosamente.

Estos dos objetivos serán cumplidamente alcanzados por Erasmo, el cual fue capaz de conjugar en su espíritu la influencia de un Luciano de Samosata con la doctrina de un san Jerónimo; y en cuya obra se halla la sabiduría de los clásicos contenida en los Adagios, con la precisión filológica de sus ediciones sobre la obra de los padres de la Iglesia y, cómo no, de su edición del Nuevo Testamento.

Su época. No en vano Erasmo fue considerado como el mayor y más original humanista del siglo XVI y la primera autoridad en materia filológica. Como cabeza de este movimiento cultural de tan amplias repercusiones, Erasmo preconizó la misma concordia que impregna sus mejores escritos, esta síntesis entre lo que la cultura medieval entendía como paganismo y un cristianismo reno-

vado y fortalecido con el estudio de la patrística. Partidario de una reforma de la Iglesia que fuera gradual y lenta, este espíritu en tantas cuestiones lúcido manifestaba en 1517 su deseo de volver a ser joven, "porque -decía- veo una edad de oro en el próximo porvenir". Pues esa época de grandes descubrimientos en que vivió, este período de profundas mutaciones que socavaban los fundamentos de la cultura europea medieval, le parecían a Erasmo, como buen humanista, que contenían la promesa de un futuro mejor, el triunfo pleno y maduro de los ideales del Renacimiento.

Pocos años después de esta premonición de una edad de oro, Erasmo fue testigo de la mayor convulsión acaecida en la historia del cristianismo en Occidente. La reforma religiosa se produjo, sí, pero no fue en absoluto bajo los auspicios de la concordia, sino de la ruptura. La crítica a la Iglesia contenida en el *Elogio de la Locura* fue rebasada por la reforma de Lutero. Pero, y esto es esencia, porque ésta tuvo un cariz político: porque, a diferencia del movimiento humanista que dirigió Erasmo, el protestantismo no fue una corriente simplemente cultural. Aunque desde una perspectiva contemporánea pueda considerarse que el humanismo erasmista está en la base de la interpretación de las Escrituras que Lutero propugnaba; o de que las nuevas relaciones con lo divino que el humanismo preconizaba pugnando por soslayar la pesada y dogmática mediación de la Iglesia romana fueron incorporadas por la Reforma protestante, lo cierto, en fin, es que Erasmo rechazó las posiciones de Lutero. El principio de la justificación por la fe entrañaba una dependencia de Dios que se alejaba totalmente de la concepción erasmista tendente a reforzar la autonomía del alma humana, la concepción del hombre como sujeto libre y responsable, por tanto, en su acercamiento a Dios.

Pero al no comprometerse con la Reforma y al alejar del campo de la lucha política al humanismo, Erasmo sentó las bases de la separación entre cultura y política, que luego pasaría a ser característica de las sociedades europeas. Y al considerar autónoma y neutral la esfera de la cultura, sentenció, sin saberlo, a la esterilidad al propio movimiento humanista, pues la Contrarreforma liquidó por imperativos de la ortodoxia aquel espíritu fresco y crítico contenido en libros como el *Elogio de la Locura*. La "edad de oro" soñada por Erasmo acabó en el Concilio de Trento.

Influencia posterior. Si bien el humanismo decayó una vez transcurrido el siglo XVI, y con él la ascendencia de las doctrinas de Erasmo, el ideal de una personalidad armónica, la fe en el progreso, la tolerancia religiosa y, sobre todo, el redescubrimiento y la incorporación de los clásicos a formas de cultura vivas -es decir, todos los ideales que plasmó, como quien más, el autor del Elogio de la Locura- constituyen uno de los grandes hitos de la cultura europea vigente hasta nuestros días. Distinta es la consideración que hay que hacer del erasmismo, es decir, del movimiento ideológico surgido al amparo del pensamiento de Erasmo y que constituyó una corriente de gran importancia en la renovación intelectual y religiosa de los países de Europa occidental, y muy particular en España en el siglo XVI. El humanismo español se vertebró en torno a las influencias de Erasmo, cuya obra alcanzó una extraordinaria difusión en nuestro país. Si bien en el siglo XVII el erasmismo ya había desaparecido, sus huellas todavía podían detectarse en el Quijote, pues Cervantes fue, según Marcel Bataillon,

el "último heredero de las lecciones del humanismo erasmizante".

Fuente: Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la Locura*, pp. 1-20.

TOMÁS MORO

1477 Nace en Londres el 7 de febrero, Tomás Moro, el mayor de los hijos de John More, prestigioso jurista descendiente, a su vez, de una familia de letrados.

1490 Ingresa en el colegio de Saint Anthony. Su educación se complementa en la casa de John Morton, arzobispo de Canterbury y canciller de Inglaterra, a donde Tomás Moro es destinado en calidad de paje. Más tarde, el canciller, advirtiendo las brillantes cualidades de su joven paje, le enviará a ampliar estudios en Oxford.

1494 Regresa a Londres. A instancias de su padre, inicia estudios de Derecho en el New Inn, una de las cámaras de la Cancillería.

1496 Ingresa en el Lincoln's Inn, último peldaño en los estudios de abogacía. Al propio tiempo, no descuida su formación literaria y se familiariza con las Sagradas Escrituras, los clásicos grecolatinos y las doctrinas de los doctores de la Iglesia.

1499 Sintiéndose llamado por la vocación religiosa, convive con los cartujos, cuyo convento se halla cerca del Lincoln's Inn. A lo largo de cuatro años, Tomás Moro vivirá como huésped de los cartujos, debatiendo en su interior de qué forma podía servir mejor a Dios. Después de sentirse atraído por la vida monástica de los franciscanos, el futuro mártir y santo decidirá consagrarse a Dios mediante la profesión de la abogacía. En este año, inicia su amistad, que será larga y profunda, con Erasmo de Rotterdam.

1504 Es elegido miembro del Parlamento. Sobresale en la Cámara por su oposición a los abusivos impuestos que trata de imponer el rey Enrique VII.

1505 Contrae matrimonio con Jane Colt. Erasmo, que visita por segunda vez Inglaterra, se hospeda en su casa. Ambos amigos traducen a Luciano de Samosata, con el objeto de enriquecer su estilo literario. La ironía, uno de los recursos de la prosa de Luciano, será magistralmente utilizada por Moro en todos sus escritos, en particular Utopía.

1506 Aparece la edición de la traducción de los *Epigramas* y los *Diálogos de Luciano*, así como la traducción de una biografía del humanista italiano Pico de la Mirandola. Hacia esa época, Moro, cuya obra es poco conocida, había publicado, asimismo, varias obras en verso.

1509 Erasmo regresa a Inglaterra y se hospeda de nuevo en la casa de Moro. En ella escribe el *Elogio de la Locura*, que dedicará, una vez terminada, a su anfitrión. Moro escribe unos poemas sobre la coronación de Enrique VIII, que le valen ser presentado al nuevo monarca.

1510 Moro se convierte en uno de los dos vicesheriff de la ciudad de Londres. Al mismo tiempo, ejerce como abogado de importantes compañías comerciales con intereses en los Países Bajos.

1511 Muere su esposa Jane Colt. Poco des-

pués, Moro, viudo y padre de cuatro hijos, casa con Alice Middleton, viuda, a su vez, de un comerciante londinense.

1513 Empieza a escribir la *Historia del rey Ricardo III*, obra inacabada, que está considerada, pese a ello, como la primera obra maestra de la historiografía inglesa y que constituye la base sobre la que Shakespeare compuso su drama *Ricardo III*.

1515 Moro viaja a Flandes como miembro de la delegación inglesa que ha de revisar el tratado comercial con aquel país. Encuentro con Pedro Egidio, uno de los personajes de Utopía.

1516 En Lovaina aparece a finales de año la primera edición de *Utopía*, cuya segunda parte fue escrita durante la estancia de Moro en Flandes y la primera, que es posterior, en Inglaterra.

1520-1521 Participa en sendas misiones diplomáticas que en Calais y Brujas se entrevistan con el emperador Carlos V y con los comerciantes de Hansa. En 1521, Tomás Moro es nombrado subtesorero y es ennoblecido.

1523 Es nombrado speaker de la Cámara de los Comunes. Con el seudónimo de Gulielmus Rosseus publica *Responsio ad Lutherum*, obra en la que, saliendo en defensa de Enrique VIII, ataca las bases del credo luterano.

1525 Se le designa canciller del ducado de Lancaster, importante cargo político que le otorga la jurisdicción de la mayoría de las tierras del norte de Inglaterra.

1529 Moro alcanza la cima de su carrera política al ser promovido en octubre al cargo de canciller del reino, en sustitución del cardenal Thomas Wolsey. Es, además, el primer laico que ocupa tan importante cargo político.

1531 Después de negarse a firmar la carta en la que nobles y prelados pedían al Papa la anulación del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón (anulación deseada y promovida por el monarca inglés al no contar con descendencia masculina), Moro se coloca en una situación comprometida cuando la Iglesia de Inglaterra reconoce a Enrique VIII como su jefe supremo e intenta dimitir de su alto cargo.

1532 Dimite de su cargo de canciller de Inglaterra aduciendo motivos de salud. Inicia la redacción de una serie de obras apologéticas en defensa de la fe tradicional y de la Iglesia católica.

1533 Se niega a asistir a la coronación de Ana Bolena, la nueva esposa de Enrique VIII y cuyo matrimonio entraña la ruptura con la Santa Sede.

1534 Es encarcelado bajo la acusación de delito de traición. En la cárcel escribe algunas obras, entre las que destaca la denominada *Consuelo en la adversidad*.

1535 Tomás Moro es juzgado y sentenciado a muerte por haberse negado a reconocer a Enrique VIII como jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra. El 6 de julio muere decapitado en Londres.

UTOPÍA

En 1516, Tomás Moro dio a conocer la que sería su obra fundamental: La mejor república y la isla de Utopía *(De optimo reipublicae statu deque nova insula Utopia)*, título original y completo de *Utopía*, que fue escrita en latín y traducida al inglés en 1551. Aunque Moro no fue el primero en diseñar una sociedad ideal, sí fue el primer pensador que dio acertado nombre a la tarea de imaginar una organización social armónica. El nombre que dio a esta tarea es el de utopía, neologismo que el humanista Moro derivó del griego utopos y que significa "no lugar", ninguna parte, es decir, un ámbito no existente, pero que puede llegar a ser real, puesto que se piensa como posible, o, al menos -atendiendo a las propias palabras de Moro al final del libro-, como deseable.

Este aspecto es consustancial a las utopías y a la Utopía de Tomás Moro. Aquéllas, como ésta, contienen el sueño de una vida mejor y, en consecuencia, son críticas respecto a la situación existente. Pero en el caso concreto de Utopía, la crítica no sólo se deduce de la segunda parte, en la que se describen las condiciones de vida y la organización de la república de Utopía, sino que toda la primera constituye una diatriba no utópica dirigida contra la situación en que se encontraba la sociedad europea, y en particular inglesa, de la época. De esta manera, la obra se abre con un análisis centrado, sobre todo, en los males que aquejaban a la Inglaterra del siglo XVI y se cierra con una solución de los mismos en el modelo de sociedad diferente que el autor propone.

Estos males son examinados en el curso del diálogo que mantienen los tres personajes de la obra, a saber, el propio autor, su amigo Gilles o Pedro Egidio y un navegante portugués, de nombre Rafael Hytlodeo. Destaca, en este análisis, la explicación que se da de la delincuencia, a la cual, de modo sorprendente para la época, se le atribuyen causas económicas. Para Moro, la propiedad privada y el poder oligárquico originan la depauperación de la mayoría. De las capas sociales más perjudicadas por la denominación -como era el caso de los campesinos que perdieron sus pequeñas propiedades a causa del cercamiento de tierras (enclosures) promovido por los grandes terratenientes a fin de aumentar los pastos y así beneficiarse de los altos precios de la lana- surgen los vagabundos y ladrones, que, encima, sufren la condena a muerte por sus delitos, pues la justicia está hecha a la medida de los intereses de los poderosos. Moro, en boca de Hytlodeo, se muestra contrario a la pena capital. Del mismo modo se manifiesta contra el expansionismo territorial de los príncipes de la época, y de las consiguientes guerras que provocan por su afán de conquista, y de los onerosos impuestos con que gravan a la población para mantener sus inhumanas empresas.

Por mucho que en el curso de esta primera parte de la obra se mencione a pueblos como los poileritas, los acorinos y los macarienses, que han conseguido erradicar de sus sociedades algunas de las lacras descritas, una justa organización social sólo se da entre los habitantes de Utopía. Los contornos de este Estado ideal serán trazados minuciosamente en la segunda parte de la obra, de nuevo por mediación de Hytlodeo, que significa "narrador de fábulas", "parlanchín", personaje que es una clara trasposición literaria del propio Tomás Moro.

En Utopía no existe la propiedad privada. Como ya lo afirmara Hytlodeo al final de la primera parte, no es posible el bienestar de los hombres sin su anulación, pues "mientras persista, la mayor parte de los hombres, y entre ellos los más notables, se darán cuenta de la miseria que hay con todos sus males, cosa que, aunque puede remediarse en cierta medida, no puede serlo de forma absoluta". El dinero ha sido abolido y con él han desaparecido "los temores, las angustias, los cuidados, las vigilias". La condena del dinero es total, ya que, como afirma Hytlodeo: "¿Quién no sabe que fraudes, robos, rapiñas, riñas, tumultos, sediciones, asesinatos, traiciones, envenenamientos, castigados, pero no evitados con tormentos, desaparecerían si desapareciese el dinero?" Los habitantes de Utopía no conceden tampoco ninguna importancia a los metales preciosos, pues producen, en el marco de una economía colectivista, los bienes sociales que les son estrictamente necesarios. Todo ello hace posible que el trabajo quede reducido a una jornada máxima de seis horas, y de que en Utopía el máximo valor social esté ligado a atender en el tiempo libre necesidades de orden espiritual.

Utopía, que es una sociedad agraria y artesanal, ha limitado, asimismo, el número de aquellas capas sociales improductivas, como las del clero y la burocracia. La división social del trabajo se halla regulada mediante una deliberada limitación del número de profesiones intelectuales, pues la base económica de la isla reposa en el trabajo manual. Políticamente, Utopía es una federación democrática de ciudades, gobernada por el príncipe Utopo -fundador y legislador del Estado y a cuya organización democrática se halla subordinado-. Las leyes son pocas y claras, dado que la legislación en Utopía no protege los intereses de unos pocos y no se tiene, por tanto, la necesidad de enmascararla en una confusa maraña (como ocurría en la Inglaterra de la época, por ejemplo).

El Estado de Utopía tiene como principal objetivo la paz -"no hay cosa más vituperable que la gloria adquirida por las armas"-. Si se hace necesario defender al país, los utópicos se hacen con los servicios de una tribu de mercenarios, los zapoletos, o combaten a sus enemigos con otros medios, como el de pagar a otros pueblos vecinos para que hagan la guerra, por la repugnancia que sienten ante todo enfrentamiento armado.

La libertad religiosa es otro de los rasgos que definen la organización social de Utopía. Sobre la base de la creencia común en Dios, es libre y no monolítica la forma de darle culto. De este modo no hay en Utopía luchas religiosas. La familia es monogámica y, aunque el adulterio está fuertemente penalizado, se admite el divorcio en algunos casos especiales; al igual que la eutanasia, de modo que se aconseja a los que no gozan de buena salud acogerse a un dulce suicidio. Este último aspecto de la vida moral de los utópicos se relaciona con el epicureísmo reinante en la isla, pues "los habitantes de Utopía piensan que la naturaleza misma ha previsto el placer como finalidad de nuestras acciones, y vivir según la naturaleza es lo que ellos llaman virtud".

Existen, con todo, algunos rasgos negativos en Utopía -como la existencia de esclavos, o la justificación de un expansionismo territorial que se desprende de algunos pasajes- que han llamado la atención por su carácter contradictorio con las tesis centrales de la obra. Algunos filólogos han llegado a sostener que Utopía habría sido escrita en realidad por dos autores y que incluso Moro no

habría participado en ella. Descartado este último extremo, lo que sí parece verídica es la intervención de Erasmo en la redacción de la obra. Pero ello, dada la afinidad de los dos amigos humanistas, no resuelve la contradictoriedad señalada, la cual no deja de ser comprensible si se atiende al hecho de que Moro, hombre avanzado a las ideas de su tiempo, fue, por otro lado, un intelectual apegado todavía a muchos hábitos del pensamiento medieval. Así, a pesar de su extracción burguesa, el autor de Utopía condenó, como hemos visto, la propiedad privada, que era una forma desconocida de poder en el Medioevo. Y pagó con su vida la defensa de unos ideales medievales que preconizaban el universalismo de una cristiandad unida en torno a la Iglesia y por encima del poder de los Estados nacionales que surgieron durante la Europa del Renacimiento.

EL AUTOR EN EL TIEMPO

ANTECEDENTES. El pensamiento utópico de Tomás Moro se inscribe en una tradición que arranca de aquel Estado ideal que Platón configuró en *La República* y que, coincidiendo con el derrumbamiento definitivo del mundo clásico, confluye en el espacio místico del mundo de *La ciudad de Dios* de san Agustín. El utopismo de Moro, no obstante, está más cerca del Estado platónico, tanto por la concepción comunista de la vida social como por el detallismo con que se describe el funcionamiento de la sociedad ideal de *Utopía* (en este sentido, y como dijo Ortega y Gasset, "un utopista, a menos que sea ingenuo hasta la saciedad, siempre es un realista inexorable").

Moro también se inspiró en sus concepciones utopistas en autores clásicos como Yámbulo y Evémero. Este último presenta en su novela *Panquea* una isla utópica a la que sitúa en el océano Índico, mientras que el primero escribió un relato donde se describe la sociedad igualitaria de los heliopolitanos, enclavada en una isla tropical. Sobre la base de estos antecedentes, influyó en Moro el conocimiento de las formas de comunismo primitivo que se practicaban en el recién descubierto Nuevo Continente y que se describían en memoriales, crónicas y cartas como los de Américo Vespucio.

SU ÉPOCA. Moro es el máximo representante del Humanismo en Inglaterra y una de las figuras más destacadas de la Europa anterior a la Reforma. Si como humanista estuvo impregnado por el "retorno a los clásicos" que define la parte más viva de la cultura del Renacimiento, como estadista vivió una existencia desgarrada entre su deber cristiano, sentido y vivido desde la delicadeza de una conciencia medieval, y su deber político que le arrastraba cada vez más a practicar una política contraria a sus ideales. La salida de este drama, Moro la pagó con su muerte, testimoniando así la imposibilidad de reconciliar las corrientes dispares que coexistían en su tiempo. Pues éste fue el de la transición del feudalismo al capitalismo, el del hundimiento de los valores ligados a la lógica de la libre iniciativa y de la competitividad entre individuos; el de la afirmación del poder de los príncipes frente a la Iglesia y el del inicio de la preponderancia de la razón de Estado.

Frente a Maquiavelo o, posteriormente Hobbes, Tomás Moro -como Campanella, autor de otra de las grandes utopías del Renacimiento, la *Civitas Solis*- se opuso al pensamiento filosófico y político que legitimaba

las nuevas formas de poder. De esta tensión nació Utopía, en lo que tiene de carga crítica y en lo que tiene de huida ante la realidad. Si es cierto, como ha afirmado la tradición marxista, que la sociedad comunista de Utopía hubiera colapsado en caso de materializarse el desarrollo histórico de las sociedades europeas del siglo XVI, no lo es menos que a través de Utopía se dio voz y expresión a los anhelos de los desheredados de aquel tiempo, de las víctimas anónimas que produjo el desarrollo histórico del capitalismo, de aquel ejército de ladrones y vagabundos cuyo destino final era la horca o de los pobres cuya existencia podía parangonarse con el infierno.

Influencia posterior. Esta paradoja del pensamiento utópico de Tomás Moro es inseparable de la influencia que ha ejercido Utopía incluso en nuestra época. Si como documento crítico la obra está ligada a la situación histórica en que surgió, en tanto que promesa de un lugar mejor, tuvo la virtud de colocar las posibilidades de una sociedad reconciliada, no ya en el cielo, como en la Edad Media, sino en la tierra. Y de este modo, el lugar mejor se convirtió en el futuro mejor, como así lo demuestran los intentos que se llevaron a cabo en América a partir del siglo XVI para materializar alguno o algunos aspectos contenidos en la sociedad que presenta Utopía, o de que ésta fuera tomada como modelo por los grandes utopistas de principios del siglo XIX, como Saint-Simon, Forier y, especialmente, Owen. Moro se adelantó en algunos aspectos tanto a su época, que, aunque no cabe hablar de influencias en autores como Rousseau o Voltaire, sí cabe, por lo menos, referirse a las afinidades o concomitancias que expresan sus respectivos pensamientos: el origen de los males sociales en la existencia de la propiedad privada y la forma como ésta ha corrompido al hombre, bueno por naturaleza, idea que es común en Moro, en Rousseau; y la tolerancia religiosa que hermana al autor de Utopía con Voltaire.

En pleno siglo XX, la figura de Moro ha sido objeto de atención desde dos campos bien distintos, el cristiano y el marxista. La Iglesia, al canonizarlo, reivindicó al humanista que, había sacrificado por su causa, al mártir. El marxismo, por su lado, estudió con interés Utopía al considerarla como una prefiguración de la sociedad comunista. Karl Kautsky así llegó a entenderlo al apreciar que muchas instituciones de la isla de Utopía podían ya realizarse históricamente. Max Horkheimer, desde la corriente del marxismo crítico, definió la obra de Moro como "la primera gran utopía de los tiempos modernos" y resaltó la lucidez de Moro al captar el beneficio como la rueda motriz del desarrollo histórico del capitalismo. Finalmente, Ernst Bloch estudió con atención en su obra capital, El principio esperanza, la Utopía de Moro y la valoró como la utopía modelo de la libertad, pero no de una libertad abstracta, sino concreta, al derivar de una transformación de las estructuras económicas y políticas que oprimen al hombre.

Fuente: Tomás Moro, *Utopía*, pp. 1-18.

FRANCIS BACON

1561 El 22 de enero nace en Londres Francis Bacon, hijo de Nicholas Bacon, guardasellos de la reina Isabel I, y de Ann Cooke, de confesión protestante y emparentada con el primer

ministro de la corona Lord Burghley.

1573 Junto con su hermano Anthony, ingresa en el Trinty College de Cambridge. Las influencias filosóficas que allí recibirá le apartarán pronto del aristotelismo, al que llegará a considerar como un pensamiento estéril.

1576 A fin de cursar la carrera de derecho ingresa en el Gray's Inn. En este mismo año acompaña a Sir Amias Paulet, recién nombrado embajador en Francia, a París, donde permanecerá durante algunos años.

1579 La muerte de su padre le obliga a regresar súbitamente a Londres. De forma inesperada, Bacon se encuentra con dificultades financieras, debido al exiguo patrimonio que hereda. Se ve obligado a terminar sus estudios de abogacía.

1582 Bacon, que es ya abogado, inicia su carrera sin encontrarse satisfecho ante sus expectativas, pues no colman sus ambiciones políticas.

1583 Por esta época redacta, al parecer, el escrito Temporis partus masculus sive instauratio magna imperii humani in universum. *(El parto masculino del tiempo o la gran instauración del imperio del hombre en el universo).*

1584 Bacon da comienzo a su carrera política siendo elegido miembro de la Cámara de los Comunes.

1589 Redacta un informe sobre las controversias de la iglesia de Inglaterra. Bacon aspira a introducirse en la corte de Isabel I.

1591 Conoce al conde de Essex, en aquellos momentos favorito de la reina. Bacon se pone interesadamente bajo su protección, a fin de progresar en su carrera política.

1592 Escribe el *Discurso en elogio del conocimiento*. Probablemente tenía ya esbozadas, por esta época, las líneas principales de su fundamental obra *Instauratio magna*.

1593 Bacon sufre un grave retroceso en sus expectativas políticas, al desaprobar la reina Isabel las demandas que hace de no aumentar los gastos producidos en la guerra contra España.

1594 Fracasa en su intento de ser nombrado fiscal de la corona. El cargo va a parar a manos de su rival Edward Coke, pese al apoyo prestado por el conde de Essex.

1597 Publica los *Ensayos sobre moral y política*, que posteriormente conocerán nuevas ediciones. Inspirados en Montaigne, tratan de temas diversos desde un punto de vista pragmático y con un enfoque moral contemporizador.

1598 Sufre arresto por impago de numerosas deudas. Al producirse el fracaso de la expedición del conde de Essex a Irlanda, Bacon se apresura a distanciarse de su protector, pese a que había sido uno de los animadores del proyecto.

1601 Fracasa la insurrección planeada por el conde de Essex. Bacon redacta un memorial en el que se relacionan las traiciones que fueron cometidas por su antiguo protector, quien acaba siendo ejecutado.

1603 Jacobo I sucede a Isabel I. Bacon se apresta a ofrecer sus servicios al nuevo monarca. Es armado caballero, junto con otros trescientos notables del reino.

1604 Publica una apología en la que se defiende de las acusaciones de traición vertidas por su actuación en el proceso del conde de Essex.

1605 Publica el *Tratado sobre el valor y el progreso de las ciencias;* obra que dedica a Jacobo I.

1607 Casado desde el año anterior con Alice Barnham, publica *Pensamientos y opiniones sobre la interpretación de la naturaleza.*

1609 Sale a la luz *De sapientia veterum (De la sabiduría de los antiguos),* una interpretación de los mitos de la antigüedad, que obtiene un gran éxito de público.

1610 Escribe *Nueva Atlántida,* que será publicada póstumamente. En esta obra Bacon describe una sociedad utópica fundada en la ciencia y en la técnica puestas al servicio del progreso de la humanidad.

1613 Venciendo la oposición de sus enemigos en la corte, Bacon consigue al fin el tan ansiado cargo de fiscal general del reino.

1618 Tras haber sido nombrado Lord Guardián del Gran Sello, Bacon accede en este mismo año al alto cargo de Gran Canciller y es creado barón de Verulam.

1620 Aparece publicada su obra fundamental, que, con el título de *Instauratio magna (La gran instauración),* contiene, además de un prefacio y de una exposición general de la obra, el Novum organum.

1621 Poco después de ser nombrado vizconde de Saint Albans, es acusado de venalidad por el Parlamento. Bacon pierde sus cargos, es encarcelado y al cabo de unos días indultado por el rey. No obstante, tiene que abandonar definitivamente el desempeño de su carrera política.

1622 Publica una *Historia natural experimental,* como parte integrante de la *Instauratio magna,* y, asimismo, una *Historia de Enrique VII.*

1623 Amplía su antiguo *Tratado sobre el valor y el progreso de las ciencias,* que aparece ahora con el título *De la dignidad y el progreso de las ciencias.*

1625 Publica una nueva edición de los *Ensayos* de 1597, que habían sido reeditados en 1612. En esta nueva edición expone una clasificación de las ciencias fundada en la distinción de las facultades de la memoria, de la fantasía y de la razón.

1626 El 9 de abril Francis Bacon muere en Londres. Al año siguiente se publica póstumamente una miscelánea de apuntes sobre filosofía natural, con el título de *Sylva sylvarum,* a la que se le añade la *Nueva Atlántida.*

NOVUM ORGANUM

Considerada como la obra más importante de Francis Bacon, el *Novum organum* fue publicado en 1620. Según la intención de su autor, había de formar parte de un vasto tratado general de las ciencias denominado Instauratio magna, que jamás fue concluido. En el marco de esta "gran instauración", el *Novum organum* había de ocupar la segunda parte -la primera había de estar constituida por una enciclopedia de las ciencias-, tanto que ex-

posición de los principios generales del método, del "nuevo método" científico que Bacon proponía como sustitución del obsoleto "*organon*" aristotélico.

El *Novum organum*, que se compone, a su vez, de dos libros, tiene su punto de partida, pues, en el rechazo de la lógica de Aristóteles y en la necesidad de encontrar un nuevo método de investigación de la naturaleza. La lógica aristotélica, base hasta entonces de las ciencias, ha de ser reemplazada por una nueva lógica experimental e inductiva. Ello es necesario por cuanto la lógica del filósofo griego esencialmente deductiva, parte de algunas observaciones empíricas, pero se precipita rápidamente en una generalización que olvida la existencia de principios intermedios. Para decirlo en palabras de Bacon, la lógica aristotélica es una vía de investigación y de descubrimiento de la verdad que parte "de las sensaciones y de los hechos particulares para elevarse rápidamente a las proposiciones más generales y, basándose en estos principios, cuya verdad se supone inmutable, descubre las proposiciones intermedias". A esta vía que se sigue de ordinario, Bacon opone una nueva forma de acceso a la verdad, que parte igualmente de las sensaciones y de los hechos particulares, pero que "obtiene de ellos proposiciones, ascendiendo de un modo continuo y progresivo la escala de la generalización hasta llegar a los principios más generales". Esta vía propuesta por Bacon es la verdadera, aun cuando nadie ha intentado ir por ella.

El *Novum organum* comienza, como se ve, con una auténtica declaración de principios por parte del autor, de la que es inseparable la crítica de la tradición, esto es, del significado de la ciencia recibida, de su validez, de las dificultades que han trabado su progreso y de las perspectivas que ofrece el porvenir. Bacon reconoce que la ciencia europea tiene su origen en los griegos, y que otras civilizaciones, como la romana o la árabe, prosiguieron el esfuerzo de aquéllos. Pero esto no es obvio para que critique el escaso interés por la ciencia de la naturaleza que predomina en el pensamiento antiguo y medieval. Y para que despoje a la idea de la antigüedad de una doctrina de cualquier garantía de solidez científica.

La crítica del pensamiento recibido, de sus prejuicios y de sus errores ocupa la parte principal de primer libro del *Novum organum*, a modo de preliminar de la filosofía de la ciencia que Bacon desarrolla en el segundo libro. Se trata de la pars destruens, que constituye una especie de fenomenología del error, y en la que se expone la célebre teoría baconiana de los idola.

Los "*ídolos*" son, para Bacon, las tendencias del intelecto humano que dan lugar a los errores y a los prejuicios, y que ocultan, por tanto, el verdadero saber, de igual manera a como los ídolos entorpecen la visión del verdadero Dios. Bacon distingue cuatro tipos de ídolos.

Los *idola tribus*, analizados en primer lugar, son los más importantes, por su carácter generalizable a todos los hombres. Se expresan, por ejemplo, en la tendencia intelectual a considerar que las cosas existen en un grado de orden y de igualdad mayor del que en realidad se encuentran. De esta tendencia se deriva la búsqueda de una falsa analogía entre fenómenos que por su carácter irregular escapan a la formulación de leyes. Los "ídolos de la tribu" están presentes también en la tendencia conservadora de la mente humana, por la cual el hombre se resiste ante

cualquier novedad, y la asimila, distorsionándola, a algo que ya conoce; actitud que tiene por consecuencia el otorgar un carácter preeminente a la afirmación antes que a la negación. Los "ídolos de la tribu" surgen, también, de la propia vida emocional humana, de la inclinación a seguir las impresiones fuertes, con la consiguiente falta de objetividad en el momento de valorar los argumentos a favor o en contra de un principio. Estos ídolos conducen, finalmente, a la falsedad porque se apoyan en los datos engañosos que proporcionan los sentidos. Éstos impiden, a menudo, la captación de los delicados y sutiles cambios que se producen en la naturaleza.

Los *idola specus* (literalmente "ídolos de la caverna") proceden de las características específicas de cada individuo: de sus gustos, de su educación, de sus ocupaciones, etc. Emergen, por tanto, de la subjetividad y velan la auténtica naturaleza de la verdad por la misma proyección de este talante subjetivo, que hace que se valoren más los detalles que la totalidad, o viceversa, que se dé importancia a las diferencias o que se prescinda de ellas, etc.

Los *idola fori* ("ídolos del mercado") se originan por el contacto entre los hombres y derivan casi siempre del lenguaje. Causan un auténtico reino de la confusión, pues llegan a utilizar conceptos ilusorios para cosas inexistentes. "Cuando los conceptos fallan -dice Bacon-, los suplen oportunamente las palabras." Por esto, esos ídolos son los más molestos, porque su eliminación supone la liquidación de todas las falsas controversias verbales que han producido de forma puramente ilusoria.

Los *idola theatri* ("ídolos del teatro"), por último, son los que se derivan de las falsas teorías, que han engañado a los hombres a la manera como los hitrones engañan a su público en el teatro.

La segunda parte de *Novum organum* desarrolla propiamente el método inductivo de Bacon; es la *pars adstruens*, en la que se trata de construir el saber, una vez que se ha procedido a la crítica de los "ídolos" o errores. De acuerdo con la segunda vía de acceso a la verdad anteriormente referida, para Bacon lo más importante es colmar el vacío que el aristotelismo había dejado entre la observación empírica de los hechos y la precipitada generalización que luego sirve para deducciones falsas. Hay que proceder, por tanto, al establecimiento de las reglas que ha de seguir la experimentación, a fin de que la observación empírica sea rigurosa, y permita escalonadamente la formulación de unos axiomas intermedios y luego de unos principios más generales.

En el método inductivo de Bacon es esencial, en primer lugar, confrontar los hechos que se observan por medio de unas "tablas" que aseguren un orden a la experimentación. Las más importantes tablas son las de presencia *(tabula presentiae)*, las de ausencia (*tabula absentiae*) y las de grado *(tabula graduum)*. Las tablas de presencia se elaboran con el objeto de consignar en ellas los casos en que se verifica un determinado fenómeno. Las de ausencia, por el contrario, registran los casos en que, contra lo esperado, el fenómeno no se produce. La tabla de grados registra, finalmente, el aumento o la disminución del fenómeno. Otras tablas, como las de proximidad, desviación, etc., tienen el mismo objetivo que las mencionadas.

Un paso posterior se realiza al compa-

rar atentamente los datos registrados en las distintas tablas. Se puede entonces establecer una primera hipótesis que tiene sólo el valor de prueba y que hay que verificar empíricamente. Del error surgido en esta verificación se podrán establecer nuevas hipótesis, más aproximadas a la verdad. Ésta aparece a través del error, de ahí que sea fundamental en el método inductivo de experimentación el tener en cuenta las instancias negativas, los casos en que un fenómeno, dadas unas circunstancias similares, no se produce. Se trata, en suma, de un perfeccionamiento sucesivo de las hipótesis, en el curso del cual conviene registrar lo que Bacon llama "hechos prerrogativos", que por su utilidad especial o excepcional permiten controlar la generalización.

EL AUTOR EN EL TIEMPO

ANTECEDENTES. De Francis Bacon se ha dicho que es un pensador que surge aislado en el contexto de la sociedad inglesa del siglo XVI, y que sus antecedentes hay que buscarlos fuera de Inglaterra. Esta afirmación es bastante cierta, si se atiende al hecho que durante más de un siglo después de la muerte de Duns Scoto y de Guillermo de Occam el pensamiento inglés se caracteriza por su esterilidad. Pero no lo es del todo, si se considera que el citado Occam, por ejemplo, es un digno precursor del método inductivo sistematizado por el autor de *Novum organum*.

Por otra parte, Bacon se formó en Cambridge en un momento en que grandes polémicas se centraban en torno a la validez del aristotelismo. En este ambiente de controversia, el futuro barón de Verulam conoció la obra de los naturalistas italianos renacentistas, y en particular la de Bernardino Telesio, "el primero de los modernos", según apostrofó el propio Bacon, por cuanto en él se dio por primera vez una ruptura total con el sistema de Aristóteles.

Bacon se sitúa, de este modo, en una corriente intelectual que cobra su apogeo durante el Renacimiento y que se caracteriza por la discusión sobre la validez del pensamiento tradicional. Dentro de esta corriente, el autor de *Novum organum* es quien asume la crítica más radical de los antiguos sistemas, particularmente del más poderoso de todos ellos en el terreno de la ciencia: el aristotelismo. Bacon no sólo se opone a la lógica deductiva del Estagirita, sino que impugna los fundamentos de su filosofía, a la que considera vana y presuntuosa por haber buscado el conocimiento del mundo en el intelecto humano, en lugar de haberse centrado en la observación de la naturaleza.

Esta valoración negativa de la filosofía como saber recuerda a Montaigne. Y, efectivamente, Bacon reconoció la influencia en su obra del autor de los Ensayos cuyo escepticismo en cuestiones metafísicas le resultaron extraordinariamente útil para separar la religión de las consideraciones estrictamente científicas.

SU ÉPOCA. Entre los pensadores de la Europa de su tiempo, Bacon fue el que más agudamente comprendió el papel de la nueva ciencia, pues se dio cuenta con toda lucidez que una reforma del saber tradicional que diera preeminencia al conocimiento científico -a la observación de la naturaleza por encima de la especulación teórica- tendría unos efectos radicalmente transformadores, no ya de la cultura, sino de la misma estructura de la

sociedad.

Esta aguda comprensión no puede hacerse extensible, sin embargo, a otros aspectos fundamentales de la ciencia de su tiempo, que le pasaron desapercibidos, Bacon no dio ningún valor a la matemática, ni como ciencia ni como instrumento que podía ser aplicado a otras ciencias, No comprendió, por cierto, el trabajo de Galileo en su demostración del carácter matemático de las leyes físicas; no se apercibió de los progresos de la mecánica galileana, y en la controversia acerca de las teorías astronómicas de Kepler y Galileo adoptó posiciones científicas que ya estaban superadas. Pese a su tenaz oposición al aristotelismo, su pensamiento estuvo mucho más cerca de lo que él creía de la ciencia cualitativa; en último término, pues, de la física aristotélica.

Bacon no fue un científico, Fue, eso sí, un brillante pensador, preocupado sobre todo por los efectos de la ciencia. Este aspecto eminentemente práctico de su pensamiento le llevó a formular un método basado en la inducción como saber operativo en el que se prefigura la aspiración del hombre de llegar a dominar la naturaleza enteramente.

Influencia posterior. No es de extrañar, en consecuencia, que el Siglo de las Luces viera en él a uno de sus principales precursores. Ni que la prestigiosa e influyente Royal society londinense se acogiera a su filosofía experimental como fuente inspiradora de su trabajo científico.

Aunque el método inductivo de Bacon quedó desfasado después de la revolución newtoniana, algunos elementos de la obra de Bacon siguieron influyendo. Este es el caso de su clasificación de las ciencias, que fue adoptada por los enciclopedistas. Esta clasificación estaba basada en las facultades de la memoria, la fantasía y la razón. A la primera le correspondía el conocimiento histórico; a la segunda, el conocimiento poético, y a la tercera, el filosófico, que, a su vez, se clasificaba en tres apartados: teología natural, física y medicina, que confluían en lo que Bacon llamó *philosophia activa* o creación de instrumentos útiles.

Durante el siglo XIX, el pensamiento de Bacon fue revalorizado por los positivistas, desde Comte a Stuart Mill. La escuela escocesa de los filósofos del sentido común admiró igualmente al autor del *Novum organum*, y el historiador Thomas Macaulay exaltó la filosofía baconiana por contener ingredientes de utilidad y progreso.

Bacon ha sido visto, desde que se inició la revolución industrial, como un profeta de la misma y, por extensión, de los tiempos contemporáneos. Supo predecir, desde luego como nadie, el futuro de una sociedad dominada por la ciencia y por la técnica y tuvo, como pocos filósofos, una visión optimista de la Historia. Muchos de los sueños de la *Nueva Atlántida* han sido realizados. Pocos utopistas podrían decir algo semejante desde su pesimismo.

Fuente: Francis Bacon, *Novum Organum*, pp. 1-20.

GALILEO GALILEI

1564 Nace en Pisa, el 15 de febrero. Miembro de una vieja familia florentina venida a menos, recibe en sus primeros años de manos de su padre -el músico y notable musi-

cólogo Vincenzo Galilei- una educación humanística.

1581 Inicia estudios de medicina en la Universidad de Pisa, estudios que pronto abandona por las matemáticas, bajo la dirección de Ostilio Ricci.

1583 Descubre el isocronismo de las oscilaciones del péndulo al observar en la catedral de pisa el balanceo de una lámpara. Estudia física y se familiariza con la cosmología aristotélica.

1586 Habiéndose instalado en Florencia después de dejar inconclusos sus estudios universitarios, Galileo escribe un ensayo en que da cuenta del descubrimiento de la balanza hidrostática.

1589 Gracias a la fama obtenida por sus descubrimientos, Galileo es nombrado profesor de matemáticas en la Universidad de Pisa. Consciente de la importancia capital del movimiento en la física, investiga en este terreno y consigue refutar uno de los postulados de la física aristotélica: el de que cuerpos de distinto peso caen a distinta velocidad.

1591 La muerte de su padre agrava sus dificultades económicas, pues en lo sucesivo ha de atender al mantenimiento de su familia. En su época de profesor en Pisa, Galileo, además de ser famoso por sus investigaciones, lo era también por su temperamento ingenioso y mordaz, como lo demuestra un tratado que escribió contra el uso obligatorio del birrete y de la toga en la Universidad.

1592 Mejora su situación económica tras ser nombrado profesor de matemáticas en la Universidad de Padua, en donde permanecerá dieciocho años gozando de la libertad de pensamiento instaurada en la República de Venecia, e inmune a cualquier ataque de la Inquisición.

1593 De esta época datan aproximadamente dos obras de Galileo: una *Breve introducción a la arquitectura militar* y un *Tratado de fortificaciones*.

1597 Publica una exposición del sistema tolomeico denominada Tratado de la esfera o Cosmografía. En una carta a Kepler, Galileo declara: "Desde hace muchos años soy partidario de la opinión de Copérnico y encuentro que ésta aclara las causas de muchos fenómenos de la naturaleza que resultarian totalmente incomprensibles a base de la hipótesis que por lo común se admite."

1604 En este año Galileo ya tiene formuladas las leyes de la caída de los cuerpos tras estudiar el plano inclinado y como culminación de unas investigaciones que inició en Pisa en 1589.

1609 Estando en Venecia, Galileo conoce la existencia del telescopio. Inmediatamente construye uno nuevo -propiamente el anteojo ocular divergente, que lleva el nombre de Galileo- de mucha mayor potencia. Si bien Galileo no es el inventor de este instrumento, sí es, en cambio, el primero que le dio una utilización plenamente científica.

1610 Mediante su telescopio, Galileo realiza una serie de importantes descubrimientos astronómicos, tales como los cuatro satélites de Júpiter -a los que bautiza posteriormente con el nombre de Sidera Medicea, en honor a Cosme II de Toscana-, las fases de Venus, la cualidad irregular de la superficie de la Luna, diversas manchas en el Sol, etc. A fin de dar cuenta de estas investigaciones, Galileo

publica *Sidereus nuncius* (*Anuncio astronómico*), lo que le vale ser nombrado "filósofo y matemático primario del Gran Duque de Toscana".

1612 Liberado de sus necesidades económicas gracias a su nuevo cargo en Toscana, Galileo puede consagrar ahora todo su tiempo a la investigación. Polemiza con los aristotélicos en su *Discurso en torno a las cosas que están bajo el agua y que allí se mueven.*

1613 Publica *Historia y demostraciones en torno a las manchas solares y sus accidentes*, obra en la que Galileo, basándose en sus descubrimientos astronómicos, se declara abiertamente favorable al sistema copernicano.

1615 Los ataques contra Galileo se generalizan por parte de los defensores de la cultura tradicional (especialmente profesores y dominicos de filiación aristotélico-tomista). Empiezan a considerarse herejes las ideas galileanas. En una serie de cartas redactadas por esta época, Galileo defiende con vigor el sistema copernicano y reivindica la especificidad del lenguaje científico frente al lenguaje bíblico.

1616 En Roma, y ante las autoridades eclesiásticas, Galileo sostiene la validez de las teorías de Copérnico y su compatibilidad con la fe católica, pero sus tesis no son aceptadas. La Iglesia pone a la obra de Copérnico en el Índice de Libros Prohibidos y Galileo es amonestado por las jerarquías romanas para que deje de ocuparse de esta cuestión, que sólo puede ser tratada como "supuesto matemático".

1623 Tras varios años de silencio, Galileo entra en polémica con el jesuita Orazio Grassi, publicando *El ensayador*, que trata sobre la naturaleza de los cometas y en el que Galileo expone las características de su método científico.

1624 Galileo acude de nuevo a Roma con la esperanza de que el nuevo Papa Urbano VIII, hombre de mentalidad abierta a quien ha dedicado El ensayador, revoque la prohibición de 1616. Aunque no lo consigue, obtiene del Papa la autorización para escribir sobre los sistemas de Tolomeo y de Copérnico a condición de no comprometerse con ninguno de ellos, y siempre y cuando someta sus conclusiones a la censura eclesiástica.

1632 De acuerdo con la autorización papal, Galileo publica una de sus obras capitales, el *Diálogo sobre los sistemas máximos*, en el que dos personajes, Simplicio y Salviati, exponen ante un común interlocutor, Sagredo, las características respectivas del sistema tolomeico y del copernicano. Pese a su apariencia neutral, el *Diálogo* esconde una clara apología de las ideas copernicanas que no escapa a los jesuitas. La campaña que éstos promueven tiene por objetivo la derrota definitiva de las tesis galileanas.

1633 Los jesuitas consiguen que el Santo Oficio abra un proceso contra Galileo por sospecha de herejía. Viejo y enfermo, Galileo se ve forzado a comparecer ante el tribunal de la Inquisición en Roma. Acusado de mantener la doctrina -falsa y contraria a las Sagradas Escrituras- "de que el Sol es el centro del mundo, y de que no se mueve de Este a Oeste, y de que la Tierra se mueve y no es el centro del mundo", Galileo es reconocido culpable y obligado a abjurar de las ideas copernicanas. Su condena a prisión es finalmente conmutada por el Papa por la del aislamiento en Arcetri, cerca de Florencia, y sometido a la vigilancia inquisitorial.

1634 A pesar de la condena, así como de la muerte de una de sus hijas, Galileo concluye *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*, su obra más importante desde el punto de vista científico, pues en ella da forma definitiva a la ley de inercia y a la ley de composición de velocidades.

1638 En este año, Galileo, que está casi ciego, publica las *Consideraciones y demostraciones...* en Holanda.

1642 A pesar de su precaria salud, Galileo sigue investigando con la ayuda de sus discípulos Viviani y Torricelli hasta poco antes de su muerte. Ésta se produce en Arcetri, el 8 de enero de este año.

EL ENSAYADOR

En 1619, tres años después de que Galileo viera rechazadas sus tesis favorables al sistema copernicano por las jerarquías eclesiásticas, hicieron su aparición en el cielo tres cometas. Tal fenómeno, que no había sido tratado por Copérnico, provocó inmediatamente el interés de los astrónomos italianos. Uno de ellos, el jesuita Orazio Grassi, escribió una *Disputatio astronomica de tribus cometis*, en la que, adoptando los puntos de vista de Tycho Brahe, sostenía que los cometas giraban alrededor del Sol (lo que implicaba la acertada hipótesis de que los cometas son astros y no cuerpos corruptibles pertenecientes al mundo sublunar, según rezaba la física aristotélica).

Galileo, convencido que el anticopernicanismo de la Iglesia formulado en 1616 era debido esencialmente a la influencia de los jesuitas, quiso polemizar con las tesis de Grassi con el propósito de combatir el sistema de Tycho Brahe. En el fondo, pues, se trataba de seguir batallando por la verdad científica, y para que esta verdad fuera incorporada finalmente por la Iglesia (objetivo al que Galileo sólo renunció de su proceso en 1633).

Sin embargo, Galileo no tomó parte directa en la primera fase de esta polémica con Grassi. Sólo después de que Mario Guiducci defendiera las hipótesis galileanas respecto a la naturaleza de los cometas en *Discorso de lle comete*, y de que Grassi -utilizando el seudónimo de Lottario Sarsi Sigensano- contrarreplicara a Guiducci en su *Libra astronómica ac Philosophica*, sólo entonces se decidió a intervenir Galileo. Y lo hizo escribiendo El ensayador (título que hace referencia al artífice que mediante una "balanza justa y precisa" ensaya el grado de pureza del oro, y que se contrapone a la metáfora de Libra -es decir la balanza- empleada por Lottario Sarsi).

Si *El ensayador* fuera simplemente una exposición de la teoría galileana de los cometas, sería, sin duda, una obra menor, por cuanto que la hipótesis que avanza (los cometas son fenómenos ópticos semejantes a la aurora boreal o al arco iris) es totalmente errónea. Pero *El ensayador* es una de las grandes obras de Galileo, porque en ella se encuentran formuladas las características de la ciencia moderna frente al viejo y esclerotizado saber basado en el aristotélico conocimiento causal. Y porque en ella aparece vigorosamente delineado el impulso por construir un método que responda a las exigencias de esta nueva ciencia -exigencias referidas a la solución de problemas concretos y particulares.

La concepción galileana de la ciencia tiene por objeto explicar los fenómenos naturales, descubriendo las leyes que los regulan. Rechaza, en consecuencia, toda explicación causal, toda indagación sobre la esencia de los fenómenos. La causalidad aceptada por Galileo, en cualquier caso, no tiene que ver con propósito metafísico alguno; es una relación entre dos fenómenos, que no implica un conocimiento sobre su significado o sobre sus fines. Por decirlo en otras palabras: cuando Galileo estudia a Júpiter con el telescopio, le interesa investigar el movimiento de este planeta, a fin de descubrir las leyes mecánicas que regulan tal movimiento; pero prescinde totalmente de hacer preguntas sobre la finalidad del planeta, o sobre el lugar que ocupa en el universo y que le ha sido otorgado por el Creador.

Con Galileo nace, así, una nueva manera de "preguntar" a la naturaleza: nace un nuevo método científico, cuyas características se van a referir ahora.

Se dice en *El ensayador* que el universo "está escrito en lenguaje matemático, y las letras son los triángulos, círculos y otras figuras geométricas, sin las cuales es humanamente imposible entender una sola palabra". Esto quiere decir que las preguntas que hay que hacer a la naturaleza han de ser formuladas en un lenguaje matemático. Pero quiere decir también que, para Galileo, la naturaleza no es un conjunto caótico e irracional en el que se suceden diversos acontecimientos, sino que está verdaderamente regulada por leyes, susceptibles de ser comprobadas.

Es decir que, de un lado, la naturaleza se expresa a unos hechos empíricos, pero, de otro lado, estos hechos sólo pueden ser leídos mediante un lenguaje matemático. Para Galileo los fenómenos han de ser explicados partiendo de una teoría matemática -esto es de unas definiciones generales, de unos axiomas y teoremas- de la que quepa deducir los fenómenos mismos. La mera observación empírica -ya presente en el método aristotélico- no basta; es preciso establecer unos principios generales que luego demostrarán su carácter científico si son confirmados por la experiencia. Una teoría no confirmada por la experiencia es una teoría abstracta, que conserva un valor matemático, pero que al no ser corroborada por la observación empírica no tiene valor como teoría física.

El método que Galileo crea, el método experimental, consiste en un proceso que, como se ve, combina un carácter matemático, racionalista, con un carácter empírico. Mediante él, se trata de hacer corresponder los números con los fenómenos; se trata, en una palabra, de hacer mensurable todos los fenómenos. Sólo aquello que es posible medir posee las características de un quehacer plenamente científico, ya que combina lo matemático con lo empírico, la deducción con la inducción.

Se entenderá ahora la afirmación capital que Galileo hace en *El ensayador* y que antes se ha referido: el universo está escrito en un lenguaje matemático; sin éste no se puede entender una palabra. Es decir, nada se puede saber acerca de la esencia metafísica de la realidad, puesto que no es mensurable, pero la ciencia, mediante el conocimiento de lo que es mensurable, puede determinar las leyes que regulan los fenómenos de la naturaleza.

En un célebre pasaje de *El ensayador* -contenido en el parágrafo 48-, Galileo da cuenta de esta distinción estableciendo la di-

ferencia entre cualidades que pueden ser mensurables -y que el filósofo inglés Locke les dio la denominación de cualidades primarias- y cualidades que no poseen esta característica: "Digo que en el momento en que imagino una materia o sustancia corpórea, me siento en la necesidad de imaginar, al mismo tiempo, que esta materia está delimitada y que tiene esta o aquella forma, que en relación con otras es grande o pequeña, que está en este o en aquel lugar, en este o aquel tiempo, que se mueve o que está en reposo, que está o no en contacto con otro cuerpo, que es una, pocas o muchas; ni con gran imaginación puedo separarla de estas condiciones; pero que deba ser blanca o roja, amarga o dulce, sonora o muda, de olor agradable o desagradable, no me siento en la necesidad de forzar mi mente para tener que representármela acomodada a tales condiciones; más bien si los sentidos no las hubieran advertido, tal vez la razón o la imaginación por sí mismas no lo hubieran logrado nunca. Por ello, pienso que estos sabores, olores, colores, etc., por parte del sujeto en el que parece que residen, no son más que meros nombres..."

Si hasta aquí se han expuesto algunas de las principales características del método experimental y de la concepción científica que Galileo inaugura, cabe mencionar finalmente otro aspecto esencial e innovador de la ciencia galileana, y que está presente a lo largo de *El ensayador*: tal aspecto no es otro que el de la apertura que se da hacia la técnica. En Galileo existe la voluntad de utilizar todos los recursos que es capaz de ofrecerle la técnica del momento, a fin de hacer más rigurosa la observación empírica; e inversamente, existe en él una idéntica voluntad de utilizar los descubrimientos científicos en la resolución de problemas técnicos. Galileo comprendió que sin una continua interacción entre teoría y práctica no podía haber progreso científico: de aquí que considerara agudamente que la ciencia no puede sino avanzar.

EL AUTOR EN EL TIEMPO

ANTECEDENTES. Es inevitable, al referirse a los antecedentes de Galileo, mencionar a Copérnico. La confirmación del sistema copernicano es, en efecto, el gran *leit-motiv* de las investigaciones galileanas, tanto en mecánica como en astronomía. Pero, al mismo tiempo, es preciso citar el nombre de Giordano Bruno, el pensador italiano que acabó en la hoguera de la Inquisición. Bruno, que fue el primero en dar una basamentación filosófica a la teoría copernicana, mantuvo una estrecha relación con Galileo en Venecia antes de que fuera prendido por el Santo Oficio.

También como antecedente cabe citar a Tycho Brahe, el astrónomo danés maestro de Kepler, aunque se trata de una antecedente negativo, por cuanto es criticado sistemáticamente por Galileo en su concepción intermedia, híbrida, entre un universo que sigue siendo medieval (el Sol y la Luna giran en torno a la Tierra), a la vez que es un poco copernicano (los restantes planetas giran en torno al Sol). Ya antes se ha referido cómo en la polémica que está en el origen de *El ensayador*, Galileo pretende combatir a fondo las teorías de Tycho Brahe, sospechosamente adoptadas por los jesuitas.

Junto a Copérnico, Bruno y Brahe, Galileo tiene su punto de partida, asimismo, en Viète, Tartaglia y Cardano, por sólo citar tres

cualificados nombres de la matemática del siglo XVI. El método experimental no hubiera sido concebido por Galileo de no mediar el desarrollo matemático que se da en la Europa del Renacimiento. Y, del mismo modo, puede afirmarse que las concepciones científicas de Galileo no hubieran sido posibles sin la herencia renacentista. Tal herencia es la que determina, de modo muy fundamental, la idea, tan presente en Galileo, de que la ciencia no debe escindirse en su relación con el mundo, y de que debe aceptar hasta la más humilde de las aportaciones científicas.

Su época. Galileo gozó de un enorme prestigio en su tiempo, tanto en Italia como en Europa; A sus contemporáneos no se les escapó que el gran científico toscano había construido los cimientos de la dinámica ni les pasó inadvertida la importancia de la ley de caída de los graves. Entre otras cosas porque el propio Galileo se encargó de difundir sus descubrimientos.

Esta difusión del conocimiento científico obedece a una actitud característica de Galileo, actitud que está en el origen de todos los enfrentamientos que hubo de sostener a lo largo de su vida y que reposa en una indiscutible fe en la razón y en el progreso. Galileo planteó el nombre de estos principios una batalla a la cultura tradicional de su tiempo, valiéndose de la pluma y utilizando el italiano en lugar del latín, precisamente para favorecer un mayor conocimiento de la ciencia. Baste recordar que los mayores conflictos que Galileo sufrió arrancan de la publicación de sus obras, ya fuera el *Sidereus nuncios* o el *Diálogo sobre los sistemas máximos*, que le valió ser procesado por la Inquisición.

A diferencia de otros científicos de su época, Galileo sostuvo esta larga lucha contra el saber tradicional, porque captó como nadie que la ciencia debía conquistar un terreno autónomo en el seno de la cultura. Y para lograr esta autonomía le era preciso conciliarse con la verdad revelada. El enfrentamiento de Galileo con la Iglesia de su tiempo refleja la tensión entre la verdad de la Biblia y la verdad científica, que Galileo no estimaba incompatibles. La derrota final sellada por el proceso de 1633 determinó que en el futuro los científicos esquivaran a toda costa entrar en colisión con la Iglesia, y de que no intentaran complementar, como lo hizo Galileo, la verdad revelada con la verdad que surge de toda investigación científica.

Influencia posterior. Galileo ha pasado a la Historia como uno de los mayores investigadores de todos los tiempos y como la mente más genial del Renacimiento italiano. Su lugar en la evolución del pensamiento científico es fundamental. "Tanto lo que nos gusta como lo que nos disgusta de la edad en que vivimos -su crecimiento de población, su mejoramiento en santidad, sus trenes, automóviles, radio, política y anuncios de jabón-, todo proviene de Galileo. Si la Inquisición le hubiese cogido joven, no podríamos ahora gozar de las delicias de la guerra aérea y de los gases envenenados ni, por otra parte, de la disminución de la pobreza y de las enfermedades, que es característica de nuestra época." Esta valoración que Bertrand Russell hace de Galileo en *La perspectiva científica* ilustra este lugar fundamental que ocupa el gran científico toscano en la historia de la ciencia, pues junto a Copérnico y Kepler, puso las bases para la superación de la imagen medieval del mundo y preparó el terreno en el que pudo darse la gran revolución newtoniana del siglo XVIII.

Aunque Galileo no fue un filósofo, la incidencia de sus ideas en el campo de la filosofía fue asimismo muy importante. De un lado, su obra alentó las concepciones mecanicistas de filósofos como Hobbes o Locke. De otro, el valor que otorgó a la razón lo convierten en uno de los precursores de la Ilustración.

Fuente: Galileo Galilei, *El ensayador*, pp. 1-20.

RENÉ DESCARTES

1596 El 31 de marzo nace en La Haye, aldea de la región francesa de Turena, René Descartes, tercero de los hijos de Joachim Descartes, miembro de la nobleza y consejero del Parlamento de Rennes.

1597 Muere su madre a causa de una pulmonía. Descartes será, en lo sucesivo, un niño débil y enfermizo, al que se prodigarán cuidados especiales.

1604 Ingresa en el colegio de La Flèche, regentado por jesuitas, y que es uno de los centros de enseñanza de más prestigio de la época. Allí recibe una sólida instrucción clásica y científica, orientada según los principios de la filosofía escolástica.

1614 Concluye su instrucción en La Flèche. A continuación, cursa estudios de leyes en la Universidad de Poitiers.

1618 Dispuesto a "viajar, ver cortes y ejércitos", se alista en el ejército del príncipe Mauricio de Nassau, que, aliado de Francia, combatía a la sazón a los españoles en los Países Bajos. En esta primera estancia en Holanda, Descartes entra en relación con Isaac Beeckmann, rector del Colegio de Dordrecht y notable investigador en los campos de la mecánica y de la hidrostática. Mediante esta fructífera relación, Descartes reaviva su interés por el estudio.

1619 Abandona Holanda. Se alista en el ejército de Maximiliano de Baviera y asiste en Frankfurt a la coronación del emperador Fernando II. En la noche del 10 de noviembre, estando acampado en Neuburg, junto al Danubio, descubre, lleno de entusiasmo, "los fundamentos de una ciencia admirable". Descartes ha conseguido vislumbrar el método que ha de permitir el descubrimiento de la verdad en cada una de las ciencias. Por haber ideado lo que será su plan científico-filosófico, da gracias a la Virgen y se compromete a hacer una peregrinación a Loreto.

1626 Después de haber servido nuevamente en el ejército imperial en Bohemia y Hungría, de haber viajado por varios países y de haber residido en Italia cerca de dos años, Descartes regresa a Francia. En París, lleva una vida dedicada totalmente al estudio y se relaciona con los espíritus más cultivados de la época, como el padre Marin Mersenne.

1628 Participa en el sitio de La Rochelle. Por esta época, escribe, al parecer, las *Reglas para la dirección del espíritu* que, publicadas póstumamente en 1701, constituye lo que será el primer diseño de la filosofía cartesiana.

1629 Se instala en Holanda, donde residirá, salvo breves interrupciones, hasta 1649, llevando una vida solitaria y retirada, consagrada totalmente a la construcción de su sistema filosófico. En este mismo año inicia la

redacción de un vasto tratado cosmológico: *El mundo, o Tratado sobre la luz.*

1633 Escribe *Del hombre*, a modo de prolongación de *El mundo*, tratado que renuncia a publicar al producirse la condena de Galileo por la Iglesia. En lo sucesivo, Descartes adoptará siempre una actitud prudente en el momento de manifestar sus puntos de vista, al considerar las polémicas inútiles y desgastadoras de energía. Esto explica por qué algunas de sus grandes obras fueron publicadas póstumamente, y explica, asimismo, la confianza de Descartes en que la verdad acaba imponiéndose con el tiempo.

1637 Publica los tratados *Dióptrica, Meteoros y Geometría*, precedidos de una introducción a la que intitula *Discurso del método*. Aunque posteriormente el *Discurso* se ha independizado de los tratados a que precedía, Descartes lo concibió con este carácter de prólogo, lo cual explica tanto su aspecto autobiográfico como su composición asistemática.

1641 Publica las *Meditaciones metafísicas*, obra escrita en latín como casi todas las de Descartes y que llevaba por título original *Meditationes de Prima Philosophia*. Iniciada su redacción diez años antes, Descartes la edita con las objeciones de filósofos como Grassendi y Hobbes (pues había sometido el texto a la opinión de diversos pensadores importantes del momento) y con su respuesta a dichas objeciones. Pese a su carácter reservado, Descartes es reconocido, tras la publicación de las Meditaciones, como uno de los filósofos más importantes de la época. Pero, al propio tiempo, el impacto que causa la obra le envuelve en una atmósfera no deseada de polémicas, hasta el punto de ser acusado de ateo por el rector de la Universidad de Utrecht.

1644 Da a conocer una de sus obras más importantes, los *Principios de Filosofía*, editada en francés tres años más tarde, y en la que rechaza cualquier explicación extrínseca, ya sea teológica o simplemente espiritualista, de los fenómenos físicos. Por esta época sostiene una intensa correspondencia con la princesa Isabel del Palatinado. Este epistolario, en el que cabe incluir a otra admiradora de la filosofía de Descartes, la reina Cristina de Suecia, es de importancia en la obra cartesiana, por cuanto amplía muchos de los temas que, como los éticos, no fueron tratados sistemáticamente por el filósofo.

1649 Concluye la última de sus grandes obras, el *Tratado de las pasiones humanas*, en el que, aparte de tratar cuestiones morales, indaga acerca de los fenómenos que se derivan de la unión entre alma y cuerpo. Encontrando amenazada su tranquilidad en Holanda, acepta trasladarse, en octubre, a la corte de Cristina de Suecia, en Estocolmo.

1650 La dureza del clima nórdico termina por minar la frágil salud del filósofo. Habiendo contraído una pulmonía, Descartes muere unos días después, el 11 de febrero, en Estocolmo.

DISCURSO DEL MÉTODO

Publicado en 1637 a modo de introducción de los tratados *Dióptrica, Meteoros y Geometría*, el *Discurso del método* constituye la primera gran obra filosófica y científica escrita en francés. Es, además, el texto más célebre de Descartes y el que, junto con el *Novum*

Organum de Francis Bacon, se convirtió en punto de partida de la nueva filosofía inaugurada en la Europa del siglo XVII. Precisamente su carácter fundacional se hace patente en la primera parte, donde en forma autobiográfica se desarrolla una crítica del saber tradicional, en particular de la tradición aristotélico-tomista, por su forma extrínseca al proceso del conocimiento. La necesidad de encontrar un método surge de la exigencia cartesiana de hallar un instrumento que permita por sí mismo la búsqueda de la verdad.

Este método se funda en la *duda metódica* -que no escéptica- y empieza por criticar todo aquello que no es evidente, todo lo dado y aceptado, erróneamente, como verdadero conocimiento. La duda metódica ha de cuestionar, por tanto, los datos de los sentidos, puesto que la certeza empírica nunca es total. La confusión que establece el sueño y la vigilia, por ejemplo, indica que los objetos empíricos no gozan de una efectiva evidencia. Hay que dudar hasta de la existencia del propio cuerpo, porque se trata de descubrir una verdad no troceada por la duda y de una evidencia tal que resista cualquier tipo de objeción.

El primer y más característico ejemplo de una verdad absolutamente evidente es el contenido en el *Cogito, ergo sum*, en el "pienso, luego existo", pues aun en la misma duda, o en el mismo hecho de dudar o de estar engañado, es incontestable la verdad de que se está pensando. Esta "admirable revelación" del Cogito está así en el corazón mismo de la filosofía cartesiana, y por su carácter inmediato pertenece al tipo de conocimiento que Descartes adscribió a la intuición. Esta es "la concepción de un espíritu puro y atento, tan clara y tan distinta que no nos queda duda alguna acerca de lo que comprendemos".

Los criterios de claridad y distinción constituyen el núcleo de la primera de las reglas de que se compone el método cartesiano. La segunda regla es de carácter analítico y consiste en dividir cada una de las dificultades en tantas partes como sea posible. La tercera de las reglas postula la necesidad de ordenar el pensamiento de lo simple a lo complejo, en una ascensión gradual. Finalmente, la cuarta regla habla de hacer en todo enumeraciones tan completas que no omitan nada.

Para Descartes, pues, el método está constituido por "unas reglas ciertas y fáciles, gracias a las cuales todos aquellos que las observen exactamente, nunca supondrán que es verdadero lo que es falso, y alcanzarán progresivamente el conocimiento verdadero de todo aquello que puedan alcanzar o aprehender". De ahí se desprende que el método es una manera de juzgar bien, pues lo que alcanza el método es un juicio, un procedimiento de cautela que permite no confundir lo verdadero con lo falso. Y dado que el método se ciñe a juzgar bien, puede aplicarse a cualquier tema: es universal.

Obtenido el criterio de verdad y alcanzada la evidencia del propio existir como "cosa pensante", Descartes desarrolló en la cuarta parte del Discurso del método las ideas esenciales de su filosofía. En primer lugar, parte de la fundamentación establecida en el Cogito, en el pensar; pero, antes de establecer la mediación del sujeto con el objeto, Descartes instaura una etapa intermedia: se trata de demostrar la existencia de Dios antes que la del mundo, pues es necesario obtener una garantía metafísica del criterio mismo de verdad. La demostración cartesiana de la existencia de Dios es, sucintamente, ésta: nuestro conocimiento, que es imperfecto, tiene idea de la perfección, esto es, de Dios; pero,

dado que lo perfecto no puede derivarse de lo imperfecto, la idea de perfección no puede sobrevenir sino del mismo Dios; no es una idea *adventicia*, proveniente de los objetos externos, ni tampoco *ficticia*, es decir, creada por uno mismo arbitrariamente; la idea de Dios es una idea *innata*, que no deriva de la voluntad, sino de la facultad de pensar.

Para Descartes, Dios es una sustancia, una realidad cuya existencia no tiene necesidad de otra realidad para existir. No puede concebirse, por tanto, la perfección de Dios sin su existencia. En consecuencia, si Dios existe como ser perfecto, ha de ser absolutamente veraz y, por ello, no puede permitir nuestro engaño. De ahí la garantía metafísica antes mencionada: las ideas claras y distintas han de referirse forzosamente a una verdadera realidad. En el sistema cartesiano Dios es la clave de bóveda en la que convergen ideas y realidad.

Ahora bien, esta convergencia apunta a un dualismo, que es también característico de la filosofía de Descartes: el de las almas, sustancias cuyo atributo -como evidenció el descubrimiento del Cogito- es el pensamiento, y el de los cuerpos, sustancias cuyo atributo es el de la extensión. La separación entre alma y cuerpo, es para el autor del *Discurso del método*, tajante, pues ambos pertenecen a órdenes distintos. El alma pensante es inextensa y se separa del cuerpo cuando éste muere, a pesar de estar ubicada en un pequeño órgano, la glándula pineal. Los animales no poseen alma pensante, pues ésta se revela a través de la palabra, única e incontrovertible prueba de que el pensamiento existe o se halla en un cuerpo.

La extensión, en cambio, es lo que, como se ha dicho, caracteriza el mundo de los cuerpos. Ello quiere decir que este mundo es susceptible de orden y medida ("mide todo lo mensurable", había sentenciado Galileo), y que puede, y debe, ser conocido científicamente, sin apelar a la explicación de fuerzas ocultas. Para Descartes, las ciencias forman un todo unitario, al que cabe conocer en su mutua dependencia. Este conjunto unitario que es la sabiduría humana está articulado de manera racional, según el orden y la medida. Si la intuición permitía un conocimiento inmediato, la deducción, como intuición continuada -puesto que es la "conclusión necesaria de otras cosas conocidas con certeza, obtenida mediante un movimiento continuo y sin interrupción del pensamiento, que tiene una intuición clara de cada cosa"-, permite ascender por este todo racional y unitario hasta la filosofía como saber total.

Dadas las implicaciones del dualismo cartesiano, es importante ver qué moral lo regula. Esta, de forma "provisional", aparece expuesta en la tercera parte del *Discurso del método*, y permanece como provisional a lo largo de toda la obra de Descartes. Ello se explica porque la moral, "último y supremo grado de la sabiduría", no puede ser construida si antes no se ha elaborado una filosofía, en especial una metafísica. De ahí que Descartes no escribiera ningún tratado sistemático de ética. Y, puesto que su única contribución a este campo fue el *Tratado de las pasiones*, las normas provisionales del *Discurso* acabaron siendo definitivas.

La primera regla que Descartes propone es la de obedecer las leyes y costumbres del propio país, "conservando constantemente la religión en que Dios me ha concedido la gracia de que me instruyera desde niño"; es decir, acatamiento al *statu quo* y aceptación sin reserva alguna de todo lo que entra en ma-

teria de fe, adoptando siempre un punto de vista moderado. La segunda regla postula la mayor firmeza y resolución en las propias acciones, a la vez que "seguir con tanta constancia en las opiniones más dudosas, una vez resuelto a ello, como si fueran muy seguras" La tercera regla reza que hay que vencerse a uno mismo antes que a la fortuna, y que hay que alterar los propios deseos "antes que el orden del mundo", así como habituarse a creer que "sólo nuestros pensamientos están enteramente en nuestro poder". Finalmente, hay una cuarta regla que Descartes se propuso como meta de su vida y que no fue otra que la de dedicarse enteramente al cultivo de la razón. El conformismo de las anteriores reglas queda, de este modo, compensado por la máxima exigencia ética del cartesianismo: aceptar a la razón como guía suprema de nuestro comportamiento, identificándola con la virtud.

EL AUTOR EN EL TIEMPO

Antecedentes. El Renacimiento no llegó a crear un sistema filosófico a la altura de los grandes progresos que propició en el terreno de las ciencias. El aristotelismo -o, por mejor decir, la tradición aristotélico-tomista- era en esta época una filosofía no superada, pero, al mismo tiempo, contaba con un evidente desfase en relación con las necesidades de una ciencia que se acercaba paulatinamente, con sus premisas de cuantificación y experimentación, a la madurez. Era preciso, por tanto, una síntesis filosófica capaz de integrar las conquistas del humanismo renacentista con las exigencias de una nueva metafísica. Si de un lado había que garantizar el desarrollo de la investigación científica desvinculando la ciencia de la religión, de otro había que construir desde la filosofía el lazo que -por utilizar una imagen del *Fausto* de Goethe- engarzara los distintos saberes formando una totalidad no afectada por el carácter fragmentario de las disciplinas empíricas.

Su época. Descartes fue quien materializó esta síntesis. Al igual que Francis Bacon, aportó un método filosófico y científico mediante el cual la experimentación se convertía en una aliada del pensamiento deductivo. Pero más allá del empirismo de Bacon, Descartes creó un sistema del mundo que hizo posible que la ciencia pudiera desarrollarse libre de trabas según su propia lógica, aun a costa de escindir el sujeto pensante de la materia extensa. Y al garantizar metafísicamente su teoría del conocimiento, afianzó la fe del hombre en su propia razón y, por tanto, en su capacidad científica de llegar algún día a dominar la naturaleza.

La revolución intelectual que supuso la construcción del sistema cartesiano se dio en una época de grandes avances científicos. El propio Descartes, físico y, sobre todo, gran matemático, fue quien contribuyó a crear, junto con los matemáticos Pascal y Fermat, la geometría analítica clásica. Fue en esa época cuando Napier introdujo los logaritmos, también en el campo de las matemáticas; cuando Pascal y Torricelli dieron un gran impulso a la mecánica de los fluidos. Y fue en esa época cuando se registraron los formidables avances de Kepler y Galileo en el campo de la astronomía, preludio de la gran síntesis newtoniana, o cuando se produjo el capital descubrimiento de la circulación de la sangre, realizado por el médico inglés William Harvey. Es por ello que Descartes figura entre los fundadores de la ciencia moderna, ex-

perimental y cuantitativa a la vez que está considerado como el primer filósofo de la Edad Moderna, pues liberó su pensamiento de cualquier lastre escolástico.

Influencia posterior. Al otorgar a la razón la primacía sobre la experiencia, Descartes dio lugar a una corriente filosófica, el racionalismo, que tuvo por continuadores a Spinoza y Leibniz (a pesar de sus críticas al cartesianismo). Estos dos filósofos llevaron las posibilidades del racionalismo a sus últimas consecuencias, en contraposición al empirismo inglés de Bacon, Hobbes y Locke. De este modo, la influencia del pensamiento cartesiano derivó, a través del racionalismo, en uno de los componentes, junto con el em-pirismo, de la gran síntesis filosófica efectuada por Kant en el siglo XVIII, y que tanta trascendencia tendrá en el panorama de la filosofía posterior.

La filosofía de Descartes, al subrayar la importancia fundamental del sujeto *(el Cogito)* como base de todo pensamiento, está en el origen del idealismo, que alcanzará su plenitud en la Alemania del siglo XIX (no en vano Hegel llamó a Descartes el padre de la filosofía moderna). Asimismo, el cartesianismo está en la base de toda metafísica que, en la tradición occidental, ha concedido mayor importancia al pensamiento que a los objetos (ideales o reales), que ha fundamentado el pensamiento como el punto de partida de cualquier verdad ulterior.

El cartesianismo influyó también en corrientes filosóficas menos poderosas, como el ocasionalismo, que tuvo a uno de sus grandes representantes en Malebranche. Su dualismo entre sustancia pensante y sustancia extensa fue adoptado en el siglo XVII por Port Royal y tuvo seguidores entre los miembros del oratorio de Francia, fundado por Pierre de Bérulle.

En el terreno científico, el método cartesiano produjo fecundos resultados al permitir ordenar y clarificar el saber de distintas ciencias, desde la química y la dinámica del siglo XVIII hasta la bacteriología del siglo XIX. Sin embargo, la metafísica cartesiana fue desplazada poco a poco, a medida que la ciencia alcanzaba su mayoría de edad, y al igual que ocurrió con el aristotelismo.

Esta pérdida de vigor del cartesianismo en el campo científico no ha impedido que algunos de sus aspectos filosóficos fueran revalorizados por notables pensadores del siglo XX, como es el caso de Jaspers y, muy especialmente, de Husserl, quien en sus *Meditaciones cartesianas* propone un renacimiento filosófico que tendría por base un regreso al *ego cogito*, al carácter genuinamente radical y autorresponsable, en el campo de toda filosofía viva.

Fuente: René Descartes, *Discurso del método*, pp.1-18.

MARTÍN LUTERO

Martín Lutero fue un teólogo alemán y el mayor líder de la reforma protestante. Se le considera el padre de Protestantismo.

Principios de su Vida. Lutero fue hijo del minero Saxon, nació en Eisleben el 10 de noviembre de 1483. Entró en la Universidad de Erfurt cuando tenía 18 años. Después de

su graduación empezó a estudiar leyes en 1505. En julio de ese año entró en el monasterio de los agustinos en Erfurt, donde fue ordenado en 1507. El siguiente año fue enviado a Wittenberg, donde continuó sus estudios y se letró en filosofía moral. En 1511 recibió el doctorado en teología y un nombramiento como profesor de las Sagradas Escrituras. Lutero visitó Roma en 1510 por asuntos de su orden y se impactó al encontrar corrupción en altos puestos eclesiásticos.

El estaba influenciado por la teología escolástica de su tiempo, pero al estudiar la Biblia, especialmente las epístolas de san Pablo encontró que sus enseñanzas divergían cada vez más de las creencias tradicionales de la Iglesia romana. Sus estudios lo llevaron a la conclusión de que Cristo era el único mediador entre Dios y el hombre y que el perdón del pecado y salvación se obtienen sólo por la Gracia de Dios y a su vez son recibidos sólo por la fe por parte del hombre. Su acercamiento a la teología pronto llevó a un choque entre Lutero y autoridades de la Iglesia, precipitando los dramáticos eventos de la Reforma.

Disputa sobre las Indulgencias. La doctrina de las Indulgencias, con su visión mecánica de pecado y arrepentimiento, alzó la indignación de Lutero. La venta de las indulgencias por la Iglesia -la remisión de castigos temporales por pecados cometidos y confesados a un sacerdote- trajo muchas ganancias. El arzobispo de Mainz, Alberto de Brandenburgo, respaldó tal venta en 1517 para pagar al Papa por su nombramiento en Mainz y por la construcción de san Pedro en Roma. Él seleccionó a Johann Tetzel, un fraile dominico, para predicar las indulgencias y colectar las rentas. Cuando Tetzel llegó a Saxon, Lutero fijó sus 95 famosas tesis en la puerta de la iglesia del castillo en Wittenberg en octubre 31 de 1517. Aunque algunas de estas tesis criticaban directamente las políticas papales, éstas fueron puestas adelante como objeciones tentativas para discusión.

Copias de las 95 tesis fueron rápidamente propagadas por toda Europa y desató una tormenta de controversia. Durante 1518 y 1519, Lutero defendió su teología antes que sus compañeros agustinos debatieran en Leipzig con el teólogo Johann Eck, que había condenado las ideas de Lutero. Mientras tanto, oficiales eclesiásticos actuaron en contra de él. El Saxon Dominico Provinicial lo cargó de herejía, y fue citado para aparecer en Augsburgo ante el legado papal, Cardenal Cajetan. Rechazando retractarse. Fue a Wittenberg, buscando la protección del elector Frederick III de Saxony. Cuando la facultad de Wittenberg envió una carta a Frederick declarando su solidaridad con Lutero, el elector rechazó enviar a Lutero a Roma, en donde él podría ciertamente encontrar la prisión o muerte.

Reformas. En 1520, Lutero terminó tres célebres trabajos en donde explicó sus puntos de vista. En su Dirección para la Nobleza Cristiana de la Nación Alemana, invitó a los príncipes alemanes para tomar la reforma de la iglesia en sus propias manos; en *Un Preludio Concerniente al Cautiverio Babilonio de la Iglesia,* atacó el papado y la teología en curso de los sacramentos; y en *La Libertad de un Hombre Cristiano,* apuntó su posición en justificación y buenas obras. La bula del Papa León X "Exsurge Domine", emitida el 15 de junio de ese mismo año, dio a Lutero 60 días para retractarse, y en *"Decet Romanum Pontificem"* el 3 de junio de 1521 lo excomulgó.

Antes fue convocado por Carlos V en el Régimen de Worms en abril de 1521; Lutero rechazó de nuevo de retractarse y fue puesto bajo exclusión del imperio. Tomó refugio en el castillo de Wartburg, donde vivió retirado por ocho meses. Durante este tiempo tradujo el Nuevo Testamento al alemán y escribió algunos panfletos. En marzo de 1522 regresó a Wittenberg para restaurar el orden en contra de los iconoclastas entusiastas que estaban destruyendo altares, imágenes y crucifijos. Su trabajo reformista durante los años subsecuentes incluyeron la escritura de los Pequeños y Largos Catecismo, libros de sermones, más de una docena de himnos, como 100 volúmenes de tratados (folletos), tratados, comentarios bíblicos, cientos de cartas, y la traducción de toda la Biblia al alemán.

Con Phillipp Melanchthon y otros, Lutero organizó las iglesias evangelistas en el territorio alemán, cuyos príncipes lo apoyaban. Abolió muchas prácticas tradicionales, incluyendo la confesión y las misas privadas. Lutero perdió parte del apoyo popular cuando preconizó la supresión de la Rebelión de los Caballeros (1522) y la Guerra del Campesino (1524-26); su fracaso de alcanzar acuerdo doctrinal con Ulrich Zwingli en la naturaleza de la Eucaristía (1529) expandió el movimiento de Reforma. No obstante, Lutero encontró consuelo personal con su matrimonio (1525) con una antigua monja cisteriana, Katherina von Bora: ellos criaron seis niños.

En Worms, Lutero quedó solo. Cuando los evangelistas presentaron la Confesión de Augsburg a Carlos V y el Régimen de Augsburg en 1530, muchos teólogos, príncipes y ayuntamientos de la ciudad se suscribieron a esa clásica declaración de fe protestante. Más tarde, en 1545, Lutero fue pedido que arbitrara una disputa en Eisleben; a pesar del helado clima de invierno, Lutero viajó a ese lugar, el acuerdo fue tomado el 17 de febrero de 1546, pero Lutero murió el siguiente día. Por el tiempo de la muerte de Lutero, una gran parte del norte de Europa había dejado la Iglesia Romana Católica por nuevas comunidades evangélicas.

Lutero dejó atrás un movimiento que se propagó rápidamente por todo el oeste del mundo. Sus doctrinas, especialmente justificación por fe y la final autoridad de la Biblia, fueron adoptadas por otros reformistas y son compartidas por muchas denominaciones protestantes hoy en día. Como fundador de la Reforma del siglo XVI, es una de las mayores figuras del cristianismo y de la civilización del oeste.

Fuente: *Grolier Electronic Publishing, Inc.*

APÉNDICE DOCUMENTAL 2

PERSONAJES RELEVANTES

Adelardo de Batil. Sabio benedictino inglés de la primera mitad del siglo XII nacido en Bath on Avon. Viajó por gran parte del mundo entonces conocido; divulgó las ciencias árabes y tradujo diversas obras, entre otras las tablas astronómicas de Al-Khuwarizmi y los *Elementos* de Euclides, y escribió un tratado sobre el astrolabio y otro sobre la identidad y la diversidad, *De oedem et diverso.*

Ademar de Chabannes. Historiador y monje benedictino francés, nació en Chabannes, Limousin, y murió en Jerusalén (988-1034). Fue autor de una crónica llamada en algunos manuscritos *Chrónicon Aquitánicum*, que comprende desde los tiempos legendarios del rey Faramundo hasta 1028. Se compone de tres libros, el último de los cuales reviste gran importancia histórica por basarse en crónicas y documentos desaparecidos en su mayor parte.

Adriano V. Pontífice romano, sobrino de Inocencio IV. Nació en la ciudad de Génova, siendo elegido cardenal diácono de San Adrián por los años de 1251. En tiempo de Inocencio IV y de Clemente IV fue dos veces legado pontificio en Inglaterra, logrando terminar las diferencias existentes, en aquella época, entre el rey Enrique III y la nobleza inglesa, y después de la muerte de Inocencio V, ocurrida en 11 de julio de 1276, fue elevado al solio pontificio, correspondiéndole el número 188 en el orden cronológico de los papas. Su muerte ocurrió en Viterbo el día 18 de agosto del mismo año. No fue consagrado obispo, ni ordenado de presbítero, pues era sólo cardenal diácono cuando fue elegido.

Adriano VI. (Adriano Dedel). Pontífice de la Iglesia católica que floreció a mediados del siglo XV. Pertenecía a una familia humilde; su padre era artesano. Nació en 1459 en Utrecht y murió en 1523. Atraído por la fama de su sabiduría, el emperador Maximiliano I le llamó a su lado en 1507 para el cargo de preceptor de su nieto, que más tarde fue el emperador Carlos V. En 1515 fue enviado a España en calidad de embajador, a fin de hacer valer las pretensiones de Carlos sobre la corona de España, siendo allí nombrado obispo de Tortosa y puesto al frente de la Inquisición. En 1517 fue creado cardenal, y en 1520, al emprender Carlos un viaje a Alemania, le confió la regencia del reino; compartió la regencia de España con el cardenal Jiménez de Cisneros, y después asumió él solo dicho cargo. Al año siguiente fue elegido Papa en substitución de León X, gracias a la influencia de Carlos V. Su plan de reforma de la Iglesia según el modelo de la española y su propósito de corregir la simonía, el nepotismo y los abusos en la concesión de indulgencias, le acarrearon graves dificultades por parte del clero romano. Desde el primer momento se distinguió por la sencillez de sus costumbres. En vez de ocupar los suntuosos palacios que fueron vivienda de León X, se alojó en el último piso del Vaticano; redujo a 6,000 ducados el sueldo de los cardenales, combatió el desarrollo del arte del Renacimiento, procuró poner una valla a los progresos de Lutero en Alemania, y se preocupó con insistencia en contener a los de los turcos. Su espíritu de rectitud en esta materia le captó antipatías. En medio de la antipatía que despertó entre los romanos, su inagotable cari-

dad le granjeó el amor de todos los desgraciados. Se le deben entre otras obras: *Comentario sobre el 4°. Libro de las sentencias* (París, 1512); *Quaestiones quodlibeticae* (1531); *Regulae cancellariae*, (Roma 1528).

Agrícola, Rodolfo. Ilustre filósofo, filólogo, poeta, músico y pintor holandés, de mediados del siglo XV. Nació en Baffio el 21 de agosto de 1433 y murió en Heidelberg el 28 de octubre de 1485. El verdadero nombre de Agrícola es Rolef Huysmann o Hausmann. Fue uno de los restauradores de las ciencias y de las letras, en Europa, en el siglo XV, época en que griegos e italianos las cultivaban con entusiasmo, junto con las artes del paganismo. Estudió en Lovaina, viajó por Francia e Italia, asistiendo a las lecciones de Jorge de Trebisonda, de Teodoro de Gaza, de Francisco de Filadelfo y de Lorenzo Valla; estuvo en Italia desde 1473, y en 1480 regresó a su país, impregnado de las enseñanzas de aquellos grandes hombres del Renacimiento. Desempeñó una cátedra de filosofía en la Universidad de Heidelberg, de la cual fue síndico. Comisionado por la ciudad de Groninga para terminar un litigio, permaneció medio año en la corte de Maximiliano I, establecida en Bruselas, y en 1483 fue llamado a Heidelberg, por mediación de Juan de Dalberg, amigo suyo desde su estancia en Italia. Agrícola es uno de los fundadores del humanismo alemán, más por su acción personal que por sus escritos. Fue, además, músico, pintor, escritor, poeta notable y erudito filólogo, captándose la admiración de Erasmo y de sus contemporáneos. Enseñó la filosofía de Aristóteles, que había aprendido en los textos griegos. Sus obras se publicaron reunidas en dos tomos, en Colonia (1539), con el título de *R. Agricola Elucubrationes aliquot lectu dignissimae*, descollando entre ella *In laudem Philosophiae* y el tratado *De Inventione Dialectica*.

Alberti, León Bautista. Artista y escritor italiano nació en 1404, en Venecia y murió el 25 de abril de 1479, en Roma. Se distinguió como arquitecto, pintor, escritor de arte, y al mismo tiempo como poeta, anticuario, filósofo, mecánico y músico; sus contemporáneos, a causa de su ilustración universal, lo llamaban *"hombre enciclopédico"*. Escribió con el seudónimo de *Lepidus comicus*, la comedia latina *Philodoxius* o *El amante de la gloria*, que pasó al principio como una obra antigua, dado lo irreprochable de su estilo. En pintura son importantes sus ensayos de perspectiva ejecutados científicamente. Fue sacerdote, doctor en ambos derechos y secretario pontificio de la corte romana. Sus obras arquitectónicas principales son: la iglesia de San Francisco, de Rimini, considerada como su obra maestra; la fachada de Santa María Novella, y el palacio Rucellai, de Florencia. Sus contemporáneos le llamaron el *Vitruvio florentino*. Es el humanista más notable que figura entre los artistas. Escribió también algunas comedias jocosas. No obstante sus simpatías por el latín, le molestaba ver que muchos escritores contemporáneos suyos despreciaban la lengua vulgar, y abrió un concurso para premiar la obra que mejor se presentara en lengua popular sobre el tema La verdadera amistad.

Alberto Magno. Hijo de un conde de Bollstädt, nació en Lauingen (Suabia), probablemente en 1193, y murió en Colonia en 1280. Estudió en París y luego en Padua, donde se familiarizó con los escritos de Aristóteles. En esta ciudad ingresó en la orden de Santo Domingo, y después de haber aprendido filosofía, matemáticas y medicina, pasó a Bolonia, donde se dedicó al estudio de la teología. Desde 1229 enseñó la filosofía y predicó en Estrasburgo, Friburgo y Colonia, y sobre todo en Ratisbona, Lausana e Hildesheim, siem-

pre con éxito brillante. En 1245 volvió a París y allí se doctoró y enseñó conforme a los estatutos.

En 1254 fue nombrado provincial de su orden en Alemania; durante este periodo defendió públicamente a los dominicos contra la universidad de París, comentó a san Juan, contestó los errores del filósofo árabe Averroes y de la corte pontifical. En 1259 fue nombrado obispo de Ratisbona. Asistió al Concilio General de Lyón en 1274. Fue beatificado en 1622 por el Papa Gregorio XV. Es el doctor escolástico que poseyó más vasta erudición en el siglo XIII; representa en cierta manera la enciclopedia de aquella época. Sus contemporáneos le dieron, con más propiedad que a Alano de Lille, el título de *doctor universalis*, y decían de él también: *Magnus in magia, major in philosophia, maximus in theologia*. Sus escritos fueron recopilados en 21 volúmenes en folio por el dominico Pedro Jammy (Lyón, 1651). Sus principales obras teológicas son una *Summa theologicae*, comentarios sobre las sentencias de Pedro Lombardo sobre diferentes libros de la Biblia y sobre el Areopagita. El mérito que en teología y en filosofía le corresponde es el haber concedido la mayor importancia a los estudios de Aristóteles, y el de haber expuesto con mayor claridad y acierto que ninguno de sus predecesores los atributos y facultades del alma humana.

Alejandro de Hales o Alesius. Escolástico que tomó el nombre de Hailes (cantón de Glocester), de donde procedía; murió en París, en 1245. En 1222 se hizo franciscano. Estudió en Inglaterra, de donde se dirigió a París, y por su saber fue llamado el *Doctor irrefragable*. Es conocido principalmente como teólogo. Dejó también comentarios sobre el Apocalipsis, los Profetas, los Evangelios y las Epístolas de san Pablo; los primeros, impresos en París en 1647; los restantes manuscritos, conservados en la Biblioteca Ambrosiana de Milán y en la de Oxford.

Alejandro VI. Sumo pontífice español, nació en 1431 en Játiba (Valencia). Estudió en la universidad de Bolonia los Sagrados Cánones, y se graduó de doctor con tales méritos que le llamaron *eminentísimo y sapientísimo jurisconsulto*. Habiendo ascendido su tío Calixto III al Sumo Pontificado, le confirió el capelo en 18 de septiembre de 1456. Después le nombró prefecto de Roma, vicecanciller de la Santa Iglesia Romana, gobernador del ducado de Spoleto y legado en la Marca de Ancona. Y habiendo retenido Calixto la mitra de Valencia, juntamente con la tiara, hasta el 29 de junio del año en que murió, que fue el de 1458, se la confirió el mismo día. En el pontificado de Pío II tuvo en administración las iglesias de Mallorca y Cartagena. Desde el 7 de abril de 1473 hasta el año 1479 fue obispo de Barcelona, y el Papa Inocencio VIII le elevó, en 9 de julio de 1492, de obispo que era de Valencia a la dignidad de arzobispo, haciendo metropolitana a dicha Iglesia. Fue elegido papa en 1492. Uno de los actos más trascendentales de su política prudente y enérgica, fue la promulgación de aquella célebre Bula, por la que dividía las tierras comprendidas a derecha o izquierda de las Azores en el Atlántico, después del descubrimiento de América, entre España y Portugal, por medio de una línea, llamada después *alejandrina*. Esta Bula evitó una guerra entre dichas naciones sin menoscabar los derechos de ninguna. En cuanto al gobierno de la Santa Sede, Alejandro VI se mostró administrador hábil, político eminente y gran protector de las ciencias y las letras. Murió en 1503.

Alfonso IX. Rey de León, nació en Zamora y murió en Villanueva de Sarna (1171-1230). Hijo de Fernando II, sucedió a su padre en 1188. Convocó Cortes en León, en las que reunió por primera vez, junto a los representantes de la Iglesia y de los nobles, a los de las ciudades, por lo que pueden ser denominadas las primeras Cortes españolas (1188).

Alfonso X *el Sabio*. Rey de Castilla, nació en Toledo y murió en Sevilla (1221-1284). Hijo de Fernando III *el Santo*, se distinguió ya en vida de su padre al ocupar, mediante pacto, el reino de Murcia (1241). Al fallecer su padre ocupó el trono (1252) y, como él, abrigó el propósito de llevar sus armas a África, y con ese fin estableció en Sevilla unas atarazanas. Su mayor gloria es de orden cultural, por lo que mereció el calificativo de *Sabio*. Reunió a su lado hombres eminentes, lo mismo cristianos que musulmanes o judíos, y estableció en Murcia, Sevilla y especialmente en Toledo (segunda escuela toledana 1252-1294), escuelas de investigadores y traductores. Con su colaboración, acometió la empresa de transmitir al mundo occidental la cultura oriental, heredera o deudora, en muchos sentidos, de la clásica. Por su iniciativa, se tradujeron al castellano la Biblia, el Alcorán, el Talmud, la Cábala, *Calila y Dimna*, colección de fábulas indias; *el Tesoro de Brunetto Latini*, entre otras. Las obras por él escritas o inspiradas se dividen en cuatro grupos: *poética*, escritas en gallego, entre las que figuran las *Cantigas de Santa María*, creación personal suya, donde se acusa la influencia árabe, por el empleo del zejel; *jurídicas*, como el *Fuero Real* y las *Partidas*, código de tendencia unificadora, basado en el Derecho romano y en Justiniano, con influencia marcada de Aristóteles, Séneca y San Isidoro, en las que debieron colaborar con él Jácome Ruiz, el maestro Roldán y Fernando Martínez; *históricas*, como la primera *Crónica general*, de la que sólo hasta la muerte de don Rodrigo es obra de su época y dirección, aunque su intervención personal parece más bien reducida, y la *General Estoria*, o historia universal, también obra de colaboración y conservada muy incompletamente; y *científicas*, como los *Libros del saber de Astronomía*, apoyados en Tolomeo, en el que figuran las *Tablas alfonsíes*, fruto, en parte, de las observaciones efectuadas en el observatorio por él fundado en el castillo de San Servando (Toledo), y *El Lapidario*, curioso estudio de las piedras en relación con los signos zodiacales. Aparece, pues, Alfonso el *Sabio* como una figura señera de la civilización española, de significación semejante a la que tuvo en su época San Isidoro de Sevilla, y a él se debe la elevación del castellano a la jerarquía de lengua oficial.

Alighieri, Dante. Gran poeta italiano y una de las más importantes figuras de la literatura mundial. Nació en Florencia y murió en Ravena (1263-1321). Fue discípulo de Brunetto Latini. En la adolescencia conoció a Beatriz Portinari y le profesó en seguida un amor a la vez ideal y apasionado, que después de la muerte de la joven, en 1291, se transformó en una veneración mística: Beatriz fue, desde entonces, su guía y la inspiradora de todos sus pensamientos. Participó en las querellas políticas de su ciudad y, contrario al partido llamado de los "güelfos negros", fue desterrado en 1302 y luego condenado a muerte en rebeldía. Vivió en diversas ciudades italianas; aunque intentó regresar a Florencia, eran para ello excesivamente humillantes las duras condiciones exigidas por sus enemigos. Transcurrió el último periodo de su existencia en Ravena, que todavía guarda celosamente sus cenizas, frente a las reiteradas reclamaciones de Florencia. Su obra principal es *La Comedia*, calificada más tarde de *Divina*, escrita en versos de una belle-

za jamás igualada. Se puede decir que esta obra creó la lengua italiana.

Alpetragio. Astrónomo árabe Ishag Nur ed-Din al-Betrugi. Astrónomo y matemático hispanomusulmán del siglo XII, más conocido por *Alpetragius*, nació en los Pedroches, Córdoba, y murió en 1204. Vivió en Sevilla. Combatió la hipótesis de los epiciclos de Tolomeo en su *Tratado de Astronomía*, traducido al latín, en 1217, por Escoto, y se opuso a la teoría de aquél, según la cual todas las estrellas seguían el movimiento de otra colocada por encima, de la cual reciben impulso de Oriente a Occidente.

Ambrosio Camaldulense. Helenista y teólogo napolitano, nació en 1378. Llamó la atención de los mismos griegos la corrección con que se expresaba en aquel idioma. Su obra más importante es el *Hodeoporicon*.

Amonio Saccas. Filósofo de Alejandría, fundador del neoplatonismo. Vivió por los años de 175 a 141 y parece que en su juventud fue cargador del muelle, por lo que se le dio el sobrenombre de *Saccas*, acarreador de sacos. Fue educado en el cristianismo, y después abrazó el paganismo. Nada dejó escrito, limitándose a transmitir sus doctrinas verbalmente, y sus discípulos Plonio, Longino, Herenio y Orígenes *el Pagano*, siguieron el mismo sistema. Las enseñanzas del maestro se basaban en un espíritu de síntesis y de eclecticismo, dentro del cual se había esforzado Amonio por conciliar el platonismo con el peripatetismo, con un fondo religioso místico que hizo que al filósofo se le llamara el *Instruido por Dios*, y sus discípulos le tenían por teodidacto.

Anselmo de Laon, San. *(Anselmus Laudanensis).* Teólogo francés, llamado el *Doctor escolástico*, murió en 1117. Algunos lo confunden erróneamente con san Anselmo de Canterbury, que vivió en su tiempo y del que parece fue discípulo. Estudió en el monasterio de benedictinos de Bec y, junto con Manegol, apellidado el *Doctor de los doctores*, abrió una escuela de teología y filosofía en París (1106), que se cree dio origen a aquella universidad: Eugenio III dijo que había restaurado los estudios de filosofía en Francia. Regresó a Laon poco después con el cargo de *Scholaster* o profesor diocesano de teología, encargado de la enseñanza de los estudiantes pobres. Pronto aquella escuela, en la que su hermano Raúl o Rodolfo enseñaba la dialéctica, adquirió fama universal y atrajo a la juventud estudiosa de todos los países de Europa; en sus bancos se sentaron hombres tan eminentes como Hugo de Amiens y Godofredo el *Breton*, arzobispos de Ruán; Mateo, cardenal obispo de Albano; Guillermo de Corbeil, arzobispo de Canterbury; Roberto de Bethune, obispo de Hereford; Vicelino, apóstol de los bohemios y de los vándalos; Guillermo de Champeaux, célebre obispo de Chalons, y una pléyade de prelados y teólogos ilustres. Abelardo, cuyo temperamento fogoso e independiente no podía avenirse a la enseñanza dogmática de Anselmo, basada, al parecer, en comentarios de los textos sagrados, más concienzudo que libre, fue uno de los raros adversarios de aquella escuela, que calificaba de *árbol frondoso pero sin fruto*, y de *ingenio cuyas chispas queman pero no dan luz*, a su maestro. Anselmo en su vida privada fue un modelo de austeridad y modestia, rehusando cuantas dignidades y honores se le brindaron, incluso el episcopado. Dejó varios comentarios sobre libros de la Sagrada Escritura y sobre todo, una *Glosa marginal e interlinear del Salterio*. Fue partidario de la exégesis literal.

Apuleyo, Lucio. Escritor y matemático, nació en Madaura (África) en 1120 de nuestra

era. Estudió la filosofía en Atenas y la jurisprudencia en Roma. Hizo largos viajes en los que fue iniciado en varios misterios de las sectas heterodoxas entonces nacientes en Grecia, Egipto y Siria. Años más tarde se estableció en Cartago, donde profesó la retórica, pues era también notable orador. Se conservan también de él: *Florida*, colección de trozos oratorios; once libros de la *Metamorfosis o El asno de oro*, del género de las *fábulas milesianas:* es una sátira de las costumbres del siglo II: el protagonista es convertido en asno en castigo de sus vicios. No es obra original, sino inspirada en otra de igual asunto de Luciano de Patras, escrita en griego, medio siglo antes. De *Deo Socratis*, de carácter filosófico; *De habiludine doctrinarum Platonis*, introducción a la filosofía de Platón: esta obra le es atribuida. Tales obras están escritas en estilo cargado de arcaísmos y poco puro, pero son monumento de la lengua latina. Tradujo también al latín la aritmética de Nicómaco y escribió un tratado de cálculo, según se indica en el mismo, para desvanecer los errores de las personas poco ilustradas que lo manejan. Entre las obras de Apuleyo que se han perdido débense contar sus tratados *De República, De Musica, De proverbiis naturales quaestiones*, y una versión del *Fedon* de Platón.

Aristipo. Filósofo, nació en Cirene en el siglo IV a.C. Atraído por la fama de Sócrates, fue a encontrarle y se hizo su discípulo. Muerto el maestro, volvióse a su patria, donde en los últimos años de su vida enseñó filosofía para subvenir a su sustento. Fue el fundador de la *escuela cirenaica*. Partiendo del dicho de Protágoras de que "el hombre es la medida de todas las cosas", empezó por despreciar la dialéctica y dar importancia a la sola ciencia positiva. Es el primer filósofo de la serie de los hedonistas, que prosiguen, hasta cierto punto, su funesta escuela: Epicuro, Hobbes, Locke, Hume, Bentham, Stuart Mill y Spencer. Según Diógenes Laercio, escribió multitud de obras muchas de ellas de carácter frívolo y ajenas al campo de la filosofía. Ninguna de ellas subsiste. Se conservan cuatro *Cartas* bajo su nombre, evidentemente apócrifas.

Arundel, Tomás. Canciller de Inglaterra y arzobispo de Cantorbery (1353-1414). Nacido de padres tan ilustres como poderosos, a los veintidós años fue obispo de Ely y lord canciller de Inglaterra (1386), nombrado por Ricardo II, que le despojó del cargo (1389) para reponerle pocos meses después. Arzobispo de York (1388) y primado de Cantorbery (1396) suscitó dificultades con los burgueses de Londres y la Universidad de Oxford, por lo que se hizo tan impopular que, acusado de alta traición, fue desterrado de Inglaterra, trasladándose a Roma, donde Bonifacio IX lo nombró arzobispo de San Andrés, en Escocia. Desde entonces se unió a los enemigos de Ricardo II, contribuyendo en gran parte a su deposición y al triunfo de su sucesor Enrique IV de Lancaster. En aquella época desplegó extraordinario rigor contra los herejes lolardos y wiclefistas, a muchos de los cuales hizo perecer en la hoguera. Fue el primer prelado que prohibió la traducción de las Sagradas Escrituras en lengua vulgar.

Bacon, Roger. (1220-1292). Espíritu enciclopédico, observador perspicaz e infatigable investigador, puede considerarse como el fundador de la filosofía inglesa. Nació en Ilchester, Inglaterra, estudió en Oxford y enseñó en París (1245-1250). Al regresar a Oxford (en donde fue profesor de las "cosas en general") entró en la orden de San Francisco. Criticaba la escolástica por su abuso del silogis-

nio y su desprecio de las ciencias naturales. Bacon era el hombre más sabio de su tiempo; su ciencia despertó sospechas y la gente lo consideraba hechicero.

Bate, Enrique. Célebre astrónomo belga, nació y murió en Malinas (1244-1309). Inventó un astrolabio y un sextante y aplicó por primera vez el metrónomo.

Benjamín de Tudela. Rabino español del siglo XII, nació en Tudela y cuyo verdadero nombre era Benjamín ben Zona. Fue el primer explorador del Oriente en la Edad Media. Dio cuenta de sus observaciones en el libro *Itinerario de sus viajes del Rabino Benjamín*, que es el documento medioeval más antiguo que poseemos respecto al estado de los países visitados por el judío español. Se imprimió la relación de sus viajes por vez primera en Constantinopla en 1543, habiendo sido desde entonces reeditada muchas veces y traducida del idioma original, el hebreo, al latín, holandés, francés, italiano, inglés, alemán, danés y al dialecto judaico-alemán.

Berengario de Tours. (1000-1088). Filósofo y teólogo escolástico francés nacido en Tours. Berenguer estudió bajo la tutela del obispo y maestro Fulberto de Chartres. Más tarde se convirtió en el director de la escuela de Saint Martin en Tours, en donde se ganó la reputación como un pensador comprometido, dedicado e independiente; fue excelente en lógica, medicina, poeta y sobre todo destacó como teólogo. Alrededor del año de 1040 hizo una crítica de la interpretación tradicional de la Eucaristía. Su argumentación se centraba en que el cuerpo y la sangre de Cristo están simbólica pero no físicamente presentes en el pan y el vino consagrados. Fue repetidamente rechazado y condenado por Roma por sus opiniones. A pesar de todas las condenaciones por parte de la Iglesia, Berengario nunca se retractó de sus ideas, sin embargo, se recluyó en silencio en un monasterio cerca de Tours en donde murió. Su negación en torno a la "real presencia" motivó a otros teólogos a reconsiderar algunos aspectos de la doctrina de la transubstanciación.

Bonifacio IX. Papa (*Pietro Tomacelli*), nació en Nápoles y murió en Roma en 1404. Ocupó el solio pontificio de 1389 a 1404. Su intransigencia retardó la solución del cisma. Aumentó el poder de la curia romana y fortificó el Capitolio y el Vaticano. Instituyó la fiesta de la Visitación.

Brabante, Sigerio de. Filósofo francés, murió en Orvieto (1235-1281). Fue profesor de la Universidad de París y tomó parte muy activa en las querellas filosóficas de su tiempo. Encendido averroísta, se opuso a Tomás de Aquino, por lo que sus escritos fueron dos veces condenados por la Iglesia. Al fin, fue condenado a prisión por la Inquisición. Fue asesinado por su propio secretario.

Bradwardine, Tomás. Teólogo y matemático inglés, nació en Sussex en 1290 y murió en Lambeth en 1349. Hizo con brillantez sus primeros estudios en Merton College. Su obra *De Causa Dei adversus Celagium*, le valió el calificativo de Doctor *profundus*. Como matemático echó los cimientos de la teoría de los polígonos estrellados. En 1335 fue llamado a Londres, nombrándole canciller de San Pablo, y como confesor de Eduardo III acompañó al monarca en sus expediciones militares. En 1349 fue preconizado arzobispo de Cantorbery, y consagrado en Aviñón, aunque a disgusto del rey.

Bruno. Monje italiano, fundador de la orden

de los Cartujos, nació en Colonia y murió en la Sierra San Bruno, cerca de Catanzaro (1035-1101). Antes de abrazar el estado monástico fue profesor de la universidad de París y contó entre sus discípulos al que después fue papa Urbano II.

Bruno, Giordano. Filósofo y escritor italiano, nació en Nola y murió en Roma (1548-1600). Ingresó en la Orden de los dominicos, que, después de profundos estudios, abandonó llevado de su carácter independiente. Llevó a cabo continuos viajes por Italia, Francia, Alemania e Inglaterra, logrando especial éxito con sus lecciones filosóficas en París y en Oxford. Aunque daba de lleno su pensamiento en la heterodoxia, no quiso abrazar el calvinismo, que en Ginebra llegó a interesarle, por estimarlo contrario a su exigencia de libertad intelectual. Vuelto a su patria, un discípulo suyo lo denunció a la Inquisición de Venecia y, remitido el proceso a Roma, murió en la hoguera, condenado por hereje. Defendió con entusiasmo el sistema de Copérnico, que fue para él además arma dialéctica para combatir el aristotelismo. Fue el primer filósofo italiano que empleó el idioma nacional para su obra, de la que citamos *De la causa, principio y uno* (1584), *Del universo, infinito y mundos* (1584) y *De mónade, número et figura* (1591).

Buenaventura. Teólogo, filósofo y místico italiano, llamado en el siglo *Giovanni Fidanza*, nació en Civita, actual Bagnoregio, y murió en Lyón (1221-1274). Estudió en el convento de su ciudad natal y más tarde en París con Alejandro de Hales, consiguiendo el doctorado en Artes y el título de maestro. En esta ciudad enseñó e ingresó en la orden franciscana, de la que llegó a ser superior general (1257-1274). La Iglesia le ha dado el título de *Doctor Seráfico*. Siguiendo a san Agustín, concibe la filosofía como mera sierva de la teología y auxiliadora de ésta para el tratamiento de los temas principales de su pensamiento: Dios y el alma. Cardenal y obispo de Albano desde 1273, tuvo una labor destacada en el concilio de Lyón, y concretamente en la unión de los griegos a la Iglesia católica. Obras: *Commentarii in quattuor libros Sententiarum* (1250-1253), *Breviloquium* (1256), *Itinerarium mentis in Deum* (1259), *De reductione artium ad Theologiam*, *Collationes in Hexaëmeron* (1273), *Comentarios al Eclesiastes, a los Evangelios de San Juan y San Lucas*, *De triplici via o Incendium amoris*, *Tractatus de praeparatione ad missam*, *De regimine animae*, *Vitis mystica*, *Sermones*.

Búlgaro. Uno de los cuatro célebres doctores de la escuela de Bolonia. Mientras unos le suponen de Cremona y otros de Pisa, no faltan documentos y escritores que le suponen boloñés. Fue discípulo de Irnerio quien, en su célebre dístico le denominó, al decir del cronista Oton Morená, *os auréum*, a causa de la elegancia y atildamiento de su palabra, por lo que ha sido denominado también el *Crisóstomo de la Jurisprudencia*. En un documento del año 1159 es mencionado como *judex*. Gozó de gran autoridad, no sólo como jurisconsulto, sino como hombre recto y probo, distinguiéndose por la integridad e independencia de su carácter. Su rasgo característico como jurisconsulto fue el de que procuraba no apartarse del espíritu y del sentido estricto del texto legal, al revés de Martino, que en sus interpretaciones procedía de una manera libre y desembarazada, contraste que originó las dos escuelas de *Bulgariani* y *Gossiani* (del apellido de Martino), cuya oposición se supone perduró hasta la *Glosa* de Acursio. Murió en 1166.

Buridano, Juan. Filósofo francés, nació en Béthune, probablemente a fines del siglo XIII y murió después de 1358. Fue discípulo del nominalista Guillermo de Occam y en 1317 era rector de la universidad de París. Buridano es célebre en los anales de la filosofía por sus trabajos de lógica acera del descubrimiento del término medio en el silogismo y en la determinación de la naturaleza de la libertad psicológica.

Calvino, Juan. Teólogo y reformador francés, nació en Novon, Picardía, y murió en Ginebra (1509-1564). Propagó en Francia las doctrinas de Lutero. Organizador de la Reforma en Ginebra, donde gozaba de un poder casi omnímodo, hizo quemar al médico español Miguel Servet. Su doctrina es la luterana con algunas modificaciones importantes. Su obra fundamental es *Institutio religionis christiánae*.

Capella, Marciano. Enciclopedista africano del siglo V de nuestra era, nació probablemente en Madaura, según la opinión de Casiodoro, porque de su vida no se sabe nada. La obra que ha hecho pasar su nombre a la posteridad es el *Satyricon*, especie de enciclopedia, en prosa y en verso, dividida en nueve libros; los dos primeros constituyen una especie de novela alegórica titulada *De Nupliis Mercurii et Philologiae* y los otros siete están dedicados a las siete artes liberales. El estilo es obscuro y conceptuoso, como el que corresponde al periodo de decadencia de los escritores latinoafricanos, pero la obra de Capella tiene el mérito de haber transmitido a la Edad Media los conocimientos de los tiempos antiguos, y ello explica la gran aceptación que tuvo entre todos los escritores desde su publicación hasta el Renacimiento, pues constituía una fuente inagotable de consulta, no decayendo hasta que empezaron a ser conocidos directamente los trabajos de los antiguos griegos y latinos. El libro que trata de la astronomía, sobre todo, es notable porque parece vislumbrarse en él una idea de la moderna teoría del sistema solar, suponiéndose en él que Mercurio y Venus giraban alrededor del Sol y no alrededor de la Tierra y precisándose así las relaciones mutuas entre ambos cuerpos celestes. La única parte del Satyricon traducida es *De Nupliis Mercurii et Philologiae*, que lo fue al alemán por el religioso Notker en el siglo XI, habiéndose publicado en Berlín (1836). En latín se han hecho numerosas ediciones, siendo la mejor la de Federico Kopp (Francfort, 1836), y además se conservan manuscritos en Cambridge, Londres, París, Oxford y otras muchas poblaciones.

Casiano. Monje y escritor de la Galia Meridional, nació probablemente en la Provenza hacia 360 y murió en 435 cerca de Marsella. Entre 413 y 416 fundó cerca de Marsella dos monasterios, uno para hombres y el otro para monjas. Fruto de su estudio y práctica de la vida eremítica en Egipto fueron sus dos obras: *De institutis coenoviorum et de octo principalium vitiorum remediis libri XII*, escrita entre 420 y 429, y *Collationes XXIV*. Entre 430 y 431 escribió otra obra: *De Incarnatione Domini contra Nestorium*.

Casimiro *el Grande*. Rey de Polonia (1310-1370). Fundó la Universidad de Cracovia, hizo compilar las leyes del derecho polaco y ponerlas por escrito. Murió de una caída de caballo.

Casiodoro. Fecundo escritor latino, fue uno de los más altos funcionarios imperiales durante la dominación de los ostrogodos en Italia, nació en Squillace por el año 480. Comenzó por ser consejero del prefecto pretoria-

no en 501. Un panegírico sobre Teodorico fue ocasión para Casiodoro de ganarse resueltamente el favor del elogiado. Aquél le hizo cuestor entre 507 y 511, y cónsul en 514. Durante la regencia de Amalasintha fue elevado a prefecto pretoriano; en 533 intervino activamente en la gobernación del imperio durante cerca de cuarenta años, en especial en tiempo de Teodorico, de quien era secretario particular (540), Casiodoro se deshizo de toda intervención en el gobierno y se retiró al monasterio de *Vivarium* (Vivarese), fundado por él en su hacienda cerca de *Scylacium* (Squillace) en Calabria, fomentando allí la actividad de sus monjes, dedicados principalmente a copiar manuscritos antiguos, y entregado a sus tareas literarias hasta su muerte. Compuso además obras de teología para instrucción de sus monjes, una especie de enciclopedia en dos tomos, que fue muy consultada durante la Edad Media y se titula *Institutiones divinarum et humanarum litterarum* (una introducción al estudio de la teología y un compendio de las siete artes liberales) escrita hacia el 543; un tratado *De anima* y una recopilación *De orthographia*.

Catón, Valerio. Poeta y gramático latino, nació en la Galia Narbonense hacia el año 90 a.C.; algunos autores afirman que era un liberto de un tal Borsenius, y que adquirió una buena fortuna enseñando la gramática a los jóvenes patricios romanos. Su obra *Valerii Catonis Dirae* (Imprecasiones), que figura en casi todas las recopilaciones de los poetas menores. Se sabe que escribió además varios tratados de gramática; un libro titulado *Indignatio*, cuyo asunto se desconoce, y el poema *Diana*. Entre sus más entusiastas admiradores figuraron Helvio Cinna y Bibacolo, que le llamaba *unicum magistrum, summum grammaticum, optimum poetam*.

Celestino III. Papa *(Giacinto di Pietro di Bobone-Orsini)*, que ocupó el solio pontificio de 1191 a 1198. Coronó al emperador Enrique VI (1191).

Cicerón, Marco Tulio. Político, filósofo, escritor, y el más célebre de los oradores romanos, nació en Arpino y murió en Formías (106-43 a.C.). El poeta Arquías le inició en los estudios de la poesía y la oratoria griegas, y los dos Scévolas fueron sus maestros de jurisprudencia, en la que fue tal su aprovechamiento, que a los dieciséis años escribió una obra de Derecho Civil. Completó su formación en Grecia. A los 30 años inició su carrera política o *cursus honórum* que culminó en el año 64, con su elección para la suprema magistratura de la nación, el consulado. Respecto a su vida en el foro, Cicerón fue siempre acertado y un genial combinador de todas las cualidades de que debe estar adornado un jurisconsulto. Hay que mencionar dos series de discursos políticos, las célebres *Catilinarias*, en las que desenmascarara los intentos de la conjuración de Catilina, y las *Filípicas*, 14 oraciones contra Marco Antonio, llamadas así comúnmente en recuerdo de las pronunciadas por Demóstenes contra Filipo. Como escritor, Cicerón es el sinónimo del máximo y más depurado clasicismo de la lengua latina. Aparte de sus discursos escribió muchas otras obras, gran parte de las cuales redactó en su casa de campo de Túsculo. Son notables, sobre todo, los dos *Diálogos* acerca de la amistad y de la vejez *(Laelius, sive De amicitia y Cato máior, sive De senectute)*, un tratado sobre los deberes morales *(De officiis)*, otro acerca de las cualidades del orador *(De oratore)*, y las cartas *(Ad familiares, Ad T. Pompónium Átticum, Ad Quíntum frátrem y Ad Brútum)*. La edición príncipe de las obras de Cicerón es la de Milán (1499).

Clemente VII. Papa (Giulio de Médicis), nació en Florencia y murió en Roma (1478-1534). Ocupó el solio pontificio de 1523 a 1534. Durante su pontificado tomaron gran incremento las doctrinas de Lutero y Zuinglio. Celebró la paz de Barcelona con el emperador Carlos V (1529) y excomulgó a Enrique VIII de Inglaterra (1533).

Colonna, Egidio. Filósofo, teólogo y prelado italiano, más conocido por *Egidio Romano*, nació en Roma y murió en Aviñón (h. 1247-1316). Estudió en París, quizá bajo el magisterio de santo Tomás de Aquino. Fue preceptor de Felipe *el Hermoso*, arzobispo de Bourges y vicario general de su Orden, la de los Ermitaños de san Agustín.

Copérnico, Nicolás. Astrónomo polaco, nació en Torun y murió en Frauenburg (1473-1543). Llegó a Italia a los veintitrés años de edad para estudiar matemáticas en Bolonia y Padua, después de licenciarse en Medicina y doctorarse en Teología. Su espíritu inquieto le llevó a Roma. En 1500 estaba en esta ciudad, donde dio lecciones de Astronomía durante seis años y frecuentó el trato de famosos astrónomos, y de una manera especial el de Regiomontano. Vivió un tiempo en Heilsberg y allí empezó sus investigaciones sobre el sistema solar y escribió su obra *De revolutiónibus órbium coeléstium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes)*, concluida en el año 1530, pero que no pudo imprimirse hasta poco antes de su muerte, debido a que la Iglesia apoyaba el sistema geocéntrico de Tolomeo. Copérnico supuso que los planetas giraban alrededor del Sol, y este sistema heliocéntrico es el que se considera como verdadero en nuestros días, si bien al Sol, que él consideraba inmóvil, hoy se le atribuye también un movimiento de traslación hacia la constelación de Hércules. En el prólogo de la obra citada reconoce que los clásicos griegos ya habían pensado lo mismo.

Cristian I. Rey de Dinamarca, de Noruega y de Suecia, murió en Copenhague (1426-1481). Realizó la unión de Dinamarca y de Noruega, pero no pudo conservar a Suecia, que se declaró independiente.

Cristian III. Rey de Dinamarca y de Noruega, hijo de Federico I, nació en Gottorp y murió en Koldinghus (1503-1559). Introdujo en sus Estados la Reforma religiosa.

Donato, Elio. Grámatico y retórico latino de mediados del siglo IV de nuestra era. No se sabe nada o casi nada de su vida, si se exceptúa el dato de que fue maestro de san Jerónimo en 354. De sus escritos sólo nos quedan unos *Comentarios sobre Terencio*, aunque no completos, fragmentos de un *Comentario sobre Virgilio*, una *Vida de Virgilio*, que indudablemente pertenece a otro Donato, y una *Ars grammatica*, que es su obra más importante. Esta gramática es conocida con dos formas diferentes: una abreviada *(ars minor)* y dialogada, que trata de las ocho partes de la oración, y otra más extensa *(ars major)*, dividida en tres libros, en la que, además de las ocho partes de la oración, estudia las letras, las sílabas, los acentos, el barbarismo, el solecismo, el tropo, etc. Reunida y por separado se han hecho numerosas ediciones de la repetida gramática que, desde su aparición, obtuvo inmenso éxito y se adoptó en casi todas las escuelas desde los últimos siglos del Imperio hasta la Edad Media.

Donato, Tiberio Claudio. Literato latino del siglo V de nuestra era, autor de una biografía de Virgilio publicada en muchas ediciones de las obras de dicho poeta, con el título de *Tiberii Claudii Donati, ad Tiberium Claudianum*

Maximun Donatianum Alium de P. Virgilii Maronis Vita. Se le deben, además, los *Scholia in Aeneida*, en 12 libros, algunos de los cuales han llegado incompletos hasta nosotros. Algunas veces se le ha confundido con Elio Donato.

Duns Escoto, Juan. Nació a finales del siglo XIII en Duns y murió en la ciudad de Colonia. Filósofo inglés que se separa de algunos puntos de santo Tomás de Aquino y cierra la corriente escolástica medieval. Estudió y enseñó en las universidades de Oxford y de París. Fue franciscano. Su genio filosófico le valió el sobrenombre de *Doctor subtilis*. Defiende la acción libre de Dios sobre el mundo y afirma que la voluntad es superior al conocimiento (y mayor su importancia moral); por eso el amor es superior a la fe, y vale más amar a Dios que conocerlo. Este voluntarismo anuncia ya el tránsito de la Edad Media al Renacimiento.

Eckhart, Johann. Dominico y filósofo alemán, más conocido por el *Maestro Eckart*. Nació en Hochheim, cerca de Gotha, y murió en Colonia (1260-1327). Maestro en arte por la universidad de París (1300), su gran reputación le valió ser llamado a Roma por Bonifacio VIII como consejero en su lucha contra Felipe Augusto. Provincial de su orden en Sajonia (1304), vicario general en Bohemia (1307), residió en París en 1311, y fue después a enseñar teología en Estrasburgo. En 1329, dos años después de su muerte, el Papa condenó algunas de sus proposiciones. Su sistema filosófico es un panteísmo análogo al de los místicos alejandrinos, al de Plotino y al de Escoto Erígena. Ejerció gran influencia sobre la filosofía alemana.

Enrique II. Rey de Inglaterra (1154-1189), duque de Normandía, conde de Anjou y duque de Aquitania, nació en Le Mans y murió en Chinon (1133-1189). Recobró la autoridad, dominó a los nobles y a los clérigos y mantuvo sus dominios en Francia. Centralizó el poder, gracias a la competencia de sus colaboradores y a las normas legislativas que promulgó. Tuvo que reprimir las rebeliones de sus hijos.

Escoto, Juan. Filósofo y teólogo irlandés, más conocido por Escoto Eriugena o Erígena. Vivió en la época de Carlos el *Calvo*, quien le hizo traducir del griego las obras de Dionisio el *Areopagita*. Escribió obras filosóficas y teológicas y poemas en latín y griego; tradujo también los Ambigua, de san Máximo. Sus ideas filosóficas son confusas y extrañas, y algunos llegan a considerarle como precursor de los panteístas de la Edad Media, aunque no estuvo en rebelión contra la Iglesia.

Escoto, Miguel. Sabio escocés (1210-1291). Gozó fama de hechicero por su gran conocimiento de todas las ciencias conocidas en aquella época. Escribió: *Physiognomonia y Mensa philosophica*.

Estacio, Publio Papinio. Poeta latino, nació y murió en Nápoles (h. 45-h.96). Fue profesor de retórica en Roma y es principalmente conocido por el poema *La Tebaida*, del que se han hecho numerosas ediciones y traducciones; al español fue traducido por Juan de Arjona (siglo XVI).

Euclides. Matemático griego, que vivió en Alejandría en el siglo III a.C. Era natural de Tiro; vivió en Damasco y en Alejandría entre los años 315 y 225 a.C. El rey de Alejandría, Tolomeo, deseando modernizar los tratados de Geometría existentes, encomendó a Euclides que refundiera los anteriores. Los *Ele-*

mentos de Geometría constan de trece libros. Tan grande es su valor científico, que todavía puede usarse en las escuelas. Solamente a principios del siglo XIX empezó a superarse el método euclidiano en geometría.

Ezzelino. Hijo mayor de Ezzelin III (1194-1259). Fue el más ilustre de los Ezzelin. Podestá de Venecia por abdicación de su padre, llamó a Federico II a Italia en 1236, y se convirtió en el más terrible enemigo de la religión católica. Después de asolar el noroeste de Italia y de merecer el calificativo de el *Feroz*, fue vencido por sus adversarios y muerto a consecuencia de las heridas recibi-das.

Gaetani, Benedetto. Papa Bonifacio VIII, nació en Anagni y murió en Roma (1235-1303). Ocupó el solio pontificio de 1294 a 1303. Acusado de haber obligado a abdicar a su predecesor Celestino V, hízose contra él una verdadera cruzada. Durante su pontificado se celebró el primer jubileo (1300). En la bula *Ausculta, fili* (1301) reafirmó los derechos de los clérigos y de la Santa Sede frente a los poderes temporales.

Galeno, Claudio. Médico y filósofo griego, nació en Pérgamo (131-h. 210). Fue después de Hipócrates el primer médico de la antigüedad. Compuso numerosas obras sobre medicina y filosofía e inventó la cuarta figura del silogismo.

Gallego, Pedro. Prelado español del siglo XIII, de la ilustre y antigua casa de los Fajardos de Galicia. Fue confesor del rey Alfonso el *Sabio* cuando era príncipe, el cual, habiendo conquistado la ciudad de Cartagena en 1242, le colocó por primer prelado de su Iglesia.

Gerardo de Cremona. Orientalista y astrónomo italiano, nacido en Cremona (1114-1187). Se estableció en Toledo, España, para estudiar la lengua y la ciencia árabes, creó la Escuela de Traductores de aquella ciudad, y tradujo 92 obras del árabe al latín, entre ellas el *Almagesto*, de Ptolomeo, y el *Canon*, de Avicena.

Giordano. Filósofo y escritor italiano, nació en Nola y murió en Roma (1548-1600). Ingresó en la Orden de los Dominicos, la que, después de profundos estudios, abandonó llevado por su carácter independiente. Llevó a cabo continuos viajes por Italia, Francia, Alemania e Inglaterra, logrando especial éxito con sus lecciones filosóficas en París y en Oxford. Defendió con entusiasmo el sistema de Copérnico, que fue para él además arma dialéctica para combatir el aristotelismo, queriendo con ello abrir paso al especial neoplatonismo que profesaba. Fue el primer filósofo italiano que empleó el idioma nacional para su obra, de la que citamos *De la causa, principio y uno* (1584), *Del universo, infinito y mundos* (1584) y *De mónade, número et figura* (1591).

Glaber, Raúl. Cronista francés, nació en Auxere y murió por los años de 1050. Un tio suyo, que era monje, le obligó a vestir también el hábito monacal, pero la conducta de Glaber era tan poco conforme con las reglas monásticas, que fue expulsado del monasterio de Saint-Léger. Viajó entonces por el norte de Italia y volvió a entrar en la vida monástica, residiendo sucesivamente en San Benigno de Dijon, Montier, San Germán de Auxerre, Beza y, por último, en Cluny. Dejó una *Crónica* dividida en cinco libros, que abraza desde el año 900 hasta el 1046. Dicha crónica presenta un cuadro fiel de las costumbres de los siglos X y XI y del modo de pensar de los hombres de aquella época.

Graciano. Monje y canonista italiano del siglo XII. Se cree que nació en Clusi (Toscana). Graciano profesó en religión, ingresando en el monasterio de los Santos Mártires Félix y Nabor de Bolonia, ciudad en la que vivió y en la que enseñó el Derecho Eclesiástico como ciencia especial y distinta de la teología, publicando a mediados de aquel siglo una colección de cánones y constituciones pontificias, que es la que le ha inmortalizado.

Grocio, Hugo. Jurisconsulto, teólogo e historiador holandés, nació en Delft en 1583 y murió en Rostock en 1645. A los diecinueve años, época en que publicó su *Mare liberium*, fue nombrado historiógrafo de los Estados Generales y abogado fiscal en la corte de Holanda. Consejero pensionado de Rotterdam en 1613, fue enviado en 1615 a Londres para resolver amistosamente las dificultades que habían surgido entre Inglaterra y Holanda a propósito del comercio de las Indias, consiguiendo plenamente su objeto. Mezclado en las luchas religiosas, tomó partido por los arminianos, y combatió los decretos del Sínodo de Dordrecht, siendo encarcelado junto con su amigo Ordenbarneveldt, que fue condenado a muerte, mientras que a Grotius se le condenaba a cadena perpetua y era encerrado en el castillo de Loewenstein. Pudo escapar (1621) gracias a la abnegación de su esposa, María de Reigersberg, y se refugió en Francia, adonde fue a reunírsele. El sabio holandés fue favorablemente acogido por Luis XIII, que le señaló una pensión de 3,000 francos. Fue profundo teólogo, distinguido humanista, eminente jurisconsulto e historiador dotado de gran sentido crítico.

Guiberto. Teólogo francés, abad de Nogent sous-Coussi, en la diócesis de Laon, nació cerca de Clermont en Beauvoisis en 1053 y murió en 1124. Tomó el hábito religioso en la abadía de San Germero y fue elegido abad de Nogent en 1104. Su vida fue consagrada toda a la piedad y al trabajo. Lucas d'Achery ha dado al público una colección de todas sus obras, en folio, y las principales son las siguientes: una historia de las primeras cruzadas, conocida con el título de *Gesta Dei per Francos*. En ella se encuentran confundidos hechos curiosos y verdaderos, con fábulas y relatos minuciosos; *Tratado de las reliquias de los Santos; Tratado de la Encarnación contra los judíos*.

Guillermo de Auvergne. Obispo de París, doctor de la Sorbona y profesor de Teología, nació en Aurillac y murió en 1219. Estudió los neoplatónicos de Alejandría y los árabes, e introdujo en Europa las doctrinas de Hermes Trismegisto. De sus obras se hizo y publicó una edición en Orleáns (1674).

Guillermo de Champeaux. Filósofo escolástico francés, nacido en Champeaux, cerca de Melun y muerto en Claraval (1070-1121). Fue obispo de Châlons-sur-Marne y amigo de San Bernardo. Fundó en París una escuela, llamada de San Víctor, a la que asistieron ilustres discípulos, como Abelardo. En la famosa cuestión de las investiduras, asistió a la conferencia de Mouzon como enviado de Calixto II, y obtuvo del emperador alemán Enrique IV la renuncia de éste a sus privilegios. En la *querella de los universales*, defendió el *realismo* exagerado contra el *nominalismo* de su maestro Roscelino, aunque más tarde suavizara un tanto su actitud ante las críticas de Abelardo, que ya por entonces había alcanzado gran fama. De sus escasas obras es muy curiosa *De origine animae*, sobre la condenación de los que mueren en pecado original.

Gundisalvo, Domingo. Hombre de ciencia y teólogo español del siglo XII. Tradujo al

latín muchas obras científicas y filosóficas de los árabes. Escribió los siguientes tratados: *De processione mundi. De divisione philosóphiae* y *De inmortalitate ánimae*. Fue arcediano de Segovia y principal maestro de la escuela de traductores de Toledo.

Hermann el Alemán. Traductor del siglo XII, de origen alemán, establecido en España, donde fue obispo de Astorga desde 1266 hasta 1271 ó 1272, en que ocurrió su muerte. Formóse en la famosa Escuela de Traductores de Toledo, que tanto influjo ejerció durante la Edad Media en la cultura científica y filosófica occidental. Vertió del árabe al latín el comentario medio de Averroes a la *Ética a Nicómaco* (1240), un compendio de la misma (1243-1244), otro de Averroes sobre la *Retórica*, con glosas de Alfarabi, un tratado original de retórica y un comentario a la *Poética* del mismo Aristóteles (1250-1256).

Hermann el Dálmata. Orientalista del siglo XII. Acompañó a Roberto de Retines en sus viajes por Asia, Grecia y otros países de Europa. Estuvieron ambos en España donde estudiaron astronomía y matemáticas, en una época en que el arzobispo de Toledo, Don Raimundo, había fundado ya el famoso Colegio de Traductores. A instancias de Pedro el *Venerable* tradujeron ambos, auxiliados por un tal Pedro, árabe o judío converso, el *Corán* (publicado más tarde en Basilea, 1543). Se sabe que en 1144 envió a su antiguo maestro Thierry de Chartres su traducción del *Planisferio*, de Tolomeo, que el año anterior había terminado en Toulouse. Se le atribuye, además, *De statu Saracenorum*, tratado que acompaña frecuentemente a la versión del Corán.

Hermes Trismegisto. Personaje de existencia problemática y desde luego desconocida, que sintetiza o condensa la ciencia antigua, en cierto modo, como Homero representa la poesía. Comúnmente se le relaciona y hasta identifica con Theuth, dios lunar egipcio. Platón, en dos pasajes hace mención de un dios u hombre divino, egipcio, por nombre Theuth, al cual se atribuían muchos descubrimientos, como la aritmética, el álgebra, geometría, astronomía, dibujo, juego de los dados y, especialmente, el alfabeto y la escritura, y al cual Thamus, rey de Tebas, condenó (según dicen) por considerar que sus inventos perjudicaban a la memoria en vez de favorecerla. Cicerón va más adelante, diciendo que el mismo personaje de que se trata (Hermes Trismegisto) fundó la ciudad de Hermópolis y fue adorado por los saítas y que, a pesar de ser puro hombre, fue tan honrado a causa de su sabiduría, que se le dio el nombre de *Trismegisto*, (tris, tres veces; megistas, el más grande). El libro que más comúnmente se atribuye a Hermes Trismegisto es el *Poemander*.

Hesras, Aben. Exegeta judío español, cuyo nombre se escribe también *Esrá* y *Ezra*, según las versiones española y árabe, nació en Toledo (1092-1167). Viajó por Europa, África y Palestina y se distinguió como médico, poeta, gramático, filósofo, cabalista y astrónomo. Sus Comentarios al *Antiguo Testamento* se distinguen por su erudición y originalidad. Dejó otras muchas obras sobre diversas materias. Los judíos le llaman el *Admirable*, y le tienen por el verdadero fundador de la exégesis racionalista. Como homenaje a su memoria, se dio su nombre a un circo lunar.

Hildeberto de Lavardin o de Tours. Prelado y escritor francés, nació en Lavardin hacia el año 1055 y murió en Tours en 1133. En 1092 era arcediano de la iglesia de Mans y en 1097 obispo de su diócesis, en cuyo concepto tomó parte en el Concilio de Saintes.

En 1127 presidió el Concilio de Nantes en el que se promulgaron los célebres estatutos para la reforma de los usos y costumbres del clero bretón. La primera edición de sus obras fue publicada por el benedictino Antonio Beaugendu en 1708. Dourassé hizo una nueva edición con suplementos (1854). El *Tractatus Theologicus* que figura entre las obras de este prelado es de Hugo Saint-Victor.

Hipócrates. Médico griego, denominado el *Padre de la Medicina*, y también *Hipócrates el Grande*, nació en Cos y murió en Larisa, Tesalia (460-h. 377 a.C.). Fue contemporáneo de Sócrates y Platón, quien lo cita a menudo elogiosamente. Se supone que perteneció a una antigua familia sacerdotal de la isla. Lo único cierto que se conoce de Hipócrates es su colección enciclopédica de la antigüedad. Estableció para los médicos el juramento profesional.

Hispano, Pedro. Filósofo de la Edad Media, cuya lógica tuvo una aceptación y un renombre verdaderamente mundiales, pues puede decirse que fue el texto universal de las escuelas de artes hasta que Soto y Báñez la suplantaron entrado el siglo XVI. La personalidad de este filósofo parece identificarse con la de Pedro Ferrando, dominico español del siglo XIII, que escribió una vida de santo Domingo.

Hontañón, Rodrigo. Arquitecto español, hijo de Juan, nació en Rasines, Burgos, y murió en Segovia (h. 1500-1577). Fue discípulo de su padre. Rehizo la fachada de la Universidad de Alcalá, de composición característicamente española y de estilo renacentista; sucedió a su padre en la dirección de las catedrales nueva de Salamanca y de Segovia, donde supo resistir a la influencias artísticas de la época y concluirlas dentro del estilo gótico.

Horacio, Flaco Quinto. Poeta latino, nació en Venusia y murió en Roma (65-8 a.C.) Estudió en Roma y en Atenas, y Marco Bruto le nombró tribuno de sus soldados, recorriendo entonces con él la Macedonia y el Asia. Vuelto a Roma, se dedicó por completo a la literatura, y fue amigo de Virgilio y de Mecenas. Como poeta cultivó todos los géneros, pero sobresalió en las Odas, introduciendo así en la poesía latina las más bellas formas de la poesía lírica griega, como las estrofas sáficas, asclepiadeas, alcaicas, etc. Su *Epístola a los Pisones* o *Arte poética* determinó las leyes de nuevos géneros de estilo.

Ignacio de Loyola (San). Religioso fundador español, cuyo nombre en el siglo fue Íñigo López de Loyola. Nació en el castillo de Loyola y murió en Roma (1491-1556). Se crió en la casa del contador mayor de los Reyes Católicos, Juan Velázquez de Cuéllar, en Arévalo, y la esposa de éste le presentó al duque de Nájera, Antonio Manrique, a la sazón virrey de Navarra, para que siguiese su vocación por la carrera de las armas. Mientras fue gentilhombre de Manrique observó una vida irregular y desordenada, pero herido durante el sitio que los franceses pusieron a Pamplona (1521), leyó durante su convalecencia varios libros piadosos que le hicieron meditar y arrepentirse. En el monasterio de Montserrat tomó el hábito de penitente: se retiró a Manresa y, en una cueva de los alrededores, hizo edificante vida de austeridad y concibió su famosa obra *Ejercicios Espirituales*, hizo una peregrinación a Roma y Jerusalén, y a su regreso comenzó sus estudios de latín en Barcelona (1524), y luego de Filosofía en Alcalá (1526) y Salamanca. A los treinta y siete años se trasladó a París, donde obtuvo el título de maestro en artes (1534), y empezó a imponerse en la ciencia teológica. Allí conoció a los que habrían de ser sus prime-

ros compañeros en la constitución de la Orden por él fundada, la *Compañía de Jesús*. Ignacio vivió en Roma, donde redactó las *Constituciones* (1550), en que se fija el carácter de la Compañía y las normas por que se habría de regir. Fundó los colegios Romano y Germánico, en Roma. Fue beatificado por el papa Paulo V, en 1609, y canonizado el 13 de marzo de 1622 por Gregorio XV.

Irnerio. Jurisconsulto italiano, nació en Bolonia hacia 1050 y murió en 1138. Muy joven aún fue nombrado profesor de dialéctica y retórica en su ciudad natal, pero pronto se dedicó al estudio de los *Códigos de Justiniano*, habiendo hecho estos estudios, según supone Fitting, en la Escuela de Derecho de Roma, donde también parece que actuó de profesor de leyes y publicó su obra *Quaestiones de juris subtilitalibus* (editada por Fitting, Berlín, 1894). Más tarde fue profesor en la Escuela de Bolonia, que él mismo había fundado. Fitting le atribuye, además, una obra de mayor volumen titulada *Summa codicis*, que hasta hace poco se había atribuido a Placentinus. El sabio historiador M. Grabmann encontró en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, fragmentos de unas Sentencias teológicas de Irnerius.

Jiménez de Cisneros, Francisco. Religioso, político y estadista español, nació en Torre-laguna y murió en Roa (1436-1517). Estudió en Alcalá, Salamanca y Roma. Fue capellán de la iglesia de Sigüenza y vicario general de su obispo Mendoza; ingresó en la Orden franciscana y, del retirado convento de Salceda, le escogió la reina Isabel la *Católica* para confesor y consejero. A propuesta de la soberana se le nombró arzobispo de Toledo (1507), obtuvo para él el capelo cardenalicio. Fue Cisneros el paladín de la expansión española en Africa. A la muerte del soberano, en 1516, y en virtud del testamento de éste, se hizo cargo de la regencia, y entonces demostró de modo extraordinario sus grandes dotes de hábil diplomático y experto estadista, así como de hombre enérgico, justiciero y de una austeridad inigualable, que hacen de él uno de los grandes gobernantes que ha tenido España. Cisneros demostró poseer una honda visión de la nacionalidad. Protector de las letras y las ciencias, fundó y dotó la Universidad de Alcalá de Henares y el Colegio de San Ildefonso y publicó la famosa *Biblia políglota*.

Juan de Jandun. Filósofo belga, que algunos llaman Juan de *Gante* (de *Genduno* o de *Ganduno*), nació en Janduñ y murió en Todi en 1328. Escritor fecundo, dejó entre otras obras: *De laudibus Parisiis*, *In libros animae* y *Expositio problematum Aristotelis*.

Juan de Meung. Literato francés, nacido en Meung-sur-Loire, población de la que tomó el nombre, pues el suyo original era Juan Clopinel o Chopinel, en 1250 y murió en 1305. Según es tradición, estudió en la universidad de París, y como su contemporáneo Rutebeuf, fue gran defensor de Guillermo de Saint-Amour y crítico mordaz de las órdenes mendicantes. Recidió la mayor parte de su vida en París. Él mismo dice que en su juventud compuso varias canciones que se hicieron populares en las plazas públicas y en las escuelas de París. En la enumeración de sus propias obras pone en primer lugar la continuación del Roman de la Rose, de Guillermo de Lorris, que es una sátira contra las órdenes monásticas, el celibato, la nobleza, el pontificado, la realeza, las mujeres y el matrimonio. Guillermo había expuesto las leyes de "cortesía"; Juan de Meung añadió un "arte de amar", en el que expuso con brutalidad los vicios de las mujeres, sus artes de enga-

ñar y los medios con que los hombres pueden librarse de ellas. Juan de Meung encarnó el espíritu burlón y escéptico de las fabliauz. Su poema, a pesar de la debilidad de su plan, revela, en alto grado, sorprendente facultad de observación, de raciocinio lúcido y exposición clara, y le da méritos para ser considerado como el mayor de los poetas franceses medievales. Manejó el idioma con flexibilidad y precisión desconocidas de sus predecesores, y la longitud de su poema (19,000 versos) no fue obstáculo a su popularidad en los siglos XIII y XIV. Parte de su fama debióse, indudablemente, a que dominó todos los conocimientos científicos y literarios de sus contemporáneos en Francia, y supo intercalar en su poema multitud de datos informativos y citas escogidas de los autores clásicos.

Juan de Sevilla. Arzobispo de Sevilla, probablemente del siglo IX. Asistió a un Concilio en Córdoba (839). Llamábanle los árabes *Said Almatran* o *Said el Metropolitano*, y era tenido en gran estima entre los árabes y cristianos por su santidad y sabiduría. Los cronistas de siglos posteriores al suyo elógianle sobremanera por haber compuesto un comentario católico a las Sagradas Escrituras en lengua árabe, con la intención, sin duda, de que los cristianos mozárabes que vivían en trato frecuente con los moros no tomasen de ellos algún error dogmático y de esa manera incurriesen en alguna interpretación de los sagrados libros poco ortodoxa.

Kadlubek, Vicente. Historiador polaco, el más importante de aquel país, nació en Kargow, no lejos de Opatow, hacia 1150 y murió en 1223. Estudió, según se cree, en escuelas superiores italianas o francesas; fue luego preboste de Sandomir, y en 1207 se le nombró obispo de Cracovia. En el año 1218 hizo dimisión de su obispado y se retiró al convento de la orden del Cister, de Jendrzejow (Pequeño Morimond), y fue beatificado por el papa Clemente XIII en 1764. Su *Crónica de Posen*, que alcanza hasta 1206, está escrita en latín y sus tres primeros libros en forma dialogada entre dos obispos. La *Crónica de Kadlubek* sirvió de base a todos los cronistas posteriores hasta Dugloszc.

Ladislao I. Vladislao V *Jagellón*. Rey de Polonia, murió en Gródec (1350-1434). Hijo de Olgierd, heredó de éste el gran ducado de Lituania (1377); sostuvo una guerra con la Orden Teutónica (1377-1382); se convirtió al catolicismo para casarse con Jadwiga, reina de Polonia (1386), con lo que pasó a ser soberano de este país y fundador de la dinastía de los Jagellones; con los lituanos derrotó a la Orden Teutónica en Tannenberg (1410). Polonia se engrandeció bajo su mando.

Lanfranco. Arzobispo de Canterbury, nació en Pavía y murió en Canterbury (1003-1069). Hombre de singular energía y resolución, y de viariadísima capacidad, hizo cosas extraordinarias como jurista, religioso, profesor, teólogo, príncipe de la Iglesia y hombre de Estado. Restauró la disciplina eclesiástica en Inglaterra e influyó poderosamente sobre sus contemporáneos. Fue también un eminente escriturista.

Lemoyne, Juan. Cardenal, llamado también Juan de Cressy o Creey, del lugar de su nacimiento, cerca de Abbeville. Sus talentos le abrieron paso para la dignidad a que llegó, mereciéndola de San Pedro Celestino V, que lo creó cardenal del título de San Pedro y San Marcelino en 1294. Era auditor de la Rota y escribió sobre el libro VI de las Decretales. En 1303 Bonifacio VIII le envió a Felipe el *Hermoso*, rey de Francia, para restablecer las

relaciones con la Santa Sede, logrando hacerlo con habilidad y prudencia. Elegido Papa Beltrán de Got, arzobispo de Burdeos, le acompañó hasta Aviñón, donde Lemoyne murió en agosto de 1313. Se le debe la fundación del Colegio de París, que llevó su nombre. *La Glosa*, que escribió sobre las Decretales, fue impresa en París en 1535 y en Venecia en 1586. Algunos le hacen monje benedictino de la Congregación de Cluny.

Lombardo, Pedro. Teólogo italiano, nació en Novara y murió en París (1100-1160). Es también conocido por el apelativo de el *Maestro de las Sentencias*, debido a su famosa obra *Libri quattuor sententiarum*, comentario a las Sagradas Escrituras. Parece ser que estudió en Bolonia, Reims, y finalmente en París, de cuya ciudad llegó a ser arzobispo. Fue discípulo de Abelardo. Compuso también un valioso *Comentario a los Salmos y Comentarios sobre todas las Epístolas de San Pablo.*

Lüder, Pedro. Humanista alemán del siglo XV, nació en Kislau. Abrazó el estado eclesiástico, y después de haber viajado mucho por toda Italia se estableció en Padua. En 1444 le fueron otorgadas las cátedras de latín y de literatura clásica en la universidad de Heidelberg, e introdujo en Alemania la afición a los estudios de la literatura clásica, pero los demás profesores de aquel centro docente no le tuvieron buena voluntad, por causa del modernismo literario de que hacía gala Lüder. Disgustado éste, se volvió a Padua en 1462, obteniendo después una cátedra en la universidad de Basilea. Fue tachado de hereje, llegando a punto de ser denunciado por tal concepto, y en 1474 desapareció sin haberse sabido más de su paradero.

Lupus Servatus o de Ferrières. Abad de Ferrières, de la orden de San Benito, y escritor religioso francés, nació en 805 u 814 y murió después de 862. Pertenecía a una distinguida familia, y estudió en Fulda de 829 a 836, teniendo por maestros a Rabano Mauro y a Eginardo. En 840 fue nombrado abad de Ferrières y consiguió captarse la confianza de Carlos el *Calvo*, que le hizo formar parte de su séquito en varias expediciones. Llegó hasta los tiempos del Papa Nicolás I, y gozó de la amistad de los más ilustres hombres de su siglo. Sus escritos son: un libro de *Cartas*, que publicó Papirio Masson (París, 1588) y *Cánones XII Concilii II in Verno palatio habiti*, en 844.

Macrobio. Escritor y gramático latino del siglo IV y comienzos del V. Escribió una enciclopedia acerca de los principales conocimientos físicos que se tenían entonces. Distingue dos muertes: separación del alma y del cuerpo y triunfo de la razón sobre los sentidos, y admite la espiritualidad del alma. Obras principales *Commentarius in Sómnium. Scipionis y Saturnalia.*

Mapes, Gualterio. Poeta anglo-normando, nació cerca de Hereford hacia el año 1143 y murió en 1209. Estudió en París y después se trasladó a Londres, siendo introducido en la corte de Enrique II de Inglaterra por Tomás Beeket. Protegido por éste, obtuvo el empleo de juez ambulante de los condados del Oeste, representó a su soberano en la corte de Luis VII, tomó parte en el Concilio de Letrán (1179) y fue, por último, arcediano de Oxford. Entre las innumerables obras que se le atribuyen, la única que se sabe con certeza haber salido de su pluma es la titulada *De Nugis Curialium*, que bajo la forma de máximas y anécdotas, ofrece una continuada sátira contra el Estado y la Iglesia.

Marsilio de Inghen. Teólogo escolástico.

rector de la Universidad de Heidelberg. Perteneció a la escuela llamada nominalista, y desde 1362 enseñó en la Facultad de Filosofía (Artes) de París con tal afluencia de oyentes a su aula que tuvo que pensar la Universidad en agrandar los locales. Después de haber sido rector en 1367 y 1371, abandonó hacia 1379 esta universidad para retirarse a la región renana cuando Francia negó la obediencia al papa Urbano VI. Entonces se puso a las órdenes del príncipe elector Ruprecht I del Palatinado. Meditaba éste la fundación de una universidad en Heidelberg, para lo que le sirvió la ciencia y la experiencia de Marsilio. El 29 de julio de 1386 recibía éste el nombramiento de fundador y regente de los estudios de Heidelberg, de los que fue repetidas veces rector hasta su muerte el 20 de agosto de 1396.

Martens, Thierry. Célebre impresor belga, llamado el *Aldo de los Países Bajos*, nació y murió en Alost (1450-1531), que se hizo notar por sus bellas ediciones de autores griegos. Fue uno de los primeros impresores de los Países Bajos, estableciéndose en Alost (1473), después en Amberes (1476) y, por último, se trasladó a Lovaina; en esta ciudad fue el primero en emplear caracteres griegos y hebreos. Las obras que salieron de sus talleres pasan de 200, lo que representa un trabajo considerable dados aquellos tiempos. Su primer obra la imprimió estando asociado con Juan de Westfalia, y hacia el año 1529 dejó de imprimir, retirándose a un convento de su población natal, en donde se le levantó una estatua en 1856.

Martín V. Papa (Oddone Colonna). Nació en Genazzano y murió en Roma (1368-1431). Ocupó el solio pontificio de 1417 a 1431. Residió en Mantua (1417-1418), Florencia (1419) y Roma (1420-1431). Su elección restauró la unidad papal y su mayor preocupación fue la de asegurar la supremacía del Papa sobre el concilio.

Martinus. Impresor belga, cuyo nombre fue Martens Dirk, algunas veces latinizado como *Martinues*. Nació y murió en Aalst (1450-1534). De sus talleres salieron obras perfectas desde el punto de vista tipográfico, siendo el primero en su país que empleó caracteres griegos y hebreos. En Aalst se le erigió un monumento. Es el autor anónimo de un *Dictionárium hebráicum* (1520).

Médicis, Cosme de. Hombre de estado florentino, llamado el *Viejo*, nació en Florencia y murió en Careggi (1389-1464). Protegido del antipapa Juan XXIII, fue a su vez protector de éste cuando se anuló su elección. Dirigió el partido popular de Florencia y protegió a los sabios y a los artistas.

Melanchton, Phillipp. Uno de los principales jefes del protestantismo, nació en Bretten y murió en Wittenberg (1497-1560). Profesor de griego en la Universidad de Wittenberg, fue uno de los partidarios más ardientes de Lutero, al que defendió contra la Sorbona con su *Apología pro Lutero*. Dejó más de 300 obras.

Mondino o Raimondino dei Liucci. Médico y anatomista italiano, nacido y muerto en Bolonia (1270-1326). Se le considera como el restaurador de la Anatomía en Occidente, siendo el primero que dio lecciones públicas sobre esta ciencia. Se le deben obras de gran interés científico.

Mussato, Albertino. Poeta, historiador y diplomático italiano, nació en Padua y murió desterrado en Chiozza (1261-1329). Se distinguió ya como abogado cuando en 1311 su

ciudad natal le envió a la corte del emperador Enrique VII para que recabase de él la con-servación de los privilegios de Padua, pero fracasó en sus negociaciones y fue severamente juzgado. Se incorporó al ejército y a poco fue hecho prisionero por Cane della Scala, que le trató con toda clase de consideraciones, recobrando la libertad al firmarse la paz. Retiróse entonces a su ciudad natal, donde se ocupaba en redactar la historia de su tiempo, cuando envuelto en un proceso que costó la vida a un hermano suyo (1325), fue desterrado. Su obra principal lleva el título: 1°. *Historiae Augustae de rebus gestis Henrici VII Caesaris libri XVI*, y 2°. *De gestis Italicorum post Henricum VII. libri XII.* y ha sido publicada por Muratori, en el tomo X de su colección. Escribió además, varias poesías en latín y las tragedias *Achilleis* y *Eccercisis*, constituyendo ésta uno de los primeros ensayos del drama histórico.

Nebrija, Antonio. Humanista español, su nombre era *Antonio Martínez de Jaraba* y, más especialmente por el seudónimo de *Antonio de Nebrija*. Murió en Alcalá de Henares (1441-1522). Con frecuencia usaba su seudónimo latinizándolo: *Aelius Antonius Nebrissensis*. Estudió en Salamanca; fue catedrático en las universidades de Sevilla, Salamanca y Alcalá; el cardenal Cisneros le encomendó la revisión de los textos latinos y griegos de la Biblia políglota Complutense (1502) y desempeñó el cargo de cronista real desde 1509. Escribió *Introducciones a la gramática latina* (1481), en latín y luego en castellano; *Gramática sobre la lengua castellana* (1492), la primera de un idioma vulgar y, *Diccionario latino-español* (1492) y *español-latino* (1495). Dio también a la imprenta otras obras de derecho, teología, arqueología y pedagogía, y entre las últimas merece citarse *La educación liberal*. Fue la más eminente figura literaria de la época de los Reyes Católicos.

Nicolás de Cusa. Filósofo, obispo y cardenal alemán, nació en Cues (Cusa) y murió en Todi (1401-1464). Fue quizá el mejor filósofo de su tiempo; participó en el Concilio de Basilea y fue legado de Nicolás V en Alemania y vicario general de Pío II en Roma. Sus estudios filosóficos y matemáticos tienen una enorme importancia, hasta constituir un cruce entre la filosofía platónica medieval y el racionalismo moderno. Sus estudios de astronomía se anticiparon a Copérnico al enunciar el movimiento de rotación de la Tierra alrededor del Sol. Obras: *De docta ignorantia, De concordantia cathólica, De visione Dei, De ludo globi.*

Nicolás IV. (Papa Girolamo Masci). Nació en Ascoli y murió en Roma en 1292. Ocupó el solio pontificio de 1288 a 1292. Había sido general de los franciscanos. Fue amante del bien de la cristiandad y de vida intachable. Mandó a Oriente una flota de 20 naves para luchar contra los infieles, sin resultado positivo.

Odofredo. Célebre jurisconsulto italiano, nació en Bolonia y murió en esta misma ciudad en 1265. Fue discípulo de Balduino, Hugolino y Accursio, ejerció después la abogacía en Italia y Francia, y en 1228 abrió cátedra de derecho en su ciudad natal, obteniendo un éxito inmenso en los treinta y siete años que estuvo al frente de la misma. Sus comentarios del Derecho Romano son muy importantes, pues encierran preciosos datos sobre el renacimiento del estudio del derecho en Italia y sobre la vida de los más notables jurisconsultos de los siglos XII y XIII. Sus obras *Lecturae in Codicen, Lecturae in Digestum velus, Lecturae in Digestum novum.*

Olai, Erico. Historiador sueco, nació en 1486. Estudió en Alemania, y llegó a ser profesor de teología en la Universidad de Uppsala. La primera edición de su *Historia suecorum gothorumque* se publicó en 1615.

Orderico, Vital. Historiador anglonor-mando, nació el 16 de febrero de 1075 y murió en 1143. A los diez y seis años fue ordenado de diácono, y a los veintinueve de sacerdote. Viajó mucho. Estuvo en Cambrai y en Cluny, y pasó varias veces a Inglaterra. Su abad, Roger, le animó a escribir una historia, que distribuyó en 13 libros, y que llamó *Ecclesiastica*, aunque trata igualmente de cosas ajenas a la Iglesia, la *Historia Ecclesiastica* nos da una pintura viva de los siglos medios, y es de un alto valor histórico.

Oresme, Nicolás de. Polígrafo francés, nació en Normandía en la diócesis de Bayeux y murió en Lisieux el 11 de julio de 1382. Estudió en la Universidad de París, y en 1355 fue elegido director del Colegio de Navarra. Fue arcodiano de Bayeux, deán de la iglesia metropolitana de Ruan y en 1377 obispo de Lisieux. En 1363 fue a la corte del papa Urbano V en Aviñón, donde en presencia del Sacro Colegio combatió ciertos abusos del alto clero. Oresme, además de profundo teólogo, como atestigua su obra *De communicatione idiomatum in Christo* distinguióse como economista, matemático y físico. Sus doctrinas en el orden moral y económico las vertió en sus tres comentarios a las obras de Aristóteles, titulados *Les Ethiques on Morale d'Aristote* (París, 1488). *La politique d'Aristote* (París, 1489) y *De origine, natura, jure et mutationibus monetarum* (impresos por primera vez en el siglo XVI y luego en Lyón, 1675). Como matemático, concibió la idea de las coordenadas rectangulares y se adelantó a Descartes en la invención de la geometría analítica, dando la ecuación de la línea recta. En el terreno de las matemáticas escribió: *Tractatus de Aguratione potentiarum et mensurarum difformitatum*; un compendio de esta obra titulado *Tractatus de latitudinibus formarum* (impreso en 1481, 1486, 1505 y 1515) fue, en aquella época, el único recurso para el estudio de la geometría razonada. Sus conocimientos de física han quedado en sus dos obras *Traité de la sphère* (París, 1508) y *Traité du ciel et du monde*, escrito en 1377 y que no se dio a la estampa. En ellas trata de los más importantes problemas de la estática y la dinámica, y expone una teoría original acerca de la gravitación de los cuerpos y movimiento de la Tierra, sustentada más tarde por Copérnico y sus seguidores, especialmente Giordano Bruno.

Ovidio. Poeta romano, nació en Sulmona y murió en Constanza, Rumania (43 a.C.-17 d.C). Deseoso de ejercer la abogacía, empezó en Roma estos estudios, teniendo por profesores a los mejores retóricos de su época, pero pronto abandonó la carrera por la poesía. La publicación de su poema *Ars amandi* (Arte de amar) le valió ser deportado a Tomi (hoy Constanza), en el Ponto Euxino, donde terminó sus días sin haber logrado el perdón. El motivo oficial fue la inmoralidad de la obra, aunque probablemente hubo causas políticas. Las obras de Ovidio pueden dividirse en tres clases: eróticas, mitológicas y formas de destierro.

Paulo III. (Alessandro Farnesio). Nació en Canino y murió en Roma (1458-1549). Ocupó el solio pontificio de 1534 a 1549. Aprobó los estatutos de la Compañía de Jesús (1540) y abrió el Concilio de Trento (1545). Su papado pertenece a una época de transición en el que se mezclan el nepotismo con las ansias reformadoras.

Paulo IV. Papa (Giampietro Carafa), conocido por Paulo IV, nació en Avellino y murió en Roma (1476-1559). Pertenecía a una familia noble de Nápoles y ocupó el solio pontificio de 1555 a 1559. Había sido legado en Inglaterra (1513), nuncio en España (1515), fundador de la Orden de Clérigos Regulares Teatinos, junto con san Cayetano (hacia 1516) y decano del Sagrado Colegio de Cardenales (1536). Durante su pontificado combatió la política española, reforzó la Inquisición, estableció la *Congregación del Índice* (1557) y persiguió a los judíos. A su muerte se produjeron manifestaciones bastante hostiles hacia su pontificado.

Pedersen, Cristiern. Escritor y teólogo dinamarqués, nació y murió en Helsinge (1480-1554). Fue llamado el *padre de la literatura dinamarquesa*. Apostató del catolicismo y abrazó la Reforma luterana, estableciéndose en Malmoe, donde fundó la primera imprenta.

Peyraud, Guillermo. Prelado francés, llamado también Pérault, nació en el pueblo de su apellido, en el Vivarais, hoy departamento del Ardèche, hacia el año 1190 y murió en Lyón en 1255. Obtuvo el doctorado en teología en la universidad de París, y tomó el hábito de Santo Domingo; por la fama de su talento y virtudes, el arzobispo de Lyón, Felipe de Saboya, le nombró su obispo sufragáneo. Peyraud es el autor de un *Summa de vitiis et virtutibus* (París, 1663), muy elogiada por Gerson; *De diversis et de festis* (Orleáns, 1674), colección de sermones; *De eruditione principum* (Roma, 1570).

Pico de Mirandola, Juan. Filósofo italiano, nació en el castillo de la Mirandola, cerca de Modena en 1463 y murió en Florencia en 1494. A los catorce años fue enviado a Bolonia, donde estudió el derecho canónico, pero pronto dejó estos estudios; frecuentando los cursos de filosofía y teología, tuvo por maestro a Marsilio Ficino. De ahí pasó a diferentes ciudades de Italia y Francia. Aprendió rápidamente las lenguas clásicas, el hebreo, árabe y caldeo, y se familiarizó con los diferentes sistemas de filosofía. Hacia 1486 regresó a Italia, y en Roma dio una muestra palpable de su asombrosa erudición: se propuso sostener públicamente 900 proposiciones de lógica, metafísica, física, moral, teología, matemáticas, sin excluir las doctrinas de la cábala y de la magia natural, para lo cual invitó a todos los sabios de Europa a dicha controversia, ofreciendo pagar los gastos del viaje a los que vinieran de lejos. Estas tesis *de omni re scibili*, como decía el mismo Pico de la Mirandola, excitaron la curiosidad en un principio y despertaron pronto sospechas de heterodoxia. Más de un año permaneció en Roma sin conseguir Pico su propósito, antes al contrario, el Pontífice prohibió la lectura del libro que contenía dichas tesis. Pico de la Mirandola es, ante todo, un hombre del Renacimiento; apasionado por la antigüedad clásica, la declara incompatible con las escuelas que durante los últimos tiempos de la Edad Media habían privado en las universidades europeas. Afirma que la causa principal del descrédito de la escolástica está en la ignorancia, no de fuentes inaccesibles al saber, sino de las fuentes accesibles al hombre, a saber, la experiencia y las obras originales a las cuales substituyeron, respectivamente los filósofos medievales el método puramente dialéctico y las traducciones adulteradas y recargadas de obscuros comentarios. Su filosofía es un nuevo intento de conciliación entre Platón y Aristóteles, único camino según él, de conciliar la teología cristiana con una filosofía griega.

Pio II. Papa (Enca Silvio de Piccolomini), nació en Corsignano, Siena, y murió en Ancona (1405-1464). Ocupó el solio pontificio de 1458 a 1464. Quiso unir a todos los países de Europa contra la amenaza turca y se preparaba a dirigir una cruzada cuando murió; combatió el tráfico de esclavos y la opresión a que se sometía a los judíos. Ferviente humanista, influyó en la evolución del humanismo alemán y fundó las universidades de Basilea, Nantes e Ingolstadt.

Platón. Filósofo griego (427-347 a.C.). Discípulo de Sócrates durante ocho años, al ser condenado su maestro a beber la cicuta (399), se retiró a Megara. Más tarde, viajó por Cirenaica, Egipto e Italia meridional. De regreso en Atenas fundó una escuela de filosofía, la *Academia*, así llamada por tener su sede en el jardín del ciudadano Academus. A la vuelta de Sicilia se dedicó a la dirección de escuela. Su obra, compuesta en diálogo, de las que es Sócrates el personaje principal, es la primera exposición sistemática de una concepción espiritualista del mundo y del hombre. Su más importante aportación a la filosofía es la teoría de las ideas. La unidad de las ideas se cifra en la idea del bien, razón y causa de todas las cosas. Hay en su doctrina huellas de la filosofía pitagórica y de los misterios órfico, junto con el magisterio de Sócrates, que amplió hasta convertirlo en uno de los sistemas clave del pensamiento occidental. Su pensamiento dominó en la cristiandad hasta el siglo XII, en que se produjo un cambio brusco en el movimiento de las ideas, debido a san Alberto Magno y a santo Tomás de Aquino. La influencia de Platón sufrió entonces un eclipse casi total, sucediéndole la hegemonía de su discípulo Aristóteles. Las doctrinas de Platón renacieron en el siglo XVI; las ideologías de Descartes, Spinoza y Leibniz son de inspiración en gran parte platónica. El platonismo constituye el alma de los trascendentalismos germánicos de Hegel y Schelling, y más aún de Fichte. Han llegado a nosotros cuarenta y dos *Diálogos* a él atribuidos, de los cuales son seguramente apócrifos alrededor de una quincena. Se consideran piezas clásicas la *República*, donde, con su famosa utopía política, desenvuelve también la alegoría tan citada de la caverna; *Fedro*, donde expone su teoría de la reminiscencia; el *Simposionnnn* (Banquete), sutil y elegante coloquio en torno del amor; *Protágoras* y *Gorgias*, estos dos últimos notables por su dialéctica, vigorosa y ágil al mismo tiempo.

Platón de Tívoli. Traductor del siglo XII. Contribuyó a la difusión de la cultura con sus traducciones del árabe de algunas obras de astronomía. Su nombre se cita al lado de los de Roberto de Rétines o de Chester y Hermann el *Dálmata*, dedicados también a la misma labor.

Plotino. Filósofo alejandrino, nació en Licópolis, Egipto (203-270). En Roma fundó una escuela de filosofía y fue uno de los místicos más fervientes de aquella época. Transformó el sistema platónico en una cosmovisión religiosa y mística, que ha perdurado hasta nuestros días. Dios es su sistema, es el Uno o Ser puro, a la vez primera y última causa, por encima de toda razón y todo conocimiento. Incurriendo en panteísmo, afirma que todo procede de Dios, no por creación, sino por emanación. Sus lecciones fueron coleccionadas por Porfirio en seis enéadas o sea grupos de nueve capítulos.

Prisciano. Gramático latino de fines del siglo V y principios del VI de nuestra era, nació probablemente en Cesarea de Mauritania y, según otros, en Cesarea de Palestina o en

Roma. No se conocen pormenores exactos de su vida, salvo que fue discípulo de Teocristos, que enseñó en Constantinopla y que contó entre sus alumnos a Eutiques y a Teodoro. Su obra principal y la que le dio fama es la titulada *Institutiones grammaticae*, en 18 libros, que forman el cuerpo más completo de didáctica de la gramática latina que nos ha transmitido la antigüedad. Esta obra, de notoria importancia sobre todo por la gran riqueza de tradiciones de la literatura antigua, fue uno de los libros de más uso en la Edad Media.

Pullein, Roberto. De su infancia existe la tradición de todos los que han citado sus obras que le hacen inglés de nación. Parece que a la muerte de Enrique I (1135), y a causa de los trastornos de los primeros tiempos del rey Esteban, pasó a París a continuar sus estudios; volvió de nuevo a Inglaterra, restableciendo en su esplendor la academia de Oxford, donde abrió escuelas sustentándolas con sus propios recursos. Hacia 1143 partió a Roma, probablemente invitado por Inocencio II, que murió en septiembre de aquel año, mas su sucesor Celestino II, le dispensó no menos favor, creándole cardenal; Lucio II, que empezó a reinar el 12 de mayo de 1144, le nombró canciller de la Iglesia romana, cuyo cargo conservó después de la elección del discípulo de san Bernardo, el Papa Eugenio III, el 27 de diciembre de 1145. Desempeñó dicho cargo hasta el año tercero del pontificado de Eugenio III, pues ya en 1147 existen cartas apostólicas firmadas por el canciller Guido. Murió hacia 1150. Lo único publicado, gracias a la diligencia de Claudio Hugo Mathaud, benedictino de la Congregación de san Mauro, con la cooperación de Hilarión de Febvre, es: *Sententiarum Logicarum libri VIII*, impreso en París, por Simón Piget en 1655, valiéndose para ello del códice existente en la Abadía de Saint-Remy, en Reims.

Quiroga, Vasco de. Prelado español, nació en Madrigal de Castilla la Vieja por el año 1470 y murió en Uruapan, obispado de Michoacán (México), en 1565. Estudió jurisprudencia en Valladolid, en cuya cancillería adquirió mucha fama como letrado, hasta el extremo de que el obispo de Badajoz, que era presidente de aquélla, le recomendó a la reina gobernadora para oidor de la primera Audiencia que hubo en México, a donde llegó a principios de 1531. Fue nombrado especialmente para juzgar de las acusaciones que se hicieron contra Hernán Cortés y Nuño de Guzmán. Fue presentado por el emperador don Carlos para dicha diócesis de Michoacán, al renunciar el obispo electo fray Luis de Fuensalida, tomando posesión del obispado en 1537. Entre sus principales actos figuran la traslación de la catedral desde Tzintzunzan a Pátzcuaro, en donde fundó el Colegio-seminario de San Nicolás, uno de los más antiguos de América y las medidas de carácter económico en pro de los indios de su diócesis.

Radbertus, San. Teólogo francés, nació en Soissons en 786 y murió hacia 860 en el monasterio de Corbie, del cual era abad. Brilló por su saber y virtudes entre las que campeaban la humildad y dulzura de su trato. Su obra más importante es: *De corpore et Sanguine Domini*, que escribió durante el reinado de Ludovico Pío para explicar el genuino sentir de la Iglesia contra algunos errores.

Ramón, Lulio Raymundo. Apóstol, filósofo y polígrafo español. Nació en Palma de Mallorca (1235-1315). Aprendió el árabe y consiguió que Jaime II fundase en Miramar un colegio donde los franciscanos estudiasen las lenguas orientales (1275); se lanzó a predicar por Siria, Palestina, Egipto, Etiopía y Mauritania. Actuó después como profesor en Montpellier, donde enseñó su Arte; logró la

creación en Roma de una escuela de lenguas orientales; estudió gramática en París, al mismo tiempo que enseñaba Filosofía en su Universidad; predicó nuevamente el cristianismo en Túnez, Chipre, Armenia, Rodas y Malta; en Bujía (Tunicia) sufrió martirio, aunque parece ser que murió en Mallorca poco después. Inventó un aparato que permitía determinar la situación de las naves en cualquier momento. Previó las causas de las mareas, etc. La doctrina luliana, rápidamente extendida por los estados de Aragón, creó escuela y alcanzó creciente renombre y prestigio hasta el siglo XVI; ya en el XIV y en vida de Lulio, la Universidad de París reconoció su ortodoxia y utilidad, pero logró su apogeo cuando fue admitida y expuesta en la Universidad de Alcalá en el siglo XVI, y en la de Valencia. Cisneros editó las obras del gran filósofo y Felipe II las tuvo en alta estima. Aunque la Iglesia no le ha declarado ni santo ni beato, en Cataluña se le tributa culto sin oposición eclesiástica, por lo que se considera como beato.

Roberto Abad de Molesmes. Religioso francés, nació en Champagne y murió en Molesmes (1029-1111). Era abad del monasterio de Molesmes, fundado por él, cuando emprendió la reforma cisterciense en la abadía de Citeaux, cuyos monjes, hasta entonces benedictinos, comenzaron, en 1112, bajo la dirección de san Bernardo, la nueva orden del Cister.

Roberto de Arbrissel. Religioso francés nació en 1047 y murió en 1117, fundador de la orden de Fontevrault, del monasterio del mismo nombre y del de la Roe.

Roberto de Brujas. Benedictino belga del siglo XII, perteneciente a la congregación del Cister, murió el 29 de abril de 1158. Profesó en el monasterio de Dunes, del que fue elegido abad en 1138, cargo al que renunció en 1153 para ocupar la silla abacial de Claraval, por muerte de san Bernardo, gobernándola santamente.

Roberto de Courçon. Eclesiástico francés, murió bajo los muros de Damieta en 1218. Fue legado del Papa, y como tal, en 1215 dio sus estatutos a la universidad de París, en los que consignaba lo que se podía y lo que no se podía leer de Aristóteles y de sus partidarios. Escribió una *Summa*, que quedó inédita y que contiene interesantes pormenores acerca de la disciplina eclesiástica en el siglo XIII.

Roberto Guiscardo. Duque de Apulia y Calabria, hijo de Tancredo de Hanteville (1014-1085). A la muerte de su hermano Humfredo fue proclamado conde de Apulia en 1057; entonces conquistó Calabria y el Papa Nicolás II le nombró gonfalonero de la Iglesia. Se hizo voluntariamente vasallo de la Santa Sede. A su vuelta a Italia acabó de conquistar las plazas que aún quedaban en poder de los mahometanos, desde 1068 a 1071 en el sitio de Bari. Gregorio VII le excomulgó en 1074 por negarse a rendirle vasallaje, pero le levantó la excomunión en 1080. Entre tanto, el Papa Gregorio VII había sido hecho prisionero por Enrique IV de Alemania, y Roberto de Guiscardo corrió a Roma en su auxilio y le libertó. Después volvió al Epiro y continuó la guerra contra los griegos, a quienes tomó casi todo el archipiélago, y estaba por ir contra Constantinopla cuando le sorprendió la muerte.

Roscelino, Juan. Filósofo escolástico del siglo XI, nació en Bretaña por el año 1050, fundador de la escuela de los nominalistas. Fue monje de Compiègne, y estuvo en relación con Lanfranco, san Anselmo e Ivo de Chartres. Acusado ante el Concilio de Soissons

(1093) como triteísta. De sus escritos sólo queda una carta dirigida a Abelardo. Conocemos bien su doctrina por textos de san Anselmo, Abelardo, Juan de Salisbury y un epigrama anónimo.

Séneca. Filósofo hispanorromano, nació en Córdoba y murió en Roma (4 a.C. a 65). Estudió en Roma, en donde fue senador y cónsul, distinguiéndose como el mayor filósofo y el hombre de más valor de su época. Dejó varios libros de asuntos morales y ocho tragedias. Los numerosos escritos de Séneca se clasifican en tres grupos: *obras morales, obras sobre temas de la naturaleza* y *obras literarias*. En ellas se muestra gran filósofo y pensador independiente, aunque asistemático, de espíritu realista, de buen sentido, frente al idealismo panteísta de toda la filosofía heterodoxa; profundamente inclinado a un estoicismo pesimista, de tendencia no metafísica, sino moral y práctica, creación tan personal en la doctrina estoica, denominada *senequismo*, y que viene a ser el antecedente de la filosofía española, que siempre se ha movido por esos cauces. Entre las obras consagradas al estudio de la naturaleza figuran las *Cuestiones naturales*, primero y único manual de Física de la producción científica romana, sobre todo de fuentes estoicas. En el terreno literario escribió algunos epigramas, y se le atribuían ocho tragedias, denominadas *Medea, Las troyanas, Agamenón, Edipo, Hipólito, Fedra, Hércules furioso* y *Tiestes*.

Servet, Miguel. Sabio español del siglo XVI, nació el 29 de septiembre de 1511 en Vilanova de Sixena, obispado de Lérida. A los diecisiete años figura inscrito en la Universidad de Toulouse como estudiante de derecho. Allí leyó por primera vez una Biblia no expurgada, traducida por el judío español Cipriano de Valera, y los *Loci Theologici* de Melanchthon, que decidieron su vocación por la teología. Murió el 27 de octubre de 1553, constituyendo su ejecución el más triste ejemplo de intransigencia y fanatismo por parte de los calvinistas. La doctrina de Servet ofrece dos caracteres propios del Renacimiento: la tendencia científica o naturalista y la crisis racionalista en teología. Sin ser propiamente filósofo, su posición implica aquella filosofía que vemos aparecer bajo la doble forma de neoplatonismo y de panteísmo naturalista desde fines del siglo XV. Los autores favoritos de Servet son los platónicopitagóricos, los neoplatónicos, Zoroastro y el llamado Hermes Trismegisto. Cristo es para él el centro del mundo de las ideas. Todos los seres, dice, son a no dudarlo, consubstanciales con Dios, pero por mediación de las ideas, es decir, por mediación de Cristo. Cristo es hijo de Dios engendrado inmediatamente de su substancia, pero los demás seres son hijos de Dios por adopción y gracias a la mediación de Cristo. Como médico, ha aportado a la ciencia un descubrimiento de tanta importancia como el de la circulación de la sangre; como cosmólogo, ha inaugurado los métodos de la geografía comparada; como filósofo, es considerado como uno de los más ardientes defensores de los fueros del pensamiento.

Sixto IV. Papa (Francesco de la Rovere), nació en Celle y murió en Roma (1414-1484). Ocupó el solio pontificio de 1471 a 1484. Había sido general de la Orden franciscana (1464). Durante su pontificado tuvieron lugar grandes disturbios en Florencia (1478). Autorizó el restablecimiento de la Inquisición en España (1478) y consiguió vencer a los turcos en Otranto (1481). Hecho notable fue la construcción y decoración de la Capilla Sixtina, inaugurada en 1483.

Suetonio Tranquilo, Cayo. Escritor roma-

no (70-140). Fue secretario particular del emperador Adriano. De sus voluminosos escritos, el único que ha pasado a la posteridad es el titulado *Vidas de los doce emperadores*, que, aunque no es una obra literaria de gran importancia, constituye, sin embargo, por su imparcialidad, una excelente fuente de información acerca de los emperadores romanos del siglo I.

Telesio, Bernardino. Filósofo italiano, nació en Cosenza, cerca de Nápoles, en 1508 y murió en la misma ciudad en 1588. Hijo de una familia distinguida, se educó en Milán bajo la dirección de Antonio Telesio, su tío, profesor de autores clásicos en el Colegio de Nobles, de quien recibió probablemente sus primeras enseñanzas filosóficas. Pasó a la Universidad de Padua (1527), donde se dedicó al estudio de las matemáticas y de la filosofía, obteniendo en 1535 el birrete de doctor. Durante estos años se singularizó ya por su animadversión a las doctrinas de Aristóteles. En Roma (1535) se dedicó a las ciencias naturales y permaneció al lado del Papa Paulo IV, que le tenía en gran aprecio y quiso nombrarle arzobispo. Obras de este filósofo: *De rerum natura juxta propria principia*, primera parte (Roma, 1565), que trata del mundo físico; segunda parte, que trata del hombre (Nápoles, 1586). Quattromani, su discípulo, publicó un Compendio del *De rerum natura* (Nápoles, 1589).

Terencio Afer, Publio. Comediógrafo romano, de origen libio, nació en Cartago entre 195 y 185 a.C., y murió en 159. Conducido a Roma desde niño como esclavo, su dueño, el senador Terencio Lucano, le dio una educación esmerada y acabó por concederle la libertad y su propio nombre. Su teatro se fija, sobre todo, en los caracteres y hondura psicológica de los personajes, más que en la comicidad de las situaciones, como por ejemplo hace Plauto.

Tycho Brahe. Astrónomo dinamarqués, de la rama de los Brahe, nació en Krmdstrup (Escania) el 14 de diciembre de 1546 y murió en Praga el 24 de octubre de 1601. Cuando sólo contaba con trece años fue enviado a la Universidad de Copenhague, donde sintió despertar en él la afición a la Astronomía al observar un eclipse de sol el 21 de agosto de 1560. Su familia por fin consintió en que estudiase Derecho y acompañado de un ayo pasó a la universidad de Leipzig, donde comenzó a cursar aquellos estudios sin interés ninguno, y aprovechando sus ratos de ocio y su dinero sobrante en estudiar la Astronomía y adquirir instrumentos, no tardando en descubrir los errores de las Tablas Alfonsinas y Pruténicas. El 11 de noviembre de 1572 descubrió una nueva estrella en la constelación Casiopea, de la que dio cuenta a la universidad de Copenhague, con ocasión de un viaje que efectuó en 1573. Su primera obra trata de este importante descubrimiento, y en ella sentaba la afirmación de que tal estrella se hallaba fuera de nuestro sistema planetario, a una distancia incomparablemente mayor que Saturno. Con sus observaciones, logró notables progresos en la teoría de la luna; descubrió y explicó la variación y la ecuación anual de este astro y determinó la desigualdad principal de la órbita lunar en relación al plano de la eclíptica; expuso los primeros elementos de la teoría de los cometas e hizo la primera tabla de refracciones, que no extendió más allá del 45°. Hacia los últimos tiempos de su vida contó entre sus discípulos a Kleper.

Urbano VI. Primer Papa durante el gran cisma de Occidente, nació en Nápoles hacia el año 1318 y murió en Roma el 15 de octubre

de 1389. Su nombre de pila era Bartolomé Prignano; joven todavía fue a la corte pontificia de Aviñón. El 21 de marzo de 1364 fue consagrado arzobispo de Aceranza en el reino de Nápoles, y el 14 de abril de 1377 Gregorio XI le trasladó al arzobispado de Bari. Bajo el vicecanciller apostólico Pedro de Pamplona, en Aviñón, trabajó Prignano en la cancillería papal. Fijó el año jubilar cada treinta y tres años, en memoria de los mismos que Cristo, de quien nos viene toda gracia e indulgencia, vivió en la Tierra. Instituyó asimismo la Fiesta de la Visitación de Nuestra Señora para el 2 de julio, con el fin de que la celestial Reina de la paz la recabara del Cielo para la Iglesia; también dispuso se trasladara al 3 de noviembre la conmemoración de los Fieles Difuntos cuando el 2 fuera domingo.

Vesalio, André. Anatómico belga, también llamado *Andreas Vesalius*, nació en Bruselas y murió en la isla de Zante (1514-1564). Fue profesor en Lovaina, Bolonia, Pisa y Pavía, y médico de Carlos I y de Felipe II. Realizó disecciones en cadáveres humanos, lo que le permitió rectificar muchos errores arrastrados desde los tiempos de Galeno. Todos sus descubrimientos y observaciones figuran en la obra *De córporis humani fábrica*, que fue el primer tratado verdaderamente científico de anatomía humana. Acusado de haber abierto el vientre a un hombre vivo, la Inquisición lo condenó a muerte, conmutándole luego la pena por una peregrinación a Tierra Santa. A la vuelta del viaje fue arrojado por una tempestad a la isla de Zante, donde murió.

Vitoria, Francisco de. Célebre catedrático salmantino (1486-1546), restaurador de la Teología en España y fundador del Derecho internacional. Su origen vitoriano está atestiguado por todos los historiadores del monasterio salmantino de San Esteban y por el padre Marieta, o. p., natural éste del mismo Vitoria y que escribía en el siglo XVI. Su ordenación sacerdotal fue en 1509, siendo ya gramático; comienzo de sus estudios teológicos en 1513; principio de su profesorado como catedrático de teología en 1516. En los años que permaneció en la capital de Francia contrajo estrecha amistad con las figuras más insignes que por ahí desfilaron, señalándose en particular los humanistas españoles y flamencos que iban al frente del movimiento literario de la época (Vives, Silíceo, Coronel, Clenardo, Harlem, etc.). El trato con tales personajes no fue para él de puro pasatiempo, sino que imprimió en su alma carácter tan marcado, que difícilmente se encontrará en su tiempo un teólogo escolástico más influido por el humanismo renacentista, así como no hay renacentista más sólidamente fundado en la teología tradicional. Esas dos orientaciones se asociaron en él con estrecho vínculo, pasando luego a sus discípulos y logrando formar en España una legión de teólogos que, como teólogos y como escritores, han merecido la admiración universal. Permaneció Vitoria enseñando en París hasta 1522, en que, habiendo hecho una visita a Flandes, regresó a España para continuar desde el curso siguiente su profesorado en el Colegio de San Gregorio de Valladolid. Tres años después se le consideró como el sujeto mejor dispuesto para luchar por la adquisición de la cátedra de Prima de Salamanca que acababa de vacar por muerte del padre Pedro de León, que la había desempeñado desde 1507. En la oposición contendió nuestro teólogo con el célebre maestro portugués Margallo, que tenía la cátedra de filosofía moral en la misma universidad, y habiendo triunfado de él, tomó posesión el 7 de septiembre de 1526. Ocupó aquel puesto hasta su muerte, si bien en los últimos años la falta de salud le impidió con-

tinuar con regularidad las tareas de profesor. Dos son las innovaciones principales que Vitoria hizo en la enseñanza de la teología en Salamanca: una, la substitución de las *Sentencias* por la Summa Teológica, y otra, la anotación por parte de los estudiantes de las explicaciones del maestro. Los manuscritos conservados de sus lecturas proceden de la enseñanza salmantina, y a excepción de uno en que se adopta el orden de las *Sentencias*, en los demás se sigue invariablemente el orden de la *Summa*. Ello hace suponer que Vitoria, en su cátedra de Prima, explicó siempre por santo Tomás, como lo había practicado antes en París y en Valladolid, pues en los estudios dominicanos, desde hacía años, se venía observando esa costumbre, aunque en las asignaciones del personal docente se mantuviese la fórmula *ad legendas Sententias*.

Vives, Juan Luis. Filósofo, pedagogo y humanista español, nació en Valencia en 1492 y murió en Brujas en 1540. Estudió en París, de donde se trasladó a los Países Bajos, y en 1519 fue nombrado profesor de Lovaina y agregado al Colegio Castrense, encargándosele un curso de ciencias naturales y de bellas letras. Posteriormente fue designado profesor de la universidad de Oxford y luego otra vez de Lovaina. Por su vasta erudición y la solidez de su pensamiento, fue muy solicitado como preceptor de los jóvenes de las más destacadas familias y estas circunstancias le facilitaron la amistad y consideración de hombres eminentes. Preocupado por la decadencia de los estudios filosóficos al final de la Edad Media, penetró sus causas y buscó el remedio propugnando un nuevo método de investigación. Distinguió el mundo natural cognoscible por observación externa, del interior, que lo es por observación interna, y limitó la esfera del saber humano, excluyendo aquella zona que para la razón es impotente para explicar ni comprender, rehuyendo así los conflictos entre el saber y la creencia. Como pedagogo, es un precursor de Montaigne. Fue respetado y admirado por los hombres más ilustres, y dejó considerable número de obras, entre las que se destaca el tratado *Del alma y de la vida*, a la cual siguieron la *Exercitatio linguae latinae* y el *De veritate fidei christianae* que le coloca entre los más grandes pensadores de su siglo.

Von Hutten. Escritor alemán, nació en el castillo de Steckelberg, cerca de Fulda, y murió en la isla Ufenau, lago de Zurich (1488-1523). Sus primeros ensayos poéticos, incompletos, son unos poemas exaltando la virtud, pero más tarde, arrebatado por la ira contra la Curia romana, publicó una obra atacando en su base la soberanía temporal del Papado, a pesar de que su labor notable es haber luchado para organizar a Alemania eclesiástica y políticamente.

Wycliffe, John. Teólogo inglés, muerto en Lutterworth (hacia 1330-1384). Ordenado sacerdote, se rebeló contra la autoridad espiritual y temporal del Papa e hizo públicas sus doctrinas, que se difundieron rápidamente por Inglaterra. Negaba la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, las indulgencias, la necesidad de la confesión y otros dogmas. Sus doctrinas tuvieron numerosos prosélitos, que se llamaron *wiclefitas* y *lollardos*.

GLOSARIO

Alta Edad Media. Para el año 1050 Europa seguía al margen de un período de desarrollo sin precedente. La era de las migraciones llegó a un acercamiento, y Europa experimentó la continuidad y la dinámica de un crecimiento de poblaciones establecidas. La vida urbana, y con ella regular y gran escala de tratos y comercio, fue revivido. La sociedad y la cultura de la Alta Edad Media era compleja, dinámica, e innovadora. Este período se ha convertido el centro de atención de la escolaridad moderna medieval, y se ha vuelto conocido como el renacimiento del siglo XII.

Artes liberales. En contraposición con las artes "mecánicas", consideradas "en cierto sentido serviles", las siete artes liberales constituyeron el núcleo de la cultura medieval hasta finales del siglo XII. Su definición sistemática se remonta a Marciano Capella (siglos IV-V), mientras que fueron Severino Boecio (siglos V-VI) e Isidoro de Sevilla (siglos VI-VII) quienes introdujeron la afortunada distinción entre artes del *Trivium* -gramática, retórica y dialéctica- y artes del *Quadrivium* -aritmética, geometría, música y astronomía-.

Con la formación de las universidades, las siete artes liberales se convirtieron en materia de enseñanza en la facultad "inferior" o propedéutica, denominada precisamente facultad de artes; sin embargo, la irrupción del pensamiento aristotélico transformó en profundidad su papel y sus contenidos, insertándolas en una clasificación más amplia de las ciencias y subordinándolas a la filosofía y a la teología.

Astrolabio. Nombre dado por Tolomeo a una esfera armilar o armilla destinada a dar, por lectura en círculos dispuestos a propósito, la longitud y latitud de un astro. El astrolabio de Tolomeo consistía en un anillo plano fjo, en dos de cuyos puntos diametrales PP, iba articulado otro anillo A, el cual podía girar alrededor de PP1, que representaba el eje del mundo, y tenía la inclinación de éste para cada horizonte donde se empleaba el astrolabio. El lector podrá sin dificultad dibujar la figura, que, conforme con la descripción que del astrolabio de Tolomeo damos, le permitirá formarse cabal idea del mismo. Modernamente se da el nombre de astrolabios a una porción de instrumentos que sirven para fijar las coordenadas de astros y no son del tipo de las armillas. El astrolabio de prisma sirve para observar el instante en que la altura aparente de un astro alcanza un valor determinado, como de unos 60° generalmente, en cuya determinación pueden fijarse algunos datos astronómicos del lugar en que se observa o algunas coordenadas de los astros, si aquéllos se conocen. La mayor ventaja del astrolabio de prisma es la de no tener que medir con él más que tiempos. Como método de observación en el instrumento se usa siempre el llamado de las alturas correspondientes.

Auctoritates, textos autorizados
En el siglo XII, Adelardo de Bath escribía que "la autoridad no es más que un yugo"; en pleno siglo XIII Siger de Brabante afirmaba que "la autoridad no es suficiente para la investigación de un problema"; a comienzos del XIV Durando di San Porziano afirmaba que "la autoridad tiene la nariz de cera". Bastan estas citas -aunque sería fácil añadir muchas otras- para demostrar cómo la cultura medieval no recurrió en absoluto al "prin-

cipio de autoridad". Si es cierto, por el contrario, que fue una cultura "del libro", en la que la investigación y la enseñanza partían siempre del análisis de uno o varios textos: la Biblia o las *Sentencias* recogidas por Pier Lombardo en la teología, las obras de Aristóteles y sus comentadores en la filosofía, los escritos de Galeno o el Canon de Avicena en medicina, el *Corpus iuris*, el Decreto y las Decretales en el derecho. Estas *auctoritates* se exponían, se estudiaban, se comentaban y, por último, se discutían: el "método escolástico" practicado en las universidades medievales iba de la lectura (lectio) a la formulación de problemas (quaestio) y a la discusión teórica (disputatio).

Baccalarius, bachiller

En todas las universidades medievales, el bachiller era un estudiante que, habiendo alcanzado un cierto nivel de preparación, participaba en primera persona en las enseñanzas como "asistente" del maestro y, sin dar cursos ordinarios, estaba encargado de "leer" *cursorie* o *extraordinarie*. Las funciones concretas de los bachilleres, sin embargo, variaban en función de la universidad y de la facultad a la que pertenecían. Mientras que en Bolonia y en las universidades inglesas el título de *baccalarius* se conseguía sin demasiadas formalidades, en París se convirtió en un grado académico concreto, al que se accedía por medio de un examen específico y del que se derivaban tareas didácticas escrupulosamente descritas en los estatutos. Entre los teólogos se distinguían los *baccalarii biblici*, que explicaban el sentido literal de la Biblia; los *baccalarii sententarii*, que comentaban las Sentencias de Pier Lombardo, y por último, los *baccalarii formati*, que participaban en las discusiones.

Baja Edad Media. Si la Alta Edad Media era marcada por los archivos institucionales de la unidad sintáctica intelectual, la Baja Edad Media es característica por sus conflictos y disolución. Fue cuando el Estado secular empezó a emerger -aún cuando no era más que un incipiente sentimiento nacional- y la lucha por la supremacía entre la Iglesia y el Estado llegaron a ser una característica de la historia europea por los siguientes siglos. Pueblos y ciudades continuaron creciendo en tamaño y en prosperidad, empezaron a procurar por un autocontrol político.

Bula. Documento pontificio relativo a materia de fe o de interés general, concesión de gracias y privilegios, o asuntos judiciales o administrativos, expedido por la Cancillería apostólica y autorizado con el sello de su nombre u otro parecido estampado con tinta roja.

Burguesía. Cuerpo o conjunto de burgueses o ciudadanos de la clase media. En realidad hasta la Edad Media, alrededor de los castillos feudales se agrupan los industriales y comerciantes, hombres libres, que constituyen una comunidad: pueblos, villas (burgos, *bourgs*, de donde la palabra burguesía, en francés *bourgoisie*), y ejercen la industria y el comercio. Uno de los caracteres sociológicos más notables de la burguesía consiste en el sentimiento de igualdad, en la tendencia a igualarse con las otras clases superiores, en el espíritu de oposición a los privilegios que la anima una vez constituida.

Cancellarius, canciller

En París, el canciller, aunque no formaba parte de ella, tenía grandes poderes sobre la universidad: en su calidad de representante del obispo, confería el más importante de los grados académicos (véase *Licentia*) y ejercía la jurisdicción espiritual sobre maestros y

sobre estudiantes, con derecho de excomunión. Funciones análogas desempeñaba, en Bolonia, el *archidiacomus*. En cambio, en Oxford, el *cancellarius* era, al mismo tiempo, un delegado de la Iglesia y un representante de la universidad, dotado de poderes comparables a los del rector parisino.

Cathedra, cátedra
En la antigüedad, el término ya se empleaba tanto en sentido concreto, para designar la cátedra a la que subía el maestro para impartir sus lecciones, como en sentido abstracto y figurado, para designar las funciones docentes. Precisamente esta segunda acepción tuvo gran fortuna en el ambiente universitario, donde *cathedra* se convirtió en sinónimo "lugar docente". De aquí parte el desarrollo, en el siglo XIV, del neologismo *cathedrarius*, de donde procede el italiano "cattedratico" y el español "catedrático".

Cessatio, suspensio, huelga universitaria
Uno de los instrumentos de presión al que pronto recurrieron los estudiantes para oponerse a las interferencias y las violaciones de sus privilegios por parte del poder civil, fue la suspensión de las lecciones *(cessatio o suspensio)*. Sancionado en 1231 por el papa Gregorio IX en la célebre bula *Parens scientarium*, el derecho de huelga fue ejercido con frecuencia considerable en los siglos XIII y XIV. En los casos más graves algunas huelgas duraron años, tuvieron como consecuencia una emigración de maestros y alumnos *(recessio)* hacia otras ciudades y la formación de nuevas universidades: así nació la universidad de Cambridge del éxodo de Oxford en 1209, y la universidad de Padua de la secesión de Bolonia en 1222.

Cisma. División o separación entre los individuos de un cuerpo o una comunidad. El cisma se distingue de la herejía en que mientras ésta lleva ya en sí la idea de negación del dogma, no todos los cismas implican herejía, sino negación de la obediencia debida al Romano Pontífice en materia de disciplina, pero no doctrinal.

Clericus, clérigo
La identificación entre el clérigo *(clericus)* y el hombre culto *(litteratus)*, el laico *(laicus)* y el analfabeto *(illiteratus)* precedió al nacimiento de las universidades, y se explica por las especiales condiciones del desarrollo cultural en la Edad Media, dependientes en gran medida de la acción de la Iglesia. Aunque no llegó a adquirir un significado técnico, a partir del siglo XIII el término *clericus* se aplicó con frecuencia a los "universitarios" en general, sin distinción entre maestros y estudiantes. Por otra parte, aunque en Italia no todos los miembros de la universidad tomaban las órdenes, era muy frecuente que adoptaran el signo distintivo de los clérigos, la tonsura: de esta forma, aun quedando libres de volver al estado laico al finalizar los estudios, podían beneficiarse de las inmunidades y los privilegios eclesiásticos.

Collegium, colegio
En la Edad Media, los estudiantes tenían que estar dispuestos a viajar, a trasladarse de una ciudad a otra, de una nación a otra, para seguir a un maestro famoso, para estar presentes allá donde el debate cultural tuviera mayor vitalidad. Uno de los problemas más graves que tenían que afrontar estos *clerici vagantes* era el de encontrar un alojamiento. Estaba muy extendida la solución de acomodarse en habitaciones privadas, a veces incluso en casa de los maestros. No obstante, motivaciones sociales y económicas los empujaban a vivir en grupos en casas de alquiler *(hospitia)* y, para dar facilidades a los es-

tudiantes más pobres, laicos y eclesiásticos adinerados fundaron los *collegia*, dotados de estructuras autónomas y de rentas regulares.

Por norma, un colegio estaba dirigido por un maestro de artes o por un bachiller que recibía el nombre de *provisor* o *principalis*. La administración financiera estaba en manos de *procuratores* o *bursarii*, mientras que la responsabilidad del comportamiento de sus miembros *(socii)* era competencia del prior que, en el más famoso colegio parisino, el de la Sorbona, se elegía anualmente. En el Merton College de Oxford, esta función la desempeñaba el *decanus* (o *dean*).

Compañía de Jesús. Orden religiosa fundada por san Ignacio de Loyola, nacida en una sencilla ceremonia en la iglesia de Montmartre, París, el 15 de agosto de 1534, en la que Ignacio y sus compañeros, entre ellos san Francisco Javier, hicieron votos de pobreza, castidad, ir a Jerusalén en peregrinación y dedicar luego su vida para asistencia de enfermos en aquella ciudad. De entonces data el nombre de *Compañía de Jesús*, que dio san Ignacio al grupo por él inspirado, considerándolo como una milicia religiosa. El Papa Pablo III aprobó, en 1540, el *Instituto de la Compañía de Jesús*, de la que Ignacio fue nombrado general (1541). Aunque fue fundada en Roma, se la considera creación española por serlo su fundador y casi todos los primitivos compañeros, y porque el momento en que nació coincide con la reacción y lucha contra la reforma luterana, de que la España imperial fue el más decidido paladín.

Concilio de Trento. Celebrado en Trento (1545-63) durante los pontificados de Pablo III, Julio III y Pío IV, contra el luteranismo. Fue el más importante de todos; condenó los errores de Lutero y estableció la reforma de la Iglesia católica frente a la seudorreforma protestante. Tuvo dos interrupciones intermedias; intervinieron en él Carlos I y Felipe II de España como paladines del catolicismo, y tuvieron actuación fundamental los teólogos españoles.

Constantinopla. Valiato de Turquía, situado a ambas orillas del Bósforo, parte en Europa y parte en Asia. La parte europea termina en el sitio donde se hallaba la muralla de *Macrontikhos*, construida el año 507 por orden del emperador bizantino Anastasio, con objeto de defender la capital de las hordas de los países danubianos. Forman parte de este valiato, que a su vez se divide en siete sandjiaks, las islas de Prinkipo. Los turcos la llaman Stambul (puerto de la felicidad); ocupa una península triangular comprendida entre el mar de Mármara al sur, el Bósforo al este, y la bahía del Cuerno de Oro al norte. El Cuerno de Oro, magnífico estuario a cuyos lados se encuentran las dos aglomeraciones más importantes (Stambul y Galata-Pera), constituye, por su situación especial, uno de los mejores puertos del globo. En la población de Constantinopla están representadas casi todas las razas y religiones: turcos, musulmanes, griegos ortodoxos, eslavos, albaneses, rumanos y búlgaros constituían "la nación de los romanos" (remembranza del antiguo Imperio), armenios y judíos descienden de refugiados españoles que en el siglo XV fueron a buscar en el Imperio otomano la tolerancia que les negaban Fernando e Isabel.

Contrarreforma. Movimiento religioso, intelectual y político destinado a combatir los efectos de la reforma protestante. La crisis provocada por Lutero tuvo para la Iglesia católica los siguientes resultados: promovió el Concilio ecuménico de Trento, que confirmó y aclaró los dogmas establecidos anterior-

mente; procedió a la reforma de los abusos, y reorganizó las órdenes monásticas antiguas. Según sus criterios, se fueron fundando órdenes nuevas, constituidas especialmente para la lucha contra la herejía. La más importante de estas órdenes religiosas fue la de los jesuitas o Compañía de Jesús, creada por el español Ignacio de Loyola. El objetivo principal de la reforma católica fue afirmar el principio de unidad entre todos los creyentes bajo la suprema autoridad del Papa. La reforma católica trascendió al arte y a la ciencia y tuvo importancia capital en el orden político.

Decanus, decano

Empleado en Oxford para designar a los jefes de los colegios en París se reservaba este término para el más anciano de los docentes. No están muy claras las funciones que desempeñaba: probablemente convocaba y presidía las reuniones de facultad.

Sea como fuere, no se trataba de un simple título honorífico, como demuestra la carta enviada al Papa por los maestros de Teología de París, en 1264, para protestar contra Étienne Tempier, canciller de la época que "habiéndose asignado temerariamente a sí mismo el nombre de decano, pretende ilegalmente desempeñar las funciones que competen a este cargo".

Doctor, grado superior de la jerarquía académica.

Este nombre se usa ya durante la época del Imperio Romano, designándose con él a quienes se dedicaban a la enseñanza de cualquier profesión, y en este sentido se llamaba así, lo mismo a los jurisconsultos, profesores de bellas letras y de todas las artes, que a los instructores del ejército.

En su acepción general, pues, equivalía esta voz a *magister*, cuyo concepto prevalece en los escritos de Cicerón, Quintiliano, Horacio, Suetonio, Plinio y la epigrafía latina. La denominación de *doctor* como título o dignidad, parece derivar de la religión israelita, donde existían ya desde la antigüedad los rabinos o doctores de la ley mosaica. Los primeros en recibir el nombre de que tratamos, fueron los doctores de la Iglesia, extendiéndose en el siglo XII el apelativo a los profesores de Derecho Civil de la universidad de Bolonia, de los cuales sólo Irnerio negóse a la adopción del título, conservando el de *judex*. La primera investidura formal de la dignidad doctoral, la encontramos en una de las Decretales del papa Honorio III, en 1219, probando otra de Inocencio III la existencia de *doctores decretorum* o canonistas, cuya creación data de fecha posterior, por lo tanto, a la de los doctores de Derecho Civil.

La universidad de París tardó poco en seguir a la de Bolonia, y así, a mediados del siglo XII, se encuentra ya el título de doctor conferido a Pedro Lombardo y Gilberto de la Porrée, los más eximios teólogos de su época. En Inglaterra, la universidad de Oxford concedió títulos de doctor en el siglo XIII, remontándose la concesión al reinado de Juan o al de Enrique III *Beauclerc*. Desde el siglo XIII el nombre de doctor se aplicó a los graduados, no sólo en leyes, sino en medicina, teología, gramática y filosofía, contra lo cual protestaron los legistas, pretendiendo reservarse aquel título y dejar a los demás el de *magister*. A partir del siglo XV comenzó la voz *doctor* a restringirse a las facultades de leyes, teología y medicina en las universidades inglesas, yendo precedida la colación del título de un ejercicio de controversia o *disputatio*, y celebrándose su obtención con grandes fiestas de carácter bullicioso. Desde el siglo XIII no se conferían ya títulos de doc-

tor sin haber obtenido antes los de bachiller y licenciado.

Dominicos. Orden de predicadores, data de la época de la cruzada contra los albigenses, considerada por la Curia romana como la primera entre las órdenes mendicantes. El primer establecimiento se abrió en Tolosa en 1215, el nombre proviene de su fundador, el prócer español santo Domingo de Guzmán. En las universidades constituyó un poder e influyó notablemente en el desarrollo de la teología medieval con san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino. Los dominicos se dividen en tres ramas: monjes, monjas y la tercera: conventual y secular.

Edad Media. Período en la historia europea desde la caída del poder político romano en el tradicional Oeste asentado en el siglo V hasta el XV. Se debe enfatizar que las fechas para el comienzo y el final de la Edad Media son arbitrarias; en ningún momento hubo un agudo rompimiento en el desarrollo cultural del continente. El término fue utilizado por primera vez por Flavio Biondo de Forlí (1388-1463), un historiador y secretario apostólico en Roma, en su *Historiarum ab Inclinatione Romanorum Imperii Decade* (décadas de Historia desde el Deterioro del Imperio Romano), que fue publicado en 1483, aunque fue escrito 30 años antes. El término implicaba una suspensión de tiempo y, especialmente, una suspensión de progreso y un período de estancamiento cultural, una vez referido a la Edad Oscura, entre la gloria del clasicismo antiguo y el renacimiento de esa gloria a principios del mundo moderno, aunque la idea es defendible, el término de Edad Media todavía está en uso.

Enciclopedia. Los griegos entendieron por enciclopedia el ciclo completo de instrucción y educación en las artes y ciencias. Plinio, en el prefacio a su *Historia Natural,* dice que su libro trata de todos los temas que los griegos llaman *enciclopedia,* la más antigua, escrita en 37 libros, con 2,493 capítulos que tratan de cosmografía, astronomía y meteorología, geografía, zoología, botánica, medicina, la invención de las artes, remedios animales y vegetales, autores de medicina, magia, metales y mineralogía.

San Isidoro, arzobispo de Sevilla, escribió entre los años 600 y 630 sus *Veinte Libros de Etimologías.* Esta obra trata de una gran variedad de temas. En la Edad Media no se empleó tal palabra. Los títulos que recibían las compilaciones de conocimientos humanos fueron los de *Specula, Summae, Bibliotheca, Tabla, Orbis Disciplinarum.* El autor más famoso de enciclopedias en la Edad Media fue Vicente de Beauvais, con su *Biblioteca del Mundo,* que constituía todo el compendio de conocimientos humanos en el siglo XIII.

El nombre ocurre por primera vez en el título de las obras de Joaquín Sterck de Ringelberg, impresas en Basilea en 1541. En un sentido más limitado se da el nombre de enciclopedia a un sistema de clasificación de las diversas ramas del saber humano. También se emplea para obras de alcance aún más restringido dentro de cierta área de conocimientos o actividades.

La enciclopedia por antonomasia, es la iniciada en Francia por Dionisio Diderot a mediados del siglo XVIII, que ejerció tan poderosa influencia sobre los acontecimientos políticos que se desarrollaron en la segunda mitad de dicho siglo. En su preparación participaron algunas de las figuras más grandes de la época. Entre las enciclopedias genera-

les más conocidas en tiempos modernos se cuentan la *Enciclopedia Británica*, que fue impresa por primera vez en 1768; la *Larousse*, en 1864, y la de *Espasa*, de principios del siglo XX.

Escolástica. Sistema teológico-filosófico característico de la Edad Media. Representa un intento continuado y abordado desde diferentes orientaciones de hacer compaginables la razón natural y el conocimiento revelado. La razón es asumida en su formulación aristotélica, conservada, matizada y transmitida por pensadores árabes como Avicena y Averroes. La pregunta a la que intenta responder la enciclopedia puede ser resumida como la interrogación acerca de si es posible entender lo que se cree, tal como viene definido en los dogmas católicos. Al principio, pensadores como san Anselmo o Abelardo no dudaron en confiar en el carácter saludable del análisis racional de los fundamentos de la fe. Progresivamente el aristotelismo árabe hace aparecer la razón como una concepción global del mundo, incompatible con la fe. A partir de entonces se hará difícil manejar la razón como simple instrumento supeditado a las verdades reveladas. Ya no será posible aislar o confundir la razón y fe, ni tan sólo considerarlas coextensivas. Será preciso distinguirlas y concordarlas recíprocamente y ésta será la gran síntesis de los escolásticos próximos al siglo XIII, como san Alberto Magno y santo Tomás. El método será el de la disputación, fruto de las ampliaciones sucesivas de los comentarios de lecturas que constituyeron la base fundamental de la actividad de las escuelas. No en vano la palabra *scholasticus* se aplicaba a los que enseñaban artes liberales en las escuelas monacales. A primera vista podría culparse a la enciclopedia de restringir y esclavizar la razón ahogando el espíritu racional más ingenuo, pero también más franco, del periodo anterior. Sin embargo, cuando santo Tomás prohibe a los teólogos que demuestren la Trinidad, lo hace por respeto a la razón, porque sabe lo que es una demostración racional y no quiere amoldarla a necesidades de argumentación teológica. Se debe tener en cuenta que si toda filosofía reflexiona sobre el nivel del pensamiento alcanzado en cada época, ese nivel que en el siglo XX viene definido por la ciencia, venía representado en la Edad Media por la Revelación expresada en el dogma.

Escolasticismo. Filosofía de la Edad Media, cristiana, arábiga y judaica, en la que domina la enseñanza de los libros de Aristóteles, concertada con las respectivas doctrinas religiosas. Sistema filosófico-teológico que predominó en las escuelas de Occidente durante la Edad Media. En cuanto a su doctrina y a su método puede decirse que tiene sus antecedentes en san Agustín, san Juan Damasceno y Boecio. Pero su formación, larga y accidentada, tiene lugar durante los siglos IX al XII con las aportaciones de Escoto Erígena, Lanfranco, san Anselmo (llamado *Padre de la Escolástica*), Hugo de san Víctor, Abelardo y Pedro Lombardo, cuyas *Sentencias*, no obstante la oposición de los primeros momentos, no conocieron rival como libro de texto de las Universidades hasta el siglo XVI. La verdadera Edad de Oro corresponde al siglo XIII, con sus maestros san Buenaventura, san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino y Duns Escoto. Al principio, la doctrina de Aristóteles se utilizó por los escolásticos como confirmación o argumento de autoridad simplemente, no como fundamento filosófico para la explicación de la doctrina católica. La adaptación del sistema aristotélico con esta última finalidad llegó a su grado máximo en la *Summa Teológica* de santo Tomás de Aqui-

no, obra maestra del pensamiento cristiano, en la que supo armonizar en una grandiosa síntesis la teología agustiniana, predominante hasta el siglo XIII.

Examen, examination, examen

"Como nos ha llegado con insistencia el rumor de que en nuestros exámenes en Sainte Geneviève se cometen gran cantidad de excesos y de abusos, razón por la que el buen nombre de los exámenes y de nuestra facultad se encuentran gravemente comprometidos, nosotros, para reprimir abusos tan peligrosos para dichos exámenes y para la facultad, cuya fama deseamos preservar intacta, y para salir al encuentro de cuantos tienen que diplomarse, hemos dispuesto que...": así reza un estatuto de la facultad de arte de París, fechado en 1338, que instituía una minuciosa relación de medidas encaminadas a prevenir y reprimir casos de corrupción durante los exámenes. La universidad medieval, en efecto, nació sobre todo como institución destinada a garantizar una total correspondencia entre el nivel de instrucción y las competencias profesionales efectivas: aquí radica el interés que tenían por controlar con toda seriedad la preparación de los alumnos y la concesión de los títulos de estudios. Antes de acceder al grado académico correspondiente *(promotio ad magisterium, ad cathedram)*, el candidato tenía que superar uno o varios exámenes, ante una comisión de profesores *(examinatores)*, generalmente escogidos mediante elecciones.

Conviene aclarar que, en su origen, los términos *examen* y *examinatio* sustituidos a veces por la expresión auditio estaban reservados exclusivamente a la prueba que permitía obtener el título más importante, aquel que concedía el derecho a ejercer la docencia (véase *Licentia*).

Facultas, facultad

A partir del siglo XII, este término de origen clásico sumó a sus significados generales de capacidad, posesión, libertad, el más específico de "arte", "ciencia", "disciplina". De esta forma se explica la razón de que, al desarrollarse el sistema universitario, adoptara también el sentido técnico que aún conserva: conjunto de docentes de una misma disciplina, la facultad era la institución universitaria responsable de la organización de la enseñanza, de los exámenes, de la concesión de los distintos grados académicos y del reclutamiento de los maestros.

En París, desde sus comienzos las facultades fueron cuatro: una propedéutica -la facultad de artes- y tres "superiores" -las facultades de jurisprudencia, medicina y teología. En otras sedes universitarias, por el contrario, sólo se desarrollaron algunas facultades: en Orleáns sólo se enseñaba derecho civil, mientras que la antigua universidad de Bolonia no tuvo facultad de teología hasta mediados del siglo XIV.

Debemos subrayar que, en paralelo con la introducción del pensamiento aristotélico en el Occidente latino, las facultades de arte se fueron transformando y de ser escuelas que ofrecían una preparación básica en el Trivio y el Cuadrivio pasaron a ser auténticos centros de estudios filosóficos. Nos ofrece un buen testimonio de ello un documento de la universidad de París, fechado en 1254, en el que las cuatro facultades se definen como de teología, jurisprudencia, medicina, así como filosofía racional, natural y moral.

Franciscanos (orden de los)

Orden religiosa mendicante fundada por san Francisco de Asís en la ciudad de su apelativo (Italia) en el siglo XIII, y difundida luego por

todo el mundo. La orden franciscana es una de las más grandes y fecundas instituciones del Catolicismo. Es la más popular de todas las órdenes monásticas, la única en Marruecos, la primera en América.

Genoveva (montaña santa)
Monte de Francia, situada en el sur de París, dominando el valle del Sena y del Bièvre. En la época romana se llamó *Mons Lucotitius*, y en él se han encontrado numerosos restos romanos. Cuando Clodoveo fundó la abadía que guarda el sepulcro de santa Genoveva, la montaña tomó el nombre de ésta. En la Edad Media se llenó de iglesias, conventos y colegios, y hoy todavía se levantan allí la Sorbona y otros centros de instrucción.

Goliardo. En la Edad Media, clérigo o estudiante vagabundo que llevaba vida irregular.

Guerra de Cien Años. Se da este nombre a la guerra que sostuvieron en los siglos XIV y XV, Inglaterra y Francia. Su duración fue de más de cien años, puesto que empezó en 1310 y terminó en 1453. Respecto de las causas que motivaron la guerra de Cien Años, debemos decir que éstas fueron varias. Las principales fueron dos: una de ellas las aspiraciones de Francia que quería completar la unidad de su territorio; la otra fue la oposición de Inglaterra a que Francia fuese dueña del territorio de los Países Bajos, pues si así hubiese sido, la primera de estas naciones se hubiera visto privada de la industria ganadera de Flandes. Para Francia fue la Guerra de Cien Años de resultados funestos, pues apenas realizada la unidad de su territorio, no pudo consolidar por entonces la autoridad real, y la nación tuvo que detenerse en el camino del progreso. Inglaterra también sufrió muchos quebrantos a consecuencia de esta guerra, pero ella dio ocasión para que el gobierno del pueblo inglés se basase en la existencia de las dos Cámaras, la de los Lores y la de los Comunes.

Humanismo. Cultivo y conocimiento de las letras humanas. Doctrina de los humanistas del Renacimiento. El humanismo como concepto filosófico es una posición de los problemas teoréticos inversa de las antiguas formas del empirismo y del apriorismo. En vez de valorar el conocimiento en función de la realidad, lo hace por su utilidad o aplicaciones. La verdad y la falsedad dependen, pues, del fin a que se tiende; toda vida mental supone fines; pero como estos fines no pueden ser otros que los de nuestro ser, se infiere de esto que todo conocimiento está subordinado, en definitiva, a la naturaleza humana y a sus necesidades fundamentales. Los humanistas confunden la verdad con la utilidad. El humanismo aparece ya en su forma genuina entre los griegos por obra de los sofistas.

Humanista. Persona instruida en letras humanas. Estudiosos de los siglos XV y XVI que hicieron revivir las lenguas clásicas, hasta entonces cultivadas casi exclusivamente en los monasterios.

Indulgencia. Promesa que hace la Iglesia católica a sus fieles de reducir los castigos del purgatorio a cambio de sus oraciones y limosnas.

Inquisición. Tribunal eclesiástico, establecido para inquirir y castigar los delitos contra la fe. Fundado por Inocencio IV, el año 1248, el primer Tribunal se estableció en Tolosa, extendiéndose luego el sistema a Italia (excepto Nápoles), España, Portugal, Perú, México y Alemania. El tribunal de la Inquisición, o Santo Oficio (como vulgarmente se le lla-

maba), actuaba en secreto, y sus sentencias eran proclamadas en un auto de fe que efectuaban las autoridades civiles.

Lectio, lección, curso

En una cultura como la medieval, basada siempre en libros autorizados, la enseñanza era *lectio* en el doble sentido de "lectura" -exposición, interpretación y explicación del texto- y de "lección" -profundizamiento y discusión de los problemas teóricos sugeridos por el texto. El carácter oral de las *lectiones* explica que, en los ambientes universitarios, "escuchar *(audire)* significaba seguir las lecciones, asistir a un curso, convirtiéndose, a todos los efectos, en sinónimo de "estudiar" *(studere)*.

Existian lecciones de distintos tipos y niveles, que el estudiante podía distinguir con facilidad, ante todo, por el lugar y el horario en que se impartían. La lección del maestro *(lectio ordinaria)* podía ir acompañada de lecciones *extraordinariae* o *cursoriae*, durante las cuales otro maestro, o más frecuentemente un bachiller, exponía de forma sintetizada el sentido literal del texto examinado.

En Bolonia -y, posteriormente, también en otras universidades, al menos en las facultades de derecho- una tarde a la semana se reservaban para las *repetitiones*, cursos especiales que servían para profundizar en algunos de los temas tratados durante las lecciones ordinarias; es interesante observar cómo este sistema se difundió con rapidez también en las escuelas de los dominicos y los franciscanos.

Librarius, stationarius, exemplator, librero-editor

Los libreros y editores no eran "universitarios", sino particulares que mantenían relaciones con la universidad y que, dentro de ciertos límites, estaban reglamentados por ésta. Las variaciones terminológicas regionales, junto con el aún escaso conocimiento de los complejos mecanismos de producción y circulación de libros en la Edad Media, hacen que sea difícil establecer afirmaciones de tipo generalizado. No obstante, parece conveniente distinguir a aquéllos que se limitaban al comercio y aquéllos que también se dedicaban, preferentemente, a la reproducción de los libros. De hecho, debemos recordar que, para abreviar y facilitar el largo trabajo de los copistas, los textos de muestra se dividían en cuadernos y se depositaban en los *stationarii*: éstos podían alquilar los *pecie* a los estudiantes para que los estudiaran o los copiaran por sí mismos; también podían entregarlos a copistas profesionales, cuyo trabajo estaba controlado por funcionarios universitarios y era corregido por los *correctores*. Una vez reunidos y encuadernados los *pecie* reproducidos, los *stationarii* podían ya poner a la venta libros "de origen controlado".

Libro. La voz *libro* deriva directamente de la radical del substantivo latino *liber*, cuyo significado recto es "corteza segunda e interior de los árboles". Los griegos le llamaban *biblos*, y en general los antiguos usaban esta materia para escribir en ella sus documentos. El álamo, el fresno, el olmo, el plátano y el tejo fueron los árboles que más comúnmente proporcionaban esta materia. La palabra *liber*, libro, que hoy se emplea en sentido concreto para indicar conjunto de hojas impresas, entre los antiguos designaba los manuscritos cualquiera que fuese su materia escritoria.

Concepto del libro. Si por varias razones se cree el hombre el ser más perfecto de la creación, por otros cuantos motivos es lógico afirmar que el libro es la creación más

importante del hombre. Casi tan antiguo como su nobilísima madre, la escritura, fue el libro engendrado por el deseo, innato en todo ser racional, de proclamar sus sentimientos, sus invenciones y progresos, y de transmitirlos a los descendientes. Más que la risa y el raciocinio, el libro nos distingue del resto de los animales, que puede que discurran, que seguramente hablan, que cantan, aman, fabrican sus moradas, y hasta llegaron a fumar; pero no escriben ni leen. Ya lo dijo Voltaire con estas o parecidas palabras: "Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros: la Biblia, el Corán, los Vedas, las obras de Confucio y de Zoroastro, y el alma y el cuerpo, la salud, la libertad y la hacienda, se supeditan y dependen de aquellas grandes obras; de las de Hipócrates y sus sucesores y de los Códigos civiles y penales". Nabonasar, rey de Babilonia, que vivió en el siglo VIII a. de C., es conocido por haber mandado destruir todas las historias de reyes que le precedieron; Amru o Amr Ben El Assí, uno de los más grandes generales de los primeros tiempos del Islamismo y lugarteniente de Omar, más que por haber fundado el Cairo y construir un canal que unía el mar Rojo con el Mediterráneo, pasó a la historia y es universalmente citado, con razón o sin ella, por haber mandado quemar la famosa Biblioteca de Alejandría en 640. Thsin-Chi-Hoang-Ti (247 a. de C.), casi tanto que por la Gran Muralla, de 2,500 km. de longitud, es célebre por la quema de libros que dispuso, pretendiendo que la historia comenzase en él. El libro va uno por su etimología, biblos, Biblia, a la Suprema Inteligencia, Alcorán quiere decir La Lectura.

Historia. No puede fijarse la época precisa en que se produjo el primer libro. Hasta ahora el más antiguo de los conocidos es el llamado *Papiro Prisse*. Lo que se sabe acerca del origen y hallazgo de tal obra hace tiempo que fue muy bien expuesto por Chabas en su trabajo *Le plus ancien livre du monde...* publicado en *Revue Archéologique*, primera serie, 1858. El carácter ancho y sólido de la escritura hace suponer, en efecto, una fecha más bien anterior que posterior a la XII dinastía. Pero si existe alguna incertidumbre acerca de la época en que se escribió el ejemplar que ha llegado hasta nosotros, en cambio, sabemos con precisión a qué fecha hay que remontar el texto primitivo. Fue compuesto en los comienzos del reinado de Snefru, III dinastía, por un personaje llamado Kaquimna o Kakemni. El libro más antiguo del mundo es obra, si no poética, por lo menos rítmica. Es un tratado de saber vivir y de moral. La piedra está considerada como la más antigua de las materias escriptorias. Las obras de Hesíodo se escribieron en plomo, y también se empleó éste para escritos supersticiosos y fórmulas mágicas. Los diplomas militares se extendían sobre dos hojas de cobre unidas por anillos. No parece exacto llamar libros a ninguno de estos primitivos monumentos literarios. La librería nace propiamente con el empleo, para la escritura, de telas, pieles, hojas y cortezas de árboles, fáciles de enrollar o doblar, o tablillas de oro, de marfil o de madera, que reunidas se guardaban en cajas, generalmente de cedro. En banderolas de seda se inscribían en Atenas los nombres de los soldados muertos por la patria, y ya hemos visto que sobre telas se redactaron los anales de la República en Roma. Los indígenas de las Malvinas escriben aún sobre anchas hojas del macaraco, y nuestro *Códice Troano*, cree Spire Blondel que está escrito sobre cortezas de árbol. Los *libri plicatiles* eran de una sola hoja de papiro, de tela o pergamino con muchos dobleces. Los caldeos y asirios han dejado verdaderas bibliotecas de ladrillo, de arcilla. Con el em-

pleo y difusión del papel de Egipto, papiro, se consolida la existencia del libro propiamente dicho. *Liber* y *biblos*, que significaron en un principio la corteza o películas interiores de ciertos árboles, utilizadas como materia escriptoria, se aplican después, por extensión, a la médula papirácea representada por una serie de láminas o telas superpuestas. Más tarde recibe también aquellos dos nombres, griego y latino, el rollo o volumen de papiro ya escrito, el libro. El papiro en blanco se llamaba *charta*. El diminutivo *biblion* significó en un tiempo, como *libellus*, escrito de poca extensión, pero luego fue sinónimo de *biblos*.

Licentia, licencia, grado, diploma
La *licentia docendi* -o *licentia legendi, regendi*- era el grado académico que facultaba para ejercer la docencia. A diferencia de cuanto ocurría en los grados académicos inferiores, como el bachillerato, la comisión de examen formada por docentes universitarios sólo tenía poder para proponer, y no para conferir la licencia, que en las universidades medievales fue siempre una competencia eclesiástica.

Magister, maestro
En las universidades medievales no sólo eran "maestros" cuantos impartían cursos y lecciones, sino también todos aquellos que, siguiendo un *curriculum* de estudios concretos, habían logrado este título, que daba derecho a ejercer la enseñanza: quien de hecho ejercía este derecho recibía el nombre de *magister* (acta) *regens*.

Las expresiones empleadas para designar a los docentes eran múltiples: en Bolonia, por ejemplo, los maestros de derecho recibían, por lo general, el nombre de *doctores* o *domini* (*Legum*); menos frecuente -aunque documentable en Italia y en Francia y, desde el siglo XIV también en Inglaterra- era el término *profesor*.

Matrícula, matrícula
En todas las universidades medievales los docentes estaban obligados a confeccionar una lista de sus alumnos, no obstante parece ser que sólo en Italia, desde los comienzos, se conservaba, bajo la responsabilidad del rector (veáse *Rector*) una *matrícula;* es decir, un registro general de los miembros de la universidad. La inscripción en este registro llevaba aparejado un juramento y el pago de una tasa, pero ratificaba la pertenencia a la universidad y, por consiguiente, el derecho a los privilegios e inmunidades correspondientes (véase *Universitas*).

Monasterio. Del latín *monasterium;* del griego *monas-terion*. Casa o convento fuera del poblado, donde vive en comunidad cierto número de personas llamadas monjes, bajo la observancia de una regla determinada y con la aprobación competente, para alcanzar una mayor perfección de la vida religiosa.

Monte Athos. El Monte Athos, que hacia 1100 contaba con 180 monasterios, con 700 monjes, fue llamado Hagion Oros, "Monte Santo", goza hoy de fama universal, que debe al establecimiento en sus varias partes de toda una república monástica; 7.550 monjes ocupan 21 principales monasterios, anidados en espesuras de pinos, robles o castaños, o sobre peñascos y dentro de murallas, de los que el Jiropótamos es el más antiguo y el de Laura fue el más importante a mediados del siglo X. Tienen bajo su dependencia a multitud de establecimientos y ermitas; 20 miembros, elegidos por años, forman el consejo supremo (cabe la apelación a Constantinopla) que gobiernan por una comisión de cuatro. El empe-

rador Basilio *el Macedonio* dio a los monjes la propiedad del monte, y todo religioso debe allí afiliarse a uno de aquellos monasterios. Los emperadores de Constantinopla distinguieron en todo tiempo a los monjes, cuya influencia aprovecharon para su política. Poco más de 3,000 religiosos son de la Iglesia griega ortodoxa, número superado por los cismáticos rusos, que poseen el gran Monasterio de Russiko (Santa Ana), y representan la riqueza y el poder que deben a la protección generosa que desde San Petersburgo se les dispensa. El elemento eslavo, allí introducido en el reinado de Alejo I (1081-1118), y que tiene, además, algunos centenares de representantes en los búlgaros, rumanos, georgianos y serbios, es la única fuente de rivalidad entre aquellos pacíficos pobladores. En la península balcánica, Georgia y Rusia tienen varios monasterios afiliados, y en varias islas del archipiélago y en el continente cuentan con varias haciendas para su subsistencia. Para con los visitantes ejercen los oficios de cristiana hospitalidad. El emperador Constantino Monómacos prohibió, en 1046, la morada de las mujeres en Athos, y ni aun el aga turco puede tener en Cariez su harén.

Natio, nación

Muchas universidades medievales estaban organizadas en *nationes*, asociaciones de estudiantes -y a veces, de profesores- procedentes de una misma zona geográfica y lingüística. Según algunos historiadores, este sistema se desarrolló en Bolonia, desde donde pasó a París, Oxford, Padua, etc. En todo caso, tanto las funciones atribuidas a las naciones como su número variaban de forma considerable, en especial en función de la asistencia más o menos internacional a las distintas universidades: por ejemplo, en Bolonia se desarrollaron hasta catorce naciones en la universidad de los *Ultramontani* y tres en la de los *Citramontani*, mientras que en Oxford sólo existían dos naciones, los *Boreales* y los *Australes*.

Parlamento. Asamblea de los grandes del reino, que bajo los primeros reyes de Francia se convocaba para tratar negocios importantes. Cada uno de los tribunales superiores de justicia que en Francia tenían, además, atribuciones políticas y de vigilancia.

Poder Papal. Durante la Alta Edad Media la Iglesia fue la más sofisticada institución de gobierno en la Europa occidental, organizada en una elaborada jerarquía con el papa como su inequívoca cabeza. No sólo el papado ejercía control político directo sobre tierras dominadas del centro y norte de Italia, pero por la diplomacia y la administración de justicia en el extenso sistema de cortes eclesiásticas también ejercía un poder directivo por toda Europa. En suma, las órdenes monásticas crecieron y florecieron, y todas, también, llegaron a estar completamente involucradas en el mundo secular. No por mucho tiempo la Iglesia se vio como la ciudad celestial en exilio; estaba en el centro de la existencia.

Practicare, practicar, ejercer la profesión médica.

A mediados del siglo XII, Domingo Gundisalvo escribió que "el médico no es perfecto si no conoce las normas universales, es decir, la teoría, y si no tiene práctica, es decir, costumbre de medicar y administrar fármacos a los enfermos". Compartiendo esta máxima, los profesores de medicina de las universidades medievales se ocuparon de incluir en el *curriculum* de estudios un entrenamiento práctico, durante el cual los estudiantes podían visitar y tratar a los pacientes, bajo la responsabilidad de un maestro. La duración de este periodo varía de forma con-

siderable en función de las universidades: en algunos casos se dedicaba a este aprendizaje parte de las vacaciones estivales.

Praedicatio, sermo, predicación, sermón
Junto con la "lectura" y la discusión de los textos, la *praedicatio* era una de las tareas esenciales de la enseñanza teológica. Maestros y bachilleres de las facultades de teología tenían que predicar ante toda la universidad en momentos determinados: en París, además de los sermones matutinos se celebraban, en los días festivos, sermones vespertinos *(collationes)*. El tema siempre se tomaba de la Biblia o de la liturgia del día, y se desarrollaba en tres momentos, recurriendo con generosidad a los textos sacros y patrísticos y a los ejemplos tomados de las vidas de santos.

Procurator, procurador
En París, en las universidades de modelo parisino y en Oxford, los procuradores eran representantes de las naciones encargados de tareas administrativas, financieras y consultivas. En cambio en Bolonia sólo recibían el nombre de *procuratores* los jefes de la nación alemana, mientras que los de otras naciones se denominaban *consiliarii*.

Quaestio disputata, discusión
Momento central de la vida universitaria medieval y máxima expresión del "método escolástico", las discusiones *(quaestiones disputatae o disputationes)* eran, al mismo tiempo, un sistema de investigación científica, una técnica de enseñanza, un ejercicio de aprendizaje y una prueba de competencia profesional.

Quaestio quodlibetalis, cuestión cuodlibética
Las discusiones ordinarias se celebraban con cadencias regulares, cada semana o cada quince días. En la facultad de Teología de París, a partir de 1230 aproximadamente, se empezó a practicar también otra forma de discusión, que pronto se convirtió en una de las actividades más importantes de los teólogos: la discusión cuodlibetal *(disputatio de quodlibet, quaestio quodlibetalis, quodlibet)*.

Rector, rector
El origen y el significado de este cargo ofrecen marcadas diferenciaciones regionales. En Bolonia, desde finales del siglo XIII, las dos grandes comunidades de estudiantes -los *Ultramontani* y los *Citramontani*- elegían a sus delegados *(rectores)*, encargados de las relaciones con las autoridades comunales. A pesar de que el cuerpo docente puso múltiples obstáculos, esta costumbre se consolidó de forma definitiva durante el siglo XIII, cuando los rectores de las naciones se convirtieron en los jefes de la universidad, encargados de ejercer la jurisdicción sobre todos sus miembros. No obstante, al ser estudiantes no podían interferir en modo alguno en la organización del sistema didáctico y de las pruebas de examen.

Por el contrario, en París y en las universidades de "modelo parisino", el *rector* no representaba a los estudiantes sino a los maestros de arte y, al ser responsable de la facultad numéricamente más importante, se convirtió, de hecho, en el cargo más importante de toda la universidad. Elegido por los jefes de las cuatro naciones, el rector tenía poder jurisdiccional y tareas de administración financiera.

Difiere también el caso de las universidades inglesas, donde los rectores eran representantes de las naciones elegidos por los profesores y por el canciller, que dirigía perso-

nalmente toda la universidad.

Reforma. Se da el nombre de Reforma a uno de los movimientos religiosos más importantes de la Historia, el cual tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVI. Fue su iniciador el monje agustino alemán Martín Lutero (1517), y siguieron una orientación parecida en Suiza, Zwinglio, y el francés Calvino, establecido en Ginebra (1541). El luteranismo se extendió por Alemania, Holanda, Dinamarca, Noruega y Suecia, mientras que el calvinismo lo hacía por Francia, Inglaterra y Escocia. La Reforma rompió la unidad religiosa de Europa, con la aparición de varias Iglesias cristianas, entre las que destacan la luterana, la calvinista y la anglicana. También motivó, por reacción, una Reforma católica o Contrarreforma, concretada en los acuerdos del Concilio de Trento, celebrado entre los años 1545 y 1563, aunque con una duración efectiva de ocho años solamente, por cuanto sus sesiones hubieron de interrumpirse dos veces por razones de epidemias, en que se fijaron los dogmas y la disciplina de la Iglesia de Roma y se tradujo, principalmente, en la reforma de las órdenes religiosas existentes y en la aparición de otras nuevas, la más importante fue la Compañía de Jesús, creada por el español san Ignacio de Loyola en 1534 y reconocida en 1540. Las causas de la Reforma fueron el relajamiento de la fe y de las costumbres, la corrupción del propio clero y la difusión de la Biblia, como consecuencia de la invención de la imprenta. Aquel estado de cosas había hecho sentir a muchos católicos la necesidad apremiante de adoptar medidas o de efectuar alguna reforma capaz de poner fin al mal; ocupó a Lutero la misión de personificar una aspiración muy extendida, pero lo que comenzó siendo una pretensión de saneamiento religioso, degeneró pronto en cisma y en guerras civiles e internacionales, que llenaron la segunda mitad del siglo XVI y todavía alcanzaron al siglo XVII. La causa fundamental de la ruptura de los reformados con la Iglesia católica fue debida a la admisión por los primeros del *libre examen* o derecho a interpretar la Biblia con arreglo al criterio individual, mientras que los católicos han de atenerse no sólo a los Evangelios, sino a las interpretaciones y decisiones de los papas y de los concilios, condensadas en los dogmas de fe.

Reportationes, apuntes, fascículos

Gran parte de la literatura filosófica, teológica, jurídica y médica procedente del ambiente de las universidades medievales se deriva de las *reportationes*, apuntes redactados por estudiantes, bachilleres o secretarios. El grado de elaboración de los escritos de esta naturaleza varía considerablemente: desde las notas fragmentarias y desorganizadas tomadas durante las lecciones, las discusiones o los sermones (véanse *Lectio, Quaestio disputata, Praedicatio)* hasta auténticos fascículos de los cursos, reelaborados por el propio maestro para su publicación. Esto plantea a los historiadores serios problemas filológicos: es evidente que los conceptos actuales de unidad, autoridad y paternidad de un texto, no se pueden aplicar de forma acrítica a las *reportationes*, sin un minucioso análisis de los canales y formas de su transmisión.

Se desarrollaba, en esencia, como la discusión, pero podía versar sobre cualquier problema *(de quodlibet)* planteado por cualquiera *(a quiodlibet)*, no sólo por colegas, bachilleres o estudiantes, sino incluso por personalidades ajenas al mundo académico. Con ello no sólo se conseguía una gran variedad de preguntas, sino también la necesidad de que el maestro improvisara una solución ante problemas complejos, inesperados, e incluso

embarazosos.

UNIVERSITAS, STUDIUM GENERALE, UNIVERSIDAD En el latín clásico y de la alta Edad Media, una *universitas* era un conjunto de personas, bienes y entidades abstractas: la *universitas rerum* era el conjunto de todo aquello que existe, el universo. En el siglo XIII, el término sufrió un interesante desarrollo semántico, pasando a designar a grupos sociales dotados de un estatuto colectivo: comunidades eclesiásticas, corporaciones profesionales.

Justamente con esta acepción "corporativa", en Bolonia, en París y en Oxford, se empezó a hablar de *universitas scholarium* (o *magistrorum et scolarium*) para designar a los miembros de esas instituciones especiales de investigación y enseñanza superior que estaban naciendo y que aun hoy reciben el nombre de universidad.

BIBLIOGRAFÍA

Abbagnano, Nicola, *Diccionario de filosofía*, México, FCE, 1985.

Abetti, Giorgio, *Historia de la astronomía*, trad. Alejandro Rossi, 2ª ed., México, FCE, 1983, (Breviarios, 118).

About Cambridge History, 2ª ed., Londres, University of Cambridge, 1994.

Addington Symonds, John, *Renaissance in Italy, The Revival of Learning*, London, Smith Elder & Co., 1902.

Bacon, Francis, *Novum Organum*, trad. Cristóbal Litrán, España, E. Sarpe, 1984, (Los grandes pensadores, 47).

Bayen, Maurice, *Histoire des Universités*, París, Presses Universitaires de France, 1973, (Que sais-je?, 391).

Beltrán de Heredia, Vicente, *Cartulario de la universidad de Salamanca*, 6 vols., Universidad de Salamanca, 1970.

Bernal, John D., *La ciencia en la historia*, trad. Eli de Gortari, 5ª ed., México, UNAM/ Nueva Imagen, 1981, (El contexto científico).

Bover, José María y Francisco Cantera Burgos, *Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego*, 6ª ed., Madrid, E. Católica, 1961, (Biblioteca de autores cristianos 25-26).

Bronowski, J. *El ascenso del hombre*, EUA, Fondo Educativo Interamericano, 1979.

Carabés Pedroza, J. Jesús, *Atlas histórico universal y de México*, 3ª ed., México, E. Progreso, 1995.

Cardini, Franco, M.T. Fumagalli y Beonio-Brocchieri, *Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo*, Milán, E. Anaya, 1991.

Copleston, Frederick, S.J., *Historia de la filosofía*, 9 vols., México, Ariel, 1992, (Convivium).

Crombie, A. C., *Historia de la ciencia. De san Agustín a Galileo*, trad. José Bernia, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

Debus, Allen G., *El hombre y la naturaleza en el Renacimiento*, trad. Sergio Lugo Rendón, México, CONACYT/FCE, 1985, (Breviarios, 384).

Descartes, René, *Discurso del método*, trad. Juan Carlos García B., España, E. Sarpe, 1984, (Los grandes pensadores, 21).

D'Irsay, Stephen, *Histoire des Universités. Françaises et étrangères*, 2 vols., París, Éditions Auguste Picard, 1933.

Diccionario enciclopédico Espasa, 8a. Ed., 24 vols., Madrid, Espasa Calpe, 1979.

Durant, Will, *Historia de la filosofía*, México, E. Diana, 1978.

Elton, G.R., *La Europa de la Reforma 1517-1559*, trad. Jesús Fomperosa, México, Siglo XXI, 1963.

Enciclopedia universal ilustrada, 70 vols., Madrid, Espasa Calpe, 1968.

Fernández Rangel, Fernando y Carlos del Río Estrada, *Las grandes universidades de Iberoamérica*, México, Grupo Banobras, 1980.

Galilei, Galileo, *El ensayador*, trad. José Manuel Revuelta, España, E. Sarpe, 1984, (Los grandes pensadores, 35).

Galino, María de los Ángeles, *Historia de la educación. Edades Antigua y Media*, 2ª ed, México, E. Gredos, S.A.

Garibay K., Ángel María, *Mitología griega. Dioses y héroes*, 4ª ed., México, Porrúa, 1973, ("Sepan cuantos...", 31).

Gaos, José, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, El Colegio de México/FCE, 1973.

Gilson, Étienne, *La filosofía en la Edad Media. Desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV*, trad. Arsenio Pacios y Salvador Caballero, 2ª ed., Madrid, E. Gredos, 1965.

Grimberg, Carl, *Historia universal Daimon*, 12 vols., México, Daimon, 1983.

Hajdukiewicz, Leszek & Karas Mieczyslaw, *The Jagiellonian University. Traditions-The Present-The Future*, trad. Anna Zygalska, Claire Grece-Dabrowska, Anna Lagan-Delden, 2ª ed., Cracow, Wydawnictwo Uniwersytetu Jagiellonskiego, 1978.

Hale, J. R., *La Europa del Renacimiento 1480-1520*, trad. Ramón Cotarelo, 4ª ed., México, Siglo XXI, 1979.

Hayward, John A., *Historia de la medicina*, trad. Carlos M. Torres, México, FCE, 1987, (Breviarios, 110).

Historia de la filosofía, Madrid, E. Herder, 1976, (Biblioteca Herder).

Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, trad. Miguel de Hernani, 12 vols., España, E. Planeta, 1977.

Historia del hombre. Dos millones de años de civilización, 2ª ed., México, Impresora y Editora Mexicana, 1978.

Historia universal del arte, 10 vols., Barcelona, E. Planeta, 1992.

Historia universal Planeta. La edad del feudalismo, coord. Reyna Pastor, Barcelona, E. Planeta, 1991.

Historia universal Salvat, 12 vols., México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1980.

Homenaje a la universidad de Cracovia en su sexto centenario, México, UNAM, 1964.

Icaza, Francisco A. de, *La universidad alemana. Su idea, su función, su objeto y sus relaciones con la cultura general*, Madrid, tipografía Sucesores de Rivadeneyra, 1915.

Jiménez, Alberto, *Historia de la universidad española*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, (Sección humanidades, 335).

Johannisson, Karin, *A Life of Learning. Uppsala University during five centuries*, Sweden, Uppsala University Press, 1989.

La universidad de Alcalá, coord. Luis Miguel Gutiérrez Torrecilla, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, 1990.

Le Goff, Jacques, *Los intelectuales en la Edad*

Media, trad. Miguel Waled, 2ª ed., México, E. Gedisa, 1987. (Colección Hombre y sociedad. Serie Mediaciones).

Leven University 1425-1985, Belgium, Leuven University Press, 1990.

Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, trad. Ángeles Cardona, España, E. Sarpe, 1983, (Los grandes pensadores, 12).

Moro, Tomás, *Utopía*, trad. F. L. Cardona y T. Suero, España, E. Sarpe, 1984, (Los grandes pensadores, 17).

Norton, Arthur O., *Readings in the History of Education Medieval Universities*, E.U.A., AMS Press, 1971.

Occam, Guillermo de, *Principios de teología*, trad. Luis Farrré, España, E. Sarpe, 1985, (Los grandes pensadores, 73).

O´Gorman, Edmundo, *Fantasmas en la narrativa historiográfica*, México, UIA/Condumex, 1992.

Pirenne, Jacques, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, 12ª ed., 10 vols., México, E. Cumbre, 1976.

Platón, *Diálogos*, estudio preliminar de Francisco Larroyo, 17ª ed., México, Porrúa, 1978 ("Sepan Cuantos...", 13).

Podlecke, Janusk, *Uniwersytet Jagiellonski. The Jagiellonian University*, Krakow, Wydawnictwokarpaty-Andrzej Zaczynski, 1993.

Rashdall, Hastings, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, 3 vols., London, F.M. Powicke and A.B. Emden / Oxford, University Press, 1958.

Reyes, Alfonso, *Antología*, introducción y selección Ernesto Mejía Sánchez, México, Promociones Editoriales Mexicanas,1979, (Clásicos de la literatura mexicana).

Rodríguez Cruz, Águeda María, *Historia de las universidades hispanoamericanas*, 4 vols., Bogotá, S.A., 1973.

Rodríguez Cruz, Águeda María, *Salmántica Docet. La proyección de la universidad de Salamanca en Hispanoamérica*, vol. 1, España, Universidad de Salamanca, 1977.

Romero, José Luis, *La Edad Media*, México, FCE, 1994, (Breviarios, 12).

Rotterdam, Erasmo de, *Elogio de la locura*, trad. Teresa Suero Roca, España, E. Sarpe, 1984, (Los grandes pensadores, 19).

Stybe, Svend Erik, *Copenhagen University. 500 Years of Science and Scholarship*, The Royal Danish Ministry of Foreigh Affaris, Denmark, 1979.

The History of Heidelberg University, Heidelberg, Heidelberg University, 1967.

Weckmann, Luis, *Panorama de la cultura medieval*, México, UNAM, 1962, (Manuales Universitarios).

Xirau, Ramón, *Introducción a la historia de la filosofía*, 4ª ed., México, UNAM, 1974, (Textos universitarios).

Yates, Frances A., *Ideas e ideales del Renacimiento en el norte de Europa*, trad. Tomás Segovia, México, FCE, 1993, (Colección popular, 493).

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Buda bajo el árbol de la iluminación. Colosos de la historia. Buda y Mahoma, p. 39

Restos de construcciones monásticas budistas. Colosos de la historia. Buda y Mahoma, pp. 28-29

Detalles de los restos de la universidad de Nalanda, India. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 3, p. 477

Espejo de bronce con motivos florales de finales del período Chou. Historia universal Salvat, vol. 6, p. 78

Dioses para la reconciliación de la dinastía T'ang. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 3, p. 132

Salomón recibe a la reina de Saba. Miniatura atribuida a Memling. M. Marín Correa, Historia de las religiones, vol. 2, p. 19

Mapa de las universidades de Europa, siglos XI-XV. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 202

San Gregorio Magno dedicado a la escritura. Cubierta del libro en marfil, siglo X. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 2

Detalle de una página de la Summa Theologica de santo Tomás de Aquino. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 217

Aristóteles. Diccionario enciclopédico Espasa, vol. 3, p. 147

Estatua de Averroes erigida en Córdoba, España. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 3, p. 497

Alfonso X el Sabio. Miniatura perteneciente a un manuscrito del siglo XIII. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 343

Fachada occidental de la mezquita de Córdoba. C. Sánchez Albornoz, La España musulmana, vol. 1, p. 448

Iglesia triunfante. Miniatura perteneciente a las Concordancias Bíblicas de la Escuela de Traductores de Toledo, siglo XII. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 207

Iglesia abacial de Cluny. Siglo XII. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 301

Nicolás de Cusa. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 6, p. 300

Mapa del mundo cristiano y las cruzadas en Tierra Santa. J. Carabés Pedroza, Atlas histórico, universal y de México, p. 43

Detalle de una versión árabe de los comentarios de Galeno a la obra de Hipócrates. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 4, p. 176

Fundidores ocupados en la obtención del plomo. Miniatura de un manuscrito árabe. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 3, p. 369

Página de una traducción árabe del Almagesto de Claudio Tolomeo. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 3, p. 494

Carlos IV de Luxemburgo con la corona de Bohemia. Historia universal Planeta, vol. 5, p. 334

Página manuscrita de un tratado de Azarquiel y otros astrónomos árabes. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 4, p. 209

Vista panorámica de la abadía cisterciense Fontfroide, sur de Francia. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 3, p. 304

Ruinas de la abadía de Roche. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 314

Sello de la abadía de Saint-Guilles du Gard, 1042-1105. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 300

El Imperio de Carlomagno. Las invasiones de la Europa occidental en tiempo de los carolingios. J Heers, Historia de la Edad Media, p. 64

Encuentro del papa Adriano I con Carlomagno. Miniatura, siglo XVI. Historia universal, vol. 2, p. 20

Carlomagno y sus tropas se dirigen desde Aquisgrán a Santiago de Compostela. Miniatura del códice Calixtino. Historia universal, vol. 2, p. 20

Fortalezas construidas por Raimundo Saint Gilles en Trípoli, Siria, durante la primera cruzada. Historia universal, vol. 2, p. 133

El embarco de los cruzados para Tierra Santa. Miniatura, siglo XIV. Historia universal, vol. 2, p. 136

Las Siete Artes Liberales. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 207

Instrumentos musicales del siglo XII. Miniatura del manuscrito De institutione musicae de Boecio. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 215

Alegoría de la Lógica y la Dialéctica, en la que representa a Platón y Aristóteles. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 6, p. 298

Estudiantes. Detalle de la tumba de Giovanni da Legnano, siglo XIV. Historia universal del arte, vol. 4, p. 241

Lanfranco de Bec, arzobispo de Canterbury. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 215

Abelardo y Eloisa. Miniatura del Roman de la Rose de Jean de Meung, siglo XIV. Historia universal Planeta. vol. 4, p. 218

Pedro Lombardo. Miniatura del Libre quattuor sententiarum, siglo XII. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 217

San Bernardo. Detalle del retablo dedicado a Bernardo de Claraval, siglo XIII. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 317

Consagración del Santo. Retablo de san Agustín. Diccionario enciclopédico Espasa, vol. 1, p. 224

Santo Tomás de Aquino. Diccionario enciclopédico Espasa, vol 23, p. 6

Página miniada perteneciente a los Libri quattuor sententiarum de Pedro Lombardo, siglo XIII. Historia universal Planeta, vol. 5, p. 324

Dos sabios discutiendo. Inicial miniada de una traducción latina de Aristóteles, siglo XIII. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 217

Escenas de la vida estudiantil. Miniaturas de los estatutos del colegio del Ave María,1346. Historia universal Planeta,vol. 5, p. 320

Mapa de Europa, 1100-1300. J. Heers, Historia de la Edad Media, p. 176

Mapa de Francia en los siglos IX-XI. Historia Universal. Atlas histórico, p. 37

Conquista de Inglaterra por Guillermo de Normandía. Tapiz, siglo XIII. Historia universal, vol. 2, p. 104

El Papa san Gregorio rodeado de prelados y dignatarios. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 296

Mosaico con Inocencio III. Historia universal, vol. 2, p.149

Estudiantes. Relieve de finales del siglo XIV. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 21

Maestros y estudiantes durante la Edad Media. F. Cardini, et.al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 218

San Jerónimo y el león de Colantonio. Siglo XV. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo Mundo, p. 9

El palacio de Bonifacio VIII en Anagni. Historia universal, vol. 2, p. 205

La enseñanza del derecho para la formación de notarios. Siglo XV. F. Cardini, et.al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 17

Maestros y estudiantes. Detalle del fresco sienés de Ambrogio Lorenzetti. F.Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 12

Título de licenciatura. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 22

La medicina. Azulejo de Andrea Pisano, siglo XIV. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 34

Miniatura perteneciente a la traducción de Jean de Meung de la obra de Boecio De consolatione Philosophiae, siglo XIV. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 215

Juan Duns Escoto. Óleo de Justo de Gante y Pedro Berruguete, siglo XV. Historia universal Planeta, vol. 5, p. 325

Estudiantes concentrados en escuchar la lectio. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 20

Página del Código de Justiniano. Siglo XIII. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 323

Studium boloñés de la Edad Media. F. Cardini, et.al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, pp. 44-45

Miniatura de un texto jurídico boloñés. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 46

Estudiantes de la universidad de Bolonia. Detalle de una lápida sepulcral, siglo XIV. Historia universal Planeta, vol. 5, p. 321

"Piedra de la Paz". Bajorrelieve conmemorativo del acuerdo establecido entre el Senado y la universidad de Bolonia en 1321. Historia universal Planeta, vol. 5, p. 321

Doctores en Derecho en la universidad de Bolonia. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 23

Curso de Medicina en la universidad de Bolonia. Detalle de una miniatura. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 4, p. 224

Disección de un cadáver. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 50

Boccio. La consolación de la filosofía, p. 4

Escenas de la vida de los estudiantes parisienses. Historia de la humanidad. Desarrollo cultural y científico, vol. 3, p. 512

Sello de la universidad de París. Historia universal Planeta, vol. 4, p. 184

Studium Generale. Detalle de una miniatura de la Edad Media. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 27

La lección. Detalle de una miniatura de la Edad Media. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 208

Autógrafo de Tomás de Aquino. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 213

San Alberto Magno. Fresco, siglo XIV. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 56

Rector de la universidad parisina. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 52

Oxford.

Vista de la ciudad de Oxford desde la orilla del Támesis. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 62

Escena de la vida estudiantil. Siglo XVII. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 266

Los fellows y los miembros del New College de Oxford. Manuscrito, siglo XV. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 63

Francisco Bacon. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol 2, p. 365

Rincón de la universidad de Oxford. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 66

John Wycliffe. Óleo, siglo XVII. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 401

El Christ Church College de Oxford. Siglo XVI. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 465

Mapa del Imperio Romano. J. Carabés Pedroza, Atlas histórico universal y de México, p. 10

Constantinopla, custodia de la cultura antigua. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 343

Casco de guerrero. Bronce. Historia universal del arte, vol. 2 p. 125

Armadura de Carlos V. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 21

Cañón de obús. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 148

El gran reloj. Siglo XV. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 38

Cebador de pólvora. Marfil labrado, siglo XVI. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 241

La escuela de Atenas. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 189

Sócrates y Platón. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 214

Alejandro Magno montando a Bucéfalo. Historia universal del arte, vol. 2, p. 197

El arco de Constantino y el Coliseo, obras clásicas de la civilización romana. F. Fernández Rangel. Las grandes universidades de Iberoamérica, p. 15

Alarico. Medallón de un díptico consular. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 1, p. 415

Mezquita Sofía en Estambul. F. Fernández Rangel. Las grandes universidades de Iberoamérica, p. 16

Las clases sociales en la Edad Media. J. Pirenne. Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 254

Representación de Cristo. Mosaico cristiano primitivo. J. Pirenne. Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 1, p. 454

Díptico cristiano de marfil. J. Pirenne. Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 1, p. 369

Desarrollo de los alfabetos fenicio, hebreo y griego. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 1, p. 92

Marsilio Ficiano. Detalle del fresco Aparición del ángel a Zacarías por Chirlandaio, siglo XV. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 188

Carabelas del siglo XVI. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 445

Mapa de los viajes de los grandes descubrimientos. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 383

Campesino arando con una yunta de bueyes. Fresco de Francesco de la Cossa, siglo XVI. Historia universal Planeta, vol 6, p. 50

Mapa de Europa en el siglo XVI. J. Carabés Pedroza, Atlas histórico, universal y de México, p. 23

Comerciantes en el puerto de Lisboa. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 220

Extracción y manipulación del mineral en una mina de plata alemana. Grabado, siglo XVI. Historia universal Planeta, vol.6, p. 69

Un alquimista según grabado de la época. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes co-

rrientes de la historia, vol. 3, p. 257

Horno de fundición con fuelle. Miniatura, siglo XVI. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 211

Imprenta de Gutenberg. Grabado anónimo, siglo XVI. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 245

Página de la Biblia de Gutenberg, impresa en Maguncia, 1450-1455. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 255

Taller de imprenta. Grabado, siglo XVI. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 267

Taller de grabador. Estampa de Abraham Bosse, siglo XVII J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 290

El astrólogo. Xilografía, siglo XV. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 146

La astronomía, una de las transformaciones más significativas del Renacimiento. Historia universal Planeta, vol. 6, pp. 216-217

Las órbitas de los planetas vistas desde la tierra. Diagrama. J. Bronowski, El ascenso del hombre, p. 190

Astrolabio. Siglo XIV. J. Bronowski, El ascenso del hombre, p.166

Nicolás Copérnico. J. Bronowski, El ascenso del hombre, p. 197

Tycho Brahe, astrónomo danés. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 191

Juan Kepler, astrónomo alemán. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 422

El cometa de 1630, según grabado de la época. J. Pirenne, Historia universal. Las Grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 368

Dibujos de Galileo de las fases de la luna. Siglo XVII. J. Bronowski, El ascenso del hombre, p. 202

Estudio anatómico del sistema circulatorio. Dibujo de Leonardo da Vinci, siglo XV. Historia universal Planeta, vol 6, p. 214

Paracelso. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 206

El médico y teólogo español Miguel Servet. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 48

Consulta médica. Estampa de un cuadro de Gerar Dou, siglo XVII. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 283

Leibnitz. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 368

Isaac Newton. Óleo de Godfrey Kneller, siglo XVII. J. Bronowski, El ascenso del hombre, p. 225

Petrarca, gran humanista del Renacimiento. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 289

Impreso chino del teorema de Pitágoras. J. Bronowski, El ascenso del hombre, p. 161

Cosme de Médicis. Relieve en mármol, J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 301

Miguel Ángel Buonarroti. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 362

Luis Vives. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 372

Dante Alighieri. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 172

René Descartes, filósofo francés. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 259

Francis Bacon. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 217

John Wycliff. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 401

Lutero. Historia universal Planeta. Apéndice, vol. 6

Portada de la bula de León X contra Lutero, 1520. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 70

Frontispicio del juicio de Lutero, en Worms, 1521. Xilografía. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 67

Juan Calvino. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 425

Mapa de la expansión de la Reforma. Historia universal Planeta, vol 6, p. 416

Concilio de Trento. Se le atribuye a Tiziano. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 439

San Ignacio de Loyola, de Juan Martínez Montañés. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol 3, p. 61

Cambridge.

Puente de los suspiros. St. John's College. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 74

Puerta de Honor de uno de los colegios de la universidad de Cambridge. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia. vol. 3, p. 31

Portada del Elogio de la locura. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 376

Doctor de Cambridge. Siglo XVI. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 70

El Merton College, Cambridge. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 321

Christ's College, Cambridge. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 72

Isaac Newton. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 77

Vicecanciller de Cambridge. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 76

Salamanca.

Fachada de la universidad de Salamanca. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 373

Sello de la universidad de Salamanca. F. Rangel, et. al., Las grandes universidades de Iberoamérica, p. 29

Las Siete Partidas. Miniatura. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 247

Portada de los estatutos de 1538 de la universidad de Salamanca. F. Rangel, et. al., Las grandes universidades de Iberoamérica, p. 147

Antigua biblioteca de la universidad de Salamanca. F. Rangel, et. al., Las grandes universidades de Iberoamérica, pp. 34-35

Las escuelas menores de Salamanca, siglo XVI. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 279

Coimbra.

Actividad marítima y mercantil en Lisboa. F. Cardini, et.al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 109

Puerta de la universidad de Coimbra F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces Culturales del viejo mundo, p. 107

Ciudad de Coimbra. Universidad de Coimbra. Portada.

Sede de la universidad de Coimbra. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 105

Juan I de Portugal. Miniatura del siglo XVI. F. Cardini., et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 104

Biblioteca Joanina. Universidad de Coimbra, p.1

Colegio de San Pedro. Universidad de Coimbra, p. 5

Cracovia.

Cracovia, capital de Polonia hasta 1595. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 448

Casimiro el Grande. Escultura en madera, 1380. J. Podlecke, Uniwersytet Jagiellónsky. The Jagellonian University, p. 17

La universidad de Cracovia. Homenaje a la universidad de Cracovia en su sexto centenario, s.p.

Sellos de la universidad de Cracovia. Homenaje a la universidad de Cracovia, s.p.

Escudo de armas del Colegio Mayor. J. Podlecke, Uniwersytet Jagiellónsky. The Jagellonian University, p. 30

Fachada del Colegio Mayor. J. Podlecke, Uniwersytet Jagiellónsky. The Jagellonian University, p. 25

Manuscrito de Nicolás Copérnico sobre las revoluciones de los cuerpos celestes. J. Podlecke, Uniwersytet, Jagiellónsky. The Jagellonian University, p. 24

Álbum Stadiosorum, con el nombre de Nicolás Copérnico. Homenaje a la universidad de Cracovia en su sexto centenario, s.p.

Insignia del rector de la universidad de Cracovia. J. Podlecke, Uniwersytet Jagiellónsky.

The Jagellonian University, p. 34

Biblioteca Jaguellona. Portada con arcada y el monumento de Nicolás Copérnico. Homenaje a la universidad de Cracovia en su sexto centenario. s.p.

Lutero, Melanchton y Erasmo. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 417

Interior de la Biblioteca de la universidad de Cracovia. J. Podlecke, Uniwersytet Jagiellonsky, p. 32

Heidelberg.

Heidelberg hacia finales del siglo XVI. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, pp. 146-147

Estudiante. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 158

Melanchton fue alumno de la universidad de Heidelberg. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 151

Grabado en madera, tomado de un libro xilográfico de astrología alemán. 1470. F. Cardini, et. al.,

Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 148

Actividades relacionadas con el libro. Grabado. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 150

Lovaina.

Iglesia del palacio de Wittenberg. Xilografía de Lucas Cranach. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia. vol. 3, p. 33

Tribunal de la Inquisición. Óleo de Pedro Berruguete. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 2, p. 284

Bula fundacional de la universidad de Lovaina. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 165

Procesión académica. Finales del siglo XVI. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 168

Edificio perteneciente a los pañeros. Siglo XVI. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 162

Profesor dando su lección a un grupo de estudiantes de Lovaina, 1467. Dibujo de George Lichton, estudiante escocés. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 162

Frontispicio del De principiis astronomiae et cosmographiae de Rainer Gemma Frisius. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 167

El trabajo en las primeras imprentas. J. Pirenne, Historia universal. Las grandes corrientes de la historia, vol. 3, p. 26

Uppsala.

Notas tomadas en clase por un estudiante en 1481. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 184

Reloj astronómico. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 180

Copenhague.

La ciudad de Copenhague en el siglo XVI. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, pp. 186-187

Sello de la universidad de Copenhague. S. E. Stybe, Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship, p. 22

Bula del 19 de junio de 1475. S. E. Stybe, Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship, p. 17

Cristian I con Ludovico Gonzaga. S. E. Stybe, Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship, p. 15

Reconstrucción del edificio del palacio de la ciudad, sede universitaria. Lámina de 1677. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 188

Museo Wormianum. Grabado holandés de 1655. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 190

Universidad de Copenhague. S. E. Stybe, Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship, p. 24

Hans Tausen. Primer profesor de hebreo. S. E. Stybe, Copenhaguen University. 500 Years of Science and Scholarship, p. 32

Alcalá.

Fernando, Isabel y sus cinco hijos. Tapiz del alcázar de Segovia. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 192

Tipografía antigua. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 198

Fachada de la universidad de Alcalá. L. M. Gutiérrez Torrecilla, La universidad de Alcalá, vol. 2, p. 278

Código de las obras naturalistas de san Alberto Magno. Miniatura, siglo XVI. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 199

Tercer patio del Colegio de san Ildefonso. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 194

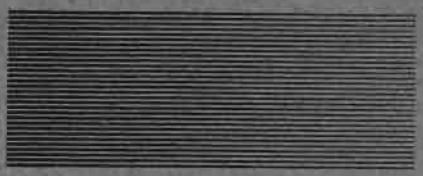
Biblia políglota complutense. Detalle de la edición realizada en la universidad de Alcalá, 1502-1517. Historia universal Planeta, vol. 6, p. 183

Los padres de la Iglesia, protectores de la Filosofía y las Artes Liberales. Grabado de 1504. L. M. Gutiérrez Torrecilla, La universidad de Alcalá, vol. 2, p. 281

Cátedra del Paraninfo. L. M. Gutiérrez Torrecilla, La universidad de Alcalá, vol. 2, p. 40

Detalle de la Eneida de Virgilio. F. Cardini, et. al., Universidades de Europa. Raíces culturales del viejo mundo, p. 197

Por acuerdo del señor Rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Ing. Jaime Valle Méndez,
el Libro Universidad: Génesis y Evolución,
Tomo IV, en su primera reimpresión
se terminó de imprimir el 29 de enero
de 1999 en los Talleres Gráficos de la
Editorial Universitaria Potosina.
Se imprimieron 1500 ejemplares.



Editorial
Universitaria
Potosina